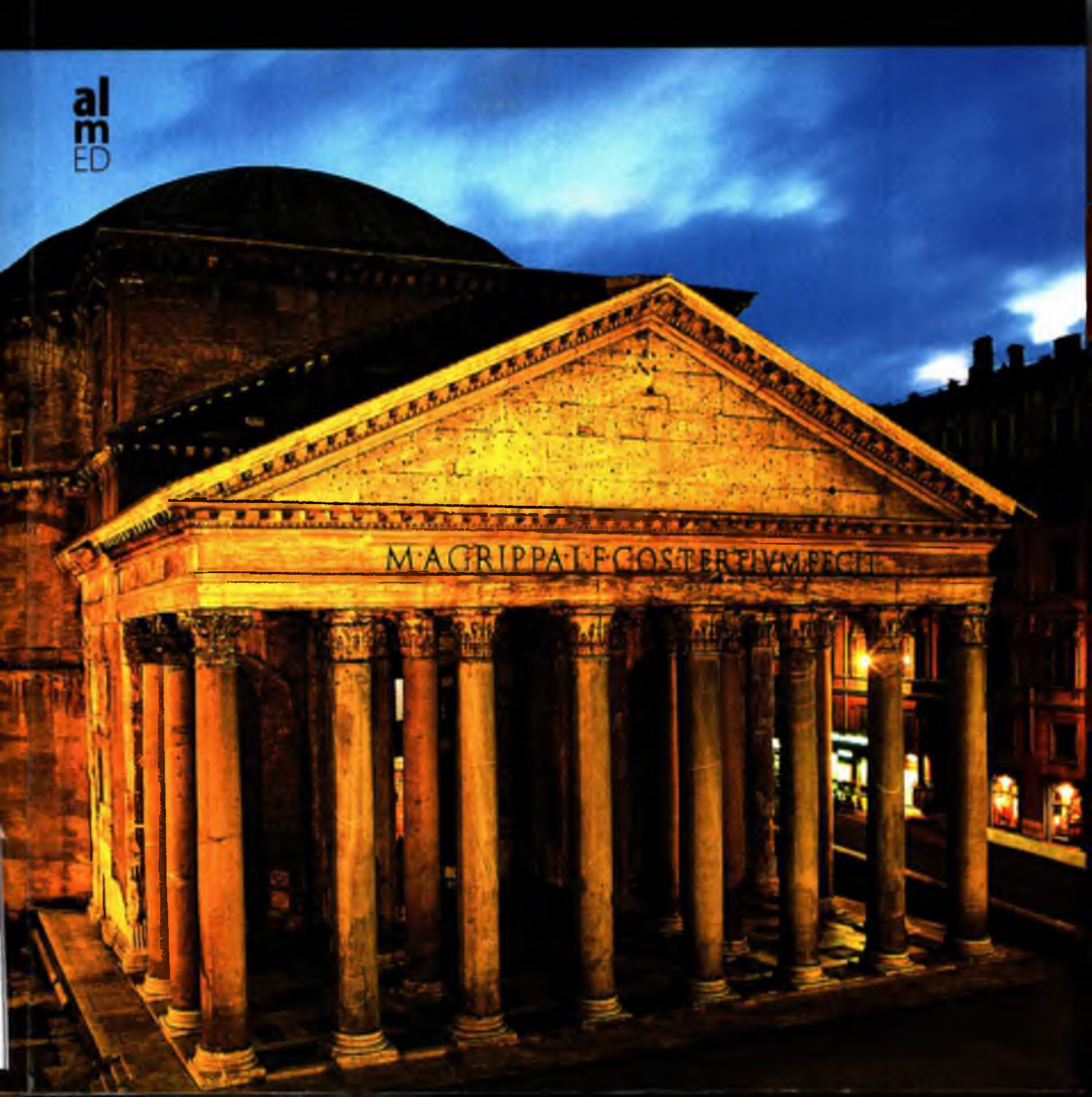
CHRISTOPHER HIBBERT

ROMA

HISTORIA Y GUÍA





CHRISTOPHER HIBBERT

Christopher Hibbert (1924-2008) nació en Leicestershire en 1924 y estudió en el Radley College antes de pasar al Oriel College de la Universidad de Oxford. Sirvió como oficial de infantería durante la guerra, resultó herido en dos ocasiones y fue condecorado con la Cruz Militar en 1945. El catedrático J. H. Plumb lo describió como «un escritor de gran talento» y el *New Statesman* como «la perla de los biógrafos». En palabras del *The Times Educational Supplement*, Christopher Hibbert es «tal vez el más dotado de nuestros historiadores de divulgación». Entre sus libros, todos ellos muy aclamados por los lectores, se encuentran: *The Destruction of Lord Raglan* (que ganó el Heinemann Award de literatura en 1962); *Florencia: esplendor y declive de la casa de Médici; Breve historia del rey Arturo; Corunna; Mussolini, Las raíces del mal; Torre de Londres; Venecia: biografía de una ciudad; Versalles; Los emperadores de China I*; y *Los emperadores de China II*.

Christopher Hibbert fue miembro de la Royal Society of Literature.

ROMA
HISTORIA Y GUÍA

Un retrato, una historia y una guía excelente. Esta guía histórica, informativa y magníficamente escrita, captura la seductora belleza de los numerosos estratos del pasado de la Ciudad Eterna. Desde sus orígenes casi míticos, Christopher Hibbert detalla la turbulenta y dramática historia de un lugar extraordinario, pasando por la opulenta grandiosidad de la Roma clásica, la decadencia y la ruina de la Edad Media, y la belleza y la corrupción del Renacimiento, hasta penetrar el corazón de la Italia fascista de Mussolini.

«Aun hallándose en el corazón de la civilización occidental, la historia que Hibbert ha de contarnos es una historia de crueldad, corrupción, avaricia y degradación moral. Fundada en un fratricidio, la ciudad sobrevive siglo tras siglo, asaltada, saqueada, conquistada y ocupada. Pero en el reverso de la moneda tenemos la historia de un esfuerzo humano y artístico sin igual. Y es precisamente esta estimulante yuxtaposición de altos logros y radical depravación, la que Hibbert ha sabido trazar con tanta maestría».
The Times Literary Supplement

«Italia ha sacado lo mejor de muchos escritores ingleses, entre los que se encuentra el señor Hibbert».
Books and Bookmen

Con la colaboración de



www.almed.net
almed@almed.net

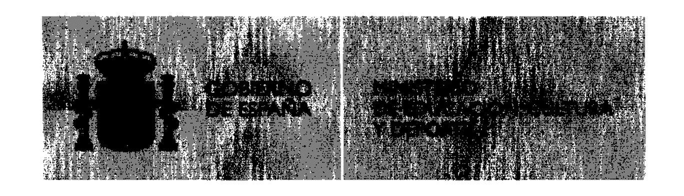
ROMA
HISTORIA Y GUÍA

TRES MIL AÑOS DE HISTORIA DESDE
LOS REYES ETRUSCOS HASTA MUSSOLINI

CHRISTOPHER HIBBERT







Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

Titulo original: *Rome. The Biography of a City*
Autor: Christopher Hibbert

Imagen de la portada: Vista del Panteón de Roma

Editorial Almed
Avenida Divina Pastora, 7 (local 18). 18012 Granada
Tel. 958 29 13 06
www.almed.net
almed@almed.net

Traducción: Carmen Ternero Lorenzo

Diseño de portada: Gestión de Diseño
Edición: J.M. Vargas Diosayuda

ISBN: 978-84-15063-21-6
Depósito legal: GR-304-2014
Impreso en España

Para Tom y Allyce

Sumario

NOTA DEL AUTOR

Si bien el propósito de este libro es ofrecer una introducción a la historia y la vida social de Roma desde los tiempos de los reyes etruscos hasta la época de Mussolini, también he intentado que sea, en cierto modo, una guía de viaje. Aunque no pueda ser una guía detallada, las notas que se han recopilado contienen información sobre las construcciones y los tesoros de Roma que se mencionan a lo largo del texto; en este sentido, creo no falta ninguno los principales monumentos y lugares de mayor encanto de la ciudad. Por lo tanto espero que este libro no solo le ofrezca lector una idea general del pasado de Roma, sino que sirva además como una guía práctica para todos los que un día deseen visitar, o volver a visitar, una de las ciudades más maravillosas del mundo.

No habría podido escribir este libro sin la ayuda de mi amigo, el honorable Edmund Howard, antiguo asesor de la embajada británica en la capital, cuyo profundo conocimiento de Roma y los romanos me ha guiado en cada etapa de la preparación del manuscrito; le agradezco la inestimable ayuda que me ha brindado a la hora de elaborar las notas, así como las mejorías que me ha sugerido después de leer las pruebas. El trabajar en este libro tampoco habría sido un placer tan grande si no hubiera sido por otro amigo, John Guest, mi hábil y experto editor desde hace veinticinco años, con el que me he recorrido toda la ciudad en numerosas ocasiones.

Asimismo estoy en deuda con Tessa Street, impecable mecanógrafa y revisora. También deseo expresar mi reconocimiento a otros amigos que me han ayudado de muchas formas, a mi agente Bruce Hunter, a Pe-

ter Carson y Eleo Gordon de Viking, a Thomas Wallace de W. W. Norton, a Peter Hebblethwaite y al padre Philip Caraman, a Ben Weinreb y al profesor Roberto Weiss, a Maria Orsini y a Thěrěse Pollen, a Valerie Goodier y a Nonie Rae, a las bibliotecas y al personal de la London Library y del Instituto Italiano de Cultura, y, como siempre, a mi esposa, por la elaboración de un índice tan completo.

Roma, Caput Mundi: grabado en madera del siglo XV que proclama la preeminencia de la Ciudad Eterna. Rómulo y Remo, sus míticos fundadores, aparecen en la parte izquierda del grabado.

PARTE I

UNO

MITOS, MONARCAS Y REPUBLICANOS

En la época de Augusto, primer emperador romano, un joven escritor de Padua, Tito Livio, concluyó la primera parte de su historia épica de la ciudad en la que había elegido vivir. La historia empezaba setecientos años antes del nacimiento del propio escritor, en una edad remota en la que las leyendas románticas apenas dejaban entrever los verdaderos orígenes de Roma. El escenario era un terreno elevado con vistas al Tiber, a unos veinticuatro kilómetros de las salinas por las que el río fluía hacia el mar. Por las faldas de las colinas corrían arroyos que formaban pantanos y cenagales en los valles que serpenteaban a los pies de las colinas.[1] Allende los valles se desplegaba la enorme superficie de la Campagna, una vasta llanura silenciosa de bosques y pastos que se extendía más allá de donde alcanzaba la vista, hacia las montañas circundantes: los montes Albanos al sur; los Apeninos al este; y al norte, las cimas dominadas por el Imperio etrusco. El único punto en varios kilómetros por el que el río podía cruzarse con cierta facilidad se hallaba al norte de un meandro del Tíber, donde despuntaba una isla en el centro de la corriente como un barco encallado. Allí se alzaba la colina que más tarde tomaría el nombre de monte Palatino y fue, en aquel lugar, en el siglo VIII a. C., donde Tito Livio situó el principio de su historia.

Escribió de Rómulo y Remo, hijos gemelos de Rea Silvia, hija de Numitor, Rey de Alba Longa en los montes Albanos y descendiente de Eneas, héroe de Troya. Siendo virgen consagrada, Rea Silvia fue violada por un hombre al que ella identificó como Marte, dios de la guerra. Abandonó a los gemelos en una cesta para que se ahogaran en las aguas crecidas del río Tíber pero fueron salvados por una loba que dulcemente los amamantó, hasta que los encontró un pastor y se los llevó a su cabaña. Tras la pubertad, en el año 753 a. C., los jóvenes decidieron

establecer un nuevo asentamiento para su tribu en las colinas que se alzaban sobre el río en el que salvaron la vida, para lo que solicitaron el auspicio de los dioses de la campiña y les pidieron que les mandaran una señal para decidir cuál de los dos debía gobernar. Con el fin de observar e interpretar los augurios de los dioses, que expresaban su voluntad mediante el vuelo de los pájaros que surcaban el cielo, Rómulo subió a la cumbre del Palatino, mientras que Remo se colocó en la cima de otro monte cercano, el Aventino. Muy pronto, seis buitres sobrevolaron el Aventino, lo que Remo consideró como una señal de que los dioses le habían elegido; pero luego doce buitres extendieron sus alas sobre el Palatino, por lo que Rómulo creyó haber ganado el favor de los dioses. Los hermanos riñeron, sus partidarios se enfrentaron entre sí, y mientras luchaban, Remo saltó por encima de los muros que Rómulo estaba construyendo en el Palatino, provocando la ira de su hermano, que, en un arrebato de cólera, lo mató.

A partir de entonces, el asentamiento de Rómulo creció y prosperó. Pero, aunque contaba con una gran cantidad de hombres competentes y fornidos, las mujeres escaseaban. Las pocas que había procedían de otras tribus de las que habían escapado para buscar refugio en la nueva ciudad, pues sabían que Roma las acogería con la esperanza de que creciera la población, que a pesar de todo seguía siendo eminentemente masculina. En varias ocasiones, Rómulo envió a sus representantes a las comunidades de los alrededores para que negociaran alianzas que permitieran relaciones inter matrimoniales. Pero sus propuestas eran rechazadas de forma insultante. Quedó claro, por tanto, que sería inevitable el uso de la fuerza. Rómulo elaboró sus planes con esmero y astucia. Ocultando su resentimiento, anunció que las próximas Consualia (las fiestas solemnes que según Tito Livio se celebraban en honor del dios de las aguas Neptuno) tendrían lugar en la ciudad de Roma, con el máximo esplendor, y que todos los vecinos de la región serían bienvenidos. Entre los pueblos que aceptaron la invitación y acudieron a visitar las fortificaciones y los numerosos edificios de la floreciente ciudad se encontraban los sabinos, una tribu de las montañas del norte de aspecto agradable. Cuando el espectáculo alcanzó su momento álgido, los romanos se abalanzaron sobre las jóvenes mujeres sabinas y las raptaron mientras los padres de las víctimas huyeron aterrorizados. Rómulo apaciguó los temores de las sabinas asegurándoles que, al convertirse en esposas de romanos, se les trataría como tales, por lo que podrían compartir los privilegios de pertenecer a la nueva comunidad y gozar de su futura grandeza; a cam-

bio solo tendrían que apaciguar su amargura y entregar sus corazones a quienes habían tomado posesión de sus cuerpos.

Las sabinas aprendieron a disfrutar de la nueva vida que les ofrecían sus maridos romanos, pero los hombres de su tribu no olvidaron la humillación de aquel rapto y decidieron vengarse. La oportunidad se presentó cuando la hija de Espurio Tarpeyo, jefe encargado de la guarnición romana, salió a buscar agua fresca para un sacrificio fuera de las fortificaciones de su padre y se topó en el valle con un grupo de soldados sabinos que empezaron a coquetear con ella y la convencieron para que los dejara entrar en la ciudadela. Como recompensa a su acción, la joven les pidió «lo que llevaban en los brazos», refiriéndose a los brazaletes de oro que, a modo de escudo, protegían los brazos de los sabinos desde la muñeca hasta los codos. Se cerró el trato y la joven cumplió, pero una vez que los sabinos accedieron a la ciudadela, en lugar de recompensarle con los brazaletes, la aplastaron con el peso de sus escudos, pues consideraron que era lo que la joven merecía por su traición. En la batalla que siguió, los sabinos ganaron la primera acometida, pero cuando Rómulo reunió a sus soldados y estaba a punto de derrotar a los enemigos, las sabinas, con el pelo suelto y las prendas desgarradas, se abrieron paso entre los combatientes y les rogaron, a sus maridos por una parte y a sus padres y hermanos por la otra, que no derramaran sangre emparentada. «La exhortación tuvo un efecto inmediato y profundo —narra Tito Livio—. Se hizo el silencio. Nadie se movió. Enseguida, Rómulo y el jefe sabino acordaron la paz. Y lo que es más, ambos pueblos se unieron bajo un mismo gobierno, con Roma como sede del poder».

Con el paso de los años se libraron otras batallas con tribus rivales, de las que Roma salió victoriosa. A los derrotados se les permitió establecerse con sus familias en los barrios de los vencedores, de modo que la heterogeneidad de la población siguió aumentando al tiempo que el poder de Roma crecía gradualmente: al oeste, hacia el mar; al este, hacia los Apeninos; al sur, hacia las tierras de los volscos; y al norte, hacia el Imperio de los etruscos.

Rómulo, artífice de las victorias romanas, desapareció un día tormentoso cuando una nube bajó y lo envolvió mientras estaba pasando revista a sus soldados más allá de las murallas romanas, en una zona conocida como Campus Martius.[2] Cuando la nube volvió a elevarse y salió el sol, el trono real estaba vacío. Hubo quien dijo que un torbellino se había llevado al Rey para devolverlo a la morada de los dioses de la que procedía, mientras que otros mantenían que alguno de los cien senadores

que había nombrado, celoso de su poder, lo había asesinado y ocultado el cuerpo. Sin embargo, tras un año de interregno en el que los senadores compartieron el gobierno, se nombró a otro rey, al que siguieron cinco más, todos ellos elegidos tras haber interpretado los pertinentes augurios. El primer sucesor, y segundo rey, fue un hombre de paz, un erudito sabino llamado Numa Pompilio. Él fue quien inspiró a los romanos el temor de los dioses. Invistió sacerdotes con cargos religiosos específicos y creó la figura de una suprema autoridad sacerdotal, el Pontifex Maximus; nombró vírgenes encargadas del Templo de Vesta, diosa del hogar y los fogones, para que se encargaran del fuego sagrado; designó a doce sacerdotes salios para que estuvieran al servicio de Marte, a quienes dotó de un uniforme compuesto por una túnica bordada, un peto de bronce y unos escudos sagrados que habían de llevar por toda la ciudad mientras entonaban sus himnos al ritmo del triple compás de su ritual de danza; dividió el año en doce meses lunares y estipuló ciertos días en los que sería ilegal desarrollar la actividad pública; mandó construir el Templo de Jano, dios de las puertas, que debía permanecer abierto cuando Roma estaba en guerra y cerrado en tiempos de paz.[3] Numa Pompilio llevó la paz a la ciudad mediante diversos acuerdos de alianza con los pueblos vecinos que no se encontraban aún bajo la autoridad de Roma.

Sin embargo, el periodo de paz se interrumpió con el reinado de su sucesor, Tulio Hostilio, quien destacó como valeroso soldado y gobernó durante treinta y dos años. El cuarto rey, Anco Marcio, nieto de Numa Pompilio, estaba decidido a emular a su abuelo en cuanto al cumplimento de las prescripciones religiosas, pero igualmente dispuesto a luchar por el honor y la independencia de Roma como su antecesor Tulio, por lo que entabló guerras y a su vez negociaciones de paz de acuerdo con las estrictas formalidades legales y los invariables ritos que luego supervisaban los representantes sacerdotales del pueblo romano, los feciales.

Durante el reinado de Anco, llegó con la intención de establecerse en Roma un joven inteligente, astuto y ambicioso, procedente de Etruria. Nieto de un exiliado de Corinto, el joven adoptó el nombre de Lucio Tarquinio Prisco, y en pocos años se ganó una reputación tan eminente en la ciudad que incluso llegó a asegurarse su elección al trono tras la muerte de Anco Marcio. Como rey, Lucio Tarquinio Prisco proyectó el Circo Máximo,[4] al que llevó caballos y luchadores de Etruria para entretener a los romanos con espléndidos juegos públicos; cercó la ciudad con una muralla fortificada; drenó la depresión del terreno en el que se hallaba el Foro;[5] concedió fincas a los constructores de casas, tiendas y pórticos

alrededor de este lugar de encuentro tradicional; y puso los cimientos de un templo nuevo dedicado a Júpiter en el monte Capitolino.[6]

Hacia el año 579 a. C., los hijos de Anco Marcio mandaron asesinar al primer rey etrusco de Roma con la esperanza de llegar a sucederle en el poder. No obstante, la reina viuda tras encubrir al asesino consiguió persuadir al pueblo de que aceptara a su yerno, Servio Tulio, como regente, y posteriormente como rey, con el derecho a vestir la toga real blanca y púrpura, y a ser precedido por los lictores, miembros de la ya tradicional escolta real que lucían un hacha rodeada de un haz de varas, símbolo de la potestad del rey para castigar y ejecutar a los ciudadanos reacios sin necesidad de juicio previo.

Una vez en el poder, Servio Tulio inició la gran labor por la que siempre sería recordado: la organización de la sociedad romana de acuerdo con una escala predefinida de rango y riqueza. Desde aquel momento se censó a la población regularmente, y el pueblo, que ya estaba dividido en *curiae* para el voto, se subdividió en varias clases y obtuvo, en función de su patrimonio, responsabilidades en la guerra y privilegios en la paz. Los ciudadanos más ricos conformaron la caballería, convirtiéndose así en los *équites*, o fueron nombrados jefes de infantería, con derecho a llevar espada, lanza y armadura. El resto de los infantes pertenecían a otras cuatro clases de ciudadanos; la más baja tendría que conformarse con hondas y piedras. A los ciudadanos más pobres se les eximió del servicio militar, pero también se les negaron los privilegios políticos de los que disfrutaban las demás clases, cada una en función de su rango.

Después de haber organizado la sociedad romana en un sistema de clases basado en la riqueza, Servio Tulio procedió a dividir Roma en distintas áreas administrativas. Amplió los límites de la ciudad de modo que incluyeran los montes Quirinal y Viminal, alrededor de los cuales levantó una nueva muralla y, más allá de ella, distribuyó las tierras conquistadas en la guerra entre los ciudadanos corrientes. Dicha distribución desagradó a los senadores, por lo que el rival de Servio, que era el hijo del asesino de Lucio Tarquinio Prisco, vio en el descontento de los senadores una buena oportunidad para reemplazarle. Animado por su malvada y ambiciosa esposa Tulia, Tarquinio consiguió aumentar su influencia en el Senado mediante promesas y sobornos y, cuando llegó el momento oportuno, mandó asesinar a Servio. Tulia pasó triunfalmente sobre el cadáver con su carro, salpicándose el vestido de sangre. Y así fue como, hacia el año 534 a. C., comenzó la tiranía de Tarquinio el Soberbio.

Tras declarar que los holgazanes eran un peso para la ciudad, Tarquinio inauguró un gigantesco programa de obras públicas. Usó el botín de una exitosa campaña contra los volscos para ampliar y adornar el magnífico Templo de Júpiter que su padre había comenzado a edificar, en el que puso a trabajar no solo a los obreros y artesanos de toda Etruria, sino también a cientos de romanos. Los trabajos se centraron en mejorar el Circo en el que nuevas filas de gradas fueron construidas y en ampliar las excavaciones de la Cloaca Máxima[7] el gran albañal de la ciudad.

En esta época —escribió Tito Livio— tuvo lugar un acontecimiento pavoroso y siniestro. En el Foro, una enorme serpiente salió de una grieta de uno de los pilares de madera del palacio real. Según la costumbre, Tarquinio debía acudir a un adivino etrusco a fin de interpretar el presagio; sin embargo, ya que el prodigio se había producido en su propio palacio, pensó que lo mejor sería ir a buscar la iluminación a Grecia, pues en Delfos se hallaba el oráculo más famoso del mundo. Como no quería confiar una misión tan importante sino a sus hijos, envió a dos de ellos, Tito y Aruns, junto con su sobrino Bruto.

En Delfos, después de haber inquirido en el oráculo sobre la serpiente, los jóvenes príncipes no pudieron resistirse a hacer otra pregunta: «¿Quién será el próximo rey de Roma?». Desde las profundidades de la caverna llegó la respuesta: «El primero en besar a su madre tendrá la suprema autoridad de Roma». Tras decidir que no le contarían el secreto a su hermano menor, Sexto Tarquinio, que se había quedado en Roma, Tito y Aruns se echaron a suertes cuál de los dos besaría primero a su madre, pero, mientras lo hacían, su primo Bruto, mucho más astuto y ambicioso de lo que parecía, fingió tropezar y, al caer, sus labios besaron la Tierra, madre de todos los seres vivos.

Un día, ya de vuelta en la península itálica, mientras los dos príncipes y su hermano estaban bebiendo en compañía de unos amigos, surgió una conversación sobre la lealtad y fidelidad de sus mujeres. Uno de ellos, Colatino, sostenía que su mujer, Lucrecia, era superior a todas las demás mujeres de Roma. Para comprobarlo, solo tenían que ir a visitarla en aquel preciso instante —dijo—, pues estaba convencido de que, al contrario de lo que ocurriría con las demás, la encontrarían ocupada en alguna labor útil e inocente. Y así fue. Mientras que las otras esposas disfrutaban de los mayores lujos en una fiesta, a Lucrecia la encontraron trabajando con ahínco en su máquina de hilar a la luz de un cirio, rodeada por sus doncellas. Lucrecia se levantó para recibir a su marido y a sus amigos los príncipes. Colatino, regodeándose en su éxito, invitó a todos a cenar.

Durante la cena, el más joven de los príncipes, Sexto Tarquinio, se sintió cautivado por la belleza y la castidad que había demostrado su encantadora anfitriona; y, cuando la lujuria se apoderó de él, se convenció de que debía poseerla. A los pocos días, cuando Lucrecia estaba sola, Sexto volvió a la casa y, después de encontrar el camino hacia su habitación, la despertó poniéndole una mano en el pecho y susurrándole al oído: «¡Lucrecia, ni una palabra! Soy Sexto Tarquinio. Estoy armado. Si haces ruido, te mataré». Pero Lucrecia se negó a rendirse a sus amenazas y halagos, hasta que él dijo que la deshonraría para siempre a los ojos del mundo matándola primero a ella y luego degollando a un esclavo al que pondría desnudo a su lado en la cama. «¿Acaso no creerían que alguien te sorprendió cometiendo adulterio y que tuviste de pagar por ello?». Ante tal amenaza, Lucrecia se rindió, Sexto disfrutó con ella y luego se marchó, orgulloso de su proeza.

Al día siguiente, Lucrecia les contó a su padre y a su marido, que estaban en compañía de su amigo Bruto, lo que había pasado. Acto seguido, se llevó un cuchillo al corazón y se lo clavó. Bruto se lo extrajo, lo levantó y exclamó: «¡Juro ante la sangre de esta joven y ante todos los dioses, que con fuego y espada y con todo lo que pueda dar fuerza a mi brazo, perseguiré a Tarquinio el Soberbio, a su malvada esposa y a todos sus descendientes, y jamás les permitiré ni a ellos ni a ningún otro hombre ser rey en Roma!».

Ante la impetuosa declaración de Bruto, el pueblo de Roma se levantó contra el tirano. Tarquinio y sus dos hijos mayores huyeron al exilio en Etruria; mientras que su hijo menor, Sexto, fue asesinado. El reinado de Roma tocaba a su fin. Y, hacia el año 507 a. C., cuando Bruto y Colatino recibieron el cargo de cónsules de Roma, comenzaron los días de la República.

Tales eran las leyendas de la temprana historia romana, que indican claramente el tipo de persona y de comportamiento de los que, con el paso del tiempo, los romanos se sentirían orgullosos. Como dijo Goethe, si eran tan extraordinarios como para inventarlas, nosotros deberíamos ser al menos capaces de creerlas. De hecho, bajo el rebuscado embellecimiento de estos mitos, muchos de origen griego, se esconde una parte de verdad. En este sentido, no podemos olvidar que ciertamente había verjas de hierro en los asentamientos de las diversas colinas que se levantan sobre el Tíber, donde Roma se construiría más tarde; y una de las cabañas de las pendientes del monte Palatino, conocida como la Casa de Rómulo, seguía siendo un lugar que se solía

visitar en tiempos del Imperio. También hay pruebas que nos llevan a creer que las personas que habitaron dichos asentamientos se unieron a los sabinos, que estuvieron gobernados por un rey y que tenían el tipo de estructura de clases y militar que, según fuentes seguras, Servio Tulio les impuso. Tenemos asimismo sólidas pruebas de la influencia etrusca en la alfarería romana y en el sistema de drenaje de las tierras del Foro romano desde los tiempos en que las leyendas narran la llegada a Roma del exiliado de Etruria que luego se convertiría en el Rey Tarquinio Prisco.

Los etruscos pertenecían a un pueblo misterioso que pudo llegar a Italia por mar, desde los Balcanes, o por tierra, desde el norte de la península, para asentarse en el valle del Po y por toda la costa occidental de lo que más tarde sería la Toscana. Expertos en metalistería y alfarería, mantenían un próspero comercio con las ciudades griegas del sur. Era lógico, por tanto, que los etruscos se dirigieran hacia Roma, cuyas colinas dominaban el lugar más cercano al mar por el que podía cruzarse el Tiber, y que además llevaba a las salinas de la desembocadura, desde donde la Via Salaria, o vía de la sal, se dirigía hacia Perugia y los demás pueblos etruscos del norte.

Una vez establecidos en Roma, la influencia etrusca se volvió dominante y duradera. Los reyes adoptaron las vestiduras etruscas y sus regalías, además de la silla ceremonial, la *sella curulis*, que más tarde se convertiría en el símbolo de la autoridad de los magistrados romanos; los sacerdotes, por su parte, las prácticas religiosas etruscas, sus métodos de adivinación y de augurio; y los agricultores aprendieron los métodos etruscos de labranza y drenaje de las tierras. Los sacrificios humanos y de animales que llevaban a cabo los etruscos para calmar los inquietos espíritus de los muertos también dieron origen a los que durante mucho tiempo se pusieron en práctica en el anfiteatro romano, y el hacha y las varas de los lictores etruscos llegarían a convertirse en uno de los símbolos de la era del Fascismo.

La expulsión de los reyes etruscos y las guerras que muy pronto les declararon los pueblos enemigos supusieron tiempos difíciles para los romanos. Se interrumpió el comercio, se redujo el cultivo y las plagas fueron constantes. A fin de calmar a los dioses, se construyeron nuevos templos en la ciudad: el de Apolo, dios protector; el de Ceres, diosa de la agricultura; el de Mercurio, dios del comercio; y el de Saturno, el dios de la cosecha que protegía los cultivos de las plagas. Pero los tiempos siguieron siendo difíciles y oscuros, y los pobres se dieron cuenta de que

con la República seguían teniendo el mismo poco peso en el gobierno y tan escasos derechos como con la Monarquía.

En el año 494 a. C., el descontento de los plebeyos culminó en una revuelta contra las leyes patricias de los magistrados y el Senado. Durante el levantamiento, cuando las tropas enemigas atacaron Roma, los plebeyos se retiraron al monte Aventino y amenazaron con fundar una comunidad aparte. Para evitarlo, se eligieron dos tribunos como representantes de la plebe y se nombró una comisión de diez miembros para que elaborara un código jurídico. El resultado fue la Ley de las XII Tablas, el primer hito de la historia de la ley romana, que se grabó en placas de bronce y se exhibió en el Foro; durante generaciones, los estudiantes las memorizaron y recitaron sus disposiciones que se consideraban la piedra angular de la República, cuya grandeza quedaba simbolizada en el emblema de las legiones, el Senado y el Pueblo romano: S. P. Q. R., *Senatus Populusque Romanus*. Las Tablas, pese a establecer algunas reformas, eran una codificación de las costumbres predominantes de lo que seguía siendo una comunidad esencialmente agrícola y muy conservadora. De todas formas, aunque muchas de sus disposiciones eran crueles, de algún modo abrieron el camino hacia la igualdad de la ley para todo el pueblo de Roma. Las penas eran severas: «El incendio de casa u hórreo se castiga con arresto, flagelación y pena mortal en la hoguera [...]. Cualquier persona que hubiera cantado o compuesto contra otra, una canción calumniosa o ultrajante, será golpeada hasta fenecer [...]. Si se ha cometido un robo nocturno, y el propietario mata al ladrón, se considerará que el ladrón ha recibido una muerte conforme a la ley [...]. Si a un esclavo se le sorprende in fraganti, será despeñado desde la roca Tarpeya[8] [...]. Será ejecutado todo el que incite a un enemigo público o entregue a este un ciudadano»; pero al mismo tiempo establecían que estaba prohibido «someter a suplicio a una persona no condenada, quienquiera que sea», y recogían muchas otras cláusulas que protegían a los débiles de los poderosos.

A pesar de sus proclamados méritos, la Ley de las XII Tablas no supuso ningún adelanto en cuanto a la capacidad de los plebeyos de compartir la autoridad del Senado; tampoco los teóricos poderes que poseían, como el derecho exclusivo a declarar la guerra en la Asamblea pública, les sirvieron de mucho. El Senado siguió ostentando el gobierno efectivo de Roma, y los hombres de aquellas familias invariablemente ricas que lo constituían, ocupaban, como por derecho propio, los principales cargos de la República. Los ciudadanos con cargos más

honorables eran los cónsules, que vestían sandalias rojas con cordones y correas de cuero y una toga especial con una amplia banda púrpura, y que además, como los reyes etruscos, iban escoltados por doce lictores que portaban las fasces, un hacha con un pequeño haz de varas, como símbolo de su autoridad. Las familias patricias ocupaban otros cargos menores, como era el caso de los cuestores, quienes, después del año 421 a. C., adquirieron funciones de carácter financiero; los censores, cuyo cargo se creó en el 440 a. C. para supervisar los ingresos que determinaban la responsabilidad de los ciudadanos en lo relativo a los impuestos y el servicio militar; los pretores, que presidían los tribunales; y los ediles, que eran los responsables del buen estado de las calles, los templos, las cloacas y los emplazamientos de los mercados de la ciudad, además de encargarse de la organización de los espectáculos públicos, los juegos y los festivales. En tiempos que se consideraban peligrosos para la República se podía nombrar a un dictador con poder supremo, que gozaba del derecho de ser escoltado por veinticuatro lictores, aunque no el de montar a caballo por Roma, ya que este privilegio le habría podido suscitar pretensiones de soberanía.

Además de los cargos políticos, había cargos religiosos que los patricios de igual modo procuraban mantener fuera del alcance de los plebeyos. Todos ellos tenían una gran influencia, pero el más importante era el de sumo pontífice o Pontifex Maximus, que, como principal magistrado de la «ley sagrada», presidía el Colegio de Pontífices. Responsable no solo de hacer los ajustes necesarios en el calendario del año romano de 355 días, sino también de intervenir en aquellas ocasiones, tanto en la vida como en la muerte, que requerían un ritual; los matrimonios, las adopciones y los funerales. Asimismo era el encargado de las vírgenes que servían a Vesta, la diosa del hogar, cuyo templo circular, uno de los más antiguos de Roma, se levantó en el centro del Foro.[9] Los propios padres llevaban a sus hijas al Atrium Vestae,[10] la casa de las vírgenes vestales del Foro, donde las entregaban al Pontifex Maximus, quien a partir de ese momento tenía potestad plena sobre ellas. Para ser admitidas, no podían tener menos de seis años, ni más de diez, y carecer de defecto físico alguno. A estas sacerdotisas se les exigía castidad durante los treinta años que debían dedicar al ofrecimiento de sacrificios, realizar los ritos establecidos y ocuparse del cuidado del fuego sagrado, que simbolizaba la supervivencia del Estado. «Se establecieron severos castigos para sus faltas —escribió el historiador griego Dionisio de Halicarnaso—. A las vestales culpables de faltas menores se les azotaba con varas, pero a las

que habían cometido adulterio se les reservaba la muerte más vergonzosa y miserable [eran enterradas vivas]. Había muchas especificaciones para el caso en el que una sacerdotisa no cumpliera sus sagradas funciones con pureza, pero la falta más grave era la de permitir que el fuego se extinguiese, considerada por los romanos la mayor de las desgracias, ya que, independientemente de la causa, lo veían como un augurio que presagiaba la destrucción de la ciudad».

Además de estas funciones, el Pontifex Maximus debía asegurarse de que nadie se mofara de los dioses, ni les contrariase, al tiempo que se ocupaba de hacer públicos sus deseos. Para averiguarlos contaba con la ayuda de los augures, expertos en la interpretación de las señales con las que las deidades comunicaban su voluntad al mundo terrenal mediante el sonido de los truenos, el resplandor de los relámpagos, los movimientos de las entrañas de los animales sacrificados o a través del vuelo de los pájaros.

Desde que Rómulo vio en el aleteo de los buitres un presagio favorable para la fundación y el gobierno de su ciudad, el pueblo romano había atesorado toda una serie de portentos con sus respectivas interpretaciones; y en tiempos de peligro, cuando eventos anormales solían acaecer, oía alarmado los rumores que se propagaban por la ciudad de quienes habían sido testigos de nacimientos monstruosos, de la aparición de imágenes extrañas en el cielo, de estatuas que lloraban sangre, de animales que hablaban, de cereales que derramaban lágrimas, de piedras y carne que llovían del cielo. Puesto que los augures guardaban su saber en secreto y estos hechos podían interpretarse de muy diversas formas —y por supuesto inventarse—, el poder de estos oficiantes de la Orden de los augures era inmenso. Para evitar una elección, solo tenían que declarar que no era el momento propicio para celebrarla; para impedir que se promulgara una ley, no tenían más que anunciar que los presagios indicaban que los dioses se oponían a ella. Cicerón, que más tarde afirmaría que la función de los augures era el «único cebo» que podía tentarle a volver a la política, llegó a afirmar lo siguiente:

> La autoridad más alta e importante del Estado es la de los augures. Pues, ¿qué poder es mayor que el de aplazar asambleas y reuniones? ¿O el de declarar nulos los actos de dichas asambleas? ¿Qué puede ser más relevante que el abandono de cualquier negociación ya iniciada después de que un solo augur anuncie: «Otro día»? ¿Qué poder es más impresio-

> nante que el de obligar a un cónsul a renunciar a su cargo? ¿Qué derecho es más sagrado que el de dar o negar permiso para celebrar una asamblea popular?

Rara vez se ponía en duda la disposición del pueblo romano a la hora de aceptar el veredicto de los augures. Su veneración a los dioses era profunda e inequívoca y la escrupulosidad con que se observaban las formas en la religión romana, era tan importante como el propio rito. El estadista conservador Marco Porcio Catón, riguroso defensor de las costumbres ancestrales y famoso agricultor cuyo tratado sobre agricultura (escrito alrededor de 160 a. C.) es la primera obra en prosa completa que ha llegado a nuestros días escrita en lengua latina, advirtió al resto de los campesinos:

> Previo al comienzo de la cosecha, sacrifíquese una cerda del modo que se describe a continuación. Ofrézcasele el sacrificio a Ceres antes de almacenar espelta, trigo, cebada, habas o semilla de colza. Halágüese con incienso y vino a Jano, Júpiter y Juno antes de sacrificar al animal. Entréguese un pastel a Jano con estas palabras: «Padre Jano, al presentarte este pastel, te dirijo sinceras plegarias para que seas benévolo y propio para conmigo, mis hijos, mi casa y mi familia» [...]. Hágase una ofrenda a Mars Silvanus en el bosque durante el día por cada cabeza de buey. Tres libras de sémola de espelta, cuatro y media de lardo, cuatro y media de carne, tres sextarios de vino [...]. Ninguna mujer puede presenciar el sacrificio ni ver de qué modo se ofrece.

Asimismo eran muy precisas las instrucciones acerca de las palabras que se tenían que emplear, los sacrificios que había que ofrecer a otros dioses y la forma en que estos debían llevarse a cabo.

Los dioses romanos eran, de hecho, muy numerosos y a cada uno se le debía el adecuado y preciso respeto según los poderes que se les atribuyeran. Uno de ellos cuidaba las semillas cuando estaban bajo tierra, otros cuando el grano estaba creciendo y otros cuando se almacenaba. El dios Nodutus se encargaba de los tallos, Volutina se ocupaba de las panochas todavía cerradas, Flora protegía el cultivo en flor, Matuta velaba por su madurez y Runcina cuidaba de la siega.

Aunque cada dios contara con su flamen (sacerdote adscrito al culto de una divinidad particular), los servicios de los flámenes no solían estar tan solicitados como los de los augures, ya que aquellos estaban sujetos

a numerosas limitaciones. El flamen de Júpiter, por ejemplo, no podía montar a caballo, ni ver a los soldados en orden de batalla; no podía comer, y ni siquiera nombrar ciertos alimentos; y tenía prohibido pasar por debajo de las parras y salir al aire libre sin cubrirse la cabeza. Además, según el jurista Aulo Gelio: «Las patas de la cama en la que duerme tienen que estar embadurnadas de una fina capa de arcilla; no puede dormir más de tres noches seguidas fuera de su lecho y ninguna otra persona puede yacer en él [...]. Si pierde a su esposa, tiene que abdicar de su cargo. Su matrimonio no puede disolverse sino con la muerte».

No obstante, este flamen en concreto, que servía en el Templo de Júpiter en el Capitolio, gozaba de suma importancia política y por eso los plebeyos estaban decididos a abrirse camino hacia este cargo. Su relevancia política se la otorgaba el hecho de ser el guardián de los Libros Sibilinos, a los que se trataba con tan pavoroso respeto como a los pronunciamientos de los augures, ya que recopilaban las declaraciones oraculares de la famosa sibila de Cumas (ciudad griega de Campania) y contenían las claves secretas del destino de Roma. Estos libros proféticos, que según la tradición había comprado Tarquinio Prisco, se custodiaban con suma atención en el Templo de Júpiter, donde se les consideraba como reliquias sagradas y se consultaban siempre que hubiera que tomar una decisión trascendental. Sin embargo, el texto usaba términos tan ambiguos que, tal y como se quejaba el escéptico Cicerón, al omitir todas las referencias específicas de tiempo y lugar, el guardián de los libros podía interpretarlos siempre de modo que predijeran lo que él deseara; de ahí la influencia política de su cargo.

De vez en cuando, los plebeyos lograban algún que otro éxito en su lucha por conquistar el poder político. Por ejemplo, en el año 445 a. C., poco después de la promulgación de la Ley de las XII Tablas, se permitió el matrimonio entre plebeyos y patricios, prohibido por aquellas leyes; en el 348 a. C., se acordó que uno de los dos cónsules sería siempre un plebeyo; en el 338 a. C., el Senado accedió a que se ratificaran automáticamente todas las medidas que se votaran en la Asamblea popular; y más tarde, en el 287 a. C., cuando el dictador Quinto Hortensio ascendió temporalmente al poder en un momento de crisis, se decretó que todas las resoluciones del Consejo de los plebeyos tendrían fuerza de ley sin necesidad del consentimiento del Senado. Sin embargo, lo que parecía un gran triunfo para la clase plebeya, en la práctica no lo fue, ya que, por una parte, a los miembros más ricos e importantes del Consejo plebeyo, no les interesaba que la situación cambiase y, por otra, a los

tribunos del pueblo, que eran quienes actuaban como guía en el Consejo, se les otorgaron toda una serie de privilegios senatoriales a fin de disuadirles de su empeño en apoyar al pueblo llano. Así pues, los plebeyos no consiguieron sacar partido a su victoria y los patricios, que les miraban con desdén por tratarse de una clase socialmente inferior, siguieron controlando al Senado, que a su vez tenía pleno control sobre el gobierno.

Al tiempo que continuaba esta lucha entre las distintas clases sociales, la ciudad siguió extendiendo sus dominios. Roma derrotó a los pueblos rivales de Italia central, entre los que se encontraban los etruscos, cuya capital, Veyes, ubicada a tan solo dieciséis kilómetros de Roma, terminó completamente asolada. A algunos de los pueblos vencidos se les concedió la ciudadanía romana; a otros, privilegios menores; y a los que resultaron ser más ingobernables, se les sometió hasta que por fin se les consideró merecedores de entrar a formar parte de la creciente federación de Estados. No obstante, a finales del siglo IV a. C., Roma tuvo que enfrentarse a un momento de gran adversidad cuando una multitud de tribus procedentes de la Galia, cruzó los Alpes y se precipitó hacia la ciudad. «Los pueblos se apresuraron a tomar las armas, espantados por los bramidos de los enemigos —escribió Tito Livio—. El aire estaba cargado del aterrador estruendo de las feroces canciones de guerra y los discordantes alaridos de quienes llevan una vida salvaje e indómita [...]. Los hombres huyeron a los campos para salvarse; y desde las inmensas huestes, que ocupaban extensos terrenos con sus caballos y hombres, se alzó el grito: "¡A por Roma!"».

Las hordas galas arrasaron las tropas romanas del norte, cruzaron las puertas de las murallas de la ciudad y se esparcieron por el interior. Todos los hombres capaces de llevar armas, contaba Tito Livio, junto con las mujeres y senadores dotados de mejor forma física, se retiraron a la fortaleza del Capitolio, dejando a los mayores y menos hábiles abajo, en la ciudad. Con ellos se quedaron los patricios de más edad, quienes, vistiendo las ceremoniosas togas que habían tenido el honor de lucir durante sus días de mandato, se sentaron a esperar la muerte en los patios de sus casas, en las sillas ricamente decoradas con marfil de los magistrados de la ciudad. Allí los encontró el enemigo.

> Bien podían haber sido estatuas de un lugar sagrado, y por un momento los guerreros galos se quedaron quietos, petrificados; entonces, por instinto, uno de ellos tocó la barba de un tal Marco Pipireo —una

> barba larga, como se llevaba antiguamente— y el romano le asestó un golpe en la cabeza con su cetro de marfil. Aquello fue el comienzo. Los bárbaros montaron en cólera y le mataron, extendiendo la masacre a los otros que seguían en sus sillas. Desde ese momento no hubo piedad; saquearon las casas y, una vez despojadas de objetos de valor, las incendiaron.

En la Roma de hoy aún se pueden advertir las consecuencias de aquella conflagración en la capa de escombros quemados y los fragmentos de tejas y de madera carbonizada de los límites del Foro.

Sin embargo, el Capitolio resistió y consiguió contener un asalto que se llevó a cabo durante el día, al que siguió un nuevo intento por la noche. Los enemigos treparon sigilosamente por las escarpadas laderas, pasándose las armas de unos a otros. Los centinelas no oyeron nada y hasta los perros guardaron silencio.

> Pero no pudieron eludir la vigilancia de los gansos que, a pesar de la escasez de alimentos, no habían sido sacrificados por ser animales consagrados a la diosa Juno. Los graznidos y aleteos de las aves despertaron a Marco Manlio, cónsul desde hacía tres años y distinguido soldado, quien, al tiempo que cogía sus armas y llamaba a los demás para proceder de igual modo, pasó dando zancadas por delante de sus perplejos compañeros en dirección a un galo que acababa de apoyar el pie en lo alto de la muralla, y de la que le tiró asestándole un golpe con su escudo. Cuando el enemigo resbaló y cayó, arrastró consigo a los que tenía detrás. Los demás, sorprendidos, dejaron caer las armas para agarrarse a las rocas por las que estaban trepando, y Manlio aprovechó la oportunidad para matarles. Para entonces, el resto de los romanos ya había llegado y estaba atacando a los invasores con piedras y jabalinas. En seguida, todos los atacantes perdieron el equilibrio y se despeñaron por la ladera.

Las provisiones de las huestes galas comenzaban a escasear y la enfermedad se apoderó de sus filas a causa de las asfixiantes nubes de polvo y ceniza que los edificios incendiados llevaban hasta el campamento. Los cadáveres se amontonaban y quemaban en el lugar que más tarde se conoció como «la pira de los galos». Se impuso una tregua, hasta que los hombres del norte, ansiosos por volver a casa y luchar contra enemigos dentro de sus confines, aceptaron dinero a cambio de su rendición.

Para Roma, aquella experiencia fue devastadora y humillante, y muy pronto se tomaron medidas para asegurar una mejor defensa de la ciudad. En el lugar en que se encontraba la muralla de Servio Tulio, se levantó un muro defensivo de piedra volcánica, diseñado por unos ingenieros griegos, que encerraba un área que, con sus más de cuatrocientas hectáreas, abarcaba las siete colinas.[11] Por las puertas de estos muros, muchos de los cuales aún se pueden contemplar, las legiones marcharon hacia nuevas campañas contra los ecuos, los hérnicos, los volscos, los samnitas, los umbros y los galos. Todos ellos fueron vencidos y pacificados, y se enviaron a Roma miles de esclavos, si bien, con el tiempo, muchos alcanzarían la libertad. En aquel momento, el sur de Italia seguía bajo dominio griego; pero en el año 265 a. C., Roma lo conquistó y adquirió el poder supremo de toda la península al sur del Po.

Sin embargo, como Sicilia seguía fuera el ámbito de influencia romana, el interés de Roma por la isla condujo al conflicto con Cartago, el poder marítimo norteafricano cuyos barcos y armada controlaban la mayor parte del Mediterráneo occidental. La primera guerra contra los cartagineses duró más de veinte años, durante los cuales los romanos perdieron más de quinientos barcos en violentas tormentas y cruentas batallas navales. No obstante, gracias al tratado del 241 a. C., Roma tomó el control de la mayor parte de Sicilia y posteriormente logró conquistar Córcega y Cerdeña. La segunda guerra púnica, que comenzó en 218 a. C., conllevó pérdidas terribles para la armada romana cuando el magnífico general cartaginés Aníbal marchó a través de los Alpes con sus tropas y elefantes e infligió derrotas aplastantes en las legiones, sobre todo en la batalla de Cannas, ciudad del sur de Italia, donde más de treinta mil soldados romanos perdieron la vida. Los romanos vengaron el desastre en la batalla del río Metauro, donde arrollaron las tropas de Asdrúbal, hermano de Aníbal; pero Aníbal siguió invicto en Italia y su ávido ejército causó estragos por el campo. A falta de la guarnición adecuada para poder sitiar la ciudad, no intentó conquistar la ciudad de Roma, aunque a lo largo de aquellas interminables batallas, los romanos temieron su embestida en varias ocasiones. Una de ellas fue cuando sus tropas se acercaron tanto a la ciudad que los romanos podían distinguirlas desde lo alto de las murallas, pues Aníbal había levantado su campamento a menos de cinco kilómetros de la misma. Los romanos, en un acto de gran desafío, pujaron por el campamento; lo que de nuevo supuso grandes pérdidas. En otra ocasión, el temor a un ataque aumentó a causa de unos extraños augurios y el descubrimiento de la impureza de

dos vírgenes vestales; una fue enterrada viva de acuerdo con la costumbre, mientras que la otra se suicidó. Se consultaron los Libros Sibilinos y, conforme a sus indicaciones, un hombre y una mujer galos y un hombre y una mujer griegos, fueron enterrados también vivos en la plaza del mercado. Finalmente, durante el verano del año 204 a. C., una potente armada romana bajo el mando de un joven y brillante general, Publio Cornelio Escipión, surcó el Mediterráneo en dirección a África. Aníbal volvió a tomar el mando para hacer frente a la amenaza, pero fue definitivamente derrotado en Zama, al suroeste de Cartago. De este modo se destruyó el poder cartaginés, y en el 146 a. C., para que no recuperase el arrojo perdido, los romanos asolaron Cartago y masacraron a sus habitantes de acuerdo a la persistente insistencia de Catón, que terminaba todos sus discursos en el Senado, independientemente del tema de que se tratara, con estas palabras: «Asimismo mantengo que Cartago ha de ser aniquilada».

Para entonces, la dominación romana no solo se había extendido por el Mediterráneo hacia África, sino también por el Adriático hacia Iliria, Hispania y Siria; y Macedonia se había convertido en una provincia romana, preludio de la incorporación de la propia Grecia como la provincia de Acaya (en latín, Achaea).

La cultura y el pensamiento helénicos ejercieron una gran influencia en Roma. Los soldados que volvían de las guerras, así como los oficiales de las embajadas del este y los administradores de las provincias griegas que regresaban a Roma, lo hacían llenos de admiración por sus cerámicas y estilos decorativos, y por sus arquitectos, escultores, profesores, filósofos y escritores. Muy pronto, apenas quedó algún aspecto de la vida romana que no hubiera recibido la influencia, más o menos profunda, del modelo helénico. Los maestros griegos se trasladaron a Roma para instruir a los jóvenes en todas las ramas del arte, habilidades y oficios, desde la lengua y la literatura hasta la lucha y la caza, pasando por la retórica y la filosofía, dirigiéndose además a sus alumnos en griego, que se convirtió en la lengua de la educación superior hasta mucho después de que el latín se adoptara como una lengua aceptable para la enseñanza de la gramática. Los artistas griegos también se trasladaron a Roma, y las casas de los pudientes enseguida se llenaron de estatuas griegas —de copias que se hacían especialmente para el mercado romano— y de los camafeos y ornamentos decorados con piedras preciosas que fabricaban los esclavos y libertos griegos. Hasta las propias casas se diseñaban siguiendo los proyectos de los arquitectos griegos. Normalmente se cons-

truían con piedras de las canteras cercanas, las fachadas se revestían con estuco y en los rebordes de los tejados se colocaban tejas fabricadas con arcilla romana. La vivienda consistía en un cierto número de habitaciones que daban a un patio interior, el atrio, mientras que en la parte posterior se proyectaba, a modo de jardín, otro patio, más silencioso y pequeño que el anterior, rodeado de columnas. Este segundo recibió el nombre griego de peristilo.

Los dioses griegos también se importaron al panteón romano, y los dioses romanos existentes se identificaron con sus equivalentes griegos —Júpiter se identificó con Zeus, Venus con Afrodita, Juno con Hera, Diana con Artemisa...— al tiempo que se introducían nuevos cultos. Hacia el año 186 a. C., el culto a Dionisio o Baco, dios griego del vino y el desenfreno, ya se había extendido hasta el punto de que los ritos orgiásticos de los nuevos adeptos llegaron a preocupar a las autoridades romanas. «Para atraer a más gente, a la satisfacción religiosa se sumaron los placeres del vino y los banquetes —declaró Tito Livio en un animado relato de aquellas bacanales—. Completamente ebrios, y cuando el sentido de la modestia se había perdido en la oscuridad de la noche y la confusión de hombres con mujeres y de jóvenes con viejos, despertaba el libertinaje en todas sus formas, tenían a mano los placeres que satisfacían el tipo de lascivia por la que cada cual se sintiera más inclinado». Así sucedió hasta que el Senado, creyendo que este culto podría ser una tapadera para las conspiraciones de los movimientos revolucionarios, decretó que sus ritos no podrían celebrarse sin permiso, y limitó su participación, a no más de cinco personas por reunión.

A finales del siglo II a. C., los miembros del Senado, tradicionales y respetables, ya eran conscientes de que la República estaba en decadencia. Gracias a sus virtudes, a su paciencia e ingenio, a su austeridad y diligencia, a su lealtad, disciplina y profundo sentido de la responsabilidad, sus antepasados habían conseguido ser independientes y habían logrado extender sus dominios. Pero Roma lo había pagado muy caro. El pillaje y el botín de las guerras habían poblado la ciudad de nuevos ricos; de Hispania manaban oro y plata; y del este llegaban lechos con lujosos doseles, ricos cubrecamas, canapés de bronce y un espléndido mobiliario de una suntuosidad hasta entonces desconocida. Llegaban, y seguía llegando, en ostentosas procesiones por la Via Sacra. El general victorioso, con la cara pintada del color de la sangre, marchaba luciendo una majestuosa túnica y una corona de oro que, al ser demasiado pesada, sujetaba sobre su cabeza. Le seguían sus orgullosos soldados cantando

canciones cargadas de obscenidades e insultos hacia sus jefes, mientras largas filas de cautivos se perdían en el horizonte y el más importante de los prisioneros caminaba por última vez a cielo abierto, antes de ser ejecutado en las celdas situadas bajo las estribaciones del monte Capitolino. Tras ellos se oía el estruendo de los carros que traqueteaban sobre las piedras, seguidos por vagones repletos de un rico botín que consistía en todo tipo de ropajes y tapices, recipientes de oro, obras de arte y vainas recubiertas de piedras preciosas. Y mientras que en el pasado a la milicia se le reservaba una mínima parte del botín, pues casi todo se destinaba a la ciudad y a las ofrendas de los dioses, ahora los soldados podían quedarse con todo que pudiera caer en sus manos y los generales de éxito se convertían en hombres extraordinariamente ricos.

Pero esta riqueza no solo emanaba de lo que así llegaba a Roma. Tras la conquista de Sicilia, los impuestos que pagaba la isla habían aportado tal cantidad de trigo que toda la población de Roma podía alimentarse con él gran parte del año, y desde el 167 a. C., los ciudadanos romanos no tuvieron que preocuparse por pagar impuestos. Mientras que el pan antes se hacía en casa y a los cocineros se les tachaba de ser la clase más baja de esclavos, desde ese momento las panaderías empezaron a proliferar por doquier, al tiempo que aumentó la demanda de cocineros, de modo que lo que antes era una labor servil, se convirtió en un verdadero arte. Junto a los trofeos del pillaje y las rapiñas, los esclavos llegados a Roma se contaban por millares. A estos se les ponía a trabajar en todo tipo de labor, tanto en los talleres de la ciudad, donde dejaban sin ocupación a otros ciudadanos libres, como más allá de las murallas, en los establos y granjas o en las fincas de olivos y viñas de los ciudadanos romanos más ricos, desplazando así a los campesinos, que se veían obligados a emigrar a la ciudad en busca de un empleo inexistente. Sin embargo, por muy penosa que fuera la vida de estos, la de los esclavos era aún peor. Los tribunales solo aceptaban sus declaraciones cuando se trataba de confesiones realizadas bajo tortura, y si un esclavo amenazaba a su amo por haberle maltratado más allá de lo que era capaz de soportar, el amo podía matar en el acto al resto de sus compañeros de la casa. Según Catón, a los esclavos se les debía que imponer una dieta muy estricta que prohibía la carne y cuando alguno no fuera capaz de seguir cumpliendo con su tarea del modo esperado, había que venderle por la máxima cantidad que se pudiera obtener por él. Los esclavos se soliviantaban de vez en cuando, pero la ferocidad con la que se combatía cualquier clase de desobediencia, ponía punto final a la rebelión.

Al problema del descontento de los esclavos y los pobres se sumó la aparición de una nueva clase social prominente, la de los équites, los ricos comerciantes de Roma que, al contar con medios suficientes como para poder permitirse un caballo, habían dotado de un cuerpo de caballería al ejército romano. No les interesaba acceder al Senado. De hecho, acceder a él habría supuesto el abandono de su principal fuente de ingresos, ya que los senadores y sus hijos dependían exclusivamente de la explotación de sus tierras y otras actividades afines, como la construcción y fabricación de tejas y baldosas, que oportunamente consideraban un sector de la agricultura; y a los miembros del Senado se les prohibía asimismo participar en las licitaciones públicas, y prestar dinero o poseer barcos cuyo tamaño posibilitara el negocio marítimo en ultramar.

Incluso la clase senatorial estaba cambiando y en su seno había surgido una nueva élite, la de los próceres u optimates. Estos *hombres óptimos* no se enorgullecían tanto por la distinción y el tamaño de su árbol genealógico, como por el número de sus antepasados que habían logrado poseer un alto cargo en la República. Sus hogares estaban repletos de máscaras mortuorias de sus distinguidos ancestros y de numerosos bustos y estatuas, que les recordaban a ellos y a sus huéspedes que parte de su familia había jugado un papel destacado en la historia de Roma. En los ceremoniales, y sobre todo en los funerales, respetuosos siervos cargaban estos bustos en alto, unos actores que incluso vestían las túnicas y lucían las insignias de aquellos, llevaban sus máscaras, mientras se recitaban oraciones en honor al nombre de la familia, a veces más como una forma de perpetuar los mitos que para rendir cuentas de un hecho verificable. Los próceres, conservadores y en muchos casos reaccionarios, estuvieron de acuerdo con Cicerón cuando este último hizo que Escipión Emiliano declarara en *La República* que «de todas las formas de gobierno, no hay ninguna que por constitución, tanto en la teoría como en la práctica, pueda compararse con la que nos legaron nuestros padres, quienes a su vez la recibieron de sus ancestros». Los próceres sostenían firmemente la supremacía del Senado y proclamaban que la Asamblea popular tenía que someterse a las directrices del Senado y seguir sus sabios consejos.

La oposición política a los próceres llegó de manos de los populares, que no constituía un grupo proletario, como su nombre puede dar a entender, sino en una agrupación de hombres procedentes de viejas familias senatoriales que, a pesar de todo, estaban a favor de ciertas reformas constitucionales, judiciales y territoriales. Contaban con el apoyo de los

équites, quienes propugnaban la necesidad de aceptar las propuestas de reforma por las que abogaba Tiberio Graco, un joven noble que fue elegido tribuno del pueblo en el año 133 a. C. Pero los controvertidos planes de Graco preocuparon tanto a los próceres que, poco después de su elección, fue asesinado a las puertas del Templo de Júpiter Capitolino. Se apaleó hasta la muerte a trescientos de sus partidarios, cuyos cadáveres se tiraron al río. No obstante, Cayo Graco, que era un excelente orador, apasionado y discreto a la vez, siguió adelante con las propuestas de reforma de su hermano. Por un momento pareció que estaba a punto de conseguir su objetivo, pero sus planes de conceder la plena ciudadanía romana a más habitantes de la península itálica, y por tanto de permitir que los foráneos compartieran las plazas libres de los romanos, su trigo a buen precio y los beneficios de los que disfrutaban por dar su voto en la Asamblea popular, hizo que perdiera el apoyo del pueblo romano. En el 121 a. C., cuando su fracaso fue total, intentó escapar para salvar la vida, pero al llegar al puente de madera que le permitiría cruzar el río, en el instante en el que estaban a punto de capturarle, entregó su cuello al fiel esclavo que le había acompañado. No menos de tres mil de sus seguidores fueron ejecutados sin juicio previo.

Los problemas políticos desencadenaron en una violencia sin precedentes. Los pobres se opusieron a los ricos con más fervor que nunca y la República romana había comenzado a agonizar. Fue entonces cuando empezó a destacar un hombre que no pertenecía a la clase dirigente, un valeroso y franco militar que respondía al nombre de Cayo Mario, quien se había hecho rico gracias a sus negocios y a la recaudación de impuestos, y que, entre otras cosas, se negaba a aprender griego, pues le resultaba inconcebible el verse obligado a usar una lengua que tenía que ser enseñada por los miembros de un Estado que estaba sujeto a las autoridades romanas. Mario había servido con distinción contra un rebelde en el norte de África y contra las tribus germánicas en las fronteras septentrionales de la península itálica. Además, mediante el reclutamiento de ciudadanos sin tierras, había creado un nuevo tipo de ejército, en el que los soldados ya no servían solo por cumplir con una obligación cívica, sino que tras luchar por el águila de plata, insignia de Roma, seguían guardando lealtad al general bajo cuyas órdenes se ganaban el sustento, en lugar de rendir pleitesía al Senado, que recelaba de ellos.

Esta transmisión de la lealtad de las legiones llegaría a tener profundas consecuencias en el futuro, pero por el momento, los temores del Senado no se concentraban tanto en los soldados, sino en una guerra

que había provocado la ira de los aliados italianos, a quienes, después de cuantos esfuerzos y sacrificios habían hecho por asegurar la victoria en el norte de África y contra las tribus germánicas, se les seguía negando la ciudadanía romana. Un privilegio que Cayo Graco y sus seguidores habían intentado procurarles. Esta guerra recibió el nombre de «guerra social» (de *socii*, aliados); en ella, Roma no solo tuvo que enfrentarse a sus antiguos aliados, sino también a otros pueblos, como los samnitas, que seguían resentidos a causa de las derrotas de sus antepasados, por lo que en lugar de solicitar la ciudadanía romana, exigían la independencia. La guerra duró hasta el año 87 a. C. y, en palabras del oficial retirado Veleyo Patérculo, «supuso la muerte de más de trescientos mil jóvenes de la península itálica» antes de que el Senado decidiera acordar algunas concesiones. Aun así, Roma siguió sin alcanzar la paz. Mario montó en cólera cuando no se le concedió el mando supremo. Como consecuencia, su antiguo cuestor, Lucio Cornelio Sila, un rico patricio de grandes dotes y tremenda astucia, logró mejorar notablemente su reputación, que llegó a igualar a la del propio Mario; y, cuando el rey de Anatolia, Mitrídates VI, comenzó a expandir su reino a expensas de los aliados de Roma y las provincias y Estados sometidos del este, Sila recibió el mando del ejército romano, aunque este nombramiento fue inmediatamente revocado debido a las presiones de los partidarios de Mario, que consiguieron que el cargo recayera en él. Pero Sila no lo aceptó, de modo que abandonó la urbe, tomó el mando de las legiones que estaban esperando para zarpar hacia Asia Menor y marchó con ellas de nuevo hacia la ciudad, declaró ilegal a Mario y le obligó a escapar al norte de África. Sin embargo, Mario no permaneció mucho tiempo allí. En cuanto Sila se embarcó para combatir contra Mitrídates en Grecia, Mario regresó a Italia donde reunió un ejército con sus propios soldados y, junto con otro ambicioso general, Lucio Cornelio Cina, marchó sobre Roma para vengarse de los partidarios de Sila. Con una ferocidad sin igual, masacró a sus principales enemigos, permitiendo que sus soldados y esclavos asesinaran, violaran y saquearan. En el año 86 a. C., poco después de conseguir que le eligieran cónsul por séptima vez, Mario murió demente, dejando en el poder a su aliado Cina, quien gobernó hasta que le mataron durante una sublevación dos años más tarde, mientras estaba preparándose para dirigir sus tropas contra Sila, que permanecía en Grecia.

Sila volvió a Italia en el 82 a. C., cuando los populares ya se habían hecho con el control del ejército, de modo que el Senado envió un destacamento para cortarle el paso hacia la ciudad. Sin embargo, Sila

lo derrotó y marchó sobre Roma, masacrando a sus enemigos con una crueldad que ni el propio Cayo Mario habría podido llegar a imaginar. Su guardia personal se hizo con al menos diez mil ciudadanos (entre los que se contaban cuarenta senadores), hasta mil seiscientos équites y un número incalculable de ciudadanos menores, de cuyas posesiones se apropiaron inmediatamente. Sila se autonombró dictador y recompensó a cien mil de sus soldados con las tierras de las familias que habían aniquilado.

Durante los dos años que siguieron, este hombre, cuyo cuerpo estaba tan lleno de marcas y manchas que se decía que parecía una mora rebozada en harina, gobernó Roma personalmente. Aprobó toda una serie de leyes conservadoras en favor de los próceres, restauró el poder del Senado oligárquico y destruyó el de los tribunos populares. Se embarcó asimismo en un ambicioso programa de obras públicas, edificando la sede del Senado[13] y el Tabulario, el archivo oficial del Estado romano.[14] Contrajo matrimonio con su quinta esposa, «una bella mujer de una de las familias más distinguidas», que, al igual que él, acababa de separarse. A pesar de todo, según Plutarco, «seguía en compañía de bailarinas, arpistas y personas del mundo del teatro».

> Se pasaban el día bebiendo, echados en sus lechos. Los más influyentes para él en aquel momento eran Roscio, el comediante; Sórix, jefe de los histriones; y Metrobio, personificación de la mujer. Metrobio había superado la flor de la vida, pero Sila seguía insistiendo en que estaba enamorado de él. Este tipo de vida agravó la enfermedad que había pasado desapercibida al principio y durante largo tiempo no fue consciente de las úlceras que le dañaban las entrañas. De esta forma, la enfermedad le corrompió la carne y esta se convirtió en gusanos. Mucha gente dedicó día y noche a quitarle las lombrices, pero los vermes se multiplicaban con una celeridad muy superior al tiempo que ellos tardaban en sacarlos. Su número era tal que la corrupción de su cuerpo infectaba el agua de los baños, así como toda su ropa, toallas y comida. Él intentaba limpiarse con frecuentes baños durante el día; pero de nada servía pues la carne se convertía raudamente en gusanos.

En el año 79 a. C., Sila se retiró de improviso a Campania, donde murió al siguiente. El mórbido cadáver se llevó de nuevo a Roma y se depositó en una pira funeraria.

> Entonces se alzó un fuerte viento que sopló sobre la pira y levantó una gran llama [que ayudó a consumir el cuerpo]. Luego, en cuanto recogieron los huesos de la humeante pira que ya ardía sin llama, cayó una copiosa lluvia que no cesó hasta la noche. Todo ello parecía indicar que la buena fortuna no le había abandonado y que incluso había participado en su funeral. Se levantó un monumento en su honor en el Campus Martius y se dice que la inscripción que le acompaña la escribió él mismo. Dicha inscripción viene a decir que nadie le había ganado en hacer el bien a sus amigos, ni el mal a sus enemigos.

Poco después de la muerte de Sila, estalló una nueva rebelión que amenazaba con cobrarse tantas vidas como las recientes guerras. Todo comenzó en los cuarteles de Capua, en la que los presos, casi todos tracios y galos, vivían en condiciones espantosas mientras se les entrenaba como gladiadores. Un día, unos ochenta prisioneros se rebelaron. Cogieron los espetones y cuchillos que encontraron en la cocina y luego se hicieron con las armas de unos vagones de mercancías que se dirigían a la ciudad. Al sureste de Nápoles, en las agrestes tierras de Lucania, vencieron a una cohorte de legionarios que había salido de Roma para luchar contra ellos. A los gladiadores no solo se les sumaron los esclavos, sino también los ganaderos y pastores descontentos, hasta que su jefe, Espartaco, un tracio de gran inteligencia y cultura media, pudo reunir una tremenda y bien armada multitud a sus órdenes. Espartaco les conduciría hacia el norte, juntos atravesarían los Alpes y allí conseguirían la libertad. Pero, después de arrollar a cuatro legiones, los sublevados se sintieron invencibles y decidieron quedarse en Italia, causando estragos por los campos. Hasta que, en el 71 a. C., Espartaco fue derrotado en Apulia y seis mil de sus seguidores fueron crucificados a lo largo de la Via Appia.

El general romano que venció a Espartaco fue Marco Licinio Craso, un pretor enormemente rico, adulador y ambicioso. Cuando la campaña tocaba a su fin, llegaron los refuerzos de otro comandante ambicioso y capaz, el arrogante Cneo Pompeyo, más tarde conocido como Pompeyo Magno, que se apropió de gran parte del mérito de la victoria contra Espartaco. Pompeyo y Craso habrían podido enemistarse, pero como ambos sabían que una colaboración sería mucho más ventajosa, decidieron solicitar la elección como cónsules en el año 70 a. C., pese a que ninguno de los dos, como comandantes en los campos de batalla, cumplía los requisitos necesarios y que además Pompeyo podía haber sido descalificado a causa de su juventud. Tras su elección, Craso se quedó

en Roma, donde se dedicó a aumentar su fortuna e influencia política, mientras que Pompeyo siguió reforzando su gloria militar. Primero en el Mediterráneo, donde, con una flota de quinientos barcos, acabó con los piratas cuyas atrevidas operaciones interferían en el abastecimiento de cereales de Roma; y luego en Asia occidental, donde, gracias a su empeño por fundar nuevas ciudades y crear nuevas provincias y Estados dependientes, volvió a trazar el mapa de los dominios romanos, que incluso llevó más allá del mar Jónico, con lo que logró una riqueza superior a la de Craso. Roma le recibió con la celebración del triunfo, que además de ser el tercero que se le concedía, fue el más fastuoso que la ciudad había festejado jamás; pese a dedicar dos días por completo a dicha celebración, no se pudieron incluir todos los espectáculos previstos. Encabezaban la procesión las pancartas que recogían los nombres de los países que el héroe había logrado incorporar a la esfera de influencia romana, los carteles que indicaban las grandes cifras de dinero que aquellas tierras aportarían a la urbe en calidad de impuestos y los letreros que anunciaban sus victorias contra los piratas. Detrás seguía un desfile de sacerdotes y músicos, bailarines y bufones. Y a continuación de ellos, las penosas y largas colas de prisioneros esposados, varias filas de jefes piratas y, como Plutarco enumeró, «la esposa, el hijo y la hija del Rey Tigranes de Armenia; Aristóbulo, rey de los judíos; una hermana y cinco hijos de Mitrídates; algunas mujeres escitas; rehenes entregados por los íberos y los albanos; y el rey de Comagene. Asimismo la acompañaban un gran número de trofeos, uno por cada batalla de la que Pompeyo había salido victorioso [...]. Pero lo que resultó más glorioso y sin precedentes en la historia de Roma, fue que se trataba de su tercer triunfo sobre un tercer continente. Otros antes habían sido honrados con tres triunfos; pero él, habiendo conseguido el primero en África, el segundo en Europa y el tercero en Asia, parecía haber sometido al mundo entero».

En la urbe se temía que este gran héroe llegara a imponer una dictadura ilimitada, tal y como había hecho Sila. Así pues, con la intención de impedirlo, ciertos grupos de patricios intrigaron en su ausencia. Entre ellos destacaba un hombre astuto, cautivador y corrupto, el candidato a las elecciones consulares Lucio Sergio Catilina. Hasta tal punto se habían difundido los rumores sobre la falta de principios y escrúpulos de Catilina que otro candidato, cuyos orígenes relativamente humildes habían supuesto hasta el momento un obstáculo insuperable para la ambición de hombres menos capaces, consiguió adquirir protagonismo.

Marco Tulio Cicerón era hijo de un caballero que se había retirado al campo. Puesto que ninguno de sus antepasados había sido cónsul, la costumbre imponía que los próceres desestimaran sus pretensiones políticas por tratarse de un «hombre nuevo» (lo que entonces se conocía como *homo novus*). No obstante, gracias a sus excelentes dotes de orador y a la perseverancia con la que exponía en el Foro sus alegatos, en un latín sumamente retórico y elocuente que conseguía impresionar a todo el que le escuchara, logró acceder al cargo de cuestor a la edad de veintinueve años, y por fin, en el 63 a. C., antes de cumplir los cuarenta y cuatro, fue elegido cónsul.

Catilina se sintió defraudado y resentido, por lo que, en un esfuerzo por alcanzar el consulado al año siguiente, prometió toda una serie de reformas. Pero volvió a perder las elecciones y, esta vez, ante la desesperación de no haber logrado alcanzar el poder por los medios convencionales, empezó a planear un golpe de Estado. Cicerón, sin embargo, actuó con decisión en cuanto llegaron a sus oídos los primeros rumores sobre los planes de su rival, y ordenó el arresto inmediato de los conspiradores. Catilina consiguió huir de Roma, aunque más tarde le dieron muerte cerca de Pistoia. Cinco de sus cómplices fueron detenidos y llevados ante el Senado. Cicerón expuso sus argumentos a favor de la pena de muerte de los traidores con gran persuasión y elocuencia y, cuando logró convencer al Senado, salió al encuentro de la multitud que esperaba el veredicto y anunció sus tremendos vítores: «*Vixerunt!*», «¡Están muertos!». Para convencer al Senado, Cicerón había contado con el apoyo de Marco Porcio Catón, un hombre tan implacable y rígido en la defensa de las antiguas tradiciones romanas como su bisabuelo; mientras que la oposición la había protagonizado el joven, recientemente elegido pretor, Cayo Julio César.

DOS

ROMA IMPERIAL

César era un hombre tenaz, alto y atractivo, que había nacido en el seno de una familia que, pese a su rancio abolengo patricio, no era especialmente rica. Ya en su juventud vestía con la extremada elegancia que le distinguiría en su época adulta. Preocupado desde joven del cuidado de su cabello, con el paso del tiempo habría de sucumbir a la calvicie. Su tendencia política parecía orientarse hacia los populares, aunque no se sabe con exactitud si dicha afinidad se debía a la convicción, a la ambición o a la influencia de su familia (su tía se había casado con Cayo Mario y su esposa era hija de Cina). Lo que sí sabemos con toda seguridad es que el dictador Sila no confiaba en él y que su familia pensó que lo más conveniente sería que obtuviera un destino lejos de la ciudad, en Asia Menor, donde su evidente ambición y la desconcertante expresión de sus ojos oscuros y penetrantes, provocara menos recelos. Desde allí llegó la noticia, que rápidamente se propagó por toda Roma, de que César había mantenido una relación homosexual con el rey de Bitinia. Sus enemigos usarían contra él esta supuesta aventura durante años.

Aun así, a su regreso a Roma tras la muerte de Sila, César se ganó una excelente reputación como letrado en el Foro, donde logró destacar por su cuidada retórica. No obstante, aunque conseguiría aprender a compensar el tono algo estridente de su voz con gestos firmes, apasionados y elocuentes, decidió ir a Rodas a estudiar con un orador griego que enseñaba en la isla. Sus habilidades retóricas mejoraron con ese viaje, que también le dio ocasión de demostrar su crueldad a raíz de un ataque pirata que sufrió el barco en el que viajaba. Durante el mismo, los piratas le secuestraron, y aunque le trataron bien y le liberaron en cuanto recibieron el rescate, César juró venganza. En cuanto pudo, reunió a algunos soldados y salió tras ellos; cuando les capturó, les crucificó, aunque primero les degolló como muestra de piedad.

De nuevo en Roma, César retomó las leyes. Entró a formar parte del Colegio de Pontífices tras la elección del año 81 a. C., y, pasado un tiempo en el ejército, empezó a destacar en la ciudad como un joven patricio que, a pesar de poder trazar orgullosamente su árbol genealógico más allá de Rómulo hasta la diosa Venus, se mostraba impaciente ante el inflexible conservadurismo que impregnaba el gobierno de la urbe. Tras enviudar, volvió a casarse, pero esta vez eligió a una mujer más rica, que además de satisfacer su gusto por la extravagancia y el lujo, pudiera proporcionarle la riqueza que Roma exigía a la hora de aspirar a un cargo político importante.

Los grandes nombres de Roma seguían siendo en aquellos momentos Craso y Pompeyo; pero, para promover sus ambiciones, César se preparó para superarlos. Y, con el tiempo, los tres se convirtieron en figuras destacadas. En el año 65 a. C., le nombraron edil, un cargo que le brindaba una oportunidad de oro para conseguir popularidad, ya que entre sus funciones no solo se encontraba el mantenimiento de los edificios de la ciudad, sino también la organización de los espectáculos públicos. Deseoso de aprovecharla, César ofreció los juegos de circo, las luchas de fieras y los combates de gladiadores más espectaculares que Roma había presenciado jamás. Desde su cargo de edil, rápidamente progresó hasta el de Pontifex Maximus y, en el 62 a. C., accedió al de pretor. Este nuevo cargo le llevó a Hispania, donde demostró ser tan buen general como orador, y donde se hizo con tanto dinero procedente de los pueblos derrotados, que no solo fue capaz de incrementar su riqueza personal y ganarse la lealtad de sus soldados con abundantes recompensas, sino que además se aseguró el apoyo de valiosos aliados en Roma gracias a las generosas sumas de dinero que les enviaba.

Así, paso a paso, César fue avanzando hacia el poder. Se separó de su segunda esposa y se casó con Calpurnia, hija de un senador que estaba a punto de convertirse en cónsul. De este modo, César tenía el consulado casi al alcance de la mano, y tras las despiadadas campañas en la Galia y las dos invasiones de Gran Bretaña que le procuraron aún más riqueza y renombre, se sintió preparado para desafiar a Pompeyo en la lucha por el poder supremo.

Su otro rival, Craso, había muerto en Mesopotamia; pero la eliminación de Pompeyo, que en el 52 a. C. era el único cónsul de Roma, no le resultaría tan fácil. Al principio, César pensó que podría fortalecer una alianza con Pompeyo mediante un pacto. César se separaría de Calpurnia y contraería nupcias con la hermana de Pompeyo siempre que este

estuviera dispuesto a casarse con una joven de la familia de César. Pero Pompeyo decidió vincularse con la descendiente de uno de los linajes más antiguos y distinguidos de Roma, cuyo cabeza de familia le había propuesto que compartiera el consulado con él. Después de esto, César fue madurando poco a poco la decisión que le condujo, en el 49 a. C. (a la edad de 51 años), a avanzar hacia el sur, a través del Rubicón —el pequeño río que se encontraba entre Rávena y Rímini, y que dividía el sur de la Galia con los Alpes de Italia—, por más que aquello significara desafiar a Roma, pues las leyes romanas prohibían que un gobernador provincial condujera sus tropas más allá de su territorio. Al aproximarse al Rubicón, César advirtió a sus soldados: «Aún podemos retroceder; pero una vez cruzado ese pequeño puente, todo dependerá de la espada».

Y así fue. Sus tropas apenas encontraron resistencia mientras bajaban hacia el sur. En Rímini se le unió Cayo Escribonio Curión, un influyente tribuno que decidió seguirle después de que César le hubiera pagado todas sus deudas. En Rímini se ganó también la simpatía de otro tribuno romano, Marco Antonio, un hombre inteligente, fuerte y directo. Juntos se dirigieron hacia Roma, al tiempo que Pompeyo retiraba sus tropas cada vez más al sur: primero, hacia Campania; luego, hacia Brindisi; y más tarde, a través del Adriático, hacia los Balcanes, donde tendría lugar la batalla decisiva entre ambos.

Una vez perdidas todas las esperanzas de conseguir el apoyo de Cicerón, cuya animadversión hacia él le llevó a unirse con Pompeyo, César hubo de afrontar una nueva decepción ante la actitud tan poco entusiasta con la que le recibió el Senado de Roma. Por más que no confiaran en Pompeyo, muchos senadores también recelaban de él, sobre todo después de que se hubiera apropiado del patrimonio del Estado en el Templo de Saturno. Pero, con la ayuda de los senadores o sin ella, César estaba determinado a gobernar Roma; y, como no podía ser cónsul porque los dos senadores que supervisaban la elección al cargo se habían alineado con Pompeyo, se autonombró dictador. Y después de haber hecho todo lo posible por afrontar la crisis económica que estos trastornos habían provocado en Roma, partió para luchar contra su enemigo.

Tras derrotarle en la llanura de Farsalia, César le siguió a Egipto, donde Pompeyo fue asesinado por orden del joven Rey Ptolomeo XIII. Cuando César llegó a Alejandría, el Rey le presentó la cabeza de Pompeyo como ofrenda de paz. Pero no le resultaría tan fácil convencerle para que se marchara de sus tierras, ya que César necesitaba recaudar tributos en Alejandría. Además, la necesidad se convirtió en placer cuando

conoció a la hermanastra de Ptolomeo XIII, Cleopatra VII, de 21 años, que compartía el poder con él. Durante el exilio al que le obligaron los regentes de Ptolomeo, Cleopatra volvió a la ciudad en secreto e hizo que le llevaran al palacio en el que César se alojaba en Alejandría, en el que entró a escondidas envuelta en unos tapices. Ambos quedaron prendados el uno del otro, se hicieron amantes y Cleopatra tuvo un hijo al que llamó Cesarión. Esta relación con la joven y cautivadora Cleopatra, cuya hermosa voz era «como un instrumento de muchas cuerdas», provocó un conflicto entre César y las tropas egipcias, que apoyaban a Ptolomeo XIII. Pero el ejército del joven Rey fue derrotado, Ptolomeo XIII fue asesinado, Egipto se convirtió en un Estado sometido y Cleopatra fue confirmada como Reina, aunque, por respeto a la tradición, tendría que compartir el trono con su otro hermano, Ptolomeo XIV. Más tarde, tras numerosas victorias en Asia Menor y en África, César volvió a Roma para celebrar sus espléndidos logros en cuatro triunfos que incluso llegaron a eclipsar la magnificencia de los de su desaparecido rival Pompeyo.

El inmenso coste de estos festejos, que posteriormente conmemoraría Mantegna en sus lienzos, habría agotado las fortunas de muchos generales. Sin embargo, César aún contaba con peculio suficiente para seguir celebrando sus victorias, e incluso decidió ampliar y reconstruir por completo el Foro,[1] que además de ser un lugar tradicional de reunión, era el corazón de toda la vida pública de la ciudad, el escenario de los discursos y elecciones, de los funerales y los sacrificios a los dioses, de los triunfos y de las procesiones religiosas, a veces de ejecuciones y combates gladiatorios, y a menudo de las celebraciones, como el banquete que él mismo ofreció en el año 45 a. C. a veintidós mil comensales. No contento con la mera reconstrucción del Foro, César invirtió enormes sumas de dinero en la restauración de la Curia, sede de las reuniones del Senado;[2] en la creación de la Rostra, una nueva tribuna de oradores, en el extremo del Foro Capitolino;[3] y en la edificación de la Basílica Julia,[4] al sur de la Via Sacra.[5]

La espléndida basílica estaba totalmente recubierta de mármol. La nave central, demarcada por cuatro lados, estaba rodeada por una galería soportada por treinta y seis columnas. Actuaba como sede del Tribunal de los Centunviros, quienes trataban en ella importantes asuntos relativos a las leyes civiles, lo que atraía a una multitud de espectadores interesados en los procesos legales y los consiguientes vuelos de oratoria de los juristas. Sin embargo, la acústica dejaba mucho que desear. Cuando los cuatro tribunales en los que se dividían los centunviros tenían que

ocuparse de causas separadas al mismo tiempo, la confusión era tremenda y el ruido se hacía aún más insoportable cuando algunos letrados llevaban a la basílica a unos cuantos seguidores a los que les pagaban para que aplaudieran en el momento oportuno. A veces, si un magistrado tenía una voz particularmente potente, sus palabras resonaban por todo el edificio con tal fuerza que era imposible oír a los demás; y en una ocasión, un poderoso y convincente alegato pronunciado con el atronador tono de Galerio Trachalo, no solo fue vigorosamente aplaudido por la muchedumbre que se había congregado en su aula, sino por los otros también.

Al norte de la Basílica Julia, como parte integrante del Foro de César, se hallaba el Templo de Venus Genetrix,[6] o Venus Madre, de la que la familia de César afirmaba ser descendiente. En el exterior del templo se encontraba una estatua ecuestre de César (de Lisipo), cuyo caballo se había tomado de un monumento de Alejandro Magno. El interior albergaba la estatua de Venus (de Arcesilao), cuyos pechos estaban adornados con perlas, y a su lado había una estatua de bronce dorado de Cleopatra.

Cuando, escudándose en la ratificación de un tratado de alianza, la reina egipcia se presentó en Roma con su hijo Cesarión para poder estar con su amante, Julio César la instaló con gran lujo en una casa ubicada en la orilla este del Tiber, bajo el monte Aventino. La «insolencia» que demostró durante su estancia enfureció a Cicerón, quien le confesó a su amigo Ático que la detestaba. Sin embargo, Cicerón no era el único que sentía una gran aversión hacia Cleopatra, como tampoco era el único que desconfiaba del hombre que la protegía. No podían quejarse de ella quienes le atribuían el mérito de que César planeara crear bibliotecas públicas en Roma siguiendo el modelo egipcio y que hubiera designado a un astrónomo egipcio para que se encargara de supervisar la revisión del inexacto calendario romano; pero otras innovaciones que también se atribuían a la influencia de Cleopatra, como la práctica de los rituales religiosos que se practicaban en Alejandría en los que se adoraba a los gobernantes como si fueran divinidades, era, a los ojos de muchos, la prueba de un evidente deseo de César de convertirse en un dios.

Con todo, las hazañas de César eran innegables. Entre otras cosas, gracias al reasentamiento de romanos sin oficio y antiguos legionarios en colonias extranjeras, había conseguido aliviar los problemas de pobreza y desocupación en la ciudad; y, al aumentar el número de senadores y ampliar las zonas de Italia en las que podían ser elegidos, el Senado se había convertido en un cuerpo mucho más representativo. Pero al mis-

mo tiempo resultaba alarmante el modo en que seguía ideando nuevas formas de intensificar su poder personal. Hizo que se aprobara una ley que le permitía elegir personalmente a los candidatos a los altos cargos; adoptó el título de *Imperator*, que le otorgaba el mando supremo de las legiones de Roma; y después de nombrarse Dictador vitalicio, hizo que este título se acuñara alrededor de su perfil en las monedas romanas, que por primera vez en la historia llevaban la imagen de un ciudadano vivo. Sus atractivos rasgos aparecieron asimismo en muchos bustos —un arte en el que los romanos ya destacaban— que se expusieron por toda la urbe y las provincias circundantes. Se propagó el rumor de que pronto haría renacer la monarquía, y los rumores se intensificaron cuando el servil Senado depuso a dos tribunos del pueblo, defensores acérrimos de la República, por haberle quitado a una estatua la diadema que el Dictador llevaba en la cabeza y por haber arrestado a los cabecillas de un grupo que aclamaba a César como rey.

Con la esperanza de poner fin a los rumores de su desenfrenada ambición, César organizó con Marco Antonio una demostración pública de su lealtad a la República en el Foro. La ocasión llegó en febrero, como narró Plutarco, durante la fiesta de las Lupercalia en honor de Fauno, dios de la fertilidad: «[En estas fiestas] muchos magistrados y jóvenes patricios corrían desnudos por la ciudad, y entre bromas y jolgorio golpeaban con correas a todos los que se encontraban. Muchas mujeres de alto rango se cruzaban voluntariamente en su camino y alargaban las manos para que les dieran con la correa, como niños de escuela, creyendo que eso les garantizaría un buen parto si estaban embarazadas o la fertilidad, si eran estériles». César observaba la ceremonia sentado en su trono de oro sobre la Rostra luciendo su toga triunfal, mientras Marco Antonio, que además de ser uno de los sacerdotes de las lupercales, era cónsul de confianza del Dictador, participaba en la procesión sagrada. Cuando se acercó al Foro, la multitud se apartó para dejarle pasar. Llevaba una diadema con una corona de laurel y cuando se la ofreció a César, este la rechazó ostentosamente en dos ocasiones.

La concurrencia aplaudió con gusto, pero los rumores sobre su gran ambición persistieron, y la oposición se materializó cuando se supo que iba a embarcarse en una expedición contra los partos y que había designado a unos cuantos partidarios políticos con plenos poderes, para que le representaran en su ausencia. A la cabeza de la conspiración estaban Cayo Casio Longino, un soldado orgulloso e irascible que se sentía profundamente resentido por no haber recibido el mando de la expedición;

Publio Casca, un seguidor de Casio que se había empobrecido; y un hermanastro de Casio, Marco Bruto, que había sido un antiguo protegido de César y que, según algunos, era hijo ilegítimo del Dictador. Marco Bruto era un fervoroso republicano y se sentía desmesuradamente orgulloso de ser el supuesto descendiente de aquel Bruto que depuso al último rey etrusco de Roma.

Parece ser que César, aun siendo plenamente consciente de no gustar a todos, y de distar de ser universalmente admirado, prefirió hacer oídos sordos cada vez que le advertían del peligro. De hecho, se quedó sentado para mostrar su desdén cuando una delegación de senadores fue a presentarle varios decretos laudatorios, e incluso llegó a deshacerse de su guardia personal.

El 15 de marzo del 44 a. C., poco antes del día en que estaba previsto que zarparan sus barcos para luchar contra los partos, César acudió a una reunión que tenía con el Senado en la Curia Pompeya, la sala de las asambleas que lindaba con el Teatro de Pompeyo.[7] Al acercarse, un hombre le puso una nota de advertencia en la mano, pero él ni siquiera llegó a leerla. Uno de los conspiradores detuvo a Marco Antonio en la puerta entablando una conversación con él, por lo que César entró en el edificio solo e indefenso. Los otros le rodearon, mientras se aproximaba a su silla, con la excusa de expresar su apoyo a las súplicas de un tal Tulio Cimbro en favor de su hermano, que se hallaba en el exilio. De repente, Tulio agarró la toga de César con ambas manos y tiró de ella hacia atrás, con lo que dio la señal de acometerle. El primer golpe lo asestó Casca, que apenas consiguió rozarle la garganta. César retrocedió de un salto, liberando así la toga, y, mientras aferraba la daga de Casca con una mano, con la otra aprovechó para clavarle su punzón de escritura en el brazo.

Así comenzó. Los que no formaban parte de la conspiración se quedaron petrificados mientras estos empujaban a César de aquí para allá, esgrimiendo sus dagas y asestándole puñaladas hasta que el blanco de la toga se cubrió de sangre.

> Algunos dicen que antes había luchado —escribió Plutarco—, agitándose acá y allá para evitar los golpes y gritando auxilio, pero al ver que Bruto había desenvainado la daga, se echó la toga por la cabeza y cayó al suelo. Ya fuese por casualidad o porque le impeliesen los magnicidas, vino a caer junto al pedestal de la estatua de Pompeyo, que quedó manchada de sangre; de modo que podía parecer que el propio Pompeyo

> hubiera presidido el suplicio de su enemigo, que tendido a sus pies se agitaba convulsivamente mientras todos dirigían a un solo cuerpo tantos golpes.

Bruto se apartó como si quisiera dar un discurso. Pero los senadores, que no estaban dispuestos a esperar, se fueron a sus casas a toda prisa, contagiando su agitación y terror a todos los que se cruzaban por la calle, de forma que algunos romanos se refugiaron en sus hogares, atrancando bien puertas y postigos, mientras que otros, salieron de sus hogares y talleres para ver con sus propios ojos el lugar del magnicidio.

Al tiempo que Marco Antonio se escondía, Bruto y sus colaboradores, «aún acalorados y enardecidos por el asesinato», emprendieron el camino hacia el Capitolio, blandiendo sus dagas ante ellos, exclamando que la libertad había sido restaurada e invitando a los ciudadanos más distinguidos a unirse a la procesión. Al día siguiente, Bruto pronunció una alocución que todos escucharon en completo silencio, lo que indicaba, según Plutarco, que los ciudadanos compadecían a César y respetaban a Bruto en igual medida. Por consiguiente, el Senado votó que no se modificaría ninguna de las medidas que había promulgado César durante su mandato, a la par que Bruto y sus cómplices recibían los más altos honores. «Todos pensaron, por tanto, que el asunto se había resuelto y que se había hecho del mejor modo posible».

Sin embargo, no había sido así en absoluto. «La situación es espantosa —declaró uno de los seguidores de César—. No hay salida posible. Pues si un hombre con el genio de César ha fallado, ¿quién puede triunfar?». Contra todo pronóstico, una vez muerto el Dictador, la República no se había restaurado, ya que el poder recaería en quienquiera que pudiera ganarse el apoyo de los legionarios, y, con el respaldo de las tropas, obligara al Senado a aceptar una autarquía.

Marco Antonio, aún cónsul, consideró que bien podía ser él ese hombre. Después de sacar el cuerpo de César del Teatro de Pompeyo y trasladarlo al Foro, pronunció un responso que la imaginación de Shakespeare ha hecho inolvidable. Las palabras de Marco Antonio, el cuerpo lacerado de César y los rumores que afirmaban que el Dictador le había legado una parte de su fortuna a cada uno de los ciudadanos de Roma, excitaron los ánimos del pueblo. La muchedumbre echó abajo cercas y vallas, destrozó bancos y mesas para atizar la pira funeraria de César, y luego causó destrozos por toda la ciudad, enarbolando hierros candentes con los que dio fuego a las casas de los asesinos. Bruto y Casio escapa-

ron de Roma, aunque más tarde Marco Antonio les permitiría asumir el mando de las legiones de Oriente.

Marco Antonio siguió una política general de pacificación. Promulgó leyes en nombre de César tras haber tomado posesión de sus documentos y mandó erigir una estatua en el Foro dedicada a este, «Glorioso Padre de la Patria», al tiempo que trató de desarraigar el creciente culto a su divinidad y abolió el título de dictador. No obstante, Marco Antonio se encontraba en una clara situación de desventaja en la carrera por el poder, ya que, en su testamento, César había designado como sucesor a su sobrino nieto e hijo adoptivo, un soldado capaz, astuto y calculador, que sin haber cumplido aún los diecinueve años, tomó el nombre de Cayo Julio César Octaviano. Durante un tiempo gobernó el triunvirato que logró formar Marco Antonio con el joven Octaviano y Marco Emilio Lépido, un patricio que había sido cónsul de César y le había propuesto como dictador. Entre los tres derrotaron a un ejército republicano en la batalla de Filipos. Tras esta, Bruto y Casio se suicidaron, Cicerón fue condenado a muerte y, a pesar de las objeciones que había puesto anteriormente Marco Antonio, César fue declarado un dios y, por consiguiente, su sucesor fue elevado a la categoría de hijo de un dios.

Este último supo valerse de ello. Tras convencer a Lépido, Marco Antonio y él procedieron a repartirse las posesiones romanas entre ellos. En la parte occidental del Imperio, cuya capital era Roma, se acuñaron monedas en las que se describía a Octaviano como «Hijo del Divino Julio», al tiempo que Marco Antonio, que había recibido el control de las provincias orientales del Imperio, apoyó la reclamación de Cleopatra, de quien ya era amante, de que Cesarión era el hijo de César y su legítimo heredero. El inevitable enfrentamiento entre Octaviano y Marco Antonio llegó con la batalla naval de Actium, frente al golfo de Ambracia, donde en el 31 a. C., la flota de Octaviano, comandada por su amigo Marco Vipsanio Agripa, venció a la armada de Marco Antonio y Cleopatra, quienes huyeron a Egipto y al año siguiente se suicidaron en Alejandría.

Enormemente enriquecido gracias al patrimonio de Cleopatra, Octaviano regresó a Roma. Con paciencia y astucia, supo aplacar los sentimientos republicanos de la urbe y aprovechar el deseo de paz del pueblo romano después del conflicto civil, hasta convertirse en el único gobernante de Roma. Sin embargo, el hecho de su corta estatura y su tendencia a caer enfermo, o a pensar que lo estaba con mayor frecuencia de lo habitual, impidió que tuviera el magnetismo personal de Julio César. No solo poseía los grandes poderes que César le había concedido como

general, sino que además eligió a sus cónsules con gran discernimiento, mantuvo una estricta disciplina en las legiones y se ganó la lealtad de sus seguidores, así como el apoyo de algunos de los grandes poetas y escritores de su época. Ovidio, inmoral y desenfrenado, le ofendió y fue exiliado a Dacia (Rumanía); mientras que las reservas que Livio expresó sobre Julio César y su admiración por sus enemigos, hicieron que Octaviano se refiriera a él como un «pompeyano». Pero Virgilio expresó su beneplácito, al igual que hizo Horacio, quien llegó a hacerse amigo de Octaviano, por más que hubiera luchado contra él, al mando de Casio y Bruto en Filipos.

El sucesor de César podía ser despiadado, no solo con sus oponentes sino también con los miembros de su familia que ofendieran su gusto por una vida sencilla y bien regulada: así, por ejemplo, desterró a su hija, y luego a su nieta, cuando comenzaron a frecuentar compañías que desaprobaba. Aun así, nunca fue un tirano, y su adopción del nombre Augusto —que le describía como a un hombre que disfrutaba de la dádiva divina de llevar a cabo sus gestas bajo el favorable auspicio de los dioses—, y más tarde la del título de *Pater Patriae*, fueron aceptadas por los romanos de buen grado, pues el pueblo reconocía su firme sentido del deber y recibía dichosamente sus reformas y el duradero periodo de paz que comportaban. Esta paz se celebró en Roma por medio de un bello monumento de mármol blanco, el Ara Pacis Augustae (Altar de la Paz Augusta), que se consagró el año 13 a. C. en una ceremonia a la que, además del propio Augusto, asistieron, tal y como quedó representado en el friso, los mayores gobernadores, acompañados por sus lictores con los fasces, los sacerdotes y flámenes con sus extrañas capuchas y los miembros de la familia imperial.[8]

El *Pater Patriae* se ganaba al pueblo de Roma gracias a las generosas provisiones de víveres y abundantes espectáculos que ofrecía. Creó una fuerza policial eficaz, una unidad de bomberos y un cuerpo militar fuerte y permanente, la Guardia Pretoriana. Inauguró un plan de construcción aún más ambicioso que el de Julio César, mediante el cual, como el propio Augusto declaraba con orgullo, había transformado la ciudad de ladrillo en una ciudad de mármol. Con la ayuda de un grupo de arquitectos, la mayoría de origen griego, levantó un nuevo Foro al norte del de su padre adoptivo. Flanqueaban el Foro unas inmensas columnatas y los dos espaciosos ábsides de un templo repleto de tesoros y dedicado a Marte Vengador,[9] en conmemoración de su victoria en Filipos, en la que había vengado el asesinato de César. Se edificó también un nuevo

templo en honor de su padre deificado.[10] Y, cerca de él, una nueva Rostra. Augusto ordenó asimismo la reconstrucción de la Basílica Julia, que se había incendiado; la del antiguo santuario de los Lares y Penates, dioses del hogar de los romanos; y la de la antigua Basílica Emilia que se había usado durante generaciones como lugar de reunión y centro de cambistas. Los restos de las monedas de bronce de estos cambistas, que se fusionaron con la piedra en el incendio de la invasión goda durante el derrumbamiento del Imperio, aún se ven en las manchas verdes del pavimento de la basílica.[11] Al mismo tiempo, varios miembros y amigos de la familia de Augusto se encargaron de la restauración del Templo de Saturno,[12] sede del Tesoro del Estado romano, el Templo de la Concordia,[13] el Templo de Cástor y Pólux,[14] y la casa oficial del Pontifex Maximus.[15]

En el Capitolio, Augusto restauró el Templo de Júpiter, lo que orgullosamente describió como un «gran gasto», y a fin de cumplir una promesa que había hecho tras escapar de una tormenta de truenos en Hispania, construyó un templo nuevo dedicado a Júpiter Tonans.[16] En el monte Palatino erigió un enorme templo para Apolo, con cinco pórticos y bibliotecas en un lateral,[17] y convirtió la cueva Lupercal, en la que la loba había amamantado a Rómulo y Remo, en una gruta ornamental.[18] En el monte Quirinal reconstruyó el Templo de Quirino, en el que se veneraba a Rómulo, identificado con el dios Marte.[19] En el monte Aventino restauró el antiguo Templo de Diana[20] y el Templo de Juno Regina.[21] Debajo de ellos, construyó un inmenso mausoleo etrusco de forma circular, al que dotó de un techo cónico de inclinación muy pronunciada y tierra sembrada de cipreses.[22] Y, río abajo, frente a la isla del Tíber a la que se llegaba por el Ponte Fabricio, completó el Teatro de Marcelo,[23] que toma el nombre de su sobrino y más tarde se convertiría en uno de los grandes palacios de la Roma del Renacimiento.

Tras la muerte de Augusto, en el año 14 de nuestra era, su tenaz esposa Livia siguió viviendo en las afueras de Roma, en una magnífica villa de Prima Porta. La exquisita decoración en yeso de una de las habitaciones, pintada con pájaros y flores en un *trompe-l'oeil* que representa una pajarera sorprendentemente real, se ha conservado en el Museo delle Terme.[24] Livia poseía otra casa de menor dimensión en el monte Palatino, que podría ser la que hoy se conoce como Casa de Livia.[25] Esta segunda residencia también tenía las paredes decoradas con frescos de frutas, motivos florales y escenas mitológicas rodeadas de templos y pórticos. Y aquí fue, en el monte Palatino, donde Tiberio, el desconfiado y sarcástico hijo de Livia que sucedió a Augusto, edificó el palacio

conocido como Domus Tiberiana,[26] el primero de los grandes palacios imperiales que se extenderían por toda una colina. Pero, por muy grande que fuera, este palacio, que desapareció en el siglo XVI bajo los Jardines Farnesianos,[27] fue casi modesto comparado con la fantástica Domus Aurea del Emperador Nerón.

Nerón fue bisnieto de la esposa de Tiberio, Julia, hija de Augusto. Antes de contraer matrimonio con Tiberio, Julia había estado casada con Agripa, comandante de las fuerzas romanas en Actium (Accio), con quien había tenido cinco hijos. El más joven de ellos fue padre de Calígula, sucesor de Tiberio. Calígula había pasado gran parte de su juventud en la isla de Capri, a la que Tiberio se retiró los últimos diez años de su vida, y cuando accedió al trono imperial solo tenía veinticuatro. Arrogante, libertino y mentalmente trastornado, Calígula no se sentía atraído por la tarea de gobernar, por lo que siempre lo hizo a través de sus secretarios, del mismo modo en el que lo había hecho Tiberio mediante prefectos como Sejano, cuya presuntuosa ambición le condujo a su ejecución en la cisterna que luego se convirtió en la cárcel Mamertina.[28] Pero Calígula no gobernó durante mucho tiempo, ya que a principios del año 41 fue asesinado, junto a su mujer y su hija, por unos oficiales de la Guardia Pretoriana que, al ser cada vez más influyentes en los asuntos imperiales, ya se habían encargado de asegurar la sucesión al trono, previamente unos cuatro años antes, en la persona de su tío Claudio, al que a pesar de ser excéntrico y probablemente espástico, consideraban bien intencionado.

Claudio estaba casado con Mesalina, una mujer lasciva y malévola. Después de que Mesalina participara en una ceremonia nupcial pública con su amante, convencieron a Claudio para que ordenara su asesinato. Tras la muerte de Mesalina, Claudio se casó con su sobrina Agripina, bisnieta de Augusto; y cuando Claudio murió por haber ingerido un plato de setas envenenadas, muchos sospecharon de ella. Nerón era el fruto de un matrimonio anterior de Agripina con un hombre muy adinerado.

Cuando se convirtió en emperador, Nerón tenía dieciséis años y dio buenos motivos para creer que sería un gobernante juicioso y generoso. En ese momento se le consideraba un hombre imponente y atractivo, si bien se encontraba completamente dominado por una madre terrible a la que amaba y temía a partes iguales. Sin embargo, no tardó en mostrar los rasgos de monstruosa crueldad, absoluta depravación y vanidad insana que describieron las páginas de Tácito y Suetonio. «El cuerpo, cubierto de manchas, causaba repulsión —escribió Suetonio—. Tenía

los ojos azules, la vista débil, el cuello robusto, el vientre abultado y las piernas sumamente delgadas. Gozaba de buena salud. A pesar de sus desenfrenados excesos, solo se encontró indispuesto tres veces durante los catorce años que pasó en el trono, y ni siquiera entonces se abstuvo del vino, ni varió en nada sus laxas costumbres... y entretenimientos».

> Los más notorios y disolutos de estos entretenimientos —dijo Tácito— eran los que Tigelino [su horrible consejero siciliano, comandante de la Guardia Pretoriana] daba en Roma. En el lago de palacio, se organizaba un banquete sobre una barcaza. Tiraban de ella unos botes de oro y marfil, en los que paseaban unos jóvenes libertinos que se elegían en función de su destreza en toda clase de libidinosas prácticas orgiásticas. De países lejanos llevaban aves y bestias, y monstruos marinos del océano. A orillas del lago había burdeles repletos de señoras de alto rango. Entre ellas había rameras que, completamente desnudas, daban rienda suelta a los gestos y palabras más soeces. Conforme se acercaba la noche, en las arboledas y casas de campo las canciones tronaban y las luces llameaban. Nerón se deshonraba con todo tipo de abominación, natural o innatural, sin que quedara una sola depravación en la que pudiera hundirse aún más.

Después de ocuparse del asesinato de su madre, quien, tras escapar de una muerte por anegamiento, había sido mortalmente apaleada por un grupo de marineros, Nerón ordenó la ejecución de su esposa de diecinueve años, que murió en un baño de agua caliente, atada con correas y las venas cortadas. Luego se casó con su amante, que murió a causa de una patada que él le propinó cuando estaba embarazada. Pese a su depravación y crueldad monstruosas, Nerón tenía dotes artísticas y se esforzaba mucho por cultivarlas. Escribía poesía y pasaba muchas horas practicando con el arpa. Como le gustaba cantar, trataba de mejorar la voz tumbándose con unos pesos sobre el pecho, en un doloroso intento de fortalecer el diafragma. Estudiaba literatura griega e intentó introducir los juegos y las competiciones griegas en las artes. Incluso llegó a exhibirse en público, ante la horrorizada clase patricia, no solo como músico, poeta y actor, sino también como auriga. Además, Nerón se consideraba un gran aficionado a la arquitectura, para la que demostró tener cierto talento, y parece que se interesó especialmente en la construcción, en el año 61, del gimnasio y las termas que se conocieron como Termas de Nerón.[29]

Las oportunidades del Emperador como arquitecto se multiplicaron espectacularmente cuando, a la luz de la luna del 18 de julio del año 64, se incendiaron varias tiendas del monte Palatino y el fuego, avivado por el viento, se propagó de forma incontrolable por toda la ciudad.

> Las devastadoras llamas se alzaron con furia —escribió Tácito—, primero por las plantas más bajas y después por las más altas, para hundirse de nuevo entre los huecos con tal rapidez e ímpetu, que sobrepasaban cualquier esfuerzo por controlarlas, mientras la antigua ciudad se rendía a su paso por los estrechos callejones tortuosos y sus desfigurados edificios. A la absoluta confusión se unieron los gritos de pánico de las mujeres, la debilidad de los ancianos y el desamparo de los más jóvenes, los esfuerzos de algunos por salvarse y los de otros por salvar a sus vecinos, la prisa de los que llevaban a rastras a sus enfermos y la lentitud de quienes les esperaban.

Nerón estaba en Anzio cuando el incendio comenzó y, en cuanto la noticia llegó a sus oídos, se apresuró en volver a Roma para dirigir las tareas de extinción del fuego y supervisar la provisión de refugio para los desamparados. Pero todo el mérito que pudo haberse ganado con ello, desapareció ante un rumor bien fundado que aseguraba que había hecho montar una tarima de madera en su palacio y que cuando las llamas alcanzaron los techos, se subió al escenario y comparó las modernas calamidades con los antiguos desastres cantando una canción sobre el saqueo de Troya.

Tras seis días en los que el fuego siguió devorando la urbe sin piedad, la mayor parte de Roma se convirtió en un montón de escombros que seguían consumiéndose ya sin llamas. De las catorce zonas en que se dividía entonces la ciudad, solo cuatro quedaron intactas. Tres de ellas se habían consumido por completo, y poco había escapado en las otras siete. La Domus Transitoria del Emperador se había quemado por completo. En función de un nuevo plan urbanístico, Nerón ordenó la reconstrucción de la ciudad siguiendo líneas más regulares que las que habían creado los desordenados planes de construcción anteriores, ensanchó las calles, creó espacios abiertos y edificó bloques altos de casas en las que pudieran vivir los trabajadores que se habían quedado sin hogar. No obstante, el Emperador dedicó casi todo su empeño a diseñar, junto con sus arquitectos Severo y Celer, lo que se conoció como la Domus Aurea o «Casa Dorada», un lujoso palacio cuyos pórticos, pabellones, termas,

templos, fuentes y jardines se extendían profusamente por las ochenta hectáreas que, desde el monte Palatino, atravesaban el valle hacia el Esquilino y alcanzaban una parte del monte Celio. En el valle creó un lago artificial rodeado de grutas, columnas y miradores de ensueño. Y, dominando la columnata que llevaba a la fachada dorada del palacio, se levantó la colosal estatua de bronce dorado, de más de treinta y seis metros de altura, del Emperador Nerón, héroe del proyecto.

En el interior del palacio, las habitaciones, pintadas de blanco, tenían techos de marfil desde cuyos calados caían flores sobre los invitados; las paredes estaban adornadas con incrustaciones de madreperla y piedras preciosas; unos chorros escondidos en las cornisas derramaban agua de rosas y perfumes; el techo del gran comedor «giraba lentamente, día y noche, al ritmo del cielo»; una cascada de agua resbalaba sobre el mosaico reluciente del suelo de una escalinata; las aguas sulfurosas de los manantiales de Tívoli, así como el agua del mar, llenaban las termas de palacio; y por todas partes había obras de arte griegas, entre las que tal vez se encontrara el Laocoonte.[30]

El rabioso incendio del año 104 d. C. arrasó esta «casa dorada» casi por completo, después de que los sucesores de Nerón decidieran darle uso público. Aun así, gracias a las excavaciones que se llevaron a cabo bajo las Termas de Trajano durante el siglo xv, se descubrieron varias habitaciones que aún conservaban sus relieves de estuco, a las que accedieron con cuerdas algunos artistas de la época. Estos relieves, que con tanta delicadaza había pintado Fabullus, fueron la inspiración de Rafael y Giovanni da Udine a la hora de decorar las Estancias del Vaticano.[31]

Cuando se acabaron las obras del palacio, Nerón exclamó: «¡Bien, por fin voy a poder empezar a vivir como un ser humano!». Aunque en realidad le quedaba poco tiempo para poder disfrutar de la fantástica morada que había creado. Nerón no solo se había ganado el odio del pueblo, sino también el de los senadores, que amén de haber perdido su independencia y vivir en el constante temor de ser arrestados por traición, tenían que soportar que se les negara el acceso a los puestos más importantes, pues el Emperador prefería nombrar a griegos y orientales para estos cargos. Un grupo formado por varios senadores y otros cómplices confabularon contra él; pero la conjuración fue descubierta, los conspiradores fueron ejecutados y Nerón se volvió aún más tiránico y propenso a los delirios de grandeza. Se identificó con varios dioses —entre ellos, Apolo, dios del sol y de las artes— y declaró estar por encima de las leyes naturales que gobiernan a los comunes mortales. Si se

producía alguna revuelta, él se reía, componía más canciones, ordenaba otro banquete y proclamaba que solo tenía que aparecer ante el público y cantar para que el mundo cayera rendido a sus pies.

Hasta que durante una noche del año 68, el Emperador se despertó a causa de una pesadilla y le pareció que el palacio estaba demasiado tranquilo. Sus invitados habían desaparecido y sus guardias se habían ido. Recorrió todas las habitaciones vacías y, al volver a su alcoba, descubrió que la caja dorada de veneno que siempre tenía allí ya no estaba. Llamó a gritos al gladiador Spiculus, quien, llegado el momento, podía matarle de una única e indolora estocada. Pero Spiculus había huido con los demás. Al final, Nerón se encontró con un criado que le ofreció refugio en su casa, fuera de las murallas de la ciudad.

Se montó en el caballo tal y como estaba, «descalzo y con una vieja capa descolorida echada sobre la túnica —escribió Suetonio—. Llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo que le tapaba la cara [...]. De pronto, la tierra tembló y un rayo relampagueó ante él. Aterrorizado, oyó las imprecaciones que los soldados de un campamento cercano lanzaban contra él, y un hombre que pasaba dijo: "Estarán buscando a Nerón"». El caballo se espantó ante el hedor de un cadáver que se había quedado tirado en el camino y, al encabritarse, se le cayó el pañuelo de la cabeza. Un veterano de la Guardia Pretoriana le reconoció y le saludó, como de costumbre.

Nerón esperó fuera de la casa a que el criado excavara un túnel por el que pudiera pasar sin ser visto. Entre tanto, recogió agua de un charco con una pala y murmuró: «A partir de ahora, esta es el agua helada de Nerón». Pasó gateando por el túnel y llegó al interior de la casa, donde se tumbó sobre un fino colchón que recubrió con su capa. Le ofrecieron un pedazo de pan, pero, aunque estaba hambriento, lo rechazó. Desesperado, ordenó que cavaran una zanja lo suficientemente grande como para que cupiera su grueso cuerpo, y que le llevaran un poco de agua y madera a fin de observar los últimos ritos. Cuando vio que se habían reunido los materiales, se echó a llorar y exclamó repetidamente: «¡Qué gran artista muere conmigo!».

A la casa llegó un mensaje, el Senado le había declarado enemigo del pueblo de Roma, por lo que sería ejecutado como se ajusticiaba a los criminales en los días de sus antecesores. Cuando Nerón preguntó qué tipo de muerte era esa, le explicaron que le despojarían de sus ropas, le atarían a un tronco y le flagelarían hasta la muerte. Al oírlo cogió una daga, pero hesitó. Mientras se quejaba de su falta de determinación,

pidió que alguien le diera una idea sobre cómo suicidarse. «Seguir viviendo así sería una desgracia para mí —dijo en griego—. No es propio de un hombre como Nerón». Hasta que no oyó los cascos de los caballos fuera de la casa, no logró reunir el valor suficiente. Pero, entonces, susurrando con voz temblorosa un verso de Homero —«en mis oídos resuenan los briosos caballos»—, cogió la daga y, con ayuda, se la clavó en la garganta.

A pesar de todo, la dinastía Augusta había sabido gobernar el Imperio. Pero después de la muerte de Nerón, último emperador de la familia, estalló una guerra civil. Los emperadores se sucedieron rápidamente uno tras otro: el primero fue Galba, un rico gobernador de la cercana Hispania que, tras ser aclamado por sus soldados, partió hacia Roma, pero pronto fue asesinado; su sucesor, Otón, se suicidó; y Vitelio, que sucedió a Otón, fue linchado en una calle de Roma. Sin embargo, un hombre de sesenta años al que Nerón había enviado a aplacar una revuelta en la provincia de Judea después de haberle desacreditado por haberse quedado dormido durante uno de los recitales imperiales, seguía esperando pacientemente su oportunidad. Se trataba de Vespasiano, cuyos sencillos deleites hacían honor a su condición de hijo de un honesto sabino recaudador de impuestos. Fue proclamado Emperador en Egipto, donde servía desde que salió de Judea, pero no quiso partir hacia Roma sin antes consultar el oráculo; una vez que este se mostró favorable, Vespasiano entró en la ciudad. Bajo su mandato, que duró diez años desde el 69, la ciudad fue recuperándose de los estragos causados por varios meses de disturbios civiles y las brutales extravagancias que Nerón y Vitelio le habían obligado a soportar. Pese a su carácter receloso, severo y déspota, fue un hombre afable que logró ganarse la simpatía del pueblo gracias a las medidas financieras que propuso, que aun siendo poco convencionales se demostraron eficaces; a su carácter, estricto pero franco; a su amor incondicional por la austera vida de campo a la que se había acostumbrado en el pueblo de los montes Sabinos; y a su sentido del humor tosco y fanfarrón. Siguiendo una estricta rutina cotidiana, Vespasiano se levantaba temprano, recibía a sus amigos y consejeros mientras se vestía, atendía concienzudamente los asuntos de Estado, salía a dar un paseo en su carruaje, se acostaba con una de sus amantes, se daba un baño, y finalmente disfrutaba de una abundante cena a base de platos sencillos, a menudo contando alguna historieta burda mientras comía. Todos celebraban su gran sentido del humor, que solía describirse con una anécdota que quedó grabada en el recuerdo. Tenía que ver con una

tasa con la que había gravado la orina amoniacal que los bataneros recogían de los orinales públicos para teñir las telas; considerándolo un impuesto indecoroso, su hijo fue a presentarle sus objeciones y, cuando lo hizo, Vespasiano sacó una moneda, se la puso a su hijo debajo de la nariz y le instó a darse cuenta de que el oro no olía a nada.

Con el dinero que recaudaba, Vespasiano fue capaz de restaurar todos los edificios que se habían deteriorado o quemado durante los reinados de sus predecesores, e incluso llegó a construir tantos nuevos que se sintió justificado para acuñar monedas con la inscripción «*Roma Resurgens*». Para animar personalmente la reconstrucción del Capitolio y el Foro, solía aparecer por las obras con un cubo de albañil echado al hombro. También restauró espléndidamente un templo dedicado a Claudio;[32] erigió un nuevo Foro;[33] volvió a levantar el desparecido Templo de la Paz, que albergaría los tesoros que se obtenían de los saqueos en Jerusalén;[34] y en el lugar que había ocupado el lago de Nerón, comenzó la construcción del más famoso de todos los monumentos de la Antigua Roma, el Coliseo.

TRES

PAN Y CIRCO

«Roma ha vuelto a los romanos —escribió el poeta español Marcial cuando se ultimaban las obras del soberbio anfiteatro—; lo que antes hacía las delicias de un tirano ahora las hace de su pueblo». Muy cerca de la «augusta mole» se instaló el coloso del tirano (Nerón), cuya cabeza había sido reemplazada por la del dios Sol; y desde entonces, probablemente a causa del formidable tamaño del coloso, y no la del inmenso anfiteatro, empezaron a llamarlo *Colosseo*. Sus dimensiones eran impactantes. La planta elíptica, de ciento ochenta y ocho metros de longitud por ciento cincuenta y seis de anchura, encerraba un área de unos ochenta y seis metros por cincuenta y cuatro. Las paredes del perímetro se elevaban en cuatro plantas hasta una altura de cincuenta y siete metros. La planta más alta, una galería cerrada soportada por columnas, se reservaba a las mujeres y a los pobres, que se sentaban en asientos de madera; la de debajo, también cerrada, se destinaba a los esclavos y forasteros; y la siguiente, formada por gradas descubiertas con asientos de mármol, la ocupaban los miembros de más categoría de la clase media, que eran a su vez la clase más baja de entre los ciudadanos más distinguidos. Ligeramente elevados respecto de la primera fila se hallaban los asientos de los senadores, magistrados, sacerdotes, vírgenes vestales y miembros de la familia imperial. Por encima de todos, en lo más alto de la galería superior, unos expertos marineros se encargaban de extender una lona de colores que protegiera a los espectadores de la lluvia o del calor del sol.

Su aforo era de cincuenta mil personas. Los espectadores se acercaban al anfiteatro a través de un recinto empedrado con adoquines de material volcánico y luego por un suelo más llano de gravilla. La fachada, de un tipo de la roca calcárea conocida como travertino, contenía las estatuas que se veían en el interior de los arcos que formaban las columnas de las arquerías. Las setenta y seis entradas que daban acceso

al anfiteatro estaban numeradas, de forma que los espectadores pudieran encontrar fácilmente los asientos indicados en las localidades. Había otras cuatro entradas sin numerar, dos para el séquito del emperador y dos para los gladiadores. Las entradas dedicadas a los gladiadores se dividían a su vez en la de Via Sanivivaria, por la que los supervivientes volvían a sus barracones, y la de Via Libitina, diosa de la muerte, por la que se sacaban los cuerpos de los derrotados.[1]

Los combates gladiatorios, que los romanos heredaron de los etruscos, habían perdido todo el significado religioso y expiatorio de los antiguos ritos para pasar a formar parte de un sistema mediante el cual las autoridades aplacaban los ánimos del pueblo de Roma, que en su mayor parte se encontraba desocupado; de ahí la importancia que se daba a estos entretenimientos y la libre distribución de comida que se llevaba a cabo antes de los juegos. Por eso, aunque el origen religioso aún los impregnaba de algún modo —los juegos se conocían como *munera* (ofrendas) y el encargado de asestar el golpe de gracia en la cabeza a los gladiadores caídos, se vestía como Caronte, el barquero que conducía las almas de los muertos a través del río Aqueronte hasta el reino de Hades—, todo se limitaba a un mero significado simbólico. Los notables que competían entre sí en su afán por presentar juegos cada vez más espectaculares no lo hacían con la intención de ofrecer un sacrificio a los espíritus de los muertos, sino como un medio que les permitía ensalzar su propia gloria al ganarse la gratitud del pueblo, al tiempo que la corte imperial los consideraba un vínculo fundamental entre el emperador y el populacho.

Los juegos solían comenzar por la mañana temprano con un desfile de gladiadores ataviados con mantos de color púrpura y dorado. Primero recorrían el círculo de arena en carros; y la segunda vuelta la hacían a pie, seguidos por los esclavos que cargaban con las armas, escudos y cascos adornados con penachos de los gladiadores, hasta terminar frente al palco del emperador, donde estiraban el brazo derecho, apartándolo de sus desnudos pechos, y gritaban: *Ave, Caesar, morituri te salutant.* Dicho esto, se retiraban a esperar a que les llegara el momento de luchar, ya que el espectáculo no solía abrirse con sus combates, sino con una exhibición de cómicos, lisiados, enanos y mujeres obesas que fingían luchar unos con otros con espadas de madera y se tiraban al suelo en una extravagante representación de muerte paroxística.

Los gladiadores volvían a aparecer entre los vítores de la multitud y el estruendo de las trompetas. Algunos llevaban lanzas o espadas pesa-

das y armaduras que les cubrían los brazos y las piernas; mientras que otros, sin más protección que la de un pequeño escudo que les cubría el hombro, llevaban redes con las que esperaban poder atrapar a sus adversarios antes de atravesarles con la lanza. Tan pronto como empezaba el combate, los gritos de la multitud se alzaban con renovado vigor: «*Habet*! (¡Lo tiene!)», «¡azótale!», «¡machácale!», «¡quémale!», «¡mátale!», «¡dale más fuerte!», «¡que se defienda!», «¡que luche como un hombre!»; pero esas voces se perdían enseguida entre los gritos de la multitud. El gladiador herido que caía al suelo podía pedir piedad apartando el escudo a un lado y levantando la mano izquierda. Si el emperador estaba presente, era él quien decidía. Mientras los espectadores gritaban sus preferencias, el emperador tomaba su decisión y la comunicaba levantando el pulgar si quería perdonar la vida del gladiador, o apuntando con él hacia el suelo como sentencia de muerte.

Los gladiadores victoriosos eran los héroes del día; y, salvo el caso de los abrumados criminales y prisioneros de guerra, había algunos que elegían la precariedad de este tipo de vida con la esperanza de alcanzar la fama y la admiración de las mujeres. Era una vida difícil y peligrosa. El entrenamiento era largo y severo; y, si bien es cierto que la atención médica y la alimentación que recibían en las escuelas de gladiadores eran adecuadas, vivían hacinados en barracones nauseabundos.

Los combates gladiatorios no eran más que una de las muchas diversiones que se ofrecían en el Coliseo: también había espectáculos de pugilato, competiciones de tiro con arco, luchas de mujeres con espadas, carreras de carros, y muchos más, todos ellos acompañados normalmente por bandas de música y órganos hidráulicos; pero las más destacadas eran las luchas de fieras en las que miles de animales morían a golpe de látigo o a cuchilladas. Para este espectáculo en concreto, se plantaban árboles y se decoraba la arena con rocas, y desde el laberinto de jaulas del piso inferior se oían cientos de bufidos, aullidos, bramidos y rugidos de leopardos, osos, leones, tigres, camellos, jirafas, avestruces, cocodrilos, venados y gamuzas. Conforme iban saliendo y corrían por la arena desconcertados y asustados, se les atosigaba, se les obligaba a luchar, se les hacía caer en trampas preparadas de antemano, se les hería gravemente y por último eran masacrados con experta *crudelitas* por los hábiles *venadores*, los exterminadores de fieras que gracias a una práctica constante sabían cómo debían hostigar a un animal y enfurecerle sin correr excesivo peligro, al tiempo que satisfacían a la multitud sedienta de sangre. La experiencia de un joven estudiante de leyes llamado

Alipio, ilustra claramente cómo un hombre delicado y aprensivo podía dejarse llevar por la histeria general. Después de cenar, unos amigos le llevaron al anfiteatro contra su voluntad. Al principio cerró los ojos para mantenerse ausente, pero las furiosas imprecaciones y el griterío de la gente le indujeron a abrirlos. En cuanto contempló la sangre, ya no pudo apartar sus fascinados ojos de ella: comenzó a sentir un profundo entusiasmo y la oleada de placer le incitó a gritar y saltar en su asiento como los demás. Desde aquel día, hizo todo lo que pudo por no volver a perderse ni un solo *venatio* y por arrastrar a otros amigos que al principio se mostraban tan reacios como lo había sido él mismo.

Aunque tampoco faltaban quienes condenaban dichos espectáculos. El tutor de Nerón, Séneca, visitó un día el anfiteatro. Era mediodía, y llegó precisamente en el momento en que el espectáculo se mostraba más salvaje. Después de los juegos, expresó su disgusto. Donde esperaba encontrar «ingenio y diversión», halló «exactamente lo contrario»:

> Son puros asesinatos. Los hombres no tienen defensa. Sus cuerpos están expuestos a los golpes y ninguno se da en vano. Los espectadores piden que se arroje al asesino en manos de quienes a su vez le asesinarán, y exigen que el vencedor se guarde para otra carnicería. El resultado de todos los combates es la muerte; la lucha se paga con fuego y espada [...]. Y cuando el espectáculo se detiene para un descanso, gritan: «¡Que mueran otros mientras tanto!».

Pero este tipo de protestas, como las de Séneca, eran raras. Ni Horacio, ni Plinio expresaron su desaprobación. De hecho, la mayor parte de los notables romanos se referían a los juegos gladiatorios para ilustrar las cualidades más admiradas del carácter romano: el valor ante la muerte, la resistencia física y el respeto a las costumbres de sus antepasados. Hasta Cicerón, que condenó la crueldad de las cacerías de animales salvajes, consideraba que los combates de los gladiadores tenían la virtud de servir como ejemplo y lección de disciplina y sacrificio: «Daos cuenta de cómo un hombre bien entrenado prefiere recibir el golpe antes que evitarlo vilmente —escribió—. ¡Cuántas veces demuestran que no hay nada que estimen más que el dar satisfacción a su dueño o a la gente! [...] ¿Qué gladiador de ordinario mérito ha dejado escapar un gemido o ha perdido la compostura?».

Tan apreciados como los gladiadores de éxito eran los aurigas del circo, por más que su público no fuera tan numeroso como el del Co-

liseo. En Roma había varios circos: el Circo Flaminio, que había sido construido durante la República;[2] el Circo Cayo, inaugurado por Calígula;[3] y el más espléndido de todos ellos, el Circo Máximo, que, tal vez en uso desde la época de los reyes, había sido mejorado y ampliado por Julio César, de modo que incluso pudo llegar a acoger a más de ciento cincuenta mil espectadores.[4] Este último, cuyo área llegó a medir más de quinientos cuarenta y ocho metros por casi ciento ochenta y nueve, estaba rodeado por tiendas, tabernas, tugurios de prostitutas y tenderetes de adivinos, por lo que las carreras de carros y caballos que ofrecía, se desarrollaban en un ambiente de intrigas amorosas, apuestas desenfrenadas y ruidosa excitación.

> El circo ofrece grandes incentivos —advirtió Ovidio en su *Arte de amar*—. [...] Nadie te impedirá que te sientes junto a ella y que arrimes tu hombro al suyo todo lo posible; el corto espacio de que dispones te obliga forzosamente [...]. Luego buscas un pretexto cualquiera de conversación [...], pregúntale de quién son los caballos que van a correr y, sin vacilación, toma partido por aquel, sea cual fuere, que merezca su favor. [...]. Si por acaso el polvo se pega en el vestido de la joven, apresúrate a quitárselo con los dedos y, aunque no le haya caído polvo alguno, haz como que lo sacudes [...]. Si su manto se resbala y desciende hasta tocar el suelo, recógelo sin demora y quítale la tierra que lo mancha [...], pues con su permiso podrás deleitar los ojos al descubrir su torneada pierna [...]. Fue útil a muchos colocar con presteza un cojín [...]. El circo brinda estas oportunidades al amor naciente.

El deporte lo abría un oficial del Estado romano que iba vestido de púrpura y llevaba una corona de laurel dorado en la cabeza y un bastón de marfil rematado con un águila en la mano. Para ello, levantaba un pañuelo blanco mirando a la multitud y lo dejaba caer sobre la arena amarillenta recién rastrillada. Primero solían ofrecerse exhibiciones de habilidad ecuestre en las que los jinetes, montando siempre sin estribos y colocados cabeza abajo o completamente tumbados sobre los caballos, saltaban de una montura a otra, entablaban luchas ficticias con espadas o se agachaban para recoger un trofeo del suelo; luego comenzaban las carreras de caballos; y por último, en cuanto se retiraba la cuerda que se hallaba extendida entre las dos estatuas de Mercurio, los carros, que podían llegar a ser hasta doce, salían a toda prisa de los establos y se abalanzaban por la pista. A veces tiraban de ellos dos caballos, más a

menudo eran cuatro (*quadrigae*), y ocasionalmente podían llegar a ser diez. Los carros recorrían el circuito siete veces, envueltos en las nubes de arena que levantaban los cascos de los caballos. Para que el público llevara la cuenta, la finalización de cada vuelta se marcaba en el terraplén que quedaba a la mitad de la pista, con enormes huevos de madera, y posteriormente con estatuillas de delfines. Los carros lucían los colores —rojo, blanco, azul y verde— de las *factiones* o caballerizas a las que pertenecían; y los caballos llevaban las crines adornadas con perlas, las corazas del pecho llenas de amuletos y medallones, y los lazos de su *factio* atadas alrededor del cuello y en la cola anudada. Los aurigas, que corrían echados hacia atrás agarrados a las riendas, con un látigo en la mano, un casco en la cabeza, las piernas atadas con cuerdas de cuero y una daga envainada por si necesitaban cortar las cuerdas para soltarse, también proclamaban la identidad de su *factio* con los colores de sus túnicas. Cuando los carros se precipitaban hacia los postes por los que tenían que dar la vuelta, se necesitaba una gran habilidad para guiarlos por el punto exacto por el que debían pasar, ya que si un caballo giraba demasiado cerca, el carro se volcaba y colapsaba contra el poste, mientras que si doblaba demasiado lejos, perdía su posición y acumulaba un retraso que no volvía a recuperar.

El Coliseo y el Circo Máximo atraían audiencias mucho más numerosas que los teatros de Roma, aun cuando las obras teatrales solían ofrecer escenas tan violentas y mucho más truculentas que las que se proponían en los lugares de entretenimiento más populares. En aquella época había tres teatros principales en la urbe y, aunque ninguno de ellos alcanzara un aforo tan grande como el del Coliseo o el Circo Máximo, eran enormes comparados con los que les sucedieron. El Teatro de Pompeyo tenía unos veintisiete mil asientos; el de Marcelo, unos diez mil; y el más pequeño, el de Balbo, construido en el año 13 a. C., ocho mil.[5] Pero lejos quedaban los días en los que estos teatros se llenaban gracias a dramaturgos como Livio Andrónico, uno de los fundadores del drama romano, o el comediógrafo Plauto, o su sucesor Terencio, quien adaptó el contenido y el estilo de los maestros griegos a los escenarios de Roma. Las obras ya no se escribían tanto para el público como para la declamación privada; y los teatros presentaban producciones cuya grandiosidad de efectos era mucho más notable que la belleza del lenguaje utilizado, el interés de sus argumentos o la delineación del carácter de los personajes. Al actuar ante el gran público, los actores, que vestían ropajes de brillantes colores y máscaras fácilmente identificables, se li-

mitaban a adoptar posiciones estilizadas o a danzar mientras un coro pronunciaba las palabras o las acompañaba con sonoras canciones. Por su parte, la audiencia, tosca y degradada a consecuencia de los espectáculos del anfiteatro, exigía todo el sensacionalismo y la violencia que la trama pudiera soportar, con toda clase de actos de incesto, violaciones, pillaje y crueldad. Las mujeres aparecían desnudas en escena, Leda hacía el amor con el cisne y Pasífae con el toro blanco de Minos; y cuando se asestaban golpes, la sangre que se derramaba era real, al igual que las heridas infligidas. Antes del final de la primera centuria, los criminales convictos sustituían a los actores en la escena final y eran ejecutados, los condenados morían en las cruces y a los reos que se veían obligados a interpretar a Hércules, se les ponía un manto envenenado y se les quemaba en la hoguera.

Si bien los peores excesos se cometieron en las épocas de los emperadores más sanguinarios, incluso en los días de los más comedidos, la crueldad se mantuvo a buen ritmo. Según los cálculos de Suetonio, cuando se inauguró el Coliseo en tiempos de Tito, se masacraban unos cinco mil animales al día.

Tito fue nombrado emperador en el año 79, después de que su padre Vespasiano, justo antes de morir, aludiera a la acostumbrada apoteosis de los emperadores con sus últimas palabras: «¡Estoy a punto de convertirme en un dios!».

Tras suprimir la rebelión de los judíos, Tito dio pruebas de su carácter vengativo: una vez conquistada la ciudad, saqueó Jerusalén, realizó una matanza indiscriminada de prisioneros (a los que arrojó a las fieras), puso el águila romana en el Sancta Sanctórum y ordenó que los tesoros sagrados del Templo de Herodes —entre los que se encontraban las trompetas de plata y el candelabro de siete brazos (la Menorá)—, se enviaran a Roma. Uno de los relieves del Arco de Tito,[6] erigido en el año 81 al final de la Via Sacra, muestra el modo en que fueron transportados por Roma. Tito era famoso por su desenfreno, su despilfarro, sus juergas, su atracción sexual por los efebos y su lascivia para con la princesa judía Berenice. Sin embargo, una vez en el poder, regresó a la Princesa Berenice a su pueblo, no volvió a ver a sus jóvenes efebos, y demostró ser un gobernador comprensivo, generoso y sinceramente preocupado por el bienestar de la ciudad, que primero hubo de afrontar una epidemia y más tarde, el enésimo incendio. Pero su reinado fue corto. A su muerte, acaecida en el año 81, le sucedió su hermano Domiciano, quien, tras haber vivido siempre a la sombra de Tito, a sus veintinueve años se había

convertido en un hombre solitario, celoso e introvertido, más aficionado a la música y la poesía que a la política. Según Suetonio, al principio de su reinado, Domiciano se pasaba casi todo el tiempo cazando moscas a las que luego empalaba, con mortal precisión, con la punta de su punzón de escritura. Cuando su esposa se enamoró de un actor y abandonó el hogar imperial, Domiciano se sintió más solo que nunca y no tardó en buscar una excusa para obligarle a volver a su lado. Con el paso del tiempo, fue volviéndose cada vez más solitario y receloso. Y la verdad es que, como había ofendido al Senado nombrándose censor vitalicio para detentar un poder permanente sobre sus miembros, adoptando títulos de una grandiosidad sin precedentes, como el de *Dominus et Deus*, y cediendo a una carrera en solitario con el objetivo de hacerse con el poder absoluto, tenía buenos motivos para temer al puñal de un asesino. Se decía que Domiciano vagaba por su palacio del monte Palatino lanzando medrosas miradas a las estatuas de los jardines y a las sombras que se reflejaban en las pulidas superficies de mármol de Capadocia, en el constante temor de descubrir un enemigo al acecho.

Este inmenso palacio, en gran parte financiado por las confiscaciones realizadas a senadores acusados de traición, rivalizaba en esplendor con la Domus Aurea de Nerón. El complejo que conformaba el palacio, diseñado para Domiciano por Cayo Rabirio, comprendía: su residencia oficial, la Domus Flavia; su palacio privado, la Domus Augustana; y un enorme estadio, circundado por un doble pórtico, en el que probablemente se organizaban carreras de caballos. Con el fin de dejar libre el espacio suficiente para la edificación, se demolieron varias hileras de casas; y para nivelar el terreno, se sacaron toneladas de tierra. Tuvieron que pasar quince años, antes de que acabaran las obras de todo el complejo de claustros, peristilos, fuentes, cisternas de agua, jardines sumergidos, columnatas, templos y alojamientos finamente decorados. Los vestigios del salón comedor aún dan testimonio de la magnificencia del palacio y de los placeres que en él se ofrecían a los huéspedes del Emperador, quienes, reclinados en sofás repletos de cojines y rodeados de paredes de mármol rosa, podían contemplar, a través de las ventanas que daban al jardín, el brillante plumaje de las aves que aleteaban en sus pajareras, al lado de fuentes centelleantes.[7] Sin embargo, parece que la paranoia obsesiva de Domiciano no le permitió disfrutar del lujo de su palacio y en el año 96, el mismo en que se terminaron las obras, la temida muerte llamó a su puerta. El Emperador murió apuñalado por varios asaltantes que contaban con el

apoyo de su esposa Domicia, diversos oficiales de palacio y algunos comandantes de la Guardia Pretoriana.

Le sucedió Marco Coceyo Nerva, un hombre de leyes anciano y acomodaticio, que sin duda participó en la conspiración. Pero la furia de la Guardia Pretoriana y el ejército, al que Domiciano había aumentado considerablemente la soldada, le obligaron a nombrar heredero a un hijo que, al no pertenecer a su familia, primero tuvo que adoptar. Y así fue como en el año 98, a la muerte de Nerva, un talentoso oficial de provincia, que gustaba tanto al ejército como al Senado, se convertiría en su sucesor: se trataba de Marco Ulpio Trajano.

Trajano había nacido en Sevilla en el año 53. Su madre era natural de Hispania y su padre, un descendiente de los colonizadores romanos. Trajano había destacado en su servicio como gobernador en Germania Superior, y las dos victoriosas campañas en las ricas tierras del reino de Dacia, le procuraron las inmensas sumas de dinero que le permitieron emprender un programa de obras públicas sin precedentes. En el lugar donde antes se encontraba la Domus Aurea de Nerón hizo construir las mejores termas de la urbe.[8] De acuerdo con un proyecto del gran arquitecto Apolodoro de Damasco, levantó un nuevo foro[9] —el último de su especie—, que con sus columnatas de mármol, templos, bibliotecas y la Basílica Ulpia, rodeada de un amplio espacio con estatuas de mármol y relieves de bronce, se consideró durante mucho tiempo una de las maravillas más espectaculares del Mundo Antiguo. Erigió asimismo una amplia construcción dedicada al comercio, el Mercado de Trajano,[10] cuyas tiendas, originalmente dispuestas en tres niveles, aún se pueden admirar en la Via IV Novembre. Y lo que es aún más impresionante, al oeste del mercado, Trajano erigió en el año 113 una columna monumental cuyo punto más alto, a unos cuarenta y dos metros del suelo, marca la altura de la cumbre que en su día separaba el Foro del Campo de Marte. Esta columna, también diseñada por Apolodoro, fue construida con dieciocho bloques de mármol de más de un metro de altura por tres y medio de diámetro. Los relieves exquisitamente realizados que la rodean en espiral muestran dos mil quinientas figuras, que constituyen una narración única y detallada de las campañas de Trajano en Dacia. En lo alto de la columna se erguía además una estatua del victorioso Emperador, al tiempo que una escalera interior en espiral llevaba a una plataforma desde la que se podía disfrutar de unas espectaculares vistas sobre los tejados de la ciudad.[11]

En aquel momento, la población de Roma ya debía de alcanzar el millón de personas y sus edificios cubrían un área de unos veinte kiló-

metros cuadrados. Pero había tantos templos, basílicas, circos, termas y teatros, además de tantos jardines imperiales y terrenos que no se podían habitar por temor a ofender a los dioses, que la mayor parte de la población se veía obligada a vivir en bloques muy altos de viviendas, las denominadas *insulae*, que se alzaban, hasta en seis pisos de altura, sobre los estrechos callejones de la ciudad.[12]

En las más sólidas y agradables de estas *insulae*, toda la planta baja estaba ocupada por un único inquilino y el alojamiento era casi tan espacioso como el de una casa (*domus*); pero los pisos de arriba eran mucho más pequeños y se iban haciendo cada vez menos deseables conforme se iba subiendo, hasta que se llegaba a las plantas más altas y baratas, en las que vivían hacinados quienes las arrendaban y subarrendaban, junto con sus familias y dependientes. Desde fuera, la *insula* podía presentar un aspecto atractivo gracias a la fachada decorada con azulejos y mosaicos, los balcones de madera y ladrillo que sobresalían de cada piso, y las macetas de plantas y flores que se veían entre las barandillas. En el interior, en cambio, los apartamentos solían ser incómodos y oscuros, ya que la luz no conseguía pasar por las ventanas, que estaban siempre tapadas con enormes sábanas o postigos de madera que si bien les protegían de la lluvia o el deslumbramiento del sol, sumían a las habitaciones en una oscuridad que las velas y las humeantes lámparas de aceite no lograban aliviar. El mobiliario era escaso, pues se limitaba a unas cuantas banquetas y camas, aunque estas últimas normalmente formaban parte de la estructura, como las repisas y literas que se hallaban empotradas a la pared. Normalmente, el calor lo suministraban unos braseros portátiles, y se cocinaba en fogones abiertos, de modo que las endebles estructuras eran tan propensas a incendiarse, como a derrumbarse.

El suministro de agua y las medidas de sanidad eran casi tan primitivas como lo habían sido en el tiempo de los reyes. En la época de Trajano, ocho acueductos llevaban a Roma más de novecientos millones de litros de agua al día, pero solo se beneficiaban de ellos algunos ocupantes de las plantas bajas de las *insulae*, mientras que los demás tenían que ir a buscarla a las fuentes o conformarse con que se la subieran por las escaleras unos portadores de agua notoriamente holgazanes y malhumorados. Del mismo modo, mientras que el sistema de desagüe, que ya tenía siete siglos de vida, se había ampliado y mejorado, las plantas superiores de las *insulae* seguían sin estar conectadas a él. Por eso, sus moradores tenían que cargar con los barreños hasta la fosa de la planta baja o buscar alguna otra zanja abandonada donde poder vaciarlos. Y

los que no podían o no querían hacerlo, arrojaban su contenido a la calle por la ventana.

Por más que la reconstrucción de la urbe que Nerón llevó a cabo después del incendio del año 64 hubiera seguido un plan urbanístico más regular que las anteriores, casi todas las calles de Roma seguían siendo tan estrechas, tortuosas y oscuras como siempre. La más amplia de todas tenía poco más de seis metros de anchura, y ni siquiera la Via Sacra, ni la Via Nova, en pleno centro de la ciudad, llegaban a igualarla. Algunas estaban empedradas y tenían aceras, pero no todas, y aunque en tiempos de Domiciano se había aprobado una ley que prohibía a los tenderos mostrar sus géneros y mercancías en la calle, casi nadie la respetaba. Las plantas bajas de muchas *insulae* estaban divididas en tiendas, puestos, tabernas y almacenes; y como las familias de los negociantes vivían en minúsculos desvanes a los que subía por escaleras de mano, era lógico que desearan pasar la mayor parte del tiempo en la calle cuando el tiempo lo permitía y sacar sus mercancías para llamar la atención de los transeúntes. Al igual que los tenderos, los barberos desarrollaban su actividad en plena calle, donde cortaban el pelo con tijeras de hierro según la moda que marcara el emperador reinante o el idolatrado auriga del momento; así pues, los barberos se encargaban de rizar los mechones de los jóvenes y de tintar los de los ancianos, además de afeitar las barbas con navajas de hierro, que no solían estar bien afiladas por más que se recurriera a la piedra de amolar y, cuando el gentío que pasaba a su lado les empujaba, se apresuraban a curar la herida infligida y a detener el consiguiente chorro de sangre con telas de araña empapadas en aceite y vinagre.

Los artesanos también trabajaban en la calle, donde los vendedores ambulantes pregonaban sus mercaderías y los mendigos arremetían contra la muchedumbre con sus botes y escudillas mientras los malabaristas, encantadores de serpientes y acróbatas atraían a un tropel de viandantes. Hasta los maestros intentaban enseñar a sus alumnos entre tanto alboroto. Una ley de Julio César había prohibido que las carretas que transportaban animales pasaran por la ciudad durante el día, pero aún se podía transitar a caballo. Por las atestadas calles asimismo circulaban los carromatos que transportaban los restos de las demoliciones y otra serie de despojos, como también las sillas de mano portadas por esclavos. Las repetidas veces en que se ofrecían espectáculos públicos, las cuadrigas y demás carros de los aurigas ocupaban las calles para llegar al anfiteatro, y cuando había alguna fiesta religiosa que celebrar, las invadían los carruajes de los sacerdotes y vírgenes vestales. Por tanto, las limitaciones

impuestas a otros tipos de transporte no lograban descongestionar las calles durante el día, y por la noche la confusión que reinaba corría a cargo de los carreteros y arrieros, sin olvidar los insistentes gritos de los vigías nocturnos en los lóbregos callejones. «Muchos mueren en Roma, enfermos por no dormir», escribió en una de sus sátiras Juvenal, que vivió en Roma a finales del siglo I:

> Descansar es imposible. Cuesta mucho dinero dormir en Roma. He aquí la causa principal de la enfermedad. El paso de grandes carros por los angostos callejones y los improperios que lanzan a voz en grito los pastores, quitarían el sueño a un sordo o una morsa. Ante un reclamo matutino, la muchedumbre se aparta para dejar paso a un rico que, por encima de nuestras cabezas, es transportado en una litera mientras lee o escribe, o duerme, ya que las ventanas cerradas y la comodidad de la litera le adormece. Y, sin embargo, él llegará antes que nosotros, pues nosotros hemos de abrirnos camino hacia delante entre la turba, mientras por detrás nos empujan en tropel, uno nos da un codazo por aquí o nos clava un palo por allá, luego tropezamos con una viga o nos golpean en la cara con un barril. Llevamos las piernas empastadas de barro, nos aplastan los pies a pisotones, las tachuelas de las suelas de los soldados se nos hincan en los dedos [...]. La ropa recién remendada se vuelve a desgarrar. Un abeto vacila por el traqueteo de una carreta, a la que sigue otra con un pino enorme; ambas se tambalean y nos asustan. Imagina que ceda el eje, que se vuelque el carro cargado de piedra de Liguria y que su montaña de piedras caiga sobre nosotros... ¿Qué quedaría de nuestros cuerpos? Los brazos, las piernas, los huesos, ¿dónde están? El cuerpo de un hombre sencillo perece como su alma.

Las vidas de los pobres transcurrían en estas lóbregas, sórdidas y fétidas callejas, pero la de los ricos era completamente distinta. Pese a que las casas de las clases de las que procedían los senadores no contaban con un mobiliario muy extenso, el que tenían era de la calidad más exquisita y estaba hecho con los mejores materiales: bronce, madera de arce, marfil, carey, trementina y pórfido, todo ello con capas o baños de oro y plata. Todo tipo de estatuas, bustos, relojes de agua y otros objetos extraños, curiosos y valiosos, adornaban las pequeñas habitaciones que llevaban la una a la otra a través de patios protegidos de la luz gracias a la sombra de los árboles y animados con flores de brillantes colores, el gorjeo de los pájaros y el suave rumor de las fuentes.

En su alcoba, el señor de la casa se levantaba temprano, normalmente al alba, y mientras los esclavos se ocupaban de las tareas cotidianas con cepillos, esponjas, cubos de arena y agua, él apartaba las sábanas de su cama y empezaba a vestirse. No se trataba de una operación complicada, ya que no se ponía nada especial para dormir, contento de hacerlo con la ropa interior que llevaría durante el día. Sobre ella se colocaba una túnica de lino o de lana —cuando hacía más frío podían ser dos o incluso tres—, una prenda parecida al jubón llamada *synthesis* o, para ocasiones más formales, la toga blanca cuyos pliegues solo podían disponerse con mucha práctica o con la ayuda de algún esclavo con experiencia. El calzado consistía en sandalias o botas de piel que le llegaban hasta la mitad de la pantorrilla, como las que se ponían los soldados.

El acicalado de su esposa se demoraba algo más. Ella tampoco tardaba mucho en vestirse, ya que al igual que su marido se contentaba con dormir en ropa interior, de modo que solo tenía que ponerse encima la *stola*, que caía hasta el suelo cubriéndole los pies, y la *palla*, o chal, con la que podía cubrirse la cabeza si lo deseaba. Pero el cuidado del cabello, que su *ornatrix* había de cepillar y ensortijar en elaborados rodetes y entrelazados, o el aderezo de la peluca, que solía ser rubia, necesitaba tanto tiempo como el que requería el maquillaje, que consistía en palidecer el tono de la piel, realzar el rojo de los labios, perfilar los ojos con antimonio y pintarse las cejas con ceniza humedecida. Para la piel había que usar algún tipo de ungüento, como el que describía Ovidio, hecho con harina de trigo y cebada, legumbres de tierra, cornamenta, huevos batidos, bulbo de narciso, resina y miel. Una vez que su *ornatrix* le había rociado de perfume, le había sujetado bien las joyas a las trenzas del cabello y le había puesto los pendientes, el collar y los brazaletes, ya estaba preparada para que le ayudaran a ponerse la capa de brillantes colores y enfrentarse al sol de la mañana, tal vez con un abanico de plumas y seguida por un siervo con un parasol.

Antaño, las mujeres habían estado a merced de sus maridos, cuyos padres las habían seleccionado para sus hijos, con los que les obligaban a casarse a muy temprana edad, normalmente con catorce años y a veces hasta con doce. Tal y como decretaba la Ley de las XII Tablas del año 449 a. C., «la mujer ha de quedar siempre bajo tutela, aun cuando hayan alcanzado la mayoría de edad». En aquellos días, la mujer no podía separarse de su marido, mientras que él podía deshacerse de ella con cualquier pretexto, y aunque el marido reconociera ser adúltero, seguía teniendo el derecho de matar a su esposa si le era infiel. Sin embargo,

con el paso del tiempo, la mujer había ido consiguiendo algunas libertades, y aunque raras veces practicaba alguna profesión, había alcanzado una cierta influencia en ámbitos que hasta entonces se habían reservado exclusivamente a los hombres, lo cual consternaba profundamente a los más conservadores, que solían expresar su disconformidad ante las esposas modernas, reprobando enérgicamente el que quisieran usar métodos anticonceptivos, que pretendieran rivalizar con los hombres en el aprendizaje y que intentaran compartir con ellos sus juegos y deportes. «¿Qué modestia se puede esperar de una mujer que se pone un casco, abjura de su propio sexo y se complace al demostrar su fuerza? —se preguntaba Juvenal, indignado—, ¿[o de una mujer que] con una lanza en la mano y los pechos expuestos se aficiona a la caza de cerdos?». A Juvenal también le causaban horror las mujeres que, en lugar de comer solas, como antes, o sentadas tímidamente a los pies de sus maridos, ahora se reclinaban a su lado mientras comían, bebían y conversaban con los demás hombres en el sofá de tres plazas del que deriva el nombre latino del comedor: *triclinium*.

En muchas familias, la comida principal tenía lugar al atardecer, mientras que el desayuno y el almuerzo se limitaban a un ligero refrigerio. Los *triclinia*, colocados alrededor de unas cuantas mesas bajas, se llenaban de cojines en los que los comensales, que se sentaban descalzos, apoyaban los codos. Si había niños, se sentaban en banquetas. Sobre el mantel que recubría las mesas se ponían cuchillos, cucharas y mondadientes. Los tenedores no se conocían todavía, de modo que todo lo que no se pudiera llevar a la boca con una cuchara, se comía con las manos; por eso los siervos siempre esperaban pacientemente con servilletas y cuencos de agua templada y perfumada. Los esclavos llevaban las viandas a la mesa. Los platos del banquete consistían en toda una serie de exquisiteces que seguirían saboreándose durante siglos: ostras, langostas, salmón, foie gras, pollo, lechón, asado de ternera, espárragos, trufas, champiñones, frutas y dulces. El vino, que se guardaba en ánforas marcadas con su nombre y con tapones de corcho o madera, se decantaba en vasijas y luego se enfriaba con nieve o se mezclaba con agua templada antes de verterlo en los cuencos.

La cena era un momento de esparcimiento. Lo normal era que se sirvieran siete platos, y entre uno y otro los huéspedes disfrutaban de espectáculos musicales o de bailarines y acróbatas. En las casas más famosas por su glotonería y libertinaje, la cena podía llegar a durar hasta diez horas, durante las cuales los invitados se atiborraban mientras veían

bailar desnudas a unas jóvenes de Hispania, y de vez en cuando salían del salón, tambaleándose, para vomitar en la habitación adyacente, que se reservaba para estos menesteres. Otras veces estaban tan ebrios que no podían ni mantenerse en pie, por lo que, como los invitados ricos y vulgares que describió Marcial, tenían que conformarse con llamar a algún esclavo para que les llevara un ánfora que pudieran «volver a rellenar con el vino que se habían bebido, confiando en que el esclavo le guiara hacia el interior». Pero este comportamiento libertino no era, ni mucho menos, algo común. En las mesas de la mayoría de las familias de la época de Trajano, a un observador moderno le parecería que aquellos romanos tenían un apetito saludable, sin llegar a ser excesivo, y un comportamiento decoroso, por más que el escupir en el suelo fuera una usanza común y el eructar, una educada señal de complacencia.

Antes de cenar, se bañaban. Los ricos tenían una habitación dedicada al baño, en la que los esclavos, además de lavarles, les daban friegas y masajes. El resto de la población acudía a los baños públicos. Al igual que las letrinas se consideraban un lugar de encuentro en el que se chismorreaba de unos y otros y se intercambiaban las noticias del día, las *thermae*, que los sucesivos cónsules y emperadores habían puesto a disposición de los ciudadanos, también se consideraban un lugar de reunión. La mayoría contaban con toda una serie de estancias: en las *apodyteria* se desvestían; en las *sudatoria* se sentaban y sudaban; en las *calidaria*, donde la temperatura era un poco más baja, se mojaban con el agua de las fuentes y barreños y se limpiaban la piel con cepillos y raspadores; y en las *tepidaria* se refrescaban antes de zambullirse en los fríos baños de las *frigidaria*. Salvo algunos establecimientos de dudosa reputación en los que hombres y mujeres desnudos se bañaban juntos, casi todos tenían un horario y estancias separadas, aunque generalmente adyacentes para poder aprovechar el mismo sistema de caldeamiento. Los hombres solían bañarse desnudos, aunque algunos se ponían una especie de taparrabos de cuero, mientras que las mujeres se tapaban con una tela a guisa de bañador.

En muchas termas había paseos repletos de obras de arte, salones de lectura, bibliotecas, salas de exposiciones y gimnasios. En los gimnasios se practicaban todo tipo de deportes y juegos de pelota, además de combates de lucha en los que participaban tanto hombres como mujeres. En la zona de las termas dedicada a las mujeres había salones de belleza; y fuera de las termas de hombres y mujeres había una gran cantidad de tabernas y pequeñas tiendas.

Al anochecer, cuando se cerraban las termas, los romanos seguían disfrutando de otros entretenimientos. Aunque no hubiera espectáculos en los circos y anfiteatros, una de las atracciones que nunca faltaba en la ciudad era los burdeles, en los que las prostitutas se exhibían tumbadas en bancos. Muchas, aunque no la mayoría, eran extranjeras, a menudo de Egipto o de Siria. Vestían con colores mucho más brillantes que los que elegían las damas más respetables, y solían ponerse túnicas o togas cortas y pulseras en los tobillos. Tenían que pagar impuestos a las autoridades en función de la retribución que exigían a sus clientes y se les permitía circular libremente por las calles, por lo que se les solía encontrar en la Via Sacra y la Suburra, el barrio más concurrido y ruidoso de la ciudad, al que Juvenal llamó «el hervidero de la Suburra». El que a un joven de buena familia se le viera ocasionalmente en compañía de una de estas prostitutas no se consideraba reprensible. En cuanto a las enfermedades venéreas, parece que existían, pero el contagio era mínimo.

Las autoridades regulaban estrictamente el horario de apertura de los burdeles, pero como el de las tabernas no estaba tan restringido, siempre se podía disfrutar de una buena bebida fresca. Y lo mismo ocurría con los juegos de azar. Pese a las prohibiciones regularmente impuestas, las apuestas eran un pasatiempo muy habitual para la mayoría de los romanos, y una verdadera obsesión para muchos de ellos. Las apuestas corrían a cargo de juegos de mesa, como las tablas reales, las damas o el ajedrez, o por otros más sencillos, como las canicas o los dados. Las apuestas eran altas y los ánimos se exaltaban enseguida. «¿Desde cuándo son tan temerarias las apuestas? —se preguntaba Juvenal—. Los hombres ya no se acercan al tablero con monederos, sino con cofres». Por otra parte, quienes prefirieran pasar el tiempo sin tener que afrontar tantos riesgos e inquietudes, podían salir a caminar por los maravillosos paseos de las afueras, entre templos, pórticos y estatuas, pasear a la sombra de los olivares y arboledas del Campo de Marte, o contemplar los frescos de Saepta Julia.[13]

Como Trajano había enriquecido tanto la ciudad, los romanos ya habían aprendido a dirigirse a él como el *Optimus Princeps* antes de su muerte. Y aún se sintieron más agradecidos a su hijo adoptivo, Adriano, que le sucedió en el año 117. El nuevo emperador era un hombre inquieto, homosexual y complejo. A pesar de su origen hispano, pasó gran parte de su juventud en Roma, donde se dio a conocer como un joven de gusto refinado y opiniones férreas, aunque a menudo irracionales.

Puesto que no permitía que nadie pusiera en duda sus opiniones artísticas, mantuvo una violenta discusión con Apolodoro de Damasco cuando el artista criticó el diseño del Templo de Venus y Roma.[14] Así pues, una vez nombrado emperador, Adriano ordenó el exilio de Apolodoro, y hay quien dice que hasta llegó a ordenar su ejecución. Este templo, que no es más que uno de los muchos edificios que Adriano mandó construir en Roma, fue proyectado por el propio Emperador siguiendo una concepción arquitectónica original y, tras una diestra realización, lo consagró en el 135. Su afición al arte helénico, que resulta evidente en su hermosa villa de Tívoli,[15] también se refleja en el Panteón, el monumento romano perfectamente conservado que ya en la época de Adriano se había ganado la admiración de todo el mundo civilizado.

El Panteón original había sido erigido entre los años 27 y 25 a. C. por Agripa, a quien aún se honra en la inscripción que pervive sobre el pórtico. Pero mientras que el panteón de Agripa era famoso por su diseño exterior, Adriano lo hizo famoso por la enorme sala circular que quedaba detrás de las columnas de granito gris y rojo del porche con frontón. En el interior de esta sala, por debajo de la vasta cúpula, que con su recubrimiento de láminas de bronce dorado sigue siendo una de las más grandes del mundo, se erguían las estatuas de los dioses enjoyados; según Plinio, la de Venus lucía la perla que Cleopatra le dio a Marco Antonio después de haberse bebido otra disuelta en vinagre para ganar una apuesta.[16]

Cuando por fin terminaron las obras de reconstrucción y el Panteón volvió a ser un templo grandioso y digno de todos los dioses, Adriano comenzó el mausoleo que con el paso del tiempo llegaría a convertirse en la imponente fortaleza y prisión que se conoce como Castel Sant'Angelo.[17] Pero la construcción del mausoleo no había acabado cuando Adriano murió en el 138, por lo que hubo de terminarlo su heredero adoptivo, Antonino, quien, a causa de su devoción por su país, sus dioses y su padre, se conocería como Antonino Pío.

Durante veinte años, Antonino gobernó un Imperio en su mayor parte pacífico. Sin embargo, los ataques extranjeros se fueron haciendo cada vez más persistentes y, tras su muerte, los emperadores tuvieron que concentrarse mucho más en la defensa de sus enormes fronteras. El sucesor de Antonino Pío fue Marco Aurelio, un hombre concienzudo e idealista que pasó la mayor parte de su gobierno luchando contra las tribus germánicas del norte, y cuyas victorias conmemora la columna que aún se yergue en Piazza Colonna.[18] Ahora bien, Marco Aurelio, que

todavía parece montar con nobleza por el Capitolio en la estatua ecuestre de bronce que tanto impresionó a Miguel Ángel, fue el último de los cuatro emperadores buenos de la era triunfante de Roma.[19] Le sucedió su hijo Cómodo. Al nuevo emperador, cruel y arrogante, le consumía hasta tal punto la pasión por los juegos gladiatorios que hasta llegó a participar él mismo en unos mil combates. Cómodo solía presentarse en el anfiteatro con una corona de oro con incrustaciones de piedras preciosas. Al llegar, un hombre previamente designado para ello, le esperaba con el garrote y el manto de piel de Hércules, con quien él se identificaba y en cuyo honor sacrificaba con insensato deleite, numerosas fieras antes de enfrascarse en sus combates. Los senadores cumplían respetuosamente con su deber, por lo que asistían al espectáculo y veían luchar a su Emperador, aplaudiendo sus ansias de matar; aunque como escribió uno de ellos, Dión Casio, más que nada lo hacían por miedo, pues se rumoreaba que Cómodo, con ocasión de la matanza de los pájaros del Estínfalo, había decidido completar el espectáculo con una última muestra de su destreza que consistió en matar a unos cuantos espectadores.

En otra ocasión, Dión Casio afirmó: «Después de haber matado a un avestruz, lo decapitó y se acercó hacia donde estábamos los senadores con la cabeza del animal en la mano izquierda. Sin mediar palabra, levantó la espada y movió también la suya con una sonrisa sarcástica, como si quisiera decirnos que a nosotros nos podía tratar exactamente igual». Aun así, por muy asustados que estuvieran, los senadores apenas lograron disimular la risa que les provocaron las payasadas de su emperador demente, pero como eran conscientes de que cualquier muestra de hilaridad habría comportado una muerte inmediata, se taparon la boca con las hojas de laurel de sus guirnaldas.

El estrangulamiento del megalómano Cómodo por orden de un comandante de la Guardia Pretoriana inauguró un periodo marcado por guerras civiles, en el que los distintos emperadores se sucedían unos a otros tras un violento final que normalmente corría a cargo de los soldados de las familias más influyentes. El sucesor de Cómodo fue Pertinax, el hijo de un liberto que, tras distinguirse en el ejército había llegado a ser prefecto de Roma. Pero Pertinax fue asesinado a los tres meses. Luego, el rico senador Didio Juliano, que había comprado el trono en una subasta organizada por la Guardia Pretoriana, fue asesinado a las nueve semanas por orden de un norteafricano enérgico y contundente, Septimio Severo, que fue proclamado emperador en el Danubio por sus propias legiones. Severo murió en Britania, de muerte natural; según se

dice, en su lecho de muerte aconsejó a sus hijos que se llevaran bien entre ellos, que fueran generosos con las tropas y que no se preocuparan de nada más. Sin embargo, cuando su hijo Caracalla, de carácter violento y emocional, le sucedió, ordenó asesinar a su hermano. Pero su gobierno terminó cuando él también encontró la muerte en el año 217 a manos de un asesino, el prefecto pretoriano Macrino, cuyo mando fue muy breve, ya que le asesinaron a su vez como resultado de una rebelión que organizó la cuñada siria de Septimio Severo, Julia Maesa, quien hizo que le reemplazaran por su nieto. El nuevo emperador, de catorce años de edad, era un gran devoto, además de sumo sacerdote, del dios sirio El-Gabal (su nombre latinizado fue Elagabalus), al que se veneraba en su ciudad natal bajo la forma de una piedra negra y cónica que se decía que había caído del cielo. A joven emperador se le llegó a conocer como Heliogábalo porque introdujo el culto de esta deidad en Roma sin intentar asimilarla a ninguno de los dioses romanos.

> Comoquiera que el Emperador desviaba su atención hacia triviales entretenimientos —escribió Edward Gibbon en un pasaje característico—, malgastó muchos meses en su viaje desde Siria [...]. Por consiguiente, su entrada triunfal en la capital no se produjo hasta el verano. No obstante, un fiel retrato que hizo colocar inmediatamente sobre el Altar de la Victoria de la Curia del Senado, precedió su llegada con el fin de dar a conocer su semblanza, fiel e indigna, a los romanos. En dicha imagen aparecía ataviado con las vestiduras sacerdotales de oro y plata [...] y sobre la cabeza lucía gemas de inestimable valor. Tenía las cejas teñidas de negro y las mejillas pintadas de un tono rojo y blanco artificial. Los solemnes senadores confesaron, suspirando, que después de haber sufrido la severa tiranía de su propio pueblo, Roma tendría que humillarse ante la afeminada lujuria de un déspota oriental. [...]
>
> Para la solemne procesión por las calles de Roma, todo el camino se cubrió de polvo de oro. En un carro tirado por seis caballos blancos enjaezados con opulentos arreos y ornamentos, descansaba la piedra negra, ricamente adornada con gemas preciosas. El devoto emperador sostenía las riendas de cara a su dios, de forma que, con la ayuda de sus ministros, avanzaba lentamente de espaldas al camino sin necesidad de apartar la mirada de la divina presencia. En el magnífico templo que se había erigido en el monte Palatino se ofrecían sacrificios al dios Elagabalus con gran lujo y fausto. Los vinos más preciados, la sangre de las víctimas más extraordinarias y los más insólitos perfumes se vertían

> profusamente en su altar, a cuyo alrededor un coro de doncellas sirias bailaban con lascivia al ritmo de música barbárica, al tiempo que los personajes más sobresalientes del ejército y el Estado, vestidos con túnicas fenicias, oficiaban las funciones más mezquinas con fingido celo y secreta indignación.

Para mayor gloria de Heliogábalo, se transportaron al templo de esta deidad los objetos más sagrados de Roma, entre los que se encontraba el Paladio, la pequeña estatua de Palas Atenea que Eneas había llevado a la ciudad desde Troya. Los senadores, que ya se sentían profundamente desconcertados por tan blasfema impiedad, se horrorizaron aún más por las orgías que tenían lugar en el palacio imperial, en el que se servían las comidas más exóticas y extravagantes a todas horas del día y de la noche; en el que concubinas y catamitas retozaban sobre cojines rellenos de pétalos de azafrán; y en el que el propio Emperador, disfrazado de mujer, se burlaba de los más altos cargos romanos al conferírselos a sus amantes, e incluso llegó a ofender las más sagradas leyes romanas al violar a una virgen vestal.

Por temor a que el escandaloso comportamiento de su nieto le llevara a la ruina, su abuela renegó de él. Sin gran dificultad consiguió persuadir a la Guardia Pretoriana para que asesinaran tanto al Emperador como a su madre. Tras la muerte de ambos, subió al poder su otro nieto, Severo Alejandro. Durante trece años, su madre y él gobernaron el Imperio, hasta que en el 235 ambos murieron a causa de una rebelión de sus tropas.

A partir de entonces se sucedió emperador tras emperador. En tan solo un año, en el 238, Roma llegó a tener hasta seis emperadores distintos. Muchos usurparon el trono, la mayoría procedía de altos cargos del ejército, y casi todos sufrieron muertes violentas, normalmente a manos de soldados que apoyaban a algún rival. Uno de ellos, Filipo el Árabe, era hijo de un jefe del desierto y reinó durante cinco años a partir del 244, por lo que celebró el milésimo aniversario de la fundación de Roma. Las fiestas consistieron en una caza de fieras excepcionalmente salvaje en el Coliseo, toda una serie de juegos y espectáculos que «deslumbraban a la multitud», y sacrificios místicos, música y bailes en el Campo de Marte, que para tal fin se «iluminó con innumerables lámparas y antorchas». Aun así, ni con todas estas celebraciones logró desviar la atención de la triste situación de Roma, que no era capaz de hacer frente a las recurrentes crisis financieras, la lenta pérdida de las fronteras

imperiales y la decadencia del Senado, cuya autoridad ya comenzaba a asumir el ejército.

Las últimas construcciones dignas de mención se habían llevado a cabo en tiempos de Septimio Severo, que restauró el Pórtico de Octavia,[20] reconstruyó el Templo de Vesta e hizo el maravilloso mirador del monte Palatino que se conoce con el nombre de Belvedere.[21] En su honor se habían erigido el Arco de los Argentarios,[22] cerca del Circo Máximo, y el gran Arco de Septimio Severo,[23] en el Foro. También fue bajo el mandato de Septimio Severo cuando comenzaron las obras de unas espléndidas termas que llevarían el nombre de su hijo, Caracalla, puesto que sería él quien las inauguraría en el 217. Tal y como atestiguan los vestigios que aún se pueden contemplar en las fuentes de Piazza Farnese, en el Salón de Hércules del palacio Farnesio y en el baptisterio de la basílica de San Juan de Letrán, las Termas de Caracalla eran las más lujosas de la ciudad.[24] Con capacidad para mil seiscientas personas a la vez, eran, además, las más grandes de Roma, y hasta el reinado de Diocleciano seguirían siendo las termas más grandes que se habían construido jamás.[25]

Diocleciano fue un hombre de origen humilde que, procedente de Dalmacia, subió al trono en el 284. Pero antes de esa fecha, la ciudad de Roma había atravesado un breve periodo de recuperación económica. Durante el mandato de Valeriano, que había sido proclamado emperador en el 253, y el de su hijo Galieno, con el que compartió el trono antes de que este se convirtiera en su sucesor único, se habían librado duras batallas contra persas y germanos. Tras la reorganización de las legiones, Galieno había logrado además una victoria decisiva contra los godos en lo que más tarde sería Yugoslavia, por más que el conflicto le hubiera costado no menos de cincuenta mil hombres. Por otra parte, Aureliano —que sucedió al sucesor de Galieno, Claudio Gótico—, también había triunfado sobre los enemigos del Imperio en el norte de la península, e incluso había construido unas murallas defensivas alrededor de Roma que consiguieron abarcar las partes de la ciudad que se habían extendido más allá de las antiguas murallas de la República.[26] Por consiguiente, y a pesar del caos económico aún reinante, el Imperio había dejado de estar al borde del derrumbamiento a las puertas del siglo IV, y Diocleciano, que fue un administrador excepcionalmente hábil, le supo dar la firmeza que tanto necesitaba. Para ello amplió el ejército; revisó el sistema de recaudación de impuestos de forma que se adaptara al número de ciudadanos sujetos a este deber, que había crecido considerablemente en

virtud de la *Constitutio Antoniniana* de 212-213; aumentó el número de provincias imperiales, asegurándose al mismo tiempo de que las provincias no estuvieran gobernadas por mandos militares; y estableció una tetrarquía, nombrando bajo su autoridad máxima a otros tres gobernantes a quienes les asignó tres regiones distintas cuyos centros administrativos se encontraban en Milán, Tréveris y Salónica, mientras que la capital de su propia región permanecía en Izmit, en la costa egea. Por supuesto, el Senado seguía estando en Roma, pues se le consideraba la inspiración del Imperio, un ideal al que el pueblo había de venerar como a un dios.

Las reformas de Diocleciano dieron el fruto esperado, por lo que el Imperio por fin estaba más ordenado y unido de lo que había estado en generaciones. Pero el Emperador veía una amenaza a su unidad y al culto de Roma en otro extranjero y poco patriótico, que se estaba extendiendo a marchas forzadas: el cristianismo. Y estaba decidido a aplastarlo de una vez por todas.

CUATRO

CATACUMBAS Y CRISTIANOS

Un domingo por la tarde de mediados del siglo IV, unos estudiantes romanos salieron por una de las puertas de las murallas aurelianas y recorrieron parte de la Via Appia. «Bajamos a las catacumbas —escribió uno de ellos, Jerónimo de Estridón—. Son cuevas profundas excavadas en la roca que contienen, a cada lado conforme se va entrando, los huecos de las paredes con los cuerpos de los que allí fueron enterrados. Está todo muy oscuro. Tan solo de vez en cuando una luz mitiga el horror de las sombras, pero no llega a través de una ventana, sino de un agujero. Hay que avanzar con mucho cuidado, como si te rodearan las tinieblas de la noche».

Durante generaciones, estas cuevas laberínticas formadas por galerías y pasajes subterráneos excavados en la suave toba de los alrededores de Roma, sirvieron como lugar de culto a los miembros de una secta religiosa. En palabras de Tácito, «se les detestaba por sus abominaciones y se les conocía con el nombre de cristianos, pues seguían a un tal Cristo que había sido condenado a muerte por Poncio Pilato durante el gobierno de Tiberio». Al principio los cristianos enterraban a sus difuntos bajo tierra o en sepulcros que construían sobre el nivel del suelo, pero como los terrenos para las tumbas comenzaron a escasear y a volverse cada vez más caros, cuando las persecuciones aumentaron, empezaron a excavar cementerios bajo tierra, donde podían llevar a cabo los sepelios sin llamar la atención de las autoridades y sin que les molestaran las hostiles multitudes paganas. Los más grandes se excavaron en tierras que pertenecían a conversos tan acomodados como algunos miembros de la dinastía Flavia, familiares del Emperador Domiciano, quienes les dieron permiso a los cristianos para que usaran sus villas para el culto y las asambleas, y sus jardines para los enterramientos. Y así, bajo los cipreses que se extendían por la Via Appia y otros caminos que salían de la ciudad, se construyeron estos oscuros túneles laberínticos en la

roca. Algunos de ellos tenían hasta cuatro niveles, como las catacumbas de San Calixto, que tomaron su nombre de un antiguo esclavo, el cual, después de haber estado sometido a trabajos forzados en Cerdeña, se encargó de este cementerio cristiano antes de convertirse en papa. En las paredes de las cámaras había pinturas de escenas de la Biblia y de símbolos cristianos, como el pez, el cordero y el pastor, y los huecos no solo se utilizaban para enterrar a los difuntos, sino también para poner objetos valiosos, como lámparas, copas de oro y reliquias de mártires y santos.[1]

Entre los cuerpos de los santos se creía que estaba el de San Sebastián, que siendo miembro de la guardia personal de Diocleciano, fue condenado a morir asaeteado cuando el Emperador supo que era cristiano. Durante un tiempo también estuvieron enterrados allí dos de los primeros santos. Pablo, el gran misionero judío de la ciudad griega de Tarso; y Simón, el pescador de las orillas del mar de Galilea a quien Jesús le dio el nombre de Pedro (en arameo *kepha*, piedra) con las siguientes palabras: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos». Se cree que Pedro fue a Roma para cumplir esta misión; y en Roma fueron ejecutados los dos, Pedro y Pablo, a causa de las persecuciones de Nerón.

Dichas persecuciones siguieron al incendio del año 64. Puesto que la opinión general mantenía que el Emperador era el responsable del incendio, Nerón necesitó un chivo expiatorio.

> Para poner fin a los rumores, le echó la culpa a otros —escribió Tácito—. Primero se arrestó a los que reconocieron que se habían rendido a la persuasión [cristiana]; y, basándose en el testimonio de estos, muchos fueron condenados [...]. Su muerte se tornó diversión. Se les vistió con pieles y fueron lanzados a las fieras; [y a otros] se les ató a una cruz para quemarles vivos, de forma que iluminaran la ciudad al caer la noche. Nerón dedicó sus propios jardines para el espectáculo.

Las persecuciones de Nerón se repitieron durante los gobiernos de otros emperadores, como Domiciano, Marco Aurelio, Decio y Valeriano. Aunque también los hubo más compasivos. Trajano, por ejemplo, ordenó: «No se dará caza a los cristianos. No obstante, todo el que sea acusado y condenado habrá de recibir su castigo. Pero si un hombre niega ser cristiano y corrobora su negación venerando a nuestros dioses, será

perdonado, sin importar las sospechas que haya levantado en el pasado». Aun así, durante los siglos II y III se produjeron numerosas persecuciones; e incluso en los momentos en los que las autoridades estaban más preparadas para tolerarles, la plebe —que recelaba de ellos por su exclusividad, sus ritos y las supuestas «abominaciones» que se les imputaba, entre las que se encontraba el canibalismo— les consideraba un grupo de agitadores y revolucionarios llegados del extranjero, un peligro para el Estado y una blasfemia contra los dioses de Roma. Por lo tanto, la muerte de los cristianos en el anfiteatro se convirtió en una de las emociones más fuertes que podían ofrecer los espectáculos públicos. Se les echaba a fieras hambrientas para que se los comieran vivos, se les quemaba de igual modo ante las imágenes del dios Sol, se les disparaba una lluvia de flechas o bien se les despedazaba con hachas y espadas. Durante el reinado de Diocleciano, cuando la congregación de los cristianos estaba prohibida, su clero era arrestado a menos que ofreciera sacrificios a los dioses reconocidos y sus lugares de culto se destruían sistemáticamente junto con sus objetos y libros sagrados, probablemente se llegó a los tres mil mártires. Pero ni aun así se consiguió sofocar su religión, y mientras que aquellos encontraban una muerte horrible en el Coliseo, los supervivientes continuaban ganándose más y más seguidores, hasta que a la muerte de Diocleciano ya había unos treinta mil cristianos que se reunían para el culto, a veces en salas reservadas especialmente para ello, pero casi siempre en las villas o «casas de la Iglesia» que se conocían como *tituli*, por los títulos que ostentaban los dueños del edificio.

En aquel momento ya había también treinta y tres papas (u obispos, como los llamaríamos hoy) en Roma, que ocupaban el cargo divino que Cristo le había concedido a San Pedro, de incomparable autoridad entre la comunidad cristiana. Tan solo una minoría había nacido en Roma; varios procedían del Este; y al menos uno, de África. Algunos eran de origen humilde y otros nobles. La evidente capacidad del cristianismo de atraer conversos de todos los pueblos y clases sociales del Imperio era una de las razones por las que la nueva religión logró atraer al hombre que consiguió destacar como el más importante competidor por el trono imperial tras la confusión que causó la abdicación de Diocleciano.

Este hombre era Constantino. Hijo de un oficial del ejército, él también destacó en su servicio como militar. Había nacido hacia el año 285 en lo que hoy es Serbia y había pasado la mayor parte de su vida en la parte oriental del Imperio que Diocleciano había dividido para proteger sus fronteras. Su madre, Helena, era natural de Asia Menor, había sido

doncella de servicio, pero tras convertirse al cristianismo, partió hacia Tierra Santa, donde la tradición afirma que encontró la cruz en la que Cristo fue crucificado. Se decía que su hijo tenía las uñas destrozadas y sangrantes por las riendas de su caballo. Después de casarse con la hijastra de Maximiano I —uno de los augustos de la tetrarquía de Diocleciano—, Constantino invadió la península itálica en el 312 y en Ponte Milvio, a las afueras de Roma, derrotó a su cuñado Majencio, hijo de Maximiano, tomando así las riendas del Imperio en Occidente. En esta batalla abandonó el emblema del dios Sol para luchar bajo el estandarte que lucía la insignia de la nueva fe, pues además de las ventajosas consideraciones políticas que ello comportaba, Constantino necesitaba un intercesor divino a nivel personal. A partir de entonces, en todas las batallas que ganaba, con las que iba consolidando su poder por todo el Imperio, en Oriente y Occidente, el Emperador declaraba que estaba luchando en nombre de Jesús y que él era el campeón de su fe contra las Fuerzas del Mal. Mediante una serie de edictos imperiales, les garantizó la libertad de culto a todos los cristianos y les devolvió sus propiedades, tanto personales como corporativas, de las que se les había privado durante las persecuciones anteriores.

En Roma, Constantino ideó la forma de beneficiar a la comunidad cristiana sin ofender a las clases ricas e influyentes, que seguían siendo muchas, y en su mayoría, devotamente paganas. Les asignó a los cristianos algunos edificios en los que pudieran reunirse, adorar a su Dios, enterrar a sus difuntos y reverenciar a sus santos y mártires; pero al mismo tiempo se aseguró de que dichos edificios tuvieran un aspecto exterior humilde, mientras que el interior era espléndido.

Al suroeste de Porta Maggiore[2] se hallaba un edificio que había pertenecido a la rica familia Letrán y había formado parte de la dote de su esposa.[3] Constantino le cedió este edificio al Papa, quien construyó en él la capilla privada que aún existe, el Sancta Sanctórum,[4] a la que hoy se llega por la Scala Santa: la escalera santa por la que, según asevera firmemente la tradición, Jesús subió al palacio de Poncio Pilato en Jerusalén; que fue transportada a Roma por la madre de Constantino.[5] Helena, como Emperatriz viuda, tenía un palacio cerca del de la familia Letrán, el Palatium Sessorianum. El gran salón de este palacio se convirtió en una basílica, que se conoció como iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén en conmemoración de la Vera Cruz, su reliquia más preciada.[6] Se cree que el propio Constantino construyó otra basílica al norte de la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén: la primera basílica de San Lorenzo

Extramuros.[7] Esta basílica se construyó sobre las catacumbas en las que se encontraban los restos de San Lorenzo, uno de los diáconos de las primeras comunidades cristianas de Roma. Se dice que murió quemado en la hoguera en el 258 cuando, al recibir la orden de entregar a los miembros más importantes de su secta, recogió a los indigentes y enfermos de la ciudad y se los presentó a las autoridades con estas palabras: «Aquí tenéis el tesoro de la Iglesia». Al lado del palacio de Letrán, en el lugar que hoy ocupa la basílica de San Juan de Letrán, Constantino construyó la basílica que contenía la *cathedra*, sede oficial del obispo; desde entonces, esta basílica fue, y ha sido siempre, la catedral de Roma.[8] Consta de una amplia sala rectangular con una nave flanqueada por un doble pórtico que termina en un ábside. Se cree que Constantino la concibió, o al menos el interior, como un espléndido rival cristiano a los monumentales salones de reunión de la ciudad imperial.

La misma inspiración resulta evidente en otra gran basílica que Constantino erigió en las faldas del Estado imperial, en la colina del Vaticano. Esta nueva basílica era tan grande como la Constantiniana, pero entre el ábside y la nave, que se recubrió con lápidas, un crucero cambiaba la forma longitudinal dándole forma de cruz latina. Debajo del punto en que se formaba la cruz, coronado por un baldaquino soportado por columnas salomónicas de mármol, se encontraba el sepulcro de San Pedro, cuyos restos se sacaron de las catacumbas y volvieron a enterrarse en la basílica que desde entonces lleva su nombre.[9] Casi al mismo tiempo se levantó otra enorme basílica sobre las catacumbas. Esta última se construyó como una especie de cementerio cubierto y cerrado, y al igual que la basílica de San Pedro, tenía el suelo recubierto de lápidas. Si bien en aquel momento se dedicó a los apóstoles, más tarde llegaría a conocerse con el nombre de basílica de San Sebastián, en honor al soldado cristiano que, tras sobrevivir a la lluvia de flechas, terminó por ser ejecutado poco tiempo después.[10]

Además de basílicas cristianas, iglesias, cementerios cubiertos y mausoleos, también se construyeron en Roma otros monumentos en tiempos de Constantino. Así, por ejemplo, el Emperador completó en el Foro, siguiendo un diseño que la modificaba, la basílica secular que había comenzado a construir Majencio, la Basílica Nueva, que consistía en una fabulosa estructura que daba cabida al último tribunal y lugar de reunión de la Antigua Roma; tres de sus inmensas bóvedas artesonadas han sobrevivido hasta nuestros días.[11] En uno de sus ábsides, Constan-

tino mandó colocar una imponente estatua en la que el Emperador aparece sentado, con el cuerpo de madera, la toga de bronce dorado y la cabeza de mármol. Esta cabeza colosal, de casi dos metros de altura y un peso de nueve toneladas, aún se puede contemplar en el Palazzo dei Conservatori, en el monte Capitolino, donde las pupilas, profundamente esculpidas en unos ojos enormes y penetrantes, destacan sobre la gigante nariz ganchuda, como si de un dios se tratara.

Como muchos de sus grandes predecesores, el Emperador Constantino construyó termas para la ciudad. Pudo ser quien erigió el Arco de Jano Cuadrifronte,[12] la gigantesca estructura del Foro Boario, antiguo mercado de ganado situado a orillas del Tíber.[13] Y, por supuesto, también fue la inspiración del Arco de Constantino,[14] que fue erigido en el año 315 por el Senado y el pueblo de Roma para conmemorar el triunfo de Constantino contra Majencio en Ponte Milvio.

Sin embargo, por muy espléndida que fuera la urbe, y a pesar de los magníficos edificios que Constantino construyó en la ciudad, al Emperador no le quedó más remedio que aceptar la opinión de Diocleciano de que Roma no podía seguir siendo la capital del Imperio, pues se hallaba demasiado lejos de las fronteras del norte y del este. Por otra parte, Constantino tuvo que reconocer que no había conseguido hacer de Roma una ciudad completamente cristiana, y que las profundas creencias paganas seguían arraigadas, tal vez más que nunca, en la mayoría de las familias romanas. Así pues, el Emperador trasladó su corte a Bizancio, en el estrecho de Bósforo, y allí fundó una nueva capital cristiana que llegaría a conocerse con el nombre de Constantinopla.

A pesar de todo, aunque Roma hubiera dejado de ser la sede del poder imperial, la ciudad siguió siendo el *caput mundi, «Invicta Roma Aeterna»*, tal y como declaraban sus monedas. Como centro del mundo civilizado, y con una población de unas ochocientas mil personas, Roma seguía siendo el hogar de familias incalculablemente ricas cuya influencia política sobre el Senado seguía resultando primordial, cuyos miembros seguían ostentando los cargos más importantes de Italia y de todo el Imperio, cuyos negocios seguían desarrollándose en la ciudad, cuyas villas seguían habitadas dentro de sus murallas y cuyos mausoleos seguían flanqueando los caminos que salían de Roma; al tiempo que los visitantes seguían llegando a la ciudad para admirar el Foro, el Coliseo, el monte Capitolino, los templos revestidos con bronce dorado y los numerosos arcos triunfales, basílicas, estatuas, obeliscos, fuentes, termas, bibliotecas, circos y teatros de Roma.

Ocho puentes cruzaban el Tíber,[15] y diecinueve acueductos llevaban agua a la ciudad sobre un sinfín de arcos que parecían desplegarse ilimitadamente por el paisaje que se extendía allende las murallas.[16] El poeta latino Rutilio Namaciano expresó su orgullo por el esplendor y grandeza de la urbe: «Ningún hombre estará a salvo si te olvida; te seguiré alabando aun después del tramonto. Contar las glorias de Roma es como contar las estrellas del firmamento».

Todavía habitaban la ciudad muchos hombres influyentes que creían que el único modo de conservar la gloria de Roma era regresar a las antiguas tradiciones y a los dioses de sus ancestros, para lo que había que rechazar con firmeza el nuevo cristianismo, con su naturaleza extranjera, sus orígenes plebeyos, sus rivalidades internas y su arte desconocido. Había hombres que, aun teniendo muchos amigos cristianos, seguían defendiendo la superioridad de las tradiciones paganas e incluso seguían justificando los juegos gladiatorios. Este era el caso del cónsul Quinto Aurelio Símaco, un hombre culto, honrado y rico que, procedente de una noble familia romana, organizó unos pródigos espectáculos cuando su hijo recibió el cargo de pretor, y hasta llegó a manifestar su profunda decepción cuando unos prisioneros germanos que él había llevado a la ciudad para los juegos decidieron estrangularse con sus propias cadenas antes que combatir ante la multitud romana. Como era de esperar, Símaco se horrorizó cuando una orden imperial de Constantino decretó que la estatua alada de la Victoria había de ser apartada de la Curia del Senado: «El Gran Misterio no se puede penetrar desde una única vía —protestó ante los demás senadores—. Conservemos el símbolo ante el que hemos hecho nuestros juramentos de alianza durante generaciones. Conservemos el sistema que ha permitido la prosperidad del Estado». Pero todas sus palabras fueron en vano, y en el 382 la estatua se trasladó a otro lugar. Una década más tarde, poco después de la muerte de Símaco, un decreto imperial más severo y eficaz que los edictos anteriores, prohibió todas las formas de sacrificio pagano, así como la presencia de flores e incienso en los altares de los dioses romanos. «Los que un día fueron los dioses del Estado romano —escribió San Jerónimo— moran hoy con los búhos y murciélagos bajo techos solitarios». Un nuevo decreto de 408 prohibió la utilización de los templos paganos para usos religiosos. Y cuatro años antes, otro decreto imperial había prohibido los juegos gladiatorios después de que un monje cristiano, Telémaco, hubiera muerto apedreado en la arena a manos de los furiosos espectadores por haber intentado separar a dos gladiadores mientras luchaban.

Casi hasta finales del siglo IV, los templos paganos se siguieron restaurando y se mantuvieron en uso junto a los lugares de culto cristianos: pocos años después de la muerte de Constantino, acaecida en el 337, se habían erigido nuevas estatuas paganas a lo largo de la Via Sacra y se había renovado el Templo de Vesta. Pero pronto la discordia terminó. Tras la victoria de la Cristiandad, los edificios cristianos dominaron la ciudad, ya no serían relegados a las afueras de Roma, ni obligados a ser tan humildes como su tamaño les permitiera. A partir de ahora, las construcciones cristianas podían destacar como monumentales testimonios de la fe, por lo que algunas se erigieron en las zonas más centrales de la ciudad siguiendo un plan arquitectónico cada vez más clásico, que preveía el uso de pórticos que daban acceso a la alta nave central, flanqueada por naves laterales, y un ábside semicircular al fondo.

San Damasco, un rico prelado de alta alcurnia que contaba con la simpatía de muchos romanos, apoyó decisivamente el nuevo estilo de las construcciones cristianas, pues consideraba fundamental que se identificaran más con el largo pasado clásico de la ciudad. Tanto San Damasco, que fue elegido papa en el 366, como sus inmediatos sucesores —la mayoría también romanos y de alta cuna—, defendieron y atesoraron el legado clásico, rindieron honor a los escritores latinos, admiraron la arquitectura que se había desarrollado en su época y consideraron el Reino de Dios como un sucesor santificado del Imperio de los césares. Por lo tanto, las construcciones religiosas que se levantaron en Roma en estos años son un claro reflejo de esta nueva filosofía y de la creciente seguridad que estaba adquiriendo la Iglesia. Entre estos edificios, a los que se incorporaron las columnas y otras características de la arquitectura clásica, se cuentan la imponente basílica de San Pablo Extramuros,[17] cuya construcción comenzó en el 384 para reemplazar la modesta basílica que Constantino había hecho erigir sobre la tumba de San Pablo; la iglesia de San Lorenzo in Damaso,[18] que actualmente forma parte de la estructura del Palazzo della Cancelleria; y la iglesia de Santa Pudenciana,[19] que está dedicada a la hija de un senador romano. Según la tradición, la conversión de este senador fue una de las primeras que logró San Pedro en Roma. El magnífico mosaico del ábside de esta iglesia nos muestra a Cristo rodeado de los apóstoles, que visten las togas de los senadores romanos. Alrededor del año 400 comenzó la construcción de la iglesia de San Pietro in Vincoli,[20] al norte del Coliseo, como un santuario dedicado a las cadenas con las que se ató a San Pedro. Poco después empezaron las obras, al sur del Coliseo, de la basílica de San Juan y San Pablo,[21]

dedicada a los dos mártires cristianos que fueron decapitados en el 361 por negarse a ofrecer sacrificios paganos a los dioses.

Pero al mismo tiempo en que florecían todas estas construcciones en la ciudad, más allá de las murallas el Imperio romano se estaba desmoronando. Invasión tras invasión, las derrotas se acumulaban. En el 378, el pueblo germánico que se conocía como «los visigodos» venció a las legiones imperiales en Adrianópolis; y en el 408 invadió la península itálica y marchó hacia el sur, en dirección a Roma, a las órdenes de Alarico, un hombre de origen noble que en una ocasión había comandado las tropas godas del ejército romano. Cuando los visigodos se presentaron por primera vez ante las murallas aurelianas, que tras la reciente fortificación habían alcanzado casi el doble de su altura original, los romanos consiguieron mantenerles a raya a cambio de una enorme suma de dinero. Pero cuando volvieron a aparecer en el 410, unos traidores de la ciudad se dejaron las puertas abiertas, y por primera vez en ochocientos años, una fuerza extranjera ocupó Roma.

Cuando los romanos oyeron el aterrador estruendo de las trompetas de guerra, se temieron lo peor. Los visigodos incendiaron una gran cantidad de edificios, entre ellos el palacio de Salustio,[22] sometieron a pillaje un sinnúmero de casas e iglesias, subyugaron a muchos ciudadanos y saquearon los templos paganos llevados por un odio inaudito; sin embargo, las tropas de Alarico, que en su mayor parte estaban formadas por cristianos arios como él, respetaron las basílicas de San Pedro y San Pablo e interrumpieron el pillaje a los tres días, de modo que la ciudad no quedó tan destrozada como los romanos habían temido. Aun así, la conmoción fue tremenda. «Es el fin del mundo —se lamentó San Jerónimo mientras los cristianos culpaban a los paganos por su humillación y desgracia, y los paganos le echaban la culpa a los cristianos por haber abandonado a los dioses que protegían la ciudad—. No tengo palabras. Me supera el llanto... La ciudad que sometió al mundo entero ha sido capturada».

A pesar de todo, pronto recuperaron la confianza. El papa al que tanto sorprendió la invasión de Alarico era Inocencio I, un hombre de férrea voluntad y gran habilidad que aprovechó todas las oportunidades que se le presentaron para insistir en la suprema autoridad del papado y en su importancia en ámbito político y como fuerza espiritual. En el 440, le sucedió un hombre de igual determinación, energía y carácter. Era León I, un papa de origen romano que hizo especial hincapié en que los poderes que había heredado de sus predecesores le llegaban directamente de Pedro, y que tan solo a Pedro le había garantizado Cristo dicho poder.

Fortalecido por la fe, León I salió al encuentro de los bárbaros del norte cuando la ciudad se vio amenazada. El acérrimo enemigo de Roma era esta vez un hombre grueso y de tez morena. Se trataba de Atila, rey de los hunos, quien se «sentía el señor de todo» y se enorgullecía del título que se le había conferido, «el azote de Dios». En el 452, las hordas de Atila cruzaron los Alpes y, después de saquear y someter a rapiña varias ciudades del norte, entre las que destacan Milán, Padua y Verona, ya se estaban preparando para avanzar hacia el sur cuando el Papa se presentó en su campamento. Solicitó y obtuvo una reunión con Atila y, aunque nadie sabe a ciencia cierta lo que ocurrió entre ellos, los hunos cejaron en su intento, tal vez convencidos de que el hambre y la peste les destruiría si seguían avanzando hacia Roma.

Unos años más tarde, León I tuvo que hacer frente a una nueva amenaza cuando los vándalos, unos fieros guerreros germanos, atacaron de noche con los rostros y escudos pintados de blanco. En el 455, después de haber asolado Hispania y arrasado el norte de África, invadieron Italia y, guiados por el valeroso Genserico, se dirigieron hacia Roma. Esta vez el Papa no pudo evitar que entraran en la ciudad, donde causaron mayores estragos que las tropas de Alarico. El saqueo duró dos semanas. Después de despojar el techo del Templo de Júpiter Capitolino de sus azulejos dorados, destrozar las mansiones de los ricos e invadir las iglesias cristianas, se dirigieron hacia las naves que tenían ancladas en Ostia con miles de cautivos y montañas de tesoros que habían apilado como botín, entre los que se encontraban la Menorá y otros objetos sagrados que el Emperador Tito había llevado a Roma desde Jerusalén.

Con todo, por muy brutales y rapaces que se hubieran mostrado los vándalos, aún podían haberse comportado con más crueldad de no haber sido por el Papa León I, que intercedió por la ciudad y consiguió que Genserico se comprometiera a prohibir los asesinatos, las violaciones y los incendios indiscriminados. Genserico no cumplió todas sus promesas, pero al menos se salvaron las antiguas basílicas; y la vida de Roma no tardó en recuperarse. Es más, en los años que habían transcurrido desde la primera invasión de los bárbaros, la fe cristiana se había fortalecido considerablemente. La Iglesia seguía siendo rica, y el papado se reconocía ahora como un factor decisivo en los asuntos europeos. En las orgullosas palabras de León I, Roma era una vez más «la cabeza del mundo a través de la Santa Sede de Pedro».

A pesar de estas interrupciones, la construcción de iglesias en Roma continuaba a buen ritmo, al tiempo que miles de personas abrazaban

la nueva fe. De esta época data la iglesia más suntuosa del primer periodo de construcción cristiana. Se trata de la basílica de Santa Sabina all'Aventino,[23] que ha sobrevivido prácticamente inalterada hasta nuestros días, y que es asimismo la que más claramente pone de manifiesto la continuidad del gusto por las formas clásicas, tan evidente a finales del siglo IV; de hecho, la construcción de la basílica comenzó poco después de la invasión de Alarico y terminó en el 432. Para ese mismo año, en el Esquilino ya se habían iniciado las obras de Santa María la Mayor, que más tarde se decoraría con unos de los más bellos mosaicos del siglo V que han llegado hasta nuestros días.[24] Poco después, el Papa Sixto III, que demostró un gran interés por la arquitectura de la ciudad, comenzó la reconstrucción del Baptisterio de Letrán y San Lorenzo Extramuros. Y uno de los sucesores de Sixto III, Simplicio, pontífice desde 468, levantó la maravillosa iglesia de San Esteban del Monte Celio, cuyo inusual diseño circular pudo inspirarse en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén.[25]

Durante el papado de Simplicio, mientras las disputas doctrinales dividían a la Cristiandad en Oriente, el Imperio romano de Occidente tocaba a su fin. Cuando Odoacro, jefe de una tribu germánica, destituyó al joven Emperador Rómulo Augusto, no se nombró a ningún sucesor, y Odoacro comenzó a gobernar Italia. Aun así, los programas de construcción en Roma siguieron adelante, como si los acontecimientos del mundo exterior no tuvieran nada que ver con una ciudad cuyo prestigio como sede del papado parecía haber aumentado aún más con la muerte del poder imperial en Occidente. Las viejas estructuras se renovaron y ampliaron al tiempo que seguían apareciendo nuevos monasterios, mausoleos, santuarios y baptisterios por toda la ciudad e incluso más allá de las murallas, donde al lado de las tumbas de los mártires, comenzaron a surgir toda una serie de hosterías, tiendas y tabernas que proveían de alimentos al creciente número de peregrinos procedentes de todo el mundo cristiano.

Los peregrinos que llegaban a Roma encontraban una ciudad a la que no parecían haber afectado los problemáticos eventos de los últimos años. En el 467, el Obispo de Auvernia describió la ciudad, los empellones de la multitud, la amabilidad de los romanos, y el ambiente alegre y cordial que se respiraba en los circos y mercados. Las clases ricas seguían haciendo gala de la tradicional hospitalidad romana; los oradores seguían practicando su arte en el Foro; los carros de los aurigas seguían levantando nubes de polvo sobre los animados espectadores

del Circo Máximo; y en el Coliseo, cuyas gigantescas paredes seguían intactas, sin sufrir aún las consecuencias de los constructores que más tarde las utilizarían como cantera, se seguían ofreciendo espectáculos de fieras y combates de lucha cuerpo a cuerpo. Las estatuas también seguían erguidas en todos los barrios de la ciudad; es más, el ostrogodo Teodorico, que sucedió a Odoacro como rey de Italia, afirmaba que el número de estatuas de mármol y bronce igualaba al de la población, y se estima que diez años después de su muerte aún había en Roma tres mil setecientas ochenta y cinco estatuas. En su afán por mantener estos «preciosos monumentos en las calles y plazas de Roma», Teodorico, que tan persistentemente abogaba por la armonía nacional, instruyó a sus representantes de Roma a fin de que las cuidaran durante el día y las custodiaran durante la noche, prestando especial atención a cualquier advertencia que pudieran hacer los vigilantes si algún ladrón intentaba robarles un brazo o una pierna. Teodorico también dio orden de que se reparara el Coliseo después del terremoto del 508, y de que se restauraran los palacios imperiales del Palatino; a ello destinó las ganancias obtenidas con los impuestos que gravaban el vino.

Sin embargo, cuando Teodorico falleció en el 526, sobrevinieron los trastornos y agitaciones que precipitarían la caída de la Antigua Roma. El emperador bizantino Justiniano I decidió expulsar a los ostrogodos arios de la península y restablecer la soberanía imperial directa y la verdadera fe. Durante la guerra que siguió, el general de Justiniano, Belisario, ocupó Roma. En uno de los tres asedios que sufrió la ciudad, sus defensores hicieron pedazos las estatuas del Mausoleo de Adriano y catapultaron los fragmentos contra los enemigos. Al final, la ciudad fue capturada por un nuevo rey de los ostrogodos, Totila, que consiguió derrumbar buena parte de las murallas aurelianas, incendió el barrio de Trastevere y amenazó con arrasar el resto de la ciudad y convertirla en pasto para el ganado. Belisario le dedicó un apasionado llamamiento para recordarle que «profanar la grandeza de Roma se consideraría, justamente, una atrocidad»:

> De todas las ciudades de la Tierra, Roma es la más célebre y egregia. Pues no la ha levantado un solo hombre ni ha alcanzado su grandeza y esplendor en poco tiempo. Por el contrario, una larga sucesión de emperadores, muchas asociaciones de hombres ilustres, incontables años y riqueza [...] han sido necesarios para reunir todos los tesoros que posee. Roma es un monumento a las virtudes del mundo [...]. Si destruyes

> Roma, no destruirás la ciudad de otro sino la tuya propia. Si la conservas, te enriquecerás con las más espléndidas posesiones de la Tierra.

Ante tales alegatos, Totila protegió Roma, cuya población se había reducido a unas treinta mil personas a causa de los asedios. Pero la ciudad no seguiría siendo suya por mucho tiempo, ya que en el 552, Totila perdió una batalla en los Apeninos, en la que también perdió la vida, contra el eunuco Narsés, antiguo comandante de la Guardia Imperial que había sucedido a Belisario como general de las tropas bizantinas.

No obstante, una vez vencidos los ostrogodos, Italia tuvo que enfrentarse a otros invasores. Los longobardos, que pertenecían a la confederación de los suevos del norte, invadieron la península en el 568 y devastaron la campiña romana, obligando a los granjeros, campesinos, monjes y clérigos que vivían fuera de las murallas a buscar refugio en la ciudad, donde se vivía una vida miserable a causa de una serie de calamidades: incendios, riadas, inundaciones, hambruna y epidemias.

A finales del siglo VI, la decadencia de Roma había alcanzado cotas lamentables. Testigos de primera mano describieron una ciudad en la que los edificios se estaban derrumbando; los acueductos y cloacas necesitaban ser reparados urgentemente; los monumentos se estaban desmembrando, incluso legalmente sí se consideraba que «ya no había manera de restaurarlos»; las estatuas se sometían a pillaje y vejaciones; las amarillentas y crecidas aguas del Tíber arrastraban reses muertas y serpientes; cientos de personas morían a causa de la hambruna; y toda la población vivía bajo la constante amenaza de los contagios. Los que podían permitírselo, habían abandonado la ciudad en busca de las relativas comodidades de Constantinopla. Las grandes villas del campo se habían convertido en canteras o en el refugio de los monjes más pobres. Y los campos de los alrededores, que no se drenaban desde hacía tiempo, se habían transformado en pantanos, por lo que inmensas nubes de mosquitos infestaban las llanuras de la Campagna.

Un día del año 590, una larga procesión de suplicantes y penitentes, tan numerosos como toda la población de Roma, caminaba encorvada por las calles de la ciudad. Algunos, ya moribundos, caían al suelo y expiraban por el camino. Los que sobrevivían, avanzaban lentamente hacia el Mausoleo de Adriano, donde, según los creyentes, el Arcángel San Miguel, Príncipe de los ejércitos celestiales y guardián de los enfermos, se había aparecido en el cielo envainando su espada, como señal de

que las plagas estaban a punto de acabar. Como muestra de gratitud por tal liberación celestial, más tarde se construiría una capilla sobre el mausoleo que se dedicaría a San Miguel, por lo que la fortaleza en que ya se había convertido el mausoleo se conocería hasta el final de los tiempos como Castel Sant'Angelo (Castillo del Santo Ángel).

Aquel día encabezaba la procesión un miembro de una rica familia patricia que había nacido en Roma unos cincuenta años antes: el bisnieto del Papa Félix III. Su fuerte vocación al monacato le había llevado a rechazar su posición como prefecto de la ciudad y había convertido el palacio que su familia poseía en el monte Celio, en el monasterio de San Andrés, que seguía reglas muy parecidas a las que antes había establecido San Benedicto. Después de recibir las órdenes sagradas, había ido a Constantinopla como nuncio papal, y pocas semanas antes de la procesión, le habían nombrado papa. Aun quejándose de que él nunca había deseado tal ascenso, Gregorio I (también conocido como Gregorio Magno) demostró ser uno de los hombres más santos que habían alcanzado la dignidad pontificia. Era, además, un excelente administrador, diplomático y hombre de estado, que llegaría a sentar las bases del papado medieval. Tras declarar que no tenía ninguna intención de permitir que «el tesoro de la Iglesia se mancillara con deshonrosas ganancias», se dedicó a atender a los pobres, reorganizó el sistema de distribución de alimentos que las autoridades imperiales habían dejado en manos del papado, y creó o mejoró muchos centros de ayuda, denominados *diaconiae*, que con el tiempo se convertirían en iglesias, como las de San Jorge en Velabro[26] y Santa Maria in Via Lata.[27] Y como las peregrinaciones también aumentaron durante su pontificado, se encargó de cuidar a los peregrinos más necesitados.

Movido por su celo apostólico, Gregorio I encomendó un gran número de misiones: primero a Lombardía, Hispania y Britania, y luego a Germania y a las zonas costeras de la Galia. En poco tiempo llegaron a la ciudad peregrinos de todos estos lugares; algunos de ellos llevaron a Roma grandes riquezas, mientras que otros se encaminaron hacia la ciudad en la más completa pobreza, e incluso había quienes llevaban aros de hierro alrededor del cuello o de los brazos, indicando que eran delincuentes a los que se les había impuesto la peregrinación como penitencia. Los peregrinos saturaban las basílicas, abarrotaban las catacumbas, oraban en los santuarios, ofrecían donativos, daban limosna a los mendicantes y acudían a los *diaconiae* en busca de refugio y comida. Muy pronto se realizaron guías que indicaban los caminos que debían seguir, cuáles eran los sitios que debían visitar, dónde se encontraba la rejilla

de hierro en la que habían quemado a San Lorenzo, las flechas que se habían clavado en el cuerpo de San Sebastián o las cadenas con las que se había atado a San Pedro. Sin embargo, Gregorio I consideraba que el comercio de reliquias era absurdo y de mal gusto, así que cuando en una ocasión descubrió a unos monjes griegos que estaban desenterrando los «huesos de unos mártires» en un cementerio, en el que además casi todos los enterramientos habían sido paganos, quiso advertirles a todos los que estuvieran interesados en comprar reliquias —como la Emperatriz bizantina que se había informado sobre la cabeza de San Pablo—, que el extraer huesos y objetos sagrados era una actividad peligrosa, y añadió que unos obreros que habían roto accidentalmente la tumba de San Lorenzo habían muerto a los pocos días; pero al mismo tiempo aseguró que los trozos de lino que se bajaran a las tumbas eran tan dignos de veneración como los huesos que contenían los sepulcros.

Durante el pontificado de San Gregorio Magno no se construyó ninguna iglesia nueva en Roma, ni para las crecientes multitudes de peregrinos ni para los habitantes de la ciudad, que también se estaban multiplicando gradualmente. Pero lo que sí se hizo fue confiscar algunos edificios ya existentes para darles un uso cristiano, mientras que otros se reconstruían de forma que dieran cabida a más devotos y que su nueva planta arquitectónica facilitara el paso de los peregrinos por los lugares sagrados, garantizando una distancia de seguridad cuando los fieles pasaban por delante de las reliquias. Previamente, el Papa Félix IV (526-530) había decorado con mosaicos la sala de audiencias que el prefecto de la ciudad tenía en la Via Sacra, y la había convertido en la iglesia de los Santos Cosme y Damián.[28] Unos cincuenta años más tarde, tal vez durante el pontificado de Benedicto I (575-579), otra antigua sala de ceremonias que se hallaba a los pies del monte Palatino se había transformado en la iglesia de Santa María la Antigua.[29] La primera vez que se cristianizó un templo pagano fue durante la época de Bonifacio IV (608-615), cuando el Panteón pasó a ser la iglesia de Santa María de los Mártires.[30] En el año 625, el Papa Honorio I convirtió la Curia del Foro en la iglesia de San Adriano.[31] El predecesor Gregorio I, Pelagio I (556-561), había reestructurado la iglesia de San Lorenzo Extramuros de tal forma que los peregrinos pudieran ver la tumba del mártir. Y tal vez fuera el propio Gregorio I quien indicó que se construyera en la basílica de San Pedro una cripta de forma anular —una de las primeras con esta forma— que facilitara el flujo de los peregrinos, de modo que pudieran ver las reliquias, pero no tocarlas, ni dañarlas.

Con el paso del tiempo, a las largas colas de peregrinos que llegaban a Roma desde Europa, Asia Menor y el norte de África, se unieron miles de refugiados que huían de los árabes musulmanes, quienes, desde su tierra natal, llevaban la bandera del Profeta hacia el norte y el oeste en dirección a Siria, Palestina, Egipto, Mesopotamia y Persia, hacia el este de Europa y, a través de las costas sureñas, hacia el Mediterráneo e Hispania. Debido a ello, muchos de los refugiados se establecieron definitivamente en Roma y crearon sus propias comunidades. Los griegos, por ejemplo, fundaron su comunidad entre el Circo Máximo y el Tíber, donde construyeron una iglesia que, si bien más tarde se convertiría en Santa Maria in Cosmedin, en aquel momento se llamaba Santa Maria de Schola Graeca (pues el término *schola* significaba colonia extranjera).[32]

Con el paso de los años, los refugiados del este y sus descendientes ejercerían una gran influencia en la Iglesia romana, e incluso algunos de ellos, griegos y sirios, llegarían a ser papas. Fundaron monasterios en Roma y alrededores —en 680, había unos veinticuatro—, y llevaron a la ciudad sus sagradas reliquias, entre las que destacan la cabeza del mártir persa Anastasio y el pesebre del niño Jesús, que desde la época del papa palestino Teodoro pudo contemplarse en la iglesia de Santa María la Mayor. A ellos se debe asimismo el que los símbolos se convirtieran en una usanza común en toda Roma, que la decoración de muchas iglesias romanas siguiera patrones orientales y que se generalizara la práctica, a la que con tanta decisión se había opuesto Gregorio I, de trasladar los huesos de los mártires de un lugar a otro.

Gregorio I falleció en 604, dejando tras de sí una eficaz organización administrativa. Gracias a él, el papado era capaz de hacerse cargo de sus propios asuntos y de ocuparse del gobierno temporal de Roma, era lo suficientemente rico como para poder mantener sus edificios y al clero sin dejar de atender las necesidades de los pobres, podía pagar a los que gobernaban el Estado y a las tropas que lo defendían, e incluso estaba capacitado para representar a Roma en sus difíciles relaciones con Bizancio, que aún encarnaba, al menos en teoría, el papel de autoridad suprema.

Mucho tiempo después del fallecimiento del Papa Gregorio I, aún se notaba en Roma la influencia y la autoridad de Constantinopla y del mundo helénico. En el 667, el ingrato emperador bizantino Constante II fue a visitar la ciudad de Roma, donde fue recibido con grandes honores por el Papa Vitaliano, el clero y los notables, y donde él se comportó como si Roma fuera una de sus propiedades personales: se llevó nume-

rosas estatuas de bronce de la ciudad, ordenó que se arrancaran los azulejos de bronce dorado del techo del Panteón y dejó su nombre esculpido en el Arco de Jano Cuadrifronte y en el interior de la Columna Trajana.

Durante su estancia, Constante II se alojó en uno de los palacios imperiales del Palatino, a pesar de que la mayoría de los edificios de esta colina habían perdido el tejado y tenían grietas en las paredes y pavimentos por las que crecían las malas hierbas. Gran parte de la Roma imperial que quedaba a los pies del Palatino se encontraba en la misma situación de abandono. En cambio, desde la época del Papa Gregorio I, la Roma cristiana se había embellecido. Honorio I (Papa desde el 625 hasta el 638), que pertenecía a una familia noble que desde hacía mucho tiempo se había instalado en la Campagna romana, había dedicado una gran cantidad de dinero a la restauración y reestructuración de antiguos edificios y a la construcción de otros nuevos. Se cree que fue él quien mandó reconstruir la iglesia de los Santos Vincenzo y Anastasio en las afueras meridionales de la ciudad;[33] fue el responsable de la restauración de la iglesia de San Pancracio, con su espléndida decoración;[34] y, sobre la tumba de la mártir Santa Inés, completó la reconstrucción de la basílica de Santa Inés Extramuros,[35] que Constancia, nieta del Emperador Constantino el Grande, había erigido en honor de la joven cristiana que, tras consagrar su virginidad a Cristo, se ofreció al martirio con tan solo doce años de edad.

El último día de su visita, el Emperador Constante II bajó del Palatino y, tras haber cargado la nave con su botín, zarpó de la ciudad con destino a Sicilia. Pero solo le quedaban unos cuantos meses de vida, ya que en septiembre de 668 fue asesinado por un esclavo en Siracusa. Después de su muerte, Roma se fue haciendo cada vez más independiente de Bizancio. Entre tanto, se produjeron nuevos asedios, primero de los árabes y después, una vez más, de los longobardos. Y mientras que algunos papas aún demostraban un cierto gusto por el arte oriental, las formas artísticas fueron adaptándose a las que tradicionalmente se asociaban a Roma, que siguió siendo, y en esencia siempre ha sido, la gran ciudad del mundo occidental.

A principios del siglo VIII, la independencia de Roma se puso de manifiesto bruscamente a raíz de una acalorada controversia sobre la iconoclasia. El sirio León III, emperador bizantino, condenó como un acto sacrílego la veneración de reliquias y pinturas religiosas, y ordenó su destrucción. Pero los romanos, encabezados por los papas Gregorio II y después Gregorio III, se opusieron con firmeza. Gregorio II, al que in-

tentaron asesinar unos enviados de Bizancio, avisó al Emperador: «Occidente tiene la mirada puesta en nosotros y en San Pedro, al que todos los reinos del oeste veneran. Nosotros llegamos a todos los rincones de Occidente, incluso a los más recónditos, en busca de quienes desean ser bautizados [...], y todos ellos con sus príncipes solo desean recibir el Bautismo de nosotros».

En el 753, cuando los longobardos asediaron Roma después de capturar Rávena (capital del gobierno bizantino en Italia), el Papa Esteban II, ignorando las órdenes y advertencias bizantinas, inició las negociaciones con el enemigo por su cuenta. Tras conseguir que levantaran el sitio, emprendió el camino hacia el norte, a través de los Alpes, hasta llegar a Saint-Denis, cerca de París, para reunirse con el rey de los francos, un pueblo germánico que había invadido el Imperio romano de Occidente en el siglo v y que ahora había establecido su reino en el vasto territorio que se extendía desde los Pirineos hasta el Rin, por las tierras que en su honor recibirían el nombre de Francia. Este rey era Pipino el Breve, el último de una línea hereditaria de mayordomos de palacio cuya suprema influencia sobre los corruptos monarcas francos de la dinastía merovingia había pasado de padres a hijos, generación tras generación. Pipino había depuesto al débil y enfermizo rey merovingio Childerico III, y, con el consentimiento papal, le había recluido en un monasterio después de cortarle la larga melena, que era el símbolo tradicional de la realeza entre los francos. En Saint-Denis, el Papa Esteban II confirmó la aprobación de su predecesor por lo que se refería a la usurpación del trono llevada a cabo por Pipino y, dando por sentado que los romanos contarían con el apoyo de los francos para luchar contra los longobardos, le ungió en la abadía como rey de los francos y «patricio de los romanos». Poco después, los longobardos fueron derrotados y obligados a restituir a Roma el Patrimonio de San Pedro, es decir, las vastas superficies de terreno que había ido adquiriendo la Iglesia en el centro de la península y que, junto con los territorios que antes pertenecían al Imperio bizantino, se conocerían con el nombre de Estados Pontificios.

En el 774, el hijo y sucesor de Pipino, Carlomagno, se puso en camino hacia Roma. Una delegación de nobles y magistrados enviados por el Papa Adriano I salió al encuentro de este joven alto, atractivo y avezado, que les esperaba a las afueras de la ciudad. Como parte del cortejo que recorrió la Via Flaminia había un grupo de jóvenes romanos armados y unos niños que, con palmas y ramas de olivo, cantaban alabanzas al libertador y protector de Roma. Los representantes de las distintas

comunidades de la ciudad mantenían su posición bajo sus respectivas banderas. Entre ellos se encontraban los sajones, cuya *schola*, el *burgus Saxonum*, aún da nombre a la zona que rodea al Castel Sant'Angelo, el barrio de Borgo. Al ver las sagradas cruces y los emblemas de los santos, Carlomagno desmontó de su caballo y procedió el resto del camino hacia San Pedro a pie. Y antes de entrar en la basílica, besó el suelo.

Esta visita a Roma inspiró a Carlomagno —que ya era rey de todo lo que hoy corresponde a Francia, Bélgica, Países Bajos y parte de Alemania y Suiza—, a concebir un imperio aún mayor, un imperio cristiano que reemplazase al de los césares, un imperio que se extendiera más allá del Rin hacia el Vístula, y por el sur, más allá de los Alpes hasta abarcar toda Italia.

Un cuarto de siglo después, Carlomagno, *Rex Pater Europae*, seguía ocupándose del progreso de sus dominios, un proceso que culminaría en otra visita a Roma y en el cumplimiento de tan deseada ambición. Carlomagno llegó a la ciudad el mes de noviembre del año 800, afligido por la pérdida de su quinta esposa, la bella Liutgarda, que había fallecido por el camino. Cuando, en la misa de Navidad que se celebró en San Pedro, el Papa León III le impuso la corona imperial sobre la cabeza ya canosa, la congregación se puso en pie y le aclamó con vítores que retumbaron por toda la basílica: «A Carlos Augusto, coronado por Dios, Emperador poderoso y pacífico, larga vida y victoria». El Imperio de Occidente acababa de resurgir.



1 Loba Capitolina

Estatua de bronce que muestra el simbolo del nacimiento de Roma Luperca es el nombre de la loba que segun la mitologia amamanto a Romulo y Remo cuando el rey Amulio ordeno matar a los gemelos Actualmente se conserva en el museo del Capitolio romano



2 Templo de Vesta

Ubicado al sur de la Via Sacra y delante de la Regia Es uno de los templos mas antiguos de Roma En este templo se custodiaba siempre encendido el fuego sagrado en honor de la diosa Vesta

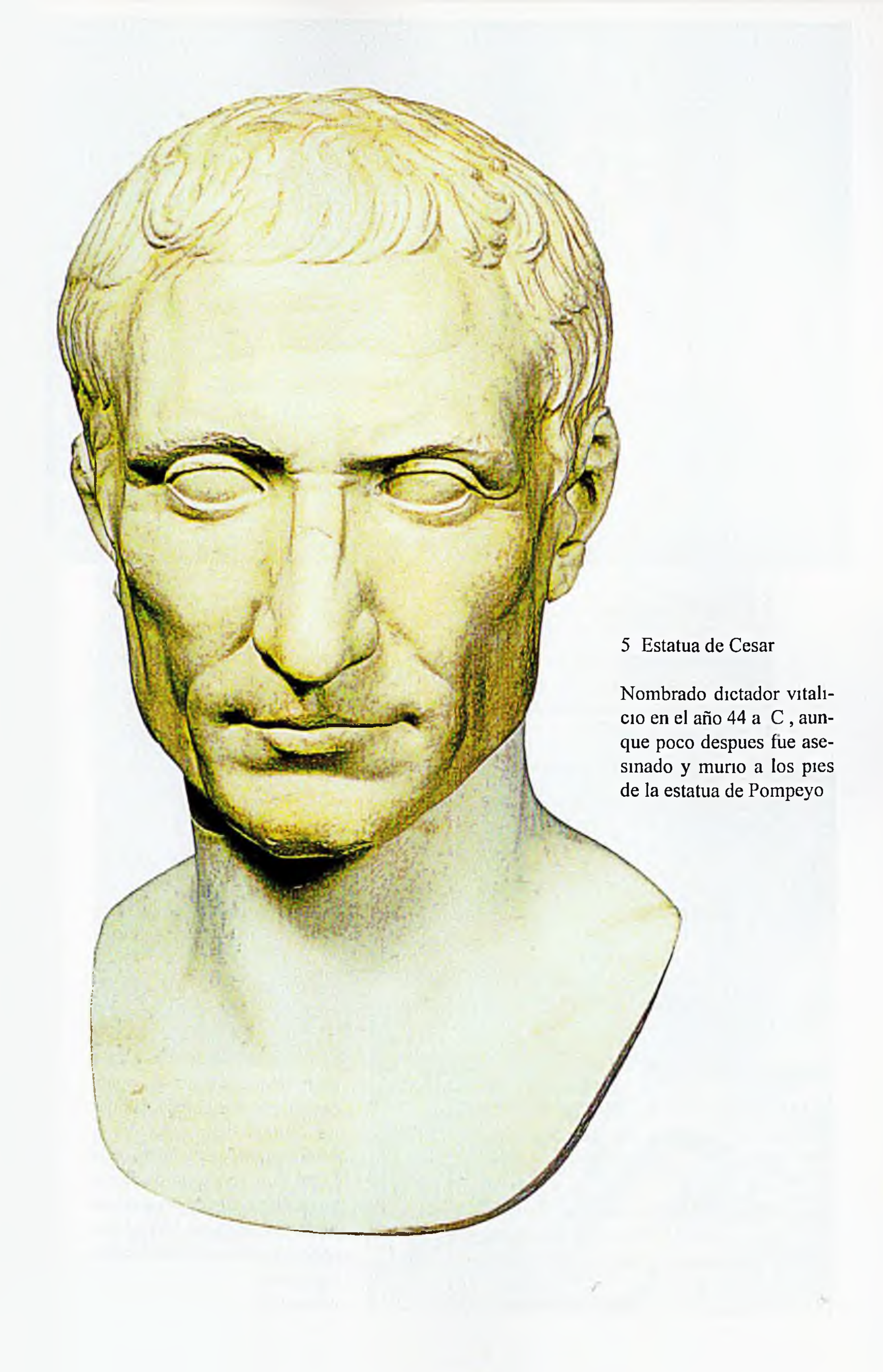


3 Moneda de Neron

Ultimo emperador de la dinastia Julio-Claudia e implacable perseguidor de los cristianos a quienes acuso de provocar el incendio que tuvo lugar en Roma en el verano del 64 a C El pueblo le acuso de querer reconstruir la ciudad

4 Foro Romano

Era la zona central en torno a la que se desarrollo la antigua ciudad y en la que tenian lugar el comercio, los negocios, la prostitucion, la religion y la administracion de justicia

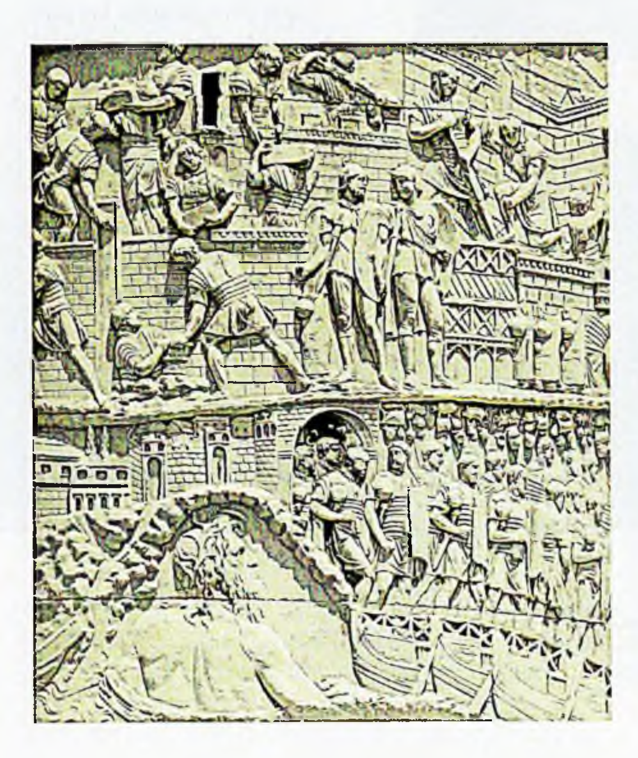


5 Estatua de Cesar

Nombrado dictador vitalicio en el año 44 a C , aunque poco despues fue asesinado y murio a los pies de la estatua de Pompeyo

6 Coliseo Romano

Su construccion comenzo en el año 72, bajo el regimen de Vespasiano y termino en el 80, durante el mandato del Emperador Tito Ubicado en el centro de la ciudad, tras su finalizacion, se convirtio en el mayor anfiteatro romano



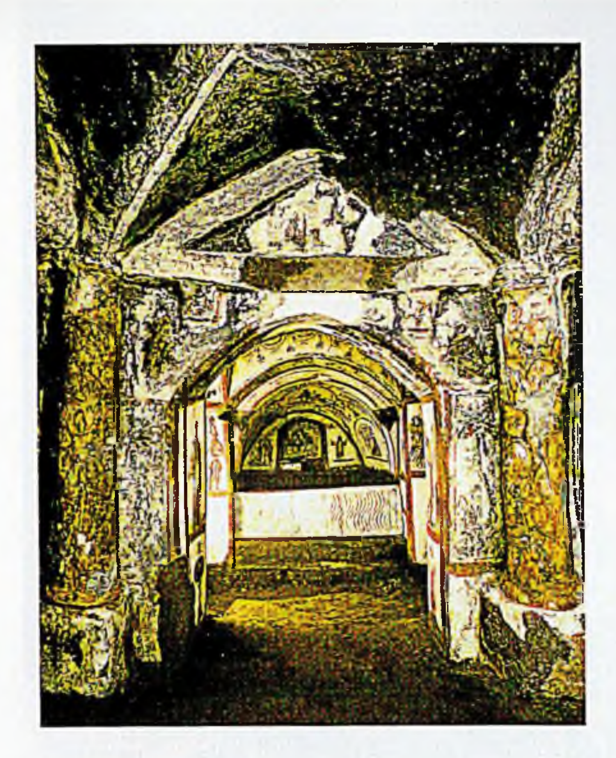
7 Detalle de la columna de Trajano

Se encuentra en el Foro de Trajano, cerca del Quirinal, al norte del Foro Romano Poseia una funcion triple señalar hasta donde llegaba el monte desplazado por el foro, cobijar las cenizas del Emperador y conmemorar la conquista de la Dacia como victoria de Trajano A diferencia de los relieves de la Columna de Marco Aurelio, en esta no se representan escenas de violencia y se trata al enemigo con respeto



8 Columna de Marco Aurelıo

Inspırada en la Columna Trajana, en esta se conmemoran las vıctorıas de Marco Aurelıo contra los germanos (171-172 d C) y los sarmatas (173-175 d C) Se ubıca en la Pıazza Colonna, frente al Palazzo Chıgı En orıgen, contaba con una estatua del Emperador Marco Aurelıo en la parte superıor, pero en el sıglo XVI el Papa Sıxto V ordeno retırarla para colocar en su lugar una estatua de San Pablo, que actualmente se conserva sobre la columna



9 Catacumbas

Sistema de tuneles subterraneos de toba que forman un laberinto En sus paredes se construyeron nichos rectangulares (en latin, loculos) de diferentes tamaños para los entierros Hasta la fecha, casi todos los nichos han sido abiertos y se encuentran vacios



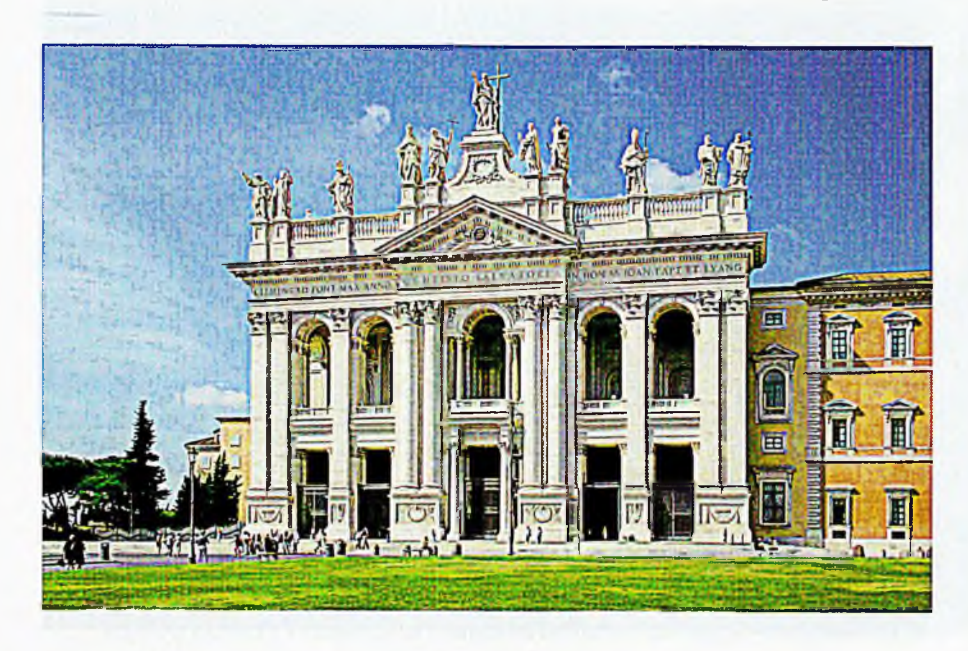
10 Basilica de San Pedro

Debe su nombre al primer papa de la historia, San Pedro, cuyo cuerpo esta enterrado en ella Su construccion comenzo en 1506 y finalizo en 1626, siendo consagrada el 18 de noviembre de ese mismo año



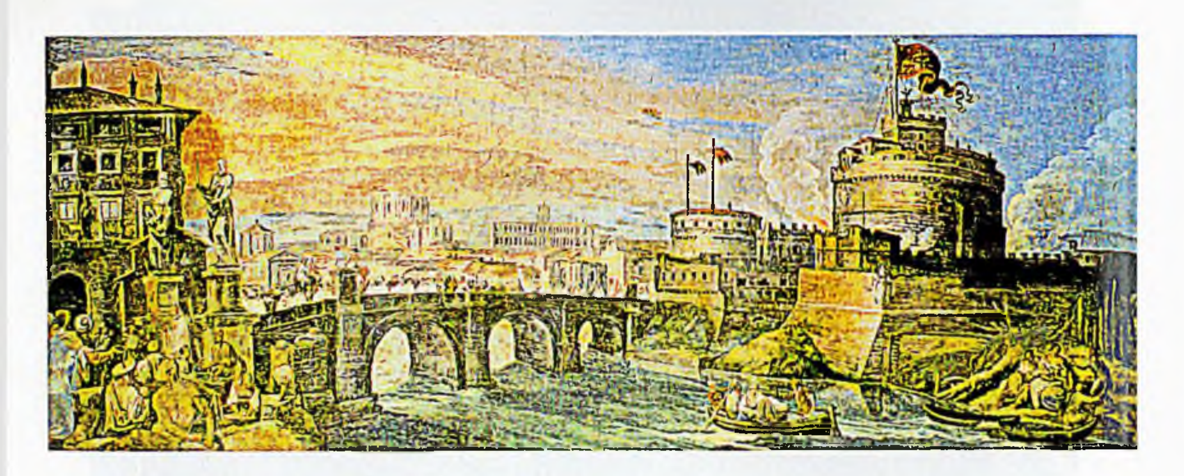
11 Panteon Romano

Fue el primer edificio clasico transformado en iglesia En el año 608, el emperador bizantino Focas se lo ofrecio al Papa Bonifacio IV De este modo, el antiguo templo dedicado “a todos los dioses de Roma” se convirtio en la iglesia de Santa Maria ad Martyres, dedicada a los martires de las persecuciones Una gran cantidad de huesos procedentes de todas las Catacumbas de Roma fue trasladada a esta nueva iglesia



12 Basilica de San Juan de Letran

Se trata de la iglesia mas antigua del mundo Cuando cesaron las persecuciones, a comienzos del siglo IV, el Emperador Constantino cedio al Papa el Palacio de Letran, para que fuera su residencia oficial



13 Castel Sant Angelo

Tambien conocido como Mausoleo de Adriano Monumento romano situado en la orilla derecha del rio Tiber, en frente del pons Aelius (actual puente de Sant'Angelo) Desde 1277, el castillo esta conectado con la Ciudad del Vaticano por un corredor fortificado, llamado Passetto, de unos 800 metros de longitud

14 Vista de San Pedro del Vaticano

Vista de la Plaza de San Pedro y Castell Sant Angelo Algunos papas se vieron obligados a pasar largos periodos de tiempo en Castell Sant Angelo, que sirvio de palacio ademas de fortaleza

CINCO

INFAMIA Y ANARQUÍA

Durante las invasiones lombardas se habían destruido los acueductos, saqueado las iglesias, abierto las catacumbas y robado gran cantidad de reliquias. El Tíber se había desbordado varias veces y, con la crecida, las aguas habían inundado los campos y las calles. El Papa Adriano I, aristócrata romano de nacimiento, había empleado una gran fuerza de trabajo en los campos y se había encargado de reparar los daños, restituir el suministro de agua, aumentar las prestaciones de la ciudad, reconstruir las murallas aurelianas y sus torres fortificadas, mejorar la agricultura en los vastos terrenos de la Iglesia y escombrar las catacumbas, de las que se sacaron vagones enteros de restos humanos para llevarlos a Roma, donde se volvieron a enterrar en suelo consagrado. Se restauraron numerosas iglesias y muchas se decoraron con ricos ornamentos, velos, cortinas y candelabros; y en San Pedro se cubrió el suelo con un pavimento plateado y se colocó una araña de más de mil luces.

Gracias a los generosos donativos de Carlomagno y al aumento de la riqueza de la Iglesia, el Papa León III, sacerdote romano de humilde cuna, pudo continuar la tarea que había iniciado su predecesor e incrementar las glorias de la ciudad, que de nuevo volvía a ser una capital imperial. En el palacio de Letrán se construyó un enorme refectorio que rivalizaba con el Salón de los Diecinueve Divanes del gran palacio de los emperadores de Constantinopla. Alrededor de San Pedro se levantaron unos muros defensivos que más tarde se conocerían como las murallas leoninas.[1] Su construcción comenzó con León III y acabó en el 854 con León IV. Este papa, también romano, consagró las murallas con agua bendita y oraciones ante los clérigos que, descalzos y con ceniza en el pelo, habían esperado su llegada ante los muros. En la época de Pascual I, también natural de Roma, ya era evidente la preocupación de los constructores de iglesias por hacer de la urbe una nueva ciudad imperial

que fuese un noble reflejo de los tiempos del Emperador Constantino (primeros años del cristianismo) y de la Roma de la Antigüedad clásica. Dicha intención es patente en la iglesia de Santa Práxedes[2] y la capilla adyacente de San Zenón,[3] ambas decoradas con magníficos mosaicos; así como en las espléndidas iglesias de los Cuatro Santos Coronados,[4] San Martino ai Monti,[5] Santa María la Nueva (hoy, Santa Francisca Romana),[6] Santa Maria in Domnica[7] y la reconstrucción de Santa Cecilia in Trastevere,[8] a la que se llevaron los restos de la virgen mártir que, según la tradición, después de haber sido sentenciada a morir asfixiada en el vapor de su propio cuarto de baño y luego por decapitación a manos de un soldado, sobrevivió a las torturas durante tres días, en los que muchos se convirtieron al oírle cantar himnos a la gloria de Dios.

Sin embargo, cuando el Papa León IV falleció en el 855, el breve resurgimiento carolingio de Roma estaba tocando a su fin. Ya hacía cuarenta años que Carlomagno había fallecido, y a sus sucesores se les estaba haciendo tan difícil su relación con Roma y el papado como a los romanos someterse al Imperio. Las desavenencias sobre autoridad del Papa y del Emperador no solo se agravaron a causa de las interferencias de las familias romanas influyentes, sino también porque las fuerzas imperiales no habían sido capaces de proteger Roma cuando los piratas sarracenos remontaron el Tíber en el 846 y sometieron a pillaje las basílicas de San Pedro y San Pablo Extramuros. Conforme se fueron degradando las relaciones entre la dinastía carolingia y el papado, aquellas familias ricas y sus partidarios fueron adquiriendo un poder tal que hasta conseguían nombrar y deponer papas a su voluntad, además de dirigirse al pueblo como lo habían hecho los patricios del pasado. Teofilacto, uno de los aristócratas más ricos y dominantes de la ciudad, asumió el poder en Roma a principios del siglo x, cuando además de hacerse nombrar senador y cónsul, se proclamó autoridad máxima, por encima del papado y del pueblo. Su hija Marozia se casó con el Príncipe Alberico de Spoleto; y su hijo, Alberico el Joven, gobernó Roma durante veinte años como *Princeps atque omnium Romanorum Senator*. En su lecho de muerte, en el 954, dispuso todo lo necesario para que su hijo, un joven disoluto de dieciocho años que se había bautizado con el nombre de Octaviano por el Emperador romano, fuera elegido papa como Juan XII.

El pontificado de Juan XII fue desastroso. Convocó en Roma al Rey Otón I, que en aquel momento se encontraba en Alemania, y le pidió que le apoyara contra Berenguer, que dominaba el norte de Italia. Para ello, cuando Otón I llegó a Roma, Juan XII le coronó con el título de

Emperador de San Pedro. Pero se arrepintió enseguida, de forma que en cuanto Otón I se marchó de la ciudad, Juan XII comenzó a hacer una serie de pactos con Berenguer. Al enterarse, Otón I volvió a Roma, depuso a Juan XII y nombró a un laico en su lugar, el Papa León VIII. De este modo, Otón I quiso dejarles bien claro a todos los romanos que dispondría de su ciudad y del papado a su antojo. La aristocracia romana, profundamente resentida, pues hasta entonces había considerado el papado como un bien de su propiedad, se negó a someterse y, solicitando el apoyo del pueblo, se sublevó repetidas veces.

La primera de estas revueltas estalló en enero del año 964. Cuando sonaron los carillones, los romanos tomaron las armas y atacaron las fuerzas de Otón I que se encontraban en el Borgo, el área que circundaban las murallas leoninas más allá del río. Pero los romanos fueron derrotados y tuvieron que huir al Castel Sant'Angelo, donde los opresores, después de abrirse paso entre las barricadas, les habrían masacrado de no haber sido por la intervención del Emperador. Al día siguiente, los cabecillas de la rebelión se presentaron ante Otón I para pedir clemencia. El Emperador, tras humillarles y obligarles a jurar fidelidad al Papa León VIII y a él, retuvo a cien prisioneros y dejó marchar al resto. En palabras de Ferdinand Gregorovius: «Otón indignó al pueblo y dejó al Papa como un cordero en medio de lobos. Aborreciendo al extranjero por el que ya sentían un gran rencor, los romanos, que habían sido reprimidos por la fuerza, en cuanto vieron libres a los prisioneros y al Emperador a distancia, no dudaron en dar rienda suelta a sus deseos de venganza».

Volvieron a llamar al papa depuesto, que se presentó en la ciudad con una hueste de seguidores y vasallos a fin de destronar a su rival. Después de excomulgar a León VIII, Juan XII se vengó de los sacerdotes que le habían apoyado: el primero fue azotado; el segundo perdió una mano; y al tercero le arrancaron dos dedos, la nariz y la lengua. Sin duda habría ordenado más castigos, pero murió asesinado el 14 de mayo, según se dijo, a manos del marido de su amante.

Sin tener en cuenta al Emperador al que habían jurado fidelidad, los romanos sustituyeron a León VIII por el erudito Benedicto V. Ante tan impertinente osadía, Otón I montó en cólera y volvió a emprender el camino hacia Roma para asegurar la readmisión de su candidato, León VIII. El ejército imperial se presentó ante las murallas de la ciudad a principios de junio y Otón I solicitó perentoriamente la rendición de Benedicto V, que fue inmediatamente rechazada, lo que dio pie al primer

ataque contra la ciudad. Al principio la resistencia se mostró tenaz, e incluso logró convencer a Benedicto V para que subiera a las murallas con el fin de animar a los defensores con su presencia. Pero se declaró la peste en la ciudad, y los alimentos empezaron a escasear. Las puertas se abrieron el 23 de junio. Benedicto V fue arrestado y, después de que León VIII le arrancara las vestiduras, cortaron su palio y el báculo papal por la mitad, y le sentenciaron al exilio perpetuo. Los que habían encabezado la revuelta volvieron a jurar obediencia al Emperador al lado de la tumba de San Pedro y se comprometieron a no interferir jamás en las elecciones papales.

Por el momento, no hubo ulteriores puniciones. Sin embargo, cuando murió León VIII y el Emperador nombró a Juan XIII como su sucesor, los romanos se rebelaron una vez más. Y esta vez el Emperador no tuvo piedad. Deportó a Alemania a varios cabecillas del pueblo que habían asumido el título de cónsules; se ahorcó (o dejaron ciegos, según el caso) a doce decuriones, que era el título que tenían los representantes de los distritos municipales o *rioni* en los que se dividía la ciudad a principios del Medioevo;[9] y el Emperador entregó el prefecto de la ciudad al Papa Juan XIII. Cumpliendo las órdenes del Papa, le colgaron por el pelo de la estatua ecuestre de Marco Aurelio, le desnudaron y le montaron sobre un burro mirando hacia atrás; le obligaron a coger la cola del burro, de la que colgaba una campana a modo de riendas, y así le pasearon por las calles, con un saco de plumas en la cabeza y otros sacos atados a los muslos, antes de desterrarle al otro lado de los Alpes. Los cuerpos de dos rebeldes romanos que habían muerto en la ciudad, fueron desenterrados y arrojados por encima de las murallas.

Más que subyugarlos, estas humillaciones enfurecieron a los romanos. Y durante el resto de la centuria, y bien entrada la siguiente, los tumultos y la violencia continuaron sin tregua, al tiempo que el papado se veía acosado por los reiterados escándalos y la rivalidad de los antipapas. Incluso hubo un papa, Esteban VI, que llegó a ordenar la exhumación del cuerpo del Papa Formoso, uno de sus predecesores que le había ofendido. Sacaron el cadáver, le revistieron con las vestiduras papales, le sentaron en el trono y le juzgaron. Una vez declarado culpable de todas las ofensas que se le imputaban, le arrancaron las vestiduras, le cortaron los tres dedos con los que impartía las bendiciones y tiraron al Tiber los despojos de su cuerpo. A los pocos meses, el Papa que había presidido el macabro tribunal fue encarcelado y estrangulado. A su sucesor le destituyeron brutalmente, al siguiente le asesinaron, y para el

año 904, cuando ejecutaron al antipapa Cristóbal, que había asesinado a su predecesor, León V, ya se habían sucedido ocho papas en otros tantos años. Para entonces ya era costumbre que los servidores de los pontífices fallecidos o destituidos, junto con todo el populacho que lograran reunir, invadieran las habitaciones privadas y las salas públicas del palacio de Letrán y se llevaran todo lo que cayera en sus manos, ya fuera ropa, colgantes, muebles, cuadros, dinero, oro o plata. De todas formas, el palacio volvía a llenarse enseguida de tesoros, ya que eran muy pocos los papas que no encontraban la forma de enriquecerse. Al igual que eran cada vez menos los prelados cuya vida no transcurría en lo que Gregorovius describió como «suntuosas moradas resplandecientes de oro, púrpura y terciopelo».

> Cenaban como príncipes en vasijas de oro. Saboreaban a sorbos el vino en sus costosos cálices o botas con forma de cuerno. En las basílicas se acumulaba el polvo, mientras que en sus copas resplandecían ricos ornatos. Como en el banquete de Trimalción, sus sentidos se complacían con los espectáculos de jóvenes bailarinas y las *sinfonías* de los músicos. Descansaban en almohadas de seda y camas con incrustaciones de oro, entre los brazos de sus amantes, dejando que sus vasallos, siervos y esclavos se ocuparan de las exigencias de la Corte. Jugaban a los dados, cazaban y salían a disparar con arcos y flechas. Después de celebrar la santa misa, abandonaban el altar con espuelas en los tobillos y dagas en las caderas para ir a montar sus caballos, adornados con bridas de oro, y echar a volar los halcones. Viajaban rodeados de ciénagas que sobrevolaban enjambres de insectos, y se desplazaban en carruajes más lujosos que los que ningún rey se habría atrevido a poseer.

La muerte del Papa Juan XIII en 972 y la de su protector, el Emperador Otón I, al año siguiente, no comportó el fin de la enemistad entre los ciudadanos romanos y los imperialistas alemanes. El sucesor de Juan XIII fue el candidato imperial Benedicto VI. Dicho nombramiento provocó una insurrección organizada por la familia romana Crescenzi. Benedicto VI fue arrestado y hecho prisionero en el Castel Sant'Angelo, donde fue estrangulado en el 974; y, en su lugar, la familia Crescenzi nombró a un romano, Bonifacio VII. Acto seguido, el joven heredero del Emperador, Otón II, desterró al antipapa Bonifacio VII y nombró papa a Benedicto VII. Los romanos, guiados por la familia Crescenzi, siguieron en discordia con los sucesivos emperadores. Otón II murió en

el 983, y dado que su heredero, Otón III, tan solo contaba con tres años de edad, por temor a una posible usurpación del trono, Bonifacio VII pensó que lo mejor sería regresar de Constantinopla, hacia donde había escapado con el tesoro papal. Al llegar a Roma, hizo apresar al sucesor del Papa Benedicto VII, Juan XIV, que fue arrestado y encarcelado, y murió de hambre, o tal vez envenenado. Luego mataron a Bonifacio VII por ser tan voluble, y tiraron su cuerpo bajo la estatua de Marco Aurelio. Así que todo siguió igual. El sucesor del antipapa Bonifacio VII fue un romano enemigo de los Crescenzi al que sucedió Gregorio V, de pura descendencia germana. Pero los Crescenzi y sus seguidores le expulsaron de Roma y le ofrecieron la tiara papal a un griego muy rico que, a cambio de una gran cantidad de dinero, la aceptó y se convirtió en el antipapa Juan XVI. Tan pronto como estos agravios llegaron a oídos de las autoridades imperiales, Otón III, que ya había cumplido diecisiete años, partió hacia Roma al frente de sus tropas y descubrió el lugar en que se había escondido el antipapa en la Campagna. Siguiendo sus órdenes, los hombres de Otón III le cortaron la lengua, la nariz y las orejas, y le arrancaron los ojos. Luego le llevaron a Roma y le encerraron en la celda de un monasterio hasta su muerte. El Emperador entonces marchó hacia el Castel Sant'Angelo, donde los romanos seguían resistiendo. Asaltó el castillo y capturó al cabeza de la familia Crescenzi. Después de arrancarle los ojos y mutilarle los miembros, ordenó que le arrastraran por las calles de la ciudad sobre una piel de vaca, que le decapitaran en las almenas y que mostraran al pueblo su cadáver en el patíbulo de Monte Mario, al lado de los cuerpos de otros cabecillas romanos que habían participado en la revuelta.

«¡Pobre Roma! —se lamentaba un monje historiador de aquella época—. ¡Pisoteada y oprimida por tantas naciones! Te han sometido; con la espada dominan a tu pueblo, cuya fuerza se ha quedado reducida a la nada... Fuiste tan hermosa... Pero hoy tus enemigos te saquean y te roban el oro y la plata... ¡Te despojan de todo lo que has tenido!».

Y aún tendrían que llegar tiempos peores. En Roma, el poder pasó de los Crescenzi a otra familia influyente, cuyos territorios observaban la ciudad desde lo alto del Tusculum. En 1032, los Tuscolani, de cuya familia ya habían salido varios pontífices, se encargaron de arreglarlo todo de tal forma que, pese a ser todavía un niño, saliera elegido uno de sus parientes: el Papa Benedicto IX. Y esta vez el papado tocó fondo. Dando muestras de una degradación moral absoluta, el joven papa vivía como un sultán turco en el palacio de Letrán, mientras su hermano se ocupaba

de gobernar la ciudad como un «senador de los romanos». Según Gregorovius, que no parece haber exagerado indebidamente sus hediondos relatos, una oleada de rapiñas y asesinatos se extendió por Roma a causa de esta familia: «Toda actividad lícita había cesado en la ciudad [...]. Tan solo un tenue rayo de luz iluminaba los días en que el vicario de Cristo era un papa... más depravado que Heliogábalo. Débilmente vimos a los líderes de Roma conspirar para estrangular al joven delincuente en el altar de la fiesta de los apóstoles, hasta que el terror, tal vez causado por un eclipse de Sol, permitió que Benedicto escapara».

En 1044, una nueva conspiración para deshacerse de Benedicto IX obtuvo mejores resultados. Pero el antipapa que a base de sobornos se abrió paso hacia la sucesión, apenas representó ninguna mejoría. Terriblemente mundano y corrupto, se decía que estaba más cerca de Satán que de Cristo, que invocaba a los demonios en los bosques, que atraía a las mujeres a su lecho por medio de sortilegios y que conjuraba a los demonios con la ayuda de los libros de magia que más tarde se encontraron en Letrán. No llegó a ocupar el palacio ni dos meses. Expulsado por los Tuscolani, buscó refugio en los montes Sabinos; y Benedicto IX volvió al palacio, pero solo para venderle el título a su padrino.

A estas alturas, el papado parecía estar al borde del abismo. Pero, al igual que en otros momentos de grave peligro, siempre ha habido un hombre capaz de salvarlo. En esta ocasión el salvador sería un monje cluniacense, completamente desconocido, del monasterio de Santa Maria in Aventino.

Hildebrando, hijo de un bracero toscano, había dejado el monasterio para continuar sus estudios en la Schola Cantorum de Letrán, donde, gracias a su carácter, se ganó las simpatías de uno de sus preceptores, el futuro Papa Gregorio VI, que le admitió en su servicio. Con el paso del tiempo, llegó a trabajar para León IX y Alejandro II, dos papas que a mediados del siglo XI dedicaron todos sus esfuerzos a la reforma de la Iglesia medieval. El movimiento reformista ya había comenzado en los monasterios de Francia y del norte de Italia, desde donde se habían atacado con decisión todos los abusos cometidos por la Iglesia, desde la venta de dignidades eclesiásticas, hasta el concubinato del clero. Luego los reformistas ampliaron su programa, pidiendo la autonomía política y el derecho de la Iglesia a ser la única responsable, sin ningún tipo de interferencia extranjera, de elegir a los papas e investir a sus obispos.

Como consejero del Papa, a Hildebrando se le identificó rápidamente con la formulación de las peticiones de la Iglesia, y en 1073 fue elegido con gran ovación para que sucediera a su antiguo maestro, Alejandro II, con el nombre de Gregorio VII. Con su carácter austero y tenaz, Gregorio VII estaba firmemente determinado a sostener el impulso del movimiento reformista. Enfatizando la necesidad de una renovación eclesiástica y espiritual, dejó bien claro que no toleraría ningún tipo de oposición que pudiera presentarse ni de parte del Emperador, ni de la aristocracia romana. Y enseguida tuvo problemas con los dos. La Navidad de 1075, mientras celebraba la misa de medianoche en la cripta de Santa María la Mayor, se oyeron los gritos y el estruendo de las armas, y un puñado de hombres irrumpieron armados en la iglesia, blandiendo sus espadas. Uno de ellos agarró al Papa por el pelo y, herido, le apartó a rastras del altar, le montó en un caballo y se lo llevó al galope por los oscuros callejones hasta una torre fortificada que pertenecía a un noble, Cencio de Prefecto. La ciudad se sublevó inmediatamente. Resonaron todas las campanas de alarma, los soldados atrancaron las puertas, muchos hombres desfilaron con antorchas por los *rioni* y los sacerdotes velaron los altares. Al día siguiente, cuando se supo que el Papa estaba prisionero, el pueblo apedreó la torre de Cencio y el prisionero fue liberado. Gregorio VII volvió inmediatamente a Santa María la Mayor para terminar la misa que le habían obligado a interrumpir.

El Papa, lejos de dejarse intimidar por lo sucedido, exigió con más tesón que nunca una Iglesia poderosa e independiente, y hasta llegó a afirmar que el Papa no solo podía invalidar concilios y deponer obispos, sino que también tenía derecho a deponer emperadores y a vestir el manto púrpura como signo de rango imperial, así como una tiara papal alta, que simbolizaba su gobierno del mundo entero por designio divino. Como era de esperar, estas afirmaciones ofendieron al emperador alemán Enrique IV, quien, denominándose a sí mismo «Emperador por la gracia de Dios», se refirió a Gregorio VII como a un «falso monje» que había «dejado de ser papa». La respuesta de Gregorio VII fue inmediata. Excomulgó a Enrique IV y le declaró destronado. La bula de excomunión fue realmente eficaz, ya que le privó de todo tipo de apoyo al norte de los Alpes, lo que le obligó a vestirse de penitente y dirigirse hacia el sur para rogar el perdón del Papa y suplicarle que volviera a admitirle en la Iglesia. Al saber que Enrique se acercaba, pero sin saber aún con qué propósito, el Papa, que iba de camino a Alemania para una conferencia a la que debía asistir en Augsburgo, se retiró al castillo de Canossa, la

residencia fortificada de una de sus seguidoras, la Condesa de Toscana. A los pies de las triples filas de murallas de la fortaleza, el Emperador siguió suplicando el perdón, vestido de penitente, durante los tres gélidos días de enero en los que el Papa le dejó esperando. Hasta que por fin se abrieron las puertas del castillo y Enrique, tras recibir la absolución, no tuvo más remedio que entregar la corona al Papa y aceptar que seguiría siendo un súbdito hasta que se hiciera pública la decisión de un consejo establecido a tal efecto y que, en caso de volver a recibir la corona, tendría que jurar obediencia a los deseos del Santo Padre.

Sin embargo, esta humillante rendición no duraría mucho. En virtud de la absolución recibida, Enrique se consideró de nuevo el legítimo rey de Alemania, con toda la autoridad que este título le confería. Y las disputas volvieron a florecer. Enrique IV, destronado y excomulgado por segunda vez, se negó a aceptar el veredicto, de modo que marchó hacia el sur y sitió la ciudad de Roma. Convenció a los obispos alemanes para que depusieran a Gregorio VII y le reemplazaran por el Arzobispo de Rávena, que se convirtió en Clemente III. Acosado por los alemanes, Gregorio VII solicitó el apoyo de Roberto Guiscard, el Duque normando de Apulia y Calabria, y se preparó para la guerra.

Una guerra que a Roma le costaría muy cara. En junio de 1083, las tropas de Enrique IV asaltaron las murallas leoninas y, tras una dura batalla, tomó posesión de San Pedro. Gregorio VII ocupó el Castel Sant'Angelo y, desde el baluarte, consiguió evitar que los alemanes cruzaran el Tiber para entrar en la ciudad. Pero en los meses que siguieron, el Papa perdió el favor de los romanos, que, hastiados de aquella guerra y de ver cómo ambas facciones destrozaban sus hogares, abrieron las puertas de las murallas. Así, el 21 de marzo de 1084, varios regimientos alemanes cruzaron la Porta San Giovanni y tomaron el palacio de Letrán, en el que Enrique IV se instaló con su antipapa, Clemente III, que luego le coronó en San Pedro. Gregorio VII, que todavía resistía en el Castel Sant'Angelo, se negó a doblegarse, y una gran cantidad de familias romanas y sus vasallos —entre ellas, la familia Corsi y los Pierleoni—, siguieron brindándole su apoyo contra el intruso extranjero. E igualmente hicieron los normandos a las órdenes de Roberto Guiscard.

Pero los invasores lograron tomar las mansiones de los Corsi y los Pierleoni; y el sobrino de Gregorio VII, Rusticus, pese a luchar con valentía, perdió el Septizonium,[10] el palacio con columnata que Septimio Severo se había hecho construir en el Palatino. Llegados a este punto, los normandos se pusieron en camino, acompañados por varias huestes

de rapaces campesinos calabreses y miles de sarracenos sicilianos, dispuestos a acudir en ayuda de Gregorio VII en el Castel Sant'Angelo. Al saber que la caterva que se acercaba superaba con mucho el número de sus soldados, el Emperador se apresuró a escapar con sus tropas por Via Flaminia, llevándose a su antipapa con él. Una semana más tarde, la vanguardia de Roberto Guiscard entró por la Porta Flaminia, cruzó el Campo de Marte y llegó hasta el Castel Sant'Angelo, venciendo la resistencia de los pocos romanos que aún apoyaban al Emperador. Una vez liberado el Papa, al que escoltaron hasta el palacio de Letrán, sometieron la ciudad a un saqueo que duraría varios días.

Los romanos superaron sus diferencias e intentaron defenderse del nuevo enemigo común, pero este aplastó a sus cabecillas sin piedad. Los que intentaron huir fueron castigados, para ser liberados tan solo a cambio de un generoso rescate. Las casas fueron saqueadas e incendiadas. Las crónicas medievales describen terribles escenas de capturas, violaciones, robos y asesinatos, y de áreas enormes de la ciudad que se perdieron a causa de los incendios. Y aunque hayamos de atemperar la angustiada exageración y fantasía con la que los monjes nos refirieron tales desastres, la realidad habla, y horroriza, por sí sola. Hombres, mujeres y niños fueron sometidos a cautividad y esclavitud con cuerdas al cuello; muchas iglesias cayeron en ruinas y otras, como las de los Cuatro Santos Coronados, San Clemente, San Silvestro y San Lorenzo in Lucina, quedaron consumidas por el fuego. Barrios enteros de las zonas más pobladas de la ciudad se redujeron a escombros, muchos monumentos no volverían a recuperarse, y si algo escapó a la rapiña fue porque los asaltantes anteriores habían dejado tan poca cosa que ni siquiera valía la pena volver a saquearlo.

El Papa Gregorio VII, ahora odiado por los romanos, que le culpaban de sus males, se retiró, agotado, con sus libertadores. Y aunque no perdió su amplitud de miras, jamás llegó a recuperarse de aquella terrible experiencia y a los pocos meses, el 25 de marzo de 1085, falleció en Salerno.

Durante el siglo siguiente, Roma siguió siendo un campo de batalla cada vez que los papas luchaban contra los antipapas o los seguidores del papado atacaban a los partidarios del Emperador; y ambas facciones contrataban mercenarios y sobornaban a los seguidores y vasallos de sus adversarios. Se secuestró repetidamente a los papas, o se les negó la entrada en la ciudad, como a Urbano II, que le expulsaron, y a Pascual II, al que el Emperador Enrique IV obligó a huir para salvar la vida, al igual que le

ocurrió a Gelasio II. Las discrepancias sobre las relaciones entre el poder temporal y el espiritual hacían montar en cólera a unos y a otros. Y si bien de vez en cuando el énfasis cambiaba, hasta que una vez incluso pareció resolverse gracias al acuerdo conocido como Concordato de Worms, en virtud del cual el Papa Calixto II y el Emperador Enrique V llegaron a un frágil compromiso sobre la investidura de obispos y abades, todos los pactos volvían a saltar en mil pedazos, en una desavenencia cada vez más intensa y complicada, cada vez que se nombraba el eterno concepto de Roma como «reina de todas las ciudades» o «cabeza del mundo», y por el rechazo del pueblo romano, que no estaba dispuesto a permitir que ni un papa, ni un emperador se inmiscuyera en sus asuntos.

Durante mucho tiempo, los romanos habían estado dominados por las familias cuyos castillos o bastiones, casi todos construidos en antiguos monumentos, se alzaban sobre los tejados de los barrios o *rioni* de la ciudad. Entre ellas destacaban los apellidos Corsi, Crescenzi, Pierleoni, Tuscolani, Frangipani, Colonna, Normanni, Papareschi, Tebaldi, Savelli, Caetani, Annibaldi y Orsini. Eran todas familias ricas, muchas afirmaban ser descendientes directos de las grandes familias patricias de la Roma imperial, y algunas ya habían provisto candidatos al papado o estaban a punto de presentarles: así, por ejemplo, Inocencio II era un Papareschi; Anacleto II, un Pierleoni; y Clemente III, un Orsini. Sin embargo, estas familias habían dejado de ser la única autoridad indiscutible en los *rioni*, ya que en la sociedad romana estaba emergiendo una nueva clase social compuesta por trabajadores y artesanos, ahora divididos en gremios de banqueros, comerciantes, juristas, bajo clero y empleados de la administración de la Iglesia. Y en gran medida se debió a la creciente influencia de estos gremios, la insurrección que tuvo lugar en 1143, durante el pontificado del papa Papareschi, Inocencio II, cuando el pueblo romano se sublevó, exigió el destierro de todos los nobles de la ciudad, saqueó sus residencias y las de los cardenales, y proclamó la creación de una República, la restauración del Senado y el nombramiento de un jefe de Gobierno con el título de patricio. Poco después, cuando llegó a Roma Arnaldo da Brescia, el Senado, espoleado por este reformador religioso, austero y radical, exigió que el Papa entregara el poder al patricio y que sus ingresos se limitaran a los diezmos y donativos con que se satisfacía a los sacerdotes romanos en el remoto pasado.

En el punto culminante de la disputa entre el Senado y el papado, falleció Inocencio II. Su sucesor, Celestino II, incapaz de llegar a un

acuerdo con los republicanos, también murió a los cinco meses. Lucio II, igualmente fracasado, decidió suprimirles por la fuerza, de modo que lanzó un ataque contra sus fortalezas del Capitolio, y parece ser que durante el asalto resultó gravemente herido al caerle una piedra en la cabeza, por lo que murió como sus predecesores, sin haber resuelto las discrepancias con el Senado. Así, le llegó el turno a Eugenio III, el primer papa cisterciense. Pero el reformador patricio Arnaldo da Brescia le declaró «un hombre sanguinario» cuya Curia era «un antro de ladrones»; y con el apoyo de los inflexibles senadores republicanos, le prohibió entrar en San Pedro para su consagración y, en febrero de 1145, cuando el Papa se negó a renunciar al poder civil, le expulsó de Roma. Eugenio III se dirigió a Viterbo, donde reunió a sus tropas a fin de eliminar la República. No obstante, ambas partes estaban ya agotadas de la lucha y dispuestas a llegar a un compromiso. Los republicanos aprobaron la destitución del patricio y el Papa consintió en reconocer la República.

Pero era un compromiso insatisfactorio que no podía durar. Así pues, las disputas, que ocasionalmente desembocaban en violencia, continuaron otros cuarenta años, en los que ambas partes imploraron la ayuda de los alemanes, hasta que el Emperador decidió apoyar al Papa, arrancando el problema de raíz al unirse a él contra las pretensiones de los ciudadanos romanos. Por fin, en 1188, el Papa Clemente III, natural de Roma, llegó a la solución definitiva. El Papa accedió a reconocer la ciudad como un municipio con derecho a declarar la guerra y firmar la paz, y a nombrar senadores y a un prefecto, al tiempo que consentía en destinar una parte del ingreso papal al mantenimiento de las murallas y al pago de los cargos públicos; a cambio, los senadores, que pertenecían a familias que se codeaban con otras de menor nobleza, juraron lealtad al Papa, le reconocieron el poder temporal y le restituyeron las propiedades de la Iglesia que habían tomado durante las insurrecciones. A partir de entonces, toda vez que las aspiraciones de los ciudadanos se habían satisfecho casi por completo, los papas fueron recuperando y extendiendo gradualmente la influencia de la que habían gozado en los días de Gregorio Magno. Bajo el pontificado de Inocencio III y su sucesor, Honorio III, desde 1198 hasta 1227, el papado medieval, que por primera vez era señor absoluto de sus propios asuntos y no tenía que defenderse de las reclamaciones del Imperio germano, se convirtió en la principal autoridad espiritual de Europa y, por tanto, en una fuerza que había que respetar en la política europea e internacional. Pese a las recurrentes crisis morales, la Iglesia se transformó en la fuerza dominante de Europa occidental.

Una vez recobrada la estabilidad en la ciudad, los papas dirigieron su atención a la recuperación material. En la difícil centuria anterior, la construcción de iglesias no se había detenido del todo. Durante las primeras décadas se había completado el proceso de decoración de algunas iglesias, como las de los Cuatro Santos Coronados, San Clemente,[11] Santa Maria in Trastevere,[12] San Bartolomé en la Isla Tiberina[13] y San Crisógono,[14] al tiempo que se habían reconstruido otras, algunas con altos campanarios, como la de Santa Maria in Cosmedin. Más tarde se consagraron San Juan ante Portam Latinam[15] y la iglesia de los Santos Bonifacio y Alejo.[16] Y hacia finales de siglo comenzaron las obras de la enorme basílica de San Lorenzo Extramuros. No obstante, a Inocencio III le preocupaba más la arquitectura secular que la eclesiástica, de modo que renovó el palacio de Letrán y dio inicio a la construcción de una gran mansión fortificada para el papado en el lugar que hoy ocupa el Vaticano.[17] Con la ayuda de su hermano Ricardo, levantó una torre inmensa, Tor de Conti, cerca del Foro de Nerva, como fortificación para esta zona de la ciudad;[18] y en un intento por justificar sus muestras de orgullo y extravagancia, encargó la edificación del Santo Spirito in Sassia,[19] un hospital y hospicio que dotó de fondos para dedicarlo a los peregrinos pobres que residían en el Borgo, a la otra orilla del río, entre San Pedro y el Castel Sant'Angelo.

Para entonces, la parte de Roma que quedaba dentro de las murallas leoninas estaba tan atestada de edificios como los *rioni* de la otra parte del río. En ella vivían ya unos treinta y cinco mil habitantes. Alrededor de San Pedro, como la calamita de la Cristiandad, se apiñaban varios monasterios, pequeñas iglesias y oratorios, casas del clero, celdas de ermitas, pensiones, tabernas, un hospicio, un orfanato, un asilo, una casa para prostitutas penitentes y todo tipo de tiendas, que hacían de la *Civitas Leonina* una ciudad por derecho propio, como un municipio aparte y separado de Roma, *regina urbium*. Los cambistas se agolpaban a los pies de los muros de la basílica anunciando a voz en grito a cuánto estaba el cambio mientras removían las monedas sobre sus mesas. Delante de sus tenderetes, esperando de pie o pregonando los precios, estaban los vendedores de velas, recuerdos, pequeñas reliquias, rosarios, símbolos, frascos de óleo y agua bendita, tiras de lino que habían rozado la tumba de San Lorenzo y flores secas que habían crecido cerca de la tumba de San Sebastián. Muchos vendían paja para los camastros, los zapateros reparaban las suelas desgarradas de los peregrinos, los pescaderos y fruteros alzaban sus voces por encima del barullo de la multitud,

y los libreros, que les alquilaban el espacio a los canónigos, ofrecían su mercancía dentro de la basílica, donde los mendigos y futuros guías de la ciudad vagaban en busca de almas caritativas, crédulos y curiosos.

Por debajo del Ponte Sant'Angelo, el Tíber seguía su curso. Los bordes siempre estaban atestados de baldes, redes y cubos de pesca; y mientras todo tipo de recipientes y antiguos coladores de grano y harina flotaban por la superficie, los portadores de agua sumergían sus cubos en la orilla. Un poco más allá, por los oscuros y estrechos callejones, pasados los escalones exteriores de las apretujadas viviendas, por debajo de los salientes de los balcones y de los arcos de ladrillo que apenas tenían altura suficiente para dejar pasar a una mujer con un bulto atado a la cabeza, los romanos vagaban sin rumbo, a base de codazos y empellones, sorteando lo mejor que podían las bestias de carga y los fardos de los porteadores, pisando la basura y los excrementos del suelo que sobresalían entre los adoquines, y saltando los charcos de sangre y agua sucia que rebosaba de los cubos de los carniceros o que los pellejeros arrojaban a la calle desoyendo las ordenanzas municipales. A ambos lados del Tíber, las casas estaban construidas con ladrillos y otros materiales que se habían robado de las ruinas de los antiguos monumentos, y los tejados eran de adobe y guijarros, o la mayoría de las veces, de paja. Sus ocupantes solían pasarse casi todo el día en la calle, sentados delante de las puertas o en los pequeños escalones exteriores del portal, mientras hacían algún trabajo artesanal, cocinaban, lavaban la ropa o charlaban entre ellos, olvidando el familiar ajetreo que reinaba a su alrededor. Sobre ellos se alzaban los numerosos *campanili* y las torres fortificadas de las mansiones de los ricos, que descollaban, amenazantes, sobre cada uno de los *rioni*, agrupadas muy cerca unas de otras en las cimas del Esquilino, el Celio y el Aventino. A mano quedaban los mercados: el de la carne en el Teatro de Marcelo, el del pescado en Sant'Angelo in Pescheria[20] y el general en el Capitolio. Y tras ellos, hacia el este, el norte y el sur, se extendía el *disabitato*, la extensa llanura de tierras, campos, viñas, granjas, ruinas, pastos y maleza que seguía su curso entre algunas zonas edificadas hacia las murallas aurelianas. En el extremo, todavía dentro de las mismas, las casas eran más espaciosas, con jardines llenos de higueras y viñas que ofrecían su sombra, como un mundo aparte, alejado de las atestadas viviendas que se apiñaban en las oscuras y sucias calles de Trastevere. Y a cierta distancia, hacia el oeste, muy cerca de la Porta San Giovanni, estaba el grupo de edificios que vivía a la sombra del renovado Letrán.

Muchos de los monumentos de la Roma imperial terminaban por desmoronarse ante la aparente indiferencia de los romanos, lo que suponía una tentadora invitación a los príncipes extranjeros, obispos y demás visitantes ricos que llegaban a la ciudad ávidos de interesantes piezas de colección, como fue el caso del hermanastro del Rey Enrique IV de Inglaterra, que en 1430 visitó Roma en calidad de Obispo de Winchester. Sin embargo, también había monumentos que los papas habían preservado de las ruinas entregándoselos a las distintas iglesias o a ciertos particulares, como el arco triunfal de Septimio Severo, que se había repartido entre dos propietarios; uno de ellos era la iglesia de los Santos Sergio y Baco, cuyos párrocos construyeron dentro del arco y sobre él.[21] Por su parte, los Frangipani se habían encargado de dar una relativa protección a los arcos de Tito y Constantino, convirtiéndolos en bastiones. Esta misma familia también había construido toda una serie de torres almenadas alrededor del Circo Máximo.

Con todo, pese a la despreocupación con que los romanos trataban la mayor parte de su legado, a ningún visitante de la ciudad se le escapaba la gran influencia que la Roma antigua había tenido sobre la medieval; y a pesar de los expolios y dejadez a los que había sido sometida, también sabían distinguir y apreciar los vestigios de la Roma imperial. Una famosa guía, *Mirabilia*, que escribió un canónigo de San Pedro por aquellos días, no solo orientaba la atención del viajero hacia los tesoros cristianos de la ciudad, sino también, con respeto y maravilla, hacia sus antigüedades paganas. Muchas de ellas se hallaban fuera del palacio de Letrán, donde, al lado de numerosos bronces clásicos, hoy imposibles de identificar, se podía admirar la estatua ecuestre de Marco Aurelio; la cabeza y la mano de la colosal imagen de Constantino, colocada sobre altas columnas;[22] una losa de bronce en la que se leía parte de la inscripción del decreto por el que el pueblo de Roma transfirió la autoridad imperial de Augusto a Vespasiano;[23] la estatua de bronce de un niño que se saca una espina del pie;[24] y la estatua de la loba que fue símbolo del nacimiento de Roma, que había sido alcanzada por un rayo en el año 65 a. C., cuando estaba en el Capitolio.[25] Y aunque muchos monumentos antiguos se hubieran usado como cantera y partes de otros —incluso estatuas enteras— se hubieran tirado a los hornos de cal, la Iglesia y el Senado habían conseguido proteger muchas antigüedades, evitando daños mayores o la expropiación. El Senado se había encargado de salvaguardar la Columna de Trajano mediante un decreto que rezaba así: «Jamás será mutilada ni destruida, permanecerá tal y como está para el

honor del pueblo romano hasta el fin de los tiempos. Quienquiera que ose dañarla será castigado con la pena de muerte y sus bienes pasarán al Tesoro». De igual modo, los monjes de San Silvestro in Capite,[26] que habían adquirido la Columna de Marco Aurelio, declararon: «Quienquiera que se lleve la columna de nuestro convento por la fuerza, será eternamente condenado como expoliador del Templo, y sobre él recaerá el anatema eterno. Amén».

También se repararon y volvieron a erigir otros monumentos que habían caído en ruinas, como el obelisco que hoy se encuentra en Villa Mattei, en el monte Celio.[27] Dicho obelisco se restauró y se colocó en el Capitolio, cerca del Palazzo Senatorio,[28] que poseía, al igual que la anterior Casa dei Crescenzi,[29] una estructura medieval que reflejaba una clara reverencia y admiración por la Antigüedad clásica. Y los responsables de las restauraciones se sentían orgullosos de poder inscribir sus nombres, como sus antepasados habían hecho, en las obras que restauraban: así, en los muros y puentes, aún podemos leer inscripciones como la del Ponte Cestio (1191-1193): «Benedictus [Benedicto Carushomo], senador de la ilustre Ciudad, restauró por completo las ruinas de este puente».

Cuando Honorio III falleció en 1227 y fue sucedido por el amigo de Francisco de Asís, Gregorio IX, resurgió la disputa con el emperador alemán, ahora Federico II, sobre la autoridad papal, que siguió sin resolverse a su muerte, en 1250. Mientras tanto, Roma se había vuelto más audaz en las solicitudes que presentaba al papado, sobre todo en ámbito financiero. El momento en el que llegó a expresarlas con más fuerza, y cuando logró mejores resultados, fue tras el nombramiento del boloñés Brancaleone Andalò como senador, profusamente pagado, en 1252. Brancaleone, con su personalidad dura y resoluta, además de conseguir que el poder del papado se sometiera a la ciudad, logró meter en cintura a las entrometidas familias romanas, para lo que demolió no menos de ciento cuarenta torres fortificadas y colgó a dos Annibaldi que se habían mostrado especialmente belicosos. Pero después de la muerte de Brancaleone, cuya cabeza se colocó en una vasija antigua y se exhibió como una valiosa reliquia sobre un pilar de mármol en el Capitolio hasta que la Iglesia lo quitó de allí, Roma volvió a convertirse, por momentos, en un campo de batalla en el que los seguidores del Papa luchaban contra sus enemigos por las calles. La controversia por la supremacía papal resurgió con más fuerza que nunca y el orden callejero no se restableció hasta que Carlos de Anjou, el austero hermano menor del Rey de

Francia, se convirtió en Rey de Nápoles y Sicilia en 1283, y le ofreció su apoyo y protección al Papa. Sin embargo, el nuevo orden les salió caro tanto al papado como a la ciudad. Una vez establecida en Roma la autoridad del rey francés, que se había hecho nombrar senador, Carlos I de Anjou intentó asegurarse de que a partir de aquel momento todos los papas fueran simpatizantes de Francia o que, como Inocencio V, fueran franceses de nacimiento. En un primer momento, las consecuencias de este dominio extranjero sobre el papado no resultaron evidentes: en 1277, se eligió como papa a un italiano de noble cuna, Giovanni Gaetano Orsini; y aunque le siguió un francés, sus subsiguientes sucesores hasta Bonifacio VIII fueron todos italianos: Honorio IV pertenecía a la familia Savelli; Nicolás IV, a los Masci de Ascoli; y Bonifacio VIII, a los Caetani de Anagni.

Bajo estos papas italianos, la riqueza de la Iglesia aumentó considerablemente; todo ello gracias a impuestos legales, diezmos, sobornos, remuneraciones a cambio de ciertos beneficios y cargos, y a las generosas donaciones que los peregrinos dejaban en los santuarios sagrados. Los banqueros, posaderos y comerciantes prosperaron también, sobre todo en 1300, cuando Bonifacio VIII proclamó el primer Año Santo de la Iglesia.

Las ganancias que se derivaron de este primer jubileo fueron impresionantes. «Los grupos de peregrinos que salían en Nochebuena eran tan numerosos que no se podrían contar. Los romanos calculan que, en total, recibieron a unos dos millones de personas. Más de una vez vi a hombres y mujeres pisoteados en el suelo, y en varias ocasiones logré escapar del mismo peligro», afirmó un peregrino. Las calles permanecieron abarrotadas día y noche. Colas interminables esperaban su turno para entrar en las iglesias, visitar los templos, ver las famosas reliquias, contemplar con inmensa reverencia el pañuelo con el que la Verónica le había secado el sudor de la cara a Jesús en su camino al Calvario y que aún llevaba impresos los rasgos de su santo rostro, lanzar monedas sobre altar de San Pablo Extramuros —mientras dos sacerdotes se ocupaban de pasar el rastrillo constantemente para recoger las monedas desperdigadas— y comprar reliquias, medallas, recuerdos e imágenes de santos con cuya venta se enriquecían los vendedores ambulantes.

En las últimas décadas del siglo XIII también prosperaron los artistas y artesanos, que contribuían a cumplir las ambiciones de los papas y sus familias con la esperanza de hacer de Roma una ciudad digna de su pasado, un lugar que incluso llegara a superar la belleza de Florencia y

otras ciudades de la Toscana, al tiempo que mantenían una actitud conservadora y miraban con recelo las nuevas tendencias arquitectónicas góticas que ya habían superado los Alpes y se abrían paso hacia el sur. En esta época se renovaron por completo muchas iglesias. Se remodelaron San Pedro, San Pablo Extramuros y Santa María la Mayor, y se reconstruyeron la basílica y el palacio de Letrán. Se erigieron espléndidos panteones y monumentos sepulcrales. Pintores, escultores, joyeros, orfebres y artesanos expertos en el mármol y los mosaicos, trabajaban sin descanso, mientras el clero y los laicos exhibían sus gustos en ostentosa y extravagante rivalidad. Cimabue y Arnolfo di Cambio llegaron desde Florencia. Giotto fue contratado para trabajar en San Pedro y en el nuevo palacio del Vaticano, mucho más opulento que la modesta residencia que había hecho construir Inocencio III. También se contrataron artistas nacidos en Roma, o que habían pasado gran parte de su vida en la ciudad. Pietro Cavallini trabajó en Letrán, San Paolo Extramuros, Santa Cecilia, San Jorge en Velabro y Santa Maria in Trastevere. Jacopo Torriti se dedicó a los mosaicos de la basílica de Letrán, y en Santa María la Mayor trabajó junto con Filippo Rusuti.

Pero este breve periodo de frenesí artístico se topó con un abrupto final cuando la supuesta seguridad económica y política de Roma resultó ser ilusoria. Con la muerte de Carlos I de Anjou, desapareció la influencia angevina. Francia seguía negándose a aceptar las exigencias del papado, a pesar de que Bonifacio VIII, repitiendo las palabras de Inocencio III, había declarado en su bulla *Unam Sanctam* que «si todo el poder terrenal erra, habrá de ser juzgado por el poder espiritual». Pero Bonifacio VIII, en un intento por hacer obedecer a los reyes, había dispensado excomunión tras excomunión, por lo que había hecho enfurecer a los monarcas occidentales, y sobre todo al Rey Felipe IV de Francia, al que estaba a punto de excomulgar cuando un enviado francés en Italia —instigado y ayudado por la familia Colonna, a la que el Papa le había expropiado sus bienes— invadió la residencia papal de Anagni y apresó al Santo Padre. Después de humillarle y maltratarle, le permitieron volver a Roma, donde murió al poco tiempo. Le sucedió brevemente un inadecuado italiano, Benedicto XI. Pero en 1305, mediante ciertas manipulaciones, el rey de Francia consiguió que el francés Bertrand de Got se convirtiera en Clemente V, y aseguró una línea sucesoria de papas franceses al crear una mayoría de cardenales galos en la Curia. Por deseo del Rey Felipe, Clemente V anuló la bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII, abandonó Roma en 1308 y trasladó la residencia papal a Aviñón.

Durante sesenta y ocho años, los papas franceses se encargarían de los asuntos eclesiásticos desde su nueva residencia del sur de Francia, en lo que dio en llamarse el Cautiverio de Babilonia; y Roma, abandonada también por los artistas cuyos patrones les habían dejado, se hundió una vez más en la anarquía.

SEIS

SANTOS, TIRANOS Y ANTIPAPAS

«Apenas podrás imaginar mi anhelo por ver Roma, incluso ahora que la ciudad está desierta y no es más que una sombra de su pasado —le escribió Francesco Petrarca a un amigo suyo pocos días antes de la Navidad de 1334—. Séneca se regocijó por haber podido visitarla. Y si un español pudo albergar tales sentimientos, ¿qué crees que puedo sentir yo, que soy italiano? Roma no tiene igual, nunca lo ha tenido y jamás lo tendrá».

En aquel momento, Petrarca vivía en Aviñón, en la residencia del Cardenal Giovanni Colonna. Su padre, un jurista florentino, había ido a Aviñón con la intención de conseguir trabajo en la Corte papal y enviar a su hijo a la cercana Montpellier para que siguiera la profesión de la familia. Pero a Petrarca no le interesaban las leyes, y en cuanto murió su padre abandonó los estudios para satisfacer lo que él describía como «una sed insaciable de literatura». Con la pasión que sentía por los clásicos latinos, su anhelo de visitar Roma se intensificó con los años, hasta que en 1337, cuando había cumplido treinta y tres años y ya era un distinguido poeta, por fin pudo satisfacer sus deseos.

Tal y como había previsto, Roma ya no era más que la sombra de la ciudad de los césares, una urbe maltrecha y ajada, «un basurero de historia». Pocas semanas después de que la Curia se trasladara a Aviñón, las llamas consumieron la basílica de Letrán; y desde entonces, por más que continuaran las tareas de reconstrucción, la ciudad cayó víctima de la violencia. Privadas de una autoridad superior, las familias patricias luchaban entre ellas por las calles. Los Colonna les declararon la guerra a los Orsini; las familias Conti, Savelli, Frangipani y Annibaldi pasaban de un bando al otro; los criados y mercenarios vivían entre las ruinas de polvorientos edificios o en las casas que los cardenales habían abandonado; y los sacerdotes, muchos de ellos emparentados con las familias

beligerantes, se unían a las peleas y se paseaban entre la gente haciendo alarde de sus puñales y espadas. Era una ciudad sin ley. Grupos de hombres armados invadían y saqueaban las casas, robaban a los peregrinos y viajeros, y violaban a las monjas en los conventos. Largas colas de penitentes entraban por las puertas de las murallas, descalzos y encapuchados, pidiendo alojamiento sin dar dinero a cambio, azotándose la espalda desnuda, entonando himnos amedrentadores a las puertas de las iglesias, y echándose a llorar, suplicando y sangrando, ante los altares.

El Cardenal Colonna, mecenas de Petrarca, ya había avisado al poeta, e incluso le había instado a ir a Roma para que su sueño romántico se desvaneciera ante la triste realidad. No obstante, al caminar entre las ruinas en compañía de varios miembros de la familia Colonna, que le describían cómo era, en otros tiempos, la ciudad, Petrarca se sintió profundamente impresionado. Lamentó la decadencia y le disgustó la falta de conocimiento, y hasta de interés, que demostraba la mayoría de los ciudadanos por su heroico pasado. Pero le dijo al Cardenal Colonna que, a pesar del abandono en que se veía sumida la ciudad, le había parecido mucho más hermosa de lo que esperaba. Así pues, le rogó al Papa Benedicto XII que dejara Aviñón y volviera a Roma para hacer que la ciudad recobrara su prestigio de *caput mundi*. No contento con ello, decidió escribir un poema épico al estilo de Virgilio, en el que habría de ensalzar a uno de los héroes más famosos de la Antigua Roma, Escipión el Africano, y comenzó a albergar el deseo de ser coronado como poeta en el Capitolio, con una ceremonia que recordara a las que se celebraban, al estilo de las de los antiguos griegos, en la época de los emperadores.

Tres años más tarde, en septiembre de 1340, recibió la añorada invitación a la ceremonia en la que el rector de la Universidad de París y el canciller del Senado romano le concederían la corona de laurel. Y no lo dudó ni un instante. Para entonces, París se había convertido en la capital de la erudición europea; pero Roma, pese al abandono que sufría en aquellos momentos, había sido el centro de la cultura y de una civilización extraordinaria cuando París no era más que un rudo asentamiento a orillas del río. Por lo tanto, Petrarca fue a Roma y, el 8 de abril de 1341, en el gran salón del Palazzo Senatorio, en el Capitolio, un heraldo anunció su presencia ante el público. Acto seguido, pronunció su discurso en latín, se arrodilló para recibir la corona de laurel y partió en procesión por las calles de Roma hasta la basílica de San Pedro, donde depositó la corona sobre la tumba del apóstol. Poco después salió de Roma, pero, como para recordarle que ni los grandes poetas laureados eran inmunes

a los sufrimientos de la gente corriente, le robaron por el camino y se vio obligado a volver a la ciudad en busca de una escolta armada.

Entre los que aquel día aclamaron a Petrarca en el Capitolio se encontraba un joven notario de buen aspecto, Cola (Niccolò) di Rienzo, que al igual que el poeta, era un ardiente defensor de la Antigua Roma, un entusiasta que más tarde se jactaría de ser hijo ilegítimo de un emperador del Sagrado Imperio Romano, Enrique VII, cuando en realidad era hijo del dueño de una lúgubre taberna y de una mujer que lavaba los platos. Elocuente, vehemente y emocional, Cola di Rienzo era famoso en la ciudad por ser un gran conocedor de los antiguos monumentos romanos y sus inscripciones, ante las que solía declamar con gran entusiasmo y sabiduría. Era el campeón de la demagogia acerca de los derechos del pueblo y un clamoroso crítico de las familias patricias, que en una de sus disputas habían asesinado a su hermano. Por consiguiente, cuando una delegación salió de Roma en 1343 para dirigirse a Aviñón con la intención de solicitar audiencia ante el nuevo papa, Clemente VI, a fin de convencerle de que regresara a Roma para ejercer su autoridad sobre la ciudad sin ley, fue inevitable que Cola di Rienzo, que no había cumplido aún los treinta años, se uniera a ella. En Aviñón, Rienzo se presentó como el jefe de los emisarios y, con sus vívidos y conmovedores relatos de la difícil situación romana y de la miserable vida de los ciudadanos por culpa de los aristócratas, logró impresionar al Papa hasta tal punto que Clemente VI afirmó que visitaría la ciudad lo antes posible y emitió una bula para un nuevo jubileo en 1350, estableciendo además que a partir de entonces habría uno cada cincuenta años. Considerando un mérito personal lo que él juzgó como un completo éxito de la misión, Cola di Rienzo anunció su triunfo a los romanos en una carta cuya *folie de grandeur* —que con el tiempo llegaría a ser una marcada característica de su desequilibrado carácter— ya resultaba evidente.

De nuevo en Roma, lo primero que hizo Cola di Rienzo fue proponer que se erigiera una gran estatua del Papa en el Coliseo o en el Capitolio. Una vez que se hubo ganado el favor del pueblo, los romanos empezaron a considerarle su liberador contra la esclavitud impuesta por los nobles, para lo que se convirtió en el instigador de una revolución que les devolvería la grandeza de la Antigua Roma. Los nobles, por su parte, en lugar de verle como una amenaza, le trataban como a un juguete. Solían invitarle a cenar para reírse de su oratoria grandilocuente y de sus profecías apocalípticas. Pero cuando hablaba en público, como hizo

una vez en la basílica de Letrán, ataviado con una especie de toga y un sombrero blanco decorado con extraños símbolos de coronas doradas y espadas, el pueblo le escuchaba con estupor.

Las paredes de la ciudad se llenaron de imágenes de naufragios, incendios y demás catástrofes. En las puertas de las iglesias se colgaron anuncios como el que apareció en San Jorge en Velabro: «En breve los romanos recuperarán el buen gobierno de otros tiempos». El apoyo del pueblo y el número de asociaciones que abogaban por él crecía día a día, pues se creía que con la ayuda de su nuevo aliado, el Papa, lograría acabar con el arrogante poder de los nobles, que seguían siendo los despiadados jefes del Senado. Y en mayo de 1347, Cola di Rienzo se preparó para atacar.

La mañana del domingo de Pentecostés salió de la iglesia de Sant'Angelo in Pescheria después de la misa y, rodeado de sus seguidores y acompañado por el vicario del Papa, que estaba visiblemente nervioso, se dirigió al Capitolio para dar un discurso. Lucía una armadura que le cubría desde el cuello hasta los pies. A lo largo de todo el camino, los centinelas armados vigilaban desde sus puestos. Los redobles de los carillones y las banderas que ondeaban por encima de las cabezas de los manifestantes le daban a la procesión una apariencia más festiva que conspiradora. En el Capitolio, Rienzo dio un gran discurso en el que aseguró delante de miles de personas que estaba dispuesto a morir por el Papa y la salvación del pueblo. En cuanto terminó, un teniente leyó un programa de reforma revolucionaria contra los nobles. Todos los decretos se aprobaron por ovación y, tras recibir los poderes de dictador, Rienzo anunció que los ejercería de común acuerdo con el representante papal y, «por la autoridad de nuestro misericordioso Señor Jesucristo», se nombró: «Niccolò, el Severo y Clemente, Tribuno de la Libertad, la Paz y la Justicia, e Ilustre Redentor de la Santa República Romana».

El repentino e inesperado éxito del nuevo tribuno causó una gran confusión entre los nobles, quienes al principio condenaron la ilegalidad de esta usurpación del poder —Stefano Colonna, comandante de la milicia, incluso llegó a declarar que tiraría «a ese joven idiota por la ventana del Capitolio»—, pero no consiguieron mantener dicha actitud mucho tiempo, ya que el pueblo se alzó en armas ante el Palazzo Colonna, y cuando el cabeza de familia huyó a Palestrina, el resto de los nobles se refugiaron en sus propiedades y fortalezas. Cuando recibieron la citación para rendir pleitesía en el Capitolio, obedecieron intimidados. Los Colonna, Orsini, Savelli, Annibaldi y Conti se unieron al Colegio de

Jueces, Notarios y Gremios de Roma para jurar lealtad a la nueva República y a su «Ilustre Redentor».

Después de reclutar a una larga lista de voluntarios, tanto de la caballería como de infantería, Cola di Rienzo y sus colaboradores emitieron una serie de decretos acerca de todo tipo de asuntos políticos, legislativos y financieros. Los exiliados volvieron a Roma, los pobres recibieron una generosa asistencia y los nobles se vieron obligados a desmantelar las fortificaciones de sus palacios y descolgar los blasones de los muros de sus propiedades. Todos los que se oponían al nuevo régimen recibían un severo castigo junto con los malhechores, adúlteros y jugadores de apuestas. A los jueces corruptos se les puso en la picota, con las infracciones cometidas inscritas en las mitras que se les colocaba sobre la cabeza, y un monje que había cometido actos delictivos fue decapitado, al igual que un noble rebelde de la familia Annibaldi. Jacopo Stefaneschi, un antiguo senador que fue declarado culpable de expropiación, murió en la horca en el Capitolio.

No obstante, Cola di Rienzo no se conformaba con la restauración de una república romana austera, por más justa que fuese. Su idea, aunque vaga e imprecisa, era conseguir una confederación italiana cuya capital fuera Roma, una hermandad nacional de toda la «Sagrada Italia» que llevara la paz y el orden al mundo entero. Para ello mandó enviados con cayados de plata a las principales ciudades de la península a fin de que se mostraran ante los gobernantes y les invitaran a mandar representantes al Parlamento nacional de Roma. Y tan profunda era la esperanza de una transformación de la triste situación espiritual y política italiana, y tan poderosa la influencia que el mero nombre de Roma seguía inspirando, que las intenciones de Rienzo se tomaron en serio y en muchos casos hasta despertaron un gran entusiasmo. Deferentes respuestas llegaron de Milán, Venecia, Florencia, Siena, Génova, Lucca, Spoleto y Asís. Veinticinco ciudades accedieron a enviar delegaciones al Parlamento de Roma. El Papa mandó un cofre de plata con su escudo de armas grabado junto con el de la ciudad de Roma y su nuevo tribuno. Petrarca también infundió aliento desde Aviñón: «Que la fuerza y la prudencia estén contigo [...]. Todos deberían desear buenos augurios para Roma. Una causa tan justa no puede sino contar con la bendición de Dios y del mundo».

Cola di Rienzo estaba absolutamente convencido de contar con la protección personal del Espíritu Santo. Poco a poco, su comportamiento se fue volviendo más y más extravagante. Solía salir a montar por la ciudad en su caballo blanco con un atuendo de seda ribeteado de oro y una

bandera que ondeaba sobre su cabeza luciendo su supuesto escudo de armas. El día de la celebración de San Pedro y San Pablo se dirigió a la basílica de San Pedro en un corcel, ataviado en esta ocasión con un terciopelo verde y amarillo, y con un cetro de acero en la mano. Cincuenta hombres con lanzas le protegían. La espada de la Justicia avanzaba ante él. El fragor de las trompetas y címbalos anunciaron su llegada, mientras un comisionado se encargaba de repartir oro y monedas que los maestros florentinos habían grabado para el tribuno. En la escalinata de San Pedro, el clero le dio la bienvenida entonando un *Veni Creator Spiritus.*

Para el 1 de agosto, el día que se eligió para la apertura del Parlamento nacional y la celebración de la unidad de Italia, se organizaron las ceremonias más extravagantes. Tradicionalmente, en esta fiesta se exhibían al público las cadenas de San Pedro; pero antes de cumplir con la tradición, Cola di Rienzo hizo que le nombraran caballero en Letrán, donde se presentó ante la congregación allí reunida y se sumergió en la antigua urna de basalto verde del baptisterio en la que se decía que el Emperador Constantino se había purificado del paganismo. Al día siguiente, esta vez vestido de escarlata, Rienzo se presentó ante el pueblo como «Candidato del Espíritu Santo, Caballero Niccolò, el Severo y Clemente, Defensor de Italia, Amigo del Mundo y Tribuno Augusto». Decretó que, desde aquel momento, el pueblo romano tenía jurisdicción sobre todos los pueblos al igual que la había tenido en el pasado; que Roma, cimiento de la Cristiandad, era de nuevo la cabeza del mundo; que todas las ciudades de Italia eran ciudades libres con los derechos de la ciudadanía romana; y que, dado que el Papa y él eran ahora los nuevos árbitros del mundo, todo rival que deseara presentar una solicitud al Sacro Imperio Romano debía personarse ante él y un representante papal, que decidirían su destino. Acto seguido, blandiendo su espada en el aire y apuntando con gran afectación en tres direcciones, exclamó: «¡Esto es mío!». Aun sin comprender exactamente el significado de aquellas palabras, la multitud estalló en vítores y el estruendo de las trompetas dio por terminada la celebración.

Sin embargo, el entusiasmo con que se habían acogido los planes del tribuno estaba menguando. El Papa, desconcertado por las pomposas reivindicaciones de Cola di Rienzo, afirmó que se arrepentía de haberle apoyado. Las ciudades de Italia, temiendo la pérdida de su independencia, empezaron a reconsiderar su consentimiento a una hermandad nacional bajo un líder tan estrafalario, y tal vez desquiciado. Los que antes habían trabajado a su lado, fascinados por sus discursos mesiáni-

cos, comenzaron a dudar que fuera capaz de llevar la teoría a la práctica. El pueblo romano miraba a su antiguo héroe con creciente desazón, después de que este se hubiera coronado con una guirnalda de flores del Arco de Constantino y, en la festividad de la Asunción, se hubiera comparado con el Hijo de la Virgen. Un fraile que antes había sido uno de sus más fervientes admiradores se derrumbó y echó a llorar, expresando la desaprobación y la decepción general.

Animados por Clemente VI, que había enviado un legado a Roma para proceder contra Rienzo, los nobles romanos se prepararon para la venganza. Pero el tribuno se les adelantó. Invitó a varios Colonna y Orsini a un gran banquete en el Capitolio y les arrestó después de que uno de sus huéspedes, Stefano Colonna, hiciera un comentario sarcástico sobre el espléndido atavío de su anfitrión; aunque luego dio un paso atrás y decidió evitar mayores castigos, de forma que mientras el campanario de la prisión resonaba con su apesadumbrado tañido y la multitud esperaba noticias sobre la ejecución, Cola di Rienzo les concedió el perdón a cambio de que juraran lealtad a las leyes de la República.

Tan pronto como fueron liberados, los nobles rompieron su juramento y, al mes siguiente, con todas las tropas que habían logrado reunir, ya estaban haciendo estragos por los campos, más allá de las murallas. En Roma, el legado papal se presentó en el palacio del Vaticano y solicitó audiencia con Cola di Rienzo. El Papa le había enviado tras montar en cólera cuando el presuntuoso tribuno anunció que la «Sagrada Italia» había de reconstituirse como un nuevo Imperio romano, con lo que quedó claro que su verdadera intención era alcanzar el título de emperador. Evidentemente, ni al Papa francés, ni a los cardenales franceses les convenía que se restaurara el Imperio romano, ya que esto pondría en tela de juicio la independencia del papado, lo que a su vez conllevaría el regreso de la Curia a Roma, por lo que el legado tenía orden de mostrarse intransigente ante el tribuno.

Pero Cola di Rienzo no se dejó intimidar: llegó al Vaticano con una cota de malla y una corona de plata. En la mano llevaba un cetro y, para gran sorpresa del legado, por encima de la malla se había puesto una dalmática bordada con perlas, como las que lucían los emperadores en las ceremonias de coronación.

—Me habéis hecho llamar —se dice que anunció Rienzo con engreimiento—. ¿Qué deseáis de mí?

—Tengo un mensaje del Santo Padre.

—¿Qué mensaje?

La impaciente arrogancia del tribuno desconcertó al legado hasta tal punto que se quedó petrificado, atónito y sin palabras en mitad de la sala. De modo que Rienzo «le dio la espalda desdeñosamente y salió del palacio con una extraña sonrisa». A los pies de la escalinata, montó en su caballo y se echó al galope, dispuesto a enfrentarse a los nobles.

La fría mañana del 20 de noviembre de 1347, bajo una lluvia torrencial, los enemigos avanzaron el uno contra el otro, al otro lado de la puerta de San Lorenzo. Las tropas de Cola di Rienzo, formadas en su mayor parte por la sección de infantería que seguía mostrando una lealtad acérrima a la República, estaban comandadas por vástagos de familias nobles que se habían opuesto a las suyas. Por otra parte, la armada de los nobles consistía en unos cuatro mil soldados de infantería y seiscientos jinetes de caballería, guiados por el viejo Stefano Colonna, sus hijos y nietos, y varios miembros de las familias Orsini, Caetani y Frangipani, que en esta ocasión habían cerrado filas en una sorprendente alianza. El combate fue breve y virulento. Al principio pareció que los nobles vencerían cuando se abalanzaron contra los soldados del tribuno, enfurecidos por la muerte del veinteañero Giovanni Colonna, que feneció cuando su caballo cayó en un foso, y de su padre, que también murió al caer de su montura. Incluso el propio tribuno, temblando ante el ímpetu de sus enemigos y viendo que su bandera se hundía en el fango, exclamó: «¡Oh, Señor! ¿Me has abandonado?». Pero sus hombres se recuperaron enseguida, y en un abrir y cerrar de ojos los nobles ya se estaban batiendo en retirada, dejando atrás los cadáveres de al menos ochenta miembros de la aristocracia que, en un tiempo temidos y respetados, ahora fueron despojados de sus ropas y abandonados toda la tarde en el suelo, desnudos, ante los escarnios del populacho.

Cola di Rienzo, de nuevo seguro de sí mismo y con una corona de olivo en la cabeza, guió a sus hombres hacia el Capitolio, donde, con gesto teatral, se secó su limpia y desnuda espada en la cota de malla antes de volver a envainarla y dirigir un discurso a sus victoriosos soldados. Al día siguiente cogió a su hijo, que aún era muy pequeño, y salió por la puerta de San Lorenzo. Cuando llegaron al foso en el que había muerto Giovanni Colonna, recogió agua manchada de sangre, bautizó al niño «Caballero Lorenzo de la Victoria» y obligó a los jefes de caballería de su ejército a que le nombraran caballero, imponiéndole sus espadas.

La crueldad de este gesto y la cobardía que había demostrado en el campo de batalla le hicieron perder gran parte del apoyo que le quedaba. Se decía que su carácter había cambiado por completo, que vivía en su

palacio rodeado de los mayores lujos y de una serie de gandules serviles que se doblegaban ante él adulando su vanidad insana, y que despilfarraba el dinero. Lo que sí es cierto es que incrementó los impuestos hasta límites insospechados para pagar a las tropas. Pero hasta esto se le habría podido perdonar en virtud de su pasado si no hubiera sido porque Clemente VI emitió una bula contra el pueblo de Roma en la que ordenaba la deposición de Cola di Rienzo, al que declaraba criminal y herético. Y como el jubileo estaba a las puertas, nadie osó ofender al Papa para no perder los beneficios que los peregrinos aportaban a la ciudad; de modo que, privado del respaldo popular, amilanado por terribles pesadillas y víctima de mareos y vértigos, Cola di Rienzo decidió abdicar. El 15 de diciembre de 1347 bajó las escaleras del Capitolio con lágrimas en los ojos. Algunas personas que le vieron partir lloraron también, pero nadie se atrevió a impedir que se fuera, y ni siquiera a desearle lo mejor. Poco después, el legado hizo su entrada oficial en la ciudad, tomó posesión de ella en nombre de la Iglesia, y anunció que el jubileo de 1350 tendría lugar tal y como estaba previsto.

Pocas semanas antes de que comenzara el jubileo, los caminos que llevaban a Roma se llenaron de peregrinos que acampaban hacinados en los márgenes, importunados por los cientos de buhoneros, estafadores, mendigos, guías, carteristas, acróbatas y músicos que aparecían en la ciudad cada vez que los extranjeros se presentaban en ella con su dinero. De acuerdo con el biógrafo del Papa Clemente VI, unas cinco mil personas llegaban a la ciudad cada día y, aun quejándose de la codicia de los romanos, siempre encontraban un lugar en el que alojarse y alimentarse, aunque fuera pagando grandes sumas de dinero. Entre tanto, el Papa siguió en Aviñón, de forma que si los peregrinos de 1300 (entre ellos, el cronista florentino Giovanni Villani y tal vez Dante) habían podido recibir la bendición papal de Bonifacio VIII ante el balcón de Letrán, los de 1350 no recibieron la bendición de Clemente VI, como tampoco pudieron admirar el palacio de Letrán, que se encontraba otra vez en ruinas. La mayoría de los monumentos cristianos e imperiales de Roma se hallaban en condiciones deplorables debido a la negligencia, a las cicatrices de la guerra y los destrozos que habían causado los terremotos. La peste negra que había asolado Europa occidental y numerosas ciudades de Italia (causando la muerte a más de la mitad de la población de Florencia) no había provocado tantos daños en Roma, donde, como señal de agradecimiento, se habían construido las escaleras de mármol

que llevan a la iglesia de Santa María de Aracoeli.[1] Sin embargo, los terremotos del 9 y 10 de septiembre de 1348 habían devastado la ciudad: la basílica de San Pablo se había derrumbado, al igual que la de los Santos Apóstoles,[2] muchas torres se habían desplomado, la aguja de Letrán yacía en el suelo y en la arena del Coliseo descansaban muchos trozos de mampostería que se habían desgajado de los pisos superiores. No se había reconstruido casi nada. «Las casas están derrumbadas —escribió Petrarca, sobrecogido por el estado en que se encontraba la ciudad—. Las paredes se han desmoronado, los templos se han desplomado, los santuarios se han echado a perder... Letrán está destrozado, y la Madre de todas las iglesias sigue en pie, pero sin techo y expuesta al viento y la lluvia. Las sagradas moradas de San Pedro y San Pablo se tambalean, y lo que hasta hace poco era el templo de los Apóstoles se ha convertido en una vergonzosa montaña de ruinas capaz de infundir piedad a un corazón de piedra».

Las leyes de la ciudad, añadió Petrarca, estaban «pisoteadas». Los peregrinos caminaban en grupo, ya que todo el que se quedara solo corría el riesgo de que le robaran, o incluso de que le asesinaran; y a un cardenal que se dirigía a San Pablo hasta llegaron a dispararle desde una ventana una flecha que le alcanzó el sombrero, por lo que no volvió a aventurarse a salir sin ponerse un escudo o una cota de malla debajo del hábito. En cuanto acabó el jubileo, el desorden creció hasta niveles inauditos. Los nobles emplearon bandidos como si fueran soldados de familia y, tras volver a apoderarse de sus *rioni*, comenzaron a gobernarlos como pequeños tiranos. El vicario papal abandonó la ciudad. Cualquier pretensión de gobierno central podía darse por zanjada. Instados por el Santo Padre, un grupo de ciudadanos se reunió en Santa María la Mayor el día después de la Navidad de 1351 para designar a un romano anciano y respetable como rector. Este hombre, cuyo nombramiento fue ratificado por el Papa, era Giovanni Gerroni. Pero no había ejercido sus amplios poderes mucho tiempo cuando, acosado por los conspiradores que confabulaban contra él, declaró no estar a la altura del cargo y se fue de Roma, llevándose el tesoro público con él. Una vez más, las grandes familias, entre las que destacaban los Orsini y los Colonna, tomaron las riendas de la situación; una vez más el pueblo se sublevó, expulsó de la ciudad a un senador, Stefanello Colonna, y apedreó a otro, Berthold Orsini, mientras bajaba las escaleras del Capitolio; y una vez más se eligió a un paladín popular para que salvara la República. Pero el nuevo dictador, Francesco Baroncelli, no fue más eficaz de lo que Giovanni

Gerroni lo había sido. Entonces, los romanos empezaron a lamentar la caída del tribuno Cola di Rienzo, quien, a pesar de todos sus errores, al menos había conseguido poner un poco de orden en sus vidas y les había devuelto la esperanza, aunque breve, de la gloria renovada.

Después de huir de Roma, Cola di Rienzo se refugió en las altas montañas de Abruzo, al este de Roma, donde vivió como un eremita penitente con una secta de franciscanos anacoretas, austeros y conservadores, conocidos como Fraticelli. A los dos años siguió hacia el norte, cruzó los Alpes y llegó hasta la Corte de Carlos IV, rey de Bohemia, al que urgió a presentarse en Roma como salvador de la ciudad, comprometiéndose a ir él antes como emisario imperial, del mismo modo en que Juan Bautista le preparó el camino a Jesús. Cola di Rienzo elaboró su plan hasta en el más mínimo detalle e insistió en que el Rey se lo imaginara. Carlos IV sería coronado Emperador del Sacro Imperio Romano por el Papa; él se convertiría en el Duque de Roma; y los tres, Emperador, Papa y Duque, serían los representantes de la Santísima Trinidad en la Tierra. Pero el Rey, que recelaba de su extraño visitante y sus «sueños fantásticos», decidió comunicarle al Papa la llegada de Rienzo a Praga, y Clemente VI ordenó al Arzobispo de Praga que le arrestara y retuviera en la más estricta custodia. En julio de 1352, el Arzobispo le declaró culpable de herejía, por lo que habría de ser entregado al nuncio papal. Rienzo llegó a Aviñón al mes siguiente, pero al poco tiempo, Clemente VI falleció.

Su sucesor, Inocencio VI, antiguo profesor de Derecho Civil de Toulouse, se mostró mucho más comprensivo con él. Y, además, como Petrarca y los romanos reclamaban el regreso de Cola di Rienzo a Roma, Inocencio VI pensó que podría aprovechar la coyuntura en favor de la Iglesia, pues la experiencia del antiguo tribuno con los asuntos romanos podría ser de gran ayuda para el Cardenal Gil Álvarez Carrillo de Albornoz, un grande de Castilla que acababa de recibir el cargo de primer legado en Italia. Por tanto, Inocencio VI ordenó la liberación de Cola di Rienzo, que se encontraba incomunicado en prisión bajo sentencia de muerte. Y así fue como el 1 de agosto de 1354, una inmensa multitud salió a las calles de Roma para dar la bienvenida al antiguo tribuno. Desde las ventanas y tejados, adornados con flores y banderas, se oían los vítores de los entusiasmados romanos mientras él se dirigía hacia el Capitolio.

Pero Rienzo había cambiado mucho en aquellos siete años. Estaba pálido y entrado en carnes, había perdido la vehemencia de su apasionada elocuencia, y su ardiente fervor había dejado paso a una etérea

introspección que a veces se tornaba en un ataque de histeria en el que la risa desmedida alternaba con un llanto incontrolable. De nuevo en el poder, Rienzo volvió a demostrar la misma tiranía excesiva que le había caracterizado durante los últimos meses que pasó como tribuno en 1347. Recaudaba fondos a base de impuestos arbitrarios y cualquier otro medio a su alcance, e incluso secuestraba a los ciudadanos para obtener la recompensa que consiguiera sacarles a sus familias. Como consecuencia, el pueblo romano no tardó en apoyar a los nobles para tratar de deshacerse de él lo antes posible.

Una mañana de octubre, por la ventana de su habitación, que daba a la Piazza Mercato, se oyeron los gritos del populacho: «*Popolo! Popolo!* ¡Muerte al traidor que dicta los impuestos!». Al ver que los guardias y sus siervos no estaban, Cola di Rienzo se puso apresuradamente la armadura y los espléndidos ropajes que había usado en su época de tribuno, cogió la bandera de Roma y salió al balcón. Al principio intentó dirigirse a la gente, pero los gritos ahogaban sus palabras. Entonces, desplegando la bandera, apuntó a las letras de oro que leían *Senatus Populusque Romanus*. Pero los gritos se volvieron más fuertes e insistentes: «¡Muerte al traidor!». Llovieron piedras sobre el balcón y una flecha le alcanzó la mano. Entonces la turba prendió fuego a las fortificaciones de madera que rodeaban el palacio. Mientras las llamas se alzaban, Rienzo se afeitó la barba a todo correr, se echó un manto viejo por encima, se ennegreció la cara y se abalanzó escaleras abajo, en mitad de la humareda, hacia el patio. Gritando «¡Muerte al traidor!» como los demás, intentó escapar sin que la muchedumbre le reconociera. Pero olvidó quitarse los anillos y brazaletes, por lo que, al verlos, alguien gritó: «¡Este es el tribuno!», mientras agarraba al fugitivo por el brazo. Le arrastraron por la escalinata hasta la estatua de la Virgen, donde tiempo atrás habían apedreado hasta la muerte a Berthold Orsini. Y se hizo el silencio. Cola di Rienzo se cruzó los brazos por delante del pecho. Tenía un aspecto patético, los bordes de su magnífica seda gris y los ribetes de oro se veían claramente por debajo del manto andrajoso, y en los pies seguía llevando sus calzas color púrpura. Por un momento que pareció tan largo que su biógrafo de medievo acabó describiéndolo como una hora entera, nadie se movió, hasta que uno de sus antiguos oficiales se le acercó con una espada y le atravesó. Le decapitaron, le apuñalaron por todo el cuerpo y arrastraron su cadáver despedazado hasta el *rione* de los Colonna, donde le colgaron de una casa cerca de la iglesia de San Marcello al Corso.[3] Durante dos días permaneció allí, balanceándose mientras los niños de la calle le arrojaban piedras.

Casi todos los días durante todos esos años, sentada a la puerta del convento de San Lorenzo in Panisperna,[4] se podía ver a una pálida anciana que mendigaba por los pobres y se llevaba agradecidamente a los labios las ofrendas de los viandantes. Hija de un juez sueco, y viuda de un noble de igual procedencia al que le había dado ocho hijos, Brígida Godmarsson, fundadora de las Brigittines, había llegado a la ciudad siguiendo una visión: Cristo se le había aparecido y le había pedido que fuera inmediatamente a Roma y permaneciera en la ciudad hasta que viera al Papa y al Emperador juntos. Mientras hacía sus rondas benéficas, visitando iglesias derrumbadas y hospitales en ruinas, Brígida tuvo más visiones: Jesús y su Madre le hablaron, fortaleciendo su fe en una futura salvación de la ciudad y en el regreso del papado a Roma. Alrededor de la casa en la que vivía, en lo que hoy es Piazza Farnese, solo había escombros de casas carbonizadas, pilas de basura putrefacta, edificios desiertos, cenagales, fortalezas que sus ricos propietarios habían abandonado en favor de sus residencias de la Campagna, casuchas ocupadas por familias que morían de inanición e iglesias maltrechas a causa de la larga ausencia de la Curia. Al volver a sus casas, los peregrinos describían Roma como una ciudad lóbrega cuyo silencio solo rompían los aullidos de los perros o los ocasionales gritos del vulgo.

En Aviñón, los papas seguían haciendo oídos sordos a las súplicas de los romanos, a las oraciones que Santa Brígida pronunciaba con tanto fervor y a las cartas que Petrarca seguía escribiendo en edad tardía. Sin embargo, en 1362, Guillaume de Grimoard se convirtió en el sexto papa de Aviñón con el nombre de Urbano V. A instancias de Carlos IV, ya Emperador del Sacro Imperio, que se ofreció a acompañarle, reconoció la necesidad de volver a Roma, no solo por el bien de la ciudad, abandonada a su decadencia, sino también por el del papado, que corría un doble peligro en Aviñón: por parte de los mercenarios que llegaban desde Europa occidental; y por parte de los ingleses, que se habían enfrascado en una guerra con Francia que duraría cien años. El Papa Urbano V esperaba asimismo poder convocar una reunión entre las iglesias de Oriente y Occidente, y consideraba que las negociaciones con el patriarca de Constantinopla podrían resultar más satisfactorias si él estaba en Roma. En 1367, Urbano V cruzó los Alpes, se arrodilló ante la tumba de San Pedro y se alojó en las habitaciones sombrías y mal ventiladas que le habían preparado en el Vaticano. Pero la visita fue breve, pues la ciudad se le antojó más sofocante y desvencijada de lo que había imaginado. Además, el clero no respaldaba su intención de llegar a un acuerdo con

Constantinopla, y le pareció que, al fin y al cabo, sería más fácil cumplir con su misión de mediador entre Inglaterra y Francia desde Aviñón. De modo que, después de supervisar el traslado de las cabezas de los apóstoles a Letrán y de verlas dentro de los bustos de plata que había mandado hacer como relicario, Urbano V volvió a Francia, desoyendo la advertencia de Santa Brígida de que moriría si abandonaba Roma. La profecía se cumplió, y el Papa expiró en Aviñón a los pocos meses de su regreso.

Seis años más tarde, su sucesor Gregorio XI se convertiría en el último papa de Aviñón. Temiendo que se perdieran los Estados Pontificios italianos y que por tanto el papado no pudiera volver jamás a la Ciudad Santa, Gregorio XI decidió fijar la residencia permanente de la Curia en Roma, apoyado y animado por una extraordinaria joven que llegaría a convertirse en la santa patrona de Italia.

Catalina Benincasa era la hermana pequeña de los muchos hijos de un tintorero de Siena. Era una joven resuelta y guapa que había sorprendido, y luego consternado, a sus padres al negarse a contraer matrimonio, resistiendo a todos los esfuerzos de su familia, palizas incluidas, para que cambiara de opinión. Ella insistía en que quería entrar en la Orden Tercera de Santo Domingo y hacer los votos simples sin tener que abandonar su hogar. Pasaba largas horas en oración, entró repetidamente en éxtasis y al final experimentó el dolor de los estigmas. Su soledad, su ascetismo y las largas cartas que dictaba, sin saber escribir, atrajeron a un grupo de fieles seguidores que le acompañarían en sus viajes, los Caterinati (de su nombre italiano, Caterina). El primero de sus aciagos viajes le llevó a Aviñón, donde, abogando por la paz entre la Iglesia e Italia y aconsejando vivamente una cruzada contra los musulmanes, le rogó a Gregorio XI que cumpliera su intención de dejar Francia y volver a Roma. Así pues, hacia finales de 1376, el Papa decidió seguir su consejo y los dictados de su propia conciencia.

Gregorio XI remontó el Tíber de noche y desembarcó en San Pablo la mañana del 16 de enero de 1377 entre los aplausos de la multitud y el son de las trompetas. Como recuerdan los relieves que decoran su tumba en la iglesia de Santa Francisca Romana, le acompañaban numerosos *cardenales en caballos magníficamente enjaezados*. El artista le retrató montado bajo un palio con Santa Catalina a su lado, y representó a Roma con la forma de Minerva que salía a su encuentro; más allá de la Porta San Paolo, que aparece como una ruina tambaleante, la silla papal vira hacia las nubes y un ángel sostiene la tiara papal y las llaves de San

Pedro. Sin embargo, esta encantadora escena no evoca el final de un triste periodo de la historia de Roma, sino el principio de una era marcada por discordias aún más amargas, ya que el Papa Gregorio XI, pese a no haber cumplido los cincuenta años, era ya un hombre de aspecto anciano y moribundo. Al cabo de un año falleció, y su muerte provocó una elección papal marcada por una tremenda animosidad.

Los romanos habían dejado bien claro, a través de delegaciones, alocuciones y discursos en los diversos *rioni*, que el próximo pontífice tendría que ser necesariamente italiano y preferiblemente romano; y cuando los cardenales entraron en la sala del cónclave en el Vaticano, la muchedumbre gritó de forma amenazadora: «*Romano o Italiano lo volemo!*». Para proteger a los cardenales, los soldados recibieron órdenes de rodear el Vaticano y levantar barricadas en el Borgo. A modo de advertencia, se colocó un cadalso y un hacha de verdugo en San Pedro; y todos los tesoros de la Iglesia se guardaron en el Castel Sant'Angelo.

Todas las precauciones eran pocas para los atemorizados cardenales, cuya angustia creció cuando antes de entrar en la sala, que se había dividido con cortinas para la ocasión, les informaron de que hacía poco un rayo había alcanzado el edificio; un edificio que además ahora se encontraba invadido por los capitanes de los distintos *rioni* que les recordaban las exigencias del pueblo romano. Uno de los cardenales, más valiente que los demás, replicó que el cónclave tenía que realizarse en un ambiente tranquilo y sin intromisiones, lo que provocó la ira del vulgo, cuyos gritos se hicieron aún más agudos y aterradores. Mientras tanto, en el suelo de la sala se abrieron varias grietas de las que aparecieron las puntas de unas lanzas que los romanos habían clavado entre las vigas del piso de abajo, donde habían acumulado varias pilas de leña y yesca, de modo que todo podría arder en caso de que la votación resultara desfavorable.

La primera votación resultó en mayoría a favor del Arzobispo de Bari, Bartolomeo di Prignano, un napolitano que era, además, miembro de la Casa de Anjou, que aún reinaba en Nápoles, lo que le convertía en un candidato aceptable para los franceses. Pero al mismo tiempo se propagó el rumor de que había salido elegido el cardenal romano Francesco Tibaldeschi, con lo que cientos de personas irrumpieron en el cónclave, alzando sus vítores, para dar la bienvenida al nuevo papa. Los demás cardenales, para evitar que les arrojaran a todos por la ventana, convencieron al cardenal romano de que les siguiera el juego. Y de este modo, mientras el anciano Tibaldeschi se sentaba, tembloroso, en el

trono papal con su mitra y su casulla, asintiendo con aprensión ante las aclamaciones de sus seguidores, el resto de los cardenales huían hacia una capilla cercana en la que se confirmó la elección del arzobispo de Bari. Al final Tibaldeschi admitió la impostura, y el alboroto de la sala se volvió más tumultuoso que nunca. Pero cuando se supo que el nuevo papa, que había tomado el nombre de Urbano VI, sin ser romano, al menos era napolitano, y por tanto, italiano, las protestas se calmaron y el pueblo terminó por aceptar la elección a regañadientes.

No así los cardenales franceses, a quienes Urbano VI exasperaba hasta tal punto con su comportamiento despótico y arbitrario que había quienes sostenían que su elección le había hecho enloquecer. Así pues, amparándose en que la elección se había realizado bajo coacción, los cardenales franceses, como mayoría del Colegio Cardenalicio, le declararon depuesto y nombraron a Roberto, Cardenal de Ginebra, en su lugar. El Gran Cisma de Occidente había comenzado.

Clemente VII, el nuevo antipapa, cojo y bizco, volvió a Aviñón; mientras que el autoritario y enérgico Urbano VI se quedó en Roma. Y Catalina de Siena, con el corazón destrozado por la división de la Iglesia y por no haber sido capaz de reformar a su degenerado clero, murió en abril de 1380 en Via di Santa Chiara y fue enterrada en Santa Maria sopra Minerva.[5]

Los que lloraron su muerte se consolaron pensando que al menos no había tenido que ver la creciente degradación que sufrieron Roma y la Iglesia bajo el sucesor de Urbano VI: otro napolitano, listo y avaricioso, llamado Bonifacio IX. Durante su pontificado se celebró el tercer jubileo, en 1390. Este jubileo, que más que como una celebración religiosa se vivió como una ocasión de hacer negocios, se financió por medio de la dispensa de indulgencias a una escala sin precedentes, que atrajo a Roma una nueva oleada de peregrinos. Pero la corrupción de la Iglesia no les consternó más que el estado en que Roma se encontraba tras haberse empequeñecido hasta el punto que más bien parecía un pueblo provinciano en decadencia. Las cabras rumiaban las malas hierbas que crecían por las plazas y entre las enormes ruinas infectadas de ratas del Campo de Marte; el ganado pastaba al lado de altares de iglesias sin techo; los ladrones acechaban constantemente en los callejones; y por la noche, los lobos se peleaban con los perros ante las murallas de San Pedro, y con las patas escarbaban y desenterraban los cuerpos sepultados en el cercano campo santo. «¡Oh, Señor, cuánta miseria hay en Roma! —se lamentaba un viajero inglés—. Antes estaba llena de grandes fa-

milias nobles y palacios, y ahora está llena de tugurios, ladrones, lobos, alimañas y basura; y los romanos se despedazan unos a otros».

Tras abandonar sus desesperados intentos de recuperar la fuerza y estabilidad política del pasado, los romanos permitieron que el ambicioso Bonifacio IX asumiera el control total de la ciudad, que convirtiera en fortaleza el Vaticano y el recién restaurado y ampliado Castel Sant'Angelo, y que otorgara a sus amigos los puestos de representación y de mayor poder y beneficio. A su muerte, el miedo al rey de Nápoles comportó la elección de otro papa napolitano, Inocencio VII, contra el que los romanos se sublevaron en una revuelta que terminó en un humillante fracaso. Tras la muerte de Inocencio VII, la elección del veneciano Gregorio XII, que parecía dispuesto a intentar un acuerdo con el papa de Aviñón, conllevó la invasión de Roma de 1413 por parte del rey de Nápoles, que no estaba dispuesto a aceptar la pérdida de influencia que implicaría el fin del Gran Cisma.

Más o menos al mismo tiempo, un concilio eclesiástico en Pisa intentó acabar con el cisma que estaba dividiendo Europa. La solución que propuso el concilio fue deponer tanto al papa de Aviñón como al de Roma y elegir al cretense Petros Philargos, que recibió el nombre de Alejandro V. El nuevo pontífice se apresuró a dar por concluido el concilio, cuya decisión no aceptaron ninguno de sus rivales, que se negaron a renunciar, por lo que ya había tres papas en vez de dos, cada uno de los cuales excomulgó a los demás.

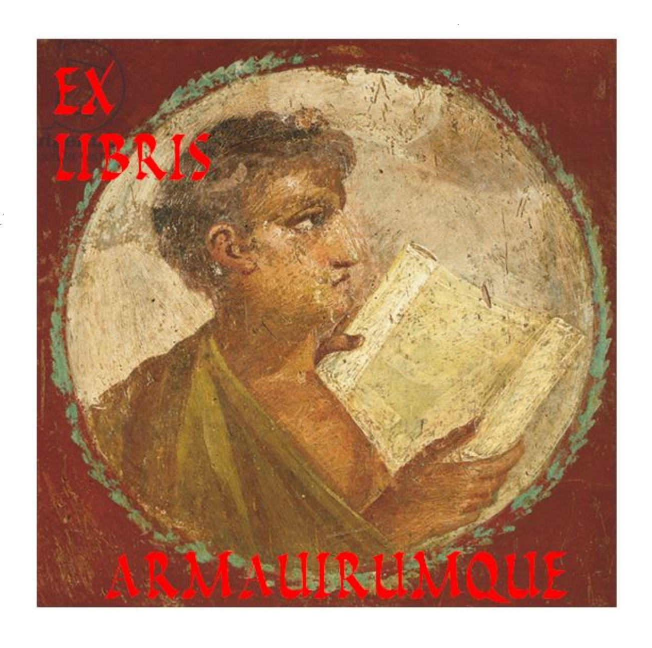
Un nuevo intento de desenmarañar el embrollo lo realizó el Emperador Segismundo al convocar otro concilio en Constanza. Para entonces había aparecido en escena un nuevo papa en la inverosímil figura de Baldassare Cossa como sucesor del papa elegido en Pisa, Alejandro V, al que todos creían que había asesinado. Sensual, sin escrúpulos y extremadamente supersticioso, Baldassare Cossa, que había accedido al trono papal como Juan XXIII, procedía de una antigua familia napolitana y tiempo atrás había sido pirata antes de convertirse en un libertino soldado.

En virtud de un pacto del que ambos desconfiaban, Juan XXIII acordó con el rey de Nápoles que establecería su residencia en Roma, donde, rompiendo el acuerdo, el rey le atacó el 8 de junio de 1413, obligándole a huir de la ciudad. El Papa escapó con su séquito por la Via Cassia. Por el camino, muchos prelados murieron de agotamiento y el resto sufrieron los robos de sus propios mercenarios. De nuevo, la ciudad que dejaban tras ellos fue sometida a pillaje. Los soldados napolitanos, libres

de un comandante que les vigilara, incendiaron las casas, saquearon la sacristía de San Pedro, usaron la basílica como establo para los caballos, desvalijaron los santuarios y las iglesias, y se sentaron junto a su botín para beber con las prostitutas en los cálices consagrados.

Juan XXIII, que había huido a Florencia, acudió al concilio de Constanza, donde le acusaron de todo tipo de crímenes y actos obscenos; herejía, simonía, tiranía, asesinato y el haber seducido a unas doscientas mujeres de Bolonia. Juan XXIII intentó escapar de Constanza disfrazado de mercenario, pero fue descubierto y llevado de nuevo ante el concilio, en el que se decidió tanto su deposición como la del papa de Aviñón, Benedicto XIII. Y, dado que los alemanes y los ingleses se habían unido a los italianos para luchar contra los franceses, el concilio pudo elegir a un único papa, Martín V.

Procedía de la familia romana Colonna, que, a pesar de todo el poder que había tenido los tres últimos siglos, aún no había dado ningún papa. Martín V volvió a Roma en 1420 bajo un palio color púrpura, detrás de unos bufones que le precedían danzando, y entre los gritos de bienvenida que se oían por las calles iluminadas con antorchas. Gobernaría en Roma más de diez años, y le sucederían otros dos papas italianos que sabrían demostrar sus extraordinarias cualidades: el veneciano Eugenio IV y el ligur Nicolás V. Por fin renació la esperanza de un nuevo amanecer.



SIETE

REFUGIO DE TODAS LAS NACIONES

Nicolás V no parecía la persona más adecuada para convertirse en el mecenas y defensor de la nueva era romana. Era un hombre menudo, pálido y de aspecto enfermizo, que caminaba con los hombros encorvados mientras lanzaba nerviosas miradas a su alrededor y la boca prominente se le fruncía con gesto de desaprobación. Con todo, nadie ponía en duda su generosidad y bondad, y todos los que le conocían apreciaban su inteligencia y sabían que estaba firmemente decidido a reconciliar la Iglesia con la cultura secular del Renacimiento en ciernes y a hacer que Roma volviera a ser digna de su pasado, de las glorias del mundo antiguo y de ser el centro de la Cristiandad. Era hijo de un médico de Liguria, pero la pobreza le había obligado a abandonar sus estudios en la Universidad de Bolonia e irse a trabajar como tutor a Florencia. Su amabilidad e ingenio le habían ayudado a hacerse muchos amigos, a quienes impresionaba su enorme sabiduría. «Lo que él no sepa —dijo uno de sus eruditos compañeros, Eneas Silvio Piccolomini—, queda fuera del alcance del entendimiento humano». Accedió al solio pontificio en 1447.

Sus dos predecesores —el Papa Colonna, Martín V, y Eugenio IV, un hombre muy alto, austero y circunspecto, hijo de un rico mercader— habían hecho todo lo posible por restaurar la maltrecha ciudad. Martín V había vuelto a crear el antiguo puesto de supervisor de la vía pública, que debía cerciorarse de que se recogieran la basura y los desechos que ensuciaban las calles y corrompían el aire de la ciudad; había restaurado muchas iglesias y edificios públicos; había hecho reconstruir los acueductos, que se encontraban en un estado tan lamentable que la mayoría de los ciudadanos ni siquiera sabía cuál había sido su función original; y, después de restaurar el Aqua Virgo, mandó construir una fuente en Piazza dei Crociferi, que sería la que en el siglo XVIII se convertiría en uno de los monumentos más famosos de Roma, la Fontana de Trevi.[1]

Martín V también hizo llamar al gran maestro toscano Masaccio para que trabajara en la ciudad y mandó que se trasladaran a Roma, desde Ostia, las reliquias de la madre de San Agustín, Santa Mónica, cuya tumba se encuentra hoy en la iglesia de San Agustín.[2] Aún así, cuando Eugenio IV volvió a Roma en 1443, tras haber sido expulsado previamente de la ciudad a causa de una riña con la familia del Papa Colonna, la ciudad seguía estando en un estado muy precario: Santa Maria in Domnica y San Pancracio estaban a punto de derrumbarse, Santo Stefano Rotondo no tenía techo y muchas otras iglesias se encontraban en la misma situación o en condiciones aún peores; los ciudadanos más prudentes trataban de evitar las calles del Borgo por temor a los derrumbamientos; y las calles, tan sucias como siempre, seguían pareciendo las de un pueblo rural por las que el ganado, las ovejas y las cabras vagaban entre las ruinas guiadas por sus dueños, ataviados con largas capas de campo y botas hasta las rodillas.

> Otros ya te habrán descrito el estado en que encuentra la ciudad, así que seré breve —escribió un viajero, Alberto de Alberti, en marzo de 1444—. Hay palacios, casas, tumbas y templos estupendos, e infinidad de edificios, pero están todos en ruinas. Hay alabastro y mármol de las antiguas construcciones, pero tienen la escandalosa costumbre de quemar los mármoles todos los días para hacer cal. Las nuevas edificaciones no tienen valor; toda la belleza de Roma yace en sus ruinas. Los hombres de hoy, que se autodenominan romanos, no tienen la prestancia ni la disposición de los antiguos habitantes de esta ciudad. *Breviter loquendo*, parecen ganaderos.

Otros visitantes describieron estatuas cubiertas de musgo, inscripciones desfiguradas e indescifrables, «trozos de paredes que parecían gruesos troncos de madera», cuevas en las que los animales del bosque iban a parir, calles por las que correteaban liebres y ciervos, y apariciones diarias de cabezas y miembros de hombres a los que habían descuartizado y clavado en las puertas, metido en jaulas o atravesado con lanzas.

Eugenio IV prosiguió los trabajos de restauración que había comenzado Martín V. Además, restauró el hospital del Santo Spirito; renovó el palacio de Letrán; realizó grandes obras en el Castel Sant'Angelo; reparó muros, puentes y un gran número de iglesias; ordenó que se recogieran enormes pilas de detritos y se echaran abajo las chabolas de madera que rodeaban el Panteón; prohibió, bajo penas severas, la ex-

tracción de material de construcción del Coliseo y de otros monumentos antiguos; empedró muchas calles; edificó una casa de la moneda cerca de San Pedro; y le encomendó al florentino Filarete las impresionantes puertas de bronce que aún podemos admirar en la entrada principal de la basílica de San Pedro, que constituyen uno de los mejores ejemplos del Renacimiento romano.[3]

Pero Nicolás V, a pesar del trabajo de sus predecesores, se encontró ante una Roma que seguía siendo una sucia ciudad medieval, en su mayor parte en ruinas, extremadamente fría en invierno cuando el viento de *tramontana* se alzaba sobre los helados pantanales, e insalubre en verano y en otoño cuando se desencadenaba la malaria. La población, que en su mayoría no era natural de allí y una buena parte ni siquiera era italiana, no superaba los cuarenta mil habitantes, lo que representaba menos de la vigésima parte de la cifra alcanzada en tiempos de Nerón y diez mil menos que los que habitaban en la Florencia de los Médici. De no haber sido por los peregrinajes anuales que suponían grandes beneficios para la ciudad, la población habría sido aún menor.

El Papa se propuso resolver el problema con su característica determinación, de acuerdo con la creencia de que si la fe de las personas había de ser fuerte, necesitaban un estímulo visual, «majestuosos edificios, recuerdos duraderos, testimonios de la fe como plantados en la Tierra por la mano de Dios». Por lo tanto, se restauraron muchas otras iglesias, entre las que cabe destacar las de Santo Stefano Rotondo y San Teodoro.[4] Se reconstruyó la sede del Senado, y también el palacio del Vaticano, que desde entonces se convirtió en la residencia principal del papa. Asimismo comenzaron las obras de una nueva basílica que reemplazara a la de San Pedro, pues la pared orientada hacia el sur se había combado hacia el exterior con una inclinación de casi un metro y medio respecto de la base y podía derrumbarse en cualquier momento. Tras consultarlo con Leon Battista Alberti, a quien había conocido en Florencia, Nicolás V se decantó por una basílica con cúpula, una nave central y dos laterales; y, haciendo caso omiso a la prohibición de su antecesor, ordenó que se extrajeran no menos de dos mil quinientos vagones de material del Coliseo, que se transportaron a través del Ponte Sant'Angelo.

A principios de 1449, Nicolás V consideró que la restauración de Roma y el estado pacífico de la Iglesia justificaban su decisión de declarar el año 1450 el primer Jubileo Universal, en el que ganarían indulgencia plenaria (remisión de la pena debida por los pecados pasados) todos los que fueran a Roma y visitaran diariamente durante un periodo espe-

cífico de tiempo, las cuatro iglesias principales de la ciudad: las basílicas de San Pedro, San Pablo, San Juan de Letrán y Santa María la Mayor. Para obtener dicha indulgencia, los italianos tendrían que permanecer en Roma catorce días; los que llegaran del otro lado de los Alpes, ocho; y los romanos tendrían que recorrer las iglesias durante un mes.

Decenas de miles de peregrinos de toda Europa llegaron a Roma. «Una incalculable multitud de franceses, alemanes, españoles, portugueses, griegos, armenios, dálmatas e italianos apremiaban el paso para dirigirse a Roma, refugio de todas las naciones —escribió un peregrino—. Avanzaban con completa devoción, entonando himnos en distintas lenguas». Otros testigos describieron la multitud de peregrinos como una bandada de estorninos o una marabunta. Tan solo desde Dánzig (Alemania), unos dos mil hombres, mujeres y niños emprendieron el camino hacia el sur.

> No se había visto jamás una multitud de cristianos tan numerosa dirigiéndose a Roma para el Año Santo —escribió un cronista entusiasta en Brescia—. Reyes, duques, marqueses, condes y caballeros, gente de todos los rangos de la Cristiandad, llegaban a Roma diariamente en tan inmensas aglomeraciones que la ciudad acogió millones de almas. Y la situación continuó durante todo el año, excepto en verano, cuando la peste se cobró innumerables víctimas. Pero tan pronto como la epidemia amainó con la estación más fría, la afluencia de peregrinos aumentó.

En las iglesias más famosas, la gente se apiñaba hasta las puertas. A todas horas, cientos de peregrinos se daban empellones y estiraban el cuello en las catacumbas de la iglesia de San Sebastián. También acudían a San Pedro, donde el Papa, al que se solía ver caminando descalzo entre las estaciones, daba su bendición todos los domingos, así como en los demás santos lugares en los que se exhibían las cabezas de los apóstoles, el pañuelo de Santa Verónica o cualquier otra sagrada reliquia de Roma. Aquel año contaba además con una atracción especial: la canonización del fraile franciscano y «predicador del pueblo» San Bernardino de Siena, que tuvo lugar en San Pedro el domingo de Pentecostés. Para la celebración se instaló un gran trono papal debajo de doscientas velas. Rodeado de catorce cardenales y veinticuatro obispos, todos magníficamente ataviados con ricas vestiduras, Nicolás V llevó a cabo la ceremonia «con la mayor exactitud, solemnidad y esplendor».

La oleada de peregrinos que llegó a Roma en 1450 supuso inmensos beneficios para la Iglesia, por lo que el Papa pudo depositar *cien mil flo-*

rines de oro en el banco de los Médici y continuar tranquilamente con su restauración de la ciudad. Otros muchos ciudadanos romanos ganaron enormes sumas de dinero, sobre todo los cambistas, boticarios, taberneros y artistas que pintaron copias del pañuelo de Santa Verónica y demás reliquias. Pero el número de peregrinos era muy superior al que las autoridades podían controlar adecuadamente. La cantidad de alimentos que los Estados Pontificios proporcionaron a la ciudad era mucho menor de la que se necesitaba para las miles de personas a las que había que alimentar. Los molineros se quedaron sin grano, los panaderos sin harina y los mercaderes sin vino, queso, fruta y carne. Los precios se pusieron por las nubes. Muchos peregrinos hambrientos tuvieron que abandonar la ciudad antes de poder cumplir todas las obligaciones impuestas para obtener la indulgencia. Si bien un censo de 1527 no registra más de doscientas treinta y seis, según los cálculos del peregrino florentino Giovanni Rucellai, había mil veintidós posadas en Roma, pero al estar completas, «todas las casas se convirtieron en posadas».

> Los peregrinos rogaban que, por amor de Dios, les alojaran por un precio asequible, pero era imposible. Tenían que dormir en la calle. Muchos morían de frío; era espantoso. La hambruna hacía estragos. Muchos se marchaban de Roma todos los domingos, pero al sábado siguiente las casas volvían a estar hasta los topes. La ciudad estaba tan abarrotada que ir a San Pedro era una empresa imposible, con la muchedumbre que se agolpaba en las calles. Y tampoco había manera de entrar en San Pablo, San Juan de Letrán o Santa María la Mayor, donde se apiñaban todos los peregrinos. Roma estaba tan saturada que era imposible caminar. Cuando el Papa daba la bendición solemne, los fieles se amontonaban por todas partes, hasta los viñedos de los alrededores estaban atestados, pero aun así eran muchos más los que no conseguían verle. Todo siguió igual hasta Navidad.
>
> Después de esta hubo un momento de calma, pero en Cuaresma confluyó tal cantidad de personas en Roma que muchas tuvieron que acampar en los viñedos, pues dentro de las murallas ya no quedaba ni un solo hueco donde dormir.

> En Semana Santa, era tal el hervidero de gente que iba o regresaba de San Pedro que el puente que cruza el Tíber continuaba abarrotado hasta las dos o las tres de la mañana —escribió el cronista romano contemporáneo Paolo di Benedetto di Cola dello Mastro—. La muchedumbre que

> cruzaba el puente era tan numerosa que los soldados de Sant'Angelo, junto con otros jóvenes (yo solía estar allí), tenían que apremiar a la multitud y separar a las masas con palos por temor a que se produjera algún accidente grave. Por la noche se veía a muchos peregrinos pobres que dormían bajo los pórticos, mientras que otros vagaban por la ciudad buscando a sus padres, hijos o compañeros; daba pena verles. Todo siguió así hasta el día de la Ascensión, cuando la peste azotó la ciudad. Muchos murieron, sobre todo los que disponían de menores recursos. Los hospitales e iglesias se llenaron de enfermos y moribundos, y por las calles se les veía caer muertos al suelo como si fueran perros. Algunos consiguieron salir de Roma con gran dificultad, pero muchos, renegridos y llenos de polvo, sucumbieron a la peste por los caminos, jalonados de tumbas incluso en Toscana y Lombardía.

Después de la epidemia se produjo otro desastre el 19 de diciembre, cuando una abrumadora multitud jamás vista hasta entonces se reunió para ver el pañuelo de Santa Verónica y recibir la bendición papal. Sobre las cuatro se anunció que, debido a lo tarde que era, aquel día no se daría la bendición. Así pues, toda la gente que había de volver a la ciudad cruzando el río se abalanzó hacia el Ponte Sant'Angelo, que estaba atestado de tenderetes de mercaderes. Ante semejante tropel, los caballos y mulas situados en la otra parte del puente se espantaron, cerrando el paso de los peatones. Sin saber que el puente había quedado intransitable, llegó una nueva oleada de peregrinos, que empujó a la anterior sobre lo que ya era una ingente masa de cuerpos que forcejeaban unos con otros. Muchos tropezaron y los otros les pisotearon al caer al suelo. Pronto estalló el pánico. Algunos murieron aplastados. Se oían los gritos de los que caían sobre los tenderetes o por encima de la balaustrada hasta hundirse en el río. Durante una hora reinó la confusión. Mientras unos se afanaban en salir del puente, otros seguían empujando desde atrás, abriéndose camino entre muertos y heridos. Muy pronto hubo más de ciento setenta cuerpos delante de la iglesia de los Santos Celso y Julián,[5] y otras treinta personas se ahogaron en el Tíber. Los que escaparon tenían la ropa hecha harapos.

> A algunos se les veía corriendo solo con un jubón, una malla o casi desnudos —le escribió un peregrino de Florencia a Giovanni de Médici—. En el terrible maremágnum, todos habían perdido a alguien, y los gritos de los que buscaban a sus amigos se confundían con los de los que

> lloraban la muerte de sus seres queridos. Al atardecer se presenciaron las escenas más desgarradoras en la iglesia de San Celso, que siguió plagada de gente hasta las once; todos encontraban a un padre, a un hermano o a un hijo entre los muertos. Un testigo dice que ni los hombres que habían luchado contra los turcos habían visto jamás algo tan espantoso.

A fin de prevenir futuros accidentes, Nicolás V ordenó que se echara abajo una fila de casas y se demoliera el ruinoso Arco de Graciano, Valentiniano y Teodosio,[6] de forma que pudiera crearse un amplio espacio abierto: la futura Piazza di Ponte Sant'Angelo.

En su esfuerzo por dignificar Roma como centro de la Cristiandad, Nicolás V no solo realzó la ciudad desde un punto de vista arquitectónico, sino que también intentó enaltecerla artísticamente. La convirtió en un centro destacado para los orfebres y tapiceros, e incluso le pidió a Renaud de Maincourt que abandonara París para abrir un taller de tapicería en la ciudad. También hizo llamar a Fra Angelico, un menudo y piadoso fraile de Florencia que todas las mañanas se recogía en oración antes de ponerse a pintar, a quien tanto le embargaba la emoción al pintar a Cristo que le caían las lágrimas por las mejillas, y cuya humildad le llevó a excusarse ante Nicolás V cuando este le invitó a cenar, diciendo que para comer carne necesitaba el permiso del prior, sin percatarse de que con el permiso papal habría bastado. Para el Papa Nicolás V, Fra Angelico decoró la maravillosa capilla privada del Vaticano y la capilla del Santísimo Sacramento, y pintó el retablo del altar mayor de Santa Maria sopra Minerva. En esta iglesia fue sepultado al morir en Roma en 1455.

Con las obras de arte llegaron los libros. El Santo Padre envió delegados por toda Europa con el encargo de buscar manuscritos y volúmenes, y recompensó generosamente a los humanistas que iban a Roma para traducir y copiar los textos antiguos. Por deseo de Nicolás V se tradujeron al latín obras de Homero, Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Ptolomeo y Diodoro. Y a su muerte, este librero *manqué*, de excelente caligrafía, pudo legar más de mil volúmenes a la Biblioteca Vaticana, que él había fundado.[7]

En el breve pontificado de su sucesor, el español Alfonso de Borja, que se convirtió en el primer papa Borgia como Calixto III en 1455, el vigor de la vida artística y humanista de Roma disminuyó. Un antiguo y frágil compromiso entre los Colonna y los Orsini volvió a resurgir, y Calixto III condenó a su predecesor por haber gastado tanto dinero en restauraciones, obras de arte y libros, en lugar de concentrarse en una

cruzada contra los sarracenos. El nuevo papa vendió varias obras de arte, y hasta llegó a empeñar su mitra para luchar contra los turcos y reunió una flota pontificia para liberar varias islas egeas del control otomano. Pero la mayor parte del tiempo lo pasó enfermo en el Vaticano, rodeado de parientes y amigos que entraban y salían de su habitación, y que invitaban a otros españoles a ir a Roma a compartir su fortuna. Por ello, cuando Calixto III falleció a los tres años de su elevación, los romanos se sintieron aliviados, pues estaban hartos de la invasión de los que ellos llamaban «los catalanes», y del acento y la moda española que se oía y veía por todas partes. Una vez más, los prelados de toda Europa confluyeron en Roma para el cónclave en el que se elegiría a un nuevo pontífice; pero esta vez con la seguridad de que tanto el papado como Roma, ya indisolubles, se enorgullecían mutuamente en su persona.

Uno de los que emprendieron el viaje aquel caluroso verano de 1458 fue el rico y astuto Arzobispo de Rouen, Guillaume d'Estouteville. Con la intención de obtener el nombramiento, tan pronto como el Arzobispo llegó a la ciudad comenzó a prometer favores y cargos de honor. En las letrinas del Vaticano, que resultaron ser el lugar más seguro para conducir sus intrigas, los seguidores de Guillaume d'Estouteville se reunían para analizar de qué modo su candidato podría asegurarse la mayoría necesaria de dos tercios. Aunque al principio confiaban en un éxito rotundo, no tardaron en darse cuenta de que la mayoría de los dieciocho cardenales presentes se inclinaban a favor de otro candidato, el igualmente ambicioso Obispo de Siena, quien describió en su autobiografía las dramáticas escenas que tuvieron lugar durante el cónclave cuando se acercaba el momento de una segunda votación, después de que la primera no hubiera resultado concluyente.

Los cardenales se reunieron en la capilla de San Nicolás. Sobre el altar se colocó una copa de oro en la que cada uno debía depositar la papeleta con su voto. Tres prelados se encargaban de vigilar la copa; uno de ellos era Guillaume d'Estouteville, que temblaba de emoción. Por orden de antigüedad, los cardenales fueron depositando sus votos. Luego la copa se vació, las papeletas se desplegaron y se leyeron los nombres. Guillaume d'Estouteville anunció el resultado. Pero el Obispo de Siena, que por prudencia había estado tomando nota de los nombres conforme se iban leyendo, objetó que su rival se había equivocado en el número de votos que le correspondían. Y así había sido. Pero el recuento tampoco le dio la mayoría necesaria, por lo que el Colegio Cardenalicio tuvo que recurrir al método conocido como *per accessum*, en virtud del

cual, durante la discusión puede hacerse público si algún votante está dispuesto a cambiar su voto en favor de otro candidato.

«Todos se sentaron, silenciosos y pálidos, como aturdidos —recordó el Obispo de Siena en su narración de los últimos momentos del cónclave—. Nadie habló durante un rato, nadie movió un solo músculo del cuerpo, tan solo las miradas pasaban de unos a otros. El silencio era impresionante». De repente, el joven Rodrigo Borgia, que había sido nombrado Cardenal a la edad de veinticinco años por su tío Calixto III, se levantó y anunció: «Concedo mi voto al Obispo de Siena». Pero después de esta declaración volvió a hacerse el silencio. Dos cardenales, temiendo que les obligaran a votar en público, salieron apresuradamente de la capilla «alegando el llamado de la naturaleza». En ese momento se levantó otro cardenal para anunciar su apoyo al Obispo de Siena. Pero aun así no se había alcanzado todavía la mayoría de dos tercios: faltaba un voto. Y persistía el silencio. Por fin, el anciano Prospero Colonna se levantó tambaleando y «habría declarado con voz solemne [su voto en favor del Obispo de Siena], pero le cogió por la cintura [Guillaume d'Estouteville] y le reprendió con dureza. Cuando perseveró en su empeño, Guillaume d'Estouteville intentó sacarle a rastras de la capilla. Indignado por la humillación, Colonna exclamó, alto y claro: "¡Accedo a Siena y le hago papa!"».

Roma saltó de alegría por que el nuevo papa fuera italiano. «Por todas partes resonaban risas, muestras de júbilo y voces que gritaban: "¡Siena! ¡Siena! ¡Bendita Siena!". Las fogatas resplandecían en todos los cruces. Todos los vecinos festejaban. No había lugar en el que no sonaran los cuernos y las trompetas, ni un solo barrio en toda la ciudad que no se hubiera vestido de fiesta. Los ancianos aseguraban que no habían visto nunca en Roma tanto regocijo entre el pueblo».

Al Papa, que adoptó el nombre de Pío II, lo único que le aguó la fiesta fue que la plebe, tal y como permitía la costumbre, saqueara sus habitaciones. Algunos no habían entendido bien el nombre que se anunció desde la ventana del palacio, por lo que se precipitaron hacia la casa del rico Arzobispo de Génova, donde consiguieron un suculento botín. Pero los que lo habían entendido bien se agolparon en sus habitaciones, y al no encontrar nada de gran valor, se llevaron todo lo que pudieron, hasta las estatuas de mármol.

El Papa había nacido en el seno de una familia que sufría una cierta estrechez económica. Era el primogénito de un noble venido a menos que llegó a tener dieciocho hijos y que se dedicaba a cultivar sus tierras más

allá de los amarillentos muros de la villa toscana de Corsignano. Antes de que él naciera, su madre había tenido un sueño sobrecogedor en el que se veía dando a luz a un niño con una mitra en la cabeza, y como a los clérigos herejes se les obligaba a ponerse una mitra de papel mientras les torturaban o ejecutaban, la palabra *miterino* (merecedor de una mitra) se usaba de un modo despectivo para referirse a todo el que mereciera este final; por ello su madre temía un destino terrible para su hijo. Aunque resultó ser un buen niño, siempre dispuesto a ayudar a su padre en las tareas de labranza, y un estudiante responsable, aunque fogoso y propenso a los amoríos, su madre siguió preocupada hasta que por fin le nombraron obispo de Trieste. Su hijo, atractivo, listo, ingenioso y elocuente, no tardó en abrirse camino en el mundo. Ya era un diplomático excepcionalmente persuasivo, además de un famoso orador, poeta y conversador cuando recibió las órdenes sagradas; y desde entonces no tardó más de dos años en alcanzar la dignidad de obispo. Había entrado en el cónclave con la seguridad de ser elegido; y si bien estaba dispuesto a promover los intereses de sus familiares y amigos del mismo modo en que lo habían hecho sus antecesores, también estaba decidido a llegar a ser merecedor del trono papal y a no olvidar lo que le había dicho a un amigo el día en que se ordenó y aceptó que a partir de aquel momento su antigua vida licenciosa habría de ser sustituida por la castidad que tanto temía: «No niego mi pasado. Me he apartado mucho del buen camino, pero por lo menos lo sé y espero no haberme dado cuenta demasiado tarde».

Gracias a su erudición en el campo de la literatura clásica y a su afición a la belleza, la arquitectura y la naturaleza, Pío II demostró un profundo y duradero interés por las antigüedades de la ciudad, lo que le llevó a examinar frecuentemente los vestigios de la Antigua Roma y a describirlos con entusiasmo. Siendo cardenal había escrito un famoso epigrama:

> ¡Oh, Roma! Tus vestigios son mi alegría.
> Tu pompa ha caído, la que un día no tuvo igual.
> Los nobles bloques de piedra se separan de tus antiguos muros.
> Los queman para hacer cemento los ávidos esclavos del lucro.
> ¡Villanos! Si continuáis por ese camino tres años más,
> la gloria de Roma se consumirá.

Hizo todo lo que pudo por proteger del expolio los monumentos de la ciudad, y en una bula de abril de 1462 prohibió que se derribaran los

edificios antiguos de Roma y la Campagna, incluso en las propiedades privadas. En sus *Comentarios* confiesa que la rabia le invadió al ver a un hombre que estaba excavando y sacando las piedras de la Via Appia, «desmenuzando los grandes cantos rodados para construirse una casa en Genzano». Aun así, y a despecho de haber reprendido al hombre con dureza y haber dado órdenes para que la carretera no volviera a ser saqueada jamás, cuando los necesitó, no se abstuvo de robar buenos bloques de piedra del Coliseo y el Foro para construir en San Pedro una escalinata que llevara a la nueva tribuna de la bendición papal.

En realidad, la escalinata y la tribuna fueron dos de las empresas menos ambiciosas de Pío II, ya que lo que de verdad tenía en mente era una gran cruzada. Sin embargo, pese a las ganancias del jubileo, los recursos de la Iglesia no eran suficientes. Por más que los Estados Pontificios le hubieran convertido en un príncipe soberano, esto no le proporcionaba grandes ingresos; Roma le aportaba menores beneficios; y la Pragmática Sanción de Bourges había reducido considerablemente las rentas que el Papa había venido obteniendo anualmente por el arrendamiento de las propiedades que la Iglesia poseía fuera de Italia desde principios del siglo XIV. Esta ordenanza, emitida por el clero francés en 1438, proclamaba el derecho de la Iglesia de Francia a administrar sus propiedades temporales con total independencia del papado y reducía los aranceles en cuatro quintos; y así fue hasta 1516, cuando el papa y el rey francés firmaron el Concordato de Bolonia. Todo ello acarreó serias dificultades económicas al papado de Pío II, puesto que la Curia, como depositaria de los archivos de la Iglesia, administradora de su justicia, superintendente de sus finanzas, diplomacia y política, y último tribunal de apelación de la Cristiandad, era muy cara de mantener, por mucho que contara con ingresos fijos que le permitían pagar la organización y a quienes trabajaban en ella. Además, el papa era el único responsable del pago de los magistrados y la costosa administración de Roma, pues si bien la ciudad aún contaba con un senador que desfilaba por las calles rodeado de cuatro sirvientes, con una toga de color púrpura, una capa brocada y un cetro de marfil, en realidad era Su Santidad quien regía la ciudad con la ayuda del gobernador.

Las revueltas contra la autoridad tampoco habían cesado del todo. Acaeció una en 1436, cuando el Papa Eugenio IV tuvo que huir de la ciudad. Para restaurar el orden, contó con la ayuda de un representante astuto, cruel y aterrador, Giovanni Vitelleschi, obispo de Recanati, y luego con la del Cardenal Lodovico Scarampo, igualmente despótico y

espeluznante. En tiempos de Lodovico, varios sacerdotes a los que se había inculpado de robo tuvieron que pasar varios días expuestos en una jaula en Campo dei Fiori. Al cabecilla de la revuelta, un canónigo, le montaron en un asno con una mitra decorada con dibujos de demonios y le colgaron de un árbol en Piazza San Giovanni, mientras que sus dos principales cómplices murieron en la hoguera. Durante el pontificado de Nicolás V también se produjeron disturbios cuando un arrogante ciudadano, Stefano Porcari, siguiendo los pasos de Cola di Rienzo, intentó derrocar al Papa y establecer una República, de forma que fue ejecutado junto con su cuñado, Angelo de Maso, y el hijo mayor de este último. Y en tiempos de Pío II, aprovechando que el Papa y la mayoría de los miembros de la Curia se habían marchado al norte para acudir a un congreso que tendría lugar en Mantua, los dos hijos menores de Angelo de Maso, Tiburzio y Valeriano, se levantaron contra la autoridad papal y, con un grupo de trescientos jóvenes, la mayoría procedentes de familias nobles, causaron tantos destrozos por toda la ciudad que el senador se vio obligado a escapar de su palacio de Campo dei Fiori para refugiarse en el Vaticano; a partir de ese momento, los agitadores secuestraron ciudadanos para exigir rescates, violaron mujeres a las que luego ahogaron, y una banda de estos violó a una joven que iba de camino a su boda. La indignación de los ciudadanos obligó al gobernador a tomar cartas en el asunto. Cuando el gobernador le expulsó, Tiburzio de Maso «cruzó las calles pavoneándose como un gran príncipe», saludando a la multitud que se había reunido para verle partir hacia unos de los castillos de su familia, los Savelli.

Y cuando Pío II regresó a Roma, los hermanos De Maso, animados por la revuelta de la familia Colonna y su condotiero Giacomo Piccinino, siguieron perturbando el orden público. Pío II sabía que para restaurar el orden y afirmar la autoridad papal en la ciudad tenía que acabar con ellos. Tiburzio, que había vuelto a entrar en la ciudad a través de una grieta de las murallas cercanas a las Termas de Diocleciano, fue arrestado y, junto a varios compañeros, sentenciado a muerte. El Cardenal Tebaldo, senador de Roma, propuso que los culpables de «tales atrocidades» habían de ser torturados antes de morir. Pero el Papa intervino: la muerte era castigo suficiente; además, unos sacerdotes acompañarían a los condenados hasta el patíbulo. Mientras les ahorcaban, el Papa se compadeció de ellos.

En aquel momento, Pío II tenía cincuenta y cinco años, pero un cálculo renal, la persistente gota y la tos continua, le habían hecho enveje-

cer prematuramente. Tenía casi todo el cabello cano, el cuerpo menudo se le había encogido y encorvado, y era propenso a breves arrebatos de cólera. Pero seguía trabajando con el mismo empeño. Se levantaba al amanecer y se ponía a trabajar después de decir u oír misa. Durante toda la mañana atendía las audiencias o reuniones con los cardenales y demás miembros de la Curia. Después de un frugal almuerzo y una breve siesta, pasaba toda la tarde dedicado a la literatura, los dictados u otras audiencias que tuviera que atender, hasta la hora de la cena. Antes de acostarse, hacía un balance del trabajo del día y, ya en la cama, seguía dictando a sus secretarios, antes de abandonarse a unas cinco o seis horas de sueño.

Una de las mayores preocupaciones de Pío II era la amenaza que los otomanos suponían para la Cristiandad. Los turcos habían conquistado Constantinopla en 1453, habían extendido sus fronteras hasta el Danubio, y habían conseguido ocupar Otranto en 1480, abriendo así un puente hacia Italia por el sur. Por este motivo había organizado el Congreso de Mantua, con la idea de debatir la posibilidad de una gran cruzada. Profundamente decepcionado con la conclusión del congreso, que no aprobó la cruzada, el Papa volvió a Roma y, desde la escalinata de San Pedro, mostró la cabeza del apóstol San Andrés ante la multitud e hizo la solemne promesa de liberar el mundo cristiano de sus enemigos. Así pues, el verano de 1464, atormentado por la gota y la fiebre, emprendió el camino hacia Ancona, donde las fuerzas de la Cristiandad se reunirían para una santa cruzada. Pero sus esperanzas se verían truncadas de nuevo. Para cuando llegó a Ancona, en cuyo puerto quedaban dos naves después de que las demás hubieran zarpado hacia Venecia por el Adriático, tan solo le quedaban unas pocas horas de vida. En cuanto murió, las galeras venecianas volvieron a puerto; y los cardenales, agradecidos por poder prescindir de las molestias de una cruzada, regresaron a Roma para elegir a su sucesor.

OCHO

RENACIMIENTO Y DECADENCIA

Sentado en el balcón de su nuevo palacio, que daba a la Via Lata, el Papa veía las carreras, que constituían el punto culminante de los carnavales romanos. Desde el palacio hasta el Arco de Domiciano, corrieron primero los judíos y luego los cristianos, jóvenes, adultos y ancianos. Después hubo carreras de burros y búfalos, y, por último, las anheladas carreras de los *barberi*, los caballos bereberes que, sin jinete y enjaezados con ligeras telas blancas y sillas adornadas con incrustaciones de esmalte, corrían libres y «frenéticos», hasta que de repente, a mitad de la carrera, les detenía una inmensa sábana blanca que les esperaba colgada de un lado a otro la calle. Los romanos, ataviados con todo tipo de disfraces de ninfas, dioses, héroes y hadas, desfilaban por las calles, entre edificios decorados con ramas y guirnaldas, mientras caían lazos y flores sobre los bancos y tarimas. Al caer la noche, el Papa ofreció un gran banquete frente a su residencia y, al terminar, tras lanzar puñados de monedas desde las ventanas de palacio, se permitió que el pueblo acabara con los restos del banquete.

Era el Palazzo San Marco, que el Papa había hecho construir al lado de la basílica de San Marcos[1] después de una cuidadosa restauración de esta última. En la fachada del actual Palazzo Venezia,[2] en el que llegó a convertirse con el tiempo, aún se pueden distinguir algunas de las ventanas del antiguo palacio papal. Después de establecerse en su nueva morada en 1466, el Papa decidió que el carnaval, que hasta entonces tenía lugar en el Capitolio o en Monte Testaccio, se trasladaría a Via Lata. Y así fue como la calle principal de Roma recibió su nombre de las carreras del carnaval (*corse*), convirtiéndose en Via del Corso, también conocida como el Corso.

El Papa, que había tomado el nombre de Pablo II después de su elección como sucesor de Pío II en 1464, era un veneciano atractivo y gene-

roso, de carácter vanidoso y sensual. Pero además de saber disfrutar del espectáculo y el placer, tenía una voluntad de hierro. Revisó los estatutos de Roma e impuso férreas medidas contra los *brigosi* —los responsables de despiadadas venganzas entre las familias que seguían siendo la gran amenaza de Roma y de muchas otras ciudades italianas—, a los que llegó a privar de sus derechos civiles, e incluso ordenó la demolición de las casas de muchos de ellos. Si bien recibió duras críticas del clero por haber difundido el carácter pagano del carnaval, Pablo II se opuso firmemente a la Academia Romana, una sociedad semisecreta que se había fundado con el fin de revivir los ideales clásicos, recuperar la celebración de los antiguos ritos romanos, promover las labores arqueológicas y fomentar el comercio de antigüedades. Algunos de sus miembros, como su fundador, Julio Pomponio Leto, fueron arrestados, y otros, como Bartolomeo Platina, fueron torturados.

No obstante, Pablo II fue un gran erudito y un insaciable coleccionista de obras de arte, de ahí que el Palazzo San Marco estuviera repleto de grabados, joyas, camafeos, jarrones, cálices con incrustaciones de piedras preciosas, bandejas de oro y plata, tapices y brocados. Pero la extravagancia por la que algunos de sus contemporáneos le criticaron duramente, se vería más tarde como un daño mucho menor del que produciría el nepotismo de su sucesor, Sixto IV, quien, con la intención de promover los intereses de su familia, introdujo de lleno al papado en los enredos de la política italiana.

Francesco della Rovere era un hombre corpulento, ambicioso, arisco y desdentado, con una enorme cabeza, nariz achatada y expresión amenazadora, que había nacido en el seno de una familia empobrecida de Liguria que se dedicaba al comercio de pescado. Mientras estuvo en su mano, repartió y otorgó incesantemente cargos de gran autoridad y provecho a su familia en los Estados Pontificios. Nombró cardenales a seis jóvenes de su familia, ya fueran sobrinos o hijos ilegítimos. Uno de ellos fue Pietro Riario, quien, tras haber sido nombrado obispo de Treviso, patriarca de Constantinopla y arzobispo de Florencia, Sevilla y Mende, murió antes de cumplir treinta años, víctima de los excesos y endeudado hasta las cejas, tras derrochar doscientos mil florines de oro en su breve vida como cardenal. Su primo, Giuliano della Rovere, el obispo de Carpentras de veintiocho años, también fue nombrado cardenal; así como el hijo de la sobrina del Papa, Raffaele Riario, con tan solo diecisiete años. El sobrino de Giuliano, Leonardo della Rovere, recibió el título de prefecto de Roma; mientras que al hermano de Pietro Riario, el grueso,

ruidoso y vulgar Girolamo Riario, le otorgó el señorío de Imola, una pequeña ciudad situada entre Bolonia y Forlì, para cuya compra hubo de solicitar un préstamo al banco de los Médici.

Esto provocó una fuerte disputa con la familia Médici, ya que Lorenzo de Médici, director del banco y señor de Florencia, que también quería Imola, no estaba dispuesto a permitir que la estratégica ciudad cayera en manos del Papa. De modo que, cuando le denegó el préstamo, a Sixto IV no le quedó más remedio que acudir a los rivales florentinos de los Médici, los banqueros de la familia Pazzi, que no dudaron en adjudicarse la valiosa cuenta de la Curia. Animado por las circunstancias, Francesco de Pazzi, el joven dueño del banco de su familia en Roma, concibió un plan para hacerse con el poder de los Médici en Florencia. Para ello buscó la ayuda de Girolamo Riario, cuya ambición iba mucho más allá de convertirse en el señor de Imola, y del condotiero Gian Battista Montesecco, que había trabajado anteriormente para el papado. Montesecco prometió ayudarle con una condición, el Papa en persona tendría que darle su permiso. Así pues, Francesco de Pazzi se comprometió a conseguirle una audiencia con el Santo Padre. Una vez hecho, Montesecco se dirigió al Vaticano en compañía de Girolamo Riario y Francesco Salviati, pues este último también se sintió ofendido cuando Lorenzo de Médici le negó el acceso a Toscana, a pesar de ser Arzobispo de Pisa.

—Todo este asunto, Santidad, podría terminar mal si obviamos la muerte de Lorenzo y [su hermano] Giuliano, y tal vez de otras personas —dijo Montesecco, según su propia versión de los hechos.

—No deseamos la muerte de nadie, como establece Nuestro Ministerio. Si bien es cierto que Lorenzo es un villano, y como tal se comporta ante Nos, no deseamos su muerte, sino un cambio en el gobierno.

—Haremos todo lo posible por evitar la muerte de Lorenzo —afirmó Girolamo—. Mas si hubiera de morir, ¿Su Santidad concedería el perdón al culpable?

—Eres un patán. He dicho que no deseamos la muerte de nadie, tan solo un cambio en el gobierno. Y te repito, Gian Battista, que ansiamos ese cambio y que Lorenzo, que es un villano y un *furfante* [rufián], no nos estima. Sin él en Florencia, podremos hacer lo que nos plazca con la República, lo cual nos complacería inmensamente.

—Sabias palabras, Santidad. Permitid, por tanto, que hagamos todo lo posible para lograrlo.

—Id, pues, y haced todo lo que esté en vuestras manos, siempre que no haya muertes de por medio.

—Santidad, ¿nos concede permiso para gobernar este barco, y para gobernarlo bien?

—Os lo concedo.

El Papa se levantó, les prometió «todo tipo de apoyo que pudieran necesitar, soldados o cualquier otro medio» y se despidió de ellos.

Los tres hombres abandonaron la sala, tan convencidos como lo estaban al llegar, de que si de verdad querían que funcionara su plan, tanto Lorenzo como Giuliano habrían de morir, y de que el Papa, a pesar de haberse opuesto con palabras, perdonaría el asesinato si este fuera necesario.

Y se cometió, pero el Papa no concedió el perdón. Tuvo lugar el domingo 26 de abril de 1478, durante la misa, en la catedral de Florencia. Giuliano de Médici fue apuñalado ante el altar mayor, pero su hermano Lorenzo logró escapar con una herida en el cuello. Los florentinos se aliaron a la familia Médici, buscaron a los asesinos y, después de arrancarle la ropa a Francesco de Pazzi, le colgaron de una cuerda muy larga que ataron en el matacán del Palazzo della Signoria.

Las feroces represalias de los florentinos a consecuencia de la fallida conspiración, provocaron una intensa ola de violencia en Roma cuando Girolamo Riario, a la cabeza de trescientos alabarderos, se lanzaron a la calle con la intención de arrestar al embajador de Florencia. Le habrían encerrado en los calabozos del Castel Sant'Angelo de no haber sido por las duras protestas que los embajadores de Venecia y Milán manifestaron ante semejante violación de la inmunidad diplomática. El Papa, tío de Riario, ordenó entonces el arresto de todos los banqueros y mercaderes florentinos que se encontraran en Roma, aunque luego tuvo que ponerles en libertad cuando le comunicaron que su sobrino nieto, el Cardenal Raffaele Riario, estudiante de la Universidad de Pisa, había sido arrestado en Florencia, donde había ido de visita, y corría el riesgo de ser ahorcado, por más que nada tuviera que ver con la conspiración.

Después de excomulgar «a ese hijo de la iniquidad e hijastro de la perdición, Lorenzo de Médici, y a todos sus cómplices y encubridores florentinos», el Papa les declaró la guerra y convenció al rey de Nápoles, así como a las ciudades de Siena y Lucca, para que hicieran lo mismo. En esta ocasión, la astucia diplomática de Lorenzo de Médici impidió el conflicto. Pero los intentos del Papa por implicar a Italia en luchas que pudieran ser beneficiosas para su ambiciosa familia comportó otras guerras; y las disputas entre el Conde Riario y la familia Colonna, así como su complicidad con los Orsini, desembocaron en nuevos altercados entre estas dos tumultuosas familias.

Sin embargo, a pesar de su persistente nepotismo, y de sus onerosas y sangrientas consecuencias, Sixto IV fue un gran benefactor de Roma y de sus ciudadanos, a quienes «devolvió» en 1471 las antiguas estatuas de bronce que habían pasado generaciones enteras delante del palacio de Letrán y que hoy se encuentran en el Museo Capitolino. Aunque indirectamente, a Sixto IV también se le atribuye el mérito del palacio más majestuoso de Roma, el Palazzo della Cancelleria, que su sobrino Raffaele Riario logró construir con las inmensas ganancias de una sola noche de apuestas.[3] Gracias, en gran medida, a los altos impuestos que les exigía a las iglesias del extranjero y a la venta de cargos eclesiásticos, Sixto IV consiguió llevar a cabo numerosas obras públicas: pavimentó y ensanchó diversas calles, como la Via Papalis, Via dei Coronari y Via dei Pellegrini; reconstruyó más iglesias, como la de los Santos Nereo y Aquileo,[4] Santa Maria del Popolo[5] y Santa Maria della Pace;[6] fundó un hospicio; y, como preparación para el jubileo de 1475, puso la primera piedra del Ponte Sisto,[7] para lo cual lanzó desde un bote varias monedas de oro al agua. No obstante, el principal legado de Sixto IV en Roma fue la Capilla Sixtina, cuya construcción corrió a cargo de Giovannino de Dolci y en cuya decoración trabajaron los artistas más destacados del momento: Botticelli, Ghirlandaio, Pinturicchio, Signorelli y Perugino.[8]

Como mecenas de las letras, el arte y la arquitectura, Sixto IV reformó la Universidad de Roma, la Sapienza.[9] Carlos I de Anjou había fundado una Escuela Universal para el estudio del Derecho y las artes liberales en 1265, en la que había enseñado Tomás de Aquino cuando Urbano IV solicitó su presencia en Roma. Pero él, como tantos otros antes y después, se percató de que los romanos, hombres prácticos y acostumbrados al estudio de las leyes, no se sentían inclinados al estudio escolástico ni a las abstracciones de la Filosofía. Por eso se había sentido más cómodo trabajando en París como teólogo medieval, al igual que había hecho San Bonaventura. Como consecuencia, la Escuela Universal no había prosperado, como tampoco lo había hecho la Sapienza que Bonifacio VIII había fundado en 1303. De todos modos, la Universidad, una vez restablecida por Eugenio IV y reformada por Sixto IV, resultó más duradera, a pesar de que en más de una ocasión se suspendió la retribución de los profesores cuando se hacía más impelente el pago de las soldadas del ejército papal. Uno de estos profesores fue Julio Pomponio Leto, fundador de la Academia Romana, quien, después de recuperar los favores del Papa, continuó su labor de rescatar y coleccionar inscripciones de la Antigua Roma.

Entre tanto, el Papa siguió coleccionando libros y manuscritos para la **Biblioteca** Vaticana. Mandó construir un nuevo edificio en el que estos volúmenes pudieran custodiarse y al que los estudiosos pudieran acudir para examinarlos, y le encargó a Melozzo da Forlì un fresco en el que le representara junto con su bibliotecario, Bartolomeo Platina, el miembro de la Academia Romana que había sido torturado en tiempos de Pablo II. En el fresco aparecen también, casi por descontado, tres de sus sobrinos: Girolamo Riario, y Giovanni y Giuliano della Rovere.

Pero el Papa seguía tan obsesionado con la fortuna de los jóvenes en cuyo interés no solo había luchado contra Florencia, sino también contra otras ciudades italianas, que llegó a ordenar un interdicto contra Venecia en 1483, y cuando le notificaron que los venecianos habían salido vencedores en la guerra que él esperaba hubiera beneficiado a su familia, se enfureció hasta tal punto que al principio se quedó sin palabras, perdiendo después la compostura en un arrebato de cólera diciendo que jamás aceptaría un desenlace como aquel. Al día siguiente se vino abajo y a las pocas horas falleció.

La noticia causó el inmediato furor de los romanos, que se alegraron de que el poder de los avariciosos beneficiarios del Papa por fin tocara a su fin. La plebe expolió el Palazzo Riario,[10] y en buena medida desvalijó también los graneros e irrumpió en los bancos de los prestamistas genoveses. Así pues, Girolamo Riario se apresuró a marchar hacia el sur para intentar salvar sus posesiones y la autoridad de la familia, pero los Colonna reunieron a sus hombres para impedírselo, y Florencia y Siena les ofrecieron su apoyo a los Colonna. Con las calles llenas de barricadas y los ciudadanos agolpados en el Capitolio, la guerra civil parecía inevitable. La rápida elección del nuevo papa, el complaciente, dúctil e irreprochable Inocencio VIII, retrasó el estallido de la violencia, pero no lo evitó. Uno de los oficiales de Lorenzo de Médici se refirió a Inocencio como «el Conejo», y desde luego había algo de *conejil* en su carácter timorato y triste mirada. Para su elección había contado con el patrocinio del sobrino del papa anterior, Giuliano della Rovere, bajo cuya influencia permaneció durante todo su pontificado, y se decía que asimismo había sido un instrumento importante de Lorenzo de Médici, cuya hija Magdalena había contraído matrimonio con uno de los numerosos hijos del Papa, a los que este último había reconocido gustosamente y sin reparos.

Tal vez instado por sus consejeros o tal vez no, el hecho es que las estrategias políticas de Inocencio VIII, a menudo desaprensivas, resul-

taban casi siempre infructuosas; y durante su pontificado Roma volvió a caer en el tipo de anarquía que había caracterizado la época anterior. Camarillas de hombres armados vagaban de noche por la ciudad, y el día amanecía con muertos o moribundos que habían sido apuñalados en plena calle; volvieron a proliferar los robos a los peregrinos, e incluso a los embajadores, fuera de las murallas; los palacios de los cardenales rivales volvieron a convertirse en fortificaciones en las que ballesteros y artilleros vigilaban desde almenas y ventanas. La justicia se convirtió en un privilegio por el que había que pagar. Un hombre que había asesinado a sus dos hijas recuperó la libertad por ochocientos ducados. Algunos asesinos hasta conseguían comprar la absolución de la Curia y salvoconductos que les permitían caminar por las calles acompañados de hombres armados que les protegían contra quienes se les acercaban buscando venganza. Cuando el historiador Infessura le preguntó al vicecamarlengo que por qué no se castigaba a los malhechores, este contestó con una sonrisa: «En lugar de la muerte de un pecador, Dios desea que viva... y pague».

Antes de que Inocencio VIII muriera, mientras guardaba cama, desahuciado y sin tomar más alimento que leche de mujer, el Colegio Cardenalicio comenzó a deliberar sobre su posible sucesor. Según los cardenales, la Iglesia no necesitaba un erudito, ni mucho menos un santo, sino un hombre que fuera capaz de poner orden en la ciudad, un hombre que supiera proteger los Estados Pontificios de sus enemigos; en pocas palabras, un buen administrador y diplomático cuyo mérito residiera en su fuerte personalidad más que en su moralidad. Y, tras muchos esfuerzos, dieron con él. De modo que la mañana del 11 de agosto de 1492 se abrió la ventana de la sala del cónclave, apareció la cruz en el balcón y se anunció el nombramiento de Rodrigo Borgia de Valencia como Papa Alejandro VI.

Durante varios años, Alejandro VI vivió en el palacio que hoy se conoce como Palazzo Sforza Cesarini.[11] Para celebrar la llegada a Roma de la cabeza de San Andrés, el Sumo Pontífice mandó decorar las ventanas con tapices y ordenó que se expusieran las colecciones de la familia Borgia en las galerías de palacio. Todo el mundo sabía que Rodrigo Borgia poseía una inmensa riqueza, pues además de haber heredado la fortuna de su hermano y de su tío, el Papa Calixto III, contaba con las rentas de tres obispados y varios conventos de España e Italia. También se sabía que tenía numerosas amantes y al menos seis hijos ilegítimos, tres de ellos de Vannozza Cattanei, la madre de su amada hija Lucrecia, quien

para entonces ya se había convertido en una mujer muy respetada. Pese a ello, al Papa Alejandro VI no se le consideraba especialmente corrupto o vicioso, ya que, como dijo el estadista florentino Francesco Guicciardini: «La bondad de un pontífice se alaba cuando no supera la maldad de otros hombres». Seductor, tenaz y desvergonzadamente entusiasta en la búsqueda del placer, indujo enseguida a las mujeres a no tener en cuenta la fealdad de sus rasgos, ni su desgarbada corpulencia. Gracias a su inteligencia, lograba impresionar tanto a hombres como a mujeres. «Es un hombre de grandes aspiraciones —escribió un contemporáneo—, con gran capacidad oratoria y astucia, pero es sobre todo su gran intelecto el que guía sus acciones».

El pueblo romano acogió la elección con entusiasmo, creyendo que su empeño y jovialidad auguraban todo tipo de bienes. Vítores y trompetas le acompañaron hasta el palacio de Letrán, donde, a causa de tanta excitación, desfalleció en brazos del Cardenal Riario. Al principio el entusiasmo parecía justificado. El Papa no era tan generoso con su dinero como los romanos habían esperado, pero gracias a él se acabaron los flagrantes abusos en la administración de la justicia, los precios de los mercados se hicieron más razonables y estables, y por las calles, invadidas hasta entonces de asesinos, dejó de correr la sangre cada noche. Aun así, quienes se mostraban más preocupados por el futuro tenían buenos motivos para temer que la apasionada devoción del Papa por sus vástagos, y sobre todo su afán por favorecer los intereses de su hijo, el perversamente seductor César, podría traer consigo graves consecuencias.

El día de la coronación de su padre, César fue nombrado arzobispo de Valencia a la edad de veintisiete años. Poco después, y a pesar de que sus verdaderos intereses eran exclusivamente seculares, recibió el título de cardenal. Así comenzó la notoria carrera con la que, por medio de sobornos, delitos y asesinatos, César llegaría a conseguir el ducado de Romaña y el comando del ejército papal. Sin embargo, las ambiciones que el Papa Alejandro VI albergaba para su hijo no tardaron en verse amenazadas por las aspiraciones de igual naturaleza del Rey Carlos VIII de Francia, un hombre que a pesar de su fealdad destacaba por su carácter aventurero y romántico. En 1494, Carlos VIII reclamó el reino de Nápoles en virtud de su condición de heredero de los derechos de la Casa de Anjou, y en septiembre guió a sus numerosas e indisciplinadas tropas a través de los Alpes en dirección a Lombardía.

Cuando los franceses se aproximaron a Roma tras haber ocupado Florencia, el Papa tuvo que admitir que el ejército francés ignoraría su

negativa a permitirle pasar libremente por los territorios pontificios. Por primera vez, Alejandro VI hizo gala de una profunda indecisión. Tras convocar a las tropas napolitanas, las despachó inmediatamente. Luego, considerando la posibilidad de huir, mandó trasladar todos sus objetos de valor, armas y municiones incluidas, a Castel Sant'Angelo. Y por último, confirmó su denegación de paso, pero después la rescindió.

La vanguardia del ejército del Rey Carlos VIII entró en Roma sobre las tres de la tarde del último día de diciembre de 1494. Las últimas tropas no cruzaron la Porta del Popolo hasta mucho después de que hubiera caído la noche. Iluminados por el parpadeante resplandor de las antorchas, se adentraron y marcharon por los estrechos callejones los soldados de las infanterías suiza y alemana. Todos ellos ataviados con sus uniformes de brillantes colores y armados con sables y lanzas, los arqueros gascones, los caballeros franceses, los artilleros, que cargaban con mosquetes y cañones de bronce, y, rodeado por su guardia de seguridad, el propio Rey, un joven poco atractivo, con nariz ganchuda y labios gruesos que mantenía constantemente abiertos. El Rey desmontó al llegar al Palazzo San Marco, desde donde Lorenzo Cibò, arzobispo de Benevento, se apresuró a salir a su encuentro. Entró en el salón comedor y se sentó delante de la chimenea en zapatillas, donde descansó mientras un criado se afanaba en cepillarle el pelo y peinarle la rala barba rojiza. Otros siervos se encargaron de poner la mesa; un chambelán fue probando todos los platos antes de ofrecérselos al Rey, al tiempo que los restos se iban colocando en un recipiente de plata; y cuatro médicos probaron el vino de la jarra de la que el chambelán colgó un cuerno de unicornio con una cadena de oro antes de que Su Majestad se la llevara a los labios.

Los días que siguieron, mientras el Rey visitaba las iglesias de Roma, el Papa seguía refugiado en Castel Sant'Angelo y tres cardenales negociaban con la delegación francesa, las tropas ocupantes causaron estragos. Ocuparon las casas, asaltaron los bancos y saquearon muchos palacios, entre ellos el de Vannozza Cattanei, en Piazza Branca. Todo siguió así hasta que por fin se llegó a un acuerdo y, el 28 de enero de 1495, Carlos VIII abandonó la ciudad. Había reconocido a Alejandro VI como papa, pero también se había nombrado dueño temporal de los dominios del Pontífice. Tampoco tardó en adueñarse de Nápoles, y aunque se formó una Liga Santa de Estados italianos para expulsarle de la península, cuando las tropas mercenarias de la Liga se enfrentaron a orillas del río Taro con las francesas, que para entonces ya se dirigían de regreso a su

país, no consiguieron evitar que los soldados huyeran cargados con su botín. En cualquier caso, como el marqués de Mantua, comandante de las tropas italianas, había quedado en posesión del territorio, declaró la victoria. No obstante, a pesar de la derrota y debilitación que había sufrido el ejército francés, este seguía siendo una fuerza poderosa. Los soldados franceses, con una mula cargada de tesoros cada dos hombres, consiguieron seguir hacia los Alpes y llegar a Francia sanos y salvos. Pero al menos, el marqués de Mantua había logrado capturar un vagón de mercancías en el que los franceses habían cargado un trozo de la Santa Cruz, una espina santa, una pierna de San Denis, la túnica de la Virgen y un libro con representaciones de mujeres desnudas «pintadas en varios tiempos y lugares [...], que esbozaban lascivia y relaciones sexuales en cada ciudad». Los italianos se horrorizaron al percatarse de que a despecho de todas las virtudes, talento, riqueza, experiencia y gloria de antaño, no habían sido capaces de hacer frente a la rudeza de los hombres del norte, y de que el Papa Alejandro VI, tan orgulloso de su resistencia, tendente a comparar su fuerza con la del toro que lucía en su escudo familiar, no había sido capaz de soportar el efecto que le había producido la reunión con el rey francés. Reconociendo el poder de Francia en aquel hombre de reducida estatura y corto de vista, que avanzaba cojeando hacia él moviendo la cabeza y las manos nerviosamente, Alejandro VI se había caído redondo al suelo.

Por si fueran pocas las humillaciones que Roma e Italia habían tenido que soportar, el pueblo romano tuvo que encarar nuevas adversidades. La sífilis, que probablemente había entrado en Europa en 1494 procedente de África o las Antillas, o tal vez de América por medio de los marineros de Cristóbal Colón, se estaba extendiendo a marchas forzadas. Los soldados franceses la habían contraído en Nápoles y la llamaban la enfermedad napolitana; mientras que los italianos se referían a ella como el *morbo gallico*. En Roma atacó con tal virulencia que diecisiete miembros de la familia del Papa y de su Corte, entre ellos César Borgia, tuvieron que recibir tratamiento durante dos meses. Al mismo tiempo que se extendía la enfermedad venérea, en Roma se produjo la peor inundación de los últimos años. En diciembre de 1495, las aguas del Tíber crecieron y arrasaron calles e iglesias con tal fuerza que el torrente llegó a desplomar los muros de los edificios. Mucha gente murió ahogada; entre ellos, los prisioneros de Tor di Nona.[12] Los daños fueron incalculables.

El desastre se atribuyó a la mano de Dios, pues se interpretó como un castigo divino a consecuencia de los despropósitos y la corrupción contra los que sermoneaba con tanta vehemencia el ascético y ferviente fraile dominico Girolamo Savonarola en Florencia. Presagiando más calamidades, tachó a la Iglesia de institución satánica para la promoción de la prostitución y el vicio, y anunció haber tenido visiones de plagas y tempestades, hambrunas y catástrofes, y de una cruz negra que se alzaba desde Roma con la siguiente inscripción: «La Cruz de la Ira de Dios». El Papa le prohibió predicar, pero más tarde, viendo que el fraile insistía, le ofreció el capelo de cardenal, a lo que Savonarola replicó diciendo que a él lo que le iría bien sería otro tipo de sombrero, «uno rojo de sangre». Con el tiempo, el Papa le excomulgó. Pero los ataques de Savonarola a la Iglesia continuaron, hasta que por fin fueron los propios florentinos quienes tomaron cartas en el asunto, de modo que arrestaron al molesto fanático, le torturaron, le colgaron y le quemaron en la hoguera.

A partir de aquel momento, la corrupción del Papa y de la mayoría de los cardenales, que habían sido nombrados por Alejandro VI, se volvió aún más atroz. «El Papa tiene setenta años —escribió Paolo Capello en septiembre de 1500—. Está más joven cada día; sus preocupaciones se desvanecen al caer el sol; su temperamento es alegre y hace lo que le place; tan solo piensa en el engrandecimiento de sus hijos, que es lo único que le importa». A su adorada hija Lucrecia, que había contraído matrimonio con Alfonso, de la orgullosa familia de Este, le confió el cuidado del palacio Vaticano, así como de los asuntos papales y la correspondencia mientras su padre estuviera ausente. Consintió a todos los caprichos de su hijo César, a quien concedió títulos e inmensas sumas de dinero que se recaudaban de la venta de dignidades, incluidos los cardenalatos, pero no solo a él, sino también a sus familiares y amigos íntimos, como Adriano Castellesi da Corneto, que construyó el hermoso palacio del Borgo que más tarde se conocería como Palazzo Giraud Torlonia.[13] No le negó ningún tipo de favor a su hijo César, cuyo nombre se convirtió en la ley de la ciudad: todo el que se interpusiera en su camino terminaba por ser estrangulado, envenenado, arrojado al Tíber o encerrado en las mazmorras de Castel Sant'Angelo o, como en el caso de un escritor de sátiras, castigado a perder una mano y la lengua, que clavaron la una a la otra.

Cuando el hermano de César, Juan Borgia, que había recibido los títulos de duque de Gandía y Benevento, y conde de Claramonte, Lauria y Carinola, desapareció en Roma, todos sospecharon inmediatamente

de César. Cuando interrogaron a un carbonero que vivía al lado de Ripetta,[14] declaró:

> Sobre la una vi llegar a dos hombres por la calle que pasa a la izquierda del hospital [San Girolamo degli] Schiavoni hasta el Tíber, cerca de la fuente desde donde la gente tira la basura al río. Miraron a su alrededor y se dieron la vuelta. Poco después aparecieron otros dos, volvieron a mirar a su alrededor como los anteriores e hicieron una señal. Entonces llegó un hombre en un caballo blanco. Llevaba un cadáver. Las manos le colgaban por un lado de la grupa y los pies por el otro. Se acercó al sitio que le habían indicado, y los acompañantes tiraron el cadáver al río con todas sus fuerzas. El que iba a caballo preguntó: «¿Se ha hundido bien?». Ellos respondieron: «Sí, señor». Miró hacia el río, y los acompañantes, al ver que la capa del muerto flotaba en el agua, lanzaron piedras para que se hundiera.

Cuando le preguntaron que por qué no había avisado a las autoridades, el carbonero contestó: «A mis años habré visto tirar al río cientos de cadáveres por la noche y nadie se ha preocupado jamás por ellos».

Los pescadores lo rastrearon hasta que el cuerpo salió a la superficie. Tenía las muñecas atadas, una herida profunda en el cuello y varias puñaladas en la cabeza y los muslos. El Papa se horrorizó. «Sé quién lo ha hecho. Renunciaría a siete papados por la vida de mi hijo», dijo entre lágrimas en sus aposentos, y anunció que desde aquel momento dedicaría todos sus esfuerzos a la reforma de la Iglesia. A tal fin designó una comisión de seis cardenales para que le aconsejaran, pero cuando lo hicieron, el Papa replicó que no podía aceptar nada que disminuyera la autoridad papal. La investigación sobre el asesinato se abandonó y los valiosos muebles y joyas del duque de Gandía se consignaron a César, quien se encargaría de ellos en nombre del pequeño heredero del fallecido.

No está claro si César Borgia asesinó a su hermano o no, pero lo que sí sabemos es que mató a su cuñado, el duque de Bisceglie, segundo marido de su hermana Lucrecia, para la que tenía pensado un matrimonio más provechoso. Fue apuñalado en las escaleras de San Pedro cuando salía del Vaticano de camino a casa. Poco después, cuando se recuperaba de las heridas, fue estrangulado en su propia cama. Aquello sucedió en septiembre de 1500, un nuevo jubileo.

Los peregrinos que llegaron a Roma aquel año no necesitaron oír las historias que se contaban sobre el asesino, ni las que rodeaban a la

muerte del duque de Gandía y el apuñalamiento del chambelán del Papa a manos de César Borgia, cuya sangre le había salpicado en la cara, para darse cuenta de hasta qué punto Savonarola tenía razón cuando tachaba a Roma de ser un «pozo de iniquidad». La evidencia se ponía de manifiesto allá donde miraran. Los cardenales hacían alarde de su riqueza en las plazas públicas con igual ostentación que en sus palacios, cuyos banquetes habrían resultado extraordinarios hasta para la mesa de Lúculo. La hija del Papa, luciendo siempre maravillosas prendas, solía cabalgar con su caballo lujosamente enjaezado por las calles que llevaban al Vaticano, acompañada por sus numerosas damas de compañía, que al igual que ella hacían gala de unos estupendos atavíos. En la fiesta de San Juan, el hijo del Papa sentado a lomos de su corcel en la escalinata de San Pedro, arrojaba lanzas a los toros, reunidos con tal propósito en un recinto de madera, antes de avanzar hacia uno de ellos y cortarle la cabeza de un tajo. El cadáver del médico del hospital de Letrán —que había tenido por costumbre disparar flechas a los transeúntes por la noche antes de robarles, así como envenenar a los pacientes qué habían revelado su riqueza al confesor del hospital— se balanceaba en el cadalso de las almenas de Castel Sant'Angelo junto a los cuerpos de otros ahorcados.

Aun así, los peregrinos seguían depositando sus ofrendas en los templos sagrados, comprando indulgencias con fe y esperanza, y arrodillándose delante de San Pedro para recibir la bendición del Papa (se estima que unos doscientos mil peregrinos recibieron la bendición papal el Domingo de Resurrección). A pesar de todo lo que pudiera reprochársele a Alejandro VI, aún quedaba espacio para la gratitud. El Papa había encargado el espléndido altar de Andrea Bregno que hoy se encuentra en la sacristía de Santa Maria del Popolo; había transformado los alrededores de Castel Sant'Angelo; había ordenado que se ampliara y pavimentara la plaza situada delante del castillo; se había encargado de la construcción de la Via Alexandrina (lo que hoy es Borgo Nuovo), que llevaba del castillo al Vaticano; y había costeado la reconstrucción interior de la fortaleza, a la que también había dotado de una apariencia exterior aún más impresionante. Asimismo realzó al palacio Vaticano —con unas mejorías que habrían de disfrutar las generaciones futuras— con su nueva Torre Borgia y al encomendarles a Bernardino Pinturicchio y a sus asistentes la decoración de la Sala del Credo y la Sala de las Sibilas de los apartamentos Borgia.[15]

En 1494, un año antes de que concluyeran las obras, llegó a Roma un artista de gran talento. Tenía cincuenta años y acababa de realizar

varias obras maestras en Milán, donde había trabajado con Leonardo da Vinci. Sin embargo, dedicó los primeros cuatros años de su estancia en la ciudad en la que viviría el resto de su vida a estudiar y examinar los monumentos clásicos, preparándose para el momento en que se daría a conocer al mundo como Donato Bramante, innovador y maestro del estilo arquitectónico del Alto Renacimiento que desde Roma se difundiría por toda Europa.

NUEVE

PATRONES Y PARÁSITOS

Tres años después de que los restos del Papa Alejandro VI se hubieran sacado del Vaticano bajo el tórrido calor de agosto, su sucesor, Giuliano della Rovere, que detestaba a aquel «maldito español», encabezaba la procesión que se dirigía hacia la basílica de San Pedro con el título de Papa Julio II. Acompañado por cardenales, prelados y altos dignatarios de la Curia, caminaba tras la cruz hacia una amplia excavación, de más de siete metros de profundidad, con la intención de depositar en ella la primera piedra de mármol del nuevo edificio que se iba a levantar sobre los restos de la vieja estructura. Mientras bajaba, la multitud se agolpó a los bordes de la excavación, echando tierra sobre su mitra, por lo que gritó, malhumorado, que todos se apartaran. Una vez allí, le dieron una vasija de barro que contenía medallas de oro y bronce, en las que por un lado se había grabado su retrato y por el otro la representación de cómo sería la nueva basílica, con sus bóvedas, torres y pórtico. En una pequeña cavidad, bajo tierra, colocó la vasija en la que se había inscrito: «El Papa Julio II de Liguria en el año 1506 restauró esta basílica en ruinas». El Papa volvió a subir atropelladamente, dejando la piedra ladeada, evidentemente preocupado de que las paredes cedieran antes de que le diera tiempo a salir del agujero.

Fue una extraña muestra de ansiedad. El Papa era alto, delgado, atractivo, de carácter áspero e irascible, locuaz, inquieto y autoritario. Su expresión era feroz, dominante e iracunda. Siempre llevaba un bastón con el que poder golpear a sus irritantes subordinados, y solía arrojar cualquier cosa que encontrara al alcance de su mano, aunque fueran las gafas, a los mensajeros que le llevaban noticias que no fueran de su agrado. Había tenido muchas amantes —una de ellas le contagió la sífilis— y durante su época de cardenal tuvo tres hijas. Pero desde entonces su apetito se había concentrado en los vinos griegos y corsos, y en la

buena comida, especialmente en el caviar, los langostinos y el lechón. «Nadie es capaz de convencerle de nada, y no le pide su opinión a casi nadie, por no decir a nadie —escribió el embajador veneciano— Si se le ha ocurrido algo durante la noche, hay que hacerlo inmediatamente [...]. Todo lo suyo es de vital importancia, ya sean sus ideas o sus pasiones».

Nieto de un pescador pobre, Julio II hablaba a menudo de la pobreza en que había vivido durante su infancia y se enorgullecía al afirmar que él no era un «hombre de escuela». También solía decir que debía haber sido soldado; y, desde luego, cuando encabezó personalmente su ejército al salir de Roma para obligar a las ciudades rebeldes de los Estados Pontificios a jurarle obediencia y recuperar así los territorios perdidos, el empuje con que acometió la campaña consternó profundamente a los medrosos cardenales que se habían visto obligados a acompañarle. Comoquiera que el Papa se mostraba reacio a depender de la caprichosa voluntad de los mercenarios, a menudo irresolutos, Julio II decidió crear un cuerpo profesional, y esta decisión llevó a la creación, en 1506, de la Guardia Suiza, que siguió siendo una fuerza de combate hasta 1825, año en el que pasó a convertirse en un cuerpo de defensa nacional, aunque siguiera manteniendo su antiguo uniforme de rayas, con calzas y *berrette*, así como sus picas y alabardas.

Emprendedor y resuelto, el Papa Julio II estaba tan decidido a levantar en Roma un monumento que asegurara la eterna gloria de la Iglesia como a restablecer el gobierno eclesiástico sobre los Estados Pontificios y a restaurar el poder temporal del papado, que él consideraba esencial para salvaguardar la autoridad de la Iglesia. Dicho monumento, necesario para consolidar el prestigio del papado, sería la nueva basílica de San Pedro, cuya primera piedra depositó el segundo domingo de Pascua de la primavera de 1506.

Sus inmediatos predecesores se habían limitado a retocar la vieja basílica. Nicolás V restauró una gran parte de la decadente estructura porque León Battista Alberti le había avisado de que el edificio podría derrumbarse en cualquier momento, pero más tarde se percató de que la basílica necesitaba mucho más que una simple reparación, así que, probablemente siguiendo el consejo de Alberti, le encargó el diseño de una nueva al escultor florentino Bernardo Rossellino. Pero a la muerte de Nicolás V, las obras no habían progresado mucho. Calixto III había estado demasiado ocupado con la amenaza turca como para preocuparse por las artes de Renacimiento. Y las políticas de Pío II, Pablo II y Sixto IV se habían inclinado más a toda una serie de mejoras menores que a una

verdadera restructuración, ya que ninguno de ellos había querido embarcarse en la tarea, trascendental y decisiva, de lanzarse a una grandiosa e irrevocable hazaña que con tanta fuerza atraía las ansias de Julio II.

Su decisión provocó un profundo recelo entre cardenales y ciudadanos, pues en Roma se consideró un sacrilegio el destruir una basílica sagrada de más de mil años de antigüedad, un lugar que había sido venerado, generación tras generación, desde los albores del cristianismo. Alrededor del pedestal de la antigua y mutilada estatua de Menelao, conocida como el Pasquino,[1] aparecieron innumerables notas de protesta contra la decisión papal. Pero Julio II no se arredró. Había tomado una decisión y nada podría doblegarle. Estudió el diseño de Rossellino, pero lo descartó porque le pareció demasiado anticuado; luego tomó en consideración, con más benevolencia, el plan arquitectónico que le propuso Giuliano da Sangallo, pero tampoco le pareció lo suficientemente ambicioso. Y así fue como, para un edificio que según él debía «personificar la grandeza del presente y el futuro», decidió optar por Bramante, que ya había demostrado sus grandes dotes al diseñar el maravilloso Tempietto del claustro de San Pietro in Montorio.[2]

Acuciado por el Papa, Bramante se puso a la cabeza de cientos de hombres que demolieron las decrépitas paredes de la basílica que había levantado Constantino y se deshicieron de todo lo que hubiera en su interior que no les resultara útil, destruyendo estatuas, mosaicos, candelabros, iconos, tumbas y altares, por lo que se ganó el título de *il Ruinante*. Montones y montones de mármol de Carrara y de una ceniza volcánica denominada *pozzolana* llegaban a las excavaciones, junto con el travertino de Tívoli y la cal de Montecelio. Un día el Papa fue a ver cómo procedían las obras, y cuando presentó a Bramante a un enviado extranjero, comentó: «Bramante dice que tiene a dos mil quinientos hombres trabajando. Podría pasar revista a un ejército como este».

Los gastos aumentaban mes a mes. Para principios de 1513, ya se habían invertido más de setenta mil ducados de oro. Pero, a pesar de que hubiera que mantener el municipio de Roma, atender a los pobres, pagar al cuerpo militar del Papa y preservar el legado arquitectónico de la ciudad, en realidad el dinero no suponía un problema tan apremiante. El papado se beneficiaba de buena parte de las riquezas que llegaban de América; se vendieron muchísimas indulgencias; se consiguieron varios préstamos, entre otros, del banquero Agostino Chigi, un hombre extraordinariamente rico que, como aval, conservó la tiara papal en el despacho que dedicaba a la contabilidad detrás del Arco dei Banchi,[3] en

Via del Banco di Santo Spirito;[4] y se recibieron donativos de toda Europa. El rey de Inglaterra envió estaño para el tejado y fue recompensado con vino y queso parmesano.

El dinero no solo se necesitaba para San Pedro. Julio II había gastado y seguía gastando inmensas sumas de dinero en el palacio Vaticano, en el que había mandado diseñar un gran jardín —el primer gran jardín de recreo desde la época de los césares— y el Patio del Belvedere, que se construiría entre las oficinas vaticanas y el Palazzetto del Belvedere, que aunque antes estaba aislado, a partir de entonces se convertiría en una galería de esculturas.[5] A dicha galería se llevaron las dos obras maestras de escultura clásica que poseía el Papa; el Apolo del Belvedere,[6] que antes estaba en el jardín de su mansión cardenalicia al lado de la iglesia de San Pietro in Vincoli, y el Laocoonte, que había sido descubierto en enero de 1506 por un hombre que estaba excavando en sus viñedos, cerca de las Termas de Trajano.[7] Inmediatamente, el Papa envió a Giuliano da Sangallo para que estudiara el hallazgo. El hijo de Giuliano, que en aquel momento tenía nueve años, escribió: «Salimos juntos. Yo iba a hombros de mi padre. En cuanto mi padre vio la estatua, exclamó: "¡Este es el Laocoonte que menciona Plinio!". Hubo que excavar alrededor del agujero para sacarla». Evidentemente, había muchos coleccionistas ricos que deseaban comprarla, pero Julio II consiguió quedársela tras prometerle al descubridor y a su hijo una generosa renta vitalicia. La estatua, adornada con flores, cruzó las calles de la ciudad entre los repiques de las campanas y los cantos del coro de la Cappella Giulia, que el Papa, tan amante de la música como de la escultura, había fundado.

Al tiempo que continuaban las obras en San Pedro y el palacio Vaticano, las calles de Roma también se renovaban y ensanchaban. Se transformaron la Via delle Botteghe Oscure (calle de los talleres oscuros), la Via San Celso, la Via della Lungara, la Via Judaeorum y la Via Magistralis, que desde entonces se convirtió en la Via Giulia, una de las vías públicas más hermosas de Roma. El Papa invirtió asimismo mucho dinero en la iglesia de Santa Maria del Popolo, decorada por varios artistas que llegaron a Roma atraídos por la generosidad de Julio II, quien además le encargó a Andrea Sansovino el diseño de las magníficas tumbas de los cardenales Girolamo Basso della Rovere y Ascanio Sforza en esta misma iglesia.[8]

Una de las mayores ambiciones de este papa era conseguir que le construyeran una hermosa tumba de mármol. Para ello, lo primero que hizo fue llamar a un joven escultor de Florencia, Michelangelo Buona-

rroti. Miguel Ángel, que por entonces tenía veintinueve años, era hijo de un corregidor toscano pobre aunque de linaje aristocrático. Por ser un hombre melancólico, lacónico, egocéntrico, quisquilloso e irritable, al Papa le pareció un artista mucho más difícil de tratar que el sumiso Bramante y el amable, educado y discreto Raffaello Sanzio, que también estaba trabajando para él en el Vaticano en lo que más tarde se conocerían como las Estancias de Rafael.[9] Pero Miguel Ángel tenía fama de ser un genio de increíble vigor y versatilidad, y era inconcebible que el Papa, uno de los mecenas más sagaces y exigentes que Roma había conocido jamás, no deseara tenerle a su servicio.

Al principio todo fue bien. Miguel Ángel recibió cien coronas para los gastos del viaje a Roma. El Papa se sintió halagado con los diseños que había preparado para él, y le pidió que fuera a las canteras de las montañas de Carrara. Miguel Ángel pasó allí ocho meses, eligiendo y ayudando a extraer los bloques de mármol, que en total pesarían más de cien toneladas, para el monumento que, según él, superaría a «cualquier tumba antigua o imperial que se hubiera hecho jamás».

> Después de seleccionar todo el mármol que necesitaba —escribió su contemporáneo toscano Giorgio Vasari—, hizo que le embarcaran y le llevaran a Roma, donde los bloques ocuparon la mitad de la plaza de San Pedro [...]. En el castillo [Castel Sant'Angelo], Miguel Ángel había preparado un taller en el que realizaría las figuras y el resto de la tumba; y para poder ir a verle mientras trabajaba sin que nadie le molestara, el Papa había ordenado la construcción de un puente levadizo desde los pasadizos hasta la habitación. Esto creó una gran familiaridad entre ellos, pero la predilección que el Papa mostró hacia Miguel Ángel provocó la envidia de los demás artistas.

En cualquier caso, aquella familiaridad no duró mucho. Al escultor no le gustaba que le observaran mientras trabajaba, solía cerrar el taller con llave, y tampoco le gustaba que le preguntaran sobre el ritmo de su trabajo. Susceptible y enojadizo, empezó a ofenderse por lo que él consideraba una intromisión de su patrón en su trabajo, así como por la desconsideración con la que los representantes papales le denegaban las solicitudes de dinero y las audiencias con el Santo Padre. A consecuencia de una de estas negativas, Miguel Ángel se enfadó hasta el punto que les pidió a sus ayudantes que vendieran todo el material de su taller y se marchó a Florencia. Más tarde lograron convencerle para que volviera a

trabajar al servicio del Papa, pero no en la tumba, como él esperaba. Lo primero que tuvo que hacer, por más que protestara diciendo que aquel «no era su tipo de arte», fue una monumental estatua de bronce de Julio II, de más de cuatro metros de altura, que fue erigida en la fachada de la iglesia de San Petronio en Bolonia; sin embargo, tras una revolución que estalló pocos años después, el duque de Ferrara, enemigo del Papa, ordenó que se fundiera el bronce de su estatua para construir un gran cañón. El segundo encargo, para el que Miguel Ángel se sentía aún menos preparado, consistió en la decoración de los techos de la Capilla Sixtina. «Intentó rechazar aquel trabajo por todos los medios —dijo Vasari—, pero cuanto más se negaba a hacerlo, más insistía el Papa, que era un hombre obstinado por naturaleza [...]. Al final, siendo tan irascible como era, estuvo a punto de estallar. Pero Su Santidad se mostró tan perseverante que Miguel Ángel no tuvo más remedio que resignarse». Recibió un adelanto de quinientos ducados y comenzó a trabajar el 10 de mayo de 1508.

Se arrepintió de inmediato. El andamiaje que le había preparado Bramante colgaba del techo con cuerdas, mientras que él quería unos andamios sostenidos en el suelo con puntales. Por otra parte, sus ayudantes, que abandonaron Florencia cuando les llamó, resultaron ser unos incompetentes, por lo que Miguel Ángel hizo que se raspara todo lo que habían hecho y decidió que tendría que pintar él solo un área de casi novecientos treinta metros cuadrados. Cerró con llave la puerta de la capilla para que nadie pudiera pasar, lo cual provocó una nueva discusión con el Papa, a quien también se le negó el acceso. Más tarde tuvo problemas con el molde de sal, ya que cuando soplaba el viento del norte aparecían manchas por todo el techo, por lo que Miguel Ángel se desanimó y, desesperado, se negó a seguir adelante hasta que Giuliano da Sangallo le mostró cómo resolver este problema.

Era un trabajo agotador, tanto desde el punto de vista físico como emocional. Tenía que pintar de pie y mirando hacia arriba durante tanto tiempo que el cuello se le hinchaba y entumecía; tampoco podía estirarlo cuando bajaba por los andamios y tenía que leer papeles manteniéndolos hacia arriba con la cabeza inclinada hacia atrás. Cuando pasó el frío, el calor en la habitación se volvió sofocante y el polvo del yeso le irritaba la piel; y con frío o con calor, la pintura le caía en la cara, el pelo y la barba. «No estando yo en mi sitio, ni siendo yo pintor», se lamentó en un soneto que escribió a propósito de la exhausta labor «sobre el rostro el pincel aún goteand, un rico mosaico me va haciendo». «Estoy agotado —le escribió a su hermano—. No tengo amigos... ni quiero tener, y no tengo tiempo ni para comer».

Entre tanto, su patrón seguía importunándole e insistiendo en que le permitiera ver la capilla que estaba pagando. Un día, el Papa, que no paraba de preguntarle cuándo terminaría el trabajo, intentó trepar por el andamiaje con el bastón, impaciente por ver la capilla abierta antes de su muerte. «¿Cuánto habrá que esperar?».

«Hasta que me sienta satisfecho como artista», le contestó Miguel Ángel, con lo que obtuvo una irritante respuesta: «Y *Nos* queremos que *Nos* satisfagas, y que lo hagas ya».

Miguel Ángel se negó a comprometerse y replicó: «¡Lo terminaré cuando pueda!». De modo que el Papa montó en cólera y exclamó: «¡Cuando pueda! ¡Cuando pueda! ¿Qué quieres decir con eso? Cuando pueda. ¡Dentro de nada te *obligaré* a acabarlo!». Le atizó un golpe con su bastón y le amenazó con tirarle de los andamios si no lo acababa con mayor brevedad. Después de tal arrebato, las disculpas no tardaron en llegar. El chambelán del Papa se presentó en la casa del artista con ofrendas de dinero, elogios y disculpas, «explicándole que aquel trato era una muestra de afecto y aprobación» del Santo Padre.

Por fin, después de casi cuatro años de trabajo, se desmontaron los andamios. Miguel Ángel seguía sin sentirse satisfecho, pues faltaban algunos retoques, quería avivar el fondo y las telas con unos cuantos toques de azul marino, y había que enriquecer algunos detalles dorados, pero el Papa no estaba dispuesto a seguir esperando. Y ni siquiera esperó a que el polvo se posara después de desmantelar los andamios, sino que se apresuró a entrar en la capilla para ver los asombrosos frescos de más de trescientas figuras, muchas de ellas pintadas tres y hasta cuatro veces más grandes que un tamaño natural. La mañana del 31 de octubre de 1512, Julio II celebró misa en la capilla y después, como narra Vasari: toda Roma «se abalanzó a ver el trabajo de Miguel Ángel; un trabajo que deslumbró a todos y les dejó sin palabras».

El Papa, ya con más de setenta años y en su último año de vida, volvió a pensar en su tumba inacabada, en la que el escultor seguía trabajando «con entusiasmo». Y aunque la tumba no llegara a terminarse según los planes originales, de su concepción surgió la obra maestra que aún puede admirarse en la iglesia romana de San Pietro in Vincoli: el *Moisés* de Miguel Ángel.[10]

La noticia de la muerte de Julio II el 20 de febrero de 1513 se recibió en Roma entre muestras de dolor. Las mujeres derramaban lágrimas en las calles mientras esperaban que les llegara su turno para besar los pies

del Pontífice, que sobresalían de las rejas de la capilla ardiente. Los hombres se decían unos a otros que no vivirían para ver a otro papa que fuera tan acérrimo patriota y tan generoso mecenas. La multitud que lloraba su muerte era tan numerosa que el maestro de ceremonias del difunto comentó que jamás había visto nada igual en sus cuarenta años de residencia en Roma. «Todos le consideraban un verdadero pontífice romano —afirmó el político e historiador florentino Francesco Guicciardini—. A pesar de su carácter iracundo y sus concepciones extravagantes, se le lloró más que a ninguno de sus predecesores... y se le guardó un ilustre recuerdo».

Por más compungidos que se encontraran los romanos aquel invierno, la elección de Giovanni de Médici, hijo de Lorenzo el Magnífico, como Papa León X, fue recibida con un entusiasmo tan extravagante como la reciente aflicción que se había apoderado de la ciudad. Fascinado por el boato, el nuevo papa hizo todo lo posible por asegurarse de que el *Sacro Possesso*, su entrada formal en el Vaticano, se convirtiera en una ocasión tan espléndida como todo el dinero y toda la ingenuidad de su maestro de ceremonias pudiera ofrecer. Todas las casas que jalonaban el camino por el que pasaría la procesión se adornaron con coronas de encina y laurel, ricos brocados y colgaduras de terciopelo; las calles se sembraron de arbustos de boj y mirtos; elaboradas inscripciones en latín daban la bienvenida y glorificaban al nuevo papa, hijo de madre romana, Clarice Orsini, recibiéndole como el «Dechado de la Iglesia» y «Embajador del Cielo». En las esquinas se instalaron altares; los emblemas heráldicos de los Médici y los Orsini colgaban de las cornisas de tejados y portales; de las fuentes brotaba vino en lugar de agua. Arcos triunfales erigidos por ricos mercaderes y banqueros que parecían competir entre ellos en opulencia e inventiva, cruzaban las calles y contenían en sus hornacinas efigies de mártires cristianos que recordaban las antiguas estatuas de los dioses paganos; y, en el arco erigido por Agostino Chigi, había personas reales disfrazadas de dioses.

La procesión salió de la plaza del Vaticano encabezada por soldados. Les seguían miembros de las familias de los cardenales ataviados de escarlata; prelados de la Corte papal; portadores de estandartes; capitanes de los *rioni* en sus monturas; mulas blancas de los Estados Pontificios; palafreneros acicalados con túnicas rojas de bordes de armiño, coronas papales y mitras con incrustaciones de piedras preciosas; nobles romanos rodeados de su escolta en uniforme, entre los que caminaban mano a mano los jefes de las familias Orsini y Colonna; príncipes mercaderes

de Florencia, muchos de ellos emparentados con el Papa; embajadores extranjeros con sus séquitos; pajes con bastones de plata que protegían al palafrén que transportaba el Santísimo Sacramento bajo un palio de telas de oro; sacerdotes, clérigos y juristas de negro y violeta; y obispos y cardenales cuyos caballos arrastraban colas de blancos tejidos. Por último, miembros de la Guardia Suiza, luciendo sus coloridos uniformes y armados con alabardas, marchaban delante de Su Santidad, quien, a horcajadas sobre su semental árabe, se protegía del sol gracias a un baldaquino de seda bordada que sujetaban ocho ciudadanos romanos de rango patricio.

La imagen del Papa difícilmente igualaba la magnificencia de su cortejo. Excesivamente grueso y blando en carnes, aparentaba tener mucho más de sus treinta y siete años. Avanzaba con la boca abierta, la cara casi púrpura debido al calor, y el cuello y la barbilla empapados por gotas de sudor. Parecía hundirse bajo el peso de su capa repleta de alhajas y su triple mitra a lomos de su caballo mientras ventoseaba con indiferencia. Aun así, seguía sonriendo con benigna satisfacción a todos los que encontraba a su paso; asentía con complacencia cada vez que uno de sus acompañantes leía en voz alta alguna aduladora inscripción que sus ojos miopes no llegaban a discernir; levantaba las manos rollizas, enfundadas en unos guantes perfumados con perlas cosidas, para impartir la bendición papal; y susurraba unas cuantas palabras de aliento cuando sus chambelanes lanzaban monedas de plata de sus amplias bolsas de dinero. Su genialidad y entusiasmo, así como las muestras de orgullo y exaltada alegría por el espectáculo, resultaban conmovedoras, por lo que la gente no paraba de exclamar: «¡León! ¡León! ¡León!».

Como establecía la tradición, los judíos se habían reunido en el Ponte Sant'Angelo para solicitar su permiso para seguir viviendo en Roma y, por medio del rabino, ofrecerle una copia de su Ley. El Papa dejó caer el libro al suelo al tiempo que recitaba las palabras reglamentarias con las que rechazaba la fe judía, pero todos notaron que mientras confirmaba sus privilegios no perdía ni un ápice de su benevolencia.

Después de recorrer la Via Papale y llegar a la estatua de Marco Aurelio que por aquel entonces aún se alzaba frente a Letrán, el Papa desmontó y accedió al vestíbulo del palacio, exhausto pero evidentemente dispuesto a hacer justicia al copioso y exquisito banquete que se había preparado en su honor.

«Al volver a pensar en toda la pompa y grandiosa fastuosidad de que he sido testigo —discurrió un médico florentino que describió con todo

lujo de detalles aquel espléndido *Possesso*—, he sentido un deseo tan ardiente de convertirme en papa que no he podido pegar ojo en toda la noche. No me extraña que los prelados anhelen con todas sus fuerzas alcanzar tal dignidad. No cabe duda de que es mejor llegar a ser papa que príncipe».

En el palacio de Letrán, el Papa disfrutaba del opíparo banquete con gran entusiasmo, aunque con menos apetito del que había mostrado por la buena comida y el buen vino desde que, por insistencia de su padre, le nombraron cardenal con dieciséis años. Se dice que, tras su elección, le murmuró a su hermano Giuliano: «Dios nos ha concedido el papado. Disfrutemos de él».

Desde luego, disfrutó de él, y a un coste prodigioso: a pesar de haber creado y puesto en venta mil doscientos cargos, de haber dispuesto de obispados y abadías, y de haber instituido fructuosos cardenalatos, se estima que en el transcurso de un año no solo había terminado con todos los ahorros de su predecesor, sino que también se había gastado todos sus ingresos y los que pudiera llegar a tener su sucesor. «Era tan incapaz de ahorrar mil ducados —reflexionó el amigo de Maquiavelo, Francesco Vettori— como una piedra de echarse a volar». Después de haber contraído deudas con casi todos los bancos de Roma, algunos de los cuales le cobraban un interés del cuarenta por ciento, en lugar de intentar disminuir los gastos, aumentó el número de miembros de la Casa Pontificia a seiscientos ochenta y tres, siguió obsequiando con bolsas repletas de monedas de oro a cualquier invitado que cantara con él, despilfarrando el dinero en juegos de azar, pagando las deudas que contraía con en el sencillo juego de *primiero* sin poner ningún tipo de reparo y tirando sus ganancias a la basura. Pagó cifras astronómicas por unos sabuesos franceses y unos halcones islandeses, así como por la conservación de zonas enteras de la Campagna, en las que se abandonaba al placer de la caza y la cetrería; y cuando las aves caían en su poder, León X las mataba personalmente, levantando un arpón con la mano derecha, y un monóculo ante su miope ojo izquierdo, complaciéndose en las felicitaciones de sus acompañantes.

Cargamentos enteros de reses muertas se llevaban a Roma, donde veintenas de cocineros las preparaban para la mesa del Santo Padre acompañadas por otras exquisiteces y guarniciones sorprendentes, como lengua de pavo real y lampreas cocinadas con dientes de ajo y frutos secos en salsa de vino cretense, y de postre, pastel de ruiseñor. Al mismo tiempo, todos los mercaderes, banqueros, prelados y nobles de la ciudad

se afanaban en rivalizar con el Papa y entre ellos con sus suntuosos banquetes.

> La comida era exquisita —escribió el embajador veneciano sobre una de las cenas que se ofrecieron en el palacio del Cardenal Cornaro—. Consistió en una serie interminable de platos, pues eran sesenta y cinco fuentes, cada una con tres platos diferentes, que llegaban a la mesa con una rapidez inaudita. Apenas nos había dado tiempo a dar buena cuenta de una exquisitez cuando aparecía ante nosotros un nuevo plato recién hecho, y todo ello servido en la más fina plata, de la que su Eminencia posee una abundante provisión. Al acabar el convite nos levantamos de la mesa completamente satisfechos de la rica comida y del concierto que nos ofrecieron sin pausa, tanto desde dentro como desde fuera del comedor, de todos los instrumentos que Roma es capaz de crear, como pífanos, clavicordios y laúdes de cuatro cuerdas, además de las voces del coro.

Los banquetes que se ofrecían en el palacio que Agostino Chigi poseía a orillas del río, y cuyos cuartos de baño embellecían accesorios de oro y plata, eran aún más pretenciosos. Se decía que el banquero, desmesuradamente rico, les había dado órdenes a sus siervos de que tiraran al Tiber todas las vajillas de plata en las que se servían las cenas para demostrar el poco valor que daba a aquellas bagatelas, aunque también se rumoreaba que antes, había tomado la precaución de colocar una red por debajo de la superficie del agua que le permitiera recuperarlas durante la noche. En una ocasión, Chigi ofreció una cena en la que la comida se sirvió en platos decorados con los blasones de sus invitados, y para la que había recubierto las paredes de la sala con los más finos y delicados tapices. En cuanto la cena terminó, el Papa, como invitado de honor, felicitó al anfitrión por la excelente comida y la grandiosidad de su sala de banquetes. Chigi entonces dio órdenes de que se retiraran las cuerdas que sostenían los tapices. Cuando estos cayeron al suelo, aparecieron ante los presentes las cuadras vacías y sus pesebres. «¡Santidad! —dijo—, esta no es mi sala de banquetes. Este es el establo».

Por su parte, los banquetes del Papa eran famosos por el entretenimiento: por las cabriolas de los enanos y bufones; por el burdo ingenio del fraile dominico Fra Mariano Fetti, que era capaz de engullir cuarenta huevos y veinte pollos en una sentada y pretendía hacer creer que le gustaban los cuervos enteros, con plumas y pico; y también por los lerdos

muertos de hambre que devoraban carroña con salsa picante creyendo tener el privilegio de degustar los manjares del Papa.

De todas las bromas pesadas de León X, la más famosa fue la que le gastó a un tal Baraballo, un viejo sacerdote al que llegaron a convencer de que sus absurdos tentativos poéticos estaban a la altura de los grandes poemas de Petrarca y de que él, al igual que el poeta, merecía ser ensalzado con una corona de laurel en el Capitolio, al que tendría el honor de dirigirse, montado en el elefante blanco que el rey de Portugal acababa de regalarle al Papa y que en aquel momento se encontraba en el Belvedere. El día en que habría de tener lugar el acontecimiento, los balcones del Vaticano se llenaron de caras sonrientes mientras el pobre e iluso sacerdote se encaminaba con una toga escarlata con bordes de oro hacia el lugar en que le ayudarían a montarse en una silla de elefante ricamente decorada. «Jamás habría podido imaginar algo así hasta que lo vi con mis propios ojos, e incluso me reí. —escribió Paolo Giovio, el biógrafo del Papa— Un viejo de sesenta años, a cuyo nombre se rendía honores, majestuoso y venerable en apariencia, canoso, montando sobre un elefante al ritmo de las trompetas».

No obstante, el Papa que se entretenía con este tipo de farsas, disfrutaba con la lidia y solía pasar horas y horas observando con ojos de miope a los cardenales que bailaban con sus damas en las fiestas de disfraces, también era capaz de sacar tiempo para asuntos menos triviales. Indudablemente prefería las comedias y las pantomimas más o menos indecentes a las funciones dramáticas más serias que de igual modo se representaban en palacio; e indiscutiblemente era un mecenas indiscriminado por lo que se refería a la música y la literatura, pues se sentía tan inclinado a premiar al más frívolo poetastro o autor de sátiras que a ofrecer su mecenazgo a escritores de la talla de Ariosto y Guicciardini, al tiempo que ignoraba las peticiones de Erasmo. «No es fácil juzgar si a Su Santidad le agradan más los méritos de los versados o la argucia de los bufones», comentó Pietro Aretino, que había podido beneficiarse de la generosidad papal. Sin embargo, a pesar de que sus gustos resultaran cuestionables, el Papa seguía siendo un valioso mecenas. León X contrató al mejor corista europeo para la Capilla Sixtina y concedió considerables favores a la Sapienza, en la que hizo que aumentara el número de profesores y facultades. Otorgó asimismo su protección a la Academia Romana: impulsó el estudio del latín y el griego; le ofreció su amistad a Marco Girolamo Vida y a Ariosto; emplazó en Roma a Giano Ascaris, al que le sugirió que editara los manuscritos griegos que

tenía en su poder; e invitó a Markos Musuros a que fuera a la ciudad con diez jóvenes que estuvieran dispuestos a enseñar griego a los italianos. También, ordenó que se trasladara el amplio y valioso contenido de su biblioteca familiar de Florencia a Roma, donde, hasta que su primo lo devolvió a la Biblioteca Laurenciana, se puso a libre disposición de los estudiosos y escritores, a quienes les ofreció numerosos incentivos para que fueran a Roma y cumplieran su ambición de convertirla en la ciudad más cultural del mundo occidental.

El Papa León X también se sentía ansioso por convertir a Roma en la ciudad más bella del mundo. Para ello le encargó a Sansovino el diseño de la iglesia de San Juan de los Florentinos,[11] en Piazza dell'Oro, que era entonces el núcleo de la colonia florentina en Roma; construyó la Via Ripetta, en un intento por descongestionar la salida del centro histórico hacia Piazza del Popolo;[12] restauró la iglesia de Santa Maria in Domnica, dotándola de la espléndida fachada de columnas que se atribuye a Baldassare Peruzzi; encontró el dinero necesario para continuar la reconstrucción de San Pedro; y, en cuanto a la decoración del palacio Vaticano, le encargó a Rafael el diseño de diez tapices que se colgarían en las paredes de la Capilla Sixtina.

Sin embargo, no fue capaz de soportar la perturbadora presencia de Miguel Ángel. Aseguraba que le tenía mucho cariño, e incluso se le llenaban los ojos de lágrimas cuando contaba las historias de su infancia en el palacio de los Médici de Florencia, donde, según Vasari, el joven Miguel Ángel había vivido como un miembro más de la familia porque el padre del Papa le consideraba un genio. Pero el Papa, aun reconociendo su talento, no llegaba a congeniar con él. «Es un hombre aterrador —dijo—, no hay manera de llevarse bien con él». De modo que le convenció para que retomara la arquitectura y volviera a Florencia, donde se necesitaba una nueva fachada para la basílica de San Lorenzo de Brunelleschi.

Miguel Ángel trabajó en Florencia para el primo de León X, Giulio de Médici, quien conseguiría subir al trono de Pedro con el nombre de Clemente VII tras el monótono reinado del flamenco Adriano VI, que con su carácter parsimonioso y circunspecto pasaba más tiempo recogido en oración o dedicado al estudio que ocupándose de los asuntos de la Iglesia. En su época de joven y rico cardenal, Giulio de Médici había vivido en Roma, en el Palazzo della Cancelleria, que se le había confiscado al Cardenal Raffaele Riario a causa de su participación en una conspiración contra León X. Giulio de Médici era alto, moreno, de

tez pálida y ojos marrones oscuros, uno de ellos estrábico. Físicamente no tenía nada que ver con su primo, al igual que su comportamiento frío, distante y desdeñoso hacía intuir que jamás llegaría a ser tan generoso y abierto como él. Francesco Guicciardini le describió de un modo poco halagüeño, y no totalmente equivocado, como un hombre «de un carácter más huraño y taciturno que afable y risueño; de ningún modo digno de confianza y reacio a hacer cualquier tipo de favor; muy serio y prudente en todas sus acciones; perfectamente inalterable y de gran capacidad, si no fuera porque a veces la timidez le nubla el juicio». Aun así, por muy saturnino que pudiese parecer y por muy reservado que fuese en realidad, era un excelente benefactor y protector de artistas y músicos, desprendido cuando se trataba de contribuir a todas las causas caritativas, al igual que lo había sido su primo, y tan generoso como él, aunque nunca fue un anfitrión tan ostentoso. Tan renuente al despilfarro como al trato social, era sin embargo consciente de las ventajas de la hospitalidad y el altruismo. Cuando consiguió que el cónclave le nombrara papa tras el intercambio de sobornos más largo que la memoria de la humanidad sea capaz de recordar, Clemente VII siguió prodigando invitaciones a los más influyentes y cometidos a los más dotados. Concluyó con éxito el ambicioso plan de renovar y dar realce a las calles de Roma, mostrando un especial interés por las vías Trionfale, Flaminia y la antigua Via Lata, que llevaba desde Piazza del Popolo hasta Piazza Venezia, así como en las calles que rodeaban Piazza Navona.[13] A Rafael le encomendó la construcción de una villa romana, la futura Villa Madama,[14] en las laderas ahítas de cipreses de Monte Mario, sobre el meandro del Tíber y Ponte Molle (Ponte Milvio). Empleó en las obras del Vaticano a los dos aprendices preferidos de Rafael, Giulio Romano y Gian Francesco Penni. Animó al astrónomo polaco Nicolaus Koppernigk, conocido como Copérnico, a que continuara sus controvertidos estudios, asistió a sus seminarios cuando fue a Roma y le pidió que publicara sus descubrimientos. Además, compró varias obras de arte del vanidoso e irascible Benvenuto Cellini.

Pero al Papa apenas le quedaba tiempo para recrearse en la contemplación de las obras de arte que encargaba, y ni siquiera para asistir a las veladas musicales y los debates filosóficos y teológicos de los que tanto había disfrutado en su época de cardenal, puesto que los asuntos exteriores y el cisma que estaba echando raíces en la Iglesia requerían toda su atención. Su primo había intentado apartar de su mente las preocupaciones que pudieran derivarse de las exigencias de reforma que le

llegaban de los monjes alemanes, con la esperanza de que los problemas se resolvieran por sí solos ante las nimiedades de los argumentos en los que se basaban aquellos monjes. Pero entre ellos había un molesto fraile agustino al que no sería tan fácil callar.

DIEZ

EL SAQUEO DE ROMA

Martín Lutero había estado en Roma en 1510, cuando tuvo que ocuparse de unos asuntos de su Orden. Horrorizado por lo que allí vio, aquella visita confirmó su creencia de que la Iglesia necesitaba ser reformada. Hasta la ciudad le desagradó: era prácticamente imposible reconocer «las huellas de la Antigua Roma, ya que los edificios antiguos se habían quedado enterrados bajo los nuevos. Tan honda yacía la basura como fácil era verla en el Tíber, en cuyas orillas se acumulaban montones de desperdicios tan altos como el doble de la longitud de la espada de un soldado». El ambiente renacentista de la ciudad le causó una desagradable impresión. Lutero aborrecía a Aristóteles, y sin embargo los romanos le consideraban a la altura de los Padres de la Iglesia; y parecía que, según ellos, la decoración de las Estancias de Rafael, en la que los temas paganos y cristianos se mezclaban en indignante armonía, era tan merecedora de respeto y estudio como la Sagrada Escritura. Para los romanos, la belleza equivalía a la verdad; y creían que la búsqueda de la felicidad en la Tierra podía compaginarse con la esperanza de la eterna salvación. Mientras el Papa «montaba triunfante sus engalanados sementales, los curas farfullaban misa». Y, además, Lutero se quejaba: «Para cuando yo había llegado al Evangelio, el sacerdote que tenía a mi lado ya había terminado y exclamaba: "¡Venga, date prisa, acaba ya!"». Volver a Alemania fue todo un alivio.

León X le había excomulgado y había confiado en que, en su inmenso poder, el emperador alemán Carlos V (Carlos I de España), como buen católico romano, le llevara a juicio y ordenara su ejecución. Por su parte, aun consciente de la fuerte oposición que provocaría en Alemania un gesto tan drástico contra la Reforma, el Emperador estaba dispuesto a actuar contra Lutero, pero con una condición: el apoyo del papado en el ataque que tenía previsto contra las últimas posesiones francesas en Italia, entre las que se encontraba Milán, que el Rey Francisco I había

tomado en 1515. Tras llegar a un acuerdo, el ejército imperial marchó contra las fuerzas de Francisco I. Milán fue ocupada y los franceses tuvieron que retirarse hacia los Alpes. En cualquier caso, esta derrota no preocupó al rey francés, que estaba seguro de que los acuerdos que había pactado Clemente VII con el Emperador Carlos V se tambalearían en cuanto los asuntos papales quedaran en manos del inseguro y receloso Médici. Estaba en lo cierto. Tras repetidas vacilaciones en los entresijos políticos, Clemente VII decidió aliarse con Francia; lo que, naturalmente, contrarió a Carlos V, quien, después de haber vencido a Francia una vez más, tomó las medidas que consideró oportunas para prevenir la amenaza de una liga contra su Imperio.

Lo primero que hizo fue dar órdenes a su enviado, Hugo de Moncada, de que se ganara la simpatía del inquieto Cardenal Pompeo Colonna, que había vociferado su oposición en la elección de Clemente VII con la esperanza de que le eligieran a él. A Hugo de Moncada no le resultó difícil convencer a Colonna para que reuniera un ejército de mercenarios y criados que marcharan por el Borgo y atacaran y saquearan el palacio apostólico, todo ello proclamándose el salvador del yugo y la tiranía papal en la ciudad de Roma. Después de tener que huir a toda prisa y refugiarse en Castel Sant'Angelo, Clemente VII tuvo que aguantar la ulterior humillación de verse obligado a firmar un tratado por el que abandonaba la alianza imperial y eximía a Colonna. Pero en cuanto pudo rompió el trato, envió tropas papales para que devastaran las propiedades de Colonna, declaró proscrita a la familia y abolió todos sus títulos. En un arrebato tan intenso que le hacía temblar con tan solo mencionar el nombre del Papa, el Cardenal Colonna le ofreció los servicios de todos los hombres que pudo reunir al virrey de Carlos V en Nápoles.

Pero estos no fueron los únicos enemigos que Clemente VII se ganó para el papado con su política traicionera e irresoluta. El hermano del Emperador, Fernando de Austria, había reunido a un potente ejército de lansquenetes, casi todos luteranos, que cruzaron los Alpes, dispuestos a vengarse del anticristo romano. Sin dejarse intimidar por las torrenciales lluvias, ni las cegadoras ventiscas, avanzaron hasta Lombardía guiados por el obeso veterano Jorge de Frundsberg, donde derrotaron y mataron al diestro condotiero Juan de las Bandas Negras, comandante de la división más joven de la Casa de los Médici. Por otra parte avanzaba el condestable francés Carlos, duque de Borbón, que se había pasado a las filas imperiales y ahora encabezaba la sección principal del ejército imperial, formada por españoles, italianos y el cuerpo internacional de

lanceros. Cuando el condestable llegó a Piacenza en febrero de 1527, los lansquenetes alemanes marcharon hacia Roma.

Avisado por su secretario, Gian-Matteo Giberti, de que se encontraban «al borde de la ruina», el Papa intentó llegar a un acuerdo con los comandantes de ambos ejércitos, que ya contaban con más de veinte mil hombres. La idea de una generosa compensación les tentó, pero los lansquenetes no estaban dispuestos a perder la oportunidad del pillaje. Avanzaron hacia sus jefes y les rodearon gritando que no darían marcha atrás hasta que no hubieran entrado en Roma; en mitad del alboroto, Jorge de Frundsberg sufrió una apoplejía y tuvieron que llevarle a Ferrara. Acto seguido se reanudó la marcha, bajo el nervioso mando del duque de Borbón, que más que la cabeza era el siervo de aquella masa heterogénea e indisciplinada de soldados que comandaba. Aquellos hombres, hambrientos, con los andrajosos uniformes empapados por las lluvias y los ríos de montaña que habían tenido que atravesar, avanzaban en grupos de treinta, acercándose más y más a Roma, aguijoneados por la idea del saqueo.

Roma era una presa fácil para cualquier banda numerosa de merodeadores. Las murallas, que a pesar de las continuas reparaciones habían perdido su esplendor, seguían rodeando la enorme zona que ocupaba la capital del antiguo Imperio. Al contrario que las de las demás ciudades italianas de principios del siglo XVI, las murallas de Roma albergaban en su interior viñedos y jardines, terrenos baldíos y espesuras en las que los ciervos y jabalíes buscaban refugio, y villas y ruinas informes recubiertas de hiedra y arbustos de rosas de cuyo denso follaje brotaba el galimatías que formaban cientos de palomas. Las boscosas lomas de los montes Palatino, Celio y Aventino estaban salpicadas de granjas y conventos, así como de los monumentos derruidos que habían servido como cantera durante generaciones. Al oeste de la inmensa mole del Coliseo se extendían los amplios terrenos pantanosos y llenos de maleza de Campo Vaccino en el que tan solo unas pocas columnas de los antiguos templos daban testimonio de que, tiempo atrás, el Foro clásico se había alzado en aquellos campos de pastoreo. El Capitolio, delimitado por torres, almenas y las ruinas fortificadas del valle sobre el que se erigía, constituían pavorosos recuerdos de la ausencia de ley en la ciudad y la duradera enemistad que cundía entre las familias del reciente pasado medieval. De hecho, Roma seguía siendo una ciudad prácticamente del medievo. Desde los albores del Renacimiento se habían construido

muchas iglesias, como Santa Maria del Popolo, San Agustín, San Juan de los Florentinos y San Pietro in Montorio. Y se habían erigido espléndidos palacios y villas. Además del Palazzo della Cancelleria, se levantaron el Palazzo Venezia, el palacio Farnesio y Villa Madama. En el Borgo se encontraban el Palazzo Soderini, el Palazzo dei Penitenzieri[1] y el Palazzo Castelli (Giraud Torlonia). En el otro lado del río, más allá de Ponte Rione, se hallaban el Palazzo Lante ai Caprettari,[2] el Palazzo Cicciaporci[3] y el Palazzo Cenci.[4] En el cercano distrito de Parione estaban los palacios de los Massimo.[5] Y en la zona, por aquella época abierta, entre la Porta Santo Spirito (que llevaba al Borgo) y la Porta Settimiana (que daba acceso a Trastevere), Baldassare Peruzzi había construido la fabulosa villa de Agostino Chigi.[6]

Sin embargo, la Roma que quedaba entre el Corso y el río, y en el barrio de Trastevere de la otra orilla del Tíber, donde se acumulaba toda la población, seguía siendo la Roma de la Edad Media, la Roma de los callejones oscuros, un laberinto de pasajes y recovecos en los que de vez en cuando surgía una iglesia o una fortaleza entre las casas que se apiñaban hacia las cenagosas aguas del río, por el que accedían en barca.

En esta parte de Roma y en la zona de Ponte Rione, donde se encontraban las casas de los banqueros, mercaderes, orfebres, libreros y cortesanos, vivía y trabajaba la mayor parte de los cincuenta o sesenta mil habitantes de la ciudad. Una gran parte de ellos eran extranjeros. Muchos, judíos que vivían en los barrios de Regola, Ripa y Sant'Angelo; unos siete mil eran españoles; y algunos franceses, muchos de los cuales eran pasteleros y confiteros que desarrollaban su actividad en las calles que salían de Piazza Navona. Había también una numerosa comunidad alemana que trabajaba en tabernas y carnicerías, o en la industria de la imprenta que sus paisanos ya habían llevado a Roma la centuria anterior.

Tanto romanos como extranjeros se afanaban por igual en la fabricación y abastecimiento de los bienes necesarios para la vida cotidiana. Para entonces ya quedaban muy pocos artesanos. Muchos habitantes, casi tres de cada cien, vivían de la prostitución, ya fuera gracias a las artes y habilidades de cortesanas de la talla de la encantadora Clarice Matrema-non-Vuole, que era capaz de recitar de memoria todos los poemas de Petrarca y la mayor parte de las obras de Virgilio y Ovidio, o a los encantos de jóvenes más desinhibidas, como la que le había trasmitido la sífilis a Benvenuto Cellini.

El carácter cosmopolita de Roma se sumó a los problemas de defensa que ya presentaba la ciudad. Muchos ciudadanos creían que un emperador

internacional podría gobernarles tan bien como el Papa, que además se había ganado la antipatía general debido a las medidas financieras que las circunstancias le habían obligado a tomar. Tanto es así, que a los *caporioni* les resultó tan difícil hacer que los hombres de sus barrios se presentaran al toque de los tambores que tan solo seis de los trece *rioni* fueron capaces de reunir a algunos; y muchos de los que se presentaron no servían para nada, puesto que los más idóneos ya habían sido reclutados para la seguridad de las propiedades privadas. Incluso los romanos que tenían intereses comerciales en la otra orilla del río le impidieron cerrar los puentes a Renzo da Ceri, el experto condotiero encargado de la defensa.

El Papa estaba tan paralizado por la indecisión, como los romanos indiferentes a su suerte. El ejército imperial ya casi estaba a la vista desde las puertas de la ciudad cuando el Papa solicitó ayuda financiera al Comune di Roma, pero la casa consistorial respondió que solo le daría el dinero si lograba recaudar el doble. Tuvo que pasar una semana antes de que el Papa consiguiera reunir lo que necesitaba por medio de la venta de cardenalatos a seis hombres ricos, lo que, según Francisco Guicciardini, su teniente general, suscitó más revuelo «que si hubiera arruinado al papado y al mundo entero». Y hasta el 4 de mayo, cuando el enemigo ya avanzaba por Monte Mario y había tomado su villa como cuartel general, no se decidió a citar a los concejales en la iglesia de Santa María de Aracoeli, donde de un modo poco convincente les aseguró que la crisis pasaría en unos cuantos días, pero que hasta entonces los ciudadanos tendrían que defenderse por sus propios medios.

El condotiero Renzo da Ceri ya se había encargado de reforzar las partes más débiles de las murallas leoninas y de levantar unos muros de defensa en el interior del Vaticano; pero con tan pocas tropas a su disposición, no tenía grandes esperanzas de que consiguieran mantener al enemigo fuera de una ciudad, cuyos delegados habrían sido capaces de pactar un acuerdo de paz para ellos solos con tal de que les dejaran marchar. Con tan solo ocho mil hombres armados, entre los que se contaban dos mil miembros de la Guardia Suiza y dos mil soldados que habían prestado servicio a la familia Médici bajo al mando de Juan de las Bandas Negras, Renzo da Ceri esperó la inevitable llegada del heraldo del campo imperial, al tiempo que durante toda la noche resonaban las campanas de alarma del Capitolio.

Ambos bandos sabían que la exhortación del heraldo a la rendición y al pago de una enorme compensación no era más que la acostumbrada

fórmula que vaticinaba el asalto de la marabunta de hombres hambrientos y medio desnudos a los que el Borbón no habría podido contener en ningún caso. Uno de sus oficiales afirmó que el heraldo «ni siquiera había terminado de hablar cuando un agitado y jubiloso murmullo empezó a correr por el campo, lo que dejaba intuir que para aquella ingente multitud cada minuto que precedía al asalto debía de parecer una eternidad».

El inevitable ataque comenzó a las cuatro de la mañana del 6 de mayo de 1527 con un disparo de arcabuz. La primera embestida de los imperiales se produjo en las murallas que se extendían desde la Porta del Torrione hasta la Porta Santo Spirito, al mismo tiempo que arremetían con otros dos ataques diversivos en el Belvedere y Porta Pertusa. Aun cobrándose muchísimas bajas entre los romanos, los defensores lograron frenar la primera acometida; pero entonces se levantó una densa niebla sobre el Tíber que inutilizó la artillería, por lo que no pudieron sino lanzar algún que otro tiro a ciegas mientras que, al grito de «¡Judíos! ¡Infieles! ¡Bastardos! ¡Luteranos!», arrojaban piedras contra un enemigo al que no veían.

Una de las balas perdidas de algún arcabuz alcanzó al duque de Borbón, y el príncipe de Orange. Un buscavidas que en ese momento se encontraba al servicio del Emperador, tuvo que llevarle, moribundo, a una capilla cercana. La noticia de la muerte del Borbón causó una oleada de euforia entre los defensores, que abandonaron sus puestos y se echaron a correr por las calles del Borgo gritando: «¡Victoria! ¡Victoria!». También causó un momentáneo abatimiento en las tropas enemigas, pero los alemanes y los españoles no tardaron en reponerse y, después de construir unas escaleras con unas parras bajo la protección de la densa capa de bruma, se encaramaron hasta las brechas de las murallas en un número inmensamente superior al de los defensores, a los que obligaron a recular enseguida. Los guardias suizos combatieron con valentía, al igual que la milicia romana, los Bandas Negras y los estudiantes del Colegio Capranicense,[7] quienes se abalanzaron a defender las murallas y murieron en la lucha. Muchas de las tropas papales desertaron al enemigo o se unieron al tumulto para tratar de escapar cruzando los puentes del Tíber, contra cuyos barandales murieron aplastados, o en barcas sobrecargadas que terminaron por zozobrar, haciendo que muchos más hombres se ahogaran.

El Papa huyó por el Passetto, el paso elevado de muros de piedra que comunicaba el Vaticano con Castel Sant'Angelo, aprovechando cada abertura para ver la escabechina que tenía lugar en la zona de abajo,

al tiempo que el Obispo de Nocera le levantaba las vestiduras para que pudiera correr a mayor velocidad. «Me quité la capa morada a toda prisa y se la eché por encima de los hombros y la cabeza —dijo el Obispo— para que ninguno de aquellos bárbaros pudiera reconocerle, vestido de blanco, al pasar por delante de alguna de las aberturas e intentara dispararle». Trece cardenales y unos tres mil fugitivos consiguieron llegar al castillo; pero otros, que intentaban buscar refugio antes de que fuera demasiado tarde, cayeron al foso cuando el puente levadizo comenzó a alzarse.

Roma había quedado a merced de las tropas imperiales. Gian d'Urbina, el comandante altanero y cruel de la infantería española, enfurecido porque un guardia suizo le había herido en la cara, entró en el Borgo con sus hombres matando a todos los que se iban cruzando por el camino. «Les descuartizaron a todos —narró un testigo—, incluso en los lugares que Atila y Genserico, con toda su crueldad, habían tratado con religioso respeto». Irrumpieron en el hospital del Santo Spirito y masacraron o tiraron al río a todos los pacientes. También mataron a los huérfanos de la Pietà y liberaron a los prisioneros de la cárcel, que se unieron a la masacre, las mutilaciones y el pillaje.

Los imperialistas llegaron a Ponte Sisto, y desde allí continuaron la barbarie por el corazón de la ciudad. Destrozaron las puertas de los conventos, monasterios, iglesias y talleres, y tiraron a la calle todo lo que encontraron; abrieron las tumbas, incluso la de Julio II, y despojaron los cadáveres de vestidos y joyas; saquearon el Sancta Sanctórum, y pisotearon y escupieron sobre la hostia consagrada; se mofaron de los crucifijos y reliquias, y los usaron como blanco para los arcabuceros; tiraron al suelo la cabeza de San Andrés, y la de San Juan la usaron como si fuera un balón, dándole patadas por la calle; hicieron un desfile con la lanza con la que habían atravesado el costado a Cristo, que había sido propiedad de Inocencio VIII, como si fuera la lanza de uno de los soldados alemanes; subastaron el pañuelo de la Verónica en una taberna; robaron la cruz dorada del Emperador Constantino, que jamás llegó a recuperarse, y lo mismo pasó con la tiara de Nicolás I y la Rosa de Oro de Martín V; y masacraron a todos los romanos que habían buscado refugio en las iglesias. «Hasta masacraron a quinientos hombres en el altar mayor de San Pedro —afirma una narración de la época—, mientras quemaban o destrozaban las sagradas reliquias».

Torturaron a los hombres para que les revelaran dónde habían escondido sus posesiones, o les pedían dinero a cambio de sus vidas; a un

mercader le amarraron a un árbol y le fueron arrancando una uña al día porque no podía pagar lo que le pedían.

> A muchos les colgaron por los brazos durante horas —escribió Luigi Guicciardini, hermano de Francesco Guicciardini—; a otros les ataron de los genitales sin piedad; a otros les amarraron por los pies, les levantaron y les zarandearon cabeza abajo sobre el río, amenazándoles con cortar la cuerda. A algunos les encerraron en los sótanos para dejarles morir allí; a otros les clavaron en los barriles o les azotaron e hirieron vilmente; y a muchos les marcaron por todo el cuerpo con hierros candentes. A algunos les torturaron dejándoles morir de sed, a otros haciéndoles estallar los oídos con un ruido insoportable, y a otros les arrancaron los dientes. Hubo a quienes les obligaron a comerse sus propias orejas, o la nariz, o los testículos, después de cortárselos y asarlos en el fuego; y otros tantos padecieron martirios desconocidos hasta entonces, que me hacen pensar en mucho más de lo que soy capaz de describir.

Los españoles fueron los más despiadados, según la opinión general. «En la destrucción de Roma, los alemanes fueron crueles, y los italianos más, pero los españoles fueron los peores». Estos últimos practicaron «torturas completamente desconocidas para obligar a las víctimas a confesar dónde ocultaban sus tesoros». Y, por lo visto, no siempre lo consiguieron, ya que años después se hallaron recipientes y vasijas enterradas, lo que apunta a que sus dueños murieron antes de poder recuperarlos.

Ni siquiera se salvaron quienes profesaban su apoyo a la causa imperial, ya que a estos también les pidieron rescates, y ninguna de sus propiedades se libró del saqueo: ni San Jacobo de los Españoles,[8] en Piazza Navona; ni la iglesia de los alemanes, Santa Maria dell'Anima.[9] Lo mismo ocurrió en el palacio del embajador imperial, en el que se habían refugiado doscientas personas, y en el Palazzo dei Santi Apostoli,[10] que estaba ocupado por la madre de uno de los altos mandos imperiales, Ferrante Gonzaga. Más de dos mil personas —de las que más de la mitad eran mujeres— que habían buscado refugio en el Palazzo dei Santi Apostoli, fueron secuestradas para pedir rescate. La mayoría de los oficiales no conseguían ejercer ningún tipo de autoridad sobre sus hombres y se quedaban allí, sin poder hacer nada, aun cuando no permitían, animaban, ni participaban en la barbarie. Un comandante alemán llegó a jactarse de su intención de destripar al Papa cuando le pusiera las manos encima.

De hecho, a algunos sacerdotes les sacaron las entrañas. A otros les despojaron de sus ropas y les obligaron a blasfemar bajo amenaza de muerte o a participar en sacrílegas parodias de la santa misa. Un sacerdote fue asesinado por unos luteranos cuando se negó a darle la comunión a un asno. Al Cardenal Cayetano le encadenaron y le llevaron a rastras por las calles mientras le insultaban y torturaban; el Cardenal Ponzetti, de más de ochenta años, sufrió la misma suerte, y después de escapar con veinte mil ducados murió a causa de las heridas de la tortura. Las monjas, como las demás mujeres, fueron violadas, subastadas por la calle y usadas como mesas para los juegos de azar. A padres y madres se les obligó a asistir a las múltiples violaciones que sufrieron sus hijas. Los conventos se convirtieron en burdeles a los que se llevaba a las mujeres ricas para arrancarles la ropa. «Marquesas, condesas y baronesas —escribió Sieur de Brantôme— estuvieron al servicio de las irrefrenables tropas y hasta mucho tiempo después a las mujeres patricias de la ciudad se les conoció como "las reliquias del *Sacco di Roma*"».

El 7 de mayo, cuando los invasores por fin empezaban a cansarse de sus excesos, el Cardenal Pompeo Colonna llegó a Roma con dos mil hombres. Conmovido y a punto de llorar al ver el estado en que se encontraba la ciudad, ofreció su palacio como refugio e hizo todo lo que pudo por controlar a sus hombres que también resultaron incontrolables. Los seguidores de Colonna se lanzaron a la calle ansiosos por saquear cualquier cosa que los imperiales hubieran descartado, «arrancando hasta las rejas de las casas» y, como contó el duque de Urbino, «llevándose entre todos hasta los muebles de los pobres». «Eran campesinos, muertos de hambre —dijo el cardenal de Como—, y saquearon y robaron todo lo que los otros soldados no se habían dignado a asaltar».

Jamás llegó a determinarse el número de víctimas que se cobró el saqueo. «Tomamos Roma y la arrasamos —dijo lacónicamente un invasor alemán—: pasamos seis mil hombres a cuchillo; robamos todo lo que encontramos en las iglesias o donde fuera; incendiamos gran parte de la ciudad; y destruimos el trabajo de los copistas: todas las cartas, registros y documentos oficiales». Un soldado español afirmó que había ayudado a enterrar a más de mil cadáveres en la orilla norte del Tíber y que se tiraron al río otros dos mil. Un fraile franciscano confirmó la muerte de doce mil personas y añadió que muchas estaban aún sin enterrar. Había zonas en las que los montones de cadáveres eran tan altos que bloqueaban el paso por las calles.

Para principios de junio, cuando San Pedro se había convertido en un establo, la iglesia de los florentinos era un cuartel, el oratorio del convento de San Cósimo[11] se usaba como matadero, los palacios se habían desvalijado, Villa Madama estaba destrozada, casi todas las casas se habían incendiado, la Sapienza estaba en ruinas, y valiosas bibliotecas y pinturas se habían perdido para siempre, en Roma cundía el pánico. Arrastrado por la temprana brisa veraniega, flotaba en el aire el hedor de la descomposición de los cadáveres, al que se sumaban las emanaciones de los desagües y cloacas destrozadas, agravando la epidemia de la peste.

> En Roma, cuna de la Cristiandad, —escribió un español—no suenan las campanas, no se abren las iglesias y no hay misas, ni domingos, ni fiestas de guardar. Algunas casas están completamente calcinadas, en otras no quedan puertas, ni ventanas y las calles son estercoleros. El hedor de los cadáveres es insoportable. Hombres y animales se entierran en fosas comunes. En las iglesias he visto cuerpos mordisqueados por los perros. En las mesas de las plazas públicas se apuestan montones de ducados. Por doquier se oyen blasfemias tan terribles que los hombres buenos, si es que quedan, preferirían quedarse sordos. No sé con qué lo podría comparar que no sea la destrucción de Jerusalén. Ni aun viviendo doscientos años volvería a ver algo como esto.

Según un imaginativo informe, Benvenuto Cellini defendió Castel Sant'Angelo llevado por su «insólito celo y arrojo» sin ayuda de nadie, al tiempo que Clemente VII escudriñaba la campiña romana en busca de alguna señal que le indicara que el ejército de la liga papal se estuviera acercando para liberarle. Pero sus esperanzas se frustraban día tras día, ya que el ejército, dirigido por el duque de Urbino, un general extraordinariamente prudente, seguía en la isla Farnese, a unos dieciséis kilómetros al norte de Roma; de modo que para el 7 de junio, el Papa había llegado a la conclusión de que tendría que capitular. Además de la entrega de una gran parte de los Estados Pontificios, se le exigió el pago de una inmensa suma de dinero, en cuyas negociaciones siguieron pasando los meses. Mientras tanto, las tropas imperiales abandonaron la ciudad debido a la peste y la hambruna, y en diciembre, tras saquear la Campagna, regresaron a Roma. Amenazaron con ahorcar a los capitanes y descuartizar al Papa si no se les pagaban los atrasos. Cuando las amenazas llegaron a oídos del Papa, decidió que tenía que escapar, así que

el 7 de diciembre, con el consentimiento de un comandante imperial, huyó. Vestido como un siervo, con una capa con capucha, una cesta en el brazo y un saco vacío a hombros, se encaminó hacia el palacio episcopal de Orvieto. Y en Orvieto, un legado de Enrique VIII de Inglaterra, que había ido a buscarle para que le concediera el divorcio del rey, de Catalina de Aragón, le encontró «en un viejo palacio de los obispos de la ciudad, ruinoso y decadente... [con] las habitaciones desnudas y los techos derrumbados».

Acosado por las dudas, macilento, casi ciego de un ojo, enfermo del hígado y con el rostro barbudo, demacrado y amarillento, el Papa permaneció en Orvieto mientras las tropas imperiales seguían ocupando Roma, donde se quedaron hasta el 11 de febrero de 1528, cuando abandonaron la ciudad tras haber recibido las soldadas atrasadas. Por su parte, el Papa esperó hasta octubre antes de volver al Vaticano.

Para entonces, la ciudad estaba absolutamente devastada. «Roma está acabada —aseguró Ferrante Gonzaga al día siguiente del regreso del Papa—. Cuatro quintos de la ciudad han quedado prácticamente deshabitados». Se estimó que más de treinta mil casas habían sido destruidas —casi la misma cantidad de las que resistieron—, y las que quedaban en pie daban a calles repletas de escombros y todavía inundadas por la fetidez de la descomposición. La mitad de los habitantes habían muerto, y la mayoría de los que sobrevivieron se vieron obligados a vivir de la caridad. El comercio se había interrumpido; las tiendas estaban desiertas. De las más de cien boticas que había en Roma, tan solo tres seguían abiertas, y se estima que se perdieron unos doce millones de ducados de oro. Aunque también se salvaron muchos tesoros. Felipe de Orange, que se había acuartelado en el Vaticano (donde le robó un lansquenete), tras haber designado a unos guardias de su confianza para esta misión, consiguió salvar la Biblioteca Vaticana y las Estancias de Rafael. El cuerpo del duque de Borbón, que se guardaba en la Capilla Sixtina, ayudó a proteger los frescos. Muchas reliquias se enterraron en lugares secretos. Pero la lista de pérdidas, que incluía los tapices de Rafael del Vaticano y las vidrieras de Guillaume de Marcillat de San Pedro, fue terrible; sin olvidar la pérdida que supuso el que innumerables estudiosos y artistas abandonaran la ciudad.

Parmigiano huyó a Bolonia, donde luego se reunirían el filósofo Lodovico Boccadifferro y el grabador Marcantonio Raimondi. Giovanni da Udine, que había ayudado a Rafael en las galerías vaticanas y Villa Madama, regresó a Udine. Vincenzo da San Gimignano volvió a Floren-

cia. Giovanni Battista Rosso Fiorentino se estableció en Perugia antes de trasladarse a Francia. Polidoro da Caravaggio consiguió huir, pero le asesinaron en Messina. Jacopo Sansovino se marchó a Venecia, donde le nombraron arquitecto de la Ciudad. El traductor de Vitrubio, Fabio Calvo, el helenista Paolo Bombace, el poeta Paolo Bombasí y el escritor Mariano Castellani murieron durante el saqueo. El gramático Julianus Camers se suicidó. Al poeta Marcantonio Casanova se le vio mendigar por las calles antes de morir a causa de la peste. A Peruzzi le torturaron, le obligaron a pintar al difunto duque de Borbón, le soltaron, le volvieron a capturar, le torturaron de nuevo y le robaron antes de escapar a Siena, donde se convirtió en arquitecto de la República.

El hombre al que se vilipendiaba e inculpaba de esta desastrosa situación continuó residiendo en el Vaticano, enfermo y casi ciego, hasta finales del verano de 1534, cuando contrajo unas fiebres que resultaron ser mortales. Muy pocos le lloraron. En palabras de Francesco Vettori, «se había tomado muchas molestias en dejar de ser un gran cardenal respetado para convertirse en un mísero papa despreciado». De hecho, como un delegado romano le dijo al duque de Norfolk, su muerte «fue causa de regocijo» en la ciudad. En San Pedro, donde descansan sus restos, unos intrusos traspasaron su cuerpo con una espada, y su tumba provisional se llenó de polvo. Borraron la inscripción del sepulcro, «*Clemens Pontifex Maximus*», y en su lugar aparecieron las palabras: «*Inclemens Pontifex Minimus*». Si no hubiera sido por la intervención de su sobrino, el Cardenal Ippolito de Médici, habrían arrastrado su cuerpo por la ciudad con un gancho de carnicero. Roma parecía sumida una vez más en la barbarie y la desolación de la Edad Oscura.

PARTE II

ONCE

RECUPERACIÓN Y REFORMA

No habían pasado ni diez años desde el Saqueo de Roma cuando la ciudad ya se estaba preparando para la dar bienvenida al Emperador bajo cuyos estandartes los saqueadores la habían invadido. Carlos V, que se había ganado el respeto de Roma gracias a su cruzada contra el almirante otomano Barbarroja y había sido coronado Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en 1520, entraría a Roma por la Porta San Sebastiano, que había sido extravagantemente decorada con frescos y estucos. El recorrido pasaba por las Termas de Caracalla, el Septizonio y por debajo del Arco de Tito, cruzaba el Foro por una carretera que se había construido especialmente para la ocasión hasta el Arco de Septimio Severo, seguía por Via di Marforio hasta Piazza de San Marco y continuaba por el río hasta la plaza de San Pedro. Todos los edificios que se interpusieran en el camino habían de ser demolidos, ya que nada podía impedir el paso a los quinientos caballeros, los cuatro mil soldados de infantería que marchaban en filas de siete y los cincuenta jóvenes pertenecientes a las principales familias romanas (todos vestidos de seda violeta) que, junto con cardenales, dignatarios y radiantes guardias personales, iban a acompañar al Emperador por la ciudad. François Rabelais, que en aquel momento residía en Roma como médico del Cardenal Jean du Bellay, calculó que se habían tirado abajo más de doscientas viviendas y tres o cuatro iglesias. La ornamentación de todo el recorrido fue supervisada por Antonio da Sangallo el Joven, con la colaboración de Battista Franco, Raffaelo da Montelupo y Maerten van Heemskerck.

El papa que se hizo cargo de tan grandiosa acogida fue Alejandro Farnesio (en italiano, Alessandro Farnese), cuya coronación como Pablo III en 1534 se había celebrado con torneos y exhibiciones al aire libre, como si hubiera querido demostrarle al pueblo que los días que

siguieron al Saqueo de Roma formaban parte del pasado. Poco después, el Papa restableció el carnaval romano, por lo que había asistido al tradicional espectáculo en el que unos bueyes guiaban una piara de cerdos hasta la cumbre de Monte Testaccio, donde unos jinetes les clavaban sus lanzas hasta que se dejaran caer pesadamente al suelo.

Además de ser inteligente y perspicaz, Pablo III era afable y respetuoso. Hablaba lenta y sosegadamente, pero sin embargo, en sus diminutos ojos se distinguía una mirada astuta, una chispa de impaciencia hostil que hacía recelar a los hombres en su presencia. Era tan temido como estimado. Su abuelo, un próspero condotiero, había logrado ampliar las ya considerables posesiones de su familia alrededor del lago de Bolsena; su padre se había casado con la heredera de la poderosa familia Caetani; su bella hermana Giulia había contraído matrimonio con un Orsini y había sido amante del papa Borgia, Alejandro VI. Con la ayuda de estos valiosos enlaces, Alejandro Farnesio se había abierto camino en la Iglesia. Como cardenal, había llegado a ser tesorero, y había incrementado considerablemente su fortuna gracias a la adquisición de numerosos favores. Su riqueza le había permitido comenzar la construcción del palacio más soberbio del Alto Renacimiento, el palacio Farnesio,[1] cuyo coste llegó a superar sus recursos durante un tiempo, lo que le obligó a interrumpir las obras; una desgracia que se anunció a los transeúntes de Via Giulia por medio de un cartel en el que se leían las siguientes palabras: «Ofrenda para la construcción del Farnese».

En aquella época, Alejandro Farnesio era famoso por su vida mundana. Tenía cuatro hijos ilegítimos, cuyos intereses había promovido con tan pocos escrúpulos como habían demostrado sus predecesores a la hora de beneficiar a los suyos; de forma que nombró cardenales a dos de sus nietos antes de que llegaran a cumplir veinte años. Sin embargo, aunque nunca llegó a perder su fe en los astrólogos, a los que siempre consultaba antes de embarcarse en alguna empresa y recompensaba generosamente cuando sus predicciones se tornaban correctas, Farnesio abandonó casi todas sus costumbres seculares antes de su coronación. Como papa, demostró una preocupación real por la Iglesia: dio apoyo a las nuevas órdenes religiosas, concedió a aprobación papal a la Compañía de Jesús que había sido fundada por Ignacio de Loyola, y convocó el Concilio de Trento, impulsando así la Contrarreforma que el Saqueo de Roma había hecho imperativa.

Solía salir a pasear por Roma para ver cómo iban las obras con las que la ciudad parecía recuperarse finalmente de la devastación. Si bien

sus recursos a veces se volvían tan limitados que tuvo que recurrir a una nueva venta de indulgencias e incluso a apropiarse del dinero que España había aportado para una cruzada contra los turcos, el Papa mantuvo a Antonio da Sangallo y a numerosos arquitectos y artesanos ocupados en la reconstrucción del Belvedere y los edificios del monte Capitolino, en la restructuración de las fortificaciones de la ciudad, en la construcción de la Sala Regia[2] y la Capilla Paolina[3] en el Vaticano, y en la reanudación de las obras de San Pedro. Rehabilitó la Universidad de Roma e incrementó los subsidios destinados a la Biblioteca Vaticana. Le encargó a Tiziano tres cuadros con su retrato y, decidido a conseguir los servicios de Miguel Ángel, partió con diez cardenales hacia la mansión que el artista poseía en Macel de Corvi.

Cuando Clemente VII le encargó la decoración de la pared del altar de la Capilla Sixtina, Miguel Ángel volvió a Roma, pero como tenía cincuenta y nueve años y no le interesaba el trabajo de la capilla, pues estaba ansioso por seguir trabajando en la tumba de Julio II, aprovechando que Clemente VII estaba agotado y enfermo, el escultor se había dedicado a la tumba en secreto, al tiempo que realizaba algún que otro esbozo para los frescos de la capilla. Pero con el enérgico Pablo III no pudo andarse con rodeos. El Papa estaba decidido a hacer que Miguel Ángel trabajara exclusivamente para él. «He albergado esta ambición durante treinta años —se cree que le dijo—, y ahora que soy papa voy a satisfacerla. Voy a romper el contrato de la tumba. Estoy dispuesto a tenerte a mi servicio sea como sea». Tras echar un vistazo al taller, uno de los cardenales que acompañaban al Papa observó que la estatua del *Moisés* ya era suficiente para honrar la memoria de Julio II. Otro sugirió que sus ayudantes podrían encargarse de terminar el resto de las estatuas. Y el Papa, al ver los esbozos de los frescos de la capilla, se volvió aún más obstinado, por lo que a Miguel Ángel no le quedó más remedio que desistir. Fue nombrado arquitecto principal, escultor y pintor del Vaticano, comenzando a trabajar en *El Juicio Final* en 1535.

El fresco se destapó durante la víspera de Todos los Santos de 1541. «Vimos que Miguel Ángel no solo destacaba sobre todos los maestros que habían trabajado antes en la capilla —afirmó Vasari—, sino que además había conseguido realzar la bóveda a la que tanta fama logró dar. *El Juicio Final* era con mucho el mejor, dado que Miguel Ángel se imaginaba viviendo el pavor de esos días terribles».[4]

Pablo III se sintió tan sobrecogido que hincó las rodillas en el suelo y exclamó: «¡Señor, no me cargues con la culpa de mis pecados cuando

llegue el día del Juicio Final!». Hasta tal punto le fascinaba el talento de Miguel Ángel que le hizo un nuevo encargo, los frescos de la Capilla Paolina, sin darle un momento de tregua, igual que cuando estaba haciendo los frescos de *El Juicio Final*, cuando le interrumpió para que le ayudara a resolver un problema. Según el Papa, en toda Roma no había una plaza lo suficientemente imponente como para ser digna de recibir a un visitante de la talla de Carlos V, y como el Capitolio parecía ser el lugar ideal para una plaza de estas características, le pidió que la construyera en la cima de la colina y que diseñara una vía de acceso hasta ella.

Así pues, Miguel Ángel proyectó la escalinata que recibiría el nombre de Cordonata Capitolina, que llevaría a la futura Piazza del Campidoglio (o plaza del Capitolio), en cuyo centro, siguiendo las indicaciones del Santo Padre, habría de alzarse la estatua ecuestre de Marco Aurelio. Tras dotar de una nueva base a la estatua, Miguel Ángel propuso que se rodeara con una inscripción de forma ovalada, decorada con un complejo diseño geométrico. Enfrente de la Cordonata, más allá de la estatua y de la decoración ovalada que la rodeaba, se restauraría el Palazzo Senatorio. Luego, colocados uno frente al otro formando un ligero ángulo oblicuo, se alzarían dos palacios: uno que habría que reconstruir, el Palazzo dei Conservatori, y otro nuevo, el Palazzo Nuovo, que es el que hoy alberga el Museo Capitolino. Si bien el proyecto no llegaría a completarse hasta mediados del siglo siguiente, los arquitectos que se ocuparon de él siguieron cuidadosamente las indicaciones del gran maestro.[5]

Del mismo modo, cuando el palacio Farnesio quedó inacabado a la muerte de Antonio da Sangallo, Giacomo della Porta se encargó de terminarlo, incorporando los diseños que Miguel Ángel había realizado para la cornisa y la planta superior del patio. Igual ocurrió con Porta Pia, cuya construcción siguió fielmente el diseño que había preparado Miguel Ángel en 1561, aunque las obras concluyeran en 1565, un año después de su fallecimiento. Y lo mismo ha de decirse de la basílica de San Pedro, en la que Miguel Ángel trabajó como *capomaestro*, tras la muerte de Antonio da Sangallo, durante los últimos años de su vida.

Aún vigoroso en la vejez, podía trabajar casi de forma tan abstraída como lo había hecho al esculpir uno de los mayores tesoros de San Pedro, la *Piedad*.[6] Incluso entonces seguía trabajando hasta altas horas de la noche, con una especie de casco de papel que confeccionó para que soportara el cirio que lo alumbraba. «Es capaz de cincelar más cantidad de mármol en quince minutos de la que consiguen tallar tres jóvenes escultores en tres o cuatro horas —escribió un francés que estaba de visita

en Roma—. Hay que verlo para creerlo. Se puso a trabajar con tal furia e ímpetu que creí que todo el bloque caería al suelo hecho trizas. Cada vez que golpeaba el mármol saltaban trozos de unos diez centímetros, y el cincel iba a parar tan cerca de la marca que si se hubiera desviado un poco habría arruinado todo el trabajo».

Pero a aquellas alturas, los momentos de actividad casi frenética se alternaban con temporadas de debilidad, mal genio y depresión, de una amargura que le llevaba a creer que su trabajo en San Pedro era una penitencia impuesta por Dios. Solía discrepar con los miembros del comité de obras, la *Congregazione della Fabbrica di San Pietro*, aunque el Papa, movido por la gran admiración que le profesaba, permitía que sus opiniones se impusieran sobre las de la *Fabbrica*, y también solía discutir con los asistentes y seguidores de Sangallo, que querían seguir el plan arquitectónico de su maestro. Sin embargo, Miguel Ángel lo rechazó. Nunca le había gustado especialmente Bramante, pero en una carta que le envió a un miembro de la *Fabbrica* admitió: «[Bramante ha sido] el arquitecto más dotado desde la Antigüedad hasta nuestros días», y condenó el plan de Sangallo porque privaba de luz al diseño de este. «Y eso no es todo —añadió en un pasaje que pone de manifiesto los peligros que acechaban la vida diaria del siglo XVI—. No tiene luz propia. Así que sus numerosos escondrijos, tanto por arriba como por abajo, completamente a oscuras, se prestan a todo tipo de bajezas, como dar cobijo a los bandidos, a los que acuñan dinero, a los que violan a las monjas o a quienes cometan cualquier otro tipo de bellaquería. De modo que por la noche, cuando llegue el momento de cerrar, se necesitarán veinticinco hombres para buscar a todos los que se escondan en el interior de la iglesia, y su peculiar construcción hará que sea muy difícil encontrarles».

Miguel Ángel diseñó otro plan, más cercano al de Bramante, aunque modificando la forma de la cúpula y prescindiendo de las torres de las esquinas. Corría el año 1547 cuando le presentó el modelo de madera al Papa, que lo aceptó con entusiasmo, de modo que se retomaron las obras bajo la supervisión de Miguel Ángel, pero procedían despacio. El dinero era insuficiente y los miembros de la *Fabbrica* seguían mostrándose hostiles; en 1549, Pablo III falleció y fue sucedido por Julio III, quien aunque seguía apoyando al *capomaestro*, no lo hacía de un modo tan incondicional. Miguel Ángel estaba envejeciendo, caía enfermo a menudo y padecía de piedras en el riñón que le impedían orinar y le causaban un gran dolor en la espalda y en el costado, por lo que no conseguía ir a San Pedro con la frecuencia necesaria. La *Fabbrica*, cada vez más insatis-

fecha con su trabajo, nombró como superintendente de la basílica a uno de sus críticos, Nanni di Baccio Bigio. Sin embargo el Papa lo consideró mediocre, de forma que lo despidió y designó a otro rival en su lugar, Pirro Ligorio, al que nombró arquitecto de Palacio; con este título, Pirro Ligorio construyó los maravillosos pabellones de la casa de recreo de Pío IV en los Jardines Vaticanos.[7] Pero Miguel Ángel, que ya se acercaba a los noventa años, estaba demasiado mayor para hacer frente a las múltiples dificultades y frustraciones que diariamente le acosaban. Se rumoreaba que estaba perdiendo facultades, e incluso él mismo lo confirmó. «He perdido la cabeza y la memoria», le dijo a Vasari; y a su sobrino Leonardo le escribió: «Estoy tan débil que a veces no puedo subir las escaleras y me duele todo el cuerpo... No te dije que recibí el *trebbiano* [vino blanco]... Con lo mayor que estoy, escribir es muy molesto... Pero gracias... Es el mejor que me has mandado... Aunque siento que hayas tenido que gastarte tanto, sobre todo porque ya no tengo a nadie con quien compartirlo, porque todos mis amigos están muertos».

Miguel Ángel murió el 18 de febrero de 1564. Multitud de artistas participaron en el cortejo fúnebre y, en palabras de Vasari, «fue enterrado en la iglesia de los Santos Apóstoles, en presencia de toda Roma».[8] Pero Florencia reclamó sus restos y «unos mercaderes se llevaron de la ciudad su cuerpo, escondido en un fardo para no provocar tumultos».

Un acontecimiento enturbió los últimos meses de su vida, a Pablo IV, el último Papa al que había servido, no le atraía el arte del Renacimiento, y le repugnaron tanto los desnudos de *El Juicio Final* que estuvo a punto de destruir todo el fresco. En cambio, su predecesor, Julio III, además de haber sido un gran reformador que reanudó las sesiones del Concilio de Trento y apoyó a los Jesuítas, también había sido un hombre mucho más ilustrado y sensible a la belleza. Julio III construyó la fabulosa Villa Giulia,[9] cuyos jardines albergaban cerca de cuarenta mil árboles (cipreses, granados, arrayanes y laureles) y la hermosa fuente de Bartolommeo Ammanati. También compró la estatua de Pompeyo,[10] bajo la que se creía que César había sido asesinado, descubierta en la década de 1550 en Via dei Leutari, y se encargó de que la colocaran en el Palazzo Spada,[11] en el que entonces vivía el Cardenal Capodiferro. Asimismo nombró a Giovanni Pierluigi da Palestrina, el mejor compositor del Renacimiento italiano, director de la Capilla Giulia en San Pedro.

Por contra, Pablo IV reprobaba este tipo de actividades. Austero, intransigente y rígidamente ortodoxo, era miembro de una familia noble de Nápoles, los Carafa, y un defensor incondicional de la Inquisición

romana. Preocupado por la disciplina y los asuntos internacionales de la Iglesia, por la odiosa monarquía española, por la excomunión de Isabel I de Inglaterra, por la amenaza de los musulmanes y por la represión de los herejes en los Países Bajos, Pablo IV insistía en que la virtud, y no la belleza, debía de ser la verdadera preocupación de los papas. Ordenó que se retiraran todas las estatuas de Villa Giulia, y también quería sacar las que había en el Patio del Belvedere, pero le convencieron de que sería suficiente con quitar los relieves de las paredes y cerrarlo al público.

En su opinión, se debería de haber destruido todos los monumentos antiguos de la ciudad por ser obras de paganos. Durante su pontificado, la mala conducta sexual se castigó con feroz severidad y a los sodomitas se les quemaba vivos en la hoguera. A los judíos, que vivían confinados en el gueto, se les obligó a llevar una señal distintiva y se les excluyó de muchas ocupaciones y de todos los cargos de honor. Al Papa se le llegó a detestar tanto en Roma que a su muerte los romanos decapitaron su estatua del Capitolio, arrastraron la cabeza por las calles y la tiraron al Tíber antes de saquear el monasterio de los dominicos, a quienes se les acusaba de los excesos de la Inquisición.

El fraile dominico que accedió al solio pontificio con el nombre de Pío V en 1566 era tan austero y ascético como lo había sido Pablo IV, y al igual que él, fue un severo reformador. Descendiente de una familia pobre, tras dedicarse al pastoreo hasta los catorce años logró destacar en la Inquisición, aunque el celo excesivo con el que persiguió y castigó a los infieles durante su primera misión en la ciudad de Como, provocó tales resentimientos que recibió la orden de regresar a Roma. Más tarde ascendió a comisario general de la Inquisición romana y llegó a ser gran inquisidor. Tras la elección papal, la Curia, la Iglesia y la ciudad quedaron sujetas a una disciplina tan severa que satisfizo a todos menos a los defensores más rigurosos de la Contrarreforma. Se obligó a los miembros de las órdenes religiosas a seguir normas más estrictas. Se exigió que los obispos residieran en sus diócesis. Se suprimió el nepotismo y se concedieron muchas menos indulgencias y dispensas. El poder de la Inquisición aumentó y su ámbito de competencia se amplió hasta el punto que nadie podía escapar a su autoridad. El *Index librorum prohibitorum* incrementó la lista de libros prohibidos, por lo que algunos tipógrafos tuvieron que huir de Roma. Las prostitutas fueron expulsadas de la ciudad u obligadas a vivir en zonas restringidas. A los judíos, que habían sido declarados proscritos en los Estados Pontificios, se les permitió vivir en Roma, pero en condiciones aún más humillantes que

las que habían tenido que soportar en tiempos de Pablo IV, y su carrera de carnaval que tradicionalmente tenía lugar entre Santa Lucía[12] y San Pedro se trasladó al Corso «por respeto a los Santos Apóstoles».

Los dos sucesores de Pío V, Gregorio XIII y Sixto V, continuaron el proceso de reforma que había seguido al Saqueo de Roma, y ambos demostraron un celo excesivo en más de una ocasión. Gregorio XIII, a quien debemos el calendario gregoriano de 1582 y la difusión de la actividad misionera de la Iglesia por todo el mundo, llegó a celebrar la matanza de los hugonotes en Francia la Noche de San Bartolomé entonando un *Te Deum*; mientras que Sixto V, que había reformado la Curia y había limitado el número de miembros del Colegio Cardenalicio a setenta, tuvo que ser emplazado en Roma cuando se encontraba en Venecia a causa de la extrema severidad con la que honraba su cargo de inquisidor general. No obstante, ambos fueron grandes admiradores de la arquitectura, con la que enriquecieron la ciudad de Roma. Gregorio XIII fundó la sede del Colegio Romano[13] y donó enormes sumas de dinero a la iglesia jesuita del Gesù[14] y a la iglesia de los oratorianos, Santa Maria in Vallicella.[15] Esta última pertenecía a la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, que llegó a convertirse en una de las órdenes religiosas más destacadas de la Contrarreforma e influyó profundamente en la vida artística de Roma gracias a la importancia que concedía a la belleza en el culto, en especial a la música, y a su defensa de la imaginería como ayuda a la devoción. Su benefactor, Gregorio XIII, también mandó construir los conductos que dan nombre a Via Condotti y las fuentes que se dispusieron por toda la ciudad, como las de Piazza Nicosia y Piazza Colonna;[16] fundó la Accademia di San Luca;[17] y en 1574, como residencia de verano de los papas, comenzó la edificación del palacio del Quirinal.[18]

Sin embargo, de todos los papas de la Contrarreforma, el que dejó la huella más indeleble en Roma fue el tenaz Sixto V, un urbanista tan ambicioso, por no decir despiadado, que consiguió hacer tanto en el corto periodo que duró su papado (1585-1590) que había quienes creían que había estado estudiando la forma de transformar la ciudad desde mucho antes de su elección. Desde luego lo parece, aunque pertenecía a una familia muy pobre y había pasado los primeros años de su vida trabajando en unas porquerizas de las desoladas montañas de Las Marcas, pasó mucho tiempo convencido de que él, Felice Peretti, llegaría a ser algún día la suprema autoridad de la Iglesia. Cuando llegó el momento de su elección tenía sesenta y cuatro años, mala salud e insomnio crónico, de modo que se embarcó en la tarea que se había impuesto con la urgencia

de quien no tiene ni un minuto que perder. Lo primero que hizo fue restituir el suministro de agua a la ciudad, para lo que restauró el acueducto de Alejandro Severo —el Aqua Alexandrina, que pasó a llamarse Acqua Felice—, así como los conductos subterráneos que llevaban a Palestrina, con lo que proporcionó una gran cantidad de agua a las casas y jardines, además de a las veintisiete fuentes de Roma. Luego se concentró en la edificación de nuevos puentes que cruzaran el Tíber y en la construcción, ampliación y reorganización de las calles, con la intención de extender la ciudad más allá del hacinado casco histórico hacia el norte, el este y por detrás de Santa María la Mayor y Trinità dei Monti, al tiempo que unió ambas iglesias con una nueva calle, la Via Sistina. Bajo Sixto V se trazó también un nuevo plan urbanístico con toda una serie de calles que, desde Santa María la Mayor, comunicaran entre sí las principales basílicas y se volvieron a erigir obeliscos en los cruces más importantes. En 1589, el obelisco que Augusto había llevado a Roma desde Heliópolis, que se encontraba en el Circo Máximo, se trasladó al centro de Piazza del Popolo.[19] Un embajador veneciano escribió, admirado: «Dentro de tres años, toda esta zona estará habitada».

Aun así, por muy loable que pudiera ser el nuevo plan urbanístico, la forma en que el Papa solía tratar los edificios antiguos horrorizó a muchos romanos. En general, el que Sixto V mandara colocar estatuas de San Pedro y San Pablo en las columnas de Trajano y Marco Aurelio, se consideró aceptable; pero la demolición de los restos del Septizonio y su intención, que no llegó a materializar, de convertir el Coliseo en una fábrica de producción de lana provocó un torbellino de críticas. La misma reacción provocó la despiadada destrucción de una gran parte del palacio de Letrán y sus insistentes afirmaciones de que, con el tiempo, se encargaría de hacer lo mismo con otras «feas antigüedades». Suponiendo que esto fuera cierto, el Papa falleció antes de que le diera tiempo a cumplir su amenaza, aunque consiguió comenzar las obras de las nuevas zonas que quería añadir a los palacios de Letrán, el Vaticano y el Quirinal, e incluso llegó a ver algunas terminadas. A su muerte, la biblioteca de Pío V ya se había agrandado hacia el Patio de la Piña del Vaticano[20] y el Patio de San Dámaso se había agregado a los apartamentos pontificios.[21] Llegó a ver concluidas las obras de la Capilla Sixtina de San Juan de Letrán[22], las de la Capilla Sixtina de Santa María la Mayor;[23] y lo más gratificante era que la construcción de la cúpula de San Pedro estaba a punto de acabar.

En los años que habían pasado desde la muerte de Miguel Ángel, se habían hecho muy pocos progresos en San Pedro. El arquitecto que le

sucedió, Pirro Ligorio, fue despedido en favor de Vignola, a quien a su vez siguió, en 1573, Giacomo della Porta, que modificó el diseño hemisférico de la cúpula para proporcionarle una forma algo más ovoide. Sin embargo, una vez que el nuevo *capomaestro* hubo terminado la Capilla Gregoriana para Gregorio XIII,[24] tuvo que esperar la llegada de Sixto V para que las obras adquirieran un impulso constante, además de los recursos necesarios para ello. Por medio de ciertas reformas financieras, amén de las malas prácticas y abusos tradicionales, se consiguió dinero para emplear a más de ochocientos hombres para que trabajaran día y noche a fin de que el Papa pudiera ver la cúpula que, a pesar de los retoques de Giacomo della Porta, se alzaba triunfante por encima de la basílica siguiendo el diseño de Miguel Ángel.

Otra ardua tarea que se había propuesto Sixto V, y ante la que todos sus predecesores se habían amilanado, era trasladar a un lugar más adecuado el gran obelisco egipcio,[25] considerado durante siglos el monumento más importante de Roma y que se creía que había dominado el circo en el que se masacraba a los mártires cristianos en tiempos de Nerón. En aquel momento se encontraba al sur de la basílica, junto a la Capilla de San Andrés,[26] pero el Papa quería ponerlo en el centro de la plaza de San Pedro, donde había hecho erigir una copia de madera para ver cómo quedaría el original. Así pues, anunció que estaba buscando a un Leonardo da Vinci que fuera capaz de llevar a cabo la tarea que Miguel Ángel había considerado imposible. De toda Europa llegaron cientos de proyectos de matemáticos, ingenieros, naturalistas, constructores, filósofos, adivinos y, según se dijo, más de quinientos arquitectos. Algunos eran ridículos y otros ingeniosos, pero ninguno de ellos parecía apropiado para trasladar un monumento sólido de piedra de unos veinticuatro metros de altura y trescientas veintisiete toneladas de peso por un área urbana densamente poblada. Bartolommeo Ammanati afirmó que en aquel momento no tenía la solución, aunque daría con una si el Papa le daba un año para pensar, resultando ser una respuesta que puso a prueba la paciencia de Su Santidad. Entonces, fingiendo una seguridad que no tenía, Domenico Fontana, *capomaestro* auxiliar de San Pedro, declaró que se encargaría de hacerlo y, para demostrarlo, construyó un pequeño modelo de madera que levantaba un obelisco de plomo sin dificultad. De modo que, cuando el Papa vio la operación, le dijo a Fontana que se pusiera manos a la obra sin más tiempo que perder.

Sin embargo, con el trascurso de los días, Fontana se fue volviendo cada vez más receloso. Era un hombre avaricioso, engreído, redicho,

charlatán, porfiado y pretencioso, al que casi todos sus colegas consideraban tan irritante que no podían evitar desear que su carrera terminara en un rotundo fracaso. Cuando vio el enorme agujero que se había creado bajo el obelisco, cuyo peso lo había ido hundiendo cada vez más en el terreno con el paso de los siglos, el propio Fontana tuvo la sensación de que aquello sería el fin de su carrera, e incluso pensó en dar órdenes de que se preparara un relevo de caballos de correo que, llegado el caso, lo ayudaran a huir de la furia del Papa. Sin embargo, pese a ser un arquitecto mediocre, Fontana era un gran ingeniero y realizó los cálculos con sumo cuidado.

A las dos en punto del 30 de abril de 1586, comenzó la operación en la que se pretendía sacar el obelisco del agujero que se había creado en el suelo. Los tejados y ventanas se llenaron de caras expectantes. Tras haber oído misa al amanecer, los ochocientos trabajadores de San Pedro se reunieron alrededor de los tornos y cuerdas, esperando la señal de Fontana, que se hallaba en una plataforma elevada. Protegido por esteras de paja y tablones forrados con barras de hierro, el obelisco permanecía «inamovible», como algunos testigos declararon, completamente fijo en su andamiaje piramidal de robustos travesaños y poleas. Entonces, cuando Fontana levantó la mano, resonaron las trompetas, los ochocientos hombres con ciento cuarenta caballos tiraron de las cuerdas, los tornos crujieron y, entre los vítores de la multitud, los repiques de las campanas y el estruendo de las armas que se dispararon desde Castel Sant'Angelo, el inmenso monolito salió lentamente del agujero. Una vez terminada la operación, se colocó horizontalmente sobre unos cilindros.

Una multitud aún más numerosa se congregó en San Pedro para ver cómo se volvía a erguir el obelisco en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Pero esta vez los presentes habrían de guardar un completo silencio, ya que el Papa había ordenado la ejecución inmediata de quienquiera que emitiese el más mínimo ruido que pudiera poner en peligro la operación, e incluso había levantado un cadalso en la plaza para hacer más temible su autoridad. Aun así, cuando el obelisco se estaba irguiendo y por un momento corrió el peligro de caer pesadamente hacia atrás, un hombre gritó en dialecto genovés: «*Aigua ae corde!*» («¡Agua a las cuerdas!»). Se trataba de un marinero de Bordighera que se había percatado de que las cuerdas estaban a punto de arder por el calor de la fricción. Su valiente desobediencia a la orden del Papa fue recompensada cuando le comunicaron que Su Santidad estaba dispuesto a concederle cualquier merced que solicitara. Hay quien dice que el marinero pidió

que todos los años su pueblo natal pudiera suministrar a San Pedro las palmas del Domingo de Ramos; la merced fue concedida, y así ocurrió durante siglos.

Aquella noche, una vez que el obelisco quedó firmemente erigido y descansando a lomos de los cuatro leones de bronce que aún lo sostienen, Roma se vistió de fiesta, entre banquetes, danzas y hogueras. Durante mucho tiempo se había creído que la bola de oro que coronaba la aguja contenía las cenizas de Julio César, pero cuando la separaron de esta resultó ser maciza. En su lugar se colocó una cruz de bronce, en uno de cuyos brazos se metería más tarde un trozo de la Santa Cruz. Y en la base del obelisco se inscribieron las palabras «*Ecce Crux Domini Fugite Partes Adversae*» («He aquí la Cruz del Señor, huid fuerzas enemigas»), el desafío de la Contrarreforma.

Otros trozos de la Santa Cruz se guardaron en un cofre de plomo y se metieron dentro de la cruz coronada que se alza por encima de la cúpula de San Pedro, cuya construcción concluyó al fin el 21 de mayo de 1590. Junto a estos fragmentos se pusieron también otras reliquias de los apóstoles San Andrés y Santiago el Mayor, de los papas San Clemente I, Calixto I y Sixto III, y siete agnusdéis, las medallas del Cordero de Dios hechas con cera de cirios pascuales y polvo de huesos de mártires que el Papa bendijo el primer año de su pontificado y se siguen bendiciendo cada siete años a partir de entonces.

Sixto V llegó a ver la cúpula terminada, pero fue el piadoso florentino Clemente VIII quien la recubrió de plomo y vio la cruz instalada sobre la linterna por primera vez. En 1594, Clemente VIII celebró su primera misa en el nuevo altar mayor de San Pedro, donde Giacomo della Porta le había construido la Capilla Clementina,[27] frente a la Capilla Gregoriana de la entrada. Poco después, Giacomo della Porta murió y tomó el relevo su sobrino, Carlo Maderno. La era del Barroco había llegado.

DOCE

BERNINI Y EL BARROCO

«Poco antes de mi llegada a la ciudad —escribió el cronista inglés John Evelyn mientras visitaba Roma en 1644—, el Cavaliere Bernini, escultor, arquitecto, pintor y poeta... dio una Ópera Pública (como llaman a estos espectáculos), en la que diseñó la escenografía, esculpió las estatuas, inventó las máquinas, compuso la música, escribió la comedia y construyó el teatro él solo».

Gian Lorenzo Bernini, que para entonces ya había desarrollado totalmente sus sorprendentes capacidades, había llegado a Roma de la mano de su padre, un escultor que abandonó la ciudad de Nápoles para encargarse de la Capilla Paolina de Santa María la Mayor.[1] Gian Lorenzo, un niño muy trabajador y de gran talento, pasó muchas horas estudiando en el Vaticano, copiando cuadros y, como su propio hijo llegaría a afirmar, haciendo «una increíble cantidad de bocetos». Con ocho años, ya había tallado una cabeza de mármol con asombrosa habilidad. El pintor Annibale Carracci, que había acudido a Roma para trabajar en el palacio Farnesio, dijo que Bernini había alcanzado durante su infancia el punto al que otros podrían estar orgullosos de llegar en la edad madura. Se cree que no tenía más de quince años cuando terminó el *Martirio de San Lorenzo*, para el que se quemó una pierna a fin de estudiar ante un espejo los efectos del sufrimiento. En un año aproximadamente acabó el *Martirio de San Sebastián* y para entonces ya se había ganado la admiración del Papa, quien le encargó un busto de sí mismo y expresó el deseo de que el joven Bernini «llegara a ser el Miguel Ángel de su siglo».

Camillo Borghese había accedido al solio papal con el nombre de Pablo V en 1605. El nuevo pontífice era un hombre alto, fuerte, robusto y vigoroso, lucía un cuidado bigote, barba de pico y una mirada miope desconcertante; tenía el aspecto de un próspero y astuto mercader; y, desde luego, se ocupó de que su familia disfrutara de todos los benefi-

cios que la riqueza pudiera concederle. Era un hombre devoto y constante en la oración, se confesaba y decía misa a diario, y cuando oficiaba era «el modelo del sacerdocio». Se creía que había mantenido la inocencia bautismal. Era caritativo con los pobres, culto e infatigablemente estudioso. Aunque se sabía que derrochaba dinero en construcciones y obras de arte, que accedía a todos los antojos de sus sobrinos, nombrando a Marcantonio Borghese Príncipe de Vivaro y concediendo innumerables beneficios y cargos eclesiásticos a Scipione, los fieles tendían a perdonar dichas extravagancias por considerarle un hombre honrado, casto y piadoso.

Su mecenazgo artístico también escondía un motivo político. La Iglesia romana que había nacido de la Contrarreforma seguía siendo vulnerable a los constantes ataques de sus enemigos, que continuaban acosándola y atormentándola constantemente con toda una serie de problemas. La República de Venecia seguía planteando ciertos inconvenientes en lo referente a la jurisdicción e inmunidad papales; había dificultades también en Inglaterra, el rey protestante Jacobo I exigía un juramento de alianza que resultaba inaceptable para los católicos; y las revueltas que tenían lugar en Alemania entre católicos y protestantes no tardarían en desembocar en la Guerra de los Treinta Años. Sin embargo, aunque no hubiera lugar a la complacencia, la Iglesia creía que era su *deber* ofrecer un aspecto menos imponente al mundo, es decir, ofrecer alegría y hospitalidad en lugar de represión y exclusión. En cuanto al arte, la Iglesia quería ponerlo al servicio de la fe, reemplazar con el entusiasmo de los sentimientos el frío amaneramiento en el que había degenerado el clasicismo renacentista, o lo que es lo mismo, suplir dicha frialdad con el exuberante estilo que terminaría conociéndose como el Barroco. Las numerosas fuentes monumentales que Pablo V mandó construir en Roma son las precursoras de las maravillas que estaban por llegar. Como al Papa le gustaba recordar a sus huéspedes, en tiempos del Emperador Trajano había mil trescientas fuentes en la ciudad alimentadas por once acueductos, y en aquel momento, aunque no se esperaba alcanzar aquella cifra, la ciudad se merecía muchas más de las que en realidad tenía. Para alimentar las que había encargado, Pablo V mandó reparar el acueducto de Trajano, al que dio el nombre de Acqua Paola, que transportaba agua desde el lago de Bracciano hasta Trastevere. Cuando terminaron las obras de restauración del acueducto, el Papa decidió celebrarlo con la construcción del grandioso Fontanone dell'Acqua Paola en el Janículo.[2] De las nuevas fuentes, son especialmente dignas de mención la del

Patio del Belvedere, la de Piazza Scossa Cavalli, la de Piazza di Castello (destruida durante la revolución de 1849), la de Piazza di Santa Maria Maggiore, la de Piazza di San Giovanni in Laterano, la de Via Cernaia «para los sedientos y los carreteros polvorientos», y la de la plaza de la sinagoga para los judíos. En los Jardines Vaticanos se construyeron otras tres fuentes magníficas: la Fontana degli Specchi, la Fontana delle Torri y la Fontana dello Scoglio. Todas son obra de Carlo Maderno, que también diseñó la del lado norte de la plaza de San Pedro, a la que más tarde se uniría la de Bernini en el lado sur.[3]

Mientras se erigían estas fuentes en Roma, Pablo V supervisó la construcción de la Capilla Borghese en Santa María la Mayor, el traslado de la enorme piña clásica del Patio de la Piña del Vaticano, la restauración y decoración de numerosas iglesias, la construcción de la iglesia de Santa María de la Victoria,[4] la ampliación del palacio del Quirinal, el embellecimiento del Vaticano, las obras de pavimentación de las calles y la decoración de los tres palacios de su familia: el que se había construido para el Cardenal Adriano Castellesi da Corneto en el Borgo, que luego se conocería como Palazzo Giraud Torlonia; el Palazzo Borghese que Martino Longhi el Viejo había diseñado para el Cardenal español Deza y que el Papa había comprado en 1605 para regalárselo poco después a su sobrino Marcantonio;[5] y el que más tarde se llamaría Palazzo Pallavicini Rospigliosi, que Giovanni Vasanzio y Carlo Maderno habían diseñado para otro sobrino del Papa, Scipione Borghese.[6]

Scipione, el cardenal refinado y afable cuyos rasgos dejó plasmados Bernini en un busto extraordinariamente fiel a la realidad,[7] fue un mecenas tan pródigo como su tío. No solo sufragó la restauración de la basílica de San Sebastián y la construcción de las magníficas fachadas de Giovan Battista Soria para Santa María de la Victoria y San Gregorio Magno al Celio,[8] sino que además reunió una de las más bellas colecciones de arte y antigüedades que el mundo haya conocido jamás. Dicha colección contenía algunas de las obras tempranas más impresionantes de Bernini, como el *David* y *Apolo y Dafne*, que se encontraban (y aún lo hacen) expuestas en la villa que el cardenal mandó construir para sí mismo y para el entretenimiento de su amigos en el gran parque que creó tras la iglesia de la Santissima Trinitá dei Monti.[9]

Un día de noviembre, John Evelyn fue a visitar el parque y pensó que en la distancia, sus muros, «llenos de pequeños torreones y casas», le conferían el aspecto de un «pueblecito».

> Es un Eliseo del placer —escribió Evelyn—. En los jardines abundan todo tipo de árboles frutales y elementos exóticos: fuentes de variados mecanismos, olivares y pequeños arroyos de agua. Muy cerca hay también un *vivero* de avestruces, pavos reales, cisnes, grullas, liebres, etc., además de otras extrañas bestias. La gruta es muy original; entre otros mecanismos artificiales, representa pendientes y varias formas de barcos, flores y otros efectos con el agua que brota de las fuentes. Las zonas boscosas son de cipreses, laureles, pinos, arándanos, olivos, etc. Las cuatro esfinges son muy antiguas y dignas de contemplación. Hay una pajarera llena de aves curiosas... Las vistas sobre Roma y las colinas circundantes es incomparable, [las colinas] cubiertas de nieve (como suelen estar incluso gran parte del verano) proporcionan un agradable frescor. En la casa hay una majestuosa balaustrada de mármol adornada con frecuentes chorros de agua y estatuas que descansan sobre una multitud de peanas haciendo más agradable la subida. Las paredes de la casa están cubiertas por antiguas incrustaciones de historia, como la de... el rapto de Europa y la historia de Leda. La cornisa superior consiste en un frontispicio con festones entre los que hay nichos con estatuas, y cuyo orden da la sensación de techo. En las casetas de la entrada hay varias estatuas de cónsules, etc., con dos piezas de artillería sobre unos carruajes (lo que en Italia se suele ver en las residencias de los grandes señores) que más parecen piezas decorativas que de defensa.

En el interior de la villa, Evelyn pudo contemplar una estupenda colección de obras de arte y curiosidades: estatuas antiguas, urnas orientales, «mesas de *pietra commessa*», jarrones de alabastro, espejos, relojes, «instrumentos musicales», esculturas de Bernini —que él consideró «sencillamente estupendas para el incomparable candor de la piedra y el arte del conjunto escultórico»—, y un «mundo de extraordinarias pinturas, [todas ellas] de valor infinito y de los mejores maestros». «En resumen, en este paraíso no había nada que no fuera magnífico». Entre las curiosidades se encontraba un sátiro de juguete «que expresaba de forma tan artificial la voz humana con el movimiento de los ojos y la cabeza, que asustaría a cualquiera que no estuviese preparado para tan extravagante visión», y una silla «que tenía unas cuerdas ocultas con las que atrapaba a quienquiera que se sentase en ella por brazos y muslos sin que pudiera escapar, como si se tratara de un auténtico traidor».

Más allá de los muros, los jardines de la villa eran dignos de pertenecer al centro botánico en el que Roma se había convertido. Había

jardines secretos en los que el aroma de las naranjas se mezclaba con la fragancia de hierbas caprichosas; un jardín sumergido que contenía anémonas, jacintos, narcisos, claveles y nardos; un arriate de tulipanes rodeados por rosas; e hileras de madroños protegidas por setos de jazmines. Una inscripción daba la bienvenida a este vergel: «Quienquiera que seas, con tal de ser libre, ¡no temas aquí el yugo de la ley! Ve donde quieras, pregunta lo que quieras, vete cuando quieras... Que el recreo sea la única ley del visitante».

Al principio, la villa estaba abierta a todos, tanto a los romanos como a los viajeros, pero cuando un turista quedó conmocionado con algunas de las pinturas de la casa de verano, el Papa mostró su comprensión a tal aversión, aprovechó la oportunidad para ordenar que se cerraran los jardines al público y por fin pudo retirarse a la villa para disfrutar de la paz y tranquilidad con la que a partir de entonces podría contemplar los verdes prados de la campiña romana, mientras que su sobrino, mucho más sociable, se entretenía con sus invitados sin ser perturbado.

Durante toda la vida de Pablo V, Bernini mantuvo una relación excelente con el Papa y su familia, sus principales y generosos mecenas. Pero cuando el Cardenal Maffeo Barberini subió al trono papal con el nombre de Urbano VIII en 1623, exigió que el gran escultor se dedicara en cuerpo y alma a trabajar exclusivamente para él. La única excepción fue Scipione Borghese, para quien el Papa le permitió trabajar porque le había ayudado en su elección; pero por lo demás, Bernini se había convertido en un auténtico Barberini, de modo que cuando el Cardenal Mazarin intentó convencerle para que fuera a trabajar para él a Francia, el Papa se mostró inflexible: «Bernini está hecho para Roma y Roma para él».

En el momento de su elección, Maffeo Barberini tenía cincuenta y cinco años. Era un hombre atractivo, de éxito, autoritario, inteligente, un erudito y un poeta. Hijo de un rico florentino, tenía el gusto y los medios necesarios para hacer que Roma se beneficiara de todo lo que Bernini le pudiera ofrecer. Barberini lo conocía desde hacía mucho tiempo: de hecho, se cree que cuando Bernini estaba trabajando en el *David*, Maffeo Barberini le sostuvo un espejo para proporcionarle un modelo de intensa concentración en la mirada para el héroe de su escultura. Y en cuanto Barberini se hizo papa, mandó a llamar a este, que entonces tenía veintitrés años, y le dijo: «Es una gran fortuna para ti, *cavaliere*, ver a Maffeo Barberini hecho papa; pero la fortuna es aún mayor para Nos, desde el momento en que Bernini vive en nuestro pontificado».

Con el tiempo, la amistad entre ambos echó raíces aún más profundas. El Papa adoraba al joven como si se tratara de su hijo. «Es un hombre extraordinario —declaró—, un artista sublime, nacido por voluntad divina para que la gloria de Roma ilumine este siglo». Ordenó que permitieran entrar a Bernini en su habitación siempre que lo deseara, y a él le rogó que no le tratara con más reserva por ser papa. Solía pedirle que se sentara a su lado a charlar mientras estaba cenando y que se quedara con él hasta que se durmiera. Bernini, un hombre delgado y que apenas comía nada más que fruta, hacía todo lo que el Papa le pedía. Era famoso por su carácter fiero e independiente, pero con el Papa, propenso a arranques de ira excesiva, Bernini se mostraba siempre maleable, paciente, educado y ecuánime.

Si bien los primeros trabajos del escultor durante el nuevo pontificado fueron relativamente menores, —como una nueva fachada para la iglesia de Santa Bibiana[10] y una estatua de la Santa para colocarla en el interior de la iglesia— el Papa tenía grandes planes para él. El verano de 1626, Bernini recibió el encargo más importante que había tenido hasta entonces: una obra monumental para San Pedro que los tendría ocupados a él y a sus numerosos asistentes, incluido su padre, durante casi diez años.

El aspecto de San Pedro había cambiado drásticamente desde el fallecimiento de Miguel Ángel. El confuso desbarajuste de construcciones de todos los periodos y estilos, la mayoría en mal estado y algunas muy peligrosas, que se habían acumulado bajo la cúpula para cuando terminaron las obras en 1590, había desaparecido por completo, ya que un día borrascoso de 1605, un enorme bloque de mármol se desprendió durante la misa y a punto estuvo de aplastar a los miembros de la congregación que en ese momento se encontraban de pie delante del altar de Nuestra Señora del Pilar y, despavoridos, salieron corriendo de la iglesia. Por tanto, a la *Fabbrica* no le quedó más remedio que admitir que toda la vieja y tambaleante estructura de la antigua basílica habría de ser demolida, a lo que el Papa tuvo que acceder de mala gana pese a las quejas de varios cardenales y de los romanos más conservadores, que siguieron reiterando las mismas protestas a las que ya habían tenido que hacer frente Julio II y Bramante cien años antes. No obstante, los monumentos y reliquias se trataron con mucho más respeto del que *il Ruinante* y Julio II habían mostrado; de modo que se redactaron inventarios, los cadáveres fueron respetuosamente exhumados e inhumados

en otros lugares con todos los honores, y los tesoros se empaquetaron y trasladaron con sumo cuidado, en muchos casos para el eterno beneficio de otras iglesias.

Como sucesor de Giacomo della Porta, y dado que Pablo V admiraba profundamente sus trabajos de arquitectura, Carlo Maderno fue designado para la construcción de la nueva nave. A sus cincuenta y un años, era un hombre bondadoso y amable. Hasta entonces, había trabajado con su tío Domenico Fontana en el levantamiento de obeliscos durante el pontificado de Sixto V y luego con otro tío suyo, cuyo estudio estaba especializado en el diseño de fuentes, donde diseñó personalmente varias entre las que se encontraba la de la plaza de San Pedro y la nueva fachada de la iglesia de Santa Susana.[11] El 8 de marzo de 1607 comenzaron las excavaciones. Desde ese día, y durante más de veinte años hasta su muerte, Carlo Maderno sería el responsable de las obras que dotaron a la basílica de una nueva nave, duramente criticada por impedir la vista de la cúpula desde la plaza y de una fachada que también se censuró por ser demasiado ancha para su altura.[12]

Tras ser nombrado sucesor de Maderno, Bernini propuso mejorar la fachada añadiéndole una torre a cada lado, tal y como Maderno había previsto originariamente. Urbano VIII aprobó el proyecto y comenzaron las obras. Las dos primeras plantas de la torre sur se terminaron enseguida, y sobre ellas se colocó el modelo de madera y lona pintada de la tercera planta. Todos, excepto sus rivales más envidiosos, admiraron la añadidura de Bernini a la fachada. Pero entonces aparecieron grietas, y no solo en la torre sino también en la parte de la fachada en la que esta se apoyaba. La estructura de Bernini —que se había levantado a toda prisa, antes de que los informales miembros de la *Fabbrica* cambiaran de opinión—, resultó ser mucho más pesada de lo que podían soportar los cimientos de Maderno, que no se habían proyectado para aguantar tanto peso. Humillado y amonestado por los miembros de la *Fabbrica*, e incluso por el Papa, Bernini se retiró a su casa, donde se dijo que hubo de guardar cama, mientras que a otros arquitectos se les pidió que propusieran planes alternativos para remediar el desastre del *capomaestro*.

Afortunadamente, Bernini ya había comenzado las obras maestras que llegarían a eclipsar casi por completo el fracaso de las tumbas: el espectacular baldaquino que levantaría bajo la cúpula y sobre el sepulcro de San Pedro,[13] seguido por la cercana estatua de Longino[14] y la tumba subyacente,[15] en la que sería enterrado Urbano VIII. La construcción del baldaquino también corrió peligro: un monumento de bronce cuya

altura era como la del palacio Farnesio requería un terreno firme para unos enormes cimientos, lo que se veía dificultado por la gran cantidad de tumbas y reliquias sagradas que yacían bajo la basílica. Además, a las dificultades técnicas se unían las protestas que tachaban de sacrílegas las excavaciones, y cuando varios obreros murieron en circunstancias misteriosas y otros se negaron a seguir adelante por temor a que el proyecto estuviera maldito, empezaron las manifestaciones de los encolerizados objetores en la plaza y por todo el Borgo. Pero el Papa, que como señal adicional de desaprobación divina se encontraba gravemente enfermo, estaba firmemente decidido a terminar las obras, para lo que concedió un salario extra a los trabajadores e incluso autorizó que se despojara al pórtico del Panteón de su revestimiento de bronce, un acto de vandalismo que dio lugar a la famosa pasquinada que se atribuyó al médico del Papa:

Quod non fecerunt barbari,
fecerunt Barberini.
Lo que no hicieron los bárbaros,
lo hicieron los Barberini.

Durante todo el pontificado del Papa Barberini, Bernini siguió siendo el director artístico de Roma. Solo tenía treinta y cuatro años cuando terminó el baldaquino, y tan alta estima papal suscitó el resentimiento de los artistas de mayor edad que él; situación que, por otra parte, no conseguía aliviar con sus modales. Cada vez más inestable e impredecible, a veces parecía atento y amable, y otras arrogante y desdeñoso. La ironía que ocultaba su sentido del humor era cada vez más inquietante, e incluso era difícil distinguir si estaba bromeando o no. Llegó a afirmar con total seriedad que el desvencijado *Mastro Pasquino* era la estatua más valiosa de todas las de la Antigüedad. Por otra parte, aunque nunca hablaba mal de sus oponentes, todos creían que consideraba las obras de estos muy inferiores a las suyas, a las que ponía siempre un altísimo precio; y a causa de su codicia se hizo extremadamente rico. Era asimismo un hombre muy religioso, que no faltaba a la misa de vísperas de la iglesia del Gesù. También cumplía rigurosamente con la confesión, y entre sus enemigos se rumoreaba que lo hacía porque tenía mucho que confesar. Se creía que había contraído el *morbo gallico* y que tal vez por eso, cuando el Papa fue a visitarlo, le aconsejó que sentara la cabeza y que cuando se recuperara, se casara y formara una familia. Él replicó

diciendo que las estatuas eran su prole, pero poco después se casó, tuvo once hijos, y, según parece, un matrimonio feliz.

Su carrera sufrió un fuerte revés tras el fallecimiento de Urbano VIII en 1644 y la elección del Cardenal Giambattista Pamphili como Inocencio X. El nuevo papa era hosco, receloso y poco comunicativo. Tenía muy pocos amigos y vivía bajo la astuta influencia de su cuñada, Donna Olimpia Maidalchini. Alto, flaco y poco agraciado, tenía el entrecejo fruncido, un desagradable mentón y una protuberante nariz. Con su agrio carácter, el extraordinario retrato que le había hecho Velázquez —expuesto en la galería de pintura del Palazzo Doria—, provocó en él un triste y resignado comentario: «*Troppo vero*» («Demasiado real»).[16]

Reconociendo que no había ni rastro de belleza en su cuerpo, sentía verdadero horror por el desnudo en el arte. Con la parsimonia que le caracterizaba, compró hojas de parra y túnicas de metal para cubrir los genitales y pechos de las numerosas estatuas de la ciudad que juzgó denigrantes. Incluso se decía que le había pedido a Pietro da Cortona que vistiera una figura desnuda del niño Jesús, de Guercino. Con Bernini y Poussin, quien se había convertido en uno de los pintores más célebres de Roma, intentó mantener la menor relación posible. «Las cosas han cambiado mucho en Roma con el nuevo papado —le escribió Poussin a un amigo de París—, y ya no disfrutamos de ningún favor especial en la Corte». Dado que el nuevo papa les asociaba al linaje de su odiado predecesor Barberini, cuya extravagancia y excesiva dadivosidad para con su familia había dejado al papado prácticamente en la ruina, Inocencio X prefirió dirigirse a otros artistas: al escultor Alessandro Algardi, uno de cuyos primeros encargos fue la enorme estatua de San Felipe Neri de Santa Maria in Vallicella; a Girolamo y Carlo Rainaldi; y a un arquitecto algunos meses menor que Bernini, Francesco Borromini.

Con su carácter triste, solitario y melancólico, a menudo irascible y siempre difícil, Borromini era amargamente consciente de su humilde cuna y de sus primeros años como cantero en el taller de un familiar, Carlo Maderno. Nutría además una desmesurada envidia por la facilidad para obtener el éxito y la seguridad que demostraba Bernini. Las constantes disputas que mantenía con sus clientes solían desembocar en asperezas, y con sus asistentes era un jefe exigente, raramente satisfecho y a veces violento. En una ocasión llegó a golpear con tanto ensañamiento a uno de sus trabajadores por un descuido, que el hombre murió a causa de las heridas. Como muestra de desdén por la elegancia con la que vestía Bernini, Borromini lo hacía como un obrero, burlándose de la preocupación

que su rival mostraba por el dinero, e incapaz de olvidar que su elegante contemporáneo había sido aclamado como un genio mucho antes de que a él le llegaran a reconocer su talento. En cuanto tuvo la oportunidad de superar a Bernini con el ascenso de Inocencio X, Borromini no perdió ni una sola ocasión para manchar su nombre sacando a la luz los errores que habían llevado a la demolición de la torre de la fachada de San Pedro.

Sin embargo Inocencio X era un hombre sensato y de buen gusto, de forma que aunque supiera apreciar el talento de Borromini, no desmerecía el de Bernini, por más antipatía que pudiera sentir hacia él. Así que en 1647, cuando se descubrió la tumba de Urbano VIII, declaró: «Se dirán muchas cosas malas sobre Bernini, pero es un hombre extraordinario». No pasó mucho tiempo antes de que le llamara a su servicio.

Aunque la familia Pamphili (a la que pertenecía el nuevo papa) era originaria de Umbría, en el siglo XVI se había establecido en Roma en un humilde edificio de Piazza Navona. La intención de Inocencio X era reconstruirlo a una escala mucho mayor y hacer que sus alrededores fueran tan imponentes y característicos de su familia y papado como el barrio en el que se encontraba el Palazzo Barberini[17] lo había sido para la familia de Urbano VIII. Para ello, le encargó a Girolamo Rainaldi la edificación del nuevo palacio;[18] y al mismo arquitecto junto con Carlo Rainaldi, la construcción de una iglesia al lado del nuevo palacio, Santa Inés en Agone.[19] Más tarde solicitó la intervención de Borromini en ambos proyectos.

Después de haber hablado con este acerca de una fuente que quería levantar en la plaza alrededor de un obelisco que había visto destrozado en Via Appia, el Papa solicitó diseños a otros artistas, entre los que no se encontraba Bernini, por más que su fuente del Tritón,[20] de Piazza Barberini, fuese una verdadera obra de arte, y que la fuente de la Barcaccia,[21] en Piazza di Spagna,[22] demostrara lo ingenioso que podía llegar a ser a la hora de resolver los problemas que pudieran surgir a causa de la falta de presión en el suministro de agua. Según parece, un amigo de Bernini, el Príncipe Niccolò Ludovisi, que estaba casado con una sobrina de Inocencio X, le convenció para que preparara un modelo y luego se las arregló para que lo pusieran en una habitación en la que Su Santidad lo viera, mientras que la versión del embajador de Módena afirma que la cuñada del Papa, una mujer influyente y auritaria, le presentó un modelo de plata del diseño de Bernini y le dijo que no tenía por qué seguir buscando. Fuera como fuese, al Papa le gustó: «Hemos de dárselo a Bernini

—dijo—. La única forma de resistirse a sus obras es no verlas». Y así, con la espléndida fuente de los Cuatro Ríos, Bernini volvió a ganarse el favor papal.[23]

Esto se mantuvo durante el resto del pontificado de Inocencio X, quien además le encargó dos bustos; el diseño de la Capilla Fonseca en la iglesia de San Lorenzo in Lucina[24] para su médico, Gabriele Fonseca; y la construcción de la iglesia de San Andrés del Quirinal[25] para los novicios jesuitas que vivían en el monte Quirinal, que se pagó con el dinero que les proporcionaba el Cardenal Camillo Pamphili. Bernini mantuvo asimismo una relación excelente con el papa Chigi, el devoto e intelectual Alejandro VII, que el mismo día de su elección, en 1655, lo llamó a su servicio. Fue precisamente durante su papado cuando la plaza de San Pedro se transformó en el espacio público más conseguido de toda Europa gracias a la columnata de Bernini;[26] se construyó la Scala Regia,[27] la escalinata que une el palacio del Vaticano con la basílica; y esta última se enriqueció con la Cátedra de San Pedro, el enorme trono del Santo que Bernini creó en el ábside.[28]

En esa época fue también cuando llegó a Roma una insólita exiliada: Cristina de Suecia. Vivaz, ingeniosa y poco convencional, la Reina había abdicado del trono dieciocho meses antes, a los veintiocho años de edad, y se había convertido a la Iglesia Católica Romana. Sin importarle la impresión que pudiera causar, a la *Reina* le gustaba escandalizar a la gente: en una ocasión presentó a una amiga íntima, Ebba Sparre, al embajador inglés, como su «compañera de cama» asegurándole que la inteligencia de esta era tan extraordinaria como la belleza de su cuerpo. Cristina de Suecia solía vestir como un varón y, a pesar de su corta estatura, rechazaba los tacones altos que solían llevar las mujeres en favor de los zapatos de hombre.

> Su voz y casi todos sus actos son masculinos —escribió el Duque de Guisa, que la había conocido en Francia—. Es de constitución robusta y pecho generoso, con hermosos brazos y pálidas manos, aunque más parecidas a las de un hombre que a las de una mujer; tiene un hombro más alto que otro [a causa de una caída siendo niña], pero esconde muy bien este defecto con sus extraños ropajes, andares y movimientos [...]. Tiene la cara grande, aunque no demasiado, y las facciones marcadas: nariz aguileña, boca amplia sin llegar a ser desagradable, dientes aceptables, ojos realmente bellos y llenos de vida; a pesar de algunas marcas de varicela, tiene la tez clara [...]. La forma del rostro es agradable, pero

> la delimita con un extraño peinado: una peluca de hombre, muy pesada y recogida en alto en la parte delantera [...]. Lleva la falda mal ajustada y no muy derecha. Va siempre muy maquillada, con exceso de crema facial [...]. Le encanta demostrar su habilidad con los caballos [...]. Habla ocho idiomas, pero sobre todo francés, que lo domina como si hubiera nacido en París. Sabe más que todas nuestras academias y la *Sorbonne* juntas, entiende la pintura mejor que nadie y sabe mucho más que yo de las intrigas de nuestra Corte. Es una persona fuera de lo normal.

En Roma se la juzgó del mismo modo. Al principio se comportó con gran discreción, evidentemente encantada por el trato de respeto y honor que se le brindaba. Cuando Alejandro VII le concedió una audiencia privada, Bernini tuvo que diseñar un asiento especialmente para ella, puesto que las normas establecían que tan solo un soberano reinante podía sentarse ante Su Santidad en una silla con brazos, y no había ninguna sin ellos lo suficientemente solemne para la ocasión. Le propusieron que se instalara en la Torre dei Venti, sobre el Patio del Belvedere, que había sido exquisitamente amueblado para ella y al que habían provisto de una gran chimenea y un calentador de plata para la cama. Le regalaron un espléndido carruaje con seis caballos, dos mulas, un palafrén exquisitamente enjaezado y una butaca, diseñada al igual que la cama, por Bernini, con un tapizado de terciopelo de color azul cielo y soportes de plata. El Papa la invitó a un banquete, aunque el protocolo no le permitía comer en presencia de mujer alguna; y sobre la mesa se colocaron todo tipo de preparados de azúcar dorada que habían elaborado los ayudantes de Bernini, como un alegórico cumplido a su carácter y a sus logros. La orquesta tocó para ella, el coro de San Pedro cantó, un sacerdote jesuita dio un sermón, y cuando el banquete concluyó, un séquito formado por distinguidos huéspedes la acompañó hasta el palacio Farnesio, del que había tenido que marcharse un converso menos favorecido, Frederick de Hesse-Darmstadt, para que la *Reina* pudiera ocuparlo en su lugar.

Desde el palacio Farnesio, que se había vuelto a decorar y amueblar para ella, Cristina de Suecia salió a disfrutar de los tesoros de Roma guiada por el encantador Cardenal Azzolino. Constantemente acompañada, visitó San Juan de Letrán; la Sapienza, donde le regalaron más de un centenar de volúmenes; el dicasterio Propaganda Fide,[29] donde le dieron la bienvenida en más de veinte idiomas; el Colegio Romano, donde le enseñaron un artilugio que se usaba para preparar los antídotos contra el veneno; y Castel Sant'Angelo, donde su escaso apetito y poca

afición al alcohol no le permitieron disfrutar de los refrigerios que le habían preparado con los mejores vinos e ingentes cantidades de fruta glaseada, turrón blando y almendras caramelizadas. El carnaval de aquel año se conoció como «el Carnaval de la Reina», y a finales de febrero se presentó un magnífico espectáculo, la *Giostra delle Caroselle*, en su honor. Le ofrecieron una serenata en su palco mientras los caballeros luchaban contra las amazonas en la arena, y un fiero dragón que lanzaba piedras por la nariz y llamas por la boca fue sacrificado.

Pero para entonces, la excentricidad de la *Reina* y las rapiñas de sus siervos no remunerados, que incluso llegaron a arrancar las puertas del palacio Farnesio usándolas como leña para el fuego, estaban causando un malestar general en Roma. La *Reina*, que había abandonado momentáneamente la moda masculina, lucía ahora los vestidos más provocativos, incluso cuando recibía a los cardenales. También había colgado de las paredes del palacio algunos cuadros muy inoportunos y le había quitado las hojas de parra a sus estatuas. Cuando el Papa intentó reprenderla por ello y por negarse a dar muestras públicas de su conversión, Cristina de Suecia se limitó a replicar que no le interesaban las «consideraciones que solo merecen el interés de los curas». También corría el rumor de que se había enamorado de una monja que había conocido en un convento de Campo Marzio; y otros rumores afirmaban, no sin razón, que lo estaba del Cardenal Azzolino. Así pues, la noticia de que Cristina de Suecia se marcharía de Roma algún tiempo causó un gran alivio en la Corte papal.

Añorando los placeres del poder y con la esperanza de poder resolver sus problemas financieros, Cristina estaba decidida a convertirse en la verdadera Reina de Nápoles. Pero sus planes fracasaron y, después de ordenar la ejecución de uno de sus cortesanos, el Marqués Juan Rinaldo Monaldeschi, por alta traición, regresó a Roma. Según el Papa: «Nacida como una mujer bárbara y habiendo recibido una educación bárbara, su mente albergaba pensamientos bárbaros». Pese a todo, el Cardenal Azzolino logró apaciguar los ánimos de Alejandro VII cuando consiguió ofrecerle a la *Reina* el Palazzo Riario por una módica pensión, por lo que a partir de aquel momento no tendría que vivir tan cerca del Papa como cuando residía en el palacio Farnesio.

Pese a la irregularidad de sus rentas, no tardó en hacer acopio de nuevos tesoros para su palacio: pinturas y muebles de Estocolmo, libros y cuadros de Praga, alfombras de Persia, instrumentos musicales, mármoles, esculturas, una sorprendente variedad de obras de arte y una de las mejores colecciones de pintura de la escuela veneciana jamás lo-

gradas, se dispusieron profusamente por todas las habitaciones. Con el paso de las estaciones, los jardines de su nueva residencia se llenaron de hermosas plantas exóticas: durante la primavera de 1663, doscientos jazmines, y doscientos setenta y cinco naranjos y limoneros, pasaron por las fronteras de Roma en su nombre. Mientras tanto, Cristina seguía siendo tan impredecible como siempre. Un distinguido viajero que se quejó tediosamente de la vida tan solitaria que llevaba recibió la siguiente réplica de la *Reina*: «Mejor es pasar tres días en soledad que media hora en vuestra compañía».

No obstante, entró en una época más tranquila y menos polémica de su vida en 1667, tras la muerte del Papa Alejandro VII y la subida al trono del nuevo pontífice, en cuya elección había jugado un papel destacado su gran amigo, el Cardenal Azzolino. Clemente IX era un hombre amable y modesto que se sintió más propenso que su predecesor a compartir con una mujer tan inteligente su afición por la pintura, la música y el teatro. Ansioso por conseguir que Cristina se sintiera a gusto en Roma, fue a visitarla al Palazzo Riario, y más tarde le ofreció un banquete público en el que la obsequió con una silla a su mesa, un privilegio que nadie recordaba que algún papa hubiera dispensado jamás a una mujer. Asimismo, después de Navidad, le concedió una renta anual.

Gracias a una situación económica más satisfactoria, la *Reina* pudo enriquecer las colecciones que poseía en el Palazzo Riario y en otro palacio que acababa de arrendar, el Palazzo Torlonia. A partir de entonces, Cristina de Suecia se convirtió en una gran mecenas de la arqueología, después de obtener el permiso del Papa para excavar en las ruinas del palacio de Decio, cerca de la iglesia de San Lorenzo in Panisperna; se interesó por la alquimia y la astronomía, ofreciéndole su Palazzo Riario como lugar de reunión a la Accademia di Esperienza que había fundado Giovanni Giustino Campini; les ofreció su mecenazgo al oceanógrafo Marsigli y al científico Borelli; comenzó a escribir, recopilando libros de máximas y ensayos autobiográficos; fundó su propia academia, la Accademia Reale, precursora de la famosa Arcadia, en la que famosos eruditos impartían clases y seminarios; y prestó ayuda económica al teatro que se había construido en la cárcel de Tor di Nona.[30] Los cantantes que Cristina tenía a su servicio ofrecieron excelentes espectáculos en el teatro de Tor di Nona. Los estimaba hasta tal punto, que cuando uno de ellos, Antonio Rivani, conocido como Cicciolino, abandonó la ciudad para dirigirse a la Corte del Duque de Savoya, la *Reina* le envió a su agente francés la siguiente misiva:

> Quiero que sepa que [Cicciolino] está en este mundo solo para mí, y que si no canta para mí, no será capaz de cantar durante mucho tiempo para nadie más [...]. Obligadle a volver a cualquier precio. La gente intenta convencerme de que ha perdido la voz. Eso no tiene la menor importancia. Cualquiera que sea el estado en que se encuentre, él vivirá y morirá a mi servicio, ¡en caso contrario le sobrevendrá lo peor!

Cicciolino volvió dócilmente y murió, estando aún a su servicio, en 1686. La *Reina* también había sido una de las primeras en reconocer el talento de Alessandro Scarlatti, al que unos años antes había nombrado *maestro di cappella.* El director de su orquesta era Arcangelo Corelli. Y también hacía tiempo que había contratado a Bernini, quien le había hecho el maravilloso espejo que ella había puesto detrás de una de sus posesiones más valiosas, la cabeza de bronce de un atleta griego que data de alrededor del año 300 a. C.

Entre tanto, Bernini seguía trabajando a buen ritmo. Bajo Clemente IX supervisó la disposición de los ángeles de Ponte Sant'Angelo y talló los modelos de tamaño real de dos de ellos.[31] Cuando el romano Emilio Altieri subió al trono con el nombre de Clemente X en 1670, le encargó que decorara la Capilla Altieri de la iglesia de San Francesco a Ripa[32] para el Cardenal Paluzzi degli Albertoni, que había adoptado el apellido Altieri después de que el Papa se encargara de emparentar a ambas familias mediante un matrimonio.

Bernini tenía más de setenta años cuando comenzó la escultura de la *Muerte de la Beata Ludovica Albertoni* de la Capilla Altieri, pero para entonces sus facultades se estaban deteriorando. Durante una visita a Francia que había realizado unos años antes, Paul Fréart, Sieur de Chantelou, le había descrito del siguiente modo:

> Es de modesta estatura, pero bien proporcionado... con un temperamento de fuego. Tiene el ceño amplio y largas cejas que caen un poco sobre los ojos. Se está quedando calvo, y el poco pelo que le queda es rizado y canoso [...]. Es vigoroso para su edad y siempre quiere ir andando a todos sitios como si tuviera treinta o cuarenta años. Podría decirse que posee una de las mentes más bellas que jamás haya creado la naturaleza, ya que, sin haber estudiado, goza de todas las ventajas que el conocimiento puede brindar a un hombre. Tiene, asimismo, una memoria excelente, una imaginación rápida y vivaz, y su juicio parece claro y preciso. Es un conversador astuto: por medio de las palabras, la

cara y los gestos, es capaz de expresar sus ideas con la misma facilidad con que los grandes pintores se expresan con el pincel. Este es sin duda un factor determinante del éxito de sus obras.

Más piadoso que nunca y plenamente consciente de la inminencia de la muerte, Bernini había dejado de apreciar sus obras profanas, como los palacios que había diseñado en Roma, entre los que cabe destacar el Palazzo di Montecitorio[33], el Palazzo Chigi Odescalchi,[34] o la encantadora escultura del pequeño elefante que soporta el obelisco de Piazza Santa Maria sopra Minerva.[35] En una ocasión, mientras pasaba por delante de la espectacular fuente de los Cuatro Ríos, dejó caer las colgaduras de las ventanillas de su carruaje y comentó, hastiado: «Cómo me avergüenzo de haber hecho un trabajo tan mediocre»; aunque al menos, al final de su vida, se sentía satisfecho con sus mejores obras religiosas: el Éxtasis de Santa Teresa de la iglesia de Santa María de la Victoria, que consideraba su mejor obra, y la iglesia de San Andrés del Quirinal. Un día, su hijo Domenico fue a rezar a San Andrés del Quirinal y lo encontró vagando por el interior de la iglesia como si fuera un turista. Cuando se acercó a su padre y le preguntó qué hacía allí «solo y en silencio», Bernini contestó: «Hijo mío, en el fondo de mi corazón me siento sinceramente satisfecho por esta obra de arquitectura. Por eso suelo venir aquí, para aliviar el peso de mis labores y consolarme con mi trabajo».

Bernini siguió trabajando hasta el fin. Pasó los últimos meses de su vida tan ocupado como siempre, restaurando el Palazzo della Cancelleria. Según sus médicos, la excesiva actividad le causó una parálisis en el brazo derecho: el brazo se merecía un descanso, comentó Bernini con resignación, después de todo el trabajo que había realizado. Falleció el 28 de noviembre de 1680. Nueve días después habría cumplido ochenta y dos años. La última obra que completó fue un busto del Salvador de tamaño natural que esculpió para Cristina de Suecia.

La elección de Inocencio XI en 1676 fue una gran decepción para la *Reina*, ya que el nuevo pontífice, con su carácter riguroso y estricto, introdujo toda una serie de reformas en campo el económico. Además de restringir severamente las fiestas del carnaval, se negaba a conceder favores con tanta regularidad que los romanos le apodaron «el Papa No». Ordenó que se cubrieran decentemente todas las partes íntimas de las estatuas que no había hecho tapar Inocencio X y que se recubriera con una nueva capa de pintura el pecho de la Virgen de Guido Reni. Cerró los teatros públicos y prohibió que las mujeres actuaran en cualquier tipo de

escenario: el Tor di Nona de la *Reina* se convirtió en un granero. A pesar de todo, Cristina seguía tan entretenida como de costumbre, y tan agradecida como siempre lo había estado a todos los que fueran capaces de espantar al aburrimiento. Le encantaba recibir a los turistas que acudían a admirar sus colecciones como si su palacio fuera un museo público, y a veces los invitaba a que fueran a verla. Después de todo, se había convertido en lo que admitió que le gustaba ser, un antiguo monumento, una de las atracciones de Roma.

> Está muy gruesa [escribió un viajero francés en 1688]. Tiene la constitución, la voz y la cara de un hombre. De la doble papada le salen unos cuantos pelos aislados, como si tuviera barba... [Siempre tiene] una expresión sonriente y es muy amable. Como indumentaria, imagina una chaqueta de hombre de raso negra abotonada hasta las rodillas como si fuera una falda... y zapatos varoniles. En el cuello, en lugar del pañuelo lleva una cinta negra y larga con lazos. Sobre la chaqueta se ajusta un cinturón, en la parte baja del vientre, lo que hace más notoria su redondez.

Cristina de Suecia falleció un año después de que se hiciera esta descripción. Ella había expresado su deseo de recibir un entierro tranquilo en el Panteón, donde descansaban los restos de Rafael, pero la iglesia de la Rotonda no se consideró un lugar adecuado para ella. Así pues, con toda la «pompa y el boato» que había querido evitar, trasladaron su cuerpo a San Pedro y le dieron sepultura en la cripta, en la que tan solo descansaban los restos de otras cuatro mujeres. A finales del siglo XVII, Carlo Fontana realizó un monumento en su honor.

La Roma en que murió la *Reina* ya no tenía nada que ver con la ciudad que había conocido Miguel Ángel. Las suaves formas de las cúpulas que se alzaban bajo la de San Pedro habían reemplazado a las encrespadas torres de los nobles medievales. Las amenazadoras fortalezas de antaño, cuando los espadachines luchaban entre sí por las calles, habían cedido el paso a los elegantes palacios y espléndidas villas con sus espaciosos y florecidos jardines. Y la piedra de travertino, que tanto habían usado los arquitectos del Barroco, ya empezaba a predominar sobre el mármol del Renacimiento. Esta era la Roma que atraería hacia el sur a los viajeros del siglo XVIII.

TRECE

EL *SETTECENTO*

«Preferiría describir cuatro veces el resto de Italia antes que intentar dar una idea de Roma —escribió el magistrado francés Charles de Brosses a un amigo a principios del siglo XVIII—. Tal es la hermosura de esta que el resto de Italia se queda en nada».

La ciudad le deslumbró desde el principio, ya que no conocía ninguna otra con «una entrada tan elegante». Después de atravesar el río por el Ponte Molle, cruzó la Porta del Popolo:

> [La puerta] da acceso a un cuadrilátero, en cuyo centro se alza un obelisco de granito que antes estaba en el gran circo. En la base del obelisco hay una fuente. En el lado opuesto al de la puerta, la plaza da acceso a tres calles largas y estrechas, que, como patas de gallo, se separan entre ellas por los pórticos y galerías de dos hermosas iglesias con sus cúpulas, las iglesias gemelas [Santa Maria in Montesanto y Santa Maria dei Miracoli]. De estas tres calles, la de la izquierda [Via del Babuino] lleva a la Piazza di Spagna; la de la derecha, al puerto del Tíber, el Porto di Ripetta [Via di Ripetta]; y la que queda entre ellas, que es con mucho la más larga [Via del Corso], lleva tan recto como una letra "I" hasta el palacio de San Marcos [Palazzo Venezia], que está casi en el centro de la ciudad... Nada puede dar una mejor idea de la grandeza de Roma que estas primeras vistas de la ciudad.

Quienes la visitaron después estuvieron de acuerdo con su descripción, incluso Tobias Smollett, el irascible escritor escocés que estaba siempre dispuesto a encontrar fallos en todo lo que veía, y que ciertamente se exasperó durante su visita de 1765. Después de pasar la aduana (el antiguo salón del Emperador Antonino Pío), donde le abrieron el equipaje y esparcieron su contenido por el suelo, en el trascurso de una

operación en la que se buscaban bienes de contrabando, se le acercaron unos *servitori di piazza* que «rodearon su carruaje y le ofrecieron sus servicios con gran impertinencia». Por más que él los rechazara con insistencia, «tres de ellos se apoderaron del carruaje, uno se montó delante y los otros dos detrás». Sin embargo, una vez que Smollett se tranquilizó, coincidió con Charles de Brosses en que la «noble» Piazza del Popolo era una «entrada augusta» a Roma, que «no podía dejar de impresionar al viajero con la majestuosidad de esta venerable ciudad». Esta primera impresión no fue más que un anticipo de las delicias de Roma.

De Brosses pensó que la Via del Corso era «demasiado estrecha para ser una calle tan alargada, un efecto que acentuaban aún más *les trottoirs* de los peatones». También confesó que le molestaba sobremanera el paso continuo de carruajes, debido a la tediosa «moda de los italianos de pasearse» por una ciudad «sofocada por el calor y el polvo». Pero al mismo tiempo encontró edificios magníficos a ambos lados de la calle, y otros aún más refinados conforme se acercaba al corazón de la ciudad para luego volver a cruzar el río en dirección a San Pedro.

De San Pedro dijo: «[Es] lo más hermoso del universo... Todo es sencillo, natural y majestuoso, y por lo tanto, sublime... Uno puede ir a diario sin aburrirse jamás. Siempre hay algo nuevo que admirar y hasta que no has estado en varias ocasiones, no llegas a verlo todo... cuantas más veces vayas, más te asombra». En cuanto a las fuentes de la plaza, nada pudo darle más placer que aquellos «dos chorros de agua que jugueteaban día y noche sin cesar». De hecho, al igual que Smollett, se sintió más fascinado por las fuentes de Roma, «esa profusión de impetuosas aguas y manantiales», que con ninguna otra maravilla de la ciudad, incluso más que con las vistas desde el Janículo al atardecer, cuando se puede disfrutar de «ese estupendo panorama de bóvedas, torres, cúpulas doradas, iglesias, palacios, copas de árboles frondosos y aguas resplandecientes».

Los romanos también le parecieron agradables y atentos, «de educación exquisita y más serviciales que en ninguna otro lugar de Italia». «En pocas palabras —concluyó De Brosses—, la impresión que me ha dado Roma es que se trata de la ciudad más hermosa del mundo... y la más agradable y tranquila de Europa. Preferiría vivir aquí antes que en París».

Aunque, por supuesto, también había ciertos inconvenientes. El principal era la extraordinaria desidia de la población, ya que la mayoría de los romanos se pasaba el tiempo evitando tener que trabajar, sin hacer

«absolutamente nada», viviendo de la caridad y del dinero que llegaba a Roma, procedente de toda la Europa cristiana. No había «agricultura, ni comercio, ni manufactura»; y no era ni mucho menos insólito que al entrar en una tienda, el empleado te dijera con complaciente ecuanimidad, que disponía de los artículos que le habías pedido, pero que como estaban en un lugar de la tienda al que resultaba incómodo llegar e hicieras el favor de volver otro día.

El número de habitantes de la ciudad que se había calculado en 80.000 en el año 1563 y en 118.356 en 1621, se había incrementado ahora a 150.000, según un censo de 1709, y llegaría a alcanzar la cifra de 167.000 antes de fin de siglo. El número de turistas y peregrinos casi llegaba a superar al de los residentes. En función de la cantidad de pan que se cocía en los hornos de la ciudad, se estimó que hubo unos 100.000 visitantes en 1700. Y un censo que realizó el gran hospicio de la Santissima Trinitá dei Pellegrini[1] indica que, tan solo el Año Santo de 1750, esta casa llegó a acoger un mínimo de 134.603 peregrinos. Muchos de los residentes de Roma eran cargos públicos, y bastantes más eran sacerdotes o religiosos: el censo de 1709 registró 2.646 sacerdotes y 5.370 religiosos; aunque parecían muchos más, ya que la moda de la época exigía que los hombres vistieran como si pertenecieran a alguna orden sagrada aunque no fuera así. «En Roma —afirmó Casanova, que también se dejó llevar por la moda de aquellos años— todos eran sacerdotes o intentaban parecerlo». Sin embargo, por más que fueran, no daba la sensación de que hubiera demasiados eclesiásticos al servicio del excepcional número de congregaciones religiosas que albergaba la ciudad. Había doscientos cuarenta monasterios, setenta y tres conventos, veintitrés seminarios y unas cuatrocientas iglesias, algunas de ellas dedicadas a atender a las comunidades extranjeras, como la iglesia alemana de Santa Maria dell'Anima, la polaca de San Estanislao,[2] la española de Santa María de Monserrat,[3] la portuguesa de San Antonio[4] y la francesa de San Luis de los Franceses.[5]

A muchos visitantes les sorprendía que quienes evidentemente no eran sacerdotes parecieran tan satisfechos de poder pasar la vida en la màs completa desidia, gracias a una junta oficial de beneficencia y a la caridad de las instituciones religiosas y de las familias más ricas. Si no tenían casa, podían pasar el día en los talleres que mantenía el Papa, donde, entre las comidas, «se sentaban de brazos cruzados», o bien podían buscar refugio en uno de los numerosos hospicios de la ciudad, en los que, a condición de que solo pasaran una noche, se les remendaba la

ropa y se les arreglaban las suelas de los zapatos. Si se ponían enfermos, los miembros de Fatebenefratelli de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios[6] los visitaban, los cuidaban y los alimentaban, o se les daba una cama en uno de los hospitales de Roma, como en el gran hospital del Santo Spirito, donde, entre tapices y pinturas, se les entretenía con conciertos musicales. Si contraían lepra, se les cuidaba en San Gallicano in Trastevere;[7] si estaban desequilibrados, se ocupaban de ellos en Santa Maria della Pietà;[8] si eran demasiado jóvenes o demasiado viejos, se encargaba el Ospizio di San Michele, donde a las jóvenes huérfanas se les proporcionaba una dote cuando se marchaban.[9] A los niños enfermos o heridos les cuidaban en Santa Maria della Consolazione,[10] y las mujeres embarazadas iban a San Rocco, donde sus nombres se mantenían en secreto si así lo deseaban.[11]

Los que no tenían trabajo podían ganar mucho dinero mendigando, sobre todo en las calles de los alrededores de la Piazza di Spagna, donde era más fácil abordar a los extranjeros. A los pedigüeños, provistos con carteles para limosnear que podían proporcionarles los escribanos que se identificaban fácilmente en todas las plazas por estar siempre sentados bajo sus sombrillas, se les veía delante de las puertas de los edificios o en los escalones de las iglesias, listos para ofrecerse como guías indeseados e incompetentes, o esperando al anochecer con antorchas en los oscuros callejones a que pasara algún transeúnte indeciso. El más mínimo servicio, desde abrir una puerta o cepillar innecesariamente el polvo de un abrigo, hasta dar una información no solicitada, se consideraba digno de recompensa. Un hombre podía vivir bien en Roma de la *buona mancia*, las propinas que sacaba a los turistas a base de hostigarles, o de las comisiones que podía obtener como reventa, proxeneta o intermediario.

Los sirvientes de las casas privadas y palacios estaban siempre tan dispuestos a pedir propina a sus huéspedes como a cualquier desconocido que se encontraran por la calle. «Tú vas a ver a alguien —se quejó Montesquieu—, e inmediatamente los sirvientes vienen a pedirte dinero, muchas veces incluso antes de que llegues a ver a la persona que has ido a visitar». Si bien, según Charles de Brosses, esto era hasta cierto punto comprensible, dado que los palacios parecían más un hotel o una galería de pintura que una casa.

> Todas estas mansiones son tan inmensas y pomposas que solo están ahí para los extranjeros —escribió del Palazzo Borghese—. El dueño de la casa no puede vivir en ella, puesto que no hay lavabos, ni como-

> didades, ni muebles adecuados; y de estos últimos, apenas hay alguno ni siquiera en los pisos superiores, que no se encuentran habitados... La única decoración de las habitaciones consiste en los cuadros que cuelgan de las cuatro paredes, y que las cubren desde arriba a abajo con tal exuberancia y con tan poca distancia entre ellos que, a decir verdad, resultan más agotadores que atractivos a la vista.

Los romanos que tenían alguna ocupación, no trabajaban demasiado. La siesta se alargaba horas; y durante estas —dijo el Padre Labat—, a las únicas criaturas que se veía por las calles era a los perros, los lunáticos y los franceses. Incluso antes y después de la siesta, los setecientos talleres de carpinteros, herreros, pintores, grabadores, tallistas y alfareros, solían estar cerrados o con los postigos entornados. Los festivales y días de fiesta eran tantos que casi todos los que quedaban en medio se tomaban de vacaciones; tenían ciento cincuenta festividades religiosas a principios de siglo, y solo treinta menos en 1770. Asimismo había, algunas cabalgatas esporádicas, como la del *Sacro Possesso*, en las que Clemente XIV empezó a participar montado en su carruaje tras haberse caído de su caballo en 1769; ciertos acontecimientos anuales, como la incursión en diciembre de los campesinos de Abruzo, quienes ataviados con abrigos de piel de borrego y sombreros de bandolero, desfilaban por las calles tocando la cornamusa delante de las iglesias; festivales semanales durante el verano, como la naumaquia, con sus combates y batallas navales en la Piazza Navona, que se atestaba para la ocasión; procesiones, fiestas y ferias de barrio en las que cada *rione* pujaba por superar a los demás con la magnificencia de su ornamentación, la sonoridad de su banda, la originalidad de sus carrozas y disfraces, y la luminosidad de sus fuegos de artificio; y, como máximo apogeo de la fiesta de San Pedro, tenía lugar la famosísima iluminación de la basílica, de la que se encargaban los trescientos sesenta y cinco técnicos de la *Fabbrica,* que, con gran agilidad y experiencia, cogiéndose a unas cuerdas y saltando sobre otras, aunque sin ser vistos en todo momento, perfilaban milagrosamente el edificio con seis mil antorchas y farolillos de papel.

Todos los años, justo antes de Cuaresma, se festejaban los ocho días del carnaval romano, una celebración frenética y bulliciosa que acababa el Miércoles de Ceniza. El tañido de la campana del Capitolio, que a excepción del carnaval solo se dejaba oír para anunciar la muerte del Papa, indicaba el inicio de estas fiestas, que se abrían con una ceremonia en la que los judíos, a los que Clemente IX les había permitido recuperar

la antigua usanza de las carreras, entregaban el dinero que sufragaría los gastos del premio del ganador de la carrera de caballos y, como muestra de agradecimiento, el rabino recibía una falsa patada en el trasero. Acto seguido, las autoridades laicas y eclesiásticas de Roma, escoltadas por alabarderos vestidos con uniformes negros y violetas, procedían a recorrer el Corso, donde, entre una gran ornamentación de flores y pancartas, les esperaba una enorme multitud ataviada con máscaras y extraños atuendos. La gente se disfrazaba de cualquier cosa, de cosaco ruso, de marinero inglés, de chino mandarín, de pirata bárbaro, de montañés de las tierras altas de Escocia, de gigante con zancos o de cualquier personaje de la *Commedia dell'Arte*. Había hombres disfrazados de mujer y mujeres disfrazadas de chico o de oficial militar. Confeti, tiras de papel, dardos, puñados de harina, chorros de agua y pelotas hechas de *pozzolana* y yeso, volaban por el aire mientras que los que se encontraban en la calle cantaban, bailaban, vociferaban, se abrazaban, saltaban de las carretas o trepaban a los carros en marcha, al tiempo que los saludaban a gritos desde las ventanas.

Había desfiles de carrozas decoradas con la mayor extravagancia posible, de las que tiraban unos caballos engalanados con campanillas de plata, flores y magníficas plumas; las más admiradas eran las que diseñaban los estudiantes de la Academia Francesa.[12] También se realizaban torneos en los patios de los palacios. Y todas las tardes tenía lugar la anhelada carrera de caballos bereberes, que salía de la Piazza del Popolo. Los caballos, a los que previamente se les había alimentado con avena, a menudo aderezada con estimulantes, llevaban cuerdas atadas sobre el lomo llenas de afiladas agujas y clavos que hacían las veces de espuelas. Era casi imposible evitar que saltaran sobre las vallas que delimitaban el recorrido. Una vez que el Corso se había cubierto de arena y estaba todo a punto, un grupo de dragones [infantería montada] cabalgaba calle abajo para asegurarse de que todas las carrozas se hubieran adentrado en los callejones laterales. Entonces, otros jinetes recorrían la calle a toda velocidad, al tiempo que la gente se agolpaba en las aceras y se apretujaba a ambos lados. Mientras los caballos se precipitaban al galope hacia la Piazza Venezia, levantando una gigantesca nube de arena a su paso, chorreando sangre por el lomo, y los fuegos de artificio explotando por doquier, la algarabía de gritos y vítores era impresionante. El dueño del caballo ganador recibía un premio en metálico y un *palio*, un paño de seda entretejida con hilos de oro, con el emblema bordado de un caballo al galope y sujeto a un asta decorada con brillantes colores.

La última noche del carnaval, las calles se llenaban de parranderos que se daban empujones y tirones, dejándose arrastrar por la multitud mientras cada cual sostenía su cirio e intentaba apagar el del que tuviera al lado sin que nadie lo hiciera con el suyo. Para esto se encaramaban a lo más alto de los carros o los levantaban lo más alto posible, atados en palos que sobrevolaban las cabezas, al tiempo que por todas partes se escuchaba retumbar la tradicional amenaza: «¡Al se quede sin vela, una tunda de palos!». Como las noches anteriores, los palacios, teatros, salones y calles rebosaban de música, bailes y risas hasta el amanecer.

Los domingos de carnaval se adornaban las iglesias con flores y telas de terciopelo, las numerosísimas estatuas de la Virgen, convenientemente ornamentadas, resplandecían al igual que su interior a la luz de las velas y los candelabros, mientras el alboroto de la música y las orquestas de las distintas congregaciones hacían que las iglesias parecieran más un teatro que un lugar de culto; como hasta cierto punto, lo eran.

En Cuaresma, los servicios de las iglesias adquirían un tono más lúgubre, y fuera de los confesionarios se formaban colas inmensas de mujeres vestidas de negro, pero con el Domingo de Pascua renacían el bullicio y la alegría, los fuegos artificiales surcaban de nuevo el cielo y los bailes volvían a asaltar las calles. De hecho, los festejos de medianoche alrededor del obelisco de pórfido de la plaza de Letrán durante las fiestas de San Juan, representaban mejor la religión de Roma que las representaciones del sufrimiento de San Esteban que se llevaban a cabo en la iglesia de Santo Stefano Rotondo el día en que se recordaba el martirio del santo. Muchas de estas fiestas eran de origen pagano, como la *Rappresentazione dei Morti* del Día de los Difuntos, en la que se hacían modelos de cera a partir de los cadáveres de los hospitales, o la fiesta de los jamones, dedicada a la Virgen, cuando los escaparates de las tiendas se llenaban de platos de carne, empanadillas y tiras de salchichas expuestas con gran imaginación e incluso a veces de modo morboso. Paganas o no, lo cierto es que la mayoría de las fiestas eran más un motivo de regocijo que de penitencia, y todas estaban hechas tanto para conmover el alma como para recrear los sentidos. En Roma, lo habitual era que el sacerdote terminara su homilía sobre las virtudes del ayuno con una receta de bacalao a la parrilla.

Siguiendo el calendario romano, en la ciudad se veneraba a los santos dotándoles de las facultades que les habían sido concedidas a los dioses de la Antigüedad. De igual modo en que, durante la antigua República, Matuta era la encargada del parto y Rumina lo era de la cría de animales,

ahora se buscaba la intercesión de Santa Bibiana para aliviar el dolor de cabeza y la de San Biagio cuando se trataba de un fuerte dolor de garganta. Las señales y presagios se tomaban tan en serio como en los días de Augusto, y mientras que las estatuas de los templos antiguos habían derramado lágrimas y sangre, ahora lo hacían las Vírgenes y Cristos de la Roma papal.

Sin embargo, por muy supersticiosos que fueran y por mucho que pudiera asustarles un mal de ojo o el haber pescado un esturión de dos cabezas en el Tíber, los romanos eran un pueblo esencialmente entusiasta y risueño, feliz de seguir el proverbio que afirma que «*chi si accontenta gode*» (la riqueza está en saber contentarse) y aparentemente capaz de vivir sin envidia entre los ricos, con los que se codeaban con toda familiaridad. Los visitantes entraban y salían de los palacios de los nobles y de los cardenales como si fuese lo más natural del mundo. Los pescaderos y fruteros montaban sus tenderetes en los laterales de la entrada principal de los palacios sin pedir permiso, ni necesitarlo, y se acomodaban en las habitaciones en las que los sirvientes hablaban con los dueños del palacio como si fueran grandes amigos, y en las que no era raro ver a un monje cogiendo una pizca de tabaco rapé de la caja que pudiera ofrecierle un cardenal. Hasta en el Vaticano se tendía la ropa en las ventanas; mientras que los familiares de los numerosos sirvientes del Papa solían ir a comer, e incluso a veces, vivir al Quirinal, por cuyos pasillos se solía ver a los vendedores ambulantes cargando con sus mercancías hasta llegar a los abarrotados salones de palacio. Ahora bien, toda esta informalidad no impedía que se observara un elaborado protocolo. Las ceremonias de la Corte pontificia se regían por unas normas muy estrictas, y por muy humildes que fueran, pocos cardenales salían a la calle sin una comitiva de siervos uniformados cuya misión era acompañar a los carruajes negros y dorados que iban tirados por caballos engalanados con lazos de seda en las crines. Si un cardenal que había salido en su carruaje se cruzaba con otro prelado que caminaba por la calle, el primero se bajaba para saludar al segundo. Un viajero, fue testigo de esta *ceremonia* y lo describió así: «Después de muchas reverencias, amables sonrisas y declaraciones de aprecio, los cardenales se despidieron. Pero el que había llegado en su carruaje, en lugar de volver a subir, tuvo que seguir andando buena parte del camino, mientras seguía dándose la vuelta e inclinando la cabeza al que iba a pie, que hacía lo mismo que el anterior, de modo que ambos continuaron así hasta que se perdieron de vista».

La comitiva del Cardenal De Bernis era impresionante, ya que al ser el embajador de Francia, raramente salía a la calle sin su inmenso séquito, que incluía treinta y ocho lacayos, ocho estafetas, ocho camareros y dos capellanes. Todos los años se organizaba en su palacio un espléndido banquete el 13 de diciembre, en conmemoración de la conversión del Rey Enrique IV a la Iglesia Católica Romana. Charles de Brosses fue invitado un año y descubrió que la fiesta consistía en un «auténtico festín tanto para los amos como para los criados, que se comportaban de un modo chocante y descarado»:

> Tan pronto como llegó la comida —continuó De Brosses—, una horda de lacayos se abalanzó hacia la mesa con los platos vacíos, pidiéndoles de todo a sus amos. Uno de ellos vino hacia mí, tal vez considerándome el más prometedor de la fiesta. Primero le di un pavo, y luego un pollo, un filete de esturión, una perdiz, un trozo de carne de venado, una porción de lengua y un poco de jamón, pero seguía viniendo a por más. «Amigo mío —le dije—, a todos nos están sirviendo lo mismo. ¿Por qué tu amo no se come eso?». Detroy, que estaba a mi lado, me dijo: «No seas ingenuo. Todo lo que te está pidiendo para su amo es para él». Y así era. Los lacayos competían entre ellos para ver quién era capaz de meterse más pavo con trufas en el bolsillo o de envolverlo en las servilletas... ya que la tela de lino con la que estaban hechas también merecía la pena. Los más listos se llevaban los platos a toda prisa. Se les veía salir del salón con toda la comida escondida bajo los *ferriacuoli*, los amplios gabanes que vestían.

Las mujeres de algunos criados les esperaban en las escaleras para llevarse el botín a sus «miserables moradas» y a Charles de Brosses «le aseguraron» que sus amos les permitían robar. Si un caballero italiano deseaba algo, no tenía más que mandar a su siervo para que se apropiara del plato y de su contenido. El embajador le contó que todos los años perdía como mínimo veinticinco o treinta piezas valiosas de la vajilla y que «lo más fastidioso» era cuando se trataba de enseres que le habían sido prestados.

Otros hombres acaudalados preferían ahorrarse la molestia, por lo que en lugar de dar banquetes se daban por satisfechos con las *conversazioni*, en las que los huéspedes no solo disfrutaban de una agradable conversación sobre cualquier tema, sino también de la música de una orquesta y unos cantantes, o de una buena partida de cartas. Durante las

conversazioni solo se servía un pequeño refrigerio que solía limitarse a los famosos platos de helado, que ricos y pobres comían en enormes cantidades por toda Roma a cualquier hora del día y de la noche, incluso en el interior de las iglesias.

Dejando a un lado la gula por el helado, los romanos no eran especialmente glotones, a pesar de lo asequibles que resultaban los alimentos. En las mesas de los pudientes una comida a base de pasta, ensalada, pescado hervido, queso y fruta parecía adecuada, e ideal en las mesas de los menos acomodados. Los más pobres no solían cocinar en casa, puesto que podían conseguir lo que quisieran de la *cucina* o la *pasticceria* de los numerosos lugares de la ciudad en los que se cocinaba al aire libre, como se hacía en Piazza Colonna, donde se preparaban coles; en los escalones de la iglesia de San Marcello al Corso, donde se hacían guisos a fuego lento; en el gran mercado de Piazza Navona, donde con un poco de insistencia podían conseguir que los campesinos les cocinaran alguno de sus productos; o bajo la columna de Marco Aurelio, en Piazza Colonna, que era el único lugar de la ciudad en el que los vendedores de café podían tostar el grano, ya que su olor se consideraba desagradable.

En Roma, los más pobres pasaban el menor tiempo posible en sus casas a no ser que hiciera demasiado frío. En ese caso, como no solían tener chimeneas ni estufas de carbón, se apiñaban todos juntos, con los pies metidos debajo de una manta, pasándose *caldini* (ollas llenas de brasas) de mano en mano. Aunque normalmente preferían chismorrear por la calle; entretenerse con bailes o apuestas; pasar el tiempo viendo partidos de su peculiar versión del fútbol, en los que cada equipo podía llegar a tener hasta treinta jugadores que participaban animados por los constantes vítores de los espectadores, y en los que las faltas y los abusos solían desembocar en peleas; también les gustaba vagar por Monte Testaccio disfrutando del vino blanco de Castelli, que se mantenía fresco en las bodegas de la colina. Por las tardes, si se lo podían permitir, iban al teatro. Los más concurridos eran el Teatro delle Dame,[13] que estaba cerca de Piazza di Spagna, y el Teatro Argentina.[14] También solían acudir a las *operette* del Teatro Capranica,[15] o a ver las comedias del Teatro Tor di Nona o las marionetas de Piazza Navona. El espectáculo en sí no era la única atracción, y tal vez ni siquiera la principal. En realidad, la gente iba para estar con sus amigos, comer helado, merendar o apostar en juegos de azar. «La moda de aquí es ir al teatro para ver a los viejos amigos y hacer otros nuevos —escribió un viajero inglés—. En vez de escuchar la música, aquí todos se ríen y hablan como si estuvieran en

su casa». Esto, naturalmente, no fomentaba una buena relación entre los espectadores, que acudían provistos de fruta podrida por si tuvieran que lanzársela a los intérpretes, y los actores, que siempre estaban dispuestos a tomar serias represalias, como hicieron los del Teatro Capranica más de una vez lanzando baldosas rotas y piedras al público. En los palcos, donde las sillas estaban dispuestas alrededor de mesas de juego y los criados servían vino y refrescos, el alboroto solía ser tan continuo como en la platea, donde el público, sentado en bancos, hablaba a gritos, comía, bebía y daba bastonazos por encima de las velas con las que los pocos que habían ido a ver la representación intentaban seguir la obra sin conseguirlo. Sin embargo, en cuanto empezaban las arias y las voces de los cantantes principales inundaban la sala, todo el teatro se quedaba en silencio. Las voces femeninas corrían a cargo de los *castrati*, pues si bien las actrices habían podido subir al escenario durante un breve periodo de tiempo a mediados del siglo XVII y de nuevo brevemente bajo la protección de la Reina Cristina, Inocencio XI lo había vuelto a prohibir. No obstante, los *castrati* más famosos eran prácticamente idénticos a las mujeres. «Tienen las caderas anchas, nalgas y pechos [de mujer], y carnosidad alrededor del cuello —escribió un turista francés—. Parecen mujeres de verdad». Montesquieu afirmó que un inglés, creyendo que un castrato de Capranica era realmente una mujer, «se enamoró locamente» de él. Estos cantantes eran castrados durante la infancia en una sala médica, como la que había muy cerca del Vaticano, que anunciaba sus servicios con un cartel que decía: «Aquí se castró a los cantantes de la capilla del Papa». A los *castrati* se les veía a menudo en los cafés de moda, donde, como dijo un inglés, «resultaban tan guapos y tentadores como seguramente eran».

Para los que no pudieran permitirse una entrada para el teatro, las calles de la ciudad también ofrecían suficiente espectáculo, ya que toda la variedad de la vida romana se concentraba en la calle: en Piazza Navona, donde los barberos y sacamuelas llevaban a cabo su tarea al aire libre al tiempo que los astrólogos predecían el futuro y los saltimbanquis y acróbatas se turnaban para ofrecer sus números; en la Via del Corso y los jardines del Quirinal, por donde solían desfilar los carruajes de los más pudientes; en las tortuosas calles de Campo Marzio, donde los grandes palacios se alzaban amenazadores sobre las diminutas casas que se apiñaban en los huecos disponibles; y en los angostos callejones de Trastevere, siempre lúgubres y apestando a ajo. Los símbolos de cada tienda colgaban de las paredes, de modo que los sastres se distinguían con unas tijeras

o un capelo rojo de cardenal, los barberos con un plato de afeitar, los médicos con un brazo o un pie sangrante, y los vendedores de tabaco con la imagen de un hombre, normalmente un turco, que fumaba una pipa. Los oficios se concentraban en zonas determinadas: los relojeros estaban en Piazza Capranica y alrededores; los carpinteros, entre Via Arenula y Piazza Campitelli; los libreros, en torno a la Chiesa Nuova; los sombrereros, en Via dei Cappellari; los que hacían rosarios, en Via dei Coronari; los que arreglaban carruajes, en Via delle Carrozze; y los cerrajeros, en Via dei Chiavari. Todo esto permitió que, al menos hasta 1744, no hubiera nombres en las calles, ni números en las casas, y que hasta 1803 no se pusieran losas de mármol indicando los límites de los *rioni*.

Teniendo en cuenta que la comida se preparaba y cocinaba en espacios abiertos, los tenderos, artesanos y demás trabajadores realizaban sus tareas y labores fuera de sus tiendas y talleres, los desperdicios se apilaban contra las paredes a la espera de la altamente irregular atención que le prestaban los basureros, y todos los ciudadanos, independientemente de su rango o condición, estaban dispuestos a hacer sus necesidades en el primer rincón que les ofreciera la misma intimidad que la de cualquier escalera, las calles, asfixiadas por el polvo en verano y recubiertas de musgo en invierno, estaban todo lo mugrientas que uno se pudiera llegar a imaginar. En 1715, el Padre Labat escribió que estaban «mal empedradas y extremadamente sucias», por más que cada tarde rondaran las calles unas cuantas carretas con un hombre que hacía oscilar de un lado a otro un tubo de cuero enganchado a un cubo de agua. «[Los romanos] no saben lo que es barrer; lo dejan todo en manos de la Providencia. Las fuertes lluvias son el cepillo de Roma». Y así sería durante muchos años, lo que provocó las críticas de muchos viajeros, como la que escribió Hazlitt en las notas de viaje que recopiló en su *Notes of a Journey through France and Italy*:

> No es el contraste entre pocilgas y palacios, o la distinción entre lo nuevo y lo viejo; lo que desapruebo es la falta de este contraste, esa sucesión casi continua de callejones estrechos y vulgares en los que el olor a ajo prevalece sobre el de antigüedad. No me disgustan un estercolero, un retrete en la calle o las malas hierbas debajo un arco imperial. Pero ¿qué tienen que ver el puesto de un verdulero, un insulso bazar inglés de porcelana china, una pútrida fonda, el símbolo de un barbero, una tienda de ropa usada y de cuadros viejos, o un palacio gótico, con la Antigua Roma?

A pesar de todo, muchos viajeros del siglo XVIII decidieron pasar por alto las miserias de la ciudad, y en las cartas que enviaron a sus amigos y familiares prefirieron ensalzar sus maravillosos encantos, como las vistas que se extendían desde Piazza delle Quattro Fontane hasta Porta Pia; los obeliscos del Quirinal, el Pincio y el Esquilino; o el romanticismo que inspiraban las escenas bucólicas de Roma, con descripciones de los animales que pastaban entre las ruinas cubiertas de liquen, los bueyes que tiraban de los carros de heno por el Foro y los pastores que descansaban a la sombra de las ruinas, que recuerdan las escenas que evocan los tranquilos y nostálgicos grabados de Piranesi.

De vez en cuando, estas pacíficas imagenes se malograban a causa de súbitos estallidos de violencia. Los romanos seguían siendo un pueblo propenso a las pugnas, presto a la hora de montar en cólera y lento a la de perdonar. Los homicidios eran frecuentes, tanto los crímenes pasionales como los asesinatos premeditados que se llevaban a cabo en busca de venganza o por la exasperada impaciencia que nacía de los engorrosos procesos de unas leyes anticuadas. El 24 de septiembre de 1786, Goethe escribió: «Lo que sobrecoge a los forasteros, y hoy está en boca de todos, son los asesinatos. En nuestro barrio se han producido cuatro en tres semanas».

A menudo los culpables escapaban a la justicia, normalmente gracias a algún amigo o incluso a algún viandante que les ayudaba a llegar a cualquiera de los numerosos lugares de la ciudad en los que se les ofrecía protección; y cuando no lo conseguían y eran condenados, quienes presenciaban la ejecución no les miraban con disgusto sino con lástima. En varias cárceles de Roma había crucifijos mecánicos en los que la figura de Cristo alargaba los brazos para dar consuelo al condenado antes del suplicio. Y una vez en el patíbulo, lo que se esperaba de él era que asumiera su papel en esa especie de representación dramática, dejándose decapitar mientras daba muestras de una heroica fortaleza de ánimo. Desde luego, era un drama. Describiendo una ejecución de las que se realizaban en Roma, Lord Byron escribió que «la ceremonia, con los sacerdotes enmascarados; el verdugo medio desnudo; los criminales vendados; el Cristo negro y su estandarte; el cadalso; los soldados; la lenta procesión, el rápido chirrido y la pesada caída del hacha; la salpicadura de la sangre; y la palidez cadavérica de las cabezas expuestas... es, en su conjunto, más impactante que la agonía perruna que inflige la sentencia inglesa».

Durante el carnaval, el drama se convertía en una comedia grotesca, con el director vestido de *Pulcinella*, mientras que de los demás se es-

peraba que cada cual actuara según el personaje que le correspondiera, como si se tratase de una pantomima. Este tipo de ejecuciones carnavalescas solían realizarse en Piazza del Popolo, donde a los criminales también se les solía someter al castigo del *cavalletto*, que consistía en colgar al villano cabeza abajo de una máquina mientras se le flagelaba con el pene de un toro, o se le obligaba a desfilar por las calles con un cartel colgado a la espalda en el que se especificaba la naturaleza del delito y su castigo. Para los crímenes más atroces, al condenado se le reservaba el castigo del *martello*. «[El *martello* consiste en] colocar al malhechor de rodillas, golpearle en las sienes con un martillo, y casi al mismo tiempo degollarle y destriparle. Para los delitos menores están las galeras [como las autoridades romanas no tenían galeras, el castigo era trabajar, sin demasiado afán, en una cadena de presos] o el *strappato*: este último consiste en colgar a los criminales por los brazos, previamente atados por la espalda, levantarles y dejarles caer repentinamente, lo que, si se hace con el vigor suficiente, les disloca los hombros de los brazos».

Sin embargo, pese a la crueldad de estos esporádicos castigos y de que los asesinatos, tanto pasionales como premeditados, fueran tan comunes como demuestran las armas que aún cuelgan de algunas iglesias (como la de Santa Maria in Trastevere), los viajeros que se encontraban de visita en Roma no solían correr ningún tipo de peligro. Ni siquiera la noche más oscura incitaba a los robos, pero no tanto porque las calles estuvieran patrulladas por hombres armados y provistos de palos con ganchos, sino porque se sabía que, en caso de necesitar dinero, uno siempre podía conseguirlo de muchas otras maneras menos problemáticas, como podía ser sonsacárselo a cualquier incauto, y en especial a los ingleses.

> En la ciudad hay un enjambre de ingleses —escribió Charles de Brosses— y son los que más dinero gastan. Los romanos les aprecian por su generosidad, aunque en el fondo prefieren a los alemanes, como en el resto de Italia. Percibo que no se detesta tanto a ninguna otra nación como a la nuestra, y esto se debe a la necia tendencia que poseemos a ensalzar nuestras usanzas en detrimento de las de otras naciones, y de encontrar defectos en todo lo que no se haga a la manera francesa.
>
> El dinero que los ingleses se dejan en Roma, y la costumbre que tienen de hacer que este viaje forme parte de su educación, no parece aportarles un gran beneficio. Aunque algunos son inteligentes y se benefician de su estancia, no son más que una excepción, pues la mayoría prefiere

> dejar sus carruajes y arneses estacionados en Piazza *d'Espagne*, donde se quedan esperándoles todo el día, mientras ellos juegan al billar o se entretienen con cualquier otro pasatiempo de moda. Muchos se van de la ciudad sin haber visto nada más que a sus compatriotas, y ni siquiera saber dónde está el Coliseo.

Era realmente cierto que el Grand Tour llevaba a Roma a muchos ingleses, a los que los romanos conocían como «*milordi pelabili clienti*» (tipos cándidos), cuyo interés por las artes y la arquitectura de la ciudad era tan limitado como el del joven conocido del doctor John Moore, que consideraba que dos o tres horas al día eran más que suficientes para dedicarse «a una actividad que no le aportaba placer y en la que veía muy poca utilidad»; no obstante, pasadas seis semanas, este mismo no quería admitir que no había visto casi nada de lo que habían contemplado sus compañeros: «Ordenó que le prepararan una diligencia con cuatro caballos para salir al día siguiente muy temprano y, a toda velocidad, pasó por delante de todas las iglesias, palacios, villas y ruinas de la ciudad, de forma que en dos días pudo ver buena parte de lo que nosotros nos habíamos detenido a observar seis semanas. Más tarde descubrí, por la lista que había guardado de lo que había hecho, que no tenía ni una sola imagen suya, ni del más mutilado vestigio de una estatua».

Otro turista impaciente era Lord Baltimore, un hombre extraordinariamente rico, «propietario de todo Maryland y Virginia, y con una renta anual de treinta mil libras esterlinas», que viajaba con un médico, dos eunucos negros y ocho mujeres. Cuando un oficial le pidió que señalara cuál de ellas era su mujer, él replicó que era un caballero inglés, por lo que no discutía de asuntos sexuales: esas cosas se arreglaban con los puños. Su guía escribió: en Roma, «pasó por Villa Borghese en diez minutos [...]. No le gustó nada, aparte de San Pedro y el Apolo del Belvedere [...]. Cree que es demasiado inteligente... y le aburre el mundo entero».

En aquel momento, había otro joven viajero en Roma mucho más concienzudo. Su nombre era James Boswell. Llegó a la ciudad en marzo de 1765 y, guiado por un compañero escocés, el refugiado jacobita Colin Morison, se embarcó inmediatamente en «el estudio de las antigüedades, así como de la pintura, arquitectura y demás artes que con tanta perfección ofrece Roma». Visitó el Foro y experimentó «emociones de majestuosidad y melancolía» al pensar en todas las cosas de las que había sido testigo aquel lugar y «verlo, ya en ruinas, con los pobres cobertizos de los carpinteros y otros artesanos que ocupaban el lugar de

aquella Rostra desde la que Cicerón había dado muestras de su admirable elocuencia». Más tarde fue al Coliseo, y le entristeció verlo lleno de *boñigas y alquilado como* establo para los animales; pero aun así era «difícil que nadie pudiera admirar más [que él] la asombrosa solidez y el gusto exquisito de esta soberbia edificación». Subió al monte Palatino, en el que los cipreses parecían llorar la muerte de los palacios imperiales en ruinas, y allí vio una estatua que le recordó tanto a Cicerón que empezó a hablarle en latín a Morison, por lo que ambos resolvieron seguir hablando en ese idioma durante todo el viaje. Al día siguiente subieron al monte Capitolino y, desde el punto más alto del nuevo Senado, Morison señaló a la Antigua Roma con sus siete *colinas* y leyó en voz alta un claro resumen del crecimiento de la ciudad. Después visitaron San Pietro in Carcere, donde vieron los restos de «la famosa cárcel Tulliana de la que Salustio había dado una imagen tan espantosa». Boswell fue también a las Termas de Diocleciano; admiró las columnas de mármol oriental de Santa María la Mayor; paseó por el Belvedere, el Palazzo Borghese y la Biblioteca Vaticana; consideró que el *Moisés* de Miguel Ángel era «magnífico», aunque tenía la barba demasiado larga y «los cuernos, si bien sagrados, [parecían] ridículos como los de un sátiro»; y juzgó «supremo» el Laocoonte. Le sorprendió ver a «un tipo extraño que, sentado al sol, leía a Tasso a un grupo de hombres tan desaliñados como él», y le impresionó una procesión de jóvenes romanas «que habían recibido una dote de una fundación pública, algunas para casarse y otras para hacerse monjas. Iban en grupos separados, las monjas detrás y con una corona en la cabeza. Solo algunas eran guapas, y de las que más, casi todas monjas».

El día de la Anunciación, Boswell fue a ver al Papa Clemente XIII. Lo transportaban «en una magnífica silla, decorada con la figura del Espíritu Santo», alrededor de la iglesia de Santa Maria sopra Minerva. Toda la congregación se arrodilló ante Su Santidad, que les impartió su bendición antes de sentarse en una especie de trono para que pudieran besarle los pies. El Jueves Santo, Boswell asistió a otro rito mucho más famoso, el *mandatum* o lavatorio, en San Pedro. La ceremonia comenzó con una misa en la Capilla Sixtina, seguida de una procesión hasta la Capilla Paolina en la que el Papa llevaba el Santísimo Sacramento; entonces el Santo Padre dio su bendición desde el balcón de San Pedro antes de lavar los pies a doce sacerdotes de diversas naciones. Cumplió con las tradicionales abluciones con «gran decencia», pensó Boswell, y después, cuando ofreció a los sacerdotes la acostumbrada comida, «unió

grandeza y modestia», como «un feliz anfitrión», sonriendo cada vez que le servían vino.

Durante sus visitas y estudios, Boswell «dio rienda suelta a la relajación sensual», tal y como confesó a Jean Jacques Rousseau: «Aquella noche me lancé como un león impetuoso y tenía a un joven pintor francés, un joven académico, siempre orgulloso, siempre alerta, siempre alegre, que hacía las veces de chacal. Recordé las libertinas hazañas de Horacio y otros apasionados poetas romanos, y pensé que uno hace bien en dar rienda suelta al deleite en una ciudad en la que las prostitutas estaban permitidas por el cardenal vicario».

Después de «disfrutar mucho» con una «*fille charmante*», la hermana de una monja que le costó catorce *paoli* (unos diecisiete chelines), Boswell decidió tener una joven cada día y parece que lo consiguió. Le complacían especialmente las de un pequeño burdel que pertenecía a tres hermanas apellidadas Cazenove, aunque también se dejó ver con otras mayores: con una de ellas, un «*monstre*» que le cobraba cinco chelines, fue «bastante salvaje», hasta que, como Rousseau le había advertido que podría sucederle, contrajo una infección venérea.

Muchos viajeros pensaban que las mujeres romanas eran fáciles y muy atractivas, como le pasó a Goethe con la hija del tabernero que derramó el vino sobre de la mesa y escribió su nombre y lo enlazó con la hora en la que podrían quedar para verse aquella noche. Las jóvenes romanas eran famosas por la belleza de su cuerpo: todas con el pelo oscuro y lustroso, los ojos brillantes y los dientes sanos y muy blancos (según se decía, como resultado de unas aguas claras y cristalinas). También eran conocidas por el descaro de su forma de mirar: el escritor francés Jean Baptiste Dupaty dijo que era imposible conseguir «que bajaran la mirada». Otro viajero francés, Auguste Frédéric Louis Viesse de Marmont, escribió en sus memorias: «La libertad de las mujeres es increíble y sus maridos se lo permiten, hablando alegremente y sin avergonzarse de los amantes de sus esposas. He oído a M. Falconniere hablar con la suya de un modo increíble [...]. Yo, como joven y extranjero, me he alegrado inmensamente de poder disfrutar de las consecuencias». De hecho, los maridos solían limitarse a pedir a sus esposas que no fueran abiertamente promiscuas y que no se deshonraran a sí mismas con sus *cicisbei* (galanes).

Además de disfrutar con las prostitutas, de visitar los lugares de interés y de escribir largos relatos de todas estas actividades que para él formaban parte integrante de la diversión, Boswell pasó muchas horas

en Roma en compañía de los ingleses y escoceses que se hallaban diseminados por toda la ciudad. Mantuvo largas conversaciones con Lord Mount Stuart, hijo y heredero del amigo de Jorge III, el Conde de Bute; y con John Wilkes, el divertido demagogo que estaba en el exilio por haber difamado al Rey. Se sintió «muy enamorado» de Angelica Kauffmann, una pintora suiza «modesta y amable». También frecuentó a otros tres pintores que en aquella época vivían en Roma: Nathaniel Dance, George Willison y Gavin Hamilton. Fue a visitar a Peter Grant, miembro del Colegio Pontificio Escocés,[16] que le guio en su visita a San Pedro. Y aunque le preocupaba tremendamente que alguien pudiera acusarle de hablar de política con traidores, fue al Palazzo Muti Papazzurri,[17] residencia del Viejo Pretendiente, el Rey titular Jacobo III de Inglaterra, para ver a su antiguo secretario Andrew Lumisden, con quien trabó una gran amistad.

Sin embargo, Boswell no menciona a Gibbon, que también se encontraba en Roma en aquel momento y no podría «olvidar ni expresar las fuertes emociones que agitaron su mente la primera vez que se acercó y entró en la Ciudad Eterna». Tras una noche insomne, Gibbon vagó entre las ruinas del Foro: «Cada uno de los memorables lugares en los que Rómulo estuvo, Tulio habló o César cayó, se encontraban allí [...]; y tuve que superar varios días de embriaguez antes de poder descender a un estudio frío y minucioso». Hasta que un día, mientras reflexionaba en el Capitolio, envuelto en la penumbra de una tarde de octubre, al tiempo que unos frailes descalzos entonaban sus letanías en la iglesia de Santa María de Aracoeli, «concibió la primera idea» de su gran obra histórica.

Charles de Brosses afirmaba que muy pocos ingleses compartían el entusiasmo de Gibbon, aunque otros testigos aseguraban que los jóvenes franceses eran los que mostraban menor interés en lo que habían ido a ver (voluntariamente o no). En cualquier caso, lo cierto es que muchos de estos decidían que ya habían tenido bastante después de recopilar unas cuantas antigüedades para llevárselas a casa; normalmente, recogiéndolas donde las encontraran o comprándoselas a los tenderos o a los numerosos *conocedores* que vendían trozos de mármol y otras «obras de arte» más modernas por la calle. Los que se iban cargados de mapas, guías de la ciudad, lentes de aumento, carpetas repletas de esbozos, brújulas y cuadrantes, no dejaban de expresar su decepción. Los arcos del Teatro de Marcelo estaban cerrados y ocupados por familias pobres; el Palatino estaba lleno de cizaña; el Arco de Septimio Severo medio enterrado y la parte que aún se distinguía se había convertido en una

barbería. Lo único que se veía del Tabulario eran los capiteles de tres columnas; las Termas de Caracalla casi se perdían en la espesura; y «unos cuantos andrajosos fabricantes de cuerdas eran las únicas criaturas que un visitante podía encontrar con vida en el Palatino». El monte Celio parecía una cantera abandonada. En el Foro se organizaba un mercado dos veces por semana; y como descubrió Boswell, los animales ocupaban el Coliseo, en el que el visitante tenía que atravesar una ermita antes de llegar a los asientos, que estaban completamente cubiertos por la hiedra.

Aun así, la visita podía ser de gran interés para los turistas más cuidadosos que evitaban a los charlatanes y a los autodenominados especialistas en antigüedades, contra los que John Northall advertía en sus *Travels through Italy*, a quienes se tomaban la molestia de buscar un buen guía- preferiblemente a Johann Winckelmann.

Hijo de un zapatero remendón, Winckelmann llegó a ser la mayor autoridad en materia de arte clásico de toda Europa. Fue a Roma en 1755 y poco después recibió el cargo de bibliotecario del secretario de Estado del Papa, por lo que trasladó su residencia al Palazzo della Cancelleria. Más tarde trabajó haciendo los mismo para el Cardenal Albani, por lo que hubo de mudarse al Palazzo Albani, que actualmente se conoce como Palazzo del Drago.[18] En este palacio, ayudó al Cardenal a clasificar todos los tesoros de Villa Albani, ahora Villa Torlonia.[19] En 1763, fue nombrado administrador jefe de antigüedades de toda Roma y alrededores. Abiertamente homosexual y contagiosamente arrebatado por ello, Winckelmann era, en opinión de John Wilkes, «un caballero de tacto exquisito y acertado discernimiento». Se trataba, además, de un personaje extremadamente discreto: un día, mientras mostraba la ciudad a Wilkes y a su bella señora, Gertrude Corradini, Winckelmann fingió no haberse percatado de la ausencia de ambos cuando, vencidos por la lujuria, Wilkes y Corradini, una mujer que «poseía el don divino de la lascivia», desaparecieron tras unas ruinas para hacer el amor. «Fue muy considerado —comentó Wilkes—, puesto que no le quedó más remedio que pasar un buen rato en compañía de la madre de Corradini, que tenía tan poca conversación como belleza».

Pero aunque dispusieran de Winckelmann como guía, muchos jóvenes viajeros perdían enseguida el interés por las ruinas romanas y preferían ir a visitar el convento de los capuchinos, en el que los frailes les mostraban una cruz hecha por el diablo, un cuadro de San Lucas y unas grutas macabras cuya única decoración consistía en una serie de nudillos, rótulas, costillas, calaveras sonrientes y tibias cruzadas.[20] En

cada compartimento de la cripta, erguidos contra la pared, *había* —y *aún* hay— esqueletos ataviados con el hábito de la Orden, con la piel seca y estirada sobre los huesos, con largas barbas colgando de los cíngulos y con rosarios agarrados entre los largos y delgados dedos. Los monjes que guiaban a los visitantes por estas grotescas cavernas señalaban alegremente los esqueletos de antiguos amigos y les indicaban cuáles eran los nichos en los que sus huesos se exhibirían en un futuro no muy lejano.

Otro agradable escalofrío lo proporcionaban las catacumbas, que habían cambiado muy poco después de que, desde un trigal, John Evelyn se hubiera arrastrado por su interior «guiado por dos antorchas», descendiendo «hacia las entrañas de la Tierra, por un extraño y terrorífico pasaje de varios metros».

> Lo que hace horripilantes a estos pasajes —escribió Evelyn— son los esqueletos y cadáveres que colocados a ambos lados unos sobre otros, en varios niveles, como si fueran repisas; algunos permanecen tapados con una piedra lisa y están marcados con un signo, como un *Pro Christo,* un ☧, o con palmas grabadas sobre los que se supone que han sido mártires... Husmeando a mi alrededor encontré un frasco de cristal, lleno de algo que me pareció sangre seca, y dos vasos lacrimatorios. Muchos de los cuerpos, o más bien huesos (porque no había otra cosa), yacían completos, como puestos ahí por el arte de un boticario, y daba la impresión de que con solo tocarlos se desharían en polvo. Después de serpentear sin rumbo por este meandro subterráneo, regresamos a nuestro carruaje, cegados por la luz del día y ahogados por el polvo. Un obispo francés se aventuró por el interior de estas cavernas con su séquito, se les apagaron las antorchas y jamás se volvió a saber de ellos.

Al igual que a Rubens y a muchos otros viajeros antes y después que él, a Evelyn le aconsejaron que buscara alojamiento en el barrio de Piazza di Spagna, que así se llama porque la plaza alberga la Embajada de España desde principios del siglo XVII, de modo que se instaló en casa de un francés, que, después de mucho regatear, aceptó cobrarle veinte coronas al mes. En esta zona, en un piso del Palazzetto Zuccari,[21] fue donde se alojó Winckelmann cuando llegó a Roma. Salvator Rosa vivía muy cerca, en Via Gregoriana; y Piranesi, en Via Sistina. El pintor neoclásico Anton Rafael Mengs, también residía en el barrio;

y Carlo Goldoni estaba en Via Condotti. En esta calle, Via Condotti, se encontraba —y aún se encuentra— el Caffè Greco,[22] que solían frecuentar, durante aquellos años y los que estaban por venir, Casanova, Goethe, Leopardi, Schopenhauer, Bizet, Berlioz, Gogol, Keats (cuya casa se conserva a los pies de la escalinata de Piazza di Spagna),[23] Wagner, Liszt, Mendelssohn, Rossini, Stendhal, Balzac, Byron, Thackeray, Tennyson, Hans Andersen e innumerables artistas y escritores que llegaron a Roma por motivos de estudio, como los arquitectos escoceses Robert Adam y Robert Mylne, o de trabajo, como Fragonard, Vernet, Claude Lorrain, Canova, Houdon y William Kent, que disfrutó del privilegio, único para un inglés, de realizar los frescos del techo de la iglesia romana San Giuliano dei Fiamminghi, la iglesia dedicada a la comunidad flamenca.[24] Había pocos hoteles buenos, aparte del Albergo Londra y el Monte d'Oro, en el que Charles de Brosses se dejaba desplumar con gusto porque preparaban unos estupendos postres. Y aunque había varias posadas y casas de huéspedes muy acogedoras, como Eagle, Falcon, Golden Lion y Five Moons, muchos viajeros preferían buscar apartamentos amueblados, a ser posible en la elegante Casa Guarnieri. «Estos alojamientos suelen ser espaciosos y están bien amueblados», escribió Tobias Smollett, que, en cuanto llegó a Roma, se dirigió hacia Piazza di Spagna, una plaza «abierta, bien ventilada y agradablemente situada» en lo que entonces se conocía como «el gueto inglés». «Y los inquilinos cuentan con todas las comodidades necesarias [...]. La *vitella mongana* es la ternera más tierna que he probado en mi vida [...]. Aquí llegan los lujosos vinos de Montepulciano, Montefiascone y Monte di Dragone; pero durante las comidas nosotros solemos tomar el vino de Orvieto, un vino blanco y ligero, de aroma agradable».

Por más que Smollett estuviera siempre dispuesto a quejarse de los precios de todo el continente, no le quedó más remedio que admitir que los de Roma eran muy razonables. Por «una primera planta decente y dos habitaciones dobles en el segundo piso» pagaba «no más de un escudo al día» y su casero le proporcionaba una buena mesa por un precio igualmente razonable. Una casa completa podía alquilarse por unas seis guineas al mes; y Robert Adam logró disponer de un agradable apartamento, además de los servicios de cocina, ayuda de cámara, cochero y criado, por tan solo cuatro libras esterlinas a la semana.

Encantados con lo poco que les costaban el alojamiento y la excelente comida, los extranjeros se sentían predispuestos a disfrutar al máxi-

mo de la ciudad; y eran muy pocos los que no lo hacían. Al principio, los protestantes consideraban conveniente entrar en Roma disfrazados y abandonar la ciudad antes de Pascua para evitar la búsqueda de infieles que, de puerta en puerta, realizaba la Inquisición. Sir Henry Wotton, que inició sus viajes en 1587, llegó a Roma haciéndose pasar por un católico alemán, con «una brillante pluma azul» sobre su sombrero negro, y explicó las razones que le habían animado a llevarla del siguiente modo: «Primero, con ella no me tomaban por inglés. Segundo, me reputaban tan ligero de mente como mi indumentaria (los hombres peligrosos no son así). Y tercero, nadie podía pensar que estaba intentando pasar desapercibido, ya que gracias a la pluma me hice famoso por toda la ciudad en pocos días».

De todas formas, aun cuando Sir Thomas Nugent seguía aconsejando a los lectores de su libro *The Grand Tour* que tuvieran cuidado con lo que decían delante del personal de servicio, la Inquisición había dejado de ser una amenaza para los viajeros del siglo XVIII, siempre que no practicaran la magia negra. Por otra parte, la Inquisición romana no era tan intransigentemente severa como la española o la occitana. No podemos olvidar que al filósofo, astrónomo y matemático Giordano Bruno le tuvieron encerrado siete años en una de las prisiones del Santo Oficio y, al no querer retractarse de las herejías de las que se le acusaba, le llevaron a la hoguera con una mordaza y lo quemaron vivo en febrero de 1600 en Campo di Fiori.[25] A pesar de ello, más tarde, a Galileo, a quien los jesuitas habían declarado más peligroso aún para la Iglesia que «Lutero y Calvino juntos», el tribunal de la Inquisición romana le permitió vivir en un cómodo apartamento; y cuando la Congregación del Santo Oficio insistió en sentenciarle pese a la actitud más indulgente del comisario general, de inmediato el Papa Urbano VIII conmutó la sentencia por un arresto domiciliario en su propiedad de Arcetri, cerca de Florencia. Unos cien años después de la muerte de Galileo, solo quedaban cuatro presos en Castel Sant'Angelo, y la posibilidad de que un turista fuera enviado a esta prisión era extremadamente remota. Los viajeros que no divulgaban sus convicciones heréticas no tenían nada que temer, ni siquiera cuando en ceremonias públicas algunos se quejaban de que a las jóvenes que tomaban el velo se les privara de sus vestidos y adornos y se les cortara el pelo. Con ocasión de una de estas ceremonias, Catharine Wilmot, la compañera irlandesa de Lady Mount Cashell, escribió: «No solo las mujeres, sino también muchos jóvenes ingleses dejaban escapar lágrimas de indignación».

> Un inglés se llevó instintivamente la mano a la espada renegando y diciendo que estas angustiosas crueldades supersticiosas habían de ser extirpadas de la faz de la Tierra —continuó Wilmot—. Se hizo un mortal silencio y todos tuvimos que ver y oír, el ruido seco de las tijeras, que cortaba cientos de mechones rizados de la cabeza de la joven que caían sobre su banda de rosas a los pies de la superiora, que con implacable devoción seguía despojándola de cada uno de los adornos. Luego le cubrió las sienes con una toca basta y le echó por encima el hábito austero de su Orden, colocándole una corona de espinas sobre la cabeza, una rama de lirios blancos en la mano, un gran crucifijo a su lado y todos los símbolos de su sagrado oficio.

Sin embargo, como puntualizó otro viajero protestante, nadie estaba obligado a ver estas dolorosas escenas. Además, el papado parecía ser más estimulante que opresor: un presbiteriano escocés fue a Roma durante la década de 1770 para convertir al Papa Clemente XIV y, como parte de los preparativos para su misión proselitista, empezó a insultarle en San Pedro gritando que era una bestia de siete cabezas y la madre de todas las rameras, de forma que la Guardia Suiza le arrestó; pero el Papa intervino a su favor, diciendo que aquel hombre había actuado con la mejor intención, e incluso llegó a pagarle el trayecto de vuelta a Escocia y le agradeció que hubiera hecho un viaje tan largo con la única intención de hacer el bien.

Tampoco era difícil conseguir una dispensa para comer carne en Cuaresma; y de todos modos, la ciudad estaba llena de tabernas y carnicerías dispuestas a vender o a servir carne sin tener que preocuparse por obtener la licencia. De hecho, Roma era una ciudad tranquila y acogedora en la que los extranjeros se sentían como en casa y en la que los viajeros se encontraban tan cómodos que al volver a sus respectivos países se sentían de algún modo ajenos a ellos. Uno de estos viajeros fue Goethe, que al entrar en Roma exclamó: «¡Solo ahora empiezo a vivir!», y después de irse, se lamentó: «No he pasado ni un solo día totalmente feliz desde que crucé el Ponte Molle para volver a casa».

CATORCE

INTERLUDIO NAPOLEÓNICO

Cuando murió Clemente XII en 1740, Charles de Brosses fue al palacio pontificio, donde encontró «una triste imagen de grandeza humana. Todas las habitaciones estaban abiertas y desiertas». Pasó por todas ellas «sin ver ni un alma» hasta que llegó a la alcoba del Papa, «cuyo cuerpo yacía en una cama, velado por cuatro jesuitas, que estaban recitando, o hacían como si recitaran, oraciones». El cardenal camarlengo, gobernador temporal en sede vacante, llegó:

> ... a las nueve para cumplir con su deber, que consistía en dar unos golpecitos con un pequeño martillo sobre la frente del difunto mientras le llamaba por su nombre, Lorenzo Corsini. Al ver que no contestaba, dijo: «Por eso no habláis», le quitó el anillo de pescador y lo rompió, como establecía la costumbre [...]. Como el cuerpo del Santo Padre había de quedar expuesto ante el público durante mucho tiempo, lo afeitaron y le pusieron colorete en la cara en un intento por disimular la palidez de la muerte. De hecho, tenía mejor aspecto que cuando vivía.

El Papa, que provenía de una familia noble de Florencia, había pasado los últimos años de su vida ciego, y había luchado en vano por detener el declive del papel político del papado, que no había dejado de menguar desde 1648, cuando la paz de Westfalia puso fin a la Guerra de los Treinta Años. Ni él ni sus inmediatos predecesores habían sabido imponer la autoridad de la Santa Sede con fuerza y convicción. Clemente XI tuvo que hacer frente a un escándalo durante los primeros años de su pontificado, después del Gran Terremoto de 1703, cuando a la enfermedad se sumaron los daños causados por una catastrófica inundación en la que las aguas del Tiber cayeron en cascada por las calles de la ciudad. Los prelados ofrecieron cobijo en sus palacios a las jóvenes y

viudas que se habían quedado sin hogar, pero se rumoreaba que muchas de ellas recibieron algo más que una oferta de cobijo, por lo que el Papa tuvo que ordenar que se trasladaran a otras casas y se ofreció a pagar los gastos en nombre de las autoridades civiles. El Papa, un hombre bueno y generoso, tuvo que enfrentarse desde entonces a una sucesión de problemas y dificultades que, según se decía, le habían reducido a un estado perpetuo de lágrimas.

Benedicto XIII, que dirigió la Iglesia de 1724 a 1730, tampoco estaba preparado para reafirmar la autoridad papal. Fue un hombre sencillo, miembro de los dominicos, que delegó gran parte de su poder en el Cardenal Niccolò Coscia, quien aprovechó en su propio beneficio todas las oportunidades que se le presentaron. Tras la muerte de Benedicto XIII y de su sucesor, Clemente XII, durante un tiempo se creyó que Benedicto XIV sería capaz de dotar a la Iglesia del liderazgo que sus predecesores no le habían sabido dar. Benedicto XIV era inteligente, agudo y sociable, y era famoso por su moderación, abnegación y afabilidad. Los romanos se sentían afortunados por poder contar con un hábil administrador, un pontífice comprensivo y un bienhechor liberal. Logró superar la situación de déficit que encontró al ascender al trono papal y convertirla en superávit; paseaba por las calles de la ciudad para visitar a sus párrocos, a veces de incógnito con una peluca y un tricornio; y proporcionó pinturas para San Pedro, mosaicos para Santa María la Mayor y manuscritos para la Biblioteca Vaticana. Durante su papado se colocaron por vez primera placas y losas que indicaban los nombres de las calles. Pero, mientras que los romanos tenían buenos motivos para estar contentos, los enemigos de la Iglesia se sentían agradecidos por la elevación de un adversario tan indulgente. Al igual que Benedicto XIV no supo encontrar argumentos con los que rebatir y contrarrestar los de los *philosophes*, Clemente XIII y Clemente XIV no supieron proteger a los jesuitas de los ataques que recibían de los jansenistas y de algunos católicos. Clemente XIII murió repentinamente en 1769, supuestamente envenenado, después de haber sido testigo de la expulsión de los jesuitas en Francia y de resistir fuertes presiones de otros países que deseaban la destrucción total de la Compañía de Jesús. Su sucesor, Clemente XIV, se vio obligado a ceder y a suprimir la Orden; y, tras firmar el decreto de supresión mediante un acto con el que no logró mejorar las relaciones entre el papado y las potencias europeas, el Papa cayó enfermo y murió al año siguiente. Ahora sería Giannangelo Braschi —que en 1775 adoptó el nombre de Pío VI— quien tendría que afrontar la tremenda amena-

za que acechaba al papado, para entonces privado de poder e influencia, con la inminente Revolución francesa.

En apariencia, el nuevo papa era la persona ideal para asumir esta tarea. Alto, sano y de buen ver, poseía además una prestancia solemne, una presencia abrumadora y una elocuencia excepcional. Pese a tener el cabello cano, su constitución fuerte y los ojos tan oscuros le hacían parecer mucho más joven de lo que en realidad era. Uno de sus contemporáneos dijo que daba la sensación de que «había nacido para gobernar». Otro coetáneo, el Príncipe Heinrich de Reuss, escribió: «Jamás he conocido a ningún soberano con un porte tan noble como el de Pío VI. Su prestancia es impresionante y todos sus gestos emanan nobleza... Cautiva a todos con su presencia».

Era el mayor de los ocho hijos del Conde Marcantonio Braschi. Había nacido en Romaña y se había educado con los jesuítas. Resuelto a dedicarse a la abogacía, tras estudiar en la Universidad de Ferrara, destacó rápidamente en su profesión. A la edad de treinta y seis años le ofrecieron una canonjía que rechazó, pues ya había contraído un compromiso matrimonial. Pero, con el consentimiento de su prometida que se hizo monja, entró en la Iglesia, en la que hizo carrera con la misma rapidez con que la había hecho en su profesión laica. Era muy consciente de sus cualidades y extremadamente vanidoso en cuanto a su aspecto personal. «A fin de realzar el efecto —escribió Ludwig von Pastor—, prestaba especial atención a los mechones blancos que le enmarcaban el rostro. Algunos incluso llegaron a insinuar que se levantaba elegantemente la sotana por un lateral para mostrar las bellas proporciones de su pie. Todo esto apuntaba a un serio defecto de su carácter, que mal casaba con sus ansias de notoriedad. Estas debilidades fueron severamente criticadas y ampliamente exageradas por los sátiros romanos».

Los habitantes de Roma también le criticaron por su afán de enriquecer a su familia del mismo modo en que lo habían hecho sus predecesores. Para uno de sus sobrinos construyó el gran Palazzo Braschi,[1] que aún domina la Piazza di San Pantaleo, y que sería el último de los palacios que se erigirían en Roma para la familia de un papa. Sin embargo, Pío VI no solo estaba decidido a promover la fortuna de su familia y a restaurar la antigua reputación de la Santa Sede, sino también a engrandecer el aspecto de Roma. A Carlo Marchionni, arquitecto de Villa Albani, le encomendó la sacristía para San Pedro que Alejandro VII, Clemente XI y Clemente XII no habían conseguido hacer;[2] tras poner personalmente la primera piedra en septiembre de 1776, visitó frecuentemente las obras,

en cuyo terreno se hallaron numerosas antigüedades. Para San Pedro regaló una enorme campana, el Campanone, cuyo peso se ha estimado en 8.950 kilogramos, así como los dos relojes de los extremos del ático del vestíbulo. Donó mosaicos para los veinticinco altares de la basílica e hizo que los techos de la nave se volvieran a bañar en oro, ordenando que las armas de Pablo V se reemplazaran por las suyas. De igual modo se conmemoró la restauración de los techos de la basílica de San Juan de Letrán.

Pío VI también creó un orfanato y varios talleres artesanales en el Janículo; fundó una escuela para niños pobres en Piazza di San Salvatore in Lauro; amplió el hospital del Santo Spirito y el Jardín de la Piña del Vaticano; agrandó los museos vaticanos, a los que incorporó sus colecciones;[3] decoró la Sala de las Musas del Museo Pío Clementino, para el que mandó construir una elegante escalinata y la Sala de las Máscaras;[4] erigió obeliscos cerca de la Santissima Trinità dei Monti,[5] en Piazza di Montecitorio[6] y en Piazza del Quirinale,[7] al lado de las colosales estatuas de los domadores de caballos;[8] e inauguró un ambicioso programa de obras públicas en las marismas de las Lagunas Pontinas, con lo que se ganaron más de seis kilómetros cuadrados al mar, y la Via Apia, que fue desenterrada durante el proceso, se reparó y pavimentó.

Sin embargo, pese a ser un gran benefactor de enorme discernimiento, Pío VI estaba muy lejos de ser un buen hombre de Estado y su incapacidad para desafiar eficazmente los problemas a los que habría de enfrentarse la Iglesia romana a causa de la Revolución francesa, estaba a punto de hacerse patente. Cuando la Asamblea francesa redactó un documento —que se conoció como Constitución Civil del Clero— que exigía la elección popular de obispos y sacerdotes y la ruptura de los lazos que tradicionalmente les habían unido a Roma, el clero francés solicitó la autorización del Papa para aceptar la Constitución a fin de evitar el cisma que conllevaría su negativa. Pero el Papa dudó antes de enviar una respuesta, de modo que la Asamblea les solicitó un juramento de lealtad a la Constitución a cada uno de sus miembros. Algunos lo hicieron y otros no, por lo que el clero francés quedó dividido entre los sacerdotes *constitutionnel*, que estaban dispuestos a obedecer a la Asamblea, y los antagonistas, que no lo estaban. La consiguiente denegación del Papa de la Constitución Civil provocó violentas revueltas en París, donde muchos círculos políticos y teatros fomentaban el anticlericalismo por medio de representaciones que versaban sobre los horrores de la Inquisición, las tribulaciones e hipocresía de la vida mo-

nástica y el supuesto libertinaje y avaricia de los dirigentes de la Iglesia católica romana. Se quemaron imágenes del Papa en hogueras públicas, se colgaron consignas revolucionarias en las puertas de las iglesias y arrojaron una cabeza cortada contra las ventanas del carruaje del nuncio papal. Cuando decapitaron al Rey, el Papa llegó a la conclusión de que una protesta formal resultaría completamente inútil. «Se avecinan terribles desgracias —dijo—, pero no tendré nada que decir. Hablar en estos tiempos de alteración y tumulto solo puede empeorar la situación».

Al principio, la actitud de los romanos ante la Revolución francesa fue de indiferencia e incluso de burla, pero conforme fueron pasando los meses y los viajeros que se encontraban en la ciudad iban perdiendo toda esperanza de poder volver a sus hogares, la gente se fue volviendo cada vez más hostil a «los asesinos de París». La nacionalización de las propiedades de la Iglesia en Francia, la apropiación de los territorios papales, la creciente reducción de los beneficios y la escasez de turistas y peregrinos también contribuyeron a exacerbar el antagonismo. Y cuando la Convención francesa, que estaba resuelta a conseguir el reconocimiento internacional de la República, envió sus delegados a Roma, los ciudadanos les recibieron con furia.

Hasta los simpatizantes de la Revolución, como los estudiantes jacobinos de la Academia Francesa, tuvieron que admitir que el comportamiento de los enviados era demasiado provocativo. Se paseaban por las calles con escarapelas tricolores en el sombrero; supervisaron la supresión de los cuadros de los papas y cardenales de las paredes de la Academia para sustituirlos por retratos de republicanos; y para mayor escarnio, la tarde del 13 de enero de 1793, tras quitar la flor de lis de la fachada de la Embajada Francesa para hacer hueco a los emblemas de la Convención, se presentaron en su carruaje en Via del Corso con gran fervor revolucionario, luciendo bandas tricolores en el sombrero y ondeando las banderas sobre ellos. El carruaje fue recibido entre imprecaciones e insultos, y posteriormente, cuando empezaron a volar las piedras, el conductor, que evidentemente temía por su vida, fustigó a los caballos hacia Piazza Colonna y recorrió el Vicolo dello Sdrucciolo a toda velocidad para dirigirse a Piazza Palombara, en un intento por llegar a la mansión de un banquero francés. El carruaje se precipitó por la cancela, pero antes de que se cerraran las puertas, la turba se abalanzó sobre él. Uno de los delegados logró escapar, pero el otro recibió una puñalada en el estómago y, aunque intentaron sacarle de allí mientras la turba seguía tirándole piedras, la herida resultó mortal. Gran parte de

la multitud se abalanzó a destrozar las ventanas de las casas de la gente que se suponía que podía ser francófila; entre ellas, las de Tornolia, la mansión del banquero. Saquearon el Palazzo Palombara y la oficina de correos francesa, y atacaron la Academia Francesa después de incendiar las puertas. Durante toda la noche resonaron por la ciudad los gritos de «¡Larga vida al Papa! ¡Larga vida a la religión católica!». Todos los carruajes fueron detenidos y los ocupantes invitados a unirse a la revuelta. «La incipiente revolución romana fracasó —comunicó el embajador veneciano—. No tenía seguidores en ninguna parte».

Y así, la Roma papal se salvó, al menos de momento. La Convención francesa, acosada por otros muchos problemas, tuvo que conformarse con las amenazas de venganza y con aclamar al delegado asesinado como a un mártir de la República. Pero en 1796, Napoleón Bonaparte tomó el mando del ejército francés en Italia con el apoyo unánime del Directorio, cuyos miembros reconocieron en él a un hombre que no tendría ningún escrúpulo a la hora de reabastecer las debilitadas arcas del país con los tesoros arrebatados a sus enemigos. Y ciertamente, tras sus admirables victorias sobre las fuerzas del Rey de Cerdeña y del Emperador de Austria en Italia, Bonaparte no dudó en imponer unas desorbitadas condiciones de rendición y, obedeciendo las órdenes del Directorio, sacó del país todo lo que juzgó útil y pudo transportar. Al papado le arrebató Ferrara, Bolonia y el puerto de Ancona; y cuando los austríacos mostraron signos de recuperación en el norte de Italia y el Papa se negó a firmar un acuerdo de paz con el Directorio, Napoleón recibió órdenes de marchar sobre Roma.

«Somos leales a todas las naciones —declaró Bonaparte—. En especial, a la de los descendientes de Bruto y Escipión. Nuestra intención es restablecer el Capitolio, levantar en él las estatuas de los hombres que alcanzaron celebridad y liberar al pueblo romano de su larga esclavitud». Y, efectivamente, no tenía intención de deponer al Papa, como el Directorio quería que hiciera, ya que si destronaba a Pío VI, Nápoles podría apoderarse del centro de Italia; y dicha región, cuya neurótica Reina era hermana de María Antonieta, se convertiría en una amenaza mayor para Francia que la que Roma representaba. Por lo tanto, Bonaparte decidió dejar al Papa donde estaba y obligarle a firmar el Tratado de Tolentino. «Mi opinión —informó Bonaparte a París— es que Roma, una vez despojada de Bolonia, Ferrara, Romaña y treinta millones no puede seguir existiendo. El viejo aparato se desmoronará por sí mismo».

En realidad, Roma perdió mucho más que treinta millones. Se saquearon palacios, galerías e iglesias; se empaquetaron y cargaron en

vagones, piedras y metales preciosos, antiguas esculturas, pinturas renacentistas y tapices; se llevaron el Laocoonte y el Apolo del Belvedere, que se apilaron junto con innumerables obras de arte entre las que se contaban obras de Rafael, Caravaggio y Bernini. En una ocasión se apropiaron de lingotes de oro y plata por valor de quince millones de *scudi*; y al día siguiente se envió a París otro cargamento de trescientos ochenta y seis diamantes, trescientas treinta y tres esmeraldas, seiscientos noventa y dos rubíes, doscientos ocho zafiros y muchas otras piedras preciosas y perlas, la mayoría de inestimables tiaras papales. A las pocas semanas le siguió otro cargamento con cuatrocientos manuscritos, y una procesión de quinientos vagones tirados por caballos bajo la estricta vigilancia de unos soldados cargó con más fardos y cajas repletos de un valioso botín por Via Flaminia. Poco después, mil seiscientos caballos emprendieron la marcha hacia el cuartel general del ejército francés.

Al tiempo que los tesoros salían de Roma, los representantes del Gobierno francés entraban en la ciudad. El hermano de Bonaparte, José, llegó como embajador con un sueldo de sesenta mil francos anuales y se estableció con su nutrido séquito francés en el Palazzo Corsini. Algunos oficiales franceses que se encontraban de permiso y varios representantes de igual nacionalidad acompañados por italianos del norte que simpatizaban con la Revolución, llegaron a Roma para respaldar a los grupos republicanos de la ciudad. La noche del 27 de diciembre de 1797, tras una brusca subida de los precios de los alimentos, estos grupos acordaron reunirse en el Pincio para manifestar su protesta contra el gobierno papal. Esta vez, los manifestantes se dispersaron cuando las tropas papales dispararon contra ellos y mataron a dos hombres; pero al día siguiente, un cuantioso grupo de jacobinos se presentó ante el Palazzo Corsini gritando: «¡Larga vida a la República! ¡Larga vida a la Libertad!». José Bonaparte recibió a los cabecillas y les reprendió por causar tanto revuelo. Estaba a punto de salir para dirigirse a la multitud que se había congregado ante la verja del palacio cuando abrieron fuego unos piquetes de la caballería papal que habían conseguido entrar en el recinto. Despavorida, la multitud se precipitó hacia el palacio y subió por las escaleras, mientras José Bonaparte ordenaba a los jinetes que abandonaran inmediatamente el territorio francés. Al tiempo que los caballeros comenzaban a retroceder, la multitud del interior del palacio se armó de valor y se abalanzó hacia ellos. Las tropas dieron media vuelta, volvieron a abrir fuego e hirieron a muchos manifestantes. En la confusión que siguió, un joven general francés llamado Duphot, que había ido

a almorzar con el embajador, salió disparado hacia los soldados del Papa blandiendo la espada, y una bala le atravesó el cuello.

Su muerte le proporcionó al Directorio la excusa que necesitaba para invadir Roma. El 11 de febrero de 1798, el General Berthier, que había sucedido a Bonaparte al mando del ejército francés en Italia, ocupó Castel Sant'Angelo y acuarteló a sus oficiales en varios palacios romanos y a sus soldados en los conventos. El ejército francés desarmó a las tropas papales y arrestó a varios cardenales. Otros fueron expulsados o depuestos, mientras que el Papa fue repentinamente informado, el 17 de febrero, de que disponía de un plazo de tres días para abandonar la ciudad. Tenía ochenta años y estaba muy débil debido a una enfermedad terminal. Preguntó si le concederían permiso para pasar los pocos días de vida que le quedaban en la ciudad de San Pedro, pero el oficial al que pidió su último deseo, un protestante suizo, replicó «se puede morir en cualquier sitio».

Pío VI, al que los oficiales franceses no tardarían en llamar «ciudadano papa», subió al carruaje que le estaba esperando en el Patio de San Dámaso con dos sacerdotes y un médico. Llevaba el Santísimo Sacramento en una pequeña custodia colgada al cuello. En cuanto el carruaje se adentró en la oscuridad, se le llenaron los ojos de lágrimas echando la vista hacia la basílica de San Pedro. Un destacamento de dragones le escoltó por el Ponte Molle, donde la gente se arrodilló en el suelo nevado para recibir su bendición mientras se marchaba. Cinco días más tarde llegó a Siena, donde le dieron una habitación en el monasterio de los Ermitaños de San Agustín. Al amanecer del 29 de agosto del año siguiente, el crucifijo resbaló de sus manos al expirar en la cama de la fortaleza francesa de Valence en la que residía. Su pontificado, de veinticuatro años, seis meses y dos semanas, había sido el más largo desde los veinticinco años que se atribuían al de San Pedro.

A Francia llegó la noticia de que el establecimiento de la República romana se había recibido con entusiasmo: se habían plantado árboles de Libertad en el Foro y al lado de la estatua de Marco Aurelio, y los *ciudadanos* habían bailado alrededor de ellos con escarapelas tricolores en el sombrero. Pero los franceses que vivían en Roma no vieron ninguna de estas muestras de regocijo popular. El General Berthier, que había hecho su entrada triunfal en la ciudad, se dirigió al Capitolio y vio que habían arrancado el árbol de la Libertad. Dio un gran discurso en el que invocó la protección de los antiguos héroes de la primera República romana,

pero declaró que «no había observado más que una profunda consternación». No había «ni rastro del espíritu de la Libertad».

Aunque, por supuesto, también había quienes acogían al nuevo gobierno con los brazos abiertos, o al menos estaban dispuestos a dar la impresión de que así era, por el bien de la paz y del provecho. Las familias Sforza, Santa Croce y Borghese, ofrecían entretenimiento a los franceses en sus palacios; a las mujeres de otras familias se les vio pasear con oficiales franceses por los jardines o con sus carruajes; ciertos banqueros y mercaderes engrosaron sus riquezas colaborando con las fuerzas ocupantes; algunos cardenales repudiaron el capelo, y uno hasta llegó a firmar como «ciudadano Somaglia».

Algunas de las medidas que introdujo el nuevo gobierno, dirigido por tres comisarios civiles del Directorio, fueron bien recibidas, o al menos se consideraron justas, como las regulaciones sobre la nueva iluminación nocturna de las calles, que antes se limitaba a los diminutos *lampioncini*, los farolillos que ardían ante las imágenes de la *Madonna*. Pero la mayoría de ellas distaban de ser bien acogidas. Los romanos se quejaban amargamente de que se hubieran cambiado los nombres de sus calles y *rioni*, y de la adopción del calendario republicano, que abolía los domingos y solo dejaba un día festivo de cada diez; tampoco estaban de acuerdo con la abolición de las monedas familiares y la entrada en circulación de las extranjeras *assignats*, con el consiguiente aumento del coste de la vida. Al mismo tiempo, las autoridades francesas hacían todo lo posible por avivar el entusiasmo republicano mediante la introducción de la carmañola, canción y danza muy popular durante la Revolución francesa, que había de reemplazar a los tradicionales bailes del carnaval; la insistencia en el *voi* (vosotros), como imitación del francés *vous*, en lugar del *lei* (usted); la decoración de antiguas estatuas a favor de la Revolución; y la sustitución de las fiestas religiosas por celebraciones como las de la fiesta de la Federación y la fiesta de la Perpetuidad de la República, en las que los más entusiastas, disfrazados de senadores romanos que honoraban la memoria de los primeros mártires de la Libertad, tanto podían ser tratados con respeto como convertirse en el hazmerreír de los presentes.

Por otra parte, los franceses tomaron algunas medidas que escandalizaron al pueblo. Las voces de protesta se alzaron cuando el arcángel de bronce de la cúspide de Castel Sant'Angelo se pintó con los colores de la Revolución, se coronó con un gorro frigio y se transformó en el «genio liberador de Francia». Los romanos también se indignaron cuando las

autoridades se negaron a permitir que la venerada estatua de San Pedro[9] fuera decorada con sus emblemas tradicionales el día de la festividad del apóstol. Y aún más les indignaron las depredaciones del Gobierno: la incautación forzosa de los bienes de la Iglesia, las exacciones practicadas a las familias con capacidad para pagar y la malversación de fondos, ya que la nueva administración en vez de utilizar el dinero en beneficio de los pobres, lo destinaba a cubrir las extravagantes necesidades de sus miembros y al mantenimiento de su ejército de ocupación.

A pesar de las apropiaciones, la República no tardó en encontrarse al borde de la quiebra. Mientras los oficiales, explotadores, especuladores, sus mujeres y otros oportunistas, ostentaban su nueva riqueza por las calles, haciendo alarde de la moda parisina —los hombres ataviados con sus sombreros de corte *à la Titus* y las mujeres con los *outré* y atrevidos vestidos como los que Madame Tallien lució en Frascati—, los pobres se morían de hambre. Al principio las protestas fueron limitadas. Los hombres se unieron a los perros para orinar en los árboles de la Libertad y se alegraban cuando los burros los golpeaban, hasta que se montó un servicio de guardia a su alrededor. Pero en febrero de 1798 se produjeron revueltas en Trastevere; y a su supresión, con la ejecución de veintidós cabecillas en Piazza del Popolo, siguieron manifestaciones, estallidos de violencia y asesinatos por doquier.

A finales de noviembre llegó el auxilio de un indeseado liberador. Aprovechando la retirada parcial de las tropas francesas que habían de concentrarse en otras empresas napoleónicas, los soldados del Rey de Nápoles irrumpieron en el sur de la ciudad, cruzando la Porta San Giovanni, mientras que los franceses, ampliamente superados en número, se retiraron por el norte, atravesando la Porta del Popolo. Aunque dejaron una guarnición en Castel Sant'Angelo que se ocupó de disparar cañones cuando los napolitanos acamparon en la plaza de San Pedro, estos cesaron enseguida y durante los días que siguieron, los romanos empezaron a acostumbrarse a ver al Rey Fernando montando por la ciudad con una escolta de dragones resplandecientemente uniformados. Sin embargo, los orgullosos liberadores no permanecieron allí mucho tiempo. Derrotados por el ejército francés al norte de Roma, los napolitanos abandonaron la ciudad, llevándose consigo todo lo que pudieron transportar y dejando el resto del botín en unos almacenes, listos para el embarque. El 11 de diciembre, el Rey Fernando se batió en retirada cabalgando tras sus tropas. Y tras cuatro días, los franceses volvieron a ocupar Roma.

Fue un invierno difícil. A pesar de la severa represión del Gobierno

del Comisario Civil Bertolio, que había asumido los poderes de dictador, se produjeron numerosos disturbios en la ciudad cuando la escasez de alimentos empezó a acuciar a la vez que el precio del combustible seguía subiendo semana tras semana. Casi a diario se oían los disparos con que se fusilaba a los criminales y alborotadores en Piazza del Popolo; mientras que las cuadrillas de bandoleros, que controlaban los campos de los alrededores de la ciudad, entraban y salían por sus puertas con absoluta impunidad. Aun cuando el aniversario de la Toma de la Bastilla se celebró por todo lo alto en el Foro en julio de 1799 y los oficiales prometieron la inminente llegada de tiempos mejores, ni la delincuencia ni las penurias cambiaron un ápice con la llegada del buen tiempo. En septiembre, la guarnición francesa de Roma, careciendo del respaldo del resto del ejército, que ya se había retirado de gran parte de la península, tuvo que capitular. El último día del mes, una vez que el comisario hubo exhortado a los romanos a mantener la calma, los franceses abandonaron la ciudad, al tiempo que los napolitanos volvían a entrar por el sur.

Pero, al igual que la vez anterior, los napolitanos no se quedarían mucho tiempo. Con la victoria de la batalla de Marengo contra los austríacos, Napoleón recuperó Italia y dispuso que sus tropas se prepararan para regresar. Sin embargo, en esta ocasión encontraría un adversario distinto en la persona de Gregorio Barnaba Chiaramonti, que había sido elegido en 1800 tras un largo cónclave que tuvo lugar en Venecia, y en julio había entrado en Roma como Pío VII.

El nuevo papa era un hombre cultivado, reflexivo y con un sentido del humor agradablemente irónico, pero que según los cardenales más conservadores estaba en sintonía con muchas de las ideas de la Revolución. Durante su época de Arzobispo de Imola, mandó eliminar el baldaquino del sagrario de la catedral, firmaba como «ciudadano cardenal» y usaba un papel de carta cuyo encabezamiento rezaba: «Libertad» e «Igualdad». No obstante, los más cercanos a él sabían que su deseo de reconciliar la Revolución con la Iglesia no le habría impedido oponerse a las autoridades cuando vislumbrara algún tipo de amenaza para la Iglesia; como también sabían que, en caso de recibir una orden indeseada, buscaría evasivas y la tergiversaría con tal de ignorarla. Por medio del Cardenal Consalvi, negoció con Napoleón el Concordato de 1801 y presidió la coronación de Napoleón como Emperador en Nôtre Dame en 1804. Pero cuando Napoleón decidió acabar con el poder temporal del papado y le ordenó al General Miollis que ocupara Roma una vez más, el Papa juzgó imposible cualquier futura reconciliación.

En un primer momento se creyó que los dragones franceses que entraron en Roma por la Porta del Popolo al amanecer del 2 de febrero de 1808 se dirigían hacia Nápoles, pero cuando tomaron Castel Sant'Angelo y ocuparon uno tras otro todos los *rioni* tras desarmar a los soldados papales, quedó claro que habían llegado para quedarse. De hecho, Napoleón, inspirándose en su libro favorito, *Las vidas paralelas* de Plutarco, soñaba con fundar un segundo Imperio romano y como no quería caer en los mismos errores que se habían cometido en la ocupación anterior, empleó a los oficiales más eficaces y escrupulosos en la administración de Roma.

El General Miollis también era un hombre cultivado, respetuoso y de carácter conciliador. En el Palazzo Doria, donde había establecido su cuartel militar, ofrecía magníficas cenas en las que a los nobles y prelados de Roma no solo les halagaba con exquisitos manjares, sino que también les incitaba a pensar que, pese a que el Emperador no tenía razón alguna para cuestionar la autoridad religiosa del Papa, su papel como príncipe secular ya no era aceptable en la nueva Europa. Por consiguiente, muchos de los nobles no pusieron impedimento cuando se cerraron las imprentas pontificias, ni cuando se desarmó al resto de las tropas papales. Sin embargo, el clero se mostró algo más reacio; y cuando se supo que el Papa desaprobaba los convites del Palazzo Doria, los prelados comenzaron a declinar las invitaciones de Miollis. En general, los romanos compartían el recelo del Papa. Indignados por la abolición de la lotería, se enfurecieron aún más cuando las autoridades francesas, ignorando la decisión del Pontífice de que el carnaval no debía festejarse mientras una guarnición extranjera siguiera ocupando la ciudad, se hicieron con las propiedades y las ornamentaciones por la fuerza, y decretaron que se celebraría como siempre. En consecuencia, los tenderos y taberneros cerraron puertas y postigos y los romanos rehusaron las fiestas del Corso.

Cuando los franceses trataron de imponer su autoridad en la ciudad, la actitud del Papa se endureció. «El Papa no es de los que se pueden convencer mediante la persistencia en un determinado argumento —informó el comisario francés—. Su actitud es firme e inamovible. Una vez que ha tomado una decisión, nada de lo que uno pueda decirle podrá persuadirle. No te prohíbe hablar, pero cuando has terminado de hacerlo, solo se limita a hacer una reverencia con la cabeza y a dejarte marchar en silencio».

Con la esperanza de poder doblegar al Papa si se le privaba del apoyo de sus consejeros, Miollis ordenó la expulsión de Roma del decano

del Colegio Cardenalicio y del gobernador de la ciudad, y envió a dos oficiales con la orden de arrestar al Cardenal Bartolommeo Pacca, el intransigente secretario de Estado en funciones. Sin embargo, el Cardenal, que había sido avisado del plan, lo había arreglado todo para que el Santo Padre pudiera estar presente cuando llegaran los oficiales franceses. El Papa les recriminó enfurecido, tan encolerizado que el Cardenal observó un fenómeno que no podía ser sino fruto de su imaginación: a Pío VII se le había erizado el cabello. Su Santidad exigió que los oficiales le comunicaran a su general que pusiera inmediatamente punto final a esos ultrajes e insistió en que el Cardenal estaba bajo su protección y que si los franceses lo querían, tendrían que adentrarse en las cámaras más remotas del Quirinal para encontrarlo. Entonces el Papa salió de la sala como una exhalación seguido por el Cardenal Bartolommeo Pacca, y de vuelta a sus apartamentos privados, se cerraron con llave las diecisiete puertas que atravesaron.

Así pues, Napoleón decidió que había llegado el momento de emitir un decreto formal por el que el Imperio francés se anexionaba a los Estados Pontificios y Roma se convertía en una «ciudad imperial libre». Un heraldo a caballo leyó el decreto en el Capitolio; y luego, entre un gran estruendo de trompetas, se arrió la bandera papal de la cúspide de Castel Sant'Angelo y se enarboló la bandera tricolor francesa en su lugar. El Papa, al ver la escena tras las gruesas cortinas del Quirinal, declaró ante el Cardenal Pacca: «*Consummatum est!*». Acto seguido, se acercó a una mesa en la que le esperaba un documento del que había intentado retraerse largo tiempo, la bula de excomunión. Después de una oración y las palabras de exhortación del Cardenal, cogió una pluma y la firmó. Aquel mismo día, unas copias de la bula y de la orden que exigía que ningún romano diera apoyo al nuevo régimen, se colocaron en las puertas de San Pedro, San Juan de Letrán y Santa María la Mayor.

El testarudo jefe de la policía romana, General Radet, aprovechó la oportunidad para llamar la atención del Emperador mostrándose como un joven oficial de gran audacia e iniciativa. Para ello, se presentó ante el General Miollis y le solicitó que le firmara una orden que le permitiera arrestar al Cardenal Pacca y al Papa. Miollis le concedió con gusto la del Cardenal, pero consideró que las disposiciones que tenía del Emperador no le permitían tomar ninguna medida contra el Papa aparte de montar guardia en el Quirinal. Pero, con o sin permiso escrito, Radet estaba decidido a actuar; y en la madrugada del 6 de julio dirigió un asalto a los apartamentos papales. Su plan era escalar los muros del Quirinal con

escaleras de cuerda y, con cuarenta hombres acceder a los apartamentos por el tejado, mientras que otro grupo se introducía en los jardines de palacio y forzaba las ventanas por la parte trasera. El plan se malogró cuando las cuerdas de una de las escaleras se rompieron y los gritos de los hombres que caían alertaron a la guardia del Quirinal. Pero Radet, sin amedrentarse ante las luces que se estaban iluminando en las ventanas y el tañido de las campanas del palacio, le asestó un hachazo a la puerta principal y todavía estaba dando golpes contra el cerrojo cuando de repente lo abrieron sus soldados, que habían accedido al vestíbulo por la puerta de atras. Radet se precipitó hacia la escalera, seguido de sus hombres, que iban cargados de hachas y palancas. Y como los guardias suizos habían recibido órdenes de no oponer resistencia a los soldados franceses, el general les desarmó y siguió abriéndose camino a hachazos por todas las puertas del palacio. Sobre las tres y media, el general y sus hombres llegaron hasta el Papa, que se encontraba en la sala de las audiencias. Les estaba esperando con sus vestiduras completas, con la sotana, el palio y la estola. Al verle, Radet, que era un hombre piadoso que componía cánticos para la Virgen, se paró en seco y ordenó a sus hombres que se detuvieran. «En el tejado y por las escaleras, todo parecía espléndido —confesaría más tarde—. Pero en el instante en que vi al Papa, también me vi a mí el día de mi primera comunión».

—"¿Por qué has venido?" —le preguntó el Papa.

—"Santo Padre, para insistir ante Su Santidad, en nombre del Gobierno francés, que habéis de renunciar a vuestro poder temporal."

—"No podemos renunciar a lo que no nos pertenece. El poder temporal le pertenece a la Iglesia."

—"En ese caso tengo una orden de arresto."

—"Esa orden, hijo mío, no te aportará ciertamente las bendiciones del Cielo."

No obstante, el Papa acató la orden. En la media hora que le concedieron para recoger lo que necesitara, el Santo Padre pidió un ciborio, un breviario y un rosario, y luego, sin dinero y sin una muda de ropa, siguió a Radet escaleras abajo y se subió al carruaje que le esperaba en el patio. La puerta se cerró y el carruaje se encaminó a toda prisa hacia la Porta Salaria.

La Roma de la que el Papa permaneció exiliado hasta la caída de su adversario fue gobernada por la fuerza ocupante con eficiencia, pero sin tener en cuenta el carácter del pueblo romano. Francia contaba con el apoyo de muchos miembros de la aristocracia romana, muchos de

los cuales cenaban regularmente en los áureos salones del Palazzo di Montecitorio en la entretenida compañía del docto prefecto de Roma, el Barón de Tournon. Pero estos mismos francófilos se sintieron decepcionados cuando sus hijos se vieron obligados a unirse a las filas del ejército napoleónico. Los aristócratas, al igual que los romanos de a pie, urgieron a sus hijos a no presentarse al alistamiento o a huir si les obligaban a alistarse. Muchos de ellos desertaron y encontraron refugio entre los bandidos de las montañas cercanas, por lo que la necesidad de reclutas no hizo más que reforzar las cuadrillas de bandoleros e incrementar las recaudaciones imperiales.

Al mismo tiempo que aumentaba el número de bandoleros de los alrededores, también lo hacía el de los pobres de la ciudad. La disolución de las órdenes religiosas por parte del régimen napoleónico y el embargo de sus propiedades, hizo que miles de monjes y monjas expulsados de sus monasterios y conventos, se unieran a los mendigos de cuyas necesidades se ocupaban antes. El número de indigentes en Roma aumentó de los doce mil de 1810 a treinta mil en 1812.

Poco a poco se fueron expropiando los terrenos de la Iglesia y deportando más y más romanos, al tiempo que la confiscación de sus propiedades se fue haciendo una usanza cada vez más extendida y los impuestos siguieron aumentando enormemente hasta adecuarse al nivel de los que se recaudaban en Francia, lo que comportó la abominación de la administración francesa en Roma. Y cuando Napoleón fue derrotado en la batalla de Leipzig en octubre de 1813, la situación se hizo insoportable. Ya sin esperanzas de recibir ayuda de Francia, con los bandidos que se habían adueñado de los campos que se extendían más allá de las murallas y con la marina británica desembarcando y haciendo constantes incursiones por toda la costa, la caída del régimen era cuestión de tiempo. Si bien el *coup de grâce* llegó de un modo totalmente inesperado.

Cinco años antes, uno de los mariscales más brillantes de Napoleón, Joaquín Murat, el hijo de un posadero que había sido jefe de caballería, marido de la hermana menor de Napoleón, Carolina, y Gran Duque de Berg y Clèves, se había hecho además con el reino de Nápoles. Llevado por una vanidad y ambición sin límites, había concebido el plan de unir el sur y el centro de Italia en un único reino bajo su dominio. Por tanto, después de la derrota de Leipzig, decidió romper con Napoleón y unirse a los aliados. Con la excusa de movilizar su ejército hacia el norte a fin de defender Italia de la amenaza austríaca, llenó Roma de tropas que parecían estar de paso, pero que en realidad habían llegado para

quedarse. Para finales de enero de 1814, los napolitanos estaban, aun tácitamente, en posesión de la ciudad. Tan solo en Castel Sant'Angelo seguía ondeando la bandera francesa, pues el General Miollis, si bien consciente de que se trataba de una causa perdida, permanecía fiel a Napoleón. Aunque solo se mantendría izada unas cuantas semanas más. El 10 de marzo de 1814, entre redobles de tambores y ondeantes banderas, las últimas tropas francesas abandonaron la ciudad, pasando por delante de la silenciosa multitud de romanos a la que habían gobernado durante casi seis años.

En abril regresó Pío VII. Su carruaje, llevado por hijos de familias nobles, recorrió lentamente Via del Corso bajo arcos triunfales. Volvió a fijar su residencia en el Quirinal, cuyas habitaciones estaban repletas de muebles y ornamentos franceses, y en cuyas paredes se habían pintado figuras de dioses y diosas clásicos. La mayoría de las decoraciones francesas se quitaron para hacer espacio a los crucifijos y estatuas religiosas que habían reemplazado, pero no todos los frescos de las diosas se sustituyeron por otras pinturas, ya que el Papa observó que las que no lucían vestidos transparentes podrían convertirse en hermosas *Madonne*. Asimismo decidió no deshacerse de todo por el mero hecho de que fuera francés, de forma que mantuvo muchas reformas que había llevado a cabo la administración francesa y adoptó el Código Civil napoleónico. Acogió a la madre viuda de Napoleón, Letizia, que estableció su residencia en el Palazzo Falconieri[10] con el Cardenal Fesch, ya que el padre del Cardenal se había casado con ella en segundas nupcias. Luciano, uno de los hermanos de Napoleón que era Príncipe de Canino, un pueblecito del norte de Roma, residió asimismo en un palacio. Y también se le dio asilo a otro hermano de Napoleón, José Bonaparte, a su hermana Elisa, que había sido Gran Duquesa de Toscana, e incluso al inspector general de la gendarmería napoleónica, el Duque de Rovigo.

Cuando el Duque falleció en 1833, la ocupación francesa de Roma ya estaba olvidada y apenas quedaban rastros de su gobierno. Para entonces, la biblioteca y los museos del Vaticano ya se habían reorganizado, se habían drenado más áreas de la Pontina, se habían llevado a cabo las primeras excavaciones del Foro de Trajano y el paisajista Valadier se había encargado de diseñar los encantadores jardines que asoman a Piazza del Popolo desde el monte Pincio; aunque otros proyectos más grandiosos, como la construcción de un inmenso palacio imperial que se extendiera desde Piazza Colonna hasta el Coliseo, no llegaron a materializarse. Roma aparecía a los ojos de los viajeros tal y como la había

visto Charles de Brosses al entrar en la ciudad cien años antes. La población se mantenía en unos ciento treinta y cinco mil habitantes. Stendhal, cuyos escritos datan de 1827, anotó que el área poblada de Roma quedaba limitada al sur por el Capitolio, al oeste por el Tíber, y al este por los montes Pincio y Quirinal; y describió las tres zonas enmarcadas por las murallas aurelianas (montes Viminal, Esquilino, Celio y Aventino) como áreas silenciosas y solitarias: «*La fièvre y règne, et on les cultive en vigne*», escribió. Vio a un inglés montando a caballo por el Coliseo; y, aunque creía que Via del Corso era la calle más bonita del mundo, también dijo, como ya se decía desde hacía siglos, que apestaba a coles.

Un viajero inglés apuntó que «uno puede recorrer toda la ciudad sin ver nada que le haga pensar que no se encuentra aún en el siglo XVIII o que le recuerde que los franceses fueron sus dueños durante varios años». La mayoría de las obras de arte se recuperaron; y los Estados Pontificios, que los aliados se negaron a entregar al infiel Murat, fueron devueltos al Papa. Como quiso expresarlo uno de los diplomáticos que asistieron al Congreso de Viena, Roma, como el resto de Europa, «era como habría sido si jamás hubiera tenido lugar la tragedia de la Revolución». Sin embargo, el viejo mundo no se podría restaurar, pues aún quedaban levantamientos por llegar.

QUINCE

EL *RISORGIMENTO* Y LA CUESTIÓN ROMANA

«Se alzan vientos de tormenta — dijo el Papa Gregorio XVI a un amigo suyo poco antes de morir en 1846—. Las revoluciones no tardarán en estallar». Este era el ambiente que se respiraba desde que el Congreso de Viena había emprendido la tarea de deshacer la obra de Napoleón y de dividir Italia entre sus antiguos componentes de modo que los territorios pudieran devolverse, siempre que fuera posible, a sus antiguos propietarios. La palabra clave del Congreso había sido la «legitimidad», una doctrina inventada por Talleyrand para designar las ventajas de la restauración borbónica en Francia. En la búsqueda de dicha «legitimidad», los Borbones volvieron a establecerse en Nápoles, la Casa de Savoya recuperó el Piamonte y Cerdeña, cuyos territorios se extendieron hasta abarcar Savoya, Niza y la antigua república de Génova, y la Iglesia recuperó los Estados Pontificios. Esta fragmentación de Italia satisfizo al ministro de Asuntos Extranjeros austríaco, el Príncipe Metternich. Para él, Italia no era más que «*ein geographischer Begriff*», una mera denominación geográfica, y mientras siguiera dividida, Austria podría mantener su poder sobre Lombardia y Venecia. En Viena, no solo consiguió obtener estos dos valiosos territorios para su país, sino que también se las ingenió para que la Toscana se le concediera a un archiduque austríaco, y Parma, a la hija del Emperador de Austria. Además en el reino de Nápoles, la esposa del monarca restaurado, Fernando IV, era austríaca. De esta forma, Austria había recuperado la posición predominante que había ostentado en Italia a finales del siglo XVIII, si bien en las extensas zonas que controlaba, las nubes de oposición se acumulaban y ennegrecían. Lo mismo ocurría en el resto de Italia, donde el espionaje político, los privilegios eclesiásticos y la censura de la prensa se habían convertido en el pan de cada día.

En los Estados Pontificios se despidió a todos los empleados que hubieran trabajado para la administración francesa, se destruyeron los

códigos legales franceses, la educación se limitó, los impuestos subieron y el poder quedó concentrado en manos del cardenal que había recibido el cargo de secretario de Estado y de los eclesiásticos que pasaron a ocuparse de cada uno de los ministerios del Gobierno. Pío VII había efectuado algunas reformas a través del Cardenal Consalvi, su secretario de Estado, pero estas habían sido anuladas posteriormente por su sucesor, León XII; mientras que Gregorio XVI, un obscurantista extremo, llegó incluso a prohibir la construcción de líneas ferroviarias (a las que llamaba «*chemins d'enfer*») en los Estados Pontificios por temor a que «dañaran la religión» e hicieran llegar a Roma el descontento de las inquietas provincias que se hallaban más allá de los Apeninos. Gregorio XVI era completamente contrario a cualquier tipo de reforma. Tenía un gran consejero, el Cardenal Lambruschini, que aun siendo más atractivo a nivel personal, era tan inflexible como él. Y un adversario, Giuseppe Gioacchino Belli, cuyos sonetos en vernáculo romanesco son un vivido recuerdo de las costumbres y las conversaciones de los romanos de aquella época, y que disfrutaba satirizando sus puntos de vista. «Me gustaba el Papa Gregorio —escribió Belli—, porque me encantaba hablar mal de él».

Como en el resto de Italia, en los Estados Pontificios también se producían manifestaciones, disturbios y levantamientos ocasionales. Pero, al menos por el momento, las reclamaciones de los rebeldes, acosados por la presión económica y el descontento social, se orientaban más hacia la independencia y las reformas legales que hacia la unidad nacional. Los principales motivos de protesta eran la incapacidad del papado para restaurar las libertades municipales y para permitir que los lacios ocuparan un lugar significativo en el gobierno.

Sin embargo, los miembros de algunas organizaciones secretas de la península estaban convencidos de que llegaría un día, aunque todavía no se pudiera especificar cómo ni cuándo, en el que Italia quedaría libre del dominio extranjero y lograría la unidad definitiva de sus Estados separados. Una de estas organizaciones era la sociedad clandestina de los Carbonari, cuyo nombre deriva simbólicamente del carbón —que, aun negro y sin vida, arde con brillo si se enciende— y usaba las carbonerías como tapadera para sus actividades. Otra era Giovane Italia (Joven Italia), cuyo lema «*Dio e popolo*» expresaba el fundamento religioso de la causa nacional y en la que, para entrar, los futuros miembros tenían que hacer un juramento, el de trabajar «exclusivamente y por siempre en la constitución de una Italia unida, libre e independiente». Ambas se entu-

siasmaron cuando el cónclave que siguió a la muerte de Gregorio XVI eligió al Cardenal Mastai Ferretti, de 54 años y hasta entonces Obispo de Imola, ya que el nuevo papa, que subió al trono de Pedro como Pío IX, era un hombre amable, educado y atractivo del que se esperaba una tendencia más liberal. En efecto, su elección consternó al reaccionario Lambruschini, que esperaba ser elegido, y al Cardenal Bernetti, que había precedido a Lambruschini como secretario de Estado. Cuando el Obispo de Imola pareció desfallecer ante su probable elección, Bernetti susurró: «Bueno, tras de la policía llegan las damas».

El Obispo de Imola no era muy conocido en Roma, por lo que en un primer momento su elección causó cierta desconfianza, pero cuando el carruaje lo llevó del Quirinal al Vaticano, el rostro atractivo de Pío IX, su expresión tranquila y sus amables gestos impresionaron a todos los que le vieron pasar. «*Ah!* —comentaban las mujeres—. *Che bello!*». Los informes que se emitieron posteriormente desde el Vaticano fueron muy favorables: el Santo Padre era un hombre encantador, comprensivo, generoso, sencillo y devoto, que se ganaba la simpatía de todos gracias a su humilde sentido del humor. También era evidente que no estaba dispuesto a tolerar la política retrógrada de su antecesor. Pío IX creó un Consejo que se encargaría de supervisar todas las ramas de la administración y de estudiar diversas propuestas de modernización. Nombró una comisión encargada de los ferrocarriles y de los códigos civil y penal; concedió la amnistía a los presos por delitos políticos; desarrolló un plan de iluminación de las calles con lámparas de gas; y permitió el acceso de los laicos en el gobierno. A Metternich le horrorizaron todas estas señales, que apuntaban a que el Papa estaba dispuesto a alinearse con la Europa liberal: «Estábamos preparados para todo menos para un papa liberal —dijo el Príncipe austríaco—. Y ahora que tenemos uno, ¿quién sabe lo que pasará?». Aquello era «la mayor desgracia del siglo».

Metternich estaba muy preocupado por el sentimiento italiano, y claramente genuino, que movía a Pío IX, por su aparente afinidad con la idea de que el papado pudiera jugar un papel primordial en la regeneración de la nación, y por la posibilidad de que el Papa llegara a presidir una confederación de Estados italianos. Pero en el fondo, Pío IX no estaba realmente de acuerdo con los motivos que se celaban tras el movimiento liberal, como tampoco creía que un gobierno representativo pudiera conciliarse con la autoridad papal. Además, aunque quisiera, no se sentía capaz de liderar un movimiento nacional, y solía quejarse de que querían hacer de él un Napoleón cuando él no era más que un cura.

De hecho, a pesar de la autoridad que infundían su voz y su presencia, no tenía la fuerza de carácter necesaria para afrontar las esperanzas y el entusiasmo de las miles de personas que le seguían por las calles de Roma aplaudiendo y ondeando los pañuelos con sus colores papales entre constantes gritos de «*Evviva!*». Le gustaba que le vitorearan —decían sus enemigos—, pero le inquietaban las consecuencias del repetido «*Viva Pio Nono, solo! Solo!*». Era consciente de que contaba con la aclamación popular, pero no por ser un papa reformador, sino porque la gente pensaba que se había «alineado con la revolución en contra de la tradición». Y cuando intentó dar marcha atrás desestimando las prudentes reformas de sus primeros tiempos, dejaron de considerarle un santo para caricaturizarle como a una tortuga.

Por toda Italia se propagaba un sentimiento de esperanzas rotas, expectativas frustradas y oportunidades perdidas, por lo que las pasiones se estaban avivando con una fuerza incontrolable. Tal y como había profetizado Gregorio XVI, a principios de 1848 estallaron revoluciones desde Sicilia y Nápoles hasta Florencia, así como en Venecia y Milán. Las noticias de estos levantamientos y de la guerra de liberación contra Austria se recibieron en Roma con gran entusiasmo. Pero el 29 de abril, Pío IX juzgó que su deber como papa era dar una alocución en la que se separara de una vez por todas de los nacionalistas e incluso del *Risorgimento*, el movimiento que ansiaba la unificación de Italia: «Declaramos clara y abiertamente que la guerra con Austria nos es ajena, dado que, aun inmerecidamente, el Vicario de Cristo es el autor de la paz y el amante de la concordia».

Este inequívoco anuncio provocó una oleada de protestas y llevó al nombramiento temporal del Conde liberal Terenzio Mamiani della Rovere como jefe de la Administración que el Papa se había visto obligado a aceptar en virtud de una Constitución que se había firmado en marzo. Sin embargo, a mediados de septiembre, después de que a la dimisión de Mamiani siguiera la de su sucesor, el Conde liberal Eduardo Fabbri, ya que ninguno de los dos se habían sentido capaces de controlar la situación política, ni las reclamaciones de los grupos revolucionarios extremos, el gobierno quedó en manos de un antiguo revolucionario, el Conde Pellegrino Rossi, un intelectual alto, pálido y delgado, de fuerte carácter y variadas cualidades. Sus libros estaban en el *Index*, tenía una esposa protestante y era muy odiado en la Curia. Aun así, el Papa confiaba en él porque Rossi veía en el papado «el único motivo de gloria que le había quedado a Italia». Además, el Papa quería conservar el poder tem-

poral, pero no otorgando concesiones a los demócratas, sino por medio de unas reformas económicas acertadas y de una sabia administración. Sin embargo, Rossi era un hombre orgulloso, esquivo y provocador, que no se preocupaba por esconder su desdén ante sus oponentes, ya fueran republicanos o conservadores, por lo que se granjeó muchos enemigos a causa de su cruel sarcasmo.

La intensidad con que sus enemigos llegaron a odiarle quedó patente el 15 de noviembre, cuando se bajó de su carruaje a las puertas del Palazzo della Cancelleria para dirigirse a una nueva sesión del Parlamento. Unos hombres empezaron a lanzar insultos en el momento en que se acercaba a los amplios peldaños de la escalinata del palacio: «*Abbasso Rossi! Abbasso Rossi! Morte a Rossi!*». Él los ignoró. Su expresión detonaba desaire y repulsa, enfatizada según algunos testigos por una sonrisa desdeñosa. De repente un hombre le dio un puñetazo, y otro le hincó un puñal en el cuello, cortándole la arteria carótida, antes de escapar entre la multitud con la cabeza oculta por los pliegues de una capa.

Al día siguiente cundió la revuelta. Bandas armadas desfilaron por las calles gritando eslóganes y cantando canciones en favor de los asesinos. Un gran número de soldados, policías y ciudadanos de renombre se reunieron delante del Quirinal para exigir un programa democrático; y, cuando pareció que el Papa no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, atacaron el palacio, dispararon por las ventanas, intentaron incendiar las puertas y mataron al ministro de Lenguas. Declarando que solo lo hacía bajo coacción, el Papa se rindió ante los radicales y accedió a la formación de un gabinete que simpatizara con su causa. Poco después, cuando ya no era más que un prisionero en su propio palacio, Pío IX huyó a Gaeta, ciudad del reino de Nápoles, haciéndose pasar por un sacerdote más y cubriéndose parcialmente el rostro tras unas enormes gafas. Desde allí, aconsejado por el Cardenal Antonelli, un político ambicioso y astuto, exigió la rendición de los rebeldes. Denunció como «un acto monstruoso de traición manifiesta» la propuesta de que se eligiera en Roma una Asamblea Constituyente por sufragio universal y amenazó con «la mayor excomunión» a quienquiera que votara a su favor. Pero su condena no surtió efecto. A esas alturas era imposible frenar el entusiasmo de la ciudad con una postura tan intransigente. La americana Margaret Fuller, que había sido maestra en Boston y en ese momento era la esposa del Marqués Ossoli, expresó un sentimiento que compartía con muchos romanos cuando escribió que jamás habría pensado que podría sentir satisfacción al recibir la noticia de una muerte violenta, pero que cuando se enteró del asesinato de Rossi le pareció un acto de «terrible justicia».

Pese a la desaprobación del Papa, los representantes de una Asamblea Constituyente fueron elegidos a su debido tiempo, y el 9 de febrero, resolvieron poner fin al Estado papal y sustituirlo por una nueva República romana. Esto encendió los ánimos de los liberales de toda Italia, pero también la cólera de la Europa católica a la que el Papa había acudido rogándole que suprimiera la Asamblea. Apeló al Rey Fernando de Nápoles, quien no tardó en movilizar a su ejército hacia la frontera del norte; solicitó apoyo al Emperador austríaco, cuyas fuerzas, que habían salido victoriosas en el Piamonte, también marcharon hacia Roma; y, lo que era aún más ignominioso para Roma, recurrió a Francia, donde el sobrino del Emperador Napoleón I, Luis Napoleón —cuya elección el año anterior había sido comparada por un periodista como una repentina e inesperada aparición del fantasma del Rey en una pantomima—, acababa de ser nombrado presidente. A pesar de sentirse personalmente más inclinado a apoyar la causa nacionalista italiana, Luis Napoleón tenía buenas razones para responder a la llamada del Papa, dado que necesitaba el apoyo del clero francés para alcanzar el objetivo que ya se había propuesto: convertirse en el creador del Segundo Imperio francés. No podía permitir que Austria extendiera su influencia en Italia, como tampoco quería dejarse eclipsar por el Rey de Nápoles, teniendo en cuenta además que el hecho de que el Papa hubiera elegido este reino como lugar de exilio se había interpretado como un fracaso diplomático en Francia. Sin olvidar que estaba muy extendida entre los franceses la idea de que el Papa había sido utilizado, por lo que montar una expedición para restaurarlo, le dispensaría una cierta popularidad. Así pues, el ejército francés también avanzó hacia el sur. Por su parte, la República romana se preparó para luchar por su existencia mediante la creación, el 29 de marzo, de un Triunvirato que se ocupara de afrontar el inminente peligro. Sus miembros fueron Carlos Armellini, un respetado abogado romano; el Conde Aurelio Saffi, líder de los liberales de la Romaña; y Giuseppe Mazzini, cuya fama y genio le convertirían en la inspiración de la defensa de la República.

Mazzini había nacido en 1805 y era hijo de un médico de Génova que trabajaba como profesor de Anatomía en la Universidad. Él también había pensado en hacerse médico, pero al desmayarse en su primera operación decidió dedicarse a la abogacía. Esto tampoco le gustaba y, aunque le hubiera ido muy bien en los exámenes, había sido un estudiante molesto y conflictivo, de carácter inquieto, impaciente y temperamental, lento para hacer amigos y veloz a la hora de ofenderse. Siguió siendo

un hombre difícil durante toda su vida. Cuando se sentía bien podía ser generoso, fascinante y alegre, pero el estado de abatimiento y hastío en el que solía caer, volvía a convertirle en un hombre irritante, meticuloso y moralista. Siempre vestía de negro y no se permitía más lujos que los perfumes y el papel de escribir caros. Seguía una dieta de lo más sencilla, y era capaz de alimentarse tan solo de pan y pasas durante días y días. Tenía una bonita voz y rasgos sorprendentes. Sus ojos eran oscuros y tan brillantes que un hombre que lo conoció, dijo que los suyos eran los únicos que había visto que «destellaran como las llamas». Su piel era suave y aceitunada, su pelo negro y largo; caminaba con agilidad y gracia felina, echando siempre la cabeza hacia delante.

La supresión de una revuelta en Génova cuando tenía dieciséis años centró su atención en los Carbonarios y más tarde se unió a ellos. Desde su entrada en la organización, se dedicó apasionadamente a la unificación de Italia, dejando de lado su vida para concentrar todos sus esfuerzos en este único propósito con firme terquedad. «Es una cuestión de principios —diría, dogmático—. Para mí es imposible modificarlos o alterarlos en modo alguno». El rechazo total a transigir, la ciega dedicación a un ideal que le inducía a ignorar cualquier tipo de obstáculo y la intolerancia ante las opiniones contrarias a la suya, conformó su contribución única y esencial, al nacimiento de su país.

Según Mazzini, no podía haber otra capital de Italia que no fuese Roma, «el centro natural de la unidad italiana»; por lo que Roma se convirtió para él, en palabras de la Condesa Martinengo Cesaresco, en «una mágica obsesión».

«Roma fue el sueño de mi juventud, la religión de mi alma —escribió Mazzini—. Entré en la ciudad una noche, a principios de marzo [de 1849], con una sensación de intenso sobrecogimiento, casi de veneración. Había viajado hacia la ciudad sagrada con el corazón roto por el... desmembramiento de nuestro partido republicano por toda Italia. No obstante, al cruzar la Porta del Popolo, una vibrante emoción me atravesó... la primavera de una nueva vida».

Inspirado por la esperanza de que la liberación de Italia se cumpliera gracias al impulso de una chispa encendida en Roma, se dirigió a la Asamblea con brillante elocuencia:

> No hay cinco Italias, ni cuatro, ni tres. Existe una sola Italia. Dios, que al crearla sonrió sobre sus tierras, la ha dotado de las dos fronteras más sublimes de Europa, símbolos de la fuerza y el vigor eternos: los

> Alpes y el mar... Roma será el Arca sagrada de la Redención, el Templo de nuestra Nación... Roma, por designio de la Providencia, y como el Pueblo ha intuido, es la Ciudad Eterna a la que se ha encomendado la misión de propagar la palabra que unirá al mundo... Al igual que la Roma de los Césares, que con la acción unió una gran parte de Europa, y la Roma de los Papas, que unió Europa y América en el reino del espíritu, la Roma del Pueblo logrará ambos objetivos, unir Europa, América y todo el globo terrestre en una fe que fundirá el pensamiento con la acción... El destino de Roma e Italia es el destino del mundo.

Como líder indiscutible de la República, Mazzini, que no toleraba discusiones ni rivales, hizo muchos enemigos en Roma. «Cree que es el papa e infalible», escribió uno de ellos. Otro, Luigi Carlo Farini, no tardaría en decir: «Él es pontífice, príncipe, apóstol y sacerdote. Cuando los clérigos se hayan ido, se sentirá en Roma como en casa... Tiene más madera de cura que de político. Quiere encadenar al mundo en su propia idea inmutable».

Pero para el pueblo en general, Mazzini era una figura estimulante, capaz de contagiar a todos con su entusiasmo febril e incontrolable. Trasladó su residencia a una pequeña habitación del Quirinal, de la que salía todas las mañanas para caminar por las calles «con la misma sonrisa y el mismo apretón de manos para todos», irradiando confianza en el destino de la República, en la grandeza única de una ciudad en la que se sentían «las pulsaciones de la vida eterna de Roma, en la que se respira la inmortalidad de los vestigios de dos épocas, de dos mundos». La ciudad podía caer, hubo de admitir, pero incluso de su caída el pueblo recuperaría su «Religión de Roma» y de las cenizas de su derrota se alzaría un nuevo espíritu, impetuoso y purificado.

Desde fuera, el fracaso parecía inevitable. En *The Times* un editor se refirió despectivamente a los «degenerados despojos del pueblo romano» que se preparaban para combatir en la errónea creencia de que eran héroes; y los residentes extranjeros de Roma no ocultaban su opinión de que el Triunvirato se desharía enseguida, de que los defensores de Roma saldrían huyendo al primer disparo y de que la gente estaba ansiosa de que llegaran los franceses para poner fin a la República. Ciertamente, las fuerzas que los triunviros habían logrado reclutar para la defensa de Roma dejaban poco espacio a la esperanza. Solo contaban con unos mil hombres de la Guardia Nacional, lo que apenas podría suponer un reto para las aguerridas tropas francesas. Desde luego, habían alzado sus

gritos de guerra cuando Mazzini les dirigió su alocución; pero los oficiales, algunos temerosos y casi todos inseguros de que la República fuera una causa por la que mereciera la pena morir, mostraban sentimientos mucho menos guerreros entre ellos. Contaban también con unos dos mil quinientos soldados que habían servido en las tropas papales, pero que ahora habían declarado su intención de apoyar a un nuevo gobierno contra los aliados de su antiguo señor; aunque se creía que a muchos de ellos no les movía tanto la fe en la República, como el rencor que guardaban a los miembros de la Guardia Suiza quienes, según decían, habían recibido un trato de favor en el pasado. Aunque también había un gran ejército irregular, avezado y vehemente, que había entrado en Roma el 27 de abril bajo el mando de un personaje barbudo de aspecto mesiánico que llevaba un extravagante sombrero de fieltro negro decorado con un penacho de plumas de avestruz. Había marchado por la ciudad a lomos de su caballo blanco, lanzando entusiastas miradas a derecha e izquierda con su larga melena suelta sobre los hombros y sus profundos ojos separados por una larga nariz aguileña, con un entrecejo muy alto.

«Jamás olvidaré aquel día —escribió un joven artista que dejó su taller para seguir al imponente extranjero—. Nos recordaba sobre todo a los retratos de nuestro Salvador que hay en las galerías. Todo el mundo lo decía. No pude resistirme a él. Le seguí. Miles de hombres lo hicieron. Le venerábamos. No lo podíamos evitar».

Giuseppe Garibaldi, que entonces tenía cuarenta y dos años, era un cabecilla de notables cualidades. Hijo de un marinero, había nacido en Niza, ciudad que Napoleón había arrebatado al reino del Piamonte, y le habían educado para que usara el dialecto ligur como su primera lengua y el francés como segunda, por lo que el italiano le resultaba más difícil y su acento traicionaba su origen fronterizo. Al igual que su padre, había nacido para el mar y había sido grumete antes de cumplir diecisiete años. Un año después, surcó las costas de los Estados de la Iglesia y remontó el Tíber en una pequeña embarcación tirada por bueyes con un cargamento de vino para Roma. «La Roma que contemplé con los ojos de mi joven imaginación» escribió «fue la Roma del futuro— la Roma en la que jamás dejé de esperar, ni siquiera cuando estaba naufragando, agonizante o desterrado en las profundidades de la jungla americana— [Roma ha sido] el pensamiento dominante y la inspiración de toda mi vida».

Había estado en América del Sur después de haber sido condenado a muerte por una desafortunada insurrección planeada por Joven Italia. Mientras vivió allí, «sirvió a la causa de las naciones», como él

decía, participando en varias revoluciones. Al volver a Italia en 1848 descubrió que había llegado en el año de la agitación, un año en el que su sueño de una Italia unida, con Roma como capital, podía llegar a cumplirse. Sin embargo, el aspecto de sus seguidores no inspiraba confianza en el pueblo romano. Con sus largas cabelleras desgreñadas, las barbas enmarañadas y sucias, y sus sombreros de alto penacho negro, parecían más bien bandidos que soldados. Algunos llevaban mosquetes, otros, lanzas y todos puñales en el cinturón. Lo que sí tenían era una especie de uniforme: túnicas azul marino para los hombres, y para los oficiales y ordenanzas, las camisas rojas que las tropas italianas de Garibaldi habían vestido en Sudamérica desde que adquirieron una remesa en Montevideo, donde se tenía la intención de exportarlas para que se usaran en los mataderos de Argentina. «Montaban en sillas americanas» —comentó desdeñosamente un oficial italiano— «y parecían estar orgullosos por no someterse a la estricta disciplina que observaban las tropas profesionales». Como un inglés residente en Roma le dijo a un viajero, no eran más que «un puñado de bandoleros» que de ningún modo mejorarían la reputación de la República. Y sin embargo, el arrojo que transmitía su jefe pronto engrosaría sus filas con cientos de voluntarios, artistas, empleados, estudiantes y barqueros, ya fueran romanos o extranjeros, ingleses, holandeses, suizos y belgas. Los alumnos y los profesores más jóvenes de la Universidad formaron el cuerpo de los Estudiantes. Muy pronto los más conservadores y los testigos escépticos tuvieron que admitir que, conforme crecía la excitación, las esperanzas de la República aumentaban y que no había nada que objetar al programa que habían declarado de «ni guerra de clases, ni hostilidad por la riqueza existente, ni despilfarro, ni injusta violación de los derechos de la propiedad, sino un constante esfuerzo por mejorar la condición material de las clases menos favorecidas por la fortuna». Se nacionalizarían las propiedades de la Iglesia; las instalaciones de la Inquisición se transformarían en apartamentos; las propiedades eclesiásticas se repartirían en pequeñas parcelas que se arrendarían por una suma simbólica. El Gobierno decretó que no habría persecuciones de sacerdotes, ni siquiera de los que predicaran en contra de su política. De hecho, hubo muy poca violencia anticlerical en Roma. Un corresponsal de *The Times*, que no estaba en la ciudad en aquel momento, aceptó toda clase de noticias espeluznantes y escribió que a los sacerdotes que tenían el valor de echarse a la calle se les descuartizaba y sus restos se tiraban al Tíber. Pero, como informaron los amigos del poeta inglés

Arthur Hugh Clough, los sacerdotes caminaban por la calle «cómodamente». «Te lo aseguro —continuó Clough—, lo peor que he visto es un manuscrito que se colgó en dos puntos de Via del Corso para señalar a siete u ocho hombres que se habían ganado el resentimiento popular. Fue por la noche. Y antes de la tarde siguiente, se colgó una proclamación por todas las calles, escrita por Mazzini (estoy seguro), en la que desdeñosa y severamente se oponía a este tipo de actos».

Era cierto que el rumor de que se había encontrado una celda de las prisiones de la Inquisición llena de huesos y pelo humano provocó una violenta revuelta. También es innegable que, después de que comenzara el asedio, muchos sacerdotes (de los cuales, solo algunos habían disparado contra los soldados) fueron asesinados junto con tres campesinos a los que se había tomado por espías, y que en mayo, un fanático anticlerical de Forlì, que había sido puesto al mando de un regimiento voluntario de oficiales de fronteras de provincia, había sido responsable de un cierto número de crueles asesinatos en Trastevere. Pero la opinión general hubo de admitir que la declaración del Papa de que Roma se había convertido en «un antro de bestias salvajes [...] que violan la libertad personal de la gente decente y entregan sus vidas a los puñales de los desalmados» estaba en gran medida injustificada, y que la máxima de la República, «Firmeza en los principios, tolerancia con las personas», era ampliamente observada.

Aun así, pese al entusiasmo que inicialmente había despertado la llegada de los garibaldinos, con el paso del tiempo fue creciendo el escepticismo entre la colonia de residentes extranjeros sobre la capacidad de la República de resistir a los poderosos enemigos que se había granjeado. El escultor y escritor americano William Wetmore Story fue a ver las barricadas que estaban levantándose en Porta San Giovanni y «juzgó a los peones demasiado perezosos para vivir». Otro día fue a Porta Cavalleggeri y a Porta Angelica:

> [...] para ver las barricadas, o más bien montículos de tierra, murallones y empalizadas que los romanos están construyendo por si los franceses atacaran. Han estado trabajando en esto unas treinta horas y en algunas zonas llegan a un metro. Las de la batalla de Bunker Hill eran más gruesas. Aquí nada parece ir en serio. Los peones estaban echados sobre sus espadas como en una escena pintoresca, sin hacer nada, y todo procede con lentitud, como si el enemigo siguiera en Francia en lugar de encontrarse a pocas horas de marcha de la ciudad.

Al día siguiente, Story oyó al comandante de la Guardia Cívica arengando a sus hombres en Piazza dei Santi Apostoli. Cuando les preguntó si estaban dispuestos a defender Roma con sus vidas, gritaron «*¡Sí!, ¡Sí!*», al tiempo que levantaban los gorros en la punta de las bayonetas, «llenando la plaza de *hurras*. Pero el entusiasmo no parecía ser del bueno... aquello parecía una fiesta».

A Emilio Dandolo, que entró en Roma con el batallón de *bersaglieri* de Lombardía el 29 de abril, le dio la misma impresión. Le pareció que el aplauso con el que se recibió a sus hombres desde todas las ventanas era como el que seguía a la última escena de cualquier comedia absurda.

> Hubo la misma sobreabundancia de estandartes, escarapelas e insignias que habían caracterizado los últimos meses de la libertad de Milán [antes de que Austria recuperara la ciudad], el mismo tintineo de espadas por las calles y la misma variedad en los uniformes de los oficiales, que al no concordar entre ellos, más bien parecían hechos para embellecer un escenario y no para el servicio militar... Esta acumulación de guerrilleros luciendo cascos relucientes, pistolas de dos cañones y cinturones repletos de puñales no parecía encajar con el escaso número de soldados reales y bien preparados.

En cualquier caso, tras toda aquella floritura y ampulosidad, las obras para la defensa de Roma seguían progresando, a pesar de los mordaces comentarios de Story. Se estaban levantando murallas con aspilleras, talando los árboles de Villa Borghese para las empalizadas de las barricadas y demoliendo el pasaje cubierto que iba del Vaticano a Castel Sant'Angelo. En cada uno de los *rioni* se había nombrado a un hombre que se pondría al mando de los ciudadanos cuando Montecitorio los llamara a las armas y resonaran las campanas del Capitolio; en las plazas se habían construido tarimas a fin de que los mejores oradores de la República pudieran dirigirse al pueblo; a los sacerdotes y religiosas se les pidió que rezaran por la victoria; se prometió una compensación a los que murieran luchando; y la Princesa Belgiojoso organizó los hospitales con la ayuda de cerca de seis mil voluntarios.

A Garibaldi se le veía por todas partes. Se había decidido no nombrarle comandante en jefe porque ya eran muy comunes las acusaciones de que la ciudad se había entregado a manos extranjeras. Pero todos se comportaban como si lo fuera y le aclamaban entre vítores cada vez que aparecía, normalmente acompañado por un enorme ordenanza Negro y

estrafalariamente vestido que le había seguido desde Sudamérica. Con el apoyo de unos mil trescientos voluntarios de Roma y los Estados Pontificios, algunas tropas del ejército del Papa y la Guardia Nacional, el General Avezzana, ministro de Guerra de la República, encomendó a Garibaldi la formidable tarea de defender el área más peligrosa del frente. Esta era la parte alta del Janiculo, al sur de San Pedro, entre Porta Cavalleggeri y Porta Portese. La zona estaba protegida por una línea de murallas que se extendían hacia el sur desde Castel Sant'Angelo. Estas murallas, que Urbano VIII había mandado construir o prolongar después de que el perfeccionamiento de la pólvora hubiera revolucionado el arte de la guerra, eran mejores que las antiguas murallas aurelianas, tanto para la ofensiva de los artilleros como para resistir los bombardeos enemigos, pero tenían un serio inconveniente. El terreno abierto que se desplegaba fuera de ellas eran tan alto como el parapeto y en algunas zonas incluso más, y se creía que los franceses concentrarían allí sus baterías de modo que pudieran abrir fuego contra las fortificaciones de Porta San Pancrazio, que se encontraba entre Porta Cavalleggeri y Porta Portese que daba acceso directo al barrio de Trastevere. En los terrenos altos que quedaban más allá de esta puerta se hallaban los jardines de dos villas, Villa Corsini[1] y Villa Pamphili.[2] Y en una de ellas, en la expuesta Villa Corsini, fue donde Garibaldi estableció su cuartel general, mientras que al norte, oculto entre los viñedos del valle, el ejército francés marchaba sobre una campiña desierta.

Confiados y seguros, porque el General Oudinot les había dicho que los romanos les consideraban los liberadores del yugo papal y no opondrían resistencia, los soldados franceses marchaban en esplendorosas filas uniformadas bajo el cálido sol de abril, sin escaleras ni armamento de asedio, a poca distancia de su avanzadilla. La intención de Oudinot era entrar en Roma por Porta Angelica, entre el Vaticano y Castel Sant'Angelo, o por Porta Perusa, que en realidad había sido tapiada. Cuando los soldados del primer destacamento se acercaron con sus camisas blancas y morriones a Porta Perusa, se dispararon dos cañones de las murallas leoninas. En aquel momento, los franceses pensaron que sería la acostumbrada señal del mediodía; pero cuando a estos dos les siguieron más cañonazos, los soldados dedujeron que, después de todo, los romanos estaban dispuestos a oponer una resistencia simbólica, por lo que recibieron órdenes de desplegar la artillería y asaltar las murallas.

Sin embargo, no fue tan fácil como había pensado el más optimista de los generales franceses. La intensa artillería y los disparos de mosquetes

que provenían de las murallas, a las que habían acudido los defensores de las zonas más pobres de Trastevere cargados de armas de fuego y cuchillos, repelieron la sucesión de ataques de la infantería francesa sobre el Vaticano y el Borgo; y las tropas tuvieron que escapar para buscar refugio tras los montículos y diques que atajaban al valle bajo la colina Vaticana. Mientras observaba estas operaciones preliminares desde la azotea de Villa Corsini, Garibaldi decidió que había llegado el momento de poner a sus hombres en acción. En la avanzadilla francesa habían participado pocos, y aquella retirada había sido más un repliegue que una derrota; pero si atacaban al enemigo mientras se estaba organizando y decidiendo cómo debía proceder, le cogerían por sorpresa. Así pues, envió un destacamento de trescientos jóvenes voluntarios como avance, mientras él se preparaba para seguirles con sus garibaldinos.

Los voluntarios cruzaron los jardines de Villa Pamphili hacia una vereda muy hundida, Via Aurelia Antica, que llevaba de Porta San Pancrazio a la carretera que conducía a Palo, la nueva Via Aurelia. Y allí, bajo los arcos del acueducto paolino, los voluntarios, casi todos estudiantes sin entrenamiento militar, se toparon con las ocho compañías del disciplinado *20^me^ de Ligne*. Los estudiantes se lanzaron temerariamente sobre ellos, disparando sus mosquetes, blandiendo sus bayonetas, gritando sus patrióticos eslóganes y, para su sorpresa, haciendo retroceder a los franceses. Pero el vigésimo regimiento no tardó en reorganizarse. Los franceses detuvieron el impetuoso ataque, reanudaron la marcha y, en cuestión de minutos, tanto los jóvenes voluntarios como el pelotón garibaldino que había salido en su ayuda, comenzaron a retroceder hacia las murallas de la ciudad.

En ese momento apareció Garibaldi, montado en su caballo blanco, con su poncho. Había convocado a las reservas de las tropas papales y a los *bersaglieri* de Roma; y con la ayuda de estos y de los garibaldinos que aún no habían salido, había reunido su batallón y había partido al ataque entre gritos de victoria. Respondiendo a su llamada, los italianos se abalanzaron por los jardines contra los franceses, rugiendo mientras serpenteaban entre las fuentes y estatuas, ya ocultas tras una densa cortina de humo, apuñalando a los enemigos en sus pesados uniformes, salpicando las flores y el césped de sangre y, como dijo un oficial francés: «[...] como locos frenéticos, desgarrándonos hasta con las uñas».

Incapaces de hacer frente a tan feroz asalto, los franceses se retiraron hacia el acueducto, y luego, por Via Aurelia y a través de los campos, hasta Castel di Guido, sito a unos treinta kilómetros de Roma, dejan-

do atrás cerca de quinientos muertos y heridos y haciéndose con otros tantos prisioneros. Al enterarse de la victoria, los romanos, «eufóricos y sorprendidos», como dijo Story, se lanzaron a la calle entre gritos de júbilo. Hasta altas horas de la noche, la ciudad resplandeció a la luz de las ventanas abiertas de las casas y de las vitrinas y escaparates de los abarrotados restaurantes y cafés. Las calles y plazas rebosaban de gente feliz que se congratulaba por el arrojo de los romanos y de sus fieles amigos. «Los italianos pelearon como leones —dijo Margaret Fuller—, llevados por un espíritu verdaderamente heroico. Se están batiendo por su honor y sus derechos».

Garibaldi presionó a Mazzini para aprovechar los ánimos y la victoria del 30 de abril, perseguir al enemigo y organizar otro ataque. Pero Mazzini estaba ansioso por llegar a un acuerdo con Francia y se negó a considerar ningún tipo de acción que pusiera en peligro el difícil *rapprochement*: «La República no está en guerra con Francia —insistió—, solo está en estado de defensa», de modo que los prisioneros franceses debían ser entretenidos como si fueran huéspedes en la ciudad y ofrecerles comida, vino y cigarros antes de devolverles a su ejército; y a los heridos había que tratarles con los mismos cuidados que esperaría recibir un oficial italiano. No obstante, todas estas muestras de estima no surtieron efecto alguno ante el Presidente Francés, Luis Napoleón, quien consideró que una retirada de su ejército sería una desgracia intolerable. «Nuestro honor militar está en peligro —le dijo al General Oudinot—. No estoy dispuesto a permitir que se nos ponga en entredicho. Tenga por seguro que llegarán refuerzos». Entre tanto, envió a Fernando de Lesseps para que comenzara a negociar un acuerdo, pero solo para ganar tiempo hasta que los refuerzos del General Vaillant, el mayor estratega militar francés del momento, se unieran a los regimientos franceses en Italia.

Garibaldi nunca pudo perdonar a Mazzini por lo que él consideró un terrible error de juicio en lo que era, y siguió siendo, «una cuestión candente» entre ambos. «Si Mazzini hubiera querido entender que cabía la posibilidad de que yo supiera algo de guerra... qué distinto habría sido todo», escribió Garibaldi años más tarde. Mazzini siempre había querido «ser general, pero no tenía las más mínima idea de lo que eso significaba».

Las propias limitaciones de Garibaldi como general, así como su gran experiencia como jefe de guerrilla, quedaron patentes en las operaciones que siguieron. Los defensores de la República italiana combatieron satisfactoriamente contra el ejército napolitano del Rey Fernando

de las Dos Sicilias cerca de Palestrina; pero poco después de volver a Roma, los refuerzos franceses llegaron a las afueras de la ciudad, donde Garibaldi tendría que vérselas con un enemigo mucho más peligroso.

«Las órdenes de mi Gobierno son claras —anunció ahora el General Oudinot a la República romana—. Solicitan mi entrada en Roma lo antes posible. He abrogado el armisticio verbal que había concedido temporalmente por medio de *monsieur* de Lesseps. He comunicado a nuestra avanzada que ambos ejércitos tienen derecho a reabrir las hostilidades. Con el único propósito de que nuestros residentes franceses tengan tiempo de abandonar la ciudad... aplazaré al lunes por la mañana el ataque a *la place*».

Los generales romanos entendieron que «*la place*» no solo se refería a la ciudad en sí misma, sino que el aplazamiento también era válido para los alrededores, incluidas Villa Corsini y Villa Pamphili, por lo que concluyeron que todos sus hombres podían descansar el domingo. Pero, como Oudinot afirmaría más tarde, al decir «*la place*» se había referido exclusivamente a la ciudad y, tras rechazar la idea de un asalto al otro lado de Roma, lo que conllevaría una contienda más prolongada, se preparó para tomar las dos villas principales como un preliminar necesario para el asalto desde el oeste de la ciudad. En consecuencia, a primera hora de la mañana del domingo 3 de junio, las villas fueron atacadas y dado que los defensores estaban durmiendo en sus vivaques, lograron capturarlas sin dificultad, junto con otra casa más pequeña, Villa Médici del Vascello,[3] que se hallaba a los pies de la colina.

Pronto Roma se sumió en el caos. Los hombres se precipitaron a las plazas bajo el estruendo de los *campanili* y el redoble de tambores. Los soldados se echaron a la calle gritando mientras corrían a sus puestos. Los carreteros cruzaron a toda prisa los estrechos callejones de Trastevere para recoger a los heridos que estaban llegando a Porta San Pancrazio en carretillas de mano. Un ordenanza entró a todo correr en Via delle Carrozze, cerca de Piazza di Spagna, donde Garibaldi estaba en la cama a causa del reumatismo y de una herida que le supuraba desde hacía un mes. Él se levantó inmediatamente, se abrochó la hebilla de la funda de su espada y salió veloz hacia Porta San Pancrazio mientras el estrépito de los cañones del Janículo le retumbaba en los oídos. Cruzó la puerta y alzó la mirada hacia los cuatro pisos de la florida Villa Corsini, que ya estaba ocupada por los tiradores franceses. Agazapados tras un muro bajo sobre el que descansaba una hilera de enormes tiestos de ar-

cilla con naranjos, los tiradores conseguían cubrir toda la colina que se extendía desde la villa hasta la puerta de la muralla. Delante de la villa, un estrecho sendero flanqueado por setos altos llevaba desde los pies de una escalera externa hasta la puerta de la verja del jardín. Debía de haber sido diseñada para evitar un ataque frontal. Y aunque la villa fuera capturada, los terrenos de la parte trasera de Villa Pamphili proporcionaban un amplio espacio para que las tropas pudieran contraatacar con toda su artillería. Aun así, después de considerar las dificultades que presentaba el terreno para rebasar el flanco enemigo, Garibaldi decidió que no quedaba otra alternativa más que un ataque frontal. Esto acarrearía inevitablemente una terrible pérdida de vidas cuando sus hombres, bajo el intermitente fuego de un enemigo bien atrincherado, manaran a raudales por la estrecha Porta San Pancrazio para atravesar corriendo el terreno abierto que llegaba hasta los límites de la villa y volvieran a cerrar filas para pasar por la puerta del jardín y recorrer el estrecho sendero delimitado por setos, bajo el punto de mira de las numerosas ventanas de la villa.

Lo intentaron una y otra vez, pero siempre en vano. Al grito de «¡Larga vida a la República romana!», soldados y voluntarios cruzaron la muralla de Urbano VIII para desplomarse muertos o heridos bajo un sol sofocante. Mientras tanto, dentro de las murallas tronaba la Marsellesa con la inútil esperanza de que esto indujera a los franceses, compañeros republicanos al fin y al cabo, a deponer las armas, avergonzados. Un par de veces un grupo de italianos que corrían desesperados a través del polvo y el humo, alcanzó las escaleras, consiguió llegar hasta la casa y derribar a los defensores de las ventanas, pero los franceses lograron contraatacar antes de que a los demás les diera tiempo a llegar a la misma. Un oficial italiano relató el valiente asalto de unos cuatrocientos *bersaglieri*. Los hombres caían a su alrededor por todas partes y, aun así, en lugar de retroceder, los supervivientes clavaban una rodilla en el suelo para disparar, como si hubieran llegado a alguna pared que pudiera ofrecerles protección. Muchos más murieron antes de que el corneta recibiera órdenes de tocar la retirada. Y mientras retrocedían, cayeron tantos al suelo que el oficial pensó que, en la frenética carrera, «se habían tropezado con las raíces de las viñas. Pero la inmovilidad de sus cuerpos evidenció la realidad».

Tras varias horas de embate de las baterías romanas, Villa Corsini, que por fin ardía en llamas, comenzó a desmoronarse. Desde lo alto de las murallas, los romanos vieron como cedían los pisos superiores y los

defensores franceses intentaban agarrarse a los cascotes de las paredes. Garibaldi, que se había pasado toda la mañana arengando a gritos a sus hombres conforme iban saliendo por la puerta de la muralla, había salido ileso, aunque el poncho y el enorme sombrero estaban llenos de desgarrones de las balas de los mosquetones y los fragmentos de metal que volaban por todas partes. Entonces decidió intentar un último asalto a la villa en el que él también participaría. Y estuvo a punto de lograrlo: la capturaron derribada y expulsaron de la parcela a los franceses, que fueron a refugiarse en los terrenos de Villa Pamphili. Los civiles romanos, vencidos por la excitación, salieron por la puerta en masa y echaron a correr colina arriba para felicitar a los vencedores. Pero el alborozo era prematuro. Los franceses volvieron a contraatacar: tomaron la villa, y más italianos se unieron a los que yacían en el suelo.

Los oficiales que sobrevivieron criticaron la crueldad con la que Garibaldi había capitaneado sus tropas. Uno de ellos, Emilio Dandolo, escribió: «Ha demostrado ser tan mal general de división [contra los franceses] como buen cabecilla en las escaramuzas contra los napolitanos». Con todo, aquella noche se alzaron muy pocas voces contra él en Roma. La gente prefería hablar de la traicionera conducta del abominable francés, del heroísmo de los soldados y voluntarios italianos, y de los jóvenes caídos que habían entregado sus vidas al grito de «*Roma o morte!*».

> ¡Romanos! —declaró Mazzini en un discurso que dirigió al pueblo—. Habéis preservado el honor de Roma, el honor de Italia [...]. Que Dios os bendiga, guardianes del honor de vuestros antepasados, mientras nos, orgullosos de haber sabido reconocer la grandeza en vosotros, os bendecimos en nombre de Italia.
>
> ¡Romanos! Este es el día de los héroes, una página de la historia. Ayer os dijimos, «sed grandes». Hoy os decimos: «sois grandes» [...]. Y afirmamos con perfecta seguridad... que Roma es inviolable. Mirad sobre sus murallas esta noche. Dentro de ellas está el futuro de la nación... ¡Larga vida a la República!

Los defensores de Roma respondieron a estas conmovedoras palabras con lo que a los franceses les pareció una fuerza inagotable. Las descargas de las baterías mantuvieron un ritmo regular; las compañías de *bersaglieri*, garibaldinos, antiguos soldados papales y voluntarios se precipitaban con sus bayonetas hasta las zonas más expuestas cada vez que los franceses lanzaban un ataque; y los obreros trabajaban afanosa-

mente bajo el fuego para reparar las empalizadas y levantar nuevas defensas. Arthur Hugh Clough fue a visitar el hospital de Monte Cavallo y al ver a los soldados italianos que se estaban recuperando de sus heridas le dio la impresión de que aquellos hombres «lucharían hasta el final». Y los civiles, a pesar de que se oyeran cada vez más explosiones, y más cerca, seguían manteniendo «la suficiente frialdad». En Trastevere, la zona más desprotegida de la ciudad, el pueblo parecía apoyar a Mazzini con entusiasmo y los que «hasta hacía poco eran tan Católicos», ahora maldecían al Papa y al clero, «a los que culpaban de toda aquella carnicería». «*Ecco un Pio Nono!*», gritaban cada vez que lanzaban un cañonazo; y cuando les alcanzaba alguna bola de cañón que no llegaba a explotar, corrían hacia ella y la tiraban al río. Aun cuando, a finales de junio, muchos se vieron obligados a abandonar sus casas en ruinas, su determinación siguió intacta.

Sin embargo, a Clough le daba la impresión de que la clase media romana era menos entusiasta, como si todo aquello fuera «un esfuerzo inútil», aunque tampoco «se sentía con fuerza para oponerse activamente a un gobierno que, gracias a su moderación y energía, se había ganado su respecto». Con el paso de los días se fue generalizando la sensación de que la República era una causa perdida. La vigilancia y disciplina en las fortificaciones se fue haciendo cada vez más difícil de mantener. Los artilleros comenzaron a disparar a lo loco, como si no les importara dónde fueran a caer las bombas, y los obreros se volvieron tan reacios a seguir trabajando que en una ocasión hasta tuvieron que obligarles a subir a las murallas a punta de bayoneta.

Diestra e inexorablemente, el cerco del General Vaillant siguió acercándose más y más a la ciudad. Las baterías francesas de Monte Verde y Villa Corsini resonaban incesantes contra Porta San Pancrazio y unas patrullas nocturnas se encargaban de no dar tregua a los defensores romanos. Se seguía creyendo que el ataque llegaría del oeste, de forma que Garibaldi insistió en que necesitaba más hombres en el Janículo. Pero Pietro Roselli, el oficial superior romano que había sido nombrado comandante en jefe en su lugar, no podía desatender la defensa de otras zonas de la ciudad, sobre todo del sur, donde numerosos batallones franceses rodeaban San Pablo Extramuros, y del norte, donde ya se habían hecho con Ponte Milvio. De forma que Garibaldi adoptó una actitud más independiente de lo habitual. Se apropió de algunos soldados que habían sido destinados a otros menesteres; y cuando, tras un feroz bombardeo, los franceses amenazaron con tomar la ciudad desde San Pietro in Mon-

torio, se negó a obedecer la orden de contraatacar, replicando que sería mejor establecer una línea interior de defensa en las murallas aurelianas y que, de todas formas, sus hombres no estaban preparados para responder al ataque enemigo.

Sus desacuerdos con el comandante en jefe exacerbaron las desavenencias entre Garibaldi y Mazzini. Desde el principio se supo que la relación entre ambos sería difícil, puesto que los dos eran tercos, porfiados y contumaces, y a menudo se decía que sentían celos y envidia el uno del otro. Garibaldi, que no podía soportar que todos reconocieran la gran inteligencia de Mazzini, le describía como «uno que intenta imponer su doctrina en todas las circunstancias, sin importarle las consideraciones prácticas» cuyos seguidores eran «versados académicos, acostumbrados a gobernar el mundo desde sus despachos». Mazzini, al que no le gustaba la influencia de Garibaldi y su posición como hombre de acción, calificaba a su rival como un hombre «de una debilidad que no se puede expresar con palabras», «extremadamente influenciable». Si «Garibaldi tuviera que elegir entre dos propuestas —se quejaba Mazzini—, sin duda elegiría la que no es mía». «¿Has visto alguna vez la cara de un león? —le preguntó una vez a un amigo—. ¿No tiene una cara estúpida? ¿No tiene la cara de Garibaldi?».

A esas alturas, Mazzini consideraba que «Roma ya había caído», pero que si su caída había de tener transcendencia en el futuro, tendría que morir sufriendo, de forma que su sacrificio sirviera de inspiración al resto de Italia. Estaba tan obsesionado con Roma que le horrorizaba la idea de que los defensores pudieran abandonar la ciudad para salir a luchar contra los franceses fuera de las murallas. Estaba dispuesto a morir dentro de la ciudad, e instó al pueblo para que como último recurso, le siguieran al frente y combatieran al enemigo aunque fuera con las manos. «Está claro que atacarán —dijo—, y entonces contaremos con la noble defensa del pueblo en las barricadas. Me duele pensar que pueda desperdiciarse tanto celo y heroísmo».

El asalto llegó la última noche de junio, sobre la una de la madrugada. Instados por el Gobierno, que creía que aquello serviría para demostrar la rebeldía de la ciudad ante sus enemigos, los romanos habían celebrado el día anterior la fiesta de San Pedro y San Pablo como de costumbre, lanzando cohetes y fuegos artificiales en la oscuridad de la noche después de haber decorado las calles con luces de colores. Pero antes de medianoche se desencadenó una tormenta de verano, así que cuando comenzó el bombardeo, las ruinas se cubrieron de lodo. El ata-

que fue duro y cruel; pero no duró mucho. Los franceses habían planeado una ofensiva breve y decidida. La primera columna francesa abrió una brecha en las murallas de Urbano VIII mientras que la segunda, después de asaltar las murallas aurelianas, se desplegó en abanico: hacia la izquierda, para atacar la batería de Porta San Pancrazio; y hacia la derecha, para rodear Villa Spada, donde Garibaldi había establecido su cuartel general después de retirarse de Villa Savorelli.

Cuando recibió la notificación de una reunión urgente de la Asamblea, Garibaldi se dirigió hacia el Capitolio convencido de que no tenía sentido mantener la resistencia dentro de la ciudad y de que el Gobierno tendría que aceptar la alternativa en la que él ya llevaba mucho tiempo insistiendo -la organización de una guerrilla contra los franceses fuera de las murallas. Su ordenanza Negro había sucumbido, el jefe del Estado Mayor estaba agonizando y él había estado a punto de morir varias veces. Entró en el Capitolio con la espada curva mal enfundada, la frente cubierta de sudor y la ropa llena de barro y sangre seca. Los miembros de la Asamblea se levantaron para aclamarle. Y Garibaldi insistió en que tendrían que combatir fuera de las murallas: *«Ovunque noi saremo, sarà Roma»* («Donde nosotros estemos, estará Roma»).

«Voy a salir de Roma —declaró más tarde a lomos de su caballo ante la multitud que se había congregado alrededor del obelisco de la plaza de San Pedro—. Todos los que deseen seguirme serán recibidos en mis filas. El único requisito para hacerlo es tener un corazón lleno de amor por nuestro país. El que me siga no tendrá paga, ni provisiones, ni descanso. El que no esté dispuesto a aceptar una vida así habrá de quedarse atrás. El que tenga el nombre de Italia no solo en los labios, sino también en el corazón, que me siga». Todos los que estuvieran dispuestos a seguirle tendrían que acudir aquella noche a Letrán, preparados para salir de Roma por la Porta San Giovanni.

Unos cuatrocientos voluntarios se presentaron en el lugar y hora indicados: soldados, civiles, adultos, jóvenes, patriotas, políticos y muchos criminales que querían salir de Roma para huir de la justicia o con la esperanza puesta en los saqueos. La esposa de Garibaldi, una mujer baja, de piel oscura y aspecto masculino, una indígena sudamericana en cuya descendencia se mezclaba también sangre portuguesa, había ido a Roma para unirse a la causa de su marido a pesar de estar embarazada. Y lentamente, unos vestidos de civiles y otros con sus variopintos uniformes, salieron por la puerta de la muralla seguidos por un único cañón.

Mazzini nunca se planteó ir con ellos; nunca había sido un hombre que siguiera a nadie fácilmente, con lo que seguir a Garibaldi habría sido insoportable. En la reunión de la Asamblea, dimitió de su cargo de triunviro como protesta contra la decisión de capitular. Acto seguido, salió a caminar por las calles de Roma para ofrecerse al cuchillo de los asesinos —como algunos dijeron—, y si sobrevivía, para demostrar que el yugo católico seguía oprimiendo a los romanos cuando estos en el fondo deseaban su muerte por haber atraído una *tiranía* sobre la ciudad. «En el breve espacio de dos meses se había hecho viejo —escribió Margaret Fuller, que le vio aquella noche—. Era como si toda su fuerza se hubiera agotado. Había pasado todas aquellas noches sin dormir. Tenía los ojos enrojecidos y la piel amarillenta. Estaba extremadamente delgado, tenía el pelo salpicado de canas y la mano tan descarnada que dolía tocarla». Aún seguía en Roma el 3 de julio, cuando los franceses hicieron la entrada oficial en la ciudad. Esta fue descrita por A. H. Clough:

> Yo estaba en Via del Corso con otras treinta personas y les vi pasar. Todos bien uniformados y en formación, algunos hasta con puñales y con aspecto resuelto, pero parecían desconcertados mientras la gente les abucheaba, lloraba y gritaba: «*Viva la Repubblica Romana!*», etc. Cuando pasaron, algún mentecato les tiró un cubo; cuatro o cinco se le abalanzaron con la bayoneta en mano, mientras mi joven amigo salía corriendo por el Corso. Prosiguieron. De repente, algún romano burgués, me imagino, o a lo mejor fue un extranjero, dijo algo sobre la insensatez de aquel acto o sobre su apoyo a los invasores. Entonces le rodearon y vi cómo le pegaban una buena paliza... luego me dijeron que consiguió escapar. Pero a un sacerdote que fue a Piazza Colonna a hablar públicamente con un francés le mataron sin duda... Pobre hombre, me dijeron que era un eclesiástico bastante liberal; aunque, desde luego, no muy prudente. Volviendo a mi experiencia: después de aquello, la columna desembocó en el Corso por otra calle y dispersó a la multitud a punta de bayoneta... Un conocido mío, un inglés, me contó que al pasar por delante del Caffè Nuovo, que tenía una bandera tricolor italiana colgada de la ventana, Oudinot arremetió contra ella y ordenó que la quitaran. Los franceses procedieron a cumplir la orden, pero los italianos intervinieron. Cernuschi, que era el jefe de las barricadas, la descolgó y la besó; y yo vi con mis propios ojos cómo la llevó a la plaza, triunfante, entre los vítores de la multitud. Yo no les seguí, pero en nombre de mi audaz amigo puedo afirmar que los franceses se

> precipitaron sobre Cernuschi con sus bayonetas y se la quitaron, despedazándole a él y a su fular tricolor.
>
> P.D.: El sacerdote no ha muerto y puede que sobreviva. Pero he oído que a otro le despedazaron por gritar: «*Viva Pio IX, abbasso la Repubblica!*»... Los soldados franceses demostraban una excelente disposición; [aunque] al mismo tiempo he visto caras mucho más brutales que las de los peores garibaldinos y hasta ahora no hemos visto nada femenino más desagradable que las *vivandières*.

El corresponsal de *The Times* estaba de acuerdo con Clough en que las fuerzas ocupantes se comportaron bien, aun cuando las abuchearon al pasar por delante del Caffè Nuovo, «uno de los baluartes de los ultraliberales»,[4] y del Caffè delle Belle Arti, donde se alzaron los gritos de «¡Muerte a Pío Nono! ¡Muerte a los curas! ¡Viva la República romana! ¡Muerte al Cardenal Oudinot!». «El general francés, que había afrontado la primera parte de los insultos con el buen humor de sus soldados, se enfureció al oír que vituperaban personalmente al comandante en jefe. Y, sin dudarlo ni un instante, cargaron contra la multitud».

En cualquier caso, lo normal era que las fuerzas ocupantes no se dejaran provocar de esa manera. Durante los primeros días, los romanos boicotearon las cafeterías y restaurantes que frecuentaban los franceses, y algunos locales incluso llegaron a cerrarse, como el gran Caffè Nuovo, en el que «la indignación era patente». Pero en general, como ocurría en el Bon Gout de Piazza di Spagna, a los franceses se les trataba con «educada indiferencia». Poco a poco, los insultos disminuyeron. Los franceses, por su parte, organizaron grupos encargados de buscar a los líderes de la difunta República, pero la tarea se llevó a cabo con tal superficialidad que no pareció más que una pura formalidad. A la mayoría de los presuntos «revolucionarios» se les permitió escapar con la ayuda de algunos cónsules extranjeros, como el británico, que emitió tantos cientos de salvoconductos diplomáticos que Lord Palmerston se vio obligado a reprenderle. Y con la protección del encargado de negocios del cuerpo diplomático americano, Mazzini logró escapar a Civitavecchia, y desde allí a Inglaterra, sin que las autoridades francesas intervinieran.

Nueve meses después de que Mazzini abandonara la ciudad, Pío IX volvió a cruzar la puerta de Letrán escoltado por las tropas francesas. Desde allí se dirigió al Vaticano, donde había decidido fijar su residencia en detrimento del Quirinal, y desde el Vaticano presidió la restauración

de su gobierno papal, con su marcado carácter autoritario y paternalista. Los hoteles y pensiones de Roma no tardaron en volver a llenarse de turistas, al tiempo que los talleres y tiendas de la ciudad recobraron su actividad.

Una viajera que había pasado tres meses en Roma unos veinte años antes dijo que la había encontrado «prácticamente igual»; su restaurante favorito tenía los mismos dueños, los mismos cocineros y los mismos camareros. Los romanos le acogieron con la misma amabilidad de siempre. No notó la represión que los enemigos del régimen describirían más tarde. Como tampoco la notó el historiador y filólogo francés Jean-Jacques Ampère, que estuvo en Roma durante la misma época; de hecho, Ampère pensaba que en Roma había más libertad que en ninguna otra ciudad de Italia... y que, fuera de su ámbito de competencia, los sacerdotes estaban dispuestos a tolerar una política de *laissez-faire*.

Pero algo sí que había cambiado: Roma había dejado de ser la capital mundial del arte, que se había ido trasladando gradualmente a París, ciudad a la que hacía ya mucho tiempo que había vuelto Jacques-Louis David, después de haber llegado a Roma con el Conde Joseph-Marie Vien, un pionero del estilo neoclásico, cuando este recibió el cargo de director de la Academia Francesa. Antonio Canova, escultor cuyas muchas obras podían admirarse en Roma, como su monumento a los Estuardo,[5] en San Pedro, y la escultura de Paulina Bonaparte, en la Galería Borghese,[6] había cerrado su taller del Palazzo Venezia y se había marchado a Venecia. El escultor danés Bertel Thorwaldsen, que llegó a tener un mínimo de cuarenta asistentes contemporáneamente en su estudio de Roma, había vuelto a Dinamarca en 1838. Y el gremio de los Nazarenos, los primeros pintores del Romanticismo alemán del siglo XIX que se habían establecido en Roma en un monasterio abandonado, habían empezado a separarse incluso antes de terminar los frescos del Casino de Massimo.[7]

De todos modos, aunque Roma hubiera dejado de ser la capital mundial del arte, los monumentos clásicos y el arte cristiano temprano suscitaban más interés que nunca. Gran parte del mérito recae en los trabajos de los arqueólogos Luigi Canina y G. B. De Rossi: Canina, por sus excavaciones en la Via Appia Antica y por sus grabados en aguafuerte de reconstrucciones de cientos de antigüedades romanas; y De Rossi, por sus excavaciones en el Coliseo, el Foro y las primeras iglesias de Roma, así como por el descubrimiento de las catacumbas de San Calixto y Santa Inés.

Pío IX se interesó enormemente en los trabajos de G. B. De Rossi, y cuando el arqueólogo le enseñó los fragmentos de las inscripciones que había hallado en la Cripta de los Papas de las catacumbas de San Calixto, se le llenaron los ojos de lágrimas. «¿De verdad son los restos de mis predecesores los que yacen en estas tumbas?», le preguntó, maravillado. El Papa se sentía asimismo fascinado por las modernas invenciones que durante las décadas de 1850 y 1860 estaban transformando la vida de Roma y los Estados Pontificios: la hidráulica, el telégrafo, la máquina de vapor, la maquinaria en general y los ferrocarriles. Se sentía especialmente orgulloso de su tren, cuyos vagones pintados de blanco y dorado tiraban de una capilla sobre un sistema de ruedas boje. Solía salir a ver los progresos de estas maravillas de la ciencia y en cuanto terminaban de construirse, les impartía su bendición, como hizo con el primer tren que partió de Roma con destino a Frascati en 1860, que tras realizar su travesía a una velocidad de cuarenta y ocho kilómetros por hora, entró en la ciudad, saliendo a recibirle una banda de música que resopló, rechinó y silbó imitando los sonidos de la locomoción mecánica. En 1863, Lord John Manners, jefe de la Comisión de Obras Públicas del Gobierno británico, asistió a la inauguración del puente levadizo que cruzaba el Tíber cerca de Porta Portese, pero como llevaba un sombrero de paja y un paraguas, se sintió abochornado cuando le presentaron a Su Santidad, si bien enseguida se sintió mejor cuando el Papa le dijo: «Es un placer encontrarle aquí, especialmente en este momento. Así, cuando regrese a Londres podrá decir que el Romano Pontífice no está siempre en oración, rodeado de monjes y de incienso. Podrá decirle a la Reina que el ministro de Obras Públicas de Su Majestad se sorprendió un día al ver al viejo Papa rodeado de obreros, esperando a que abrieran un puente nuevo sobre el Tíber, y que hasta es capaz de explicar bastante bien el mecanismo de la nueva invención».

Sin embargo por muy abierto que estuviera al progreso de la ciencia, se cerraba en banda cada vez que oía hablar de alguna propuesta sobre una Italia unida, de la que Roma sería capital y a la que los Estados Pontificios, que Dios le había confiado y que durante siglos habían sido un instrumento que protegía la independencia espiritual del papado, habrían de someterse. Pero el *Risorgimento* estaba adquiriendo tal ímpetu que la resistencia del Papa parecía irrelevante. Cavour, un hombre inteligente y sin escrúpulos que había sido nombrado primer ministro del Rey de Cerdeña, estaba elaborando unas políticas que le permitirían a su señor expandir sus territorios desde el Piamonte hacia Lombardía y desde allí

hacia el sur, a través de Palma y Módena, hasta el interior de la Toscana. Al mismo tiempo, Garibaldi estaba preparándose para arrebatarles Sicilia y Nápoles a los Borbones. En septiembre de 1860, el ejército piamontés invadió los Estados Pontificios; y para final de año, gracias a unos plebiscitos bien manipulados, el Rey Víctor Manuel II de Cerdeña logró hacerse con toda Italia, a excepción del Veneto y de Roma.

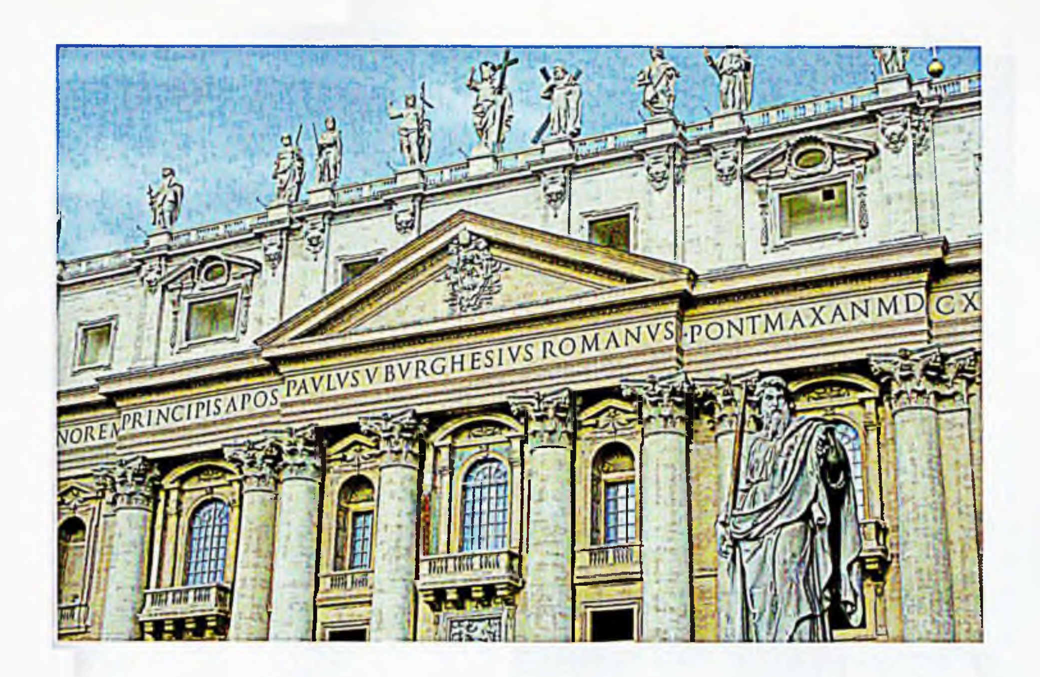
El 17 de marzo, por unanimidad del Parlamento de Turín, Víctor Manuel fue proclamado Rey de Italia, y diez días después, pese a seguir en manos del Papa, Roma fue declarada la capital del nuevo Reino. En el Vaticano, el embajador francés, Duque de Grammont, le aseguró al Papa que Francia se opondría a cualquier agresión que pudiera sufrir Roma por «la fuerza de las armas». Al principio, el Papa le creyó, convencido por las protestas del embajador, que, en opinión de su homólogo británico Odo Russell, era «un afable farsante [...], pedante como todos los diplomáticos franceses presentes en Italia, y el mayor desafío a las aspiraciones italianas, que deseaba colgar a Cavour y disparar a Garibaldi». Así pues, aconsejado por su secretario de Estado, el Cardenal Antonelli, el Papa se negó a formular ningún tipo de concesión en lo que empezaba a conocerse como «la Cuestión Romana». Le dijo a Odo Russell que la crisis pasaría y que muy pronto la Iglesia triunfaría sobre sus enemigos; mientras tanto, había seis mil soldados franceses en Roma, así como un cuerpo de resistencia internacional formado por voluntarios a cargo del papado. Como desafío a sus enemigos, el Papa publicó en 1864 su *Syllabus Errorum*, que condenaba como un error la idea de que «el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna»; y el 8 de diciembre de 1869, fiesta de la Inmaculada Concepción, dio comienzo al Concilio Vaticano, en el que se definiría el dogma de la Infalibilidad del Papa.

Pero en 1870, Francia le declaró la guerra a Prusia, y cuando la batalla de Sedán dejó a Luis Napoleón sin su Imperio, casi todos los soldados franceses abandonaron Roma por temor a una derrota catastrófica. Las tropas del Rey Víctor Manuel se prepararon inmediatamente para tomar la ciudad. El 16 de septiembre, el Papa fue a Santa María de Aracoeli para rezar ante el Santo Bambino, la figura tan reverenciada en Roma que, según la tradición, se había tallado con la madera de uno de los olivos del Jardín de Getsemaní. Tres días más tarde, cruzó Roma por última vez desde el Vaticano hasta San Juan de Letrán en su carruaje para pasar revista a las tropas que se habían reunido en la plaza. El Papa, que con sus setenta y ocho años ya tenía un aspecto frágil y el cabello

níveo, subió lentamente la Scala Santa de rodillas y, desde el último peldaño, después de rezar en voz alta, dio su bendición a los soldados.

La madrugada del 20 de septiembre, el cañón del ejército real abrió fuego contra las puertas de la ciudad. Todas las ventanas del Vaticano vibraron en sus marcos. Pero el Papa había dado orden de que no se opusiera más que una resistencia simbólica, cuyo único objetivo era que quedara claro que se estaba rindiendo a la usurpación de Roma por la fuerza. Muy pronto, la bandera blanca ondeó desde la cúpula de San Pedro.

Al año siguiente, Italia transfirió su capital a Roma, el Rey estableció su corte en el Quirinal y el Papa se retiró al Vaticano, donde murió, como un autoproclamado prisionero, en 1878, después de haber reinado durante el pontificado más largo de la historia del papado. El Rey también falleció en 1878. Nunca se había llegado a sentir cómodo en Roma; tan solo parecía contento en Villa Ludovisi,[8] la mansión que le arrendaba al Duque de Sora para su morganática esposa, Rosina Vercellina. Echaba de menos Turín, y nunca le gustó el lóbrego Quirinal, en el que durante muchos años ni los católicos, ni los protestantes desearon pasar la noche por temor a ofender al Papa. De hecho, aún quedaban muchos años por venir en los que el papado y el nuevo régimen seguirían sin reconciliarse; y en los que conflictivas lealtades terminarían por dividir a la sociedad romana.



15 Basilica de San Pedro

Debe su nombre al primer papa de la historia, San Pedro, cuyo cuerpo esta enterrado en ella Su construccion comenzo en 1506 y finalizo en 1626, siendo consagrada el 18 de noviembre de ese mismo año



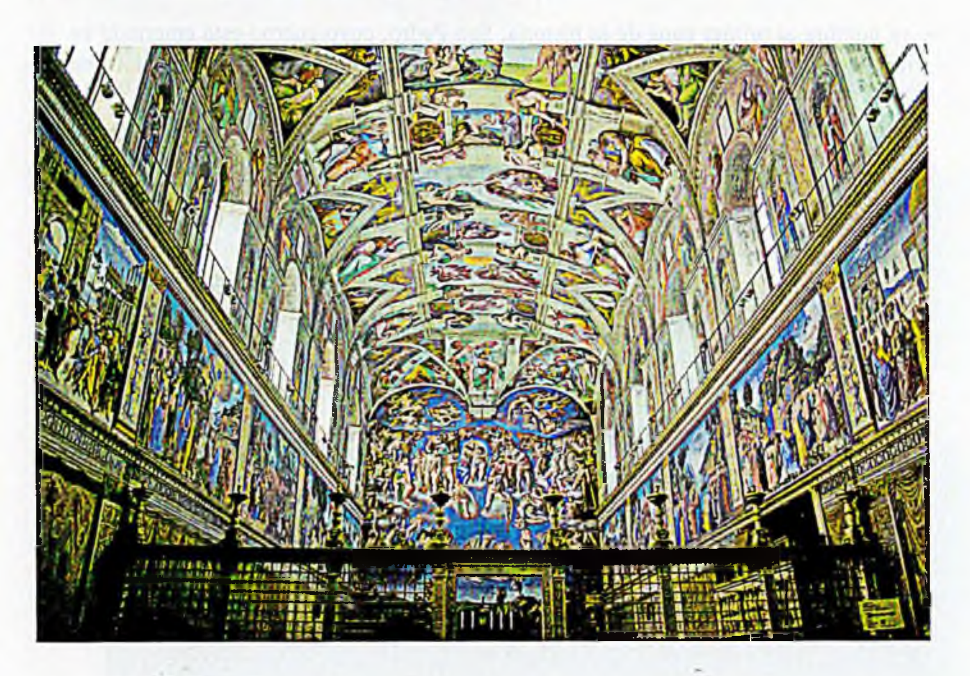
16 Plaza de San Pedro

Situada en la Ciudad del Vaticano, precede, a la Basilica de San Pedro



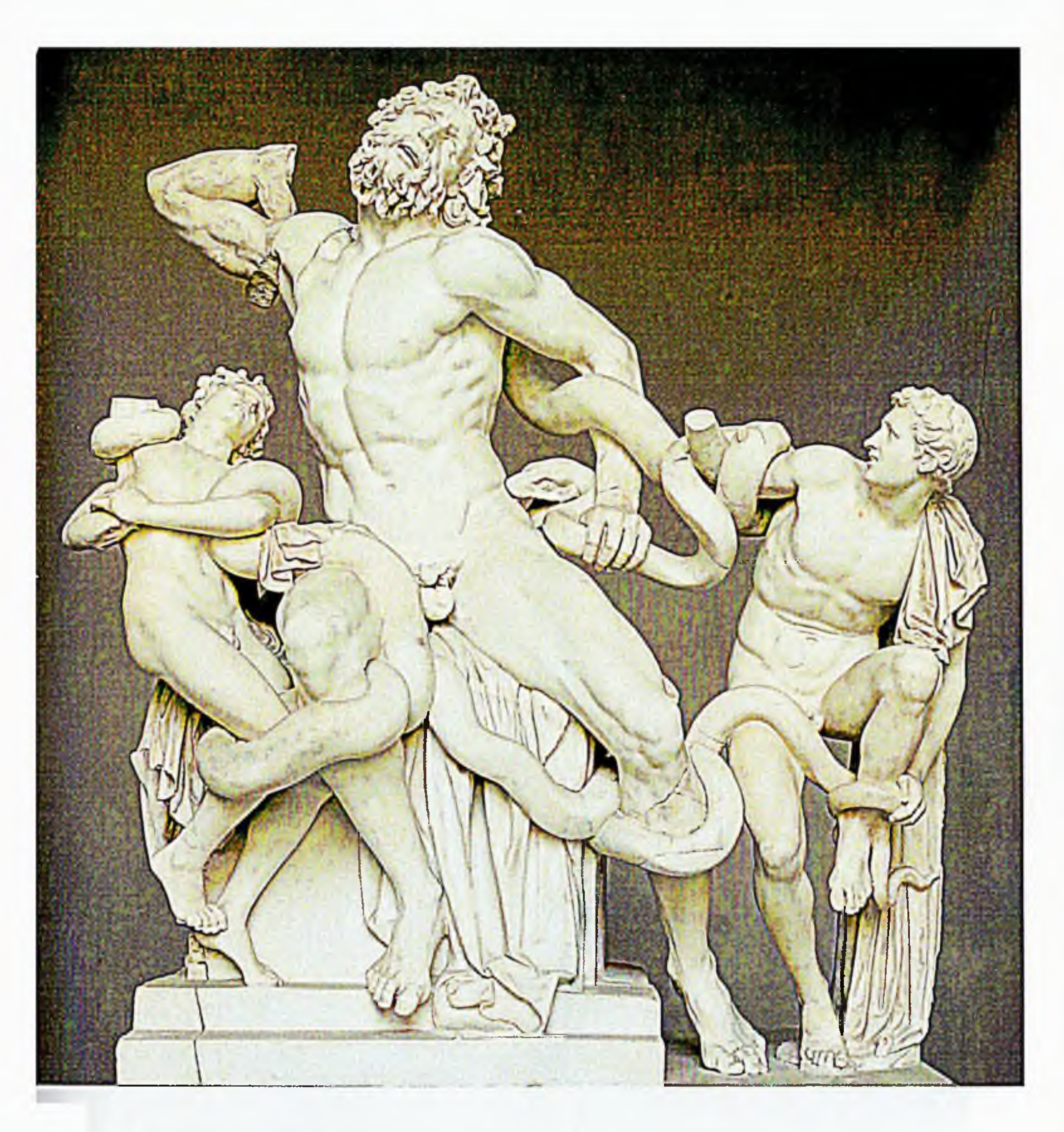
17 Apolo del Belvedere

La escultura recıbe este nombre porque representa al dıos grıego del sol Apolo y fue hallado en el Patıo del Palacıo Belvedere Forma parte del acervo del Museo Pıo-Clementıno, una de las unıdades de los Museos Vatıcanos



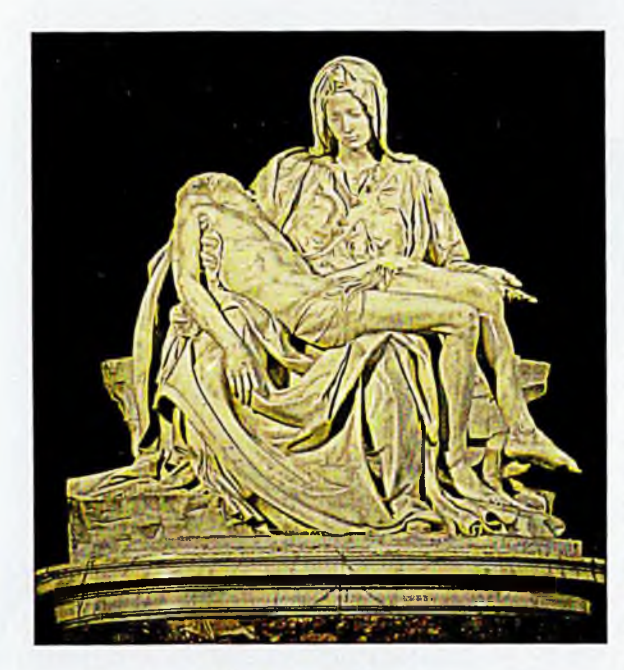
18 Capılla Sıxtına

Construıda entre 1473 y 1481 durante el mandato del Papa Sıxto IV, a quıen debe su nombre Lo que llama la atencıon de esta, son los frescos que recubren por completo las paredes y el techo Algunos de los artıstas mas ımportantes que trabajaron en ella fueron Bottıcellı, Perugıno, Luca y Mıguel Angel



19 Laocoonte y sus hijos

Grupo escultorico griego, realizado en marmol y de datacion controvertida, aunque suele considerarse una obra original de principios de la era cristiana



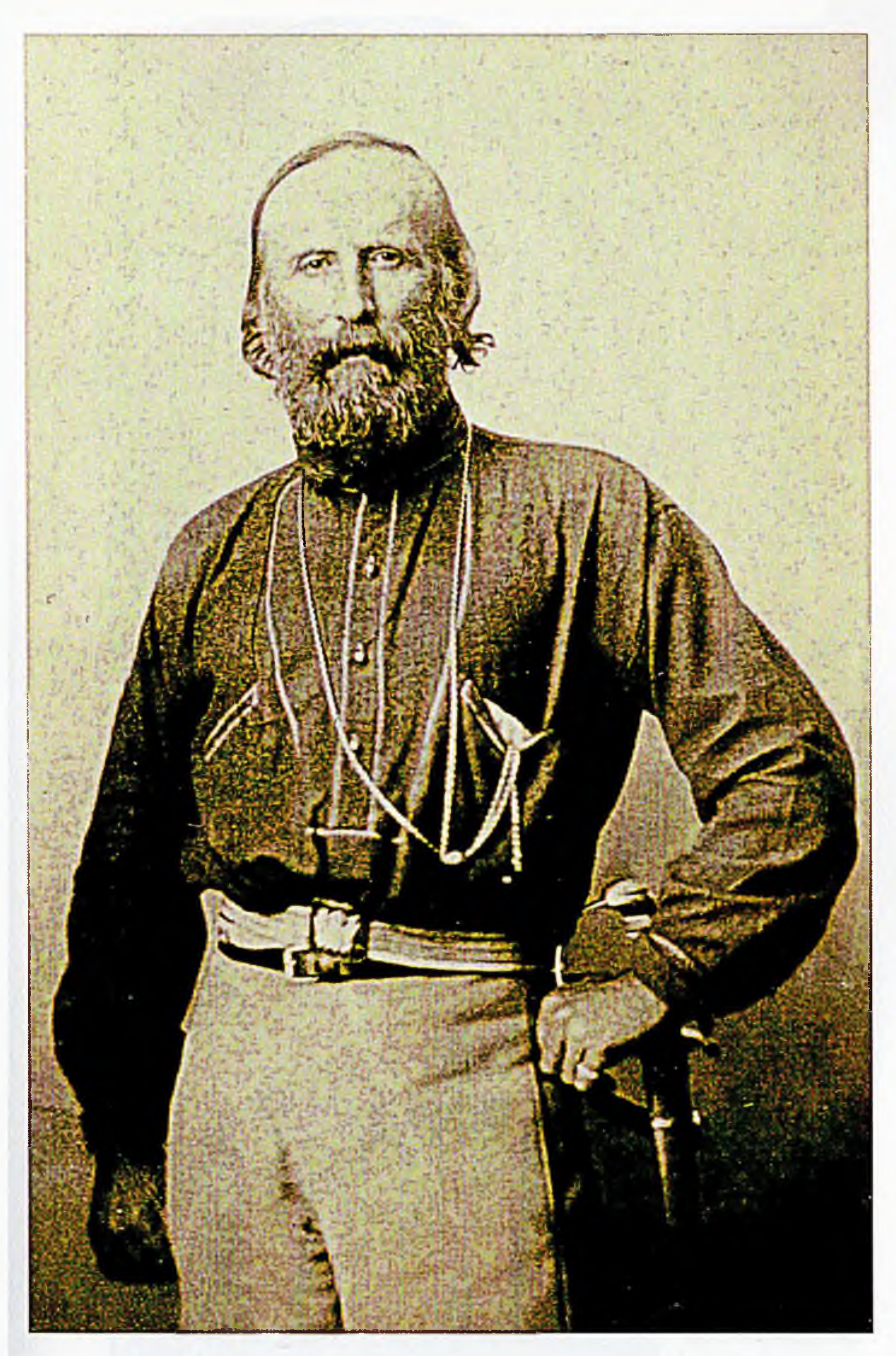
20 La Piedad de Miguel Angel

Grupo escultorico en marmol realizado por Miguel Angel entre 1498 y 1499 Se encuentra en la Basilica de San Pedro del Vaticano



21 Fontana di Trevi

Es la fuente mas monumental de Roma y una de las mas hermosas del mundo Fue construida en el siglo XVIII por Nicola Salvi



22 Giuseppe Garibaldi

Militar y político italiano



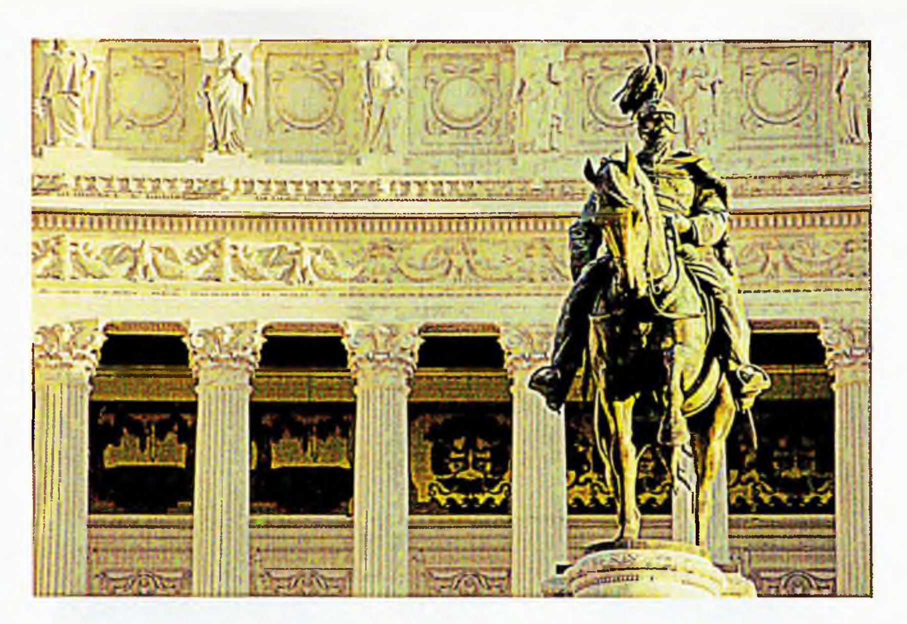
23 Giuseppe Mazzini

Politico, periodista y activista italiano que brego por la unificacion de Italia



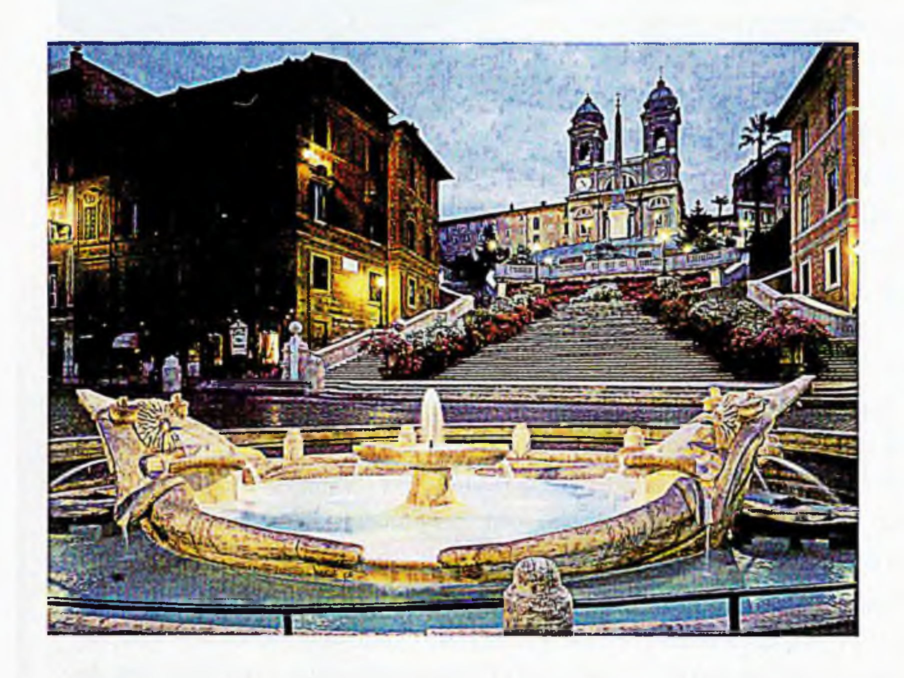
24 Papa Julio II

Conocido como el "Papa Guerrero" por la intensa actividad politica y militar de su pontificado



25 Monumento a Victor Manuel II

De inspiracion clasica y situado en Piazza Venezia, esta dedicado al Rey Victor Manuel II Glorifica la unidad nacional y sirve de altar a las ceremonias de Estado



26 Plaza de España

Su nombre se debe a la Embajada de España ante la Santa Sede, instalada desde el siglo XVII en un palacio de la parte baja de la colina



27 Benito Mussolini

Militar, politico y dictador italiano, tambien llamado el Duce

DIECISÉIS

ROMA REAL

«Roma ha cambiado muy poco desde que tú y yo la visitamos hace cuarenta años —le dijo Wadsworth Longfellow a un amigo suyo unos pocos meses antes de la invasión del Piamonte—. Se lo comenté el otro día al Cardenal Antonelli y, después de respirar hondo, me contestó: "Sí, gracias a Dios"». Las nuevas invenciones que tanto habían intrigado a Pío IX no habían alterado ni un ápice la esencia pastoril de la vida en la ciudad, donde aún no había industria, ni Bolsa de valores, y cuya fuente de riqueza principal seguía siendo la agricultura. Para el escritor y viajero francés Edmond About, Roma era una inmensa granja en mitad de una gran plantación de trigo. Cada año, antes de la llegada de la malaria que convertía la Campagna en un lugar tremendamente peligroso, se segaba la mies y se almacenaba en los graneros de la ciudad. En la década de 1860, todavía era de lo más normal cruzarse con quienes pastoreaban el ganado vacuno, ovino y cabrío por las calles de Roma; y en 1865, doce vacas murieron quemadas en el incendio de unos establos de Via della Vite, en pleno centro de la ciudad.

Si bien se necesitaría un proceso muy lento para cambiar la esencia pastoril de Roma, el Cardenal Antonelli no podía sentirse tan satisfecho con los cambios que se habían producido en el aspecto y el ambiente de la ciudad. Los zuavos papales habían sido reemplazados por regimientos de *bersaglieri* que marchaban por las calles a paso rápido con sus teatrales uniformes y sombreros de ala ancha coronados por un penacho de plumas de color verde oscuro, que caía sobre el ala y la rebasaba. Cada vez había más puestos que vendían revistas y periódicos, por lo que además del *Osservatore Romano* y la *Voce della Verità*, ambos aprobados por el Vaticano, a los viandantes ya se les podía ofrecer una amplia gama de revistas y periódicos italianos y extranjeros. Los carruajes de los cardenales estaban ahora pintados de negro y provistos de cortinas

como si fueran carrozas fúnebres, por lo que los paseos de los prelados habían dejado de ser un espectáculo por las calles; y los monjes y frailes, que con sus blancas capuchas se describían tiempo atrás como «pintorescamente pobres», ya apenas se veían por la ciudad.

Estos cambios fueron señalados y criticados por Augustus Hare, romano de nacimiento, en sus *Walks in Rome*, que publicó en 1871:

> La ausencia del Papa, los cardenales y los monjes, el cierre de los conventos, la pérdida de las ceremonias, la miseria que causan los terribles impuestos y reclutamientos, el exilio voluntario de los Borghese y muchas otras familias nobles, la destrucción total de la gloriosa Villa Negroni[1] y de tantos otros lugares de gran interés y belleza, y las horribles calles nuevas que imitan las de París y Nueva York, hacen chirriar la idea que antes se tenía de Roma. Y para contrarrestarlo, bien poco: un Pincio más alegre, un lobo en el Capitolio, unas excavaciones superficiales en el Foro y nada más.

Henry James también advirtió los cambios que había sufrido la ciudad desde la llegada de los hombres del norte. James había estado en Roma en 1869 y, como Goethe, al dar un paseo por la ciudad se había sentido libre por primera vez en su vida. Más tarde, cuando la visitó en 1872, le entristeció que ya no hubiese cardenales paseando por el Pincio y que solo se les viera de vez en cuando alrededor de Letrán, cuando se apeaban de sus deprimentes carruajes para estirar las piernas. Y eran precisamente esas piernas las únicas que aún daban testimonio del esplendor de los príncipes de la Iglesia: «Pues al caminar, la sotana negra se levantaba dejando entrever los calcetines escarlata, haciéndote gemir por la victoria de la civilización sobre el color»; mientras que las masas de jóvenes elegantemente vestidos:

> [...] no compensaban a los monseñores, paseando por las calles... seguidos por sus solemnes siervos que devolvían en su nombre las reverencias más mezquinas; [ni] la añorada marcha de los carruajes de los cardenales que antes relucían de escarlata y se balanceaban con el peso de los peatones que se colgaban de ellos por detrás; [ni] la certeza de que ya ni el más afortunado de los viajeros podría ver al Papa sentado entre las sombras de su gran carruaje con los dedos levantados como un ídolo inaccesible que se guarda como reliquia en un templo. Aunque sí te puedes cruzar con el Rey, que es tan feo, tan imponentemente feo, como algunos ídolos.

Como le pasó a James, cualquier viajero podía cruzarse por la ciudad con varios miembros de la familia real sin que ello le impresionara en absoluto:

> Ayer, el pequeño primogénito del Príncipe Humberto [futuro Rey Víctor Manuel III] estaba en el Pincio con su institutriz en un coche de caballos descapotable. Es un jovencito rubio y robusto, la viva imagen del Rey. Se habían parado para oír la música que estaban tocando, y la multitud se había plantado alrededor de las ruedas del landó, clavando la mirada en él y criticando en voz baja la pequeña nariz respingona del niño. Parecían llevados por una curiosidad cínica y descarada, sin la más mínima manifestación de «lealtad», que me transmitió una extraña sensación de la vulgarización de Roma bajo el nuevo régimen. Cuando el Papa salía era un espectáculo solemne; y aunque uno no se arrodillara nunca, ni se descubriera la cabeza, siempre causaba una gran impresión. Pero el Papa no se paraba a oír música, ni tenía pequeños papitas que pudiera dejar al cuidado de una niñera con los que nadie se pudiera tomar tantas libertades.

Pero James admitió que la esencia de Roma, de este «paraíso de exiliados», como Shelley la había descrito, seguía intacta. Aún podía disfrutar de unas vistas maravillosas desde lo alto de Letrán y cabalgar por el camino flanqueado por árboles que llevaba a la basílica de Santa María la Mayor, o vagar por las arboledas de Monte Mario y cruzar los campos hasta San Pablo Extramuros. Aunque se hubiera proscrito de la escalinata de Piazza di Spagna a los modelos de los artistas, los artistas extranjeros seguían reuniéndose en las cafeterías de los alrededores de la plaza; en Via Condotti, donde el Caffè Greco estaba más abarrotado que nunca; y en algunos restaurantes buenos y baratos, como la Trattoria Lepri, donde Herman Melville había cenado quince años antes por quince cêntimos. Los bueyes seguían cruzando la ciudad cargados de fruta y barriles de vino de la Campagna; los cerdos seguían resollando en busca de bellotas fuera de la Porta del Popolo; y los guías seguían acompañando a sus grupos de turistas por los famosos recorridos de la ciudad, a los que se habían añadido la visita al cementerio protestante,[2] que Shelley consideró tan bello «que es capaz de hacer que uno se enamore de la muerte» cuando enterraron a su hijo pequeño allí, y la visita a la casa de las escaleras de Piazza di Spagna en la que Keats había muerto en brazos de su amigo Joseph Severn. Además, por todas partes, como se quejó

George Gissing, se seguían pidiendo propinas, «hasta cinco veces en un paseo matutino por las estancias» del Vaticano.

George Gissing llegó a Roma con un tren que cogió en Nápoles, en el que el revisor se pasó el viaje «recorriendo todas las puertas desde fuera» mientras los pasajeros de los demás vagones exclamaban excitados: «¡A Roma! ¡A Roma!». Para ellos, Roma seguía siendo fascinante, como siempre lo fue para Gissing. Cuando volvió en 1897, dijo que prefería Roma a Nápoles y a Florencia: «Florencia es la ciudad del Renacimiento, pero cuando el Renacimiento pasó no quedó más que la sombra de los buenos tiempos, y como las sombras, la ciudad pasó. No hay nada [en Florencia] capaz de conmoverme tanto como la antigüedad más humilde de Roma». Para él, al igual que para el joven artista Phil May, no había «nada como Roma».

Sin embargo, los visitantes no tardaban en darse cuenta de los problemas que se derivaban de las rencillas de las principales familias romanas, ya que algunas estaban dispuestas a aceptar al Rey como su soberano y otras afirmaban que su lealtad al Papa no se lo permitía. El origen de algunas de estas familias, como la de los Massimo, se remontaba incluso a la época imperial; otras, como los Orsini, Colonna y Caetani, habían ganado importancia durante la Edad Media; y otras, como los Farnesio, Boncompagni, Borghese, Barberini y Doria, eran descendientes de los familiares de los papas y prelados del Renacimiento y la Contrarreforma. Incluso había otras que debían su riqueza a la buena fortuna y a un esfuerzo mucho más reciente, como la de los Torlonia, que eran los descendientes de un comerciante que había amasado su riqueza gracias a la actividad bancaria. El Príncipe Torlonia, cabeza de familia en 1870, cambió la vestimenta de sus criados de forma que no pudieran lucir los colores del Rey, aunque más tarde adoptó una actitud de cómoda neutralidad. El primer ministro destituyó inmediatamente de su cargo de alcalde de Roma a otro Torlonia, el Duque Leopoldo, cuando este último recibió una invitación del Cardenal Parocchi en la que le explicaba que el Papa León XIII deseaba felicitarle por su servicio cívico con ocasión del quincuagésimo aniversario de su ordenación.

Otras familias apoyaban más abiertamente al nuevo régimen. Entre ellas se encontraban los Doria, los Boncompagni Ludovisi y los Ruspoli; y aún más sobresalientes eran los Caetani, cuyo cabeza de familia, el liberal Michelangelo Caetani, Duque de Sermoneta, era un estimado dantista, escultor y artesano. Después de perder la vista cuando insistió

en que su médico de cabecera, en lugar de un especialista, le operara de cataratas, fue nombrado diputado del nuevo Parlamento para el distrito plebeyo de Trastevere. En el Palazzo Caetani,[3] los ministros del nuevo Gobierno recibían el mismo trato que los artistas, escritores y extranjeros distinguidos; aunque una solicitud de visitar la mansión que la familia poseía en la Pontina, el castillo Sermoneta, recibió una respuesta digna de un Massimo: «Le ruego que vaya. Pero me temo que no podré ofrecerle el almuerzo. El cocinero de Sermoneta falleció hacia finales del siglo XVI».

Si bien Michelangelo Caetani era un inequívoco defensor del nuevo régimen, también mantenía una relación amistosa con varios cardenales. Pero había familias entre la nobleza «negra» o «güelfa» que se negaban a tener ningún tipo de relación con el nuevo gobierno de la Casa Real. Las familias Barberini, Chigi, Borghese, Aldobrandini, Sacchetti y Salviati le volvieron la espalda a la Casa de Savoya, y los Lancellotti se negaron a abrir las puertas principales de su palacio una vez que la familia real hubo tomado posesión del Quirinal. León XIII siguió concediendo audiencias privadas a las familias de la nobleza «negra» romana hasta 1896, cuando, en razón de sus ochenta y seis años, se vio obligado a abandonar esta costumbre; e incluso entonces siguió compensándolas con una gran recepción anual. Cuando Oscar Wilde visitó Roma en 1900, las divisiones sociales se habían agudizado. El portero del Hôtel de l'Europe le consiguió una entrada para poder ir a ver al Papa en Pascua, y de este modo pudo entrever su «sobrenatural fealdad» cuando le vio pasar en el trono: era una figura maravillosa, «no de carne y hueso, sino un ánima blanca vestida de blanco». «[Nunca había conocido a nadie] con la extraordinaria gracia de sus gestos, cuando se levantaba, de cuando en cuando, para bendecir... posiblemente a los peregrinos, pero ciertamente a mí». Luego vio pasar al Rey Humberto I, sucesor de Víctor Manuel II, por delante del Caffè Nazionale, donde Wilde se estaba tomando un café, y comentó: «Me levanté enseguida, me quité el sombrero e hice una inclinación de cabeza... ante los sorprendidos oficiales de la mesa de al lado. Solo cuando el Rey hubo pasado recordé que ¡yo era *papista* y *nerissimo* [negrísimo]! Me sentí muy contrariado. Solo espero que el Vaticano no llegue a enterarse».

Mientras que una parte de las familias ricas e históricas de Roma se negaban a reconocer al Rey, el pueblo en general le aceptó. La entrada de Víctor Manuel en la ciudad había sido recibida entre vítores, y tanto

el Rey Humberto como la Reina Margarita se habían ganado la estima popular. Un plebiscito que llevó a cabo el nuevo Gobierno reveló que, de todos los que tenían derecho a voto, 133.681 votantes aprobaron la incorporación de Roma al reino de Italia y tan solo 1.507 personas votaron en contra. Pero a la invasión del ejército siguió una invasión de burócratas, y esto le gustó tan poco a la gente como a los funcionarios, que habían recibido alojamiento en la capital temporal de Italia, Florencia.

Para cubrir las necesidades de tal avalancha de servidores públicos, el Gobierno se apropió de grandes monasterios en el centro de Roma. Uno de ellos fue el de San Silvestro in Capite,[4] que fue ocupado primero por el Ministerio del Interior y luego por la oficina central del servicio postal italiano. Y otro fue el de Minerva, que acogió el Ministerio de las Finanzas. Expropió asimismo varios palacios, como el de Montecitorio para la Cámara de los Diputados, el Palazzo Braschi para el Ministerio de la Agricultura, y el Palazzo Madama[5] para el Senado. Villa Madama se destinó al hospedaje de visitantes distinguidos.

Sin embargo, la expropiación de estos enormes edificios apenas dotaban de espacio suficiente a los hombres del norte. Al municipio de Roma se le exigieron otros 40.180 alojamientos, pero el ayuntamiento solo fue capaz de ofrecer quinientos, muchos de los cuales no eran más que pajares reformados; ya que, si bien se habían restaurado muchas iglesias durante el largo pontificado de Pío IX, la verdad es que se habían construido muy pocos edificios, aparte de los que rodeaban el Ospizio di San Michele in Trastevere[6] y la estación de trenes Termini.[7] No obstante, el emprendedor ministro de Guerra del Papa, el monseñor belga François Xavier de Mérode, ya había previsto que el amplio espacio que se desplegaba entre la estación Termini y el palacio del Quirinal podría ser una zona susceptible de un buen desarrollo urbanístico. Así pues, había comprado parcelas enormes y ya había construido grandes casas en la zona, por lo que pudo vender a los especuladores inmobiliarios la mayor parte de los terrenos que estaban aún sin edificar obteniendo un proficuo beneficio. Por este motivo, la calle amplia que recorría toda la zona se conoció como Via Mérode antes de recibir el nombre de Via Nazionale.

Al desarrollo de esta zona le siguió el de muchas otras. Los primeros años de la década de 1870 fueron testigos de una imponente expansión inmobiliaria desde el Coliseo hasta la Via XX Settembre, y en los siguientes siete años, hasta 1887, la expansión continuó desde la Via XX Settembre hasta Villa Médici. Pero en 1887, el exceso de producción de la industria inmobiliaria y el desproporcionado prolongamiento de

los créditos, desembocaron en un espectacular colapso con la repentina quiebra de muchas entidades bancarias; el número de casas en construcción entre 1888 y 1889 fue tan solo una decimoquinta parte de las que se habían construido entre 1886 y 1887. Pero, a los ojos de los turistas, el daño ya estaba hecho. Para ellos, los nuevos bloques de pisos, casas, oficinas, consulados, embajadas, hoteles y pensiones habían arruinado el aspecto de Roma. «Doce años de administración sarda han comportado más destrucción, en cuanto a la belleza e interés de la ciudad, que las invasiones de los godos y los vándalos —dijo Augustus Hare—. Todo el aspecto de la ciudad ha cambiado, y lo que de pintoresco tenía en los viejos tiempos, hoy hay que buscarlo en las lóbregas esquinas que han logrado escapar a los expoliadores».

George Gissing pensaba lo mismo mientras observaba las obras que se estaban realizando alrededor de Castel Sant'Angelo, donde se estaban levantando innumerables «casas terriblemente feas, como enormes cuarteles». «La Roma moderna es extremadamente fea... sus calles son increíblemente monótonas y sofocantes».

A pesar del colapso de 1887, las obras públicas recuperaron el ritmo enseguida. La edificación del gigantesco y florido Palacio de Justicia[8] comenzó en 1889, poco después de que concluyeran las obras de los ministerios de la Guerra y las Finanzas en Via XX Settembre.[9] El complejo de hospitales que recibió el nombre de Policlinico[10] se construyó entre 1887 y 1889; el vasto y complejo monumento a Víctor Manuel II,[11] entre 1885 y 1911; y para cuando se terminaron las obras del dique del río a finales de siglo, el nuevo distrito de Prati del Castello ya había empezado a atiborrar los meandros de la orilla derecha del Tíber, en el espacio que se extendía entre Castel Sant'Angelo y Monte Mario. Todas estas construcciones se llevaron a cabo sin un plan de construcción adecuado, de forma que las hermosas villas, con sus parques y jardines, terminaron por ser engullidas por el despiadado avance del ladrillo, la piedra y el hormigón. Villa Borghese y Villa Doria lograron escapar; pero Villa Ludovisi, que para Henry James era la más bonita de Roma, desapareció, junto con Villa Giustiniani Massimo,[12] Villa Montalto,[13] Villa Albani, Villa Altieri[14] y Villa Negroni.

Tampoco se tuvo en cuenta el inmenso número de campesinos que llegarían a Roma atraídos por el *boom* de la construcción, y quienes, junto con los nuevos burócratas y sus familias, contribuyeron al aumento de la población de doscientos mil habitantes en 1870 a más de cuatrocientos sesenta mil hacia 1900. A las familias de estos jornaleros se

las veía durmiendo en los escalones de las iglesias, debajo de los arcos o en los provisionales chamizos que ellas mismas se construían, y que serían el inicio de todos esos barrios de chabolas que arruinarían muchas ciudades italianas al siglo siguiente. La desolación de su pobreza se hacía aún más angustiosa al comparar su modo de vida con el de los relativamente opulentos burócratas y oficiales del ejército y sus mujeres, a los que se les solía ver disfrutando de la *ora del vermouth* en los cafés de Via Nazionale y el Corso; que frecuentaban las elegantes tiendas y *trattorie* que parecían multiplicarse como hongos durante la noche; que pasaban la velada en la ópera, en el espléndido Teatro Costanzi, hoy Teatro dell'Opera;[25] y que se mezclaban con los extranjeros que seguían reuniéndose en Piazza di Spagna.

El número de extranjeros que afluían a Roma crecía cada año. A pesar de que las nuevas construcciones horrorizaban a muchos turistas, Roma siguió atrayendo a una gran cantidad de viajeros a finales del siglo XIX y principios del XX. Aunque también estaban los que no se sentían bien en la ciudad, como el joven James Joyce —que por aquel entonces vivía en Via Frattina y no era más que un empleado mal pagado de un banco austríaco—, para el que Roma era como un hombre que se ganaba la vida «exhibiendo ante los viajeros el cadáver de su abuela», y que echaba de menos a alguien con quien poder hablar de Dublín. Pero pocos eran los que compartían este sentimiento con él. Mucho más representativas eran las reacciones del hermano de Henry James, William, para el que Roma era «una *festa* para los ojos desde el momento en que uno sale por la puerta del hotel hasta que vuelve»; y de Sigmund Freud, que todos los días iba a San Pietro in Vincoli para contemplar el *Moisés* de Miguel Ángel, que consideraba la mejor obra de arte del mundo, y que le dijo a un amigo que Roma había sido «una experiencia apabullante» para él, «una de las cumbres» de su vida. Porque, como Hilaire Belloc escribió en 1914 al volver a la ciudad que ya había recorrido a pie años antes, a despecho de la especulación inmobiliaria, Roma seguía siendo «asombrosamente la misma».

DIECISIETE

ROMA FASCISTA

«¡O nos devuelven el gobierno o lo tomaremos en una marcha sobre Roma!». El reto se lanzó en el congreso fascista que tuvo lugar en Nápoles hacia finales de 1922, y fue recibido entre las aclamaciones de «¡Roma! ¡Roma! ¡Roma!» de una multitud de delegados y partidarios políticos, por un total de cuarenta mil hombres. Quien hablaba era Benito Mussolini, un antiguo socialista de 29 años, que, como periodista influyente, había sido expulsado del partido por haber propugnado insistentemente la intervención de Italia en la Gran Guerra. Había combatido en la guerra con los *bersaglieri*; y, tras resultar herido, había retomado su actividad como periodista. Ya en febrero de 1918 había abogado por el nombramiento de un dictador en Italia, «un hombre que sea tan despiadado y enérgico como para conseguir una victoria aplastante». Y tres meses después, en un discurso ampliamente difundido, se propuso para el cargo.

Sus seguidores eran un extraño batiburrillo de socialistas y sindicalistas descontentos, republicanos, anarquistas, revolucionarios inclasificables y conservadores monárquicos. En sus filas contaba también con un gran número de soldados violentos, muchos de los cuales habían sido *arditi* (miembros de las impetuosas fuerzas especiales italianas); y a algunos incluso les buscaba la policía. Todos estos soldados se organizaron en lo que se conoció como *fasci di combattimento* (grupos de combate), atados por lazos tan fuertes como los de los fasces de los lictores, símbolos de la autoridad romana. En un principio, los fascistas no habían tenido mucho éxito en las urnas: en 1919, como candidatos para la Cámara de los Diputados, no habían obtenido más que 4.795 votos. Pero los fracasos de los sucesivos gobiernos para bregar con la agitación social y los múltiples problemas de Italia, les permitieron proponerse como salvadores del país: el fascismo como única fuerza capaz

de doblegar el bolchevismo. Amparándose en que la violencia había de ser combatida con una violencia aún mayor, se organizaron escuadras de acción, los *squadristi*, que atacaron las organizaciones de obreros socialistas, las sedes de los sindicatos y partidos políticos rivales, las oficinas de los periódicos y a todos los que consideraron simpatizantes de los bolcheviques con una ferocidad y una regularidad que estuvo a punto de desembocar en una guerra civil. Gritando eslóganes patrióticos, cantando canciones nacionalistas y vistiendo las camisas negras que los jornaleros de Las Marcas y Emilia habían adoptado como el uniforme de los anarquistas, los *squadristi* consiguieron el apoyo de miles de personas que estaban dispuestas a pasar por alto sus métodos, su violencia y la repulsiva práctica de atiborrar a sus oponentes de aceite de ricino, en la creencia de que tan solo mediante estos métodos se lograría vencer el bolchevismo y restablecer el orden social. Y así, para finales de 1922, después de ocupar Rávena, Ferrara y Bolonia, y animados por la esporádica complicidad de ciertos funcionarios, la frecuente ayuda de la policía y el probable consentimiento de la Casa de Savoya, a la que Mussolini había dicho que aún podía jugar un papel importante en la historia de la nación, los fascistas se prepararon para tomar Roma por la fuerza.

En cuatro columnas convergentes de veintiséis mil hombres, rodearon las afueras de la ciudad el 28 de octubre. El Gobierno proclamó su intención de declarar la ley marcial, pero el Rey se negó a firmar el decreto; y, una vez que se supo que estaba dispuesto a aceptar a Mussolini, el ejército y la policía se quedaron al margen y *los camisas negras* se aproximaron a la capital, en tren, en autobús o a pie. Mussolini, gran oportunista y dúctil *agitatore,* decidió quedarse en Milán por el momento. Ya había recibido la petición de que formara un gobierno, por lo que la Marcha sobre Roma era, de hecho, innecesaria. Pero fue requerida para el mito del Fascismo, al igual que los tres mil mártires ficticios de la causa, que supuestamente habían muerto en la insurrección que había llevado a Mussolini al poder. El futuro dictador llegó a Roma en tren, a las diez y media de la mañana del 30 de octubre.

Una vez en el poder, como el primer ministro más joven que Italia hubo tenido nunca, Mussolini demostró su astucia política. Aunque estuviera decidido a llegar a ser dictador desde el principio, después de tomar el control personal de la policía y arrestar a todos sus oponentes, le presentó al Rey una lista de ministros que probar que él era más un líder nacional que el de un partido. Así era como los italianos estaban

dispuestos, e incluso ansiosos, de recibirle, como a un líder nacional. Estaban hartos de huelgas y revueltas, y deseosos de respirar el ambiente que creaban sus extravagantes técnicas, la parafernalia medieval del fascismo: así fue como surgieron las manifestaciones espontáneas de apoyo al fascismo tras la Marcha sobre Roma y así fue como la inmensa popularidad de Mussolini sobrevivió a los esporádicos estallidos de violencia que se produjeron en Roma la noche de la entrada triunfante del fascismo, las elecciones indudablemente fraudulentas de 1924 e incluso el asesinato del desafiante líder socialista, Giacomo Matteotti, en el que muchos creyeron que Mussolini había estado implicado.

Mussolini se puso a trabajar lleno de entusiasmo, para lo que se levantaba muy temprano, realizaba una gran variedad de impetuosos ejercicios, desayunaba con la misma frugalidad que su úlcera de estómago le exigía en el resto de las comidas y leía a una velocidad sorprendente varios periódicos italianos y extranjeros antes de llegar a su despacho a las ocho de la mañana. No tenía más aficiones, decía, que su trabajo; y si bien llegaría un tiempo en el que apenas trabajaría en absoluto, durante aquellos primeros años su afirmación estaba más que justificada. Practicaba esgrima, boxeo, natación, tenis e hípica; pero su objetivo no era tanto la diversión y la relajación como el destierro de la grasa de su cuerpo e incipiente papada, la adquisición y el mantenimiento de un buen físico, así como la prueba de que largos años de tratamiento de una persistente enfermedad venérea no le habían pasado factura, como sus enemigos se obstinaban en afirmar. Disfrutaba de las relaciones sexuales, pero siempre de un modo apresurado e impaciente. Las mujeres llegaban a su despacho, a su habitación de hotel o al piso que más tarde buscó en la planta superior de un edificio de Via Rasella, donde mantenía relaciones sexuales con ellas, normalmente en el suelo, y luego las echaba de allí mientras que él, que no se había preocupado de quitarse los pantalones ni los zapatos, volvía rápidamente a su escritorio. Solía presentarse mal vestido, y normalmente sin haberse lavado ni afeitado, ya que estaba acostumbrado a rociarse con agua de Colonia en cuanto se levantaba para no tener que perder tanto tiempo en darse un baño. Tampoco quería preocuparse por tener que atarse los cordones, así que llevaba zapatos con cuerdas elásticas. No entendía por qué no debía calzar polainas con traje de etiqueta si le calentaban los pies, o una corbata negra con frac si no encontraba una blanca, así que solía ponérsela negra, muchas veces con zapatos amarillos. Se presentaba en el despacho con chaqué, ya que los pantalones rayados y la chaqueta que se abría hacia atrás le encanta-

ban, pero luego se pasaba el día retorciendo la papada en el cuello de la camisa y echando hacia atrás los faldones del chaqué almidonado.

Al principio, Mussolini puso un despacho en el nuevo Palazzo del Viminale, el Ministerio del Interior,[1] y otro en el viejo Palazzo Chigi, el Ministerio de Asuntos Exteriores.[2] Pero después los descartó, y en 1929 se trasladó al Palazzo Venezia, donde instaló su despacho en el salón más grande y espacioso de la primera planta. De más de veintiún metros de longitud por doce de anchura, ocupaba dos plantas del edificio original y tenía dos filas de ventanas, pues la superior correspondía a la de la del piso de arriba. La enorme ventana central de la fila inferior daba a un balcón, desde el que Mussolini dio muchos de sus famosos discursos, con los brazos en jarra, las piernas separadas, levantando la barbilla y guardando silencio de vez en cuando para clavar la mirada en la multitud que le miraba desde abajo y recibir la bendición del frenético bramido, «¡Duce! ¡Duce! ¡Duce!», mientras su expresión seguía tan petrificada como el símbolo de su régimen, el haz de varas de los lictores, que había hecho tallar en piedra en la pared que tenía a su lado.

El salón por el que se asomaba esta figura autoritaria era la Sala del Mappamondo, que recibía su nombre del viejo mapa del mundo que lo decoraba. El único mobiliario era un gran escritorio colocado a dieciocho metros de la puerta, un atril y tres sillas ubicadas delante de la gigantesca chimenea, que estaba adornada, como la pared exterior, con el emblema del fascismo. Cuando se presentaba alguien a quien el Duce quería intimidar, le dejaba avanzar por el inmenso salón vacío, entre el eco de sus pasos sobre el frío mosaico de mármol abrillantado, hacia su oscura figura, que, debajo de un gigantesco lampadario, seguía inmersa en sus papeles; mientras que con otros se mostraba amable y atento, para lo que se dirigía hacia la puerta a saludarles, apretando el paso y alargando el brazo en señal de bienvenida. Hasta cuando daba la impresión, como decía Lord Vansittart, de un hombre «que se complacía tanto en su propia compañía» que «recordaba a un boxeador que, envuelto en su llamativa bata de satén, se daba la mano a sí mismo», Mussolini conseguía embelesar a sus visitantes además de a él mismo, pese a tener muy poco sentido del humor y ser esencialmente misántropo. Hablaba fluidamente en voz baja, haciendo alarde de sus grandes dotes oratorias y su capacidad de sacar a relucir inusuales pero aptas alusiones y sorprendentes neologismos. «Cuando el Duce empieza a hablar —dijo una vez su ministro de Asuntos Exteriores—, es fascinante. No conozco a nadie que sepa usar unas metáforas tan fértiles y originales». Pero no sabía escuchar. Le costaba

mucho quedarse quieto y callado en su sillón, por lo que solía levantarse de pronto para continuar con la conversación mientras recorría distraídamente la habitación a grandes zancadas. Con el paso de los años, se fue haciendo cada vez más impaciente durante las aburridas reuniones y demás menesteres diarios del gobierno. Daba la impresión de estar siempre ocupado, y por la noche dejaba la luz de la Sala del Mappamondo encendida para que pareciera que trabajaba sin cesar. De hecho, no se le daba bien organizar las tareas pendientes ni tenía paciencia para afrontar las dificultades del trabajo, y le horrorizaba tanto tener que tomar decisiones que incluso era capaz de escribir la palabra «aprobado» en dos memorandos opuestos o conflictivos que pudieran presentar ministerios distintos antes de salir por la puerta del despacho para dirigirse a su apartamento privado, en el que le esperaba su amante, o reunirse con su familia, que vivía en Villa Torlonia,[3] en la enorme mansión de Via Nomentana que el Príncipe Giovanni Torlonia había puesto a su disposición durante todo el tiempo que deseara por una lira al año.

Como hábil periodista, propagandista y político, se encontraba mucho más a gusto dedicándose a manipular a las masas por medio del lenguaje oral o escrito que atendiendo tareas administrativas. Él concebía el gobierno como una serie de titulares dramáticos: «*La Battaglia del Grano*», «La batalla de las marismas», «La campaña demográfica»; y le encantaba que le vieran y fotografiaran dirigiendo estas operaciones, pasando revista a las tropas y a los miembros del partido en los coreográficos despliegues del fascismo, hablando con los granjeros en el tiempo de la siega mientras exhibía la desnudez de su pecho peludo y sobresaliente, y actuando como anfitrión de las delegaciones que regularmente acudían a Roma, como la de las noventa y tres mujeres más prolíficas del país. A estas progenitoras, que se cubrían la cabeza con pañuelos negros y eran madres de más de mil trescientos niños, las llevaron, la Nochebuena de 1933, a hacer un recorrido por la ciudad que incluía la visita a la Exposición de la Revolución Fascista. Así pues, se arrodillaron en el Templo de los Mártires Fascistas para besar la caja de cristal que contenía el pañuelo manchado de sangre en el que el Duce había guardado la bala que le hirió la nariz durante un atentado; dejaron una corona de flores sobre el altar de la Capilla de los Mártires Fascistas; recibieron medallas y pergaminos de la Organización Nacional para la Protección de Madres y Niños; y, por último, conocieron personalmente al Duce en el Palazzo Venezia antes de acudir al cierre de la ceremonia en el Augusteum.

La Roma que visitaron era una ciudad que se estaba transformando gradualmente en la dirección señalada por el Duce, que solía inspeccionar el progreso de las obras desde el balcón de la Sala del Mappamondo y enviaba esporádicos mensajes de aliento a los obreros.

> En el plazo de cinco años —declaró en el Ayuntamiento—, Roma ha de presentarse como una ciudad maravillosa ante el mundo entero, inmensa, ordenada y poderosa como en los tiempos del primer Imperio de Augusto. En las vías de acceso al Teatro de Marcelo, el Capitolio y el Panteón, habrá que eliminar todo lo que haya podido acumularse durante centurias de decadencia. Dentro de cinco años, la colina del Panteón ha de quedar visible a través de una calle amplia que salga de Piazza Colonna... La tercera Roma se extenderá sobre otras colinas, y a lo largo de los márgenes del río sagrado, hasta las orillas del mar Tirreno.

Se imaginaba una ciudad tremendamente acrecentada, tanto en tamaño como en población, dominada por los inmensos edificios y rascacielos que tanto le gustaban; y sobre el Foro tendría un hercúleo Palacio del Fascismo, que habría de ser la estructura más abrumadora e imponente del mundo entero. Y para dejar sitio a esta nueva Roma, había que destruir todo lo que en ella había de «mugriento y pintoresco», todo lo que apestara a la Edad Media.

Si bien la categórica amenaza que pretendía la destrucción absoluta de la Roma del Medievo no llegó a ponerse en práctica, lo cierto es que una gran parte de la ciudad medieval desapareció, como las quince iglesias antiguas que fueron reemplazadas por los monumentos de la nueva era, muchos de los cuales, aunque no todos, ponen de manifiesto que en su realización se siguieron las líneas de grandeza y ostentación que definían el diseño de la arquitectura fascista. La promesa de una amplia vía pública que uniera el Coliseo con la Piazza Venezia se cumplió con la realización de la Via dei Fori Imperiali;[4] las obras de una ancha avenida que habría de llevar desde el río hasta la plaza de San Pedro, actual Via della Conciliazione,[5] comenzaron con el objetivo de conmemorar el logro real del régimen fascista cuando en 1929 llegó a un acuerdo con el Vaticano (conocido como los Pactos lateranenses), que puso punto final a los ochenta años de división entre la Iglesia y el Estado; y en las afueras del sur de Roma, el enorme complejo del EUR, construido a propósito de la Exposición Universal de Roma (EUR) para celebrar el vigésimo aniversario de la Marcha sobre Roma, fue un ejemplo de planificación urbanística a gran escala.[6]

Pero en Roma, como en el resto de Italia, los logros del nuevo régimen nunca llegaron a igualar las promesas y ostentaciones del fascismo. Entre sus logros se contaban la recuperación de la productividad de varias zonas del país y el drenaje de enormes zonas pantanosas de la Pontina, con la consiguiente erradicación parcial de la malaria, así como la construcción de nuevos canales, carreteras, pueblos y centrales hidroeléctricas, que dieron tierras, casa, trabajo y oportunidades a miles de familias pobres de toda Italia, al tiempo que se conseguía mejorar considerablemente las condiciones de trabajo. Sin embargo, a pesar de que los estadistas alardeaban de que la cifra de empleados en las obras públicas nunca bajó de cien mil trabajadores y de que entre 1922 y 1942 la administración había invertido un mínimo de 33.634 millones de liras en dichas empresas, el rendimiento quedó muy por debajo de las que habían sido sus intenciones y jactancias. En el ámbito arqueológico, se había prometido reconstruir los foros de César y Trajano, realizar excavaciones en Piazza Venezia y el Capitolio, reedificar la Curia, sacar a la luz los templos de Largo di Torre Argentina que databan de la época de la República romana y la reparación del Ara Pacis y del Augusteum, que, según se decía, Mussolini pretendía convertir en su propia tumba. Y si bien se realizaron muchos trabajos, lo cierto es que nunca llegaron a superar una mínima parte de lo planeado. Muchas de las obras que se comenzaban quedaban inacabadas, e inmensas sumas de dinero desaparecían ante la imposibilidad de unos planes demasiado ambiciosos, o bien iban a parar a los bolsillos de servidores públicos corruptos o de altos funcionarios ansiosos por hacer fortuna mientras pudieran. Uno de los planes era la construcción de un foro de Mussolini, que cubriría una inmensa área entre Monte Mario y el Tíber. Este foro, por orden del Duce, había de empequeñecer a San Pedro y el Coliseo, y llevaría un obelisco de mármol que, con sus treinta y seis metros de altura y ochocientas toneladas de peso, sería «el monolito más grande del mundo». Pero luego le pareció que esto tampoco sería lo suficientemente grandioso. Así que, en su lugar, Mussolini decidió levantar una estatua de Hércules de ochenta metros de altura, con la mano derecha alzada como en el saludo fascista, y cuyos rasgos se parecieran a los suyos. Pero después de comprar cien toneladas de metal y de realizar el molde de una cabeza gigantesca y de un pie del tamaño del de un elefante, el proyecto cayó en saco roto.

En cualquier caso, el Duce no solía cargar con la culpa de los defectos fascistas. Había muchos antifascistas en Roma, pero los contrarios a

Mussolini eran pocos. El Duce no era un mero dictador, era un ídolo. Su fotografía se veía en las paredes de muchísimas casas, los eslóganes que le aclamaban —*Duce! Duce! Duce! Il Duce ha sempre ragione!*— se leía en pintadas blancas por todas partes y todos los objetos que tocaba adquirían el valor de preciadas reliquias sagradas. Mussolini había sabido presentarse hábilmente como el hombre que marcaría el destino de Italia, y como tal se le aceptó. Millones de personas cayeron bajo la influencia de aquella barbilla orgullosamente prominente, de aquellos ojos negros constantemente abiertos de par en par, de aquellos gestos maravillosamente expresivos y de aquella voz extrañamente emotiva. Y cuando, la noche del 9 de mayo de 1936, anunció desde el balcón del Palazzo Venezia que la victoria de Abisinia había dotado a Italia de «su Imperio», las últimas palabras del discurso se perdieron en un implacable torrente de vítores, gritos histéricos de mujeres, chillidos de aclamación y manifestaciones de lealtad eterna.

No obstante, Mussolini ya se había embarcado en el periplo que le llevaría a la caída al poner rumbo hacia una guerra para la que su ejército no estaba preparado. Víctima de su propia propaganda, convencido de su infalibilidad y negándose a aceptar cualquier evidencia en contra, creyó firmemente que la alianza con Hitler en el Eje Roma-Berlín comportaría para Italia «la verdadera grandeza de la que el fascismo la hacía meritoria».

Cuando Hitler fue a Roma en mayo de 1938, con la voluntad expresa —como declaró un ministro plenipotenciario en la embajada de Italia en Berlín— de adular el orgullo de los italianos y de demostrar que el Eje era una realidad viva, Mussolini estaba firmemente determinado a impresionar a su huésped.

Los preparativos habían empezado seis meses antes. Todas las casas que bordeaban las vías del tren que llevaba a Roma se habían pintado y las estaciones se habían redecorado. Las calles de la ciudad por las que pasarían los desfiles se habían adornado de modo que resultaran espléndidamente acogedoras; y aunque muchos tenderos se habían negado a colgar retratos del Führer, habían accedido a desplegar banderas y pancartas en sus escaparates. Los soldados italianos que participarían en los desfiles, a los que se les había escogido en función de su aspecto físico y altura, habían ensayado sin cesar, provistos de uniformes impecables y equipados con armas de guerra para cuyo uso no habían recibido entrenamiento. De hecho, la parada militar fue magnífica, como dijo el Conde Ciano, yerno de Mussolini. «Los alemanes, que podían haber

sido algo escépticos en este aspecto, se irán de Roma con una impresión muy distinta».

E indudablemente Hitler se llevó una grata impresión, al tiempo que logró «un gran éxito personal —declaró el Conde Ciano—. Ha conseguido derretir el hielo a su alrededor... [y] sus dotes personales también le han granjeado muchas simpatías, sobre todo entre las mujeres». En cambio, a su reticente anfitrión del Quirinal, el minúsculo Víctor Manuel III, le causó aversión a primera vista. Le dijo a Mussolini que la primera noche que pasó en el palacio, Hitler había pedido que le llevaran a una mujer, lo que provocó un gran revuelo entre los miembros del servicio doméstico de la Casa Real hasta que les explicaron que el Führer no podía acostarse hasta que una mujer le volviera a hacer la cama. ¿Sería verdad toda aquella historia?, se preguntaba el Conde Ciano. ¿O sería fruto de la malicia del Rey, que también había insinuado que el Führer se inyectaba estimulantes y somníferos? Todo el ambiente del palacio, concluyó Ciano, estaba «apolillado».

La antipatía entre Hitler y el Rey era tan marcada como la cordialidad que se respiraba entre los dos dictadores. Cuando Mussolini vio a Hitler por primera vez, pensó que «el pequeño payaso tonto» estaba «medio loco». Pero había cambiado de opinión. Ambos se conmovieron al despedirse en la estación, y a Hitler le vieron mirando a Mussolini con devoción canina. «De ahora en adelante —le dijo el Duce—, nada en el mundo podrá separarnos», y al Führer se le llenaron los ojos de lágrimas.

A Neville Chamberlain también se le colmaron los ojos de lágrimas cuando salió de Roma al año siguiente al son de «Porque es un chico excelente», como le cantaron, con marcada desarmonía, un grupo de residentes ingleses. La visita de Chamberlain había sido un fracaso, tal y como Mussolini había planeado. «Estos hombres no son de la talla de Francis Drake y los magníficos aventureros que crearon el Imperio británico —comentó cuando el inglés ya se había ido—. No son más que la exánime descendencia de una larga línea de ricos antepasados». Pero ¿qué se puede esperar —se preguntó más tarde en un discurso en el que su equívoca interpretación de la vida inglesa resultó tan grotesca como atractiva— de un pueblo que se viste de etiqueta para el té de media tarde?

El 10 de junio de 1940, tras muchas dudas y vacilaciones, Mussolini declaró la guerra a aquellos degenerados, acuciado por la rendición del ejército belga. La negrura engulló el ambiente de una noche romana

sumida en el silencio. Mientras volvía a su casa para empaquetar sus cosas, el abatido corresponsal de *The Times* pasó por el Corso Umberto y Piazza di Spagna, y no vio ni una sola bandera colgada. Sus amigos italianos fueron a despedirle y, ante la atenta mirada de los policías que vigilaban su casa y el murmullo ansioso que se oía desde las puertas de sus vecinos, le estrecharon la mano a modo de triste disculpa. «Me siento muy mal —escribió el Conde Ciano en su diario—. La aventura ha empezado. ¡Que Dios ayude a Italia!».

Los temores del Conde estaban justificados. El curso que tomó la guerra resultó desastroso para Mussolini; y en Roma, tanto los fascistas como los antifascistas se pasaron el verano de 1943 intentando dar con la forma de librarse de él. El Rey, que mantenía un contacto casi diario con varios grupos disidentes, se afligió y alarmó cuando, el 19 de julio, la ciudad sufrió un ataque aéreo de los Aliados, que provocó la muerte de cientos de personas y causó graves daños en la basílica de San Pablo Extramuros. Dicho ataque le sacó de la indecisión de las últimas semanas, y el Rey ordenó el arresto de Mussolini con ocasión de una audiencia que había convocado en el Quirinal y en Villa Savoia.[7] Al mismo tiempo, un grupo de destacados fascistas también estudiaron la forma de derrocarle, para lo que organizaron una reunión en el Palazzo Venezia del Gran Consejo Fascista, suprema autoridad del Estado. Una vez informado del complot, el Rey se sintió aún más resuelto a actuar, ya que un voto de desconfianza le daría la autoridad constitucional que estimaba necesaria para destituirle. Pese a haber sido informado de que el Conde Dino Grandi, antiguo embajador de Londres y uno de los miembros más influyentes del Consejo, iba a presentar una resolución que exigía su dimisión, Mussolini se presentó en la Sala del Papagayo con la misma seguridad de siempre y avanzó por la sala sin mirar a ninguno de los miembros de la reunión. Llevaba puesto el uniforme verde del Comando Supremo del ejército Fascista como si quisiera distinguirse de los demás, que, por orden suya, vestían una chaqueta sahariana. «¡Saluden al Duce!», exclamó el secretario del partido. Todos se pusieron obedientemente en pie y respondieron al saludo tradicional: «¡Le saludamos!». Con el ceño fruncido, Mussolini se sentó en la mesa que se había preparado sobre una tarima, por encima del nivel de las mesas en las que se habían sentado los demás. Al entrar en la sala, se habían dado cuenta de que el patio estaba lleno de soldados, que también rondaban los pasillos, las escaleras y los departamentos de todo el palacio. Un

miembro destacado del Consejo le murmuró a Grandi al oído: «Este será nuestro final».

El Duce tomó la palabra. Habló durante dos horas, divagando de modo indeciso, incoherente y falso, culpándoles a todos menos a sí mismo del estado en que se encontraba el país y haciendo observaciones tan fuera de lugar, tan descabelladas e irreverentes, que sus oyentes se preguntaron si no estaría intentando hacer algún tipo de broma al asegurar que él ya había previsto que los ingleses atacarían El Alamein el 23 de octubre de 1942 para arruinarle el vigésimo aniversario de la Marcha sobre Roma de la semana siguiente.

Tras las insólitas declaraciones del Duce, se hizo un largo e incómodo silencio. Según el embajador italiano en Berlín, todos los presentes se habían quedado atónitos y horrorizados. Nunca habían oído un discurso de Mussolini con un efecto tan nefasto. Veinte años de poder tocaban a su fin. En cuanto los demás miembros de la reunión comenzaron a hablar, empezaron a volar los insultos entre alemanes y aliados, y cuando Ciano se levantó para espetar un ataque sin precedentes contra el Duce, Mussolini se inclinó sobre la mesa como si tuviera un calambre, llevándose las manos al estómago y levantando una mano de vez en cuando como queriendo protegerse los ojos de los reflejos de la araña de luces. Se había quedado pálido y tenía el rostro perlado de sudor. Seis horas y media más tarde, Mussolini suspendió la reunión. Cuando volvió y se reanudó el debate, parecía completamente recuperado. Habló con seguridad y sosiego, y dio la impresión, como después diría Grandi, de que «había recuperado de golpe todo lo que había perdido». Pero era demasiado tarde. A las dos y cuarto de la mañana se votó la resolución. De los veintiocho miembros que conformaban el Consejo, diecinueve votaron a favor. Mussolini recogió sus papeles y se levantó repentinamente. «¡Saluden al Duce!», exclamó una vez más el secretario. Pero Mussolini interrumpió la ensordecida respuesta con un inesperado, «Les eximo de ello». Cuando llegó a la puerta se detuvo un instante y anunció con tono acusador, «Han provocado la crisis del régimen».

Sin embargo, a la mañana siguiente se presentó en el despacho y se puso a trabajar como si nada hubiera ocurrido. Cuando sus familiares y amigos le aconsejaron que mandara arrestar a los miembros del Consejo que habían votado contra él, no quiso escucharles. Y cuando el secretario del partido le llamó para decirle que algunos de los que habían votado a favor de su dimisión habían cambiado de opinión, Mussolini aceptó la noticia como si ya la estuviera esperando y hubiera decidido lo que

iba a hacer con los traidores. «Demasiado tarde», contestó, con una de esas amenazas enigmáticas que tiempo atrás se recibían con aprensión pero que hacía mucho que habían dejado de surtir efecto.

Se acordó que iría a visitar al Rey aquella misma tarde. Puesto que la Casa Real le había especificado que habría de presentarse vestido de civil, antes de la reunión pasó por Villa Torlonia para cambiarse. Al llegar, su esposa intentó advertirle, porque como siempre se había puesto el frac para las audiencias, aquella orden le pareció un signo de mal agüero, «No vayas. No es de fiar». Pero Mussolini *no conocía el peligro*. Le dijo al jefe del Estado Mayor de la Milicia Fascista que el Rey querría retirarle el cargo de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, pero nada más. El Rey le había recibido una o dos veces por semana durante más de veinte años, y se había ganado su confianza.

Acompañado por su secretario, entró en el coche que le llevó a Villa Savoia, en Via Salaria. Era un domingo tranquilo y caluroso, y las calles estaban desiertas. Aquella mañana se había anunciado la caída de Palermo.

El coche se detuvo delante del pórtico y el chófer se sorprendió al ver que el Rey les estaba esperando a la entrada de la villa con el uniforme de general del Imperio. Nunca había visto que el Rey recibiera al Duce vestido de ese modo; como tampoco había visto nunca tantos *carabinieri* en la villa. Aun así, el Duce se mantuvo impertérrito e insistió en que el voto del Gran Consejo no tenía valor legal. E incluso después de oír las inquietas palabras de Su Majestad, con las que le informaba de que estaba obligado a dimitir, al principio fue incapaz de entender lo que el Rey le estaba diciendo, hasta que de repente se sentó, como si estuviera a punto de desmayarse. Cuando el Rey siguió hablando, Mussolini le interrumpió y murmuró, «Entonces, se acabó».

La reunión no había durado más de veinte minutos. El Duce salió de la villa perplejo y bajó la escalinata que llevaba a su coche, que estaba aparcado en la acera de enfrente. Cuando se aproximó, un capitán de los *Carabinieri* se le acercó y le dijo, «Su Majestad me ha encargado su protección». Mussolini objetó, pero el capitán insistió. «No, Excelencia, tiene que acompañarme». Le cogió por el brazo y le llevó hasta una ambulancia que tenía las puertas de atrás abiertas. Cuando Mussolini se subió a la ambulancia seguido por su secretario, el sombrero de fieltro negro se le resbaló hacia delante tapándole los ojos. El capitán, un oficial y otros tres *carabinieri* subieron detrás de él, así como tres oficiales de policía vestidos de paisano. Las puertas se cerraron ruidosamente.

Ni siquiera en ese momento se le pasó por la cabeza que le estuvieran arrestando.

Nadie dijo una palabra mientras la ambulancia se dirigía hacia los cuarteles Podgora que el *Arma dei Carabinieri* tenía en Via Quintino Sella, donde Mussolini, tras bajar del vehículo, se quedó de pie, con el ceño fruncido, la barbilla levantada, el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, las piernas abiertas y los brazos en jarra, como si de una inspección se tratara. Le acompañaron al comedor de los oficiales, donde pasó una hora completamente solo antes de que le hicieran subir a otra ambulancia que cruzó el río y le llevó al cuartel de los cadetes de los *Carabinieri* de Via Legnano. Allí pasó el resto del día y todo el siguiente, gran parte del tiempo tumbado en un catre de campaña en la oficina del comandante, o asomado a la ventana, viendo los vehículos militares que iban y venían y a los cadetes que marchaban frente a una pared que exhibía en letras blancas los lemas de su régimen: «*Credere! Obbedire! Combattere!*». La tarde del 27 de julio, le sacaron del cuartel y le llevaron exiliado a la isla de Ponza.

La noche de su arresto, todos salieron a la calle para intentar averiguar qué estaba pasando. Había escuadras de soldados armados en las plazas, pero ninguno de ellos sabía por qué les habían convocado. Corrían rumores de que los Aliados aterrizarían con paracaídas en el sur; otros decían que el Duce había dimitido y se había ido a su casa de Romaña, o que había huido a Alemania, o que había sido asesinado. Se sabía que el Gran Consejo se había reunido y que la reunión se había prolongado, pero ninguna de sus decisiones se había hecho pública. Cuando se intentó encender el sistema de radiofonía, los aparatos no emitieron más que ruidos de interferencia y crujidos. Ni siquiera los gramófonos que solían usarse para las presentaciones públicas funcionaron después de tanto tiempo de inactividad. Hasta que por fin se oyó a un locutor que dio la noticia de la dimisión del Cavaliere Benito Mussolini y del nombramiento del Mariscal Pietro Badoglio como jefe del Gobierno.

La información provocó un estado de excitación frenética que ni siquiera logró aplacar el subsiguiente anuncio de que la guerra no había terminado. Se creyó que no era más que una formalidad, una declaración trivial para que al nuevo Gobierno le diera tiempo de negociar la paz sin la intromisión de los alemanes, de modo que los romanos se echaron a la calle gritando que la guerra había terminado. Unos hombres irrumpieron en las oficinas del periódico fascista, *Il Messaggero*, y tiraron por la ventana los muebles, los archivos, los teléfonos y los enormes retratos

del Duce. También arrojaron un busto de bronce desde una oficina que daba al Corso y lo arrastraron con cuerdas por las calles. Rasgaron los emblemas fascistas de los edificios y arrancaron las insignias de la solapa a los pocos temerarios que aún las exhibían. De repente, casi todos se habían vuelto antifascistas. Los gamberros que salieron en busca de víctimas no encontraron a ninguna. Echaron abajo las puertas de las casas de algunos fascistas destacados, pero no encontraron a sus dueños. Y unos manifestantes corrieron a Piazza Venezia, gritando que querían al hombre que les había oprimido durante tanto tiempo, pero no se atrevieron a derribar la puerta de la Sala del Mappamondo y tuvieron que conformarse con ondear una bandera roja.

En el resto de la ciudad hubo muy poca violencia. El estado de ánimo general tendía más a alegría que a la venganza. Muchos acudieron al Quirinal para felicitar al Rey, y a la Via XX Settembre para dar la enhorabuena a Badoglio. En Via del Tritone, Piazza Colonna, Via Nazionale y Piazza del Popolo, los romanos cantaban y bailaban como si fuera una fiesta. «El fascismo ha muerto», exclamaban felices. Y era verdad. Ni un solo hombre murió aquella noche para defenderlo, aunque uno, el jefe de la agencia de noticias Stefani, se suicidó. En Roma, el fascismo había caído sin oponer resistencia. Hasta el periódico de Mussolini, *Popolo d'Italia*, reconoció su dimisión y en el lugar que antes ocupaba su foto colgaron la imagen de Badoglio.

Muchos romanos se quedaron en casa. Habían oído al locutor cuando dijo que la guerra no había terminado, y temían, con razón, que aún durara mucho tiempo. Los británicos y norteamericanos habían invadido Sicilia con sus aliados y estaban a punto de invadir la península. Pero los alemanes seguían siendo muy poderosos, y estaba claro que tomarían medidas para protegerse de las consecuencias de un armisticio que los italianos habían firmado a sus espaldas.

Tras un mes de furtivas negociaciones, el 3 de septiembre, en una tienda de campaña militar en Siracusa (Sicilia), se firmó la rendición de Italia. El mismo día, Badoglio le aseguró al embajador alemán en Roma que Italia combatiría al lado «de su aliada Alemania hasta el final». La tarde del 5 de septiembre, los Aliados, que habían desembarcado en Salerno, hicieron público el armisticio. Inmediatamente, el comando superior alemán ordenó a sus tropas que rodearan la ciudad. Tras una breve resistencia, valientemente combatida pero mal dirigida, las defensas italianas de Roma sucumbieron. El Rey y el Estado Mayor del ejército huyeron al sur de Italia. Y comenzó la ocupación nazi.

Roma fue declarada ciudad abierta, que no se defendería ni en caso de ataque, y se permitió el nombramiento de un comandante italiano que quedaría subordinado al mariscal de campo Kesselring, el comandante en jefe alemán. No obstante, Alemania mantuvo un control aún más estricto de las actividades de los diversos departamentos de la administración de Roma que el que mantenía del nuevo Gobierno fascista que se había creado bajo la presidencia de Mussolini (después de que los alemanes lo rescataran de su cautiverio) en la ciudad norteña de Saló, a orillas del lago de Garda. Las actividades del partido fascista, al que se le permitió reabrir su cuartel general en el Palazzo Wedekind,[8] se vigilaron muy de cerca, al igual que las de la rama romana del partido, el Fascio Romano, ubicado en el Palazzo Braschi. Las fuerzas alemanas apostadas en Roma se pusieron bajo el mando del General Stahel, un militar cuyos labios apretados y gafas centelleantes transmitían un aspecto mucho más amenazador que el del General Kurt Maeltzer, que pronto le sucedería. Sin embargo, la sonrisa dispuesta, las juergas y las chanzas de Maeltzer no ocultarían durante mucho tiempo la crueldad de su carácter.

Los romanos no tardaron en darse cuenta de que los alemanes pretendían imponer un gobierno implacable en la ciudad. La radio de Roma, de la que evidentemente se habían apoderado las fuerzas ocupantes, emitió un comunicado por el que se ordenaba, bajo pena de muerte, que todos los italianos depusieran las armas. Se estableció un toque de queda, y posteriormente se decretó el fusilamiento inmediato de todo el que deambulara por las calles después de las cinco de la tarde. Una búsqueda a gran escala dio como resultado el arresto de numerosos hombres cuya presencia en Roma se consideraba una amenaza para el régimen. Y al temor de un arresto domiciliario, se añadieron los de ser rodeado en una calle acordonada por un cerco de soldados para ser enviado en un camión de mercancías a alguna fábrica, granja o mina alemana, o a las líneas de defensa que ya se habían comenzado a construir y que resultarían ser un tremendo obstáculo para el avance de las tropas aliadas. Al mismo tiempo, todos los hombres en edad militar corrían el peligro de ser convocados al servicio activo por las autoridades fascistas. Por consiguiente, cientos de jóvenes romanos se marchaban de sus casas cada día. Se calculó que de una población total de un millón y medio de personas en tiempos de guerra, unas doscientas mil se escondieron con la ayuda de las demás, muchas de ellas en iglesias e instituciones religiosas, otras en el Vaticano, y otras en estructuras laberínticas como las del Palazzo Orsini, donde la Duquesa de Sermoneta, parcialmente inglesa

y abiertamente a favor de los Aliados, consiguió esconderse cuando los alemanes fueron a arrestarla.

Evidentemente, los judíos corrían un riesgo aún mayor. Desde 1870, año en que adquirieron todos los derechos de la ciudadanía romana, no había habido ninguna persecución que se asemejara ni de lejos a la cruel amenaza de la ocupación nazi en Europa. En los discursos y conversaciones, Mussolini había vociferado contra ellos a menudo, y bajo la influencia alemana incluso había llegado a aprobar un programa de leyes raciales, pero dicho programa nunca se había llegado a poner en práctica rigurosamente. En aquel momento, algunos abandonaron la ciudad y se marcharon al extranjero, y otros fueron expulsados, pero la mayoría siguió viviendo felizmente en Roma, sin sufrir ningún tipo de intromisión indebida por parte de las autoridades. Sin embargo, el 26 de septiembre, el Coronel Kappler, jefe de la Gestapo en Roma, le exigió repentimente cincuenta kilos de oro a la comunidad judía. Acto seguido, los agentes de la Gestapo asaltaron la sinagoga y amenazaron con atacar las tiendas y las casas de los judíos. Unos ocho mil encontraron refugio en los conventos e instituciones católicas que gozaban de un estatus territorial especial, pero más de dos mil fueron arrestados durante las redadas y deportados a Alemania en condiciones deplorables. Muchos otros, que habían sido avisados a tiempo, consiguieron escapar de Roma, como el escritor Alberto Moravia, por cuyas venas corría sangre judía además de católica, quien logró huir a una casa de campo en Fondi.

Por otra parte, la Gestapo y la policía fascista seguían dando caza a los prisioneros de guerra que lograban escapar, muchos de los cuales confluían en Roma buscando refugio en la neutralidad del Vaticano. Algunos consiguieron volver a sus unidades gracias a una línea de escape que organizó uno de ellos, el comandante S. I. Derry, con la ayuda de un ingenioso e intrépido sacerdote irlandés, el monseñor Hugh O'Flaherty. Arriesgando sus vidas, muchos romanos rompieron el toque de queda y evadieron las patrullas nocturnas para llevar alimentos, dinero, ropa y asistencia médica a un gran número de casas esparcidas por toda la ciudad, en las que se daba refugio a estos fugitivos hasta que pudieran marcharse. A pesar de que muchos italianos que colaboraban en la línea de escape fueron atrapados y fusilados, a los fugitivos casi nunca se les negaba asistencia, por más que ayudarles pudiera implicar la visita a uno de los centros que la Gestapo usaba para los interrogatorios, como el de Via Tasso o la pensión Jaccarino de Via Romagna, en la que, con la ayuda de sus dos amantes italianas, un antiguo vinatero y oficial del

regimiento italiano de los *granatieri* llamado Pietro Koch fue empleado como interrogador externo por el Coronel Kappler. En estos centros, a los combatientes de la resistencia que eran apresados se les sometía a unas torturas tan crueles que algunos de ellos murieron, mientras que otros claudicaron y revelaron los secretos que conocían.

La resistencia clandestina de Roma había comenzado una semana después del anuncio de rendición de Badoglio, cuando, el 9 septiembre, los representantes de los partidos Socialista, Demócrata Cristiano, Comunista y De Acción se reunieron bajo la presidencia del ex Primer Ministro Ivanoe Bonomi y fundaron el primer Comité de Liberación Nacional en Italia. A continuación se crearon muchos otros grupos y comités para dar forma al movimiento de Resistencia italiana que, al final de la guerra, había sufrido más bajas que las del Quinto Ejército aliado durante toda su campaña en Italia. En Roma había también grupos militares, formados por el Coronel Giuseppe Montezemolo con miembros del ejército italiano, que suministraron una excelente red de comunicaciones por toda Italia de gran utilidad para los servicios de espionaje aliados. Y otros grupos, formados por partidarios de distintos partidos, mantuvieron una comunicación intermitente con los cuarteles de las fuerzas aliadas por medio de estaciones de radio secretas creadas por agentes aliados que se encontraban en Roma y, como en el caso de los grupos de los partidos Socialista y Comunista, organizaron actos de sabotaje, ataques a las tropas alemanas y asesinatos de agentes de las SS y de la policía fascista.

Uno de los ataques más famosos fue el que realizó el Partido Comunista contra un destacamento de soldados de un regimiento de la policía alemana que se dirigía a montar guardia en el Ministerio del Interior. Mientras pasaban por Via Rasella se detonó una bomba que estaba dentro de un cubo de basura. En la explosión murieron treinta y dos alemanes, y muchos más resultaros heridos, además de un niño y varios civiles. Todos los implicados lograron escapar, pero los alemanes tomaron terribles represalias. Cuando Hitler se enteró de la noticia, exigió que se fusilara a treinta o hasta cincuenta italianos por cada alemán que hubiera muerto. Después de que el mariscal de campo Kesselring consiguiera bajar la proporción a diez italianos por cada alemán, se saquearon la cárcel principal de Regina Coeli[9] y otros centros de detención para guerrilleros en busca de víctimas, cinco más de las requeridas por algún error de cálculo, después de que Kappler hubiera añadido otras diez a la lista tras la muerte de otro alemán en el hospital. Entre ellas hubo oficia-

les antifascistas del ejército italiano y de los *Carabinieri*, activistas de varios partidos políticos, algunos prisioneros de guerra aliados, setenta y cinco judíos, un sacerdote y un diplomático. La masacre tuvo lugar en las fosas de la Via Ardeatina.

Un brote de esperanza afloró entre los romanos cuando se propagó la noticia de que los Aliados habían aterrizado en Anzio, al norte de la ciudad, el 20 de enero de 1944. Pero una nueva oleada de desesperación se apoderó de ellos cuando se supo que la invasión no había tenido éxito y que, inmovilizados en su cabeza de puente, tal vez tuvieran que verse obligados a retroceder. Las condiciones de vida en Roma se estaban deteriorando a un ritmo vertiginoso. El suministro de agua —así como el del gas y la electricidad— se cortaba con frecuencia, de modo que los aguadores ambulantes volvieron a aparecer, como en los tiempos del Medioevo, y una botella de agua limpia se convirtió en una posesión muy valiosa. Con la escasez de alimentos, los precios se dispararon, floreció el mercado negro y la gente empezó a ofrecer sus pertenencias por la calle (libros, discos, ropa) con la esperanza de conseguir algo de carne, un paquete de sal o una ración extra de pan. Los pobres estaban al borde de la inanición, a pesar de las obras de caridad del Vaticano, que, según Sir D'Arcy Osborne, embajador británico ante la Santa Sede, llegó a distribuir hasta cien mil comidas al día a una lira por persona. En los parques, los árboles se talaban y los bancos se destrozaban para usarlos como leña. Los hombres vivían en el terror constante de ser arrestados o deportados, y un día una mujer embarazada y madre de cinco niños recibió un disparo en la cara y murió mientras corría hacia su marido, al que acababan de arrestar para mandarle a trabajos forzados. Desde aquel día, las mujeres se raparon la cabeza por acostarse con los alemanes.

Sin embargo, las pintadas que se leían en las paredes no arremetían solo contra los alemanes. Al papado, temeroso de empeorar la situación en que se encontraban los romanos en general y los judíos en particular, se le acusaba de no condenar abiertamente los excesos de las fuerzas ocupantes. A los Aliados, que se obstinaban tanto como sus enemigos en violar el estatus de Roma de ciudad abierta, se les reprochaba la negligencia con que llevaban a cabo los ataques aéreos, que si bien iban destinados a objetivos muy precisos, como las líneas ferroviarias, a menudo destruían edificios y mataban a los que vivían en las proximidades. Un ataque que tuvo lugar en el barrio de Testaccio provocó numerosas víctimas mortales; y a consecuencia de otro, contra los cuarteles de Castro

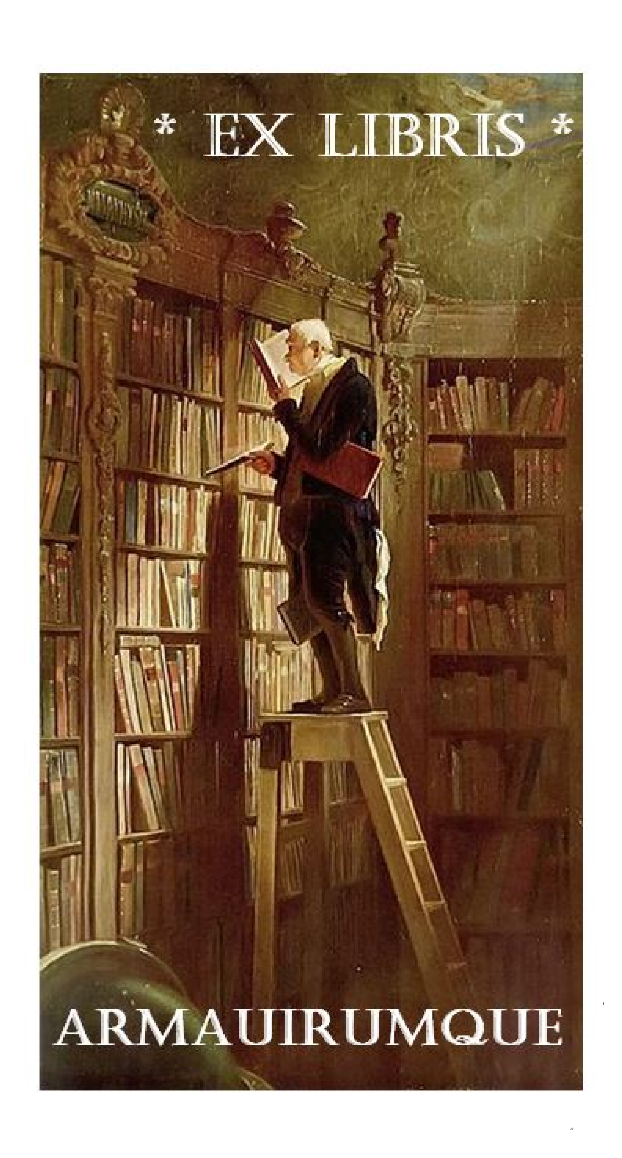
Pretorio, murieron cerca de cien civiles y varios pacientes del cercano hospital Policlinico.

Entonces, a finales de mayo, bajo un lejano estruendo de armas, la ansiada noticia de que los alemanes se estaban preparando para abandonar la ciudad corrió de boca en boca, al tiempo que comenzaron a verse los equipajes de los oficiales en las aceras, conforme los sacaban de los grandes hoteles de Via Veneto. Pero aun así se seguía temiendo que los alemanes defendieran la ciudad como Mussolini quería que hicieran. Sin olvidar el modo en que los romanos habían celebrado su caída un año antes, Mussolini seguía insistiendo en que tenía que haber una batalla en la ciudad, y que si los Aliados la querían, tendrían que luchar por ella y conquistarla calle a calle. Sin embargo, el 2 de junio, el Papa formuló una advertencia, «Quien ose levantar su mano contra Roma será culpable de matricidio ante el mundo y ante la severa justicia de Dios». Aquel mismo día, Kesselring solicitó el beneplácito de Hitler para abandonar la ciudad. Y Hitler, que describió Roma como «un lugar de cultura» que no podía «ser escenario de operaciones de combate», se lo concedió, ignorando las protestas de Mussolini.

La evacuación alemana comenzó. Temiendo que pudiera levantarse una revuelta en Roma, las operaciones se realizaron con la máxima discreción. Kesselring le ordenó al General Maeltzer que asistiera a una función que tendría lugar la noche siguiente, el 3 de junio, en la que Gigli interpretaría una ópera de Verdi, *Un baile de máscaras*. En cuanto cayó el telón comenzó el éxodo general. Al amanecer, ya se veían las tropas alemanas que se escabullían de la ciudad a pie, en vehículos, en bicicleta, la artillería tirada por caballos y los equipajes apilados en carros de caballos romanos que habían sido requisados para ello. Los romanos les vieron marchar con alivio, pero sin resentimiento: incluso hubo quienes ofrecieron bebida y tabaco a los desaliñados soldados de las abatidas columnas. «Continuas columnas de soldados alemanes, cansados y sudorosos pero armados hasta los dientes, pasaron por el Lungotevere, entre la gente que los observaba en fila, en mangas de camisa, todos sucios y en silencio —escribió Mario Praz—. Nadie se ríe, nadie se burla, nadie se compadece. La antigua multitud romana, entre los antiguos monumentos, ve una vez más a un ejército en retirada, comprende y guarda silencio».

En las afueras de la ciudad, la retaguardia alemana, bajo un incesante bombardeo, se afanó en retrasar el avance del enemigo; pero a media tarde, las tropas aliadas ya estaban pasando por delante de San Pablo Ex-

tramuros y avanzaban hacia Porta San Paolo, al tiempo que los tanques norteamericanos chirriaban en su lento camino al pasar por Porta San Giovanni. Familias enteras se asomaron a los balcones y se lanzaron a la calle aclamándoles y aplaudiéndoles, levantando las manos con flores y jarras de vino, y mientras los tanques y camiones seguían retumbando por las calles en la creciente oscuridad, los romanos encendieron velas en las ventanas para celebrar el fin de tan largo sufrimiento.



EPÍLOGO:

LA CIUDAD ETERNA

Bajo el repique de los *campanili*, la mañana del 5 de junio de 1944, el comandante norteamericano del victorioso Quinto Ejército, Mark Clark, subía los escalones de la Cordonata de Miguel Ángel en su camino hacia la Piazza del Campidoglio del monte Capitolino. Desde este monte, en el que Bruto, «aún acalorado y enardecido por el asesinato» de César, había dirigido su discurso al pueblo; en el que Augusto había presentado su ofrenda sacrificial en el maravilloso Templo de Júpiter; en el que los monjes griegos habían orado en la iglesia de Santa María de Aracoeli en la Edad Oscura; en el que Petrarca había recibido la corona de laurel de los poetas; en el que Cola di Rienzo había encontrado la muerte; en el que Gibbon se había inspirado para su gran historia... el hombre que había estado al mando de la liberación contempló la ciudad de Roma.

Les esperaba una tarea abrumadora. Tenían que alimentar a una población acrecentada por un torrente de refugiados de casi dos millones y medio de personas; tenían que rehabilitar los suministros de luz y agua; y, sobre todo, tenían que mantener el orden mientras introducían unas libertades democráticas a las que el pueblo romano no estaba acostumbrado. Teniendo en cuenta las dificultades, la labor progresó bastante bien. Aunque con un uso restringido excepto en el ejército y los hospitales, la luz eléctrica se restableció el 6 de junio. El servicio telefónico se reanudó al día siguiente. Antes de fin de mes, ya se había doblado la ración de pan a doscientos gramos diarios, y los bancos, las escuelas, la universidad, algunas bibliotecas e incluso algunos teatros, habían retomado sus actividades. El servicio postal recomenzó el 1 de julio. A los tres meses, pese a los graves desperfectos que los actos de sabotaje alemán habían causado en los acueductos, el sistema de abastecimiento de agua funcionaba con normalidad. La ley y el orden se mantenían con la ayuda de los *Carabinieri* y de la Guardia de Finanza, que habían entrado en Roma

con los Aliados; y a cargo de las oficinas de la nueva Administración del Capitolio ya había un célebre antifascista como nuevo alcalde, el Príncipe Filippo Doria Pamphili.

Aun así, por toda la ciudad se oían reproches acerca de la lentitud con la que las reformas se estaban llevando a cabo, y de que los Aliados no estaban cumpliendo con su promesa de poner punto final a las adversidades en cuanto los alemanes se replegaran hacia el norte. Una canción popular de la época se usó para criticar al jefe de la administración aliada en Roma, el Coronel Poletti, un norteamericano de origen italiano que había dado unos discursos por la radio sobre los problemas a los que se enfrentaba la ciudad:

Charlie Poletti, Charlie Poletti,
meno ciarla e più spaghetti.
[menos charla y más espaguetis]

Sin duda los romanos, especialmente los ancianos y jubilados, tenían motivos para quejarse. El mercado negro que había florecido bajo el dominio alemán seguía prosperando, las innumerables regulaciones y restricciones de los alimentos seguían siendo tan severas que la pobreza no dejaba de crecer, se seguían requisando edificios y vehículos sin motivo aparente, los oficiales aliados se mostraban a menudo intransigentes y desdeñosos, y a veces el comportamiento de los soldados aliados no era mejor que el de los alemanes. Con todo, quienes lograban ser más objetivos, se daban cuenta de que gracias a las nuevas fuerzas ocupantes se disfrutaba de una mayor libertad de expresión y de movimiento, que los temores y la opresión habían desaparecido, y que los Aliados estaban ansiosos por ceder el gobierno de la ciudad, así como el de todo el país, a los italianos. Para reemplazar el régimen de Badoglio, inmediatamente después de la liberación se había formado un nuevo Gobierno, cuyos miembros eran en su mayoría italianos y cuya autoridad derivaba de la Corona (después de que el Príncipe Humberto hubiera asumido las funciones de jefe de Estado tras la abdicación del Rey Víctor Manuel III), y el 15 de agosto, se había dejado en manos del nuevo Gobierno la administración directa de la ciudad y las provincias circundantes bajo la supervisión de una comisión de control de las fuerzas aliadas.

Lentamente, Roma volvía a convertirse en la ciudad de los romanos. Los errores del pasado se fueron olvidando poco a poco y el pueblo empezó a recuperar su estado natural de buen humor. Después de que

los tribunales hubieran destituido a algunos fascistas de sus cargos y condenado a otros por graves crímenes, después de que la muchedumbre hubiera linchado a varias figuras notorias del gobierno anterior, como el director de la cárcel de Regina Coeli, y después de que se hubieran apedreado y desvalijado los escaparates de las tiendas de algunos fascistas, comenzó a hacerse evidente el deseo de mirar hacia el futuro en lugar de guardar resentimiento por el pasado. En junio de 1946 tuvo lugar un referéndum en el que el país votó en favor de la república, en detrimento de la desacreditada monarquía. El Parlamento volvió a abrir sus puertas en mayo de 1948, tras unas elecciones en las que la mayoría absoluta recayó en el Partido Demócrata Cristiano; y así, bajo el liderato de Alcide De Gasperi, y con la ayuda económica de los Aliados, Italia pudo recuperar su respetable lugar entre las naciones de Occidente, mientras que Roma no tardaría en dar su nombre al tratado que inauguró la unión de muchas de ellas.

Seis siglos y medio después de que el Papa Bonifacio VIII hubiera declarado que el 1300 sería el primer Año Santo de la Iglesia, el Papa Pío XII presidió un nuevo Año Santo en Roma e impartió su bendición a la multitud tal y como la había impartido su predecesor a la multitud entre la que se encontraba Dante. Si bien las grandes tradiciones de la Iglesia se habían mantenido centuria tras centuria, la Iglesia fue cambiando gradualmente. En 1962, el Papa Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II, en el que más de dos mil obispos se reunieron en la inmensa nave central de San Pedro para participar en las deliberaciones que desembocarían en la renovación de la Iglesia.

Durante aquellos años, el aspecto de Roma y la vida en la ciudad también fueron cambiando progresivamente. El auge de la economía italiana, con la consiguiente producción de un millón y medio de vehículos en 1967, hizo que el tráfico de Roma se congestionara y las calles de la ciudad se volvieran más caóticas que nunca. Fuera de las murallas, los nuevos barrios residenciales se extendieron hacia el sur, a lo largo de la orilla izquierda del Tiber; hacia el norte, a lo largo de la vieja carretera que llevaba a Florencia; al este y al sureste, hacia los montes Sabinos y Albanos; y al oeste, a ambos lados de Via Aurelia. La población, de dos millones de personas a principios de la década de 1960, alcanzó la cifra de 2.830.569 en 1983.

Roma se fue convirtiendo en una ciudad cada vez más cosmopolita. Al establecimiento de una sede de la Organización de las Naciones Uni-

das para la Alimentación y la Agricultura en 1950, siguieron el emplazamiento de sedes de otros organismos internacionales, el incremento del personal de los dos cuerpos diplomáticos —el de la República y el de la Santa Sede—, un continuo flujo de estudiantes de varios centros universitarios sufragados por numerosas naciones europeas y americanas, la construcción de nuevos hoteles, la expansión de la industria cinematográfica —concentrada en Cinecittá—,[1] y la consiguiente llegada de una gran cantidad de técnicos, escritores, actores y actrices (perseguidos por los indiscretos *paparazzi*), que se sumaron a las demás categorías de artistas y músicos que desde siempre habían congeniado tan bien con la ciudad.

En el ámbito político, el Partido Demócrata Cristiano perdió la autoridad que le confería su antigua mayoría absoluta. Durante la recesión económica que se produjo tras el florecimiento de los años sesenta, mientras las acusaciones de corrupción contra los ministros causó una crisis de la confianza pública, el Partido Comunista, que había ido ganando terreno bajo el liderazgo de Palmiro Togliatti, consiguió prosperar. Y en 1976, por primera vez en su historia, Roma tuvo un alcalde comunista. No obstante, muchos comunistas seguían siendo católicos devotos. Cuando falleció Togliatti, miles de personas que habían salido a la calle para ver pasar el féretro por el camino que llevaba de Piazza Venezia a San Juan de Letrán, se persignaron ante el cortejo fúnebre, muchas de ellas después de haber saludado con el puño en alto. Pero a la izquierda de la izquierda y a la derecha de la derecha se encontraban organizaciones como las Brigadas Rojas y los Núcleos Armados Revolucionarios (NAR), que a finales de los años sesenta y principios de los setenta cometieron una serie de atentados en Roma. Uno de los más notorios fue el asesinato del líder del Partido Demócrata Cristiano y ex presidente del Consejo de Ministros, Aldo Moro, cuyo cadáver se encontró el 9 de mayo de 1978 en el maletero de un coche que había sido abandonado cerca de la sede de su partido.

Sin embargo, el reinado de terror que muchos periódicos vaticinaron no llegó a producirse. Roma se mantuvo una vez más, como había dicho Belloc, «asombrosamente igual»; y la ciudad supo reafirmar la fascinación y la gloria que había ostentado durante tantos siglos, en los que poetas y patriotas, artistas e historiadores, filósofos y políticos, se habían rendido a su hechizo, «madre de los reinos, capital del mundo, espejo de las naciones». Para Virgilio, Roma representaba la belleza del mundo, guía natural de todas las naciones. Para Master Gregory, el caballero in-

glés del siglo XII y primer viajero de ese país en realizar una descripción detallada de la ciudad, Roma era «absolutamente maravillosa». Nada podía igualar su belleza, hasta de «Roma en ruinas». Para Hildebert de Blois, era incomparable: «Ninguna otra ciudad se puede comparar contigo, oh, Roma, a pesar de tu destrucción, pues tus ruinas nos enseñan lo grandiosa que has sido». Dante llamó a Roma «la que da vida» y a los romanos, el pueblo de Dios. Para Milton era la Reina de la Tierra. Para los emperadores era el centro de autoridad preestablecido. Los zares (césares) de Rusia llamaban a su capital la Tercera Roma, después de que los emperadores hubieran llamado a Constantinopla la Segunda Roma. Byron se hizo eco de una antigua creencia cuando escribió:

> Cuando el Coliseo caiga, Roma caerá.
> Y cuando Roma caiga, caerá el mundo.

Napoleón, seducido por sus encantos, soñó con Roma como capital de su Imperio, y nombró a su joven hijo Rey de Roma. Mazzini también se dejó embrujar. El grito de Garibaldi de «*Roma o morte!*» inspiró el *Risorgimento*. Cavour no podía concebir un reino de Italia en el que Roma no fuera su capital. Mussolini trató de hacer resurgir el Imperio romano. Y su adversario, Churchill, para dar impulso a la captura de Roma por parte de los Aliados, declaró: «Quien se haga con Roma, se hará con Italia».

En una época remota, Rutilio Namaciano había escrito un conmovedor panegírico en el que aseveraba que Roma «ha unido todos los pueblos en una nación y el mundo en una ciudad»: este es el rasgo distintivo de la historia de Roma, el secreto de su perenne vitalidad, lo que la hizo merecedora de ser la ciudad «próspera y gloriosa» de Shakespeare, la esencia de la Ciudad Eterna.

PARTE III

NOTAS DE TOPOGRAFÍA, CONSTRUCCIONES Y OBRAS DE ARTE

Debido a su gran variabilidad, en este libro no se han señalado los horarios de apertura de los numerosos museos, galerías, palacios, monumentos e iglesias de la ciudad, por lo que para visitarla es fundamental el uso de una buena guía de viajes, como la excelente guía de Georgina Masson, *Companion Guide to Rome*. Para la elaboración de estas notas nos han resultado de inestimable valor los siguientes volúmenes: *Pictorial History of Ancient Rome* de Ernest Nash (2 vols., Zwemmer for the Deutsches Archaeologisches Institut, 1961), *Guide to Baroque Rome* de Anthony Blunt (Granada, 1982), *Rome: Profile of a City 312-1308* de Richard Krautheimer (Princeton University Press, 1680) y la indispensable *Guida d'Italia: Roma e Dintorni* (Milán, 1965).

La letra versalita de ciertos términos indica que cuentan con una explicación propia en la entrada en que se encuentran o que poseen una entrada independiente en estas notas, que se indicará con la negrita utilizada en el índice.

1. MITOS, MONARCAS Y REPUBLICANOS

1. Lo que se conoce como LAS SIETE COLINAS DE ROMA son los montes Palatino, Esquilino, Viminal, Quirinal, Capitolino, Celio y Aventino. Entre ellos no se encuentran ni el Pincio, ni el Janículo porque estos últimos nunca llegaron a formar parte de la antigua ciudad. Las altitudes son las siguientes: Capitolino y Aventino, cuarenta y siete metros; Palatino y Celio, cincuenta metros; Janículo, ochenta y cinco metros. Los montes Esquilino, Viminal y Quirinal se alzan sobre una meseta que en el límite oriental, cerca de PORTA PIA, alcanza los sesenta y tres metros, pero sin ningún repecho especialmente empinado. Antiguamente, las laderas de las colinas más próximas al Tíber eran más escarpadas.

2. El CAMPUS MARTIUS O CAMPO DE MARTE (CAMPO MARZIO, en italiano) fue en su día una amplia llanura, delimitada por el enorme meandro que forma el río Tíber a su paso por Roma, que se usaba para ejercicios militares hasta que,

entre los años 27 y 25 a. C., Agripa mandó construir templos, termas y jardines públicos. Gracias a las restauraciones de Adriano, la zona se convirtió en uno de los mayores centros monumentales de la ciudad. El geógrafo griego Estrabón escribió en el año 7 a. C.: «Superior a todos es el Campus Martius. La grandeza de la llanura es de por sí maravillosa, abierta a los caballos y carreras de carros, así como a las multitudes que participan en los juegos de pelota y actividades de gimnasia. El campo está cubierto de hierba que permanece verde todo el año, y rodeado por edificios y colinas que llegan hasta las orillas del río. El resultado es un efecto escénico difícil de olvidar». La zona perdió su aspecto idílico hacia finales del siglo VI. En 1822 se descubrió una parte del pavimento del antiguo Campus Martius a poco más de dos metros de profundidad por debajo de Piazza di Campo Marzio, que toma su nombre de una iglesia cercana fundada en el siglo VIII.

3. No se sabe con exactitud dónde se encontraba el TEMPLO DE JANO que mandó levantar Anco. Puede que se hallara en el lugar del ARGILETO, uno de los antiguos centros romanos del comercio, que daba al FORO (véase nota 33, capítulo 2). Durante la primera guerra púnica (264-241 a. C.) se construyó un templo dedicado al mismo dios en el FORO HOLITORIO, frente al TEATRO DE MARCELO, que fue restaurado por Tiberio en el 17 d. C. En el siglo III a. C. también se construyeron cerca de allí el TEMPLO DE LA ESPERANZA y un templo dedicado a JUNO SOSPITA. Más tarde, una parte de dichos templos se incorporó a la iglesia de SAN NICOLÁS IN CARCERE. Esta iglesia, que toma su nombre de una cárcel del siglo VIII, existe al menos desde 1128 y se restauró en 1599. La fachada es, probablemente, de Giacomo della Porta.

4. Véase nota 4, capítulo 3.

5. Véase nota 1, capítulo 2.

6. El imponente TEMPLO DE JÚPITER ÓPTIMO MÁXIMO, MINERVA Y JUNO, al que se conoce como el TEMPLO DE JÚPITER CAPITOLINO, fue el templo principal de la Antigua Roma. Abarcaba una amplia extensión al suroeste de la cumbre del monte Capitolino, cerca de la ROCA TARPEYA. Se consagró en el 509 a. C. El Senado lo usaba para celebrar la primera sesión de cada año; y en él, un general romano ofreció un sacrificio a Júpiter para festejar un triunfo después de la procesión triunfal. El templo se reconstruyó en diversas ocasiones. La más importante tuvo lugar en el 69 a. C., cuando Quinto Lutacio Catulo le añadió unas columnas corintias blancas procedentes de Atenas. Más tarde, Marcial se refirió

a él como «el templo feo que Catulo afeó aún más». Tras las restauraciones de Augusto y Domiciano, el templo seguía siendo un lugar de interés cuando el Emperador Constantino II visitó Roma en el 357. Sin embargo, los vándalos lo saquearon el año 455 y para la Edad Media ya había desaparecido bajo las casas, jardines, mercados y fortalezas del monte Capitolino. Actualmente se encuentra debajo del PALAZZO DEI CONSERVATORI.

7. Si bien la construcción de la CLOACA MÁXIMA comenzó en la época de Tarquinio, las obras del techo abovedado no finalizaron hasta el 33 a. C. En los tiempos de Tarquinio probablemente se trataba de un canal abierto que salía del ARGILETO, de la depresión del terreno en la que confluían los arroyos que descendían de los montes Quirinal, Viminal y Esquilino, y recorría el FORO, al que también drenaba, hasta desembocar en el Tíber debajo de Ponte Rotto (PONTE EMILIO, véase nota 15, capítulo 4), cerca del mercado de ganado del Foro Boario. Este canal permaneció al descubierto al menos hasta finales del siglo III a. C., mientras que el techo abovedado, construido con una roca porosa que recibe el nombre de toba, no puede ser anterior al siglo II a. C. Aún se puede admirar, prácticamente intacto, el arco semicircular de cinco metros de diámetro de la abertura.

8. La ROCA TARPEYA del monte Capitolino debe su nombre a Espurio Tarpeyo, jefe encargado de la guarnición romana durante la guerra contra los sabinos, cuya hija, Tarpeya, permitió que el enemigo entrara en la ciudad. La Roca era el lugar en que se ejecutaba a los traidores. La Via di Monte Tarpeo rinde honor a su memoria.

9. Los restos del TEMPLO DE VESTA que podemos admirar en el Foro corresponden a los de la reconstrucción que Septimio Severo llevó a cabo tras el incendio del año 191. El templo circular original, probablemente construido con juncos y cubierto por un tejado de paja, se reconstruyó en muchas ocasiones a causa de numerosos incendios. A pesar de que se usaran materiales distintos para su reedificación, el templo mantuvo la forma circular de las primitivas cabañas que usaban los fundadores de Roma.

10. La CASA DE LAS VÍRGENES VESTALES fue reconstruida en los tiempos de Nerón después del incendio del año 64 d. C. Más tarde se restauró y amplió. Los restos corresponden a los de la reconstrucción del siglo II. La casa se edificó alrededor de un gran patio central rodeado de un pórtico de dos pisos. En el centro había estanques y jardines y posiblemente unas pequeñas arboledas. El extremo

oriental albergaba un amplio pabellón con habitaciones a ambos lados en las que se guardaban los ornamentos sagrados. A lo largo de las alas norte y sur del patio se encontraban las dependencias habitables. Aunque al principio no había más de cuatro vírgenes, y luego seis, los alojamientos eran extremadamente espaciosos y podían llegar a ocupar hasta cuatro plantas. Las vírgenes vestales existieron hasta el año 394. Entre las estatuas de las vestales, hay una cuyo nombre se ha borrado. Se cree que podría tratarse de Claudia, quien se convirtió al cristianismo en el 364.

11. Gracias a las investigaciones arqueológicas, hoy sabemos que las MURALLAS SERVIANAS, que toman su nombre del Rey Servio Tulio, no fueron construidas durante su reinado, en el siglo VI a. C., sino después del incendio que provocaron los galos en Roma en el 387 a. C. La muralla anterior, que pudo haber sido el tipo de fortificación primitiva que se levantaba con montículos de tierra y estacas, se construyó con bloques de una toba blanda y grisácea, el *cappellaccio*, que se encuentra en el subsuelo de Roma, debajo de una capa arcillosa de Plioceno. La muralla que la reemplazó después del incendio está hecha de una toba amarillenta más sólida, procedente de las canteras de Grotta Oscura que se encontraban en Veyes, una cercana ciudad del norte. En varios puntos de esta segunda muralla del monte Capitolino aún se pueden observar las incrustaciones de algunas piedras de la muralla original de Servio Tulio.

12. Desde el siglo III a. C., además del *cappellaccio* y la toba de Grotta Oscura, también se usaba otro tipo de material de construcción: una toba de color gris oscuro, denominada *peperino*, que se extraía de los montes Albanos y era lo suficientemente fuerte como para poder construir vigas y arquitrabes. La primera prisión romana, la cárcel TULLIANA, de la que toma su nombre la Via del Tulliano, se construyó con *peperino* después de la invasión de los galos en el 387 a. C. Otro material más fuerte y áspero que empezó a usarse en el siglo III fue la piedra denominada *sperone*, procedente de las canteras del cráter volcánico de lago Gabino. A lo largo del siglo II a. C. se hicieron varios experimentos con unas tobas marrones que se extraían de varias canteras de las inmediaciones de Roma, en Monte Verde, al sur del Janículo y cerca del río Anio (actualmente, Aniene). Esta última, la toba del Aniene, está presente en la mitad de las ruinas del FORO. Durante el siglo II también se descubrió que la *pozzolana*, un tipo de ceniza volcánica, podía mezclarse con cal para producir un cemento muy fuerte y que si este cemento se combinaba con fragmentos de toba, se obtenía hormigón. Este fue el que se usó en los cimientos de la reconstrucción del TEMPLO DE LA CONCORDIA (120 a. C.) y del TEMPLO DE CÁSTOR Y PÓLUX (117 a. C.). Un siglo

después ya eran comunes las paredes de hormigón revestidas de mármol. Antes del final de la República, también se hizo muy común el travertino, una roca calcárea que se encontraba en grandes cantidades cerca de Bagni, en la carretera que lleva a Tívoli. Se trata de un material que es blando cuando se extrae, pero que se endurece rápidamente y además posee un estupendo color blanco o pajizo. Más tarde se utilizaría para la columnata de SAN PEDRO. Aunque los ladrillos no se emplearon en la construcción de paredes hasta los días del Imperio, las tejas de ladrillo se usaron para los tejados durante seis siglos antes de Cristo.

13. Véase nota 2, capítulo 2.

14. Véase nota 1, capítulo 2.

2. ROMA IMPERIAL

1. El FORO, cuya extensión es de más de veinte mil doscientos metros cuadrados, se había quedado pequeño para todas las reuniones y actividades públicas que albergaba. Sila ya había planeado cambios sustanciales en su composición, y en el 78 a. C., el TABULARIO, archivo oficial del Estado romano, se había construido para cerrar el extremo noroeste del área que quedaba a los pies del monte Capitolino. El Tabulario es un gran edificio de *peperino* gris volcánico con columnas dóricas que actualmente forma la base del PALAZZO SENATORIO, con vistas al Foro. Sin embargo, Julio César fue quien propuso el proyecto más ambicioso para la ampliación de la zona. Su proyecto abarcaba la VIA SACRA por el norte, incluso más allá de la BASÍLICA EMILIA, y se cerraba por el lado sur con la BASÍLICA JULIA.

2. Según la tradición, la CURIA, antigua sede de las reuniones del Senado romano, fue fundada por Tulio Hostilio, tercer rey de Roma. El edificio original, conocido como Curia Hostilia, fue restaurado en el año 80 a. C. Más tarde, César la reformó y le dio su ubicación actual. Después del incendio de 283 d. C., Diocleciano (284-305) ordenó su reconstrucción. En el siglo VII, el Papa Honorio I la convirtió en una iglesia, pero fue demolida en la década de 1930, de modo que se volvió a construir la Curia como un austero edificio de ladrillo, tal y como la había dejado Diocleciano. Puesto que en la Curia solo había espacio para trescientos senadores, que se sentaban en anchos escalones por encima del podio de quien presidía, las reuniones solían llevarse a cabo en otro lugar capaz de albergar a los novecientos que llegaron a ser en tiempos

de César. Junto al podio se alzaba un pedestal con la diosa de la Victoria. Un decreto imperial de 357 d. C. ordenó que se quitara la estatua de la diosa, que luego volvió a colocarse como consecuencia de una protesta de los senadores paganos en el 392, hasta que, dos años más tarde, la estatua desapareció definitivamente.

3. La ROSTRA, o tribuna de los oradores, debe su nombre a los espolones (*rostra*) de los barcos que se capturaron en la batalla de Anzio del 338 a. C. y se usaron para decorar los muros de dicha tribuna. Al principio, la Rostra se levantó delante del COMITIUM, el espacio abierto que quedaba frente a la CURIA. El Comitium, que era donde se reunían las asambleas populares, era asimismo el lugar en que se sentaban los embajadores extranjeros durante las sesiones del Senado. César la trasladó hacia el centro del Foro, en el extremo Capitolino, donde aún podemos ver sus restos. La muchedumbre que se apiñaba en torno a la Rostra y en el espacio que la rodeaba durante la época de César era muy parecida a la que Plauto describió un siglo y medio antes. Toda el área —según la traducción que Ward Perkins hizo de la paráfrasis del profesor De Ruggiero—, estaba abarrotada de juristas, litigantes, banqueros, mandatarios, tenderos, prostitutas, adivinos, bailarinas, intrigantes y chismosos: «Parásitos inútiles que esperan las propinas de los ricos, solemnes caballeros, enfermos que beben las aguas de la fuente de Juturna [...]. Cerca de allí, en la plaza del pescado, los vividores. Y, por todas partes, un populacho de vagabundos y holgazanes, hombres mundanos a los que tan bien se les dan las apuestas como las habladurías y el difundir falsos rumores y pomposas opiniones sobre asuntos de estado. Y, con ellos, esos crédulos e ingenuos que colman el Foro y el Comitium en tiempos de crisis, cuando se habla de grandes augurios, que acuden para enterarse del lugar exacto en que ha caído la lluvia de leche y sangre».

4. La BASÍLICA JULIA fue construida casi por completo bajo el mandato de Julio César entre los años 55 y 44 a. C. y completada por Augusto. Diocleciano la restauró después del incendio del 283 d. C. Estaba flanqueada por dos calles que llevaban al Foro desde la orilla del río: Vicus Jugarius, al noroeste; y Vicus Tusculus, centro del mercado etrusco, al sureste. Hoy solo quedan los cimientos.

5. La VIA SACRA abarcaba una distancia de quinientos metros que se extendía en dirección oeste desde el Velio, donde se levantaría el ARCO DE TITO, hasta los pies del monte Capitolino, girando aquí o allá para sortear algunos edificios monumentales. Cruzaba el FORO por la mitad, pasando por delante de la BASÍLI-

CA JULIA y los templos de VESTA, CÁSTOR Y PÓLUX, y SATURNO. Las procesiones triunfales de los victoriosos generales romanos recorrían la Via Sacra atravesando el Foro hacia el TEMPLO DE JÚPITER CAPITOLINO.

6. El TEMPLO DE VENUS GENETRIX, construido como ofrenda de César tras la victoria de Farsalia, se consagró en el 46 a. C. y fue restaurado por Trajano. Una parte de la reconstrucción de los pórticos que se realizó en el siglo IV ha sobrevivido hasta hoy. Al principio, Venus era la diosa de la vegetación y los jardines, pero más tarde se identificó con la diosa griega del amor, Afrodita. Como supuesto antepasado de la familia de Julio César, su culto se generalizó durante los años del Imperio.

7. El TEATRO DE POMPEYO, erigido en el 55 a. C., fue el primer teatro romano construido en piedra. Por orden de Pompeyo, el proyecto siguió el estilo del teatro griego de la isla de Lesbos, en el que había recibido los honores tras su victoria contra el Rey Mitrídates. El teatro, que contenía un Templo de Venus Victrix, fue inaugurado con varios conciertos y una caza de bestias salvajes en la que se masacró a dieciocho elefantes y quinientos leones. Diferentes autores afirman que el edificio, que podía albergar entre doce mil y veintisiete mil personas, seguía la curva de Via di Grottapinta. Nerón lo recubrió de oro el año 66 d. C. para la recepción del Rey Tirídates de Armenia, y más tarde fue restaurado por Teodorico el Godo. El Hércules de bronce, que ahora se encuentra en los MUSEOS VATICANOS, se halló en 1864. Los Orsini adquirieron el teatro a principios de la Edad Media, y de ellos pasó a la familia Pío, que fue la que le añadió su imponente fachada. Más tarde, la familia Condulmer, a la que pertenecía el Papa Eugenio IV (1431-1447), construyó el PALAZZO RIGHETTI sobre sus ruinas.

8. El ARA PACIS AUGUSTAE fue descubierta en el siglo XV bajo el PALAZZO FIANO. El gran Duque de Toscana adquirió una parte del altar, mientras que las demás, después de pasar por varias manos, llegaron a diversos museos de Roma y al Louvre. La reconstrucción del altar, cuyos fragmentos no recuperados han sido representados por facsímiles, está expuesta actualmente dentro de una estructura de cristal entre el AUGUSTEUM y el Tíber.

9. El TEMPLO DE MARTE VENGADOR terminó de construirse en el año 2 a. C. Ubicado entre las columnatas del FORO DE AUGUSTO, contaba con ocho columnas en la inmensa fachada, revestida con mármol blanco de Carrara. Un único tramo de escaleras llevaban al podio. Una parte de la escalera y algunas columnas han sobrevivido hasta hoy. Al noreste, un muro muy alto separaba el templo y el

foro de la Suburra, uno de los barrios más pobres de la ciudad, entre los montes Viminal y Esquilino.

10. Por orden de Augusto, el TEMPLO DE CÉSAR fue erigido en el año 29 a. C. para honrar su memoria en el lugar del Foro en el que fue incinerado su cuerpo, y donde Marco Antonio pronunció su famoso responso. La nueva ROSTRA se levantó enfrente de la fachada del templo, orientada hacia el Capitolio.

11. La BASÍLICA EMILIA fue construida en el 179 a. C. por los censores Marco Emilio Lépido, que le da su nombre, y Marco Fulvio Nobilior. Es una de las basílicas más hermosas y antiguas de Roma. Tras la restauración de la familia Paulo y la completa reconstrucción de Augusto después de un incendio, Plinio el Viejo la consideró uno de los edificios más bellos del mundo. Poseía una doble hilera de columnas en dos plantas que daban al FORO. La nave central, en la que se llevaban a cabo los negocios y se administraba la justicia, cubría un área de noventa y cuatro metros por veinticuatro, mientras que el área total abarcaba diez mil metros cuadrados. La nave estaba dividida en otras tres naves separadas por columnas de mármol italiano (*cipollino*) y mármol africano. La basílica se encontraba en una zona que anteriormente habían ocupado los carniceros y más tarde los prestamistas. Tras la construcción de la basílica, estos últimos siguieron ejerciendo su actividad a lo largo del muro exterior que daba al Foro. Las ruinas que vemos actualmente corresponden a la reconstrucción de Augusto.

12. El TEMPLO DE SATURNO fue inaugurado en el 497 a. C., durante la República, cuando las saturnalia se instituyeron como festividad pública. Es uno de los templos más antiguos de Roma, así como uno de los monumentos principales de la República. Se alzaba a los pies del monte Capitolino sobre una magnífica elevación. Uno de los generales de César lo reconstruyó en el 30 a. C. con el botín que había conseguido tras una campaña en Siria, y en el siglo IV se volvió a hacer tras sufrir un incendio. Durante muchos años fue la sede del Tesoro romano. Ocho de las impresionantes columnas del vestíbulo han sobrevivido hasta hoy.

13. Según una antigua tradición, el TEMPLO DE LA CONCORDIA fue un santuario erigido en el 367 a. C. para conmemorar el acuerdo entre los patricios y los plebeyos. Fue restaurado en el 121 a. C. y más tarde reconstruido por Tiberio entre los años 7 y 10 d. C. Solía usarse para las reuniones del Senado. Se hallaba a los pies del monte Capitolino, justo debajo del TABULARIO. Todo lo que sobrevive es una áspera plataforma de escombros, parcialmente recubierta de piedra.

14. El Templo de Cástor y Pólux fue construido hacia el año 430 a. C. tras una batalla ganada por el dictador romano Aulo Postumio, quien había prometido a los Dioscuros, hijos de Zeus, honrarles por la victoria. Según la leyenda, los hijos de Zeus habían participado en la batalla en favor de los romanos y habían cabalgado hasta la ciudad, donde se les había visto abrevando los caballos en la fuente de Juturna, principal fuente de Roma alrededor de la cual se reunían los ciudadanos para oír las últimas noticias y beber sus aguas, supuestamente curativas. El templo se levantó cerca de esta fuente por orden del hijo de Aulo Postumio tras la muerte de su padre. Fue restaurada por primera vez en el 117 a. C., y más tarde por Augusto, en el año 6 a. C. Contaba con ocho columnas frontales y once laterales. Tres de las columnas de la parte oriental del templo aún siguen en pie, están hechas de mármol pario y datan de la restauración de Augusto.

15. La casa del Pontifex Maximus o Regia era, tradicionalmente, la residencia oficial de Numa Pompilio y los últimos reyes de Roma. Se hallaba al este del Templo de César. Desde principios de la República se convirtió en la residencia de la máxima autoridad religiosa del Estado romano, el Pontifex Maximus. Aquí era, además, donde se guardaban los archivos de la República. Sobre el año 36 a. C. se reconstruyó en mármol después de un incendio, y el Emperador Septimio Severo la restauró hacia finales del siglo II. Julio César vivió en ella los últimos meses de su vida, y de ella salió hacia la Curia Pompeya, donde encontró la muerte.

16. El Templo de Júpiter Tonans se terminó de construir el 22 a. C. En una moneda aparece con seis columnas frontales, y probablemente, como muchos otros templos, estaría flanqueado por una hilera de columnas a ambos lados.

17. Augusto mandó construir el Templo de Apolo en el Palatino tras la batalla naval de Actium del 31 a. C., cuando derrotó a la flota de Cleopatra y Marco Antonio. Fue célebre por sus hermosas columnatas de mármol amarillo, así como por sus esculturas y pinturas de maestros griegos. Las dos columnatas ubicadas frente al templo albergaban las bibliotecas latina y griega. Los restos del templo se encuentran en la parte suroccidental del monte Palatino, cerca del antiguo valle de Velabro.

18. La Lupercal, o gruta de la loba, era una cueva situada al noroeste del monte Palatino en la que celebraban las Lupercalia (o lupercales), los ritos que se practicaban en honor del dios Fauno o Pan. Dichos ritos consistían en

el sacrificio de una cabra, cuya piel se cortaba a jirones. Una vez repartidas las tiras resultantes entre los jóvenes, estos corrían desnudos por el monte Palatino dándoles latigazos a todas las mujeres que se les acercaban, convencidas de que un golpe de estos bastase para evitar la infertilidad. La leyenda de Rómulo y Remo se identificó inmediatamente con esta gruta. Cerca de la gruta se construyó la IGLESIA DE SANTA ANASTASIA, tal vez de acuerdo con la antigua práctica de la Iglesia de sustituir los ritos paganos por celebraciones cristianas. La fundación de esta iglesia, ubicada en el extremo sur de Via di San Teodoro, entre el CIRCO MÁXIMO y el Palatino, es muy antigua; probablemente ya existía a principios del siglo IV. Fue reconstruida en varias ocasiones a partir de 1606. Después de que un ciclón destrozara el pórtico en 1634, la fachada, que luce las armas de Urbano VIII, fue reconstruida en 1636, probablemente según el diseño de Domenico Castello. El interior fue restaurado en 1722.

19. El TEMPLO DE QUIRINO fue construido en el 293 a. C. en el monte Quirinal. Quirino es una deidad muy antigua cuyos flámenes eran los terceros en importancia, por detrás de los de Júpiter y Marte. Según parece, en la Antigüedad clásica se perdieron sus funciones, que se relacionaron con las de Marte. Con el paso del tiempo, Rómulo se identificó con Quirino.

20. Tradicionalmente, la fundación del TEMPLO DE DIANA en el monte Aventino se establece en la época del reinado de Servio Tulio. A instancias de Augusto, fue restaurado por su yerno, el General Agripa, que se había casado con su hija Julia. Probablemente, Diana fue una deidad de los bosques que llegó a convertirse en diosa de la fertilidad. Muy pronto, su culto se identificó con el de Artemisa, virgen cazadora y diosa del alumbramiento.

21. Según la tradición, el TEMPLO DE JUNO REGINA en el monte Aventino fue construido a raíz de una promesa que hizo Marco Furio Camilo, salvador de Roma tras la invasión de los galos, durante una batalla contra los etruscos hacia 396 a. C. Juno, hermana y esposa de Júpiter, fue una de las principales diosas romanas. Era la diosa de la luz y la patrona de la femineidad, por lo que el mes de Juno (junio) se consideró el momento más propicio para el matrimonio. Juno era también la patrona de los fondos del Estado; y con el título de Moneta, poseía otro templo en el monte Capitolino, el TEMPLO DE JUNO MONETA. Después de que Lucio Furio Camilo se lo dedicara en el 344 a. C., el templo se convirtió en la primera Casa de la Moneda romana. De este modo la palabra *moneta* llegó a identificarse con la fabricación del dinero y con la propia moneda. El

templo se hallaba en la cumbre noreste del monte Capitolino, conocida como *Arx, la ciudadela de Roma, donde hoy se encuentra la* IGLESIA DE SANTA MARÍA DE ARACOELI.

22. El MAUSOLEO DE AUGUSTO —al igual que el Mausoleo de Adriano; hoy, CASTEL SANT'ANGELO— era un tumba cilindrica de estilo etrusco construida con piedra de travertino. Su altura es de cuarenta y cuatro metros. Encima del techo se alzaba un montículo de tierra adornado con cipreses. Construido en vida por Augusto, el mausoleo albergó los restos del Emperador, los de su esposa Livia, los de su hermana Octavia, los de su yerno Agripa y los de varios miembros de la dinastía Julia-Claudia. Con el tiempo se deterioró y cayó en ruinas tras el derrumbamiento del Imperio romano. En el siglo XII se convirtió en la fortaleza de la familia Colonna. Más tarde, los constructores lo usaron como cantera de la valiosa piedra de travertino. Durante el siglo XX se usó como sala de conciertos hasta que se cerró en 1936, cuando comenzó la reestructuración de toda la plaza, llamada Piazza Augusto Imperatore.

23. La construcción del TEATRO DE MARCELO comenzó en la época de Julio César y terminó en el año 13 d. C. con Augusto, quien, para ello, ordenó la demolición de varios templos. Augusto se lo dedicó a Marcelo, el hijo de su hermana Octavia, que había muerto a temprana edad. Fue diseñado para albergar a veinte mil espectadores. Revestido en piedra de travertino, su solidez y excelente posición sobre la isla del Tiber hizo que la familia Fabia lo transformara en fortaleza a mediados del siglo XII. Durante la Edad Media siguió siendo un punto importante de vigilancia, ya que desde él se controlaban los puentes de la isla Tiberina y el famoso barrio de Trastevere, situado en la otra orilla del río. En el siglo XIII pasó a manos de la familia Savelli, que arrendó cada uno de los espacios que formaban las arcadas de la galería a carniceros y artesanos y, en el siglo XVI, construyó el palacio según el proyecto de Baldassarre Peruzzi. Los Orsini adquirieron todo el complejo en 1712, por lo que hoy el palacio recibe el nombre de PALAZZO ORSINI. El oso —de *orso,* Orsini—, emblema de la familia, aún se puede admirar en la puerta de Via di Monte Savello. Desde que se eliminaron las pequeñas tiendas y talleres, también podemos contemplar los dos órdenes de arquería que conforman la fachada.

24. Sobre los vastos restos de lo que un tiempo fueron las TERMAS DE DIOCLECIANO se encuentra el MUSEO DELLE TERME, que alberga una de las mejores colecciones mundiales de pintura y escultura clásicas.

25. En la parte oeste del monte Palatino, sobre un áspero declive del terreno que asoma al Tíber, sobreviven los restos de la suntuosa villa que se conoce como Casa de Livia. Se cree que esta casa perteneció al propio Augusto, que se casó con Livia en el 38 a. C., después de que ella se separara de Tiberio Claudio Nerón. Probablemente, tras la muerte del Emperador (14 d. C.), Livia siguió viviendo en esta villa hasta que murió quince años después. La casa posee el atrio tradicional (*atrium*), desde el que se accede al comedor (*triclinium*), y una sala más amplia (*tablinum*). Aún se conservan los frescos de algunas habitaciones.

26. La Domus Tiberiana fue construida al noroeste del monte Palatino, no muy lejos de donde vivía Augusto. Al oeste pasaba la antigua calle de Clivus Victoriae. El palacio se restauró bajo Domiciano y luego en tiempos de Adriano. Una plataforma que descansaba sobre arcos aún visibles la proyectaba sobre el Foro.

27. Giacomo da Vignola diseñó los Jardines Farnesianos (Orti Farnesiani) para el Cardenal Alejandro Farnesio, futuro Papa Pablo III. Una gran parte se ha perdido a causa de las excavaciones arqueológicas, pero lo que queda de ellos aún nos permite imaginar lo hermosos que debieron de ser en su día, cuando constituían uno de los principales jardines botánicos de Europa. Las vistas que ofrecen son una de las más bellas de Roma.

28. La cárcel Mamertina, cuyo nombre data de la Edad Media, fue la prisión oficial de la Antigua Roma. En el nivel inferior contenía una celda dentro de una cisterna de agua llamada Tullianum. Solo se accedía a ella a través de un agujero del suelo del nivel superior y la única salida era un desagüe por el que se tiraban los cuerpos a la Cloaca Máxima. En esta cárcel murieron Vercingétorix el Galo y Yugurta el Africano. La leyenda medieval que afirma que San Pedro fue encarcelado en esta prisión llevó a la conversión del edificio en la iglesia de San Pietro in Carcere. En el piso superior se construyó iglesia de San Giuseppe dei Falegnami. Cuando Charles Dickens visitó San Pietro in Carcere en 1845, con su acostumbrado gusto por lo macabro, notó que las paredes estaban llenas de «dagas oxidadas, cuchillos, pistolas, garrotes y diversos instrumentos de muerte y violencia, que, listos para su uso, habían sido colgados en la pared para ganar el favor del paraíso ofendido».

29. El Emperador Alejandro Severo reconstruyó las Termas de Nerón, en el Campo de Marte, a principios del siglo iii. Probablemente fueron muy parecidas a las Termas de Caracalla y a las Termas de Diocleciano.

30. El Laocoonte (cuyo descubrimiento se describe en el capítulo 9) estuvo expuesto en el palacio del Emperador Tito. Actualmente se encuentra en el Patio del Belvedere del Vaticano.

31. Los restos que aún quedaban de la Domus Aurea fueron definitivamente demolidos en el año 121, cuando el Emperador Adriano comenzó las obras del Templo de Venus y Roma.

32. El Templo de Claudio se hallaba cerca del Coliseo, en el monte Celio. Comenzó su construcción Agripina, viuda de Claudio y madre de Nerón; y después de haber sido prácticamente destruido por este último, Vespasiano llevó a cabo una suntuosa reconstrucción. Contaba con ocho columnas frontales y estaba ubicado en el centro de un amplio perímetro de ochocientos metros.

33. El Foro de Vespasiano fue construido transversalmente sobre lo que hoy es la Via dei Fori Imperiali. Se trataba de una enorme área delimitada por una columnata que quedaba al noroeste de la iglesia de los Santos Cosme y Damián, que fue construida en su biblioteca. El Foro de Nerva, o forum transitorium, se construiría a su lado. Este foro, inaugurado en el 97 d. C., se levantó sobre las antiguas calles del Argileto, el centro de los libreros y copistas, que llevaba al concurrido barrio de Suburra. Dentro del foro se encontraba el Templo de Minerva, que suele aparecer en las imágenes del siglo xvi que representan las vistas de Roma. El Papa Pablo v lo usó como cantera en 1606 para construir su fuente del Acqua Paola. De él solo ha quedado el podio en ruinas.

34. El Templo de la Paz, al igual que el Foro de Vespasiano, fue parcialmente financiado por las riquezas saqueadas del Templo de Jerusalén. Era un edificio rectangular de ciento treinta metros de longitud rodeado por una columnata. Fue inaugurado en el año 75 d. C. Por su posición en el Foro, Plinio lo consideró uno de los lugares de mayor interés de Roma.

3. PAN Y CIRCO

1. Durante siglos, el Coliseo fue el monumento más famoso de la Antigua Roma, así como una cantera que se sometía constantemente a pillaje. Entre otras muchas construcciones, el Ponte Sisto y el Palazzo Venezia se beneficiaron de sus materiales. Por otra parte, los botánicos también supieron sacarle partido. En 1813, Antonio Sebastiani, autor de *Flora Colissea*, realizó un elen-

co de 261 especies que crecían en él, y en 1855, Richard Deakin añadió más de 150 especies nuevas al catálogo. En el siglo XIX, Pío VII restauró el Coliseo, como más tarde también harían León XII, Gregorio XVI y Pío IX.

2. El CIRCO FLAMINIO, hoy desaparecido, fue construido por el censor C. Flaminio en 221 a. C. Se encontraba en Via Catalana, entre el TEATRO DE MARCELO y un palacio enorme y siniestro, el PALAZZO CENCI.

3. El CIRCO CAYO, que comenzó a construirse por orden de Calígula y finalmente completó Nerón, se hallaba en la zona que hoy ocupa SAN PEDRO. De él no ha quedado más que el obelisco, que en su momento pudo formar parte del muro de separación y que con toda seguridad se encontraba al sur de la basílica antes colocarlo en la posición que ocupa hoy en día, en el centro de la plaza (véase capítulo 11).

4. El CIRCO MÁXIMO, de casi medio kilómetro de longitud, se encuentra en el valle ubicado entre los montes Palatino y Aventino. Se decía que lo había construido uno de los reyes de Roma, Tarquinio Prisco o Tarquinio el Soberbio, en el lugar en que se produjo el rapto de las sabinas, pero, aunque algunas de las verjas de los carros (*carceres*) pueden datar del siglo IV a. C., lo más probable es que no terminara de construirse hasta el siglo II a. C. Augusto instaló la tribuna imperial en la zona de la arena que corresponde al Palatino, además de erigir el obelisco que hoy se encuentra en PIAZZA DEL POPOLO. Dos incendios destruyeron casi por completo el Circo Máximo: uno en la época de Nerón y otro en tiempos de Domiciano. Trajano lo reconstruyó de nuevo, Caracalla lo agrandó y, tras un derrumbamiento parcial que sufrió durante el reinado de Diocleciano, Constantino volvió a reconstruirlo. Los últimos juegos que se celebraron en él fueron los del ostrogodo Totila, que tuvieron lugar en el año 549. En la curva del extremo sureste aún sobreviven algunos restos de las paredes. La torre medieval es lo único que queda de la fortaleza que la familia Frangipani levantó en una parte de lo que antes ocupaba el Circo.

5. El TEATRO DE BALBO —construido por Cornelio Balbo, amigo de Augusto—, ocupaba el área delimitada por Via Margana, Via dei Funari y Via delle Botteghe Oscure. Una parte debió de ocupar el solar del PALAZZO CAETANI.

6. El ARCO DE TITO se alza en la cumbre Velia, entre el monte Palatino y el Oppio, cima del Esquilino. A través de él, la VIA SACRA conducía al extremo sur del FORO. Se erigió para celebrar las victorias de Vespasiano y Tito sobre los judíos;

aunque no sabemos con exactitud si fue por orden de Domiciano, sucesor de Tito, o de Trajano, que sucedió a Nerva en el año 98. En la Edad Media formó parte de las fortificaciones de la familia Frangipani. El Papa Sixto IV se encargó de su restauración, al igual que haría en 1821 el arquitecto romano Giuseppe Valadier. Durante la época del Grand Tour, los paisajistas solían dibujar las vistas que se contemplaban desde él para los extranjeros.

7. El Palazzo dei Flavi y la Domus Augustana formaban parte del complejo de palacios, pórticos y jardines que se construyeron para Domiciano en el monte Palatino. Su edificación comportó la destrucción de muchas viviendas privadas, así como la nivelación de las dos cumbres gemelas originales del Palatino: Cermalus y Palatium. El Emperador los erigió con la intención de dejar un legado que eclipsara a todos los demás; y, según el poeta Estacio, los majestuosos edificios «se alzaban por encima de las nubes con todo el esplendor del Sol para provocar los celos del propio Júpiter». El palacio se hallaba en el punto más prominente del Palatino, dando al Foro por un lado y al Circo Máximo por el otro. Al edificio se accedía a través de un magnífico pórtico que ocupaba toda la longitud de la fachada. El primer salón, que se dedicaba a las audiencias, era la sala del trono del Emperador; estaba delimitado por mármoles preciosos y repleto de hermosas estatuas. A la izquierda había una capilla dedicada a Minerva, la diosa protectora de Domiciano. A la derecha se encontraba la basílica, es decir, el tribunal en el que el Emperador impartía la justicia. Detrás, rodeado de pórticos, quedaba la gran corte central (*peristylium*); y un poco más allá estaba el maravilloso salón de los banquetes (*triclinium*), adornado con ricos mármoles y flanqueado a ambos lados por un ninfeo (*nymphaeum*), con sus baños, fuentes y estatuas de ninfas. De él solo han sobrevivido algunos fragmentos de paredes y pilares.

8. Las Termas de Trajano fueron las dignas precursoras de las enormes Termas de Caracalla y Diocleciano. Probablemente diseñadas por Apolodoro de Damasco, se construyeron siguiendo el plan tradicional que preveía un amplio recinto rectangular que contenía cisternas, servicios, gimnasios, campos deportivos, jardines y bibliotecas. Algunos restos de paredes y pilares aún sobreviven en el Parque de Trajano, que rodea las ruinas. Dos bóvedas de ladrillo aisladas indican los límites aproximados de las termas.

9. El Foro de Trajano es el último de los foros imperiales. Con sus ciento dieciocho metros por ochenta y nueve, es también el mayor de todos ellos. A ambos lados se alzaban dos pórticos elevados que conducían a la inmensa Basílica

ULPIA, que quedaba en el lado oeste; de ella solo han sobrevivido numerosos trozos de columnas. Detrás de la basílica había dos grandes bibliotecas, entre las que se alzaba la COLUMNA DE TRAJANO. Un poco más allá, hacia el oeste, se hallaba el TEMPLO DE TRAJANO, que en el año 112 de nuestra era se dedicó al Emperador y a su consorte, Plotina. Este templo también fue diseñado por Apolodoro de Damasco.

10. El MERCADO DE TRAJANO fue una importante zona comercial de la Antigua Roma. Bien conservado hasta hoy, el mercado no solo sirvió como centro del comercio, sino también para soportar el flanco suroeste del monte Quirinal, que se había excavado para dar cabida al foro. La Via Biberatica, cuyo nombre deriva de *piper* (pimienta en latín), era la calle dedicada al comercio de las especias. Aparte de la restauración que se llevó a cabo de algunas de las puertas de las tiendas, las dos plantas inferiores que dan a esta calle aún guardan un excelente parecido con las de la época de Trajano. La torre medieval que se asoma por encima del mercado es la TORRE DELLE MILIZIE. Esta torre fue construida por Gregorio IX (1227-1241) como parte de las fortificaciones de la zona. Más tarde la adquirió la familia Annibaldi y luego la familia Caetani, a la que pertenecía Bonifacio VIII (1294-1303). Posteriormente pasó a la familia Conti, antes de que la comprara el Marqués Cosmo del Grillo, quien construyó el palacio barroco anexo hacia finales del siglo XVII.

11. Las esculturas de la COLUMNA TRAJANA, que en su origen eran policromadas, podían contemplarse desde las terrazas del TEMPLO DE TRAJANO y la BASÍLICA ULPIA.

12. La INSULA FELICLES, sita en las proximidades del PANTEÓN, fue uno de los edificios más ilustres y celebrados de la urbe en tiempos de Septimio Severo. Constaba de varios pisos, el último de los cuales asomaba por encima de todos los edificios circundantes.

13. SAEPTA JULIA, el edificio que planeó construir Julio César, fue finalmente edificado en el año 26 a. C. por Agripa con el apoyo de Augusto. Sus dimensiones eran de treinta metros de longitud por noventa y cinco de anchura. Según el proyecto, se dedicaría a los comicios, pero pronto cayó en desuso y se convirtió en mercado. Estaba ubicado entre el PANTEÓN y el TEMPLO DE ISIS, cerca de SANTA MARIA SOPRA MINERVA.

14. El TEMPLO DE VENUS Y ROMA, de ciento diez metros por cincuenta y tres, fue durante un tiempo el más grande del Imperio. El Emperador Adriano lo erigió

sobre los cimientos de la Domus Aurea y lo inauguró en 135 d. C. Los dos santuarios que conformaban el templo se ubicaron por separado, con las estatuas de ambas diosas dándose la espalda, según un plan de diseño completamente innovador. Las ruinas que se han desplomado están rodeadas de árboles de hoja perenne al lado de la Via Sacra, entre la Piazza del Colosseo y el monasterio aledaño a la iglesia de Santa Francisca Romana. Esta iglesia, que comenzó siendo un oratorio en el siglo viii, fue reconstruida siguiendo el estilo barroco a principios del siglo xvii. El campanario del siglo xii permanece en pie. La iglesia alberga una pintura encáustica de la Virgen y el Niño que data del siglo xv.

15. Villa Adriana es la más grande y costosa de todas las villas imperiales romanas. Fue construida en Tívoli, entre los años 125 y 134 d. C., a los pies de la ladera sur de la montaña del mismo nombre. Se trata de un vasto complejo de edificios, patios interiores, bibliotecas, galerías de pintura, jardines botánicos, campos de deporte, teatros, termas, ninfeos y bodegas. Aún se conserva una parte considerable de la villa. Como recuerdo de los lugares que más le habían llamado la atención durante sus viajes, el Emperador Adriano la proyectó de modo que recreara en miniatura —aunque no como una copia exacta— el Templo de Serapis y el valle en el que se hallaba la ciudad de Canopo, cerca de Alejandría (Egipto). De Grecia tomó como modelo la Stoa Poikile, el pórtico de los atenienses en el que Zenón, fundador de la escuela estoica de Filosofía, solía enseñar. Los palacios y galerías estaban llenos de obras de arte que actualmente se encuentran repartidos entre diversos museos de Roma, el Vaticano e Inglaterra. El Gobierno italiano adquirió la villa en 1870.

16. El Panteón fue reconstruido alrededor del año 125 sobre el templo que anteriormente había erigido Agripa, yerno de Augusto. El Emperador de Oriente, Constantino ii, saqueó el techo de bronce en 663, mientras que el Papa Urbano viii extrajo los paneles de bronce del techo del pórtico para las obras de San Pedro. La Rotonda (como también se conoce al Panteón) sufrió las graves consecuencias de muchos incendios e inundaciones, pero siempre fue reconstruida por sucesivos emperadores y papas: Domiciano, Septimio Severo, Caracalla y los papas Gregorio III, Alejandro VII, Clemente IX y Pío IX. Por consiguiente, a pesar de los diversos expolios, se ha mantenido estructuralmente intacta. A principios del siglo vii, el Emperador Focas, en cuyo honor se erigió, en el 608, la Columna de Focas (último monumento que se ubicaría en el Foro) le entregó el Panteón al Papa Bonifacio IV, quien lo consagró como iglesia de Santa María de los Mártires en 609. La cúpula tiene un diámetro de 43,30 metros, por lo que es casi un metro más ancha que la cúpula de San Pedro. En el Pan-

teón descansan los restos de varios artistas, entre los que se encuentra Rafael. También aloja las tumbas de los dos primeros reyes de Roma. Los agujeros de las columnas del pórtico demuestran la aparente indiferencia o despreocupación con que los romanos cuidaban sus tesoros. Estos agujeros se usaban para apuntalar los postes de madera que soportaban el tejado de un mercado de aves de corral. El Papa Eugenio IV hizo trasladar el mercado avícola a otro lugar en 1431, aunque el mercado de pescado de Piazza della Rotonda, sita delante del Panteón, persistió hasta 1847. El obelisco que corona la fuente renacentista de la plaza es de Ramsés II.

17. La construcción del MAUSOLEO DE ADRIANO, que más tarde se convertiría en el CASTEL SANT'ANGELO, comenzó en el 135 y terminó, bajo Antonino Pío, en el 139. Se edificó con forma cilindrica sobre una base cuadrada recubierta de mármol, con muros exteriores de piedra de travertino y *peperino*. El techo se remató con un montículo de tierra plantada de árboles, al estilo etrusco. En la parte superior lo coronaba la estatua de Adriano conduciendo una cuadriga, probablemente con la apariencia del dios Sol. Alrededor de la estructura cilíndrica había una hilera de columnas con estatuas. El mausoleo se usó como tumba durante sesenta años y albergó los restos de varias familias imperiales hasta el reinado de Septimio Severo. En el 271 se incluyó en las MURALLAS AURELIANAS y sirvió como defensa de la ciudad en muchas ocasiones, desde el asedio de los godos de 410 hasta el saqueo de Roma de 1527. La conversión del mausoleo en fortaleza, sobre todo como resultado de las alteraciones que llevaron a cabo los papas Benedicto IX (1033-1044) y Alejandro VI (1492-1503), transformaron su apariencia original.

18. La COLUMNA DE MARCO AURELIO, erguida en Piazza Colonna, se erigió entre 176 y 193. Mide 29,60 metros de altura y 3,70 metros de diámetro. Los triunfos del Emperador contra los cuados y marcomanos en Bohemia aparecen representados en la parte inferior de la columna, mientras que en la parte superior se muestran sus victorias contra los sármatas en lo que hoy corresponde a Ucrania. En su interior, una escalera lleva hasta el enorme capitel dórico en el que se encontraba la estatua del Emperador. En 1589, el Papa Pío V colocó una estatua de San Pablo en su lugar.

19. La ESTATUA DE MARCO AURELIO del Capitolio se encontraba originalmente en Piazza di San Giovanni in Laterano. En el Medioevo se creía que representaba a Constantino, lo que muy bien pudo ser el motivo de su conservación. En 1538, cuando era el único monumento de bronce de este estilo que quedaba en Roma,

se trasladó a la plaza que precedía al PALAZZO SENATORIO, en el Capitolio, que por aquel entonces se encontraba vacía. Miguel Ángel diseñó el plinto. En 1981 comenzaron las tareas de reparación de la estatua, para lo que se trasladó al Instituto de Restauración de Roma, donde aún se encontraba en 1984.

20. En la Antigua Roma los templos solían rodearse de pórticos. Así pues, en el 49 a. C., cuando Q. Metelo Macedonio construyó el TEMPLO DE JÚPITER STATOR cerca del TEMPLO DE JUNO REGINA, ordenó que ambos se rodearan de pórticos. En el año 23 a. C., Augusto los restauró y se los dedicó a su hermana Octavia. El PÓRTICO DE OCTAVIA era el de mayor tamaño, de ciento treinta y cinco metros por ciento quince. Sus dobles columnatas contenían muchas esculturas y pinturas griegas. Además de los templos, la instalación albergaba una sala dedicada a las asambleas, una escuela y varias bibliotecas. Los restos del pórtico se pueden contemplar en Via del Portico d'Ottavia, cerca del TEATRO DE MARCELO.

21. La TERRAZA DEL BELVEDERE, que se construyó sobre enormes soportales arqueados, se halla en el extremo suroriental del monte Palatino, no muy lejos de las ruinas de las TERMAS DE SEPTIMIO SEVERO y del SEPTIZONIO. La madre de Napoleón, que pasó sus últimos años en Roma, solía disfrutar de las maravillosas vistas de este mirador.

22. El ARCO DE LOS ARGENTARIOS fue erigido por unos banqueros en el 204. Sus valiosos grabados representaban a los dos hijos de Septimio Severo, Geta y Caracalla, ofreciendo un sacrificio. Pero después de ordenar la muerte de su hermano, Caracalla hizo eliminar del bajorrelieve el nombre y la imagen de Geta. El arco se encuentra en el extremo noroccidental del monte Palatino, cerca del pórtico de la iglesia de SAN JORGE EN VELABRO.

23. El ARCO DE SEPTIMIO SEVERO es uno de los arcos triunfales más portentosos de todo el Imperio. Se levantó en el 203 para celebrar el décimo aniversario de Septimio Severo en el poder. La inscripción original indicaba que se erigió en honor del Emperador y sus dos hijos. Sin embargo, al igual que ocurrió con el ARCO DE LOS ARGENTARIOS, Caracalla ordenó que se eliminara el nombre de su hermano Geta después del fratricidio. Su tamaño es de veintiocho metros de altura por veinticinco de anchura. Los bajorrelieves conmemoran las batallas más importantes del Emperador.

24. Los vestigios de las TERMAS DE CARACALLA, las más impresionantes de la urbe romana, se pueden contemplar en la zona sur del Viale delle Terme di Ca-

racalla. Un muro exterior rodeaba todo el complejo. Las termas, cuya construcción comenzó en el 206, fueron ampliadas por Heliogábalo y Alejandro Severo, y restauradas por Aurelio. Contenían obras maestras de la escultura y se cree que fueron las termas mejor equipadas de toda Roma. Se mantuvieron en uso hasta la invasión de los godos. En el siglo XX se ofrecieron óperas en un palco que se montó al aire libre, entre los pilares de una de sus bóvedas.

25. Las TERMAS DE DIOCLECIANO ocupaban un área de más de trescientos cincuenta y cinco metros por trescientos quince; ya solo el *frigidarium* medía noventa y un metros de longitud, casi veintisiete de anchura y veintidós de altura; y la piscina era de tres mil metros cuadrados. La construcción comenzó en el 298 bajo el mandato de Maximiano y se completó bajo Diocleciano en el 305. Desde lo alto de los grandes arcos, Petrarca contemplaba la amplia extensión de ruinas que lo rodeaban y reflexionaba sobre el glorioso pasado de Roma, tal y como haría Gibbon al contemplar el FORO. Actualmente ocupan este lugar el MUSEO DELLE TERME, Piazza Esedra y la iglesia de SANTA MARÍA DE LOS ÁNGELES, que construyó Miguel Ángel en la sala central, el *frigidarium*. A pesar de los cambios a los que Vanvitelli la sometió a mediados del siglo XVIII, el interior de la iglesia todavía transmite la idea de lo que fueron las termas romanas. De igual modo, la curva que forman los dos edificios de 1869-1902 que configuran el perímetro suroccidental de Piazza della Repubblica, aún deja entrever el hemiciclo del estadio que lindaba con las termas.

26. Acuciado por el temor a una repentina invasión de los bárbaros, Aureliano levantó alrededor de la ciudad los mejores muros defensivos del Imperio. Construidas entre los años 271 y 275, las MURALLAS AURELIANAS recorren cerca de veinte kilómetros. Tenían trescientas ochenta y una torres rectangulares, situadas a poca distancia unas de otras, y otras torres circulares a cada lado de sus dieciséis puertas. Sin embargo, estas murallas, que abarcaban un área mucho más amplia de la necesaria para defender las zonas habitadas de la ciudad, tan solo protegían una mínima parte del abarrotado barrio de Trastevere.

4. CATACUMBAS Y CRISTIANOS

1. En 1854 se descubrieron en las CATACUMBAS DE SAN CALIXTO las lápidas de los papas que vivieron entre 230 y 283. También se hallaron frescos con claras alusiones a la práctica de los sacramentos del bautismo y la sagrada Eucaristía por parte de los primeros miembros de la Iglesia cristiana. Dado que

la ley romana prescribía que todos los cementerios se ubicaran en los campos que se extendían más allá de las murallas, los pueblos bárbaros saquearon las catacumbas durante las distintas invasiones. Como consecuencia de los repetidos pillajes a los que fueron sometidas, los relieves e inscripciones quedaron destrozados; las tumbas fueron despojadas de objetos de gran valor identificativo, como medallones, camafeos y grabados; y desaparecieron las reliquias de muchos santos. Fue precisamente su preocupación por las reliquias lo que impulsó a los papas de los siglos VII a IX a trasladar una gran cantidad de restos humanos a las iglesias del interior de las murallas. La lista, aún existente, de los restos llevados a la ciudad por el Papa Pascual I el 20 de julio de 817 registra el traslado de dos mil trescientos cuerpos. Pascual I también encontró los restos de Santa Cecilia en las catacumbas de San Calixto y los llevó a la iglesia de Trastevere, que dedicó a la santa. A mediados del siglo IX, las catacumbas se abandonaron completamente, por lo que muy pronto cayeron en el olvido, hasta que volvieron a salir a la luz en 1578, cuando las descubrió un trabajador que estaba excavando en unos viñedos. Sin embargo, aunque la exploración de las catacumbas que se llevó a cabo a partir del siglo XVI reveló mucha información sobre los primeros cristianos, también provocó una nueva oleada de pillajes, tal vez peor que la de los bárbaros. Pietro Santi Bartoli, uno de los cronistas de los hallazgos de la segunda mitad del siglo XVII, escribió: «En un cementerio cristiano que se descubrió a las afueras de Porta Portese [...] se hallaron muchas reliquias de santos, un conjunto de hermosos medallones de gran valor, trabajos en metal y en cristal, piedras talladas, joyas y otros objetos interesantes y curiosos; [pero] los trabajadores vendieron casi todo como si fueran bagatelas». Después de ser objeto de gran atención y dedicación durante la Contrarreforma, el interés por las catacumbas volvió a decaer en el siglo XVIII, hasta que volvió a recuperarse durante el pontificado de Pío IX (1846-1878), sobre todo gracias a los esfuerzos del arqueólogo G. B. De Rossi.

2. La espléndida PORTA MAGGIORE, anteriormente llamada Porta Praenestina, fue erigida por el Emperador Claudio en el año 52 d. C. en el cruce de los caminos que llevaban a Palestrina y Cassino. En su interior se construyeron los conductos de Aqua Claudia y Anio Novus. Tras las reparaciones que corrieron a cargo de Vespasiano y Tito, Porta Maggiore se incorporó a las MURALLAS AURELIANAS. Al final de la era republicana, la viuda de Marco Virgilio Eurysaces erigió muy cerca de la muralla, fuera de la puerta, la tumba de su marido, que recibiría el nombre de Tumba del Panadero. En el friso están representadas las distintas fases que había que seguir para cocer el pan.

Las demás puertas de Roma se enumeran a continuación. La letra cursiva utilizada en el nombre de algunas puertas indica que no han quedado vestigios de ellas:

Angelica. Formaba parte de las murallas leoninas. Se encontraba entre Porta Pertusa y Porta Castello, cerca de Castel Sant'Angelo. Se erigió en 1563 y recibió su nombre de Giovanni Angelo de Médici, que se convertiría en sucesor de Pedro, con el nombre de Pío IV, en 1559.

Appia. Actualmente recibe el nombre de Porta San Sebastiano (véase más adelante).

Ardeatina. Forma parte de las murallas aurelianas. Se encuentra al final del Viale delle Terme di Caracalla, al sur de Roma. Antes llevaba a la antigua Via Ardeatina, pero actualmente da paso a la Via Cristoforo Colombo.

Asinaria. Se halla a unos ciento ochenta metros de la Porta San Giovanni. Permaneció cerrada desde 1409 hasta la segunda mitad del siglo xx. Daba paso a una antigua calle, Via Asinaria, que ya existía antes de que se construyera la puerta de la muralla.

Aurelia. También se conoce como Porta San Pancrazio o Porta del Gianicolo. Antiguamente formaba parte de las murallas aurelianas. El Papa Urbano VIII la erigió en la muralla que construyó alrededor del Janículo en 1642. Resultó seriamente dañada durante la defensa de la República romana en 1849. Virgilio Vespignani la reconstruyó en 1854.

Belisaria. Hoy recibe el nombre de Porta Pinciana. Está flanqueada por las dos torres cilindricas que edificó Belisario para defender a Roma de los godos. Tan solo el arco central es original, los otros dos son modernos. Se encuentra en la parte alta de Via Vittorio Veneto y lleva al parque del Pincio.

Caelimontana. Forma parte de las antiguas murallas servianas. Se ha identificado con el Arco di Dolabella, de la antigua Via Caelimontana, que hoy es Via San Paolo della Croce, sita al norte del parque de Villa Celimontana. El Arco di Dolabella fue construido por los cónsules Cornelio Dolabella y Junio Silano en el año 10 a. C.

Capena. Como parte de las murallas servianas, marcaba el inicio de Via Appia. Se alzaba en el extremo oriental del CIRCO MÁXIMO, cerca del obelisco de Ak-

sum, en lo que hoy es el Parco di Porta Capena. El tramo urbano de la Via Appia se extendía desde Porta Capena hasta Porta Appia a través del Viale delle Terme di Caracalla. Algunos vestigios aún existen.

Carmentalis. Formaba parte de las murallas servianas, entre los montes Aventino y Capitolino.

Cavalleggeri. Formaba parte de la muralla que levantó León IV (847-855) alrededor de la Ciudad Leonina. Se encontraba en el Largo di Porta Cavalleggeri, en el lado sur de San Pedro, cerca del Palazzo del Sant'Uffizio. El Papa Nicolás III (1277-1280) reconstruyó la muralla que recorría este lado de la basílica después de que hubiera caído en ruinas. Hoy solo queda un arco que data de la época de Alejandro VI. Previamente se conocía como Porta del Torrione.

Collina. Formaba parte de las murallas servianas. Aníbal estableció su campamento muy cerca de esta puerta en 216 a. C.

Esquilina. Se hallaba en el tramo oriental de las murallas servianas. En tiempos de Augusto se reemplazó por una triple puerta a la que más tarde daría su nombre el Emperador Galieno.

Flaminia. Se encuentra al lado de Santa Maria del Popolo, por lo que hoy recibe el nombre de Porta del Popolo. Construida en las murallas aurelianas, daba acceso a la vía que hizo el censor Cayo Flaminio en 220 a. C. que salía de Roma por el noreste, la Via Flaminia.

Flumentana. Formaba parte de las murallas servianas. Se encontraba cerca del Foro Boario, entre los montes Palatino y Capitolino.

Fontinalis. Se encontraba en las murallas servianas, en una elevación que se formaba entre los montes Capitolino y Quirinal. Trajano eliminó tanto la puerta como la elevación para construir su foro.

Latina. Formaba parte de las murallas aurelianas. Estaba cerca del Parco degli Scipioni, más allá de las Termas de Caracalla. Belisario la erigió con un solo arco.

Lavernalis. Formaba parte de las murallas servianas hasta que fue reemplazada por un bastión del Papa Pablo III (1534-1549). Este bastión se encuentra en Via

Santa Maria del Priorato, que baja hasta el río por la ladera del monte Aventino a través de los terrenos del priorato de los Caballeros de Malta.

Metronia. Se encuentra en Piazza Metronia, como parte integrante de las murallas aurelianas. Los arcos siguen en pie, pero el tráfico no pasa por ella.

Mugonia. Según la tradición, la construyó Rómulo en el Palatino, cerca del ARCO DE TITO.

Naevia. Formaba parte de las murallas servianas, en el Aventino.

Nomentana. Formaba parte de las murallas aurelianas. Situada al este de Porta Pia, daba a la vía que se dirigía hacia el este de Roma hasta llegar a Nomentum (Mentana). Fue tapiada en 1564 por el Papa Pío IV.

Honoriana. El Emperador Honorio la levantó en 405 en lo que hoy es el Piazzale Labicano, cerca de Piazza di Porta Maggiore. Gregorio XVI la demolió en 1838. Daba paso a la Via Casilina, que llevaba a Casilinum (Capua).

Ostiense. Se halla en Via Ostiense, como parte de las murallas aurelianas. Ahora se conoce como Porta San Paolo porque lleva a la basílica de San Pablo Extramuros. La puerta está situada al final del Viale della Piramide Cestia, muy cerca de la pirámide que se incorporó a las mismas murallas. El Emperador Honorio añadió la fachada exterior a principios del siglo v.

Pertusa. Formaba parte de las murallas leoninas. Se cerró a mediados del siglo XIX.

Pia. Constituye el último diseño arquitectónico de Miguel Ángel. Se levantó entre 1561 y 1564 cerca de la Porta Nomentana. Cierra el extremo superior de Via XX Settembre. A la derecha está flanqueada por los jardines de la embajada británica (actualmente solo la Cancillería); y a la izquierda, por la Villa Paolina. Esta villa, que perteneció a Paolina Borghese (hermana de Napoleón), es hoy la embajada de Francia ante la Santa Sede. Cerca de esta puerta, el ejército italiano del Rey Víctor Manuel II asaltó las murallas aurelianas a las órdenes del General Cadorna y entró en Roma el 20 de septiembre de 1870. Hoy alberga el Museo dei Bersaglieri.

Pinciana. Véase Belisaria.

Del Popolo. Véase Flaminia.

Portese. Fue construida por el Papa Urbano VIII (1623-1644). Se encuentra a la orilla derecha del Tíber, en el extremo sur del Borgo, cerca de Ponte Sublicio.

Portuensis. Fue erigida por los emperadores Arcadio y Honorio a principios del siglo v, cerca de Porta Portese. Marcaba el inicio de Via Portuense, que llevaba al Porto, el puerto de Roma que creó Claudio en el 42 d. C. en la desembocadura del Tíber. Fue demolida por Urbano VIII.

Praenestina. Véase Maggiore.

Praetoria. Era la entrada principal al enorme cuartel que Sejano, prefecto de Tiberio, construyó para albergar a la Guardia Pretoriana. El complejo recibió el nombre de Castro Pretorio, y sigue siendo un cuartel en la actualidad.

Querquetulana. Formaba parte de las murallas servianas, en el monte Celio.

Quirinalis. Formaba parte de las murallas servianas. Se encontraba en la pendiente noroccidental del monte Quirinal.

Ratumena. Se identificó con la Porta Fontinalis, y parece que también se llamó Porta Pandana. Se encontraba en las murallas servianas, a los pies del Capitolio.

Raudusculana. Formaba parte de las murallas servianas, en el Aventino. Se encontraba en la parte del Viale Aventino que hoy se ensancha para dar paso a Piazza Albania.

Romana. Según la tradición, la construyó Rómulo en el Palatino, cerca de Velabro.

Salaria. Era la puerta norte de las murallas aurelianas, la salida hacia la famosa Via Salaria, la vía de la sal. Llevaba al puerto de Ascoli Piceno (Truentum). Según los diarios de Gregorovius, fue demolida en 1874. Alarico y los godos cruzaron esta puerta para entrar en Roma en 410 d. C.

Salutaris y *Sanqualis*. Fueron dos puertas de las murallas servianas. Ambas se encontraban en la pendiente noroccidental del monte Quirinal.

San Giovanni. Giacomo del Duca abrió esta puerta en 1574 por orden del Papa Gregorio XIII. Se encuentra cerca de San Juan de Letrán, en las murallas aurelianas. Da al Piazzale Appio, de donde parte la Via Appia Nuova.

San Pancrazio. Está en el punto más alto del Janiculo, donde antes estaba Porta Aurelia. También ha recibido el nombre de Porta del Gianicolo. Fue testigo de los duros combates que se llevaron a cabo durante la defensa de Garibaldi de la República romana. Se reconstruyó en 1854.

San Paolo. Véase Ostiense.

San Sebastiano. Ubicada en Via Porta di San Sebastiano, forma parte de las murallas aurelianas. Anteriormente se llamó Porta Appia, pues daba paso a la Via Appia Antica. El Emperador Honorio la reconstruyó a principios del siglo v. Belisario y Narsés (generales de Justiniano) la restauraron en el siglo vi.

Santo Spirito. Se encuentra en la orilla derecha del Tíber, en el límite sur del Borgo, cerca del hospital del Santo Spirito. La construyó el florentino Antonio da Sangallo el Joven por encargo del Papa Pablo III hacia el año 1540.

Settimiana. Forma parte de las murallas aurelianas. La abrió Alejandro VI (1492-1503) en el lugar que antes ocupaba una poterna. Se encuentra en el extremo sur de Via della Lungara, cerca del Museo Torlonia.

Tiburtina. El Emperador Augusto la construyó en Via Tiburtina, que lleva a Tivoli (Tibur). Se incorporó a las murallas aurelianas cuando fueron construidas entre 271 y 275. Honorio la reparó en 403.

Torrione. Véase Cavalleggeri.

Trigermina. Formaba parte de las murallas servianas. Se encontraba cerca de Pons Probi, entre el Circo Máximo y el Aventino.

Viminalis. Formaba parte de las murallas servianas. Se encontraba a medio camino entre Porta Collina y Porta Esquilina.

3. La familia Letrán (en italiano, Laterano) era muy conocida porque poseía un palacio en el monte Celio, hasta que Nerón lo confiscó a causa de su implicación en la conspiración contra el Emperador. San Optato menciona el palacio

como una de las propiedades de Fausta, segunda mujer de Constantino. No hay ningún registro que indique ningún tipo de traspaso o donación de esta propiedad a la Iglesia, pero la tradición sostiene que el Emperador se la donó al Papa Silvestre I (314-335). Es probable que la primera residencia de los papas en el PALACIO DE LETRÁN se hallara en uno de los edificios de entonces. Con el tiempo se le añadieron más, y bajo el gobierno del Papa Dámaso (366-384), la residencia en Letrán ya se había aceptado como señal de legitimidad.

La primera construcción erigida por un pontífice como residencia papal en Letrán fue el imponente conjunto de edificios denominados *Patriarchio* de León III (795-816), que incluía una enorme sala de banquetes ricamente decorada. El incendio de 1308 lo asoló por completo. Cuando el papado volvió de Aviñón en 1377, estableció su residencia en el VATICANO. Mucho más tarde, en 1586, el Papa Sixto V (1585-1590) empleó a Domenico Fontana para que construyera un nuevo palacio papal como parte de la restauración de toda la zona. El BAPTISTERIO de Letrán tampoco es el original. Parece ser que antes del que construyó Constantino ya había habido otros dos en el mismo lugar. El Papa Sixto III (432-440) sustituyó el baptisterio de Constantino por otro nuevo, que es el que hoy vemos, aunque con algunos cambios posteriores, entre los que destacan los que realizó Urbano VIII en 1637. En este baptisterio se encuentra la inmensa urna de basalto verde en la que Cola di Rienzo se sumergió durante las fiestas del 1 de agosto de 1347 (véase capítulo 6).

4. El SANCTA SANCTÓRUM, dedicado a San Lorenzo, fue la capilla privada de los papas en el PALACIO DE LETRÁN. Nicolás III (1277-1280) se encargó de su restauración. Posteriormente, Sixto V (1585-1590) le encargó a Domenico Fontana la construcción del edificio que hoy contiene la capilla y los escalones que llevan a ella, la SCALA SANTA.

5. La SCALA SANTA fue antiguamente la principal escalera de ceremonias del PALACIO DE LETRÁN. El Papa Sixto V la trasladó, y hoy lleva al SANCTA SANCTÓRUM. Por el origen que le atribuye la tradición, los fieles siempre la han subido de rodillas.

6. El Papa Lucio II renovó la basílica de la SANTA CRUZ DE JERUSALÉN, a la que añadió además la torre románica en 1144. El Papa Benedicto XIV (1740-1758) la renovó casi por completo en 1743, dándole el aspecto que aún conserva en nuestros días.

7. La actual basílica de SAN LORENZO EXTRAMUROS es el resultado de la unión de dos iglesias. La primera data del año 330. Es la iglesia que Constantino mandó

construir en el lugar que antes ocupaba un santuario dedicado a San Lorenzo, fue reconstruida en el siglo VI por el Papa Pelagio II. La otra iglesia, dedicada a Nuestra Señora, fue probablemente erigida por el Papa Adriano I (772-795). Ambas iglesias se unieron mediante la demolición de los ábsides. El campanario data del siglo XII, y el pórtico es de 1220. La basílica fue restaurada en los siglos XV y XVII, y de nuevo en el siglo XIX, cuando se eliminaron las agregaciones barrocas. Resultó gravemente dañada durante un bombardeo de los Aliados a un patio de clasificación de los ferrocarriles de Roma en 1943, pero ya está completamente restaurada.

8. Constantino construyó la basílica original de SAN JUAN DE LETRÁN en el lugar que había ocupado el cuartel de los *equites singulares* (la caballería imperial). Los *equites* habían luchado en favor de Majencio, por lo que el cuartel desapareció durante el pontificado de San Silvestre I (314-335). Después de los saqueos de los vándalos, el edificio fue restaurado por los papas León I (440-461), Adriano I (772-795) y muchos otros. Urbano V lo reconstruyó por completo en 1368, después del incendio de 1304. Sin embargo, los mayores cambios que se llevaron a cabo en la basílica se remontan al pontificado de Sixto V (1585-1590), quien reedificó y reorganizó toda el área de Letrán según el diseño el Domenico Fontana. La basílica, tal y como la vemos hoy, es sustancialmente el resultado de aquellos trabajos, a excepción de la impresionante fachada que Alessandro Galilei añadió por encargo de Clemente XII (1730-1740). El magnífico claustro terminó de construirse en 1230. Su mosaico, que compite con los del claustro de SAN PABLO EXTRAMUROS, son obra de los Vassalletto, padre e hijo, maestros del estilo cosmatesco, la escuela de elaboración de mosaicos que floreció en Roma desde 1100 hasta 1300, y que toma su nombre de dos artesanos llamados Cosma, cuyos nombres están inscritos en la capilla del SANCTA SANCTÓRUM.

9. En una refutación contra un seguidor de la herejía del montanismo llamado Proclo, el sacerdote Cayo escribió, hacia el año 200, que él podía enseñarle la tumba de San Pedro en el Vaticano. En tiempos de Constantino, la tradición de que San Pedro fue enterrado en la colina del Vaticano durante la persecución de Nerón del año 64 d. C. ya estaba firmemente asentada. Y las recientes excavaciones que se han llevado a cabo en la basílica de San Pedro no la desmienten. Sin embargo, la existencia de pruebas durante la inhumación de San Pedro y San Pablo *ad catacumbas* (catacumbas de San Sebastián de Via Appia) creó cierta confusión. La explicación que se dio al misterio fue que, para salvaguardar las reliquias, los restos de los apóstoles

se habían trasladado a unas tumbas secretas durante la virulenta persecución de los cristianos que organizó Valeriano en el 258. Cuando Constantino llevó la paz a la Iglesia, los restos de los apóstoles volvieron a trasladarse a su antigua morada. San Jerónimo menciona el Anno Domini 336 como la fecha de este segundo traslado de los restos de San Pedro. Las obras de la primera BASÍLICA DE SAN PEDRO comenzaron hacia el año 320 y terminaron en el 329. Inicialmente se trataba de un cementerio cubierto donde los cristianos pudieran ser enterrados cerca de la tumba del apóstol. Fue construida sobre una necrópolis pagana en la que un culto cristiano se desarrolló gradualmente alrededor del nicho (*aedicula*) que indicaba la tumba de San Pedro. Esta antigua iglesia fue repetidamente sometida a pillaje durante las invasiones bárbaras de los siglos V y VI, y los sarracenos volvieron a saquearla en el 846. Se restauró y embelleció en diversas ocasiones, hasta que en 1452 el Papa Nicolás V ordenó su demolición y reconstrucción, ya que las paredes habían dejado de ser lo suficientemente firmes. De esta tarea se encargaron el Papa Julio II (1503-1513) y sus sucesores.

10. La basílica original, construida en la primera mitad del siglo IV, estaba dedicada a los apóstoles Pedro y Pablo, cuyos cuerpos habían descansado durante un tiempo en las catacumbas colindantes. El lugar era ya un centro de culto cuando Constantino y su familia erigieron la iglesia. Más tarde, después de que el cuerpo de San Sebastián se enterrara allí y tal vez después de que se hubiera borrado el recuerdo que relacionaba aquel lugar con la sepultura de los apóstoles, la iglesia pasó a llamarse BASÍLICA DE SAN SEBASTIÁN. La primera iglesia tenía una nave central y dos laterales. Se restauró en los siglos VIII y IX. Los benedictinos la recibieron en la segunda mitad del siglo XII. En 1609 fue reconstruida, a petición del Cardenal Scipione Borghese, por dos arquitectos sucesivos; Ponzio y Vacanzio. De esta reconstrucción surgió la iglesia de una sola nave que hoy conocemos.

11. La BASÍLICA DE MAJENCIO Y CONSTANTINO, o BASÍLICA NUEVA, constituye el último gran trabajo de la arquitectura imperial. Comenzó a construirse con Majencio en el 306 y se completó con Constantino en el 312. Su forma era rectangular, medía ochenta metros por sesenta y poseía arcos de treinta y cinco metros de altura. La fachada daba al este, hacia el COLISEO. Tenía el techo recubierto de azulejos de bronce dorado, que fueron los que Honorio I quitó en el 626 para utilizarlos en la antigua BASÍLICA DE SAN PEDRO. Los imponentes restos de la basílica descansan hoy en la esquina noreste del FORO, al lado de la iglesia de los SANTOS COSME Y DAMIÁN.

12. El Arco de Jano Cuadrifonte está cerca del lado noreste de Piazza Bocca della Verità (para la plaza, véase nota 32). La palabra Jano indica un pasaje cubierto y es además el nombre de la divinidad latina que se representa con dos caras, una mirando hacia delante y la otra hacia atrás. Estos arcos, que normalmente se usaban en los cruces de los centros de comercio importantes, se colocaron en nuestro caso en las calles que llevaban a los mercados de aceite y ganado desde el Foro. Las figuras esculpidas muestran un considerable deterioro, comparadas con las esculturas del mejor periodo clásico. Durante la Edad Media, el arco fue uno de los baluartes de la belicosa familia Frangipani.

13. La ubicación del mercado de ganado de la Antigua Roma, el Foro Boario, coincidía aproximadamente con la actual Piazza Bocca della Verità. Desde él se veían numerosos templos, como el de la diosa Fortuna, del último periodo de la República, y el erróneamente llamado Templo de Vesta, que fue construido en tiempos de Augusto o incluso antes, con veinte columnas corintias acanaladas que rodeaban una cella circular. Todavía perduran los vestigios de ambos. El comercio se llevaba a cabo al aire libre, aparentemente sin instalaciones, por lo que los vendedores de ganado estaban al lado de los animales y los de heno, de sus almiares. No muy lejos de allí, entre Ponte Emilio y Ponte Fabricio, en la otra orilla del río, se hallaba el Foro Holitorio, el mercado de aceite y verduras que albergaba los almacenes y algunos monumentos notables, como el Teatro de Marcelo, el Templo de Jano y el Pórtico de Octavia.

14. El Arco de Constantino es el que mejor se ha conservado de todos los que quedan en la ciudad. Durante la Edad Media se convirtió en uno de los bastiones de la familia Frangipani. Se restauró en el siglo xviii y en 1804 se despojó de todas las añadiduras. Algunas de las esculturas que lo adornan proceden de otros monumentos, como las ocho estatuas de los bárbaros y el gran friso que representaba una batalla sobre el arco central, sacadas de uno de los monumentos de Trajano. Los medallones que representan escenas de caza y sacrificios se tomaron de uno de los edificios de Adriano, y el arco que construyó Marco Aurelio pudo haber contribuido a crear los ocho bajorrelieves de arquitrabe que representan los combates de este Emperador.

15. De los puentes que se recogen a continuación, los que cruzan el Tíber y el Aniene fueron construidos durante la República y el Imperio. El asterisco indica los puentes ya desaparecidos en la época de Constantino.

Nombre	Descripción y ubicación	Periodo
*Pons Sublicius	Fue el puente más antiguo de Roma. Se construyó cerca del FORO BOARIO. Estaba hecho exclusivamente de madera. Este es el puente que se menciona en la leyenda de Horacio.	Época de los reyes
Pons Salarius	Gracias a él, la Via Salaria cruzaba el Aniene, afluente que se une al Tíber al norte de Roma. Fue destruido por los godos en tiempos de Totila, reconstruido por Narsés y demolido por los franceses en 1867 para retrasar el avance de Garibaldi. Se restauró en 1874 y se amplió en 1930. Hoy se conoce como Ponte Salario.	Poco antes de 361 a. C.
Pons Aemilius	Fue construido por los censores M. Emilio Lépido y M. Fulvio Nobilior. Lo completaron los censores P. Cornelio Escipión Emiliano y L. Mumio. El puente se soportaba sobre pilares de piedra. Se había derrumbado dos veces cuando Gregorio XIII ordenó su reconstrucción hacia 1575. Ponte Emilio volvió a hacerlo en 1598, pero no volvió a reconstruirse, por lo que hoy se conoce también como PONTE ROTTO. Un fragmento sobrevive al lado del Ponte Palatino.	179-142 a. C.
Pons Milvius	Fue construido o reconstruido por el censor Marco Emilio Escauro, sucesivamente restaurado por el Papa Nicolás V (1447-1455) y de nuevo por Valadier en 1805, por encargo del Papa Pío VII. Más tarde volvió a restaurarlo Pío IX, después de que resultara parcialmente destruido en 1849 cuando Garibaldi se retiraba huyendo de los franceses. Hoy se denomina PONTE MILVIO.	Finales del siglo II a. C.
Pons Fabricius	Fue construido por el cónsul L. Fabricio. Es el puente romano más antiguo que aún sigue en funcionamiento. Une la isla Tiberina con la orilla izquierda del Tíber. Se conoce como PONTE FABRICIO.	62 a. C.
Pons Cestius	Une la isla Tiberina con la orilla derecha del Tíber. Actualmente se conoce como PONTE CESTIO.	49 a. C.
*Pons Agrippa	Estaba cerca de PONTE SISTO (véase Pons Aurelianus).	Reinado de Augusto
Pons Neronianus	Fue construido por Nerón cerca del actual Ponte Vittorio Emanuele. Más tarde, el Ponte Neroniano tomó el nombre de Ponte Trionfale y Ponte Vaticano. Cayó en ruinas antes del año 403.	54-68 d. C.

Nombre	Descripción y ubicación	Periodo
Pons Aelius	El Emperador Adriano le encargó a su arquitecto Demetrianus que levantara el Pons Aelius para unir su mausoleo con la ciudad. El puente, que hoy se llama Ponte Sant'Angelo, se modificó en 1688, cuando se le añadieron dos arcos, uno en cada extremo. Clemente IX (1667-1669) le encomendó a Bernini las estatuas que lo decoran.	136 d. C.
Pons Aurelius	Fue construido por Marco Aurelio. El Ponte Aurelio quedó destruido en el 792, y Pío Sixto IV lo reemplazó en 1474. Fue el primer puente papal de Roma. Hoy se conoce como PONTE SISTO.	161-180 d. C.

16. Los principales acueductos romanos en tiempos de Constantino eran los siguientes:

El Aqua Appia recogía las aguas del este de Roma. Terminó de construirlo el cónsul Appio Claudio en 312 a. C.

El Aqua Anio Vetus (272 a. C.) recogía las aguas de la parte superior del valle del Aniene (Anio).

El Aqua Marcia (144 a. C.) fue construido por el pretor Marcio para suministrar agua a los montes Capitolio, Celio y Aventino. Posteriormente, por sus arcos correrían las aguas del Aqua Tepula (137 a. C.) y Aqua Iulia (33 a. C.).

El Aqua Virgo (19 a. C.) fue construido por Agripa para abastecer sus termas. La mayor parte del agua discurría bajo tierra desde las propiedades de Lúculo. El Papa Nicolás V reparó el canal del acueducto, que había quedado inutilizado durante ocho siglos, e hizo que se construyera el embalse final en 1453. Durante el siglo XV fue el único acueducto que llevaba agua a la ciudad. Más adelante volvió a repararlo Urbano VIII. Este es el que alimenta la FONTANA DE TREVI. Según la tradición, toma su nombre de una joven que guió a unos soldados romanos sedientos hasta el manantial.

La construcción de los acueductos del Aqua Claudia y Anio Novus comenzó con Calígula (38 d. C.) y terminó con Claudio (52 d. C.). El Aqua Claudia, cuyos arcos forman parte del paisaje de la Campagna, llevaba a la urbe las aguas

de Subiaco, que se encontraba a unos setenta y dos kilómetros de distancia. Los dos acueductos se unían a unos cinco kilómetros de Roma.

El Aqua Neroniana fue el acueducto que construyó Nerón para recoger parte del agua que transportaba el Aqua Claudia y dirigirla directamente hacia su palacio del Palatino.

El Aqua Traiana fue construido por Trajano en 109 d. C. para suministrar agua al Janículo. Gran parte del recorrido es subterráneo.

El Aqua Alexandrina es el último acueducto romano de época imperial. Se construyó hacia 226 d. C.

Además de los anteriores, había al menos otros diez acueductos. Se estima que entre todos llevaban a Roma más de novecientos millones de litros diarios. Si bien resultaron dañados durante las invasiones bárbaras, el mayor deterioro lo sufrieron a causa del abandono del que fueron objeto durante la Edad Media.

17. La basílica de San Pablo Extramuros, construida por Constantino y consagrada por el Papa Silvestre en 324, se erigió en el lugar en que se cree que el discípulo de San Pablo, Timoteo, enterró el cuerpo del apóstol poco después de su ejecución. La iglesia quedó destruida en tiempos del Emperador Teodosio, en el 386. Se construyó entonces una nueva basílica, con una nave central y dos laterales, que en total llegaban a albergar ochenta columnas. El Papa Siricio la consagró el año 390, aunque las obras no terminaron hasta cinco después. A principios del siglo VII se construyeron dos monasterios al lado de la basílica y, una vez que se unieron, se donaron a los benedictinos. A fin de defender el monasterio y la iglesia de las incursiones piratas, el Papa Juan VIII (fallecido en 882) mandó levantar una muralla en torno a la iglesia y los edificios colindantes. Con el paso de los siglos, la basílica se fue enriqueciendo con obras de arte de Pietro Cavallini, Arnolfo di Cambio, los Vassalletto, Benozzo Gozzoli y Antoniazzo Romano. En 1348 se añadió el campanario. Un incendio en 1823 la destruyó casi por completo, pero pronto comenzaron las obras de una nueva iglesia que seguía el mismo diseño que la anterior. Pío IX la consagró en 1850. El maravilloso claustro de principios del siglo XIII, con sus hermosas columnas con incrustaciones de mosaicos de diversas formas y estilos que lograron escapar al incendio, podría ser de Pietro Vassalletto.

18. San Lorenzo in Damaso, una de las antiguas iglesias conocidas como *tituli*, fue fundada por el Papa Dámaso (366-384) en el lugar que ocupaba su casa,

si bien la que ha llegado hasta nosotros data de la época del PALAZZO DELLA CANCELLERIA, al que Bramante incorporó por encargo del Cardenal Riario. Después de que las tropas francesas la usaran como establo durante la ocupación napoleónica, la iglesia fue restaurada: primero por Valadier, a quien debe la fachada; y luego, en 1880, por Vespignani, que llevó a cabo una restauración más completa. Tras el incendio de 1944, el Papa Pío XII se encargó de que la restauraran una vez más. La iglesia alberga las tumbas de dos grandes defensores del papado; el Cardenal Scarampo, quien, al mando de una flota papal, venció a los turcos en Mitilene en 1457; y Pellegrino Rossi, el último secretario de Estado de Pío IX (véase capítulo 15).

19. La tradición afirma que la iglesia de SANTA PUDENCIANA se erigió en la casa en que San Pedro vivió varios años, en la que el apóstol convirtió a su dueño, el senador Q. Cornelio Pudens, y a sus dos hijas, Pudenciana y Práxedes, que desde entonces se dedicaron a reunir y enterrar los restos de los mártires. Aunque no hay pruebas que demuestren que San Pedro haya vivido en ella, lo que sí sabemos con certeza es que en la casa del senador se construyó un oratorio en la época de Pío I (circa 140-155). Hubo de ser, por tanto, una de las primeras construcciones cristianas de Roma. Recibió por primera vez el nombre de *Ecclesia Pudentiana* tras la restauración o reconstrucción del Papa Sirico, en el 384 d. C. Los papas Adriano I (fallecido en el 795) y Gregorio VII (en el 1085) llevaron a cabo nuevas restauraciones. La reconstrucción final, que dotó a la iglesia de su aspecto actual, corrió a cargo de Alessandro Volterra, por encargo del Cardenal Caetani, en 1589. La fachada fue restaurada por el único miembro de la familia de Napoleón que siguió su consejo y se convirtió en Príncipe de la Iglesia, el Cardenal Luciano Bonaparte, que era asombrosamente parecido al Emperador, si bien era un hombre encantador, tímido y dedicado a las buenas obras. El mosaico del siglo IV del ábside, que nos muestra a los apóstoles reunidos alrededor de Cristo con aspecto de senadores romanos, es un recuerdo del arte romano clásico, sin ningún tipo de influencia del arte oriental. De acuerdo con el profesor Richard Krautheimer, se trata de «la más temprana representación de cuantas han llegado hasta nosotros, y probablemente una de las primeras que se diseñaron para una iglesia romana».

20. El nombre de SAN PIETRO IN VINCOLI (SAN PEDRO EN CADENAS) apareció por primera vez en tiempos del Papa Símaco (fallecido en 514), pero no entró en el uso común hasta el año 1000. El nombre hace referencia a las cadenas con las que San Pedro estuvo encadenado cuando fue prisionero del Rey Agripa I en Jerusalén, y de las que milagrosamente escapó, como narran los Hechos de los

Apóstoles en el capítulo 12, versículos 1-13. La Emperatriz Eudoxia, esposa del Emperador de Oriente Teodosio II, se las dio a su hija, igualmente llamada Eudoxia, quien se casó con el Emperador de Occidente, Valentiniano III. El Papa Sixto III (432-440) levantó una nueva iglesia sobre la anterior con ayuda de la joven Eudoxia y se la dedicó a los apóstoles. Sixto IV (1471-1484) la reedificó y el Papa Julio II (1503-1513) la restauró por completo. Con ocasión del jubileo, Pío IX volvió a restaurarla y embellecerla. En esta iglesia se encuentra el *Moisés* de Miguel Ángel. Las cadenas se guardan en un relicario ubicado debajo del altar mayor. También hay un sarcófago del siglo IV en el *confessio*, detrás del altar.

21. La BASÍLICA DE SAN JUAN Y SAN PABLO EN EL MONTE CELIO fue erigida por un tal Pammachius, un amigo de San Jerónimo que probablemente fue senador durante el pontificado de Dámaso (366-384). Se cree que la iglesia sufrió desperfectos a consecuencia del saqueo de Roma de las hordas de Alarico en el 410, pero enseguida se restauró. A esta le siguieron otras además de diversas reparaciones durante los siglos XI y XII, así como otras más exhaustivas entre 1948 y 1952.

22. Cayo Salustio Crispo (circa 86-34 a. C.) fue un político e historiador romano que, tras amasar una enorme fortuna como pretor y gobernador de Numidia (África), logró comprar un terreno cerca de la Porta Pinciana, entre los montes Quirinal y Pincio. En ellos construyó el PALAZZO SALLUSTIO (PALACIO DE SALUSTIO), una villa cuyos hermosos jardines darían en llamarse *Horti Sallustiani* (Jardines de Salustio). Los restos del palacio aún pueden contemplarse por debajo del nivel de la calle en el centro de Piazza Sallustio. Salustio se retiró y dedicó el resto de sus días a escribir historia.

23. El sacerdote Pedro de Iliria fundó la basílica de SANTA SABINA ALL'AVENTINO. Fue construida entre el año 422 y el 432 en la propiedad de una matrona romana, Sabina, que más tarde se identificó con la santa de Umbría. Se halla en una posición elevada con vistas al Tíber. En el 824, el Papa Eugenio II añadió la *schola cantorum*, los ambones (púlpitos) y el ciborio. En 1222, el Papa Honorio III cedió la iglesia a Santo Domingo, por lo que los dominicos se han encargado de ella desde entonces. Fue restaurada cuidadosamente entre 1936 y 1938, cuando las antiguas vidrieras de selenita, que se habían tapiado, volvieron a abrirse. Cuenta con numerosos frescos de los hermanos Zuccaro, Federico y Tadeo. El monasterio aledaño fue fundado por Santo Domingo en 1220.

24. SANTA MARÍA LA MAYOR —cuarta basílica patriarcal después de las de SAN JUAN DE LETRÁN, SAN PEDRO y SAN PABLO—, se levantó en el monte Esquilino, donde antes había estado la sede del culto de la diosa de la maternidad, Juno Lucina. Puesto que el concilio de Éfeso promovió la veneración de la Virgen María como Madre de Dios, el Papa Sixto III (432-440) decidió construir una basílica en su honor, y obviamente le pareció que aquel sería el lugar más indicado. La basílica, cuya nave central está flanqueada por espléndidas columnas clásicas, es la iglesia de Roma que mejor muestra el contraste entre su origen clásico y sus adiciones barrocas. Mientras que en las demás el aspecto clásico se concentra en el exterior y el barroco en el interior, en esta basílica ocurre lo contrario. Uno de sus tesoros más preciados son los mosaicos del siglo V que adornan las paredes sobre el arquitrabe y los que rodean el altar mayor. Cuenta además con un maravilloso pavimento cosmatesco. El dorado del techo renacentista se cree que fue realizado con la primera partida de oro que llegó de América. La estatua del Papa Pablo IX genuflexo está arrodillada delante de un relicario que contiene piezas de madera y bandas de metal que tradicionalmente se atribuyen al pesebre de Jesús. Nicolás IV (1288-1292) reconstruyó el ábside; Clemente X (1670-1676), la fachada trasera; y Benedicto XIV (1740-1758), la frontal, siguiendo el diseño de Ferdinando Fuga. El campanario es de 1377 y, con sus setenta y cinco metros, es el más alto de Roma.

25. SAN ESTEBAN DEL MONTE CELIO (SANTO STEFANO ROTONDO), es una de las primeras iglesias de Italia edificadas con planta circular. Durante un tiempo se creyó que esta forma le venía impuesta por haber sido construida en la curva de uno de los mercados de Roma, el matadero denominado Macellum Magnum, que data de la época de Nerón, aunque en realidad parece que se edificó sobre los cimientos de una construcción anterior que el Papa Simplicio (fallecido en 483) consagró y dedicó a San Estaban, cuyo culto ya se había extendido por toda la ciudad. A la iglesia se accede a través de un pórtico de cinco arcos que añadió Inocencio II (1130-1143). A finales del siglo XVI, el muro perimetral se decoró con frescos que muestran las horribles torturas de algunos mártires muy conocidos. Una de las capillas que rodean la iglesia contiene un asiento de mármol que pudo haber sido el trono episcopal de San Gregorio Magno.

26. La iglesia de SAN JORGE EN VELABRO data probablemente del siglo VI. Fue reconstruida por el Papa León II (682-683) y completamente restaurada en 1926, cuando se eliminaron las adiciones barrocas. La torre románica y el pórtico son del siglo XII. Velabro (*Velabrum*) es la llanura que se extiende entre el Tíber y los montes Capitolino y Palatino. Originalmente era una ciénaga que se drenó

para construir la CLOACA MÁXIMA, y con el paso del tiempo se convirtió en una de las zonas más animadas de la ciudad. En su obra *Curculio*, Plauto decía que era donde se reunían los panaderos, carniceros, adivinos y bailarines. Desde el FORO, el Vicus Jugarius y el Vicus Tuscus llevaban al río pasando por Velabro.

27. La Via Lata era la calle principal de la Edad Media, que atravesaba Roma de norte a sur. Cruzaba el área urbana de la antigua Via Flaminia en su camino hacia Porta Flaminia. La antigua Via Lata es la actual Via del Corso. El Papa Sergio III (904-911) hizo construir una iglesia dedicada al Papa Siricio (384-399) en el lugar que antes ocupaba SAEPTA JULIA, en la que se había creado uno de los primeros *diaconiae*. El Papa León IX (1048-1054) sustituyó esta iglesia por la actual basílica de SANTA MARIA IN VIA LATA, que fue a su vez casi completamente reedificada por el Papa Inocencio III (1484-1492) hacia finales del siglo XV. La fachada es de Pietro da Cortona (1658-1662).

28. La iglesia de los SANTOS COSME Y DAMIÁN, que fue construida en el año 527 sobre los restos del Foro de la Paz de Vespasiano, está dedicada a los dos santos, dos médicos que fueron martirizados en Siria, cuyo culto se extendió en el siglo V. El mosaico del ábside, del siglo VI, es uno de los primeros y más exquisitos de Roma. En la esquina izquierda están representadas las abejas del escudo de armas del papa Barberini, Urbano VIII, quien ordenó restaurar una parte del mosaico en el siglo XVII.

29. SANTA MARÍA LA ANTIGUA, la iglesia más antigua del FORO, fue reconstruida por el Papa Juan VII (705-707) y embellecida por los papas Zacarías (741-752) y Pablo I (757-767). Se abandonó a consecuencia de un terremoto. Sobre sus ruinas se construyó otra iglesia en el siglo XIII, que se dedicó a Santa María Liberadora. Pero esta nueva iglesia fue demolida en 1902, cuando comenzaron las obras que llevarían a la reconstrucción original de Santa María la Antigua. Los extraordinarios frescos del siglo XVIII fueron muy probablemente obra de los artistas que se refugiaron en Roma durante la persecución iconoclasta de la Iglesia de Oriente.

30. La iglesia de SANTA MARÍA DE LOS MÁRTIRES, que más tarde se conoció como SANTA MARIA ROTONDA, fue consagrada en el PANTEÓN en el 609 con de nombre de Santa María de todos los Santos y Mártires. (Para el Panteón, véase nota 16, capítulo 3). El Papa Bonifacio IV hizo que se sacaran veintiocho vagones cargados con huesos de mártires de las catacumbas para llevarlos a esta iglesia.

31. La iglesia de San Adriano fue desconsagrada en 1937. El edificio se ha restaurado tal y como era cuando Diocleciano lo reconstruyó después del incendio del 289.

32. La iglesia de Santa Maria in Cosmedin data del siglo vi. Originalmente se construyó sobre los restos del *Statio Annonae*, uno de los centros de distribución de comida de la Antigua Roma. Algunas de las columnas que se incorporaron a la construcción, y que aún podemos ver, pertenecían al *Statio*. En el siglo viii se amplió. La iglesia contaba entonces con un *diaconia* y un *matroneum*, una galería dedicada a las mujeres sobre el ábside. El suelo de estilo cosmatesco, el coro, el pórtico y el majestuoso campanario son del siglo xii. Cosmedin probablemente evoca el *Kosmidion* de Constantinopla. Con el fin de que recuperara el aspecto del siglo xii, la iglesia se restauró en 1899 bajo la dirección de G. B. Giovenale, que eliminó la fachada de Giuseppe Sardi del siglo xviii y otras añadiduras que había adquirido con el paso del tiempo. Hoy es una de las iglesias cristianas de los primeros tiempos mejor conservadas de Roma. En el pórtico se encuentra la famosa Bocca della Verità, que da nombre a la plaza. La Boca de la Verdad, que tapa un antiguo desagüe, se usó como medio de tortura en la Edad Media. Se les pedía a los sospechosos que introdujeran la mano en la boca, y si mentían, los labios se cerraban, cortándoles los dedos.

33. La iglesia de los Santos Vincenzo y Anastasio está cerca de la abadía trapense que recibe el nombre de Abbazia delle Tre Fontane, que se encuentra al sur de Roma, al este del EUR. La tradición afirma que este fue el lugar en que se martirizó a San Pablo. En este mismo lugar, entre los años 561 y 568, durante el gobierno del Papa Juan III, se construyeron un monasterio y una iglesia que se encomendaron a los monjes griegos. Al principio se dedicaron a San Pablo, pero más tarde pasarían a dedicarse a San Anastasio, cuando las reliquias del mártir persa se trasladaron allí a principios del siglo vii. Tanto la iglesia como el monasterio fueron muy famosos durante la Edad Media, época en la que recibieron donaciones de tierras del Emperador Carlomagno y del Papa León III (795-816). En 1081, el Papa Gregorio VII sustituyó a los monjes griegos por los benedictinos, a los que siguieron los cistercienses en 1138. En este mismo año, el Papa Inocencio II reedificó el monasterio y restauró la iglesia (que ya se conocía como iglesia de los Santos Vincenzo y Anastasio), a la que añadió el pórtico. Honorio III volvió a reconstruirla en 1221. La última restauración tuvo lugar a finales del siglo xix. Cerca de allí se encuentran las iglesias de San Paolo alle Tre Fontane, fundada en el siglo v y reconstruida por Giacomo della Porta en 1559, y Santa Maria Scala Coeli, que también fue reconstruida

por Della Porta. Esta última iglesia debe su nombre al sueño de San Bernardo en el que un ángel guiaba a un alma por unos escalones que llevaban al cielo. En Roma también hay otra iglesia de los Santos Vincenzo y Anastasio. Se halla cerca de la Fontana de Trevi. Martino Longhi el Joven la reconstruyó para el Cardenal Mazarin en 1650. Es la iglesia parroquial del palacio del Quirinal.

34. La basílica de San Pancracio data del siglo v, o posiblemente del iv. Se erigió cerca de la Porta San Pancrazio, en el Janículo, al lado de la tumba del santo, que, según la leyenda, fue martirizado en la época de Diocleciano. Después de las restauraciones que llevaron a cabo Honorio I y Adriano I, la iglesia se transformó completamente con la incorporación de una nueva fachada en 1609 y de un ábside en 1675. Resultó dañada durante la invasión francesa de 1798 y en las luchas entre las tropas francesas y las de Garibaldi en 1849. Se restauró en 1934.

35. La basílica de Santa Inés Extramuros fue construida sobre la tumba de la santa poco antes de 349 por encargo de la Princesa Constancia, que fue enterrada en la cercana iglesia de Santa Constancia. Esta iglesia se consagró en 1254 y contiene los mosaicos más bellos de Roma. La basílica de Santa Inés Extramuros fue reconstruida por completo por el Papa Honorio I y restaurada por varios papas, entre ellos Adriano I (772-795) y Pío IX (1846-1878). No obstante, como dijo Georgina Masson, sigue siendo «una de las pocas iglesias romanas que han conservado el aspecto, y el ambiente, de un lugar de culto de los primeros años del cristianismo». Según la tradición, cuando obligaron a Santa Inés a entrar en un burdel, el cabello le creció milagrosamente hasta cubrir su desnudez y, sobrecogidos por su conducta, los hombres la dejaron sola. Sin embargo, uno de ellos intentó violarla, pero se quedó ciego mientras lo intentaba; entonces Santa Inés rezó por él, y se curó. Más tarde, fue decapitada durante la persecución de los cristianos que Diocleciano llevó a cabo el año 314. En el sitio en que se cree que se realizó su ejecución, se construyó la iglesia de Santa Inés en Agone, al lado del Palazzo Pamphili. Girolamo y Carlo Rainaldi reconstruyeron parcialmente esta iglesia en 1652 por encargo de Inocencio X. Borromini terminó la reconstrucción, con algunas modificaciones, entre 1653 y 1657.

5. INFAMIA Y ANARQUÍA

1. En el momento de su construcción, entre los años 271 y 275, las murallas aurelianas no abarcaban el área de la colina vaticana que quedaba

en la otra parte del río. En el 846, los sarracenos, después de haber cruzado el Mediterráneo desde África, remontaron el Tíber y saquearon las iglesias que quedaban fuera de las murallas aurelianas; entre ellas, SAN PEDRO y SAN PABLO. La conmoción que causó el ataque, y el temor a que se repitiera en el 849, indujeron al Papa León IV (847-855) a levantar unos muros defensivos que protegieran la basilica de San Pedro y los edificios de los alrededores. Todos los pueblos y conventos de los Estados Pontificios ayudaron a sufragar los gastos, y el Emperador Lotario también contribuyó con una considerable suma de dinero. Las obras comenzaron el 847 y acabaron en el 853. Las *domus cultae* (grandes fincas de la Iglesia) y los monasterios e iglesias de la Campagna suministraron la mano de obra. Las MURALLAS LEONINAS salían de CASTEL SANT'ANGELO hacia los pies de la colina por detrás de San Pedro y luego daban la vuelta hasta alcanzar de nuevo el río en el extremo sur del HOSPITAL DEL SANTO SPIRITO. Contaban con cuarenta y seis torres fortificadas. Aunque León IV le había dado el nombre de *Civitas Leonina*, la zona que rodeaban las murallas se conoció durante la Edad Media como el Borgo. Cuatro puertas daban acceso a la Ciudad Leonina. La primera era PORTA SANT'ANGELO (que más tarde tomaría el nombre de PORTA CASTELLI), sita al lado del castillo; la segunda era PORTA PELLEGRINI, que estaba cerca de la iglesia dedicada a San Pellegrino, en la zona norte del Vaticano, y era la que los emperadores usaban para entrar en la Ciudad; la tercera era la Puerta de los Sajones (*Posterula Saxomum*), que estaba situada en la zona sur del Vaticano y llevaba al barrio de TRASTEVERE por donde hoy se encuentra la PORTA SANTO SPIRITO. La cuarta no ha podido ser identificada.

2. La primera iglesia de SANTA PRÁXEDES (sita en Via Merulana, entre SANTA MARÍA LA MAYOR y SAN JUAN DE LETRÁN) se menciona en una inscripción del año 491. Esta iglesia fue restaurada por el Papa Adriano I (772-795) y completamente reconstruida en el 822 por el Papa Pascual I a fin de que albergara las reliquias de los santos que se habían sacado de las catacumbas. La reconstrucción de Pascual I, con las subsiguientes alteraciones que modificaron la iglesia durante los siglos XV, XVII y XIX, es la que vemos hoy. El plan de construcción siguió el diseño de las basílicas, con una nave central y dos laterales, como una copia a pequeña escala de la de SAN PEDRO, con su cripta en forma anular. Constituye un ejemplo representativo del tipo de iglesias que se erigían en Roma durante el renacimiento carolingio. A pesar de que el pavimento es moderno (de 1914), la iglesia ha mantenido el estilo cosmatesco. En el ábside

y sobre el arco triunfal del altar mayor aún sobreviven unos admirables mosaicos que datan de los tiempos de Pascual I. Según la tradición, esta iglesia se levantó en el lugar que ocupaba la casa en la que Santa Práxedes daba cobijo a los cristianos perseguidos; veintitrés de ellos fueron descubiertos y ejecutados en su presencia. La iglesia contiene uno de los primeros trabajos de Bernini, que completó con diecinueve años: un pequeño busto del Obispo G. B. Santoni (fallecido en 1593), que descansa sobre una de las columnas de la nave central.

3. La CAPILLA DE SAN ZENÓN, de la iglesia de SANTA PRÁXEDES, es una de las obras bizantinas más importantes en Roma. La erigió el Papa Pascual I (817-824) en honor de su madre, Teodora, a la que se representó con una aureola cuadrada, lo que indica que estaba viva durante la construcción. Sus mosaicos son tan bellos que en la Roma medieval se la conocía como «el Jardín del Paraíso». A la derecha de la capilla hay un fragmento de jaspe oriental, que se cree que puede ser parte de la columna a la que ataron a Jesús antes de la flagelación.

4. La iglesia de los CUATRO SANTOS CORONADOS se construyó en el siglo IV. El Papa Honorio I (625-638) la amplió y Adriano I (772-795) reparó el techo. León IV (847-855) restauró todo el edificio y llevó los restos de los cuatro mártires a los que la iglesia está dedicada. Según el antiguo martirologio jeronimiano, estos mártires son Severo, Severino, Carpóforo y Victorino, a quienes se veneraba el 8 de noviembre en el monte Celio. Eran soldados romanos que fueron ejecutados por negarse a rendir culto a la estatua de Esculapio, aunque durante mucho tiempo se creyó que eran escultores que fueron martirizados bajo Diocleciano por negarse a hacer la estatua de una deidad pagana. Los normandos, bajo Roberto Guiscard, incendiaron la iglesia, que fue reconstruida por el Papa Pascual II entre 1111 y 1116. Pío V (1559-1565) redecoró la basílica y entregó el recién construido convento aledaño a las monjas agustinas. El claustro de este convento es uno de los más antiguos de Roma.

5. SAN MARTINO AI MONTI es una de las fundaciones más antiguas de Roma. Se encuentra en el monte Oppio, cerca del yacimiento de las TERMAS DE TRAJANO. En sus orígenes era una iglesia titular adscrita a un cierto Equitius. El Papa Símaco (498-514) la convirtió en basílica y se la dedicó a San Martín de Tours, el gran misionero de la Iglesia en la Galia. Después de la restauración del Adriano I en 772, el Papa Sergio II

(844-847) la reconstruyó por completo. Más tarde se modernizó siguiendo el proyecto de Pietro da Cortona, entre 1635 y 1664, bajo el papa Barberini, Urbano VIII, y sus sucesores. La fachada es de este periodo. Y también durante este periodo se halló el antiguo *titulus Equitii* bajo los cimientos de las Termas de Trajano, por lo que inmediatamente se restauró y recobró su antiguo uso como capilla. San Carlos Borromeo donó el techo dorado. Los frescos de las paredes son de Dughet, cuñado de Poussin; y fueron realizados entre 1645 y 1650.

6. Situada en el FORO, cerca de la BASÍLICA DE MAJENCIO Y CONSTANTINO, la iglesia de SANTA MARÍA LA NUEVA fue construida en la segunda mitad del siglo X para reemplazar la de SANTA MARÍA LA ANTIGUA, del siglo V, después de que un terremoto la destruyera el año 896. La antigua iglesia se encontraba en el Foro, en la pendiente del monte Palatino. Santa María la Nueva contenía además una capilla dedicada a SAN PEDRO y SAN PABLO que el Papa Pablo I (757-767) había construido en un pórtico del TEMPLO DE VENUS Y ROMA. Cuando Santa Francisca Romana fundó la Congregación de las Oblatas de San Benedicto (que parece ser la primera fundación de una congregación religiosa en Roma desde los tiempos de San Gregorio Magno), la iglesia recibió el nombre de SANTA FRANCISCA ROMANA. Su aspecto barroco corresponde al periodo de 1600-1615. En la cripta hay una pintura encáustica de la Virgen y el Niño, un ejemplo admirable del arte cristiano de los primeros tiempos. El hermoso campanario se construyó hacia 1160.

7. La iglesia de SANTA MARIA IN DOMNICA deriva del primer *diaconia* de Roma. En los primeros tiempos del cristianismo, *dominicum* significaba iglesia. Esta iglesia fue reconstruida por el Papa Pascual I (817-824); y hacia 1512, el Cardenal Giovanni de Médici, futuro Papa León X, la renovó, para lo que probablemente contrató a Andrea Sansovino como arquitecto para que se ocupara del espléndido porche que también se ha atribuido a Peruzzi y a Rafael. En 1820 se restauró. Los mosaicos del ábside son de la época de Pascual I. El nombre de *La Navicella* con que también se conoce a esta iglesia, deriva de la encantadora fuente con forma de barco pequeño (*navicella*) que se encuentra en Piazza della Navicella, que León X mandó copiar de un modelo clásico.

8. Se cree que la iglesia original de SANTA CECILIA IN TRASTEVERE fue construida por una mujer romana de alto rango a la que habían puesto

el nombre de la santa mártir. A finales del siglo VI, San Gregorio Magno reconstruyó la iglesia como basílica, y esta fue nuevamente reconstruida por Pascual I (817-824), que le agregó un convento. El pórtico y el campanario son del siglo XII, mientras que el interior de la iglesia fue trasformado por las restauraciones de los años 1725, 1823 y 1955. Pero en la galería que hay sobre la entrada, los restos que quedan del *Juicio Final* de Cavallini, pintados en 1293, son suficientes para considerarla una de las mejores obras del arte medieval de Roma. La estatua de la Santa es de Stefano Maderno, que vio su sarcófago abierto en 1599. El escultor la dibujó tal y como estaba, y a partir de ese dibujo realizó la escultura en la que vemos a la Santa tendida de lado, con una túnica dorada, mostrando las heridas del cuello. El tabernáculo que se encuentra sobre el altar mayor es obra de Arnolfo di Cambio. En el ábside, por detrás, hay un espléndido mosaico del siglo IX que se realizó para Pascual I; en él, Santa Cecilia le está presentando a Jesús en el cielo. Tanto la fachada de la iglesia como la entrada monumental que lleva al atrio (1725) son de Ferdinando Fuga. Entre Santa Cecilia in Trastevere y el Lungotevere Ripa se halla la encantadora iglesia románica de SANTA MARIA IN CAPPELLA. Esta iglesia, fundada a finales del siglo XI, posee uno de los campanarios más antiguos de Roma. El jardín contiguo es de Donna Olimpia Pamphili, cuñada de Inocencio X, cuyos descendientes construyeron el asilo de ancianos menesterosos en el siglo XIX. Enfrente del extremo oeste de Santa Cecilia se encuentra SAN JUAN DE LOS GENOVESES. Esta iglesia, perteneciente a la comunidad genovesa de Roma, fue construida durante el pontificado de Sixto IV (1471-1484), natural de Savona, ciudad situada muy cerca de Génova. En 1864 fue restaurada por completo. A la izquierda de la iglesia se halla del Asilo de los Genoveses, cuyo maravilloso claustro del siglo XV se atribuye a Baccio Pontelli.

9. En la época de la República romana había cuatro distritos o *regiones*. En el año 7 a. C., el número había aumentado a siete; y en los tiempos de Alejandro Severo (222-235), catorce *curatores* consulares se instituyeron bajo un *Praefectus Urbis*. Estas catorce *regiones*, con sus zonas aproximadas, eran las siguientes:

Porta Capena	Alrededores del parque de Porta Capena
Caelimontium	Monte Celio
Isis et Serapis	Monte Quirinal

Templum Pacis	Suburra, Via Cavour y Viminal
Esquiliae	Monte Esquilino
Alta Semita	Jardines de Salustio
Via Lata	El Corso (Via del Corso)
Forum Romanum	Foro romano
Circus Flaminius	Campo de Marte (Campo Marzio)
Palatium	Monte Palatino
Circus Maximus	Alrededor del Circo Máximo
Piscina Publica	Termas de Caracalla
Aventina	Monte Aventino
Trans Tiberum	Trastevere

Los *rioni* del Medioevo surgieron gradualmente a partir de estas *regiones*, aunque con el tiempo variaron en número y extensión como resultado de las distintas fusiones y divisiones. En el siglo xv había trece *rioni*, a los que se sumó el de la Ciudad Leonina o Borgo en 1586. Los *rioni* eran los siguientes:

Monti	La zona alta del este de la ciudad
Trevi	La mayor parte del monte Quirinal
Colonna	Norte de Via del Tritone, entre el Corso y Via Sistina
Campo Marzio	Es el que se encontraba más al norte, cerca de PIAZZA DEL POPOLO
Ponte	La zona demarcada por el primer gran meandro del río
Parione	Alrededores de PIAZZA NAVONA
Regola	A lo largo del río, desde el Ponte Vittorio Emanuele, a ambos lados de Via Giulia
San Eustachio	Alrededores de la iglesia de San Eustachio, al oeste del PANTEÓN
Pigna	Abarcaba el PANTEÓN y bordeaba el Corso Umberto y el Corso Vittorio Emanuele II
Campitelli	Abarcaba el Capitolio, el Foro y el Palatino

Sant'Angelo	El área alrededor de Sant'Angelo in Pescheria y el Aventino
Ripa	Isla Tiberina y Aventino
Trastevere	Toda el área urbana a la derecha de la orilla del río, excepto el Borgo
Borgo	SAN PEDRO y el VATICANO

El 9 de diciembre de 1921, por decisión del Consejo Municipal de Roma, se añadieron otros ocho *rioni*:

Esquilino	Desde Quattro Fontane hasta LETRÁN
Ludovisi	La zona sur de Porta Pinciana y Porta Salaria
Sallustiano	Desde el suroeste de Porta Salaria hasta Porta Pia
Castro Pretorio	Desde Porta Pia hasta Porta San Lorenzo
Celio	Desde Porta Metronia hasta Porta San Sebastiano
San Saba	Desde Porta San Sebastiano hasta Porta San Paolo
Testaccio	Desde Porta San Paolo hasta el Tíber
Prati	Norte de CASTEL SANT'ANGELO hasta el Borgo

Además de en estos *rioni*, el rápido crecimiento de la ciudad llevó a una ulterior división en veinticinco *quartieri*.

10. El SEPTIZONIUM o SEPTIZODIUM era una gigantesca construcción realizada con grandes bloques de piedra que, con sus columnas corintias en tres niveles separadas con amplios arquitrabes, recordaba el *scenae frons* del teatro romano. El Emperador Septimio Severo lo mandó construir en el año 203 en la pendiente sureste del Palatino de modo que lo vieran los viajeros que se acercaban a Roma por el sur, a lo largo de la Via Appia. Se alzaba desde lo hondo del valle hasta la altura de los palacios imperiales del monte Palatino. Aún quedaban grandes vestigios de esta construcción cuando el Papa Sixto V (1585-1590) ordenó su demolición total.

11. A San Clemente se le considera el tercer sucesor de San Pedro. Además de venerarse como mártir, también se le conoce por su famosa epístola a los corintios. La basílica de SAN CLEMENTE, edificada antes del 385 en Via San Giovanni in Laterano, es una de las más antiguas

de Roma. Está formada por dos iglesias, una sobre otra, que descansan sobre varios niveles de vestigios romanos antiquísimos, entre los que se encuentran un santuario mitraico y una casa del siglo I en la que los primeros cristianos se reunían en secreto para rezar. Las excavaciones aún permiten ver los restos del santuario y de la casa a gran profundidad respecto del suelo de la ciudad moderna. La iglesia inferior, mencionada por San Jerónimo en 392, fue restaurada en los siglos VIII y IX, pero los normandos la destruyeron por completo en 1084. En 1108, el Papa Pascual II construyó la superior, que más tarde reconstruyó Carlo Fontana durante el pontificado de Clemente XI (1700-1721). Posee hermosos mosaicos en el ábside, una maravillosa pintura de la Anunciación del artista florentino Masolino y un bello pavimento cosmatesco. El cuidado de esta iglesia se confió a los dominicos irlandeses en 1667.

12. Se cree que la iglesia de SANTA MARIA IN TRASTEVERE fue fundada por el Papa Calixto I (218-222) y completada por Julio I (337-352). Sita en el corazón del *rione* Trastevere, esta iglesia es una de las más antiguas de Roma. Fue reconstruida por el Papa Inocencio II (1130-1143), que pertenecía a la familia Papareschi, natural de Trastevere, y restaurada por Clemente XI (1700-1721), quien le añadió el pórtico de Carlo Fontana. El Papa Pío IX volvió a restaurarla en 1870. En el ábside luce unos espléndidos mosaicos de artistas bizantinos que datan del siglo XII, y bajo ellos se encuentran los maravillosos mosaicos del siglo XIII de Pietro Cavallini. Probablemente en este mismo siglo se completaron los bellos mosaicos de la fachada.

13. El emperador alemán Otón III (980-1002) construyó la iglesia de SAN BARTOLOMÉ EN LA ISLA TIBERINA sobre las ruinas del Templo de Esculapio y se la dedicó a su amigo San Adalberto. El Papa Pascual II la restauró en 1113. Más tarde fue dedicada a San Bartolomé, y volvió a restaurarse en 1180. Una inundación la destruyó en 1557. Y en 1624, la reconstruyó el arquitecto romano Orazio Torriani. El campanario es del siglo XII.

14. La iglesia de SAN CRISÓGONO, del siglo V, fue reconstruida en 1130 por Inocencio II, el papa de la familia Papareschi. Tras la radical restauración de 1626 en el estilo barroco de G. B. Soria, la iglesia mantuvo su espléndido campanario románico. Unas excavaciones realizadas debajo de la iglesia hallaron la entrada de un enorme edificio del siglo IV que se usaba como *titulus* (véase nota 1, capítulo 8).

15. La iglesia de San Juan ante Portam Latinam data del siglo v. La fundó San Gelasio I (492-496). El Papa Adriano I la reconstruyó en el 722, y el Papa Celestino III volvió a consagrarla en 1191. Las recientes restauraciones le han devuelto su antigua sencillez. Su hermoso campanario data del siglo xii.

16. La iglesia de los Santos Bonifacio y Alejo, sita en el monte Aventino, fue construida antes del siglo x. Una gran parte de ella fue reconstruida en 1750.

17. Cuando el Emperador Teodorico el Grande expulsó al Papa Símaco (498-514) de su residencia de Letrán, el pontífice hizo erigir una nueva residencia papal al lado de San Pedro, en la colina del Vaticano, que resultó más modesta que la anterior. Pero aun así debió de ser imponente, ya que los emperadores Carlomagno y Otón II se alojaron en el Vaticano cuando visitaron Roma: Carlomagno en 781 y 800, y Otón en 980. Esta residencia fue restaurada por los papas Eugenio III en 1150 y Celestino III hacia 1191, y ampliada por Inocencio III (1198-1216) y Nicolás III (1277-1280). Y, como el palacio de Letrán se había vuelto inhabitable durante el tiempo que el papado pasó en Aviñón, Gregorio XI, al volver a Roma en 1377, estableció su residencia en el Vaticano. Sus sucesores la ampliaron enormemente, en especial; Nicolás V (1447-1455), que mandó construir el Patio del Papagayo; Sixto IV (1471-1484), que en 1473 hizo la Capilla Sixtina; Inocencio VIII (1484-1492), que creó el palacio del Belvedere; Alejandro VI (1492-1503), que levantó la Torre Borgia. Julio II, Pablo III, Gregorio XIII y Sixto V siguieron ampliándola. La estación de ferrocarril, del siglo xx, es obra de Pío XI.

18. La Tor de Conti, construida por la familia del Papa Inocencio III (1198-1216), se consideró una de las maravillas de la Edad Media en Roma. Petrarca afirmó que era «única en toda la ciudad». En 1348, un violento terremoto tiró abajo la parte superior, dejando en pie tan solo la estructura.

19. El hospital que el Papa Inocencio III edificó en 1198 se dejó al cuidado de Guy de Montpellier, fundador de la Orden hospitalaria del Espíritu Santo en Francia. Está ubicado en la orilla derecha del Tiber, cerca de Porta Santo Spirito, dentro de la Ciudad Leonina o Borgo. El fundador

del *Burgus Saxonum*, del que el Borgo toma su nombre, fue seguramente el Rey Ine de Wessex, que abdicó el año 726 para pasar el resto de sus días en Roma. Construyó también para los peregrinos anglosajones una iglesia, dedicada a la Virgen, en el lugar que hoy ocupa la iglesia renacentista del SANTO SPIRITO IN SASSIA que Antonio da Sangallo el Joven reconstruyó después del Saqueo de Roma (1527). Al hospital del Rey Ine se unieron otros edificios anexos, entre ellos un hospicio, pero la institución entró en decadencia cuando Inocencio III la expropió en 1198 para fundar un nuevo hospital general. Tras quedar destrozado por un incendio en 1471, el Papa Sixto IV erigió el ARCIOSPEDALE DI SANTO SPIRITO IN SASSIA entre 1473 y 1478.

20. El porche del PÓRTICO DE OCTAVIA se convirtió en un mercado de pescado que siguió funcionando hasta el siglo pasado. Una parte de las ruinas del pórtico se transformaron en el atrio de la iglesia de SANT'ANGELO IN PESCHERIA, que probablemente fundó el Papa Esteban III (768-772). Cola di Rienzo se puso en camino desde esta iglesia la noche de Pentecostés de 1347 con la intención de establecer una república en Roma.

21. La iglesia de los SANTOS SERGIO Y BACO, que al principio era un *diaconia*, fue reconstruida por el Papa Inocencio III, y sobrevivió cerca del ARCO DE SEPTIMIO SEVERO hasta que fue demolida para dejar paso a la procesión triunfal de Carlos V en 1536.

22. Actualmente, la cabeza y una mano de la estatua de Constantino se encuentran en el patio del PALAZZO DEI CONSERVATORI.

23. La losa de bronce que recuerda la cesión del poder de Augusto a Vespasiano se encuentra hoy en el Salón del Fauno del MUSEO CAPITOLINO.

24. La escultura del niño que se saca una espina del pie, de estilo helenístico tardío (siglo I a. C.), está en la Sala dei Trionfi de Mario, en el PALAZZO DEI CONSERVATORI.

25. La Sala de la Loba del PALAZZO DEI CONSERVATORI alberga la estatua de origen etrusco de la loba. Se cree que es obra de Vulca de Veyes o de su escuela. Data del siglo VI a. C., o de principios del V. Antonio Pollaiuolo añadió los gemelos, Rómulo y Remo, en 1498.

26. Situada en lo que hoy es Piazza San Silvestro, la iglesia de San Silvestro in Capite fue construida por el Papa Esteban II (752-757) sobre las ruinas del Templo de Sol que erigió el Emperador Aureliano. La reliquia más preciada de la iglesia es la cabeza de San Juan Bautista, de ahí el nombre *in Capite*. En la Edad Media, los monjes reunieron grandes sumas de dinero al hacer pagar a los peregrinos por ver la columna de Marco Aurelio, que en aquel momento tenían en su posesión.

27. Villa Mattei fue construida en 1582 y reconstruida por un caballero inglés a principios del siglo xix en un falso estilo gótico. Una parte de la Domus Augustana se incorporó a la estructura. Hoy es un parque público que se conoce como Villa Celimontana. Al final de la corta avenida de la entrada hay un obelisco egipcio dedicado a Ramsés II que el Senado le regaló a Ciriaco Mattei; lo más probable es que se trate del que antes estaba a los pies de la escalera de Aracoeli, en el Templo de Isis del Capitolio. El Palazzo Mattei di Giove fue construido al final de Via dei Funari por Carlo Maderno (1598 – circa 1611) para el rico Asdrubale Mattei; una parte de su colección de esculturas antiguas aún se conserva en el patio. El palacio se amplió entre 1613 y 1617. Debajo de las ventanas, en Piazza Mattei, se encuentra la encantadora Fuente de las Tortugas. Probablemente, fue diseñada por Giacomo della Porta y realizada en 1585 por Taddeo Landini.

28. Durante la Alta Edad Media se levantaron varios edificios sobre las ruinas del Tabulario. Uno de ellos se construyó para los cincuenta y seis senadores que se eligieron después de la revuelta de 1143. Más tarde, el número de senadores se redujo drásticamente, hasta que después de 1358 tan solo quedó uno. El actual Palazzo Senatorio, diseñado por Giacomo della Porta y Girolamo Rainaldi, reemplazó al palacio anterior entre 1582 y 1605. La escalinata de Piazza del Campidoglio fue diseñada por Miguel Ángel (véase nota 5, capítulo 11). La torre del reloj que domina la plaza es de Martino Longhi el Viejo (circa 1580).

29. Los vestigios de la torre medieval que se conocen como Casa dei Crescenzi, situada en la esquina de Via del Teatro di Marcello y Piazza della Bocca della Verità pudieron pertenecer a la dinastía Crescenzi, que fue una de las familias más poderosas de Roma hacia finales del siglo x. Data del siglo xii y contiene fragmentos de monumentos clásicos incrustados en la mampostería.

6. SANTOS, TIRANOS Y ANTIPAPAS

1. En el siglo IX, los benedictinos adquirieron un monasterio que antes había estado ocupado por unos monjes griegos en la cumbre del monte Capitolino, donde hoy se encuentra la iglesia de SANTA MARÍA DE ARACOELI. Los benedictinos levantaron la iglesia original en 1250, una parte de ella aún se conserva en la estructura actual. Durante la Edad Media se convirtió en un lugar de encuentro, del mismo modo en que lo había sido el FORO en épocas anteriores. Cola di Rienzo solía arengar al pueblo en su escalinata. Posteriormente, los benedictinos dejaron el monasterio en manos de los franciscanos, que lo convirtieron en su sede central en Roma. La escalinata de mármol, con sus ciento veintidós escalones que llevan de Piazza d'Aracoeli a la iglesia, se construyeron en 1348. La estatua (realizada por Girolamo Masini, 1887) que se halla a mitad de la CORDONATA es de Cola di Rienzo, pues se creía, erróneamente, que había sido el primero en subir la escalinata después de su inauguración, pero de hecho había llegado a Roma justo después de que se terminara su construcción. El interior de la iglesia tiene forma de basílica, con una nave central y dos laterales, además de once columnas antiguas a cada lado. Los frescos del techo conmemoran la gran batalla naval de Lepanto, en la que las fuerzas cristianas vencieron a las turcas en 1571. La iglesia se usó como punto culminante del triunfo que Roma le ofreció al comandante de la milicia papal, Marcantonio Colonna, que había jugado un destacado papel en la batalla. El nombre de la iglesia deriva del altar (*ara coeli*) que se creía que el Emperador Augusto había construido después de tener una visión en la que el cielo se abrió y apareció la Virgen con el Niño. Durante mucho tiempo se creyó que este altar era el que albergaba la urna que se decía que contenía las cenizas de Santa Helena, la madre del Emperador Constantino. Los magníficos frescos de la vida de San Bernardino de Siena, de la Capilla de Bufalini, son obra de Pinturicchio.

2. La BASÍLICA DE LOS SANTOS APÓSTOLES que se encuentra cerca del PALAZZO COLONNA fue construida durante el pontificado de Pelagio I (556-561) por encargo de Narsés, el gran general de Justiniano, para celebrar su victoria contra el rey de los ostrogodos, Totila, en 552. Las sucesivas restauraciones corrieron a cargo de los papas Martín V (1417-1431), Sixto IV (1471-1484) y Pío IV (1559-1565). Más tarde fue reconstruida casi por completo por Francesco Fontana y su padre, Carlo Fontana;

terminó en 1714, durante el pontificado de Clemente XI (1700-1721). En 1827, Giuseppe Valadier la dotó de su sencilla fachada neoclásica. El gran pórtico de finales del siglo XV es de Baccio Pontelli.

3. La iglesia de SAN MARCELLO AL CORSO se encuentra en una pequeña plaza al principio de Via del Corso, a la derecha en dirección norte, después del PALAZZO CHIGI-ODESCALCHI. Fue fundada en el siglo IV. El incendio de 1519 destruyó la iglesia original, que fue reconstruida siguiendo el proyecto de Jacopo Sansovino. La fachada barroca (1682-1683) es de Carlo Fontana. La tradición afirma que la iglesia ocupa el sitio en el que estaban los establos de la oficina de correos de la Roma imperial, en la que el Emperador Majencio condenó a trabajar al Papa San Marcelo I (304-309).

4. La iglesia de SAN LORENZO IN PANISPERNA, dedicada al mártir San Lorenzo, se construyó antes del siglo VI en el lugar en el que la tradición situaba el martirio del santo, en el monte Viminal. Fue restaurada en el siglo VIII y completamente reconstruida por encargo de Bonifacio VIII para el jubileo de 1300. Tras la renovación que se llevó a cabo en 1575, no ha quedado nada del antiguo edificio. La iglesia está situada detrás de un patio que la separa de la calle. Alrededor de este patio se encontraba el convento de las clarisas pobres, en el que Santa Brígida de Suecia pedía limosna. La Via Panisperna, que serpentea por las pendientes de los montes Quirinal, Viminal y Esquilino, pudo recibir su nombre del pan (*pane*) y del jamón (*perna*) que los monjes de la iglesia de San Lorenzo distribuían entre los pobres, o tal vez, con mayor probabilidad, de las dos familias, los Panis y los Perna, que la habitaban.

5. La iglesia de SANTA MARIA SOPRA MINERVA se halla en Piazza della Minerva, cerca del PANTEÓN. Se edificó en el lugar que ocupaba un Templo de Isis hacia 1280; su construcción corrió a cargo de los dominicos, y sus arquitectos fueron dos de sus frailes. El monasterio adyacente fue durante mucho tiempo la sede principal de la Orden y actualmente sigue perteneciendo a los dominicos. Esta es la única iglesia antigua de Roma construida en estilo gótico. Alberga las tumbas de numerosos papas y miembros de ricas familias romanas, y contiene hermosas capillas de estilo clásico y del Renacimiento temprano. Entre ellas se encuentra la Capilla Carafa, encargada por el Cardenal napolitano Oliviero Carafa, que alberga el espléndido fresco de Filippo Lippi dedicado a la Asun-

ción de Nuestra Señora (1489) y la tumba del Papa Carafa, el formidable Pablo IV. A la izquierda del altar mayor se halla la estatua de Miguel Ángel de *Cristo Redentor*. Esta estatua se esculpió completamente desnuda en Florencia, entre 1519 y 1520, y en 1521 se envió a Roma, donde el ayudante de Miguel Ángel, Pietro Urbano, le dio los últimos retoques con manos inexpertas. Posteriormente se le añadió el paño bañado en oro. Las reliquias de Santa Catalina de Siena se conservan debajo del altar. A la izquierda de la Capilla Carafa, al lado de la hermosa tumba de estilo cosmatesco del Obispo Durand de Mende (fallecido en 1296), hay un mosaico encantador de la Virgen y el Niño que data de finales del siglo XIII.

7. REFUGIO DE TODAS LAS NACIONES

1. La estupenda FONTANA DE TREVI se encuentra en una pequeña plaza del mismo nombre a la que se puede llegar desde Via del Corso por Via dei Sabini. Es la obra maestra de Nicola Salvi, quien la comenzó para el Papa Clemente XII en 1732. Sin embargo, Salvi murió antes de verla acabada y Gianpaolo Pannini se ocupó de supervisar su terminación en 1762. El agua de esta fuente alimenta las fuentes de Piazza Navona y Piazza Farnese, así como el *nymphaeum* de VILLA GIULIA. El nombre de Trevi podría venir de *tre vie*, las tres calles que desembocan en la plaza. En el siglo XIX se decía que los visitantes que bebían de sus aguas volverían a Roma. Actualmente, los turistas tiran monedas a la fuente para asegurar su regreso a la ciudad.

2. Jacopo di Pietrasanta construyó la iglesia de SAN AGUSTÍN entre 1479 y 1483 para el rico Cardenal francés Guillaume d'Estouteville. La iglesia se encuentra cerca del Ponte Umberto y fue construida con el travertino que se extrajo del COLISEO. La elegante escalinata flanqueada por una balaustrada y su sencilla fachada son de los primeros ejemplos que tenemos sobre el arte renacentista en Roma. Vanvitelli redecoró el interior en el siglo XVIII. Esta iglesia se convirtió en el lugar de culto favorito de muchos intelectuales y humanistas del Renacimiento romano y, en sus momentos de abatimiento, de los cortesanos. La amante de César Borgia, Fiammetta, poseía una capilla personal en esta iglesia; y varias prostitutas de moda recibieron sepultura aquí, a pesar de que la ley establecía que habían de ser enterradas al lado del Muro Torto. En la segun-

da capilla de la izquierda hay un grupo escultórico de Andrea Sansovino que representa a Santa Ana y a la Virgen con el Niño. Goritz encargó el fresco del profeta Isaías de Rafael en el tercer pilar de la izquierda de la nave. La famosa *Virgen con el Niño*, cuyo pie se ha desgastado con el roce de miles de madres, novias y embarazadas que lo han tocado a lo largo de los siglos, es de Jacopo Sansovino (1521). En la primera capilla de la izquierda se encuentra la famosa pintura de Caravaggio (1604) de la *Virgen de los Peregrinos*.

3. La PUERTA CENTRAL DE BRONCE DE SAN PEDRO fue un encargo del Papa Eugenio IV (1431-1447). Filarete la terminó en 1445 después de doce años de trabajo. Los relieves frontales que se encuentran por debajo y por encima de las figuras de San Pedro y San Pablo, representan escenas de la vida del Papa Eugenio IV; entre ellas, el concilio de Florencia que presidió en 1439. En la parte posterior hay una representación de Filarete y sus ayudantes bailando felizmente con sus herramientas en la mano debajo de una inscripción realizada en un latín lamentable que parece sugerir que, aunque fueron otros los que recibieron el dinero por aquel trabajo, Filarete y sus hombres estaban contentos de poder realizarlo. Las puertas modernas que se hallan a la izquierda de las de Filarete son de Giacomo Manzù, quien, por detrás, talló un relieve del Segundo Concilio Ecuménico Vaticano en el que se ve al Papa Juan XXIII hablando con un cardenal africano, una alusión a la imagen de Filarete de los monjes etíopes que acudieron al concilio de Florencia y luego visitaron Roma. La que queda más a la derecha es la Puerta Santa, que solo se abre durante el jubileo, cuando el papa llama a la puerta con un martillo de plata.

4. A los pies de la pendiente noroeste del monte Palatino, en la Via di San Teodoro, que lleva desde el CIRCO MÁXIMO hasta el FORO, se encuentra la antigua iglesia circular de SAN TEODORO, que fue construida a finales del siglo VI como uno de los *diaconiae*. De sus muchas restauraciones, destaca la que el Papa Clemente XI realizó en 1705. El Viernes Santo se organizaba una asombrosa celebración en la que los cofrades de los Sacconi Rossi aparecían con sus hábitos en forma de saco y sus capirotes.

5. La iglesia de los SANTOS CELSO Y JULIÁN fue consagrada por el Papa Celestino I el año 432 y enteramente reconstruida entre 1733 y 1735 por el arquitecto romano Carlo de Dominicis.

6. Teodosio fue el general que puso punto final a la invasión goda del Imperio oriental tras la batalla de Adrianópolis en el 379. Aquel mismo año se convirtió en el Emperador de Oriente y compartió el poder con sus dos jóvenes hermanastros, quienes heredaron el Imperio occidental: Graciano, de diecisiete años; y Valentiniano II, de cuatro. Magno Máximo intentó usurpar el Imperio occidental y, tras apoderarse de las provincias del norte en el año 383, trató de invadir Italia en el 387. Pero Teodosio le derrotó y restableció a Valentiniano II en el 388. El ARCO DE GRACIANO, VALENTINIANO Y TEODOSIO fue erigido para conmemorar esta victoria.

7. En el PALACIO DE LETRÁN ya existía una biblioteca papal, pero el verdadero fundador de la inmensa BIBLIOTECA VATICANA actual fue el Papa Nicolás V. Cuando accedió al trono en 1447, la biblioteca contaba con trescientos cuarenta códices; mientras que a su muerte, acaecida en 1455, había llegado a mil doscientos. Con Sixto IV (1471-1484) la colección alcanzó los tres mil seiscientos cincuenta manuscritos y, después de que se perdieran cuatrocientos en el Saqueo de Roma, la colección siguió creciendo gracias a los importantes legados de los siglos XVI y XVII. Para finales del siglo XVI ya era imposible guardar todos los volúmenes en la antigua biblioteca, por lo que Sixto V le encargó a Domenico Fontana que construyera la impresionante biblioteca que se sigue usando hoy en día. Está dividida en varias salas y galerías decoradas por diferentes artistas que trabajaron para distintos papas. Las Salas Sixtinas de Sixto V se construyeron entre 1587 y 1589; las Salas Paolinas de Pablo V, en 1611; el Salón de Urbano VIII, entre 1623 y 1644; la Sala Alejandrina de Alejandro VIII, en 1690; y la Galería Clementina de Clemente XII, en 1730. La biblioteca y los archivos vaticanos se abrieron al público en 1881. Durante el pontificado de Pío XI (1922-1939) se llevó a cabo un proceso de modernización y se crearon nuevas instalaciones destinadas a la investigación académica. Entre los manuscritos más interesantes de la colección cabe destacar una Biblia del siglo IV (*Codex Vaticanus*); tres copias de obras de Virgilio que datan de los siglos IV y V; la solicitud que presentó Enrique VIII para que se anulara su matrimonio con Catalina de Aragón; y varios poemas autógrafos de Petrarca y cartas de Santo Tomás de Aquino, Martín Lutero, Miguel Ángel y Rafael.

8. RENACIMIENTO Y DECADENCIA

1. La BASÍLICA DE SAN MARCOS es una de las iglesias titulares más antiguas de Roma. Las iglesias titulares son veinticinco iglesias romanas cuyos orígenes se remontan a los primeros tiempos del cristianismo. Desde el siglo IV, estas iglesias se han asociado a sacerdotes que tomaban el título cardenalicio de cada una de ellas. El Papa San Marcos I fundó esta basílica en el año 336 y se la dedicó al evangelista San Marcos. El Papa Adriano I la restauró en el 792 y Gregorio IV la reconstruyó casi por completo en el 833. De este último periodo es el bello mosaico del ábside en el que San Marcos le está presentando a Cristo Redentor al benefactor de la basílica, Gregorio IV. En el siglo XVI tuvo lugar otra reconstrucción a cargo del Cardenal veneciano Pietro Barbo, que fue cardenal de San Marcos antes de calzar las sandalias del pescador como Pablo II (1464-1471). La basílica actual corresponde a esta reconstrucción, cuando se convirtió en la iglesia de los venecianos. Entre las mejores obras del Renacimiento temprano destacan el magnífico techo dorado (1466-1468) de Giovannino y Mario de Dolci, y el gran pórtico y la fachada de Giuliano da Mariano y Leon Battista Alberti; todos realizados por encargo del Cardenal Barbo. La mayor parte de la decoración interior corresponde a la restauración barroca que llevó a cabo Filippo Barigioni, por encargo del Cardenal Angelo Querini, entre 1740 y 1750.

2. El Cardenal Pietro Barbo mandó construir el PALAZZO VENEZIA (1455-1468) en el lado oeste de Piazza di San Marco para recibir a los embajadores y otros huéspedes destacados. Fue demolido poco antes de 1911 para abrir las vistas al MONUMENTO DE VÍCTOR MANUEL II; y más tarde volvió a reconstruirse en la zona oeste de la plaza. Las obras del enorme PALAZZO VENEZIA, que se atribuye a León Battista Alberti, comenzaron en 1455 por encargo del Cardenal Pietro Barbo y acabaron en 1467 bajo la dirección de su sobrino, Marco Barbo, quien se convirtió en el cardenal titular de San Marcos. Fue el primer gran palacio no eclesiástico que se levantó en el Renacimiento. Fue residencia papal hasta 1564, cuando la Iglesia lo cedió a la República de Venecia para uso de los embajadores venecianos en Roma y de los cardenales titulares de San Marcos, que seguían siendo venecianos. En 1797, el palacio pasó a ser propiedad del Imperio austríaco por el Tratado de Campo Formio (por el cual Napoleón transfirió Venecia y sus posesiones a Austria, a cambio de ciertos territorios imperiales). El Gobierno italiano lo reclamó en 1916,

después de la derrota de Austria ante los Aliados. Mussolini lo usó como cuartel general. Actualmente contiene un museo y alberga exposiciones temporales.

3. La construcción del PALAZZO DELLA CANCELLERIA, tal vez el más bello de todos los palacios romanos, empezó en 1483 y terminó, después de varias interrupciones, en 1517. Durante mucho tiempo se ha atribuido su diseño a Bramante, aunque el arquitecto no llegó a Roma hasta 1499, cuando las obras ya estaban muy avanzadas. Si bien pudo encargarse de una parte, actualmente se considera que el diseño original fue de Andrea Bregno. Después de confiscárselo a la familia Riario, el papa Médici, León X (1513-1521), instaló en él las oficinas de la cancillería papal, de ahí el nombre de *Cancelleria*. De 1798 a 1799 fue sede del tribunal de la República romana; y en 1810, de la corte de Napoleón. También albergó el primer Parlamento romano en 1848. El primer ministro de Pío Nono, Pellegrino Rossi, fue asesinado cuando entraba en el edificio el 16 de noviembre de 1848.

4. La iglesia de los SANTOS NEREO Y AQUILEO, sita en Via delle Terme di Caracalla, es una de las iglesias titulares de Roma. Fue asimismo uno de los *diaconiae* de la ciudad. Mencionada por primera vez en el año 337, fue restaurada por el Papa León III (795-816) y casi completamente reconstruida por Sixto IV en el siglo XV. En 1597 se le cambió enteramente la decoración, después de que se le asignara como iglesia titular al Cardenal Baronio, famoso orador e historiador. El mosaico que se encuentra sobre el arco del santuario que representa la Transfiguración es de la época del Papa León III. Según el Papa San Dámaso, los santos Nereo y Aquileo eran dos soldados del ejército romano que, al hacerse cristianos, se negaron a continuar el servicio, por lo que fueron martirizados, probablemente durante las persecuciones de Domiciano.

5. El Papa Pascual II construyó en 1099 la iglesia de SANTA MARIA DEL POPOLO, que se encuentra justo después de entrar en la ciudad por la PORTA DEL POPOLO. Su ampliación como parroquia corrió a cargo del pueblo romano (de ahí su nombre) y Sixto IV encargó su reconstrucción de acuerdo con el diseño de Baccio Pontelli y Andrea Bregno en 1474. A pesar del revestimiento de estilo neoclásico del lateral que da a la plaza, la fachada sigue manteniendo la sencilla elegancia del Renacimiento temprano. La iglesia posee numerosas obras de arte, algu-

nas encargadas personalmente por Sixto IV y otras por diversos miembros de la familia Della Rovere. Destacan las pinturas de Pinturicchio, en la capilla de la familia Della Rovere, y las de Caravaggio, en la pequeña capilla que queda a la izquierda del altar mayor. La iglesia alberga asimismo obras de Rafael, Sebastiano del Piombo, Sansovino, Bernini y Carlo Maratta. La famosa imagen de la Virgen del siglo XIII que se encuentra sobre el altar mayor se le ha atribuido tradicionalmente a San Lucas. La vidriera policromada de 1509 que se halla en la capilla principal (que Bramante amplió por encargo de Julio II) es de Guillaume de Marcillat. Las espléndidas tumbas de los cardenales Girolamo della Rovere y Ascanio Sforza, situadas detrás del altar, son obra de Sansovino (también por encargo de Julio II). Los cardenales están representados como si estuvieran durmiendo sobre hermosos relieves inspirados en modelos clásicos, en lugar de yacer, como había sido costumbre hasta entonces.

6. Aun sin pruebas concluyentes, hay quienes le atribuyen la iglesia de SANTA MARIA DELLA PACE a Baccio Pontelli. El Papa Sixto IV mandó construir esta iglesia hacia 1480 como muestra de agradecimiento al acabar su guerra contra Florencia, que había empezado después de la conspiración de los Pazzi. Pietro da Cortona añadió el pórtico semicircular y la fachada convexa barroca para el Papa Alejandro VII en 1656. Aneja a la iglesia se halla la primera construcción de Bramante en Roma, un claustro realizado en un estilo clásico casi perfecto. Dentro se encuentran los famosos frescos de las Sibilas de Rafael (de Cuma, Persia, Frigia y Tibur), pintados en 1514.

7. El PONTE SISTO cruza el Tíber más allá de la Isla Tiberina, uniendo el Lungotevere della Farnesina, de la orilla derecha, y el Lungotevere dei Tebaldi, de la izquierda. Lo construyó Baccio Pontelli para reemplazar un puente romano de Marco Aurelio (véase nota 15, capítulo 4), destruido en el año 792. La construcción terminó en 1474, más de mil después de que se hubiera levantado el último puente imperial que cruzaba el Tíber. El puente, desde el que se disfruta de unas vistas de inefable belleza, lleva en su parapeto la siguiente inscripción: «Tú, que pasas por aquí por mérito de Sixto IV, ruega al Señor que conserve largamente y en buena salud al excelente Pontífice Máximo. Quienquiera que seas, ve en paz después de haber recitado tu oración».

8. Con la intención de dedicarla a las ceremonias eclesiásticas de carácter semipúblico, Sixto IV consagró la CAPILLA SIXTINA el 15 de agosto de 1483. La capilla tiene forma de paralelogramo, de aproximadamente cuarenta metros por catorce. Las paredes son continuas hasta dos tercios de su altura, permitiendo la entrada de la luz desde las ventanas de arriba. Los frescos de las paredes de la izquierda representan escenas de la vida de Moisés y los de la derecha, escenas de la vida de Cristo. Todos ellos se pintaron entre 1481 y 1483. En 1506, el Papa Julio II le encomendó a Miguel Ángel el fresco del techo, que hasta entonces estaba decorado con un cielo azul tachonado de estrellas doradas. Desde el 10 de mayo de 1508 hasta el 31 de octubre de 1512, el escultor trabajó incesantemente como pintor. En 1534, el Papa Clemente VII convenció a Miguel Ángel para que completara la decoración pintando un fresco gigantesco que recubriera por completo la enorme pared continua que se halla tras el altar mayor. El tema elegido fue el Juicio Final.

9. El Papa Eugenio IV (1431-1447) restableció la SAPIENZA en el lugar que ocupa actualmente, en el Palazzo della Sapienza, cuya fachada oculta la iglesia de SAN IVO, de Borromini. Fue la sede de la Universidad hasta que Mussolini construyó la Ciudad Universitaria cerca de San Lorenzo Extramuros (1932-1935). El archivo nacional se trasladó entonces a la Sapienza. El edificio que aún existe es de Giacomo della Porta. Detrás de la fachada, sencilla y algo severa, se halla un patio magnífico, con un pórtico y balcones a cada lado. Al fondo se alza la proeza de Borromini, la iglesia de San Ivo, construida entre 1642 y 1660 para el papa Barberini, Urbano VIII, cuya planta redonda se tomó de la forma del escudo heráldico de su familia. El retablo lo comenzó Cortona en 1661 y lo terminó G. V. Borghesi después de 1674. Los juristas del consistorio papal (la corte que atendía los asuntos eclesiásticos) dedicaron la iglesia a su patrón, San Ivo de Chartres.

El origen de la UNIVERSIDAD PONTIFICIA GREGORIANA de Piazza della Pilotta y sus institutos asociados de Estudios Bíblicos y Orientales se halla en el Colegio Romano, que fue fundado en 1551 por San Ignacio de Loyola como un centro de estudios que además de formar a sacerdotes y misioneros, también admitía a los estudiosos laicos. Debido a la gran afluencia de alumnos, la Universidad se trasladó a unas instalaciones más amplias: primero, a un edificio de la familia Frangipani, cerca de la iglesia de Santo Stefano del Cacco; y luego a otro aún mayor, que

pertenecía a la familia Salviati, cerca de Santa Maria in Via Lata. Actualmente, se encuentra en un edificio de Giulio Barluzzi (1927-1930).

10. El Palazzo Riario, célebre por su hermoso jardín, fue construido por Domenico Riario y más tarde ocupado por Girolamo Riario y su mujer, Caterina Sforza. A principios del siglo XVIII, la familia Corsini adquirió la propiedad y le encargó a Ferdinando Fuga que reconstruyera el palacio como Palazzo Corsini (1732-1736). En 1797, José Bonaparte residió en el palacio en calidad de embajador de Francia. El Estado italiano lo compró en 1884 y expuso en él la colección de arte de los Corsini, que había ido creciendo gradualmente y hoy se encuentra en el Palazzo Barberini. Otro Palazzo Riario, atribuido a Baldassare Peruzzi, fue construido a partir de 1536 cerca de la iglesia de Sant'Apollinare, fundada por el Papa Adriano I en el año 780 y remodelada por Ferdinando Fuga durante el pontificado de Benedicto XIV (1740-1758). Martino Longhi el Viejo reconstruyó el palacio hacia 1580 por encargo del cardenal milanés Marco Sittico Altemps, que pertenecía a la rama italiana de la familia Von Hohenems. Hoy lo ocupan el Palazzo Altemps y un seminario español.

11. El Palazzo Sforza Cesarini fue erigido por el Cardenal Rodrigo Borgia, futuro Alejandro VI, hacia 1462, en el lugar que ocupaba la antigua *cancelleria* papal. Y aquí fue donde el Cardenal se entregó a sus más lujosos entretenimientos. Se decía que Borgia se lo cedió al Cardenal Ascanio Sforza a cambio de su voto en la elección papal. Posteriormente lo adquirió la familia Cesarini. Pío Piacentini lo reconstruyó en 1888, manteniendo un lateral del patio del siglo XV, con su pórtico y galería.

12. La torre de Tor di Nona formó parte de la fortificación de los Orsini que vigilaba el paso de los barcos por el Tíber hacia el actual Ponte Umberto. Durante un tiempo fue una temida prisión, en la que estuvieron retenidos Benvenuto Cellini y Giordano Bruno.

13. El Palazzo Giraud Torlonia, sito en Via della Conciliazione, fue erigido entre 1496 y 1504 por Andrea Bregno para el Cardenal Adriano Castellesi da Corneto, nuncio papal en Inglaterra y amigo de Enrique VII. Fue la residencia de los embajadores de Enrique VIII ante la Santa Sede hasta la Reforma, cuando pasó a la familia Giraud. Posteriormente pasó a manos de la familia Torlonia, los banqueros del papa.

14. En la orilla izquierda del Tíber, a la altura del Ponte Cavour (construido en 1901), se hallaba el segundo puerto más importante del río, donde hoy se encuentra la Piazza Porto di Ripetta. El puerto de Ripetta, que posiblemente existía ya en la época romana, se encargó del tráfico que bajaba por el río hasta finales del siglo xix. Se construyó, o reconstruyó, a principios del Renacimiento con los grandes bloques de travertino que se habían desplomado del Coliseo durante el gran terremoto de 1349.

15. Los aposentos que el Papa Alejandro VI mandó preparar en el Vaticano se encuentran bajo las Estancias de Rafael, en la zona del palacio Vaticano que construyó el Papa Nicolás V (1447-1455). Otra parte de las habitaciones se halla en la torre que erigió el propio Papa Borgia. Actualmente, estos edificios se encuentran en el extremo sur del Patio del Belvedere (que no existía en tiempos de Alejandro VI) y separan este patio del Patio del Papagayo, cuyo tamaño es mucho más reducido. Seis habitaciones de la primera planta, de distinto tamaño y decoradas por distintos artistas, conforman el Apartamento Borgia. Los espléndidos frescos de Pinturicchio datan de 1492 y 1495. La cuarta sala, o Sala de los Santos, contiene los mejores frescos de Pinturicchio, que muestran la vida de San Pablo el Ermitaño y Santa Catalina de Alejandría; para representar a la santa se cree que el pintor tomó como modelo a Lucrecia Borgia. El 29 de junio de 1500, Alejandro VI arriesgó la vida cuando se derrumbó el techo de la sexta sala (la mayor), que recibe el nombre de Sala de los Pontífices. Cuando León X la restauró, les encargó su decoración, a base de estucos y frescos, a Giovanni da Udine y Perin del Vaga. Durante un tiempo, el apartamento albergó la colección de pintura del Vaticano y, más tarde, los libros impresos de la Biblioteca Vaticana.

9. PATRONES Y PARÁSITOS

1. El Pasquino, un torso griego de mármol que data del siglo iii a. C. y se cree que representa a Menelao (aunque le falta la cara), se halla en la acera de una pequeña plaza triangular, llamada Piazza di Pasquino, delante del Palazzo Braschi. Este fue el lugar en el que decidió colocar la estatua el Cardenal Carafa en 1501 cuando salió a la luz durante las obras de pavimentación de la cercana Via dei Leutari. La famosa costumbre de colgarle críticas satíricas y libelos contra la autoridad competente parece derivar, junto con el nombre de la estatua, de un sastre del

siglo xv de nombre Pasquino que trabajaba en el barrio y solía recibir encargos de la corte papal, sobre la que el sastre comentaba con inusual libertad y vehemencia. Sin embargo, la estatua ya se usó con este mismo fin en tiempos de Alejandro VI. En realidad, el Pasquino no es más que una de las muchas estatuas parlantes que los ciudadanos romanos han utilizado como portavoces de sus quejas. Otras estatuas parlantes dignas de mención son la de Marforio, la figura yacente del dios Océano que se encuentra en el patio del MUSEO CAPITOLINO; la de Madama Lucrezia, un gran busto femenino, posiblemente de Faustina, ubicado contra una de las paredes del PALAZZETTO VENEZIA, que probablemente debe su nombre a una señora del siglo XVI, dueña de varias casas de los alrededores y cuyos atributos físicos debían de parecerse a los de la estatua; la del Abate Luigi, una figura con toga del último periodo clásico sita en Piazza Vidoni, una de las plazas que dan al Corso Vittorio Emanuele II; y la de la Fontanella del Facchino, una fuente situada al lado de la iglesia de SANTA MARIA IN VIA LATA que representa a un aguador del siglo XVI.

Los comentarios del Pasquino han dado lugar a una palabra que se ha adaptado a muchos idiomas. El término *pasquinade* entró a formar parte de la lengua inglesa en 1658. Un ejemplo de pasquinada nos lo ofrece la traducción de *Rome*, de Rennell Rodd, que relata la libre distribución de las cruces de honor de la legión a los colaboradores romanos por parte de la administración napoleónica en Roma:

En los fieros tiempos de antaño
colgando a los ladrones de una cruz se compensaba el daño,
pero en nuestros tiempos más benignos,
se cuelga la cruz de los ladrones dignos.

2. La iglesia de SAN PIETRO IN MONTORIO se construyó en el monte Janículo antes del siglo IX en el lugar en que erróneamente se creía que San Pedro había sufrido el martirio. Fue reconstruida, tal vez por Baccio Pontelli, poco después de 1481 por orden de los Reyes Católicos. En 1849 resultó gravemente dañada a causa de las luchas que se produjeron entre Garibaldi y los franceses, por lo que volvió a ser restaurada al poco tiempo. El TEMPIETTO se edificó en un pequeño patio a la derecha de la iglesia para indicar el lugar en el que aún se creía que San Pedro fue crucificado.

3. Una inscripción del ARCO DEI BANCHI señala la altura que alcanzó la crecida del Tíber en 1276. Cuando se desbordó cerca del Ponte

Sant'Angelo en la Edad Media, las aguas cayeron en cascada sobre la Via del Banco di Santo Spirito y su continuación, la Via dei Banchi Novi, que desde entonces se conoció como Canale di Ponte.

4. Además del ARCO DEI BANCHI, la VIA DEL BANCO DI SANTO SPIRITO alberga el PALAZZO NICCOLINI AMICI, que fue construido por Jacopo Sansovino en la década de 1530 por encargo de Roberto Strozzi, y el Palazzo Alberini, posteriormente PALAZZO CICCIAPORCI (véase nota 3, capítulo 10).

5. En 1549, un viajero inglés describió los JARDINES VATICANOS DE JULIO II, diseñados por Bramante, como «lo más hermoso del mundo». Desde los edificios del PALACIO VATICANO, adyacentes a SAN PEDRO, los jardines se extendían en dirección norte hacia el BELVEDERE, por la colina vaticana en la que el Papa Inocencio VIII (1484-1492) había decidido levantar su palacete, lejos del ajetreo del palacio y las oficinas pontificias. Las obras habían corrido a cargo de Jacopo da Pietrasanta, tal vez siguiendo el proyecto de Pollaiuolo. La idea de Bramante era usar la zona comprendida entre el PALAZZETTO DEL BELVEDERE y las oficinas vaticanas para levantar dos edificios dispuestos de tal forma que flanquearan un área dedicada a los torneos y un jardín. Si bien las obras no llegaron a seguir dicho diseño, antes de la muerte de Julio II se construyó la parte oriental del recinto y el jardín, que recibió el nombre de JARDÍN DE LA PIÑA. Más tarde, Sixto V (1585-1590) mandó construir la BIBLIOTECA VATICANA a través del recinto, creando así el PATIO DEL BELVEDERE y el PATIO DE LA PIÑA. Posteriormente se creó un nuevo patio, el PATIO DE LA BIBLIOTECA, con la construcción del Braccio Nuovo, otro ala transversal que consiguió sacarse del espacio que ocupaba el Patio de la Piña. El Braccio Nuovo fue diseñado por Raffaello Stern. Su construcción concluyó en 1822.

Aún se conserva la parte central de la Villa Belvedere, pero solo como parte integrante de los edificios que rodean el Patio de la Piña por el norte, en lo que hoy se conoce como MUSEO PÍO CLEMENTINO, construido por los papas Clemente XIV (1769-1774) y su sucesor, Pío VI (1775-1799).

6. El APOLO DEL BELVEDERE se encuentra actualmente en la Sala de Apolo del MUSEO PÍO CLEMENTINO del VATICANO. Se trata de una copia de un original griego de Leocares, probablemente de bronce, del siglo IV a. C. La estatua fue descubierta en Grottaferrata hacia finales del siglo XV y

formó parte de la colección del Papa Julio II cuando aún era cardenal. En aquel momento la colocó en el jardín de su residencia, pero al convertirse en papa la trasladó al Jardín del Belvedere.

7. Véase nota 30, capítulo 2.

8. Véase nota 5, capítulo 8.

9. Las ESTANCIAS DE RAFAEL están en la zona del PALACIO VATICANO que fue construida o restaurada por el Papa Nicolás V (1447-1455), a excepción de la Torre Borgia. En 1492, Alejandro VI le encargó a Pinturicchio los frescos de las seis habitaciones de la primera planta del edificio, conocidas como el APARTAMENTO BORGIA. Julio II vivió en este apartamento durante cuatro años, hasta 1507, cuando decidió mudarse a las cuatro habitaciones del piso superior, tal vez para eludir el molesto recuerdo de su odiado predecesor. Dichas habitaciones ya habían sido decoradas por varios artistas, como Piero della Francesca y Andrea del Castagno. En principio, Bramante eligió a otro grupo de pintores —entre los que destacan Perugino, Luca Signorelli, Lorenzo Lotto y Rafael— que habrían de completar el trabajo. Sin embargo, hacia finales de 1508, Julio II ya les había despedido a todos menos a Rafael, cuya decoración de la Estancia del Sello le había impresionado tanto que decidió encargarle la realización de los frescos de todas las habitaciones. Y así fue como vieron la luz algunas de las pinturas más extraordinarias del mundo, un *simposio* del conocimiento y las creencias del Renacimiento cristiano. Los dos grandes frescos de la Estancia del Sello, que decoran las dos paredes opuestas de la habitación en la que solía estudiar el Papa, representan respectivamente: el triunfo de la Iglesia, o de la fe religiosa y la verdad, llamada la *Disputa del Sacramento*; y el triunfo de la verdad científica, conocida como la *Escuela de Atenas*. La Estancia de Heliodoro debe su nombre a la representación de Rafael de la expulsión de Heliodoro del Templo de Jerusalén, recogido en el segundo libro de los Macabeos. De igual fama, aunque tal vez más justificada, es la representación de la liberación de San Pedro de su cautividad en Jerusalén. Al otro lado de la Estancia del Sello se encuentra la Estancia del Incendio de Borgo, que fue decorada por completo entre 1514 y 1517, durante el pontificado de León X, quien además decidió los motivos de los frescos de esta sala, que sería utilizada como salón comedor. En la cuarta sala, la Estancia de Constantino, aparte de algunos esbozos de la pintura de la batalla de

Ponte Milvio, todo el trabajo corrió a cargo de los ayudantes de Rafael, entre los que cabe destacar a Giulio Romano.

10. El Moisés de Miguel Ángel se instaló en el monumento a Julio II, en San Pietro in Vincoli, en 1544. La obra, que completaron sus alumnos, se mostró al público en 1547. En las representaciones medievales se colocaban cuernos sobre la cabeza del profeta debido a una interpretación errónea de una palabra hebrea. Aunque Miguel Ángel era consciente del error, decidió mantener los cuernos como símbolo de divinidad y poder, como ya se hacía en la Antigüedad.

11. La iglesia de San Juan de los Florentinos fue diseñada por Jacopo Sansovino. Completó la obra Carlo Maderno en 1614, después de que hubieran contribuido a su construcción tanto Antonio da Sangallo el Joven como Giacomo della Porta. Alessandro Galilei añadió la fachada en 1734. El altar mayor es de Borromini, cuya tumba se encuentra en la iglesia.

12. La actual Piazza del Popolo es obra de Giuseppe Valadier, quien la proyectó entre 1816 y 1820 a partir de unos diseños en los que había comenzado a trabajar en 1784. En el extremo sur, enfrente de la iglesia de Santa Maria del Popolo, se encuentran las iglesias gemelas de Santa Maria in Montesanto y Santa Maria dei Miracoli, una a cada lado de la Via del Corso. El Papa Alejandro VII le encargó la construcción de ambas iglesias a Carlo Rainaldi en 1660.

13. En la Antigua Roma, Piazza Navona fue el Circus Agonalis (estadio de los atletas) de Domiciano. Con el tiempo, el circo empezó a conocerse como *n'Agona*, de donde deriva *Navona*. El circo siguió albergando competiciones deportivas hasta principios del Renacimiento, cuando Sixto IV decidió trasladar allí el mercado del monte Capitolino. En 1485 se pavimentó y poco a poco fue adquiriendo su carácter de plaza pública, de la que desaparecieron todas las gradas, aunque no llegó a perder la forma de circo que aún conserva en la actualidad. La plaza debe su aspecto actual al mecenazgo del Papa Pamphili, Inocencio X. El Palazzo Pamphili, residencia familiar de dicho papa, fue construido entre 1644 y 1650. En 1652, Rainaldi comenzó la construcción de la iglesia de Santa Inés en Agone, que fue completada por Borromini en 1657. La Fuente de los Cuatro Ríos es obra de Bernini (véase nota 23, capítulo 12).

14. VILLA MADAMA es una de las obras maestras del *Cinquecento* (siglo XVI). Rafael comenzó su construcción y los Sangallo, que solían trabajar con él, la terminaron. Las obras empezaron en 1519 bajo la supervisión de Giulio Romano. La decoración interior corrió a cargo de Giulio Romano y Giovanni da Udine. El Saqueo de Roma (1527) causó graves desperfectos en la villa, si bien es probable que su deterioro se deba más al pillaje que a los incendios que durante un tiempo se creyó que había sufrido. Hay quienes afirman que el Papa Clemente VII contempló como se quemaba la villa mientras permanecía refugiado en Castel Sant'Angelo, aunque lo más probable es que no sea cierto, ya que es imposible ver la villa desde el castillo. Lo que sí es cierto es que muchas estatuas del jardín desaparecieron durante el Saqueo, mientras que los frescos y la decoración interior sobrevivieron prácticamente intactos. Más tarde, la villa pasó a ser propiedad de la hija del Emperador Carlos V, Madama Margarita de Austria, de la que toma su nombre. Su hijo, Alejandro Farnesio, la heredó. Y de los Farnesio pasó a los Borbones, cuyos herederos se la vendieron en 1913 a un ingeniero francés, Maurice Bergès. Para entonces, la villa se encontraba en un lamentable estado de abandono, pero Bergès nombró al arquitecto Pio Piacentini para que la restaurara. En 1925, Bergès le vendió la villa al Conde Dentice Frasso, quien pudo seguir adelante con la restauración gracias a la generosa ayuda de su esposa, una americana acaudalada. El Ministerio de Asuntos Exteriores italiano la arrendó en 1937, hasta que el Gobierno italiano la compró tres años más tarde. Actualmente, el Gobierno la usa para hospedar a sus invitados. Al sur de Villa Madama, en Monte Mario, se encuentra VILLA MELLINI, que fue construida por Mario Mellini a mediados del siglo XV. El Cardenal Giovanni Mellini falleció en esta villa en 1478. El condestable de Borbón la convirtió en su cuartel general antes del Saqueo de Roma. El General Oudinot también la usó en 1849. Goethe solía ir a pasear por sus jardines. Hoy en día la villa se ha convertido en un observatorio al que se ha agregado el Museo Astronómico Copernicano, fundado en 1860.

10. EL SAQUEO DE ROMA

1. En la década de 1480, el Cardenal Domenico della Rovere mandó construir el PALAZZO DEI PENITENZIERI en Via della Conciliazione. El diseño es probablemente de Baccio Pontelli. Actualmente, es un hotel.

2. Por encargo de León X, que deseaba regalárselo a su hermano Giuliano de Médici, Jacopo Sansovino construyó el PALAZZO LANTE AI CAPRETTARI en Piazza dei Caprettari. La palabra *caprettaro* significa vendedor de carne de cabra. Ludovico Lante compró el palacio en 1533.

3. El PALAZZO CICCIAPORCI, sito en Via Banco di Santo Spirito, fue construido para un noble romano, Giovanni Alberini. Las obras comenzaron en 1515, siguiendo el proyecto de Giulio Romano; pero el arquitecto toscano Pietro Roselli modificó el diseño antes de que las obras terminaran en 1521. Después de pertenecer a la familia Cicciaporci, el palacio pasó a ser propiedad de la familia Senni.

4. La familia Cenci era una de las más ricas de Roma. Sus miembros fueron dueños de gran parte de lo que hoy son los jardines de VILLA BORGHESE, hasta que el Papa Pablo V (1605-1621) adquirió la propiedad tras haber sido confiscada a raíz del asesinato del monstruoso Francesco Cenci por orden de sus hijos. El PALAZZO CENCI MACCARANI DI BRAZZÀ, sito en Piazza Sant'Eustachio, fue diseñado por Giulio Romano. Su construcción terminó en 1535. La familia Maccarani lo compró a finales del siglo XVI, cuando la familia Cenci vino a menos. Más tarde, los Maccarani se lo vendieron a la familia Di Brazzà.

5. Después de que los palacios de la familia Massimo se incendiaran durante el Saqueo de Roma, Baldassare Peruzzi se encargó del magnífico diseño de un nuevo palacio para los hermanos Pietro, Luca y Angelo Massimo (1532-1536). Su nombre, PALAZZO MASSIMO ALLE COLONNE, deriva de las antiguas columnas de los edificios que fueron destruidos durante el Saqueo, y en los que parece que Peruzzi se inspiró para la realización de las columnas del pórtico.

6. La construcción de la villa de Agostino Chigi concluyó en 1511. Cuando el Cardenal Alejandro Farnesio, nieto del Papa Pablo III, la compró en 1580, pasó a tomar el nombre de VILLA FARNESINA. Esta villa alberga el Gabinetto Nazionale delle Stampe (una amplia colección de grabados) y ofrece un elegante escenario para las recepciones de la Accademia dei Lincei. Chigi, con su inmensa fortuna, adornó la villa con espléndidos trabajos de Francesco Penni, Peruzzi, Sodoma, Sebastiano del Piombo, Giulio Romano, Giovanni da Udine y Rafael, cuya adorable *Galatea* se encuentra en una de las salas. Rafael diseñó muchas más

obras para Chigi de las que efectivamente llegó a completar. El motivo, según Vasari, fue la gran distracción que supuso para el artista la apasionada relación que mantuvo con *la Fornarina*, hija de un panadero. Parece ser que al final Chigi permitió que la joven se fuera a vivir con Rafael a la villa.

7. El Colegio Capranicense y el adyacente Palazzo Capranica, ambos ubicados en Piazza Capranica, se construyeron en 1457 para el Cardenal Domenico Capranica, uno de los cardenales más eminentes del Papa Martín V. Actualmente, el palacio alberga un teatro.

8. La iglesia de San Jacobo de los Españoles, sita en Piazza Navona, fue la primera que se levantó en Roma tras el regreso de los papas de Aviñón. El Obispo Alfonso Paradinas de Sevilla la fundó para sus compatriotas el Año Santo de 1450.

9. La iglesia de Santa Maria dell'Anima terminó de construirse en 1523, en Via Santa Maria dell'Anima, cerca de Piazza Navona. La intención original era dedicarla a las comunidades holandesa, flamenca y alemana en Roma. La fachada se le atribuye a Giuliano da Sangallo.

10. El Palazzo dei Santi Apostoli, aledaño a la iglesia de los Santos Apóstoles, fue construido probablemente en 1478 por Giuliano da Sangallo para el Cardenal Giuliano della Rovere, futuro Papa Julio II.

11. El convento y la iglesia de San Cósimo, del siglo x, fueron restaurados en 1475.

11. RECUPERACIÓN Y REFORMA

1. El palacio Farnesio fue diseñado por Antonio da Sangallo, que comenzó su construcción en 1514. Cuando el arquitecto falleció en 1546, Miguel Ángel ocupó su puesto. A él le debemos el piso superior del edificio. Tras la muerte de Miguel Ángel, Giacomo della Porta completó el ala que da a la orilla del río y los jardines, en 1574. El infante don Carlos, hijo de Felipe V de España y su esposa Isabel de Farnesio, heredó el palacio en 1734. Más tarde se convirtió en la residencia romana de los Borbones de Nápoles, y a principios del siglo xix la ocupó el re-

presentante de Joaquín Murat, mariscal de Napoleón que llegó a ser Rey de Nápoles en 1806. En 1871, el Gobierno italiano le arrendó el palacio al Gobierno francés, que lo convirtió en la embajada francesa, al precio de una lira cada noventa y nueve años, a cambio del hotel Galiffet en París. El vestíbulo y el patio son tan impresionantes como la fachada. La galería de la primera planta contiene frescos de temas mitológicos tomados de las *Metamorfosis* de Ovidio, obra de los hermanos Annibale y Agostino Carracci, y sus asistentes Domenichino y Lanfranco. No muy lejos, donde el Corso Vittorio Emanuele II se ensancha para dar paso a la Piazza San Pantaleo, se encuentra el pequeño palacio renacentista PICCOLA FARNESINA, que no guarda ninguna relación con la familia Farnesio: los lirios que lo decoran son los de Francia; mientras que los lirios de la familia Farnesio adornan las fuentes de Piazza Farnese. Antonio da Sangallo el Joven diseñó la Piccola Farnesina para la familia del prelado francés Thomas Le Roy, a quien se le concedió el derecho de incorporar una flor de lis en su escudo de armas en reconocimiento por sus servicios al negociar el concordato entre Francisco I y el Papa León X. El ayuntamiento de Roma compró el palacio en 1887. Hoy es el Museo Barracco, que alberga la colección de escultura antigua del barón Giovanni Barracco.

2. En 1540, Antonio da Sangallo comenzó la construcción de la SALA REGIA para el Papa Pablo III, aunque las obras no terminarían hasta 1573. Con el propósito de destinarla a las recepciones de los soberanos y sus representantes diplomáticos, la sala se ubicó en el ala de los apartamentos papales en la que también se encontraban los APARTAMENTOS BORGIA y las ESTANCIAS DE RAFAEL. Los frescos de temas históricos son de Vasari, Lorenzo Sabattini, Francesco Salviati y los hermanos Zuccaro.

3. Antonio da Sangallo el Joven empezó la Capilla Paolina en 1540 y debió de terminarla antes de 1542, cuando Miguel Ángel comenzó los dos grandes frescos que Pablo III le había encargado para las paredes laterales: la *Conversión de San Pablo* (1542-1545) y la *Crucifixión de San Pedro* (terminado después de 1549). Estas son las últimas obras pictóricas del artista.

4. *El Juicio Final* de Miguel Ángel recibió muchas críticas, ya que muchos lo consideraron totalmente inadecuado para un lugar de culto cristiano. Pablo IV (1555-1559) lo llamó «un potaje de desnudos». Durante

el pontificado de Pío IV, en 1564, Daniele da Volterra tuvo que encargarse de vestir las figuras para que fueran más decentes, por lo que se ganó el apodo de *il Braghettone* (el que hace calzones). Gregorio XIII (1572-1585) y Clemente VIII (1592-1605) también ordenaron más manos de pintura. Biagio da Cesena, el maestro de ceremonias de Pablo III, que había criticado la desnudez de las imágenes, aparece representado como Minos con orejas de burro y una serpiente que le sube hacia las caderas. Otros retratos son de Pietro Aretino (representado como San Bartolomé), Dante, Savonarola, Julio II y una amiga del artista, Vittoria Colonna.

5. Miguel Ángel ya tenía al menos sesenta y tres años cuando empezó a trabajar en la reconstrucción de la plaza del Capitolio. Su idea era que desde Piazza d'Aracoeli se subiera a la nueva PIAZZA DEL CAMPIDOGLIO por una rampa, la CORDONATA, en la que unas cuerdas se atarían por el suelo a ambos lados como punto de apoyo para los animales. Los arquitectos que pusieron en práctica el diseño de Miguel Ángel tras su muerte fueron Giacomo della Porta, que terminó el PALAZZO DEI CONSERVATORI en 1568, y Girolamo Rainaldi, que terminó el PALAZZO NUOVO o MUSEO CAPITOLINO (copia del Palazzo dei Conservatori) en 1655. Ambos arquitectos colaboraron en la reconstrucción del PALAZZO SENATORIO, que domina la plaza y sigue siendo la sede del ayuntamiento de la ciudad, el Comune di Roma. Si bien se apartaron un poco del diseño de la fachada de Miguel Ángel, mantuvieron la escalinata doble que lleva a la entrada principal, que había sido construida en 1550. Martino Longhi el Viejo levantó la torre del reloj entre 1578 y 1582. Las enormes estatuas de Cástor y Pólux que se encuentran en la cima de la Cordonata se descubrieron en el TEATRO DE POMPEYO durante el pontificado de Pío IV, y en 1583 se llevaron al Capitolio.

6. La PIEDAD de Miguel Ángel (única escultura que el artista firmó) fue encargada por el Cardenal Jean de Bilhères, embajador de Francia, en 1498, cuando el escultor tenía veintitrés años.

7. La construcción de la casa de recreo conocida como CASINO DE PÍO IV comenzó en 1558 a cargo de Pirro Ligorio con la ayuda de Salustio Peruzzi, hijo de Baldassare. Fue una comisión de Pablo IV, predecesor de Pío IV. El Casino está compuesto por dos pabellones, Grande Casino y Piccolo Casino, que se encuentran frente a frente, separados por una

plaza elíptica a la que se llega por una doble escalinata a través de una arquería.

8. Situada en Piazza dei Santi Apostoli, cerca del PALAZZO COLONNA, la iglesia de los SANTOS APÓSTOLES fue construida probablemente por el Papa Pelagio I (556-561) y más tarde restaurada por los papas Colonna, Martín V (1417-1431); Della Rovere, Sixto IV; y Médici, Pío IV. Durante el pontificado de Clemente XI (1700-1721), Francesco Fontana y su padre la reconstruyeron casi por completo. La fachada neoclásica es de Giuseppe Valadier, y el pórtico es de Baccio Pontelli. El Papa Martín V levantó el Palazzo Colonna en 1427 en el lugar que ocupaba un castillo de su familia. Para cuando el papa Borgia, Alejandro VI, lo confiscó, ya estaba terminada toda la decoración. Julio II se lo devolvió a la familia Colonna. En 1620, cuando el palacio aún tenía aspecto de fortaleza medieval, Filippo Colonna decidió hacer reformas y lo dotó de una galería decorada con las estatuas de mármol que se habían encontrado en una villa cercana. Las alas que rodean el patio y la galería fueron reconstruidas en 1730. Los salones están ricamente pintados y contienen frescos de Pinturicchio, Poussin, Tempesta, il Pomarancio, Cavaliere d'Arpino y Cosmè Tura. El palacio alberga la famosa Galería Colonna, fundada por el Cardenal Girolamo Colonna. También posee hermosas pinturas de Poussin, Veronese y Annibale Carracci.

9. VILLA GIULIA, o VILLA DI PAPA GIULIO, hoy convertida en un museo de arte etrusco, fue construida por Vignola entre 1551 y 1553 por encargo del Papa Julio III. La villa se alza, rodeada de sus jardines, en el extremo sur del Valle Giulia, cerca de la GALERÍA NACIONAL DE ARTE MODERNO. La galería ubicada en el fondo del patio es de Bartolommeo Ammanati. La villa, así como el jardín y el *nymphaeum* adyacente, se adornó en un principio con estatuas, urnas y grandes maceteros que contenían naranjos y limoneros.

10. La ESTATUA DE POMPEYO se encuentra hoy en el Salón del Trono del PALAZZO SPADA. Data de la época imperial y representa un capitán «desnudo y noble» recogido en oración. Se ha identificado con la estatua de la Curia del TEATRO DE POMPEYO, a cuyos pies se cree que César fue asesinado. Salió a la luz en la década de 1550 durante unas excavaciones que se estaban llevando a cabo en Via Leutari, y la adquirió el Papa Julio III.

11. El PALAZZO SPADA, sito en Piazza della Quercia, comenzó a construirse hacia 1549 para el Cardenal Capodiferro, quien probablemente lo encomendó a Giulio Merisi da Caravaggio. Terminó de adornarse en 1559. La elaborada decoración de estuco es de Giulio Mazzoni. En 1559, el palacio pasó a la familia Mignanelli, y en 1632, al Cardenal Spada. Borromini restauró el palacio después de 1632 y le añadió su característica más famosa, la perspectiva de *trompe l'œil* del jardín. En 1927, la familia Spada vendió el palacio al Estado italiano, que lo utiliza como sede de las oficinas del Consejo de Estado. La GALERÍA SPADA hospeda las obras de arte del Cardenal Bernardino Spada y es la única colección familiar limitada que ha sobrevivido en Roma.

12. La iglesia de SANTA LUCÍA DEL GONFALONE, de Via dei Banchi Vecchi, fue construida para la antigua fraternidad del Gonfalone a principios del siglo XIV. En 1764, el arquitecto romano Marco David la reconstruyó en estilo barroco. Franco Azzurri la restauró en 1866.

13. Fundado por el Papa Gregorio XIII, el COLEGIO ROMANO fue construido entre 1583 y 1585 por Bartolommeo Ammanati como centro de estudios principal de los jesuitas, en cuyas manos quedó hasta 1870, cuando el Gobierno italiano lo convirtió en instituto, el actual Liceo Visconti. El enorme edificio albergaba asimismo la Biblioteca Nacional Central Vittorio Emanuele II, que nació de la unión de un cierto número de bibliotecas de órdenes religiosas, entre las que se encontraba la de los jesuitas del Colegio Romano y la biblioteca del Museo Nacional Prehistórico y Etnográfico L. Pigorini, que más tarde se trasladó al MUSEO DE LAS CIENCIAS del EUR. Al lado del Colegio Romano está la iglesia jesuita de SAN IGNACIO. Esta iglesia se construyó por encargo del Cardenal Lodovico Ludovisi, cuyo tío, Gregorio XV, había estudiado en el Colegio Romano. A Domenichino (entre otros) se le pidió que presentara un diseño, pero al final se prefirió el del jesuíta Orazio Grassi. El espectacular *trompe l'œil* del techo del magnífico interior barroco es obra de otro jesuita, Andrea Pozzo.

14. La iglesia del GESÙ, que fue el modelo de un tipo de iglesia de la Contrarreforma que se conoció como estilo jesuita, fue diseñada por Vignola para el poderoso Cardenal Alejandro Farnesio, de quien se decía que poseía las tres cosas más hermosas de Roma; el palacio de su familia, su hija y la iglesia del Gesù. Se cree que la fachada es una adap-

tación de Giacomo della Porta del diseño de Vignola, aunque también hay quienes la atribuyen al jesuita Giuseppe Valeriani. Esta iglesia, cuya construcción comenzó en 1568 y fue consagrada en 1584, es la principal iglesia jesuita de Roma. La opulencia y los colores de la decoración (en su mayor parte de los siglos XVIII y XIX) se ajustan a las ideas jesuitas de atraer a los fieles con grandes obras. Las pinturas principales, del genovés Giovanni Battista Gaulli, datan de 1672-1685. La lujosísima tumba de San Ignacio de Loyola brilla con el resplandor del lapislázuli. El globo de la cumbre es la pieza más grande que existe de esta piedra en el mundo.

15. El más caritativo de los místicos, San Felipe Neri, comenzó el oratorio y la iglesia de SANTA MARIA IN VALLICELLA, o CHIESA NUOVA, con la colaboración de los miembros de su congregación de oratorianos y con la ayuda del Papa Gregorio XIII. La construcción se levantó en el lugar que ocupaba una iglesia del siglo XII. El diseño es en su mayor parte de Martino Longhi el Viejo, que más tarde fue reemplazado por el arquitecto Matteo da Città di Castello. Si bien fue consagrada en 1599, la iglesia no se completó hasta 1605, cuando se terminó la fachada de Fausto Rughesi. Por más que San Felipe Neri deseara que en el interior de la iglesia se mantuvieran las paredes blancas, en 1647 se le encargó a Pietro da Cortona que las decorara con los frescos que tardaría veinte años en terminar. Las tres pinturas que se hallan a ambos lados del altar y sobre él son obra de Rubens. El oratorio aledaño es de Borromini (1637-1662). A San Felipe Neri le conmovía tanto la pintura de Federico Barocci del altar de la Capilla de la Visitación que «se sentaba en un silla delante del altar y caía víctima de un suave éxtasis». Las mujeres iban allí y se maravillaban al verle, pero entonces él se daba la vuelta y les pedía que se fueran, abochornado por que lo hubieran visto permaneciendo en tal estado. Antes de mudarse a Santa Maria in Vallicella, San Felipe Neri había vivido con la archicofradía de la Caridad, una cofradía que había fundado el Cardenal Giulio de Médici, futuro Clemente VII, en 1519. En la iglesia de dicha cofradía, SAN JERÓNIMO DE LA CARIDAD, San Felipe Neri atrajo a un gran número de seguidores. Esta iglesia, sita en Via Monserrato, había pertenecido a los franciscanos; Domenico Castello comenzó su reestructuración, que acabó hacia 1660. Iba a verle tanta gente que tuvo que pedir un permiso para usar el ático de una de las naves como oratorio (una capilla sin altar), y de ahí sale el nombre con el que con el tiempo llegaron a conocerse los ejercicios espirituales que

él inició, la habitación en que se desarrollaban y la congregación que los promovió. Desde esa iglesia salía San Felipe a recorrer toda la ciudad, reconfortando a los enfermos de los hospitales y haciendo peregrinaciones a las siete basílicas de Roma, acompañado por enormes multitudes de hasta mil personas, un coro de letanías y las resonantes fanfarrias de las trompetas.

16. Las FUENTES de PIAZZA NICOSIA y PIAZZA COLONNA son obra de Giacomo della Porta. La de Piazza Nicosia, de 1573, se colocó inicialmente en PIAZZA DEL POPOLO.

17. La ACCADEMIA DI SAN LUCA, constituida como una academia de bellas artes en 1577, fue la heredera de una corporación de artistas cuya fundación se remontaba como mínimo al siglo XIV y había sido reconstituida en 1478. En 1588, cuando Sixto V le donó la iglesia de Santa Martina a la Academia, la iglesia pasó a llamarse iglesia de los SANTOS LUCAS Y MARTINA. Muy cerca se construyeron unas instalaciones para los miembros de la Academia. Sin embargo, tanto las instalaciones como la iglesia fueron demolidas entre 1931 y 1933 a fin de hacer espacio para la Via dei Fori Imperiali. La nueva sede de la Academia se encuentra en el Palazzo Carpegna, sito en Piazza dell'Accademia di San Luca, cerca de la FONTANA DE TREVI.

18. El PALACIO DEL QUIRINAL comenzó a edificase en 1574, en el terreno de una villa que había construido el Cardenal Ippolito d'Este. Entre los arquitectos que contribuyeron a su construcción destacan Flaminio Ponzio, Domenico Fontana, Carlo Maderno, Bernini y Ferdinando Fuga. Aunque no terminó de construirse hasta el pontificado de Clemente XII (1730-1740), los papas la usaron regularmente desde que Clemente VIII la ocupó por primera vez en 1592. El Rey Víctor Manuel II se hizo con el palacio en 1870, y actualmente es la residencia oficial del presidente de la República italiana. La amplia capilla es de Carlo Maderno.

19. El OBELISCO de PIAZZA DEL POPOLO fue erigido enfrente del Templo de Sol (Heliópolis) por los faraones Ramsés II y su hijo Meritamón. Augusto lo llevó a Roma para el CIRCO MÁXIMO. En 1589 se trasladó a su ubicación actual. En 1823 se embelleció la base con cuatro leones de mármol y sus respectivos cuencos bajo la dirección de Giuseppe Valadier.

20. El Patio de la Piña recibe su nombre de la colosal piña de bronce de la época imperial que se encontró en las Termas de Agripa. El Patio de la Biblioteca se formó a raíz de la construcción de dos edificios transversales que cruzaban el patio principal del Belvedere: la Biblioteca, construida por Domenico Fontana para el Papa Sixto V entre 1585 y 1590; y el Braccio Nuovo, construido por Raffaello Stern entre 1817 y 1822 para el Papa Pío VII. El Braccio Nuovo alberga una parte de la colección del Museo Chiaramonti, fundado por Pío VII.

21. El terreno que hoy ocupa el Patio de San Dámaso era un huerto en el que Nicolás V hizo plantar manzanos. Después del Saqueo de Roma, el Papa Clemente VII mandó levantar los edificios que forman el patio, cuya construcción completó Sixto V.

22. Por encargo de Sixto V, Domenico Fontana comenzó la Galería Sixtina que corona el tejado del palacio de Letrán en 1586.

23. El Papa Sixto V le encomendó a Domenico Fontana la construcción de la Capilla Sixtina de Santa María la Mayor en 1585.

24. La Capilla Gregoriana se completó en 1583.

25. En el año 37 d. C., Calígula hizo trasladar de Heliópolis a Roma el obelisco que hoy se encuentra en la plaza de San Pedro con la intención de erigirlo en el circo que se estaba construyendo en la colina del Vaticano. Cuando Nerón lo amplió, pasó a conocerse como el Circo de Nerón. Cerca de los jardines de este circo se ejecutó cruelmente a muchos cristianos tras el incendio de 67 d. C.

26. Originalmente, la Capilla de San Andrés fue la tumba circular del Emperador Teodosio. El Papa Símaco la reformó a principios del siglo vi. En la Edad Media se convirtió en la iglesia de Santa Maria della Febbre. La capilla se le dedicó al apóstol San Andrés cuando su cabeza se trasladó al interior de la iglesia a mediados del siglo xv. Posteriormente, la capilla fue sustituida por una nueva sacristía (véase nota 2, capítulo 14).

27. La Capilla Clementina de Giacomo della Porta alberga el monumento de Thorwaldsen a Pío VII. Dicho monumento —única obra de

San Pedro de un artista que no fue católico romano— se ubicó en la capilla en 1823.

12. BERNINI Y EL BARROCO

1. Flaminio Ponzio terminó la CAPILLA PAOLINA, o CAPILLA BORGHESE, para el Papa Pablo V, en 1611. Pietro Bernini trabajó en algunas de las esculturas que Clemente VIII (1592-1605) le encargó a Ponzio para su tumba, que se halla enfrente de la de Pablo V. Algunos frescos son de Guido Reni. La pintura de la Virgen que está sobre el altar, que originalmente se le atribuía a San Lucas, es una obra romana bizantina del siglo IX.

2. El FONTANONE DELL'ACQUA PAOLA, que se eleva sobre Roma como un arco triunfal desde el Janículo, fue diseñado por Giovanni Fontana y Flaminio Ponzio, quien también se encargó de reconstruir el acueducto.

3. Fuentes más destacadas de la época:

La fuente de Piazza Scossa Cavalli fue diseñada por Carlo Maderno entre 1613 y 1621. Cuando en 1950 desapareció la plaza para poder abrir la Via della Conciliazione, la fuente se trasladó a su ubicación actual, enfrente de la iglesia de SAN ANDRÉS DEL VALLE.

La fuente de Piazza di Santa Maria Maggiore también es obra de Carlo Maderno. Su construcción terminó en 1614. Se encuentra a los pies de la alta columna acanalada, la única que ha quedado de las ocho que tenía la BASÍLICA DE MAJENCIO, que está coronada por la estatua de bronce de la Virgen y el Niño de Guillaume Bertholet.

La fuente de Piazza di San Giovanni in Laterano terminó de construirse en 1607. Rodea el obelisco más alto de Roma, que fue construido para el Templo de Amón (Tebas) en el siglo XV a. C. y fue erigido en el CIRCO MÁXIMO en 357 d. C. El obelisco se trasladó a su ubicación actual bajo la dirección de Domenico Fontana después de que lo encontraran derrumbado en el circo, roto en tres trozos, en 1587. Ocupa el lugar de la estatua ecuestre de Marco Aurelio, que fue trasladada a PIAZZA DEL CAMPIDOGLIO en 1538.

La fuente de la zona norte de la plaza de San Pedro fue construida por Carlo Maderno en 1613. John Evelyn la describió como «la más notoria» que había visto. Alimentada por el acueducto de ACQUA PAOLA, posee un chorro de agua que alcanza casi veinte metros.

La fuente de la zona sur de la plaza de San Pedro es una copia más o menos exacta de la anterior. Aunque se construyó después, parece más antigua porque está expuesta a las ráfagas de tramontana, mientras que la de la zona norte está resguardada por la columnata. Hay quien duda que sea de Bernini y atribuye su diseño a Carlo Fontana.

4. Carlo Maderno construyó la iglesia barroca de SANTA MARÍA DE LA VICTORIA para el Cardenal Scipione Borghese entre 1608 y 1620. Aunque en un principio se le dedicó a San Pablo, posteriormente se consagró a Nuestra Señora de la Victoria después de que las tropas católicas del Emperador de Hamburgo, Fernando II, derrotaran a los protestantes bohemios en la batalla de la Montaña Blanca, cerca de Praga, en 1620: los católicos atribuyeron la victoria a una pequeña imagen de la Virgen que las tropas encontraron en el castillo de Praga. En 1626, Soria le añadió la fachada. En la Capilla Cornaro, a la que asoman las estatuas de varios miembros de la familia veneciana Cornaro como si de un palco de teatro se tratara, se encuentra la impresionante escultura de *Santa Teresa* de Bernini.

5. El PALAZZO BORGHESE es obra de varios arquitectos, entre los que probablemente se encuentran Vignola y Martino Longhi el Viejo. Por encargo de Pablo V y su familia, terminaron la construcción Flaminio Ponzio, Vasanzio (Ivan van Santen) y Maderno. Carlo Rainaldi modificó y amplió la edificación durante la década de 1670, al tiempo que diseñó el elegante portal y los jardines. El palacio albergó la famosa colección de arte de la familia Borghese hasta que en 1891 se trasladó a VILLA BORGHESE. La hermana de Napoleón, Paulina Bonaparte, vivió en el palacio después de contraer matrimonio con el Príncipe Camillo Borghese en 1803. El palacio hospeda actualmente el club romano más exclusivo, el club de caza Circolo della Caccia.

6. Construido poco después de 1616 en el lugar que antes ocupaban las Termas de Constantino, el PALAZZO PALLAVICINI ROSPIGLIOSI fue adquirido por el Cardenal Bentivoglio, quien a su vez se lo vendió al Cardenal

Mazarin. Luego lo compró G. B. Rospigliosi, familiar del Papa Clemente IX (1667-1669). En el patio del palacio se encuentra el Casino Pallavicini, cuyo techo adorna el famoso fresco de la *Aurora*, de Guido Reni.

7. El busto de Scipione Borghese, que Bernini terminó en 1632, se encuentra en VILLA BORGHESE.

8. En 575, San Gregorio Magno transformó la enorme edificación del monte Celio en un monasterio al que añadió un oratorio que dedicó a San Andrés. Más tarde, probablemente durante el pontificado de Pascual II (1099-1118), se convirtió en una iglesia que se dedicó a San Gregorio con el nombre de SAN GREGORIO MAGNO AL CELIO. En 1633, por encargo del Cardenal Scipione Borghese, Soria renovó por completo el exterior y construyó la impresionante escalinata y la nueva fachada. Francesco Ferrari se ocupó de redecorar el interior entre 1725 y 1734. La iglesia alberga una cátedra episcopal que pudo pertenecer a San Gregorio, desde la que se cree que envió a San Agustín de Canterbury a evangelizar al pueblo inglés. En esta iglesia están enterrados dos refugiados ingleses: Robert Pecham, que murió en 1569, y Sir Edward Carne. Este último fue el emisario que Enrique VIII envió a Roma para que obtuviera el consentimiento de la anulación de su matrimonio con Catalina de Aragón. Pero después de la ascensión al trono de la Reina Isabel I, Sir Edward Carne, que también había estado al servicio de la Reina María de Inglaterra, tomó la prudente decisión que quedarse en Roma, como encargado del hospicio inglés.

9. Jan van Santen, un arquitecto originario de los Países Bajos al que se conocía como Vasanzio, terminó la construcción de la casa de recreo de VILLA BORGHESE entre 1613 y 1616. El Cardenal Scipione Borghese amplió el terreno original, de modo que para 1650 los jardines ya ocupaban un área de cuatro kilómetros de longitud. La casa también se amplió a mediados del siglo XVIII cuando Marcantonio Borghese les encargó a Antonio Asprucci y a otros artistas la decoración de la villa y la construcción de las galerías. El Príncipe Camillo Borghese le vendió muchos cuadros de la Galería Borghese a Napoleón; mientras que doscientas de las mejores esculturas se entregaron a cambio de una propiedad en Piamonte. Todas estas obras de arte se encuentran actualmente en el Louvre. Algunas de las que se habían perdido se recuperaron cuando la colección de la familia Borghese se trasladó del PALAZZO BORGHESE a la villa en 1891. El Gobierno italiano compró la colección en 1902.

10. La iglesia de SANTA BIBIANA es una construcción del siglo V. En 1220 se restauró por primera vez, y se volvió a restaurar poco antes de que Bernini recibiera el encargo de construir la nueva fachada en 1624. La estatua de la santa que alberga en su interior fue el primer intento de Bernini de realizar una obra de tema religioso, y una imagen vestida en lugar de las anteriores figuras desnudas.

11. La fachada de la iglesia de SANTA SUSANA es obra de Carlo Maderno, que terminó la construcción en 1603. Según la tradición, la iglesia está ubicada en el lugar en que la santa sufrió martirio. La iglesia original, con forma de basílica, fue restaurada en 1475 y reducida a una sola nave en 1595, cuando el techo artesonado se doró y pintó. Las estatuas de los profetas Isaías y Jeremías, que se encuentran en la nave, son obra de Valsoldo.

12. Gracias al constante esfuerzo de ochocientos trabajadores, las obras de la FACHADA DE LA BASÍLICA DE SAN PEDRO terminaron en 1612, a excepción de las estatuas de la balaustrada. Las obras de la nave acabaron en 1615.

13. La construcción de un baldaquino sobre la tumba del apóstol, en el centro del crucero de la basílica recién acabada, ya se había decidido, e incluso se habían enviado varios diseños, antes de que el Cardenal Maffeo Barberini accediera al solio papal en 1623. Con su elección, se aseguró de que le encomendaran el proyecto a Bernini, que comenzó el trabajo antes de 1624. Según parece, a Bernini le indicaron que las gigantes columnas salomónicas de bronce habían de conservar la misma forma espiral que tenían las de la antigua basílica, pero por lo demás, él se encargó personalmente de todo el diseño del BALDAQUINO. Su construcción terminó en 1633.

14. La ESTATUA DE LONGINO, que es el nombre con el que se conoce tradicionalmente al soldado que traspasó el costado de Cristo con una lanza, se completó en 1638, aunque los modelos se prepararon mientras el escultor seguía trabajando en el BALDAQUINO.

15. La TUMBA DE URBANO VIII, que Bernini terminó de construir en 1647, equilibra la tumba de Pablo III, de Guglielmo della Porta, que se encuentra a la izquierda de la CÁTEDRA DE SAN PEDRO.

16. El enorme PALAZZO DORIA, cuya entrada principal se encuentra en la parte oeste de Via del Corso, al norte de Piazza Venezia, pertenecía al Cardenal Fazio Santorio, pero cuando Julio II lo visitó y le dijo que aquel palacio tan suntuoso resultaba más apropiado para un duque que para un cardenal, Santorio aceptó que el palacio pasara a ser propiedad del Duque de Urbino, sobrino del Papa. Más tarde pasó a los Aldobrandini, luego, por matrimonio, a los Pamphili y después a la familia genovesa Doria. La galería de pintura está abierta al público. El busto que Bernini realizó para el Papa Inocencio X, que se encuentra en esta galería, presenta al Papa con un aspecto mucho más agradable que el de la famosa pintura de Velázquez. La edificación es obra de varios arquitectos. El espléndido patio del siglo XV, que constituye la parte más antigua del palacio, se atribuye a Bramante. La rica fachada, casi rococó, de Via del Corso es obra del arquitecto romano Gabriele Valvassori; su construcción terminó en 1734. La fachada de Via del Plebiscito, de la década de 1740, es de Paolo Ameli. Las elegantes alas del siglo XVII que dan a Piazza del Collegio Romano son de Antonio del Grande. Una fachada del siglo XIX completa el lado occidental del palacio en Via della Gatta.

17. Carlos Maderno, con su asistente Borromini, comenzó a construir el PALAZZO BARBERINI en 1625. Bernini completó el trabajo en 1633, encargándose de la entrada frontal. En aquella época, el palacio estaba ubicado en un parque y parecía más una villa rural que un edificio urbano. La colección de arte de la familia, que cuenta con el famoso retrato de Rafael de *La Fornarina* y el *Venus y Adonis* de Tiziano, ocupan algunas de las mejores habitaciones del palacio, que también posee retratos de Erasmus, de Quentin Massys; y de Enrique VIII, de Holbein. En el techo del salón principal está el fresco del *Triunfo de la Divina Providencia* de Pietro da Cortona, que lo pintó entre 1633 y 1639. Actualmente, la colección es propiedad del Gobierno italiano.

18. El PALAZZO PAMPHILI fue construido por Girolamo Rainaldi entre 1644 y 1650. El Papa Inocencio X se lo regaló a su cuñada, Olimpia Maidalchini. Después de la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno brasileño lo adquirió para convertirlo en embajada. Los magníficos techos que ilustran la historia de Eneas en la galería de Borromini son obra de Pietro da Cortona.

19. La iglesia de SANTA INÉS EN AGONE ocupa el lugar en que se cree que fue martirizada la santa. Borromini y Carlo Rainaldi terminaron su construcción en 1657. El monumento de Inocencio X es obra de G. B. Maini. El Papa está enterrado en la cripta, junto con otros miembros de su familia. En las bóvedas que se encuentran debajo de la iglesia hay restos de los cimientos del estadio de Domiciano.

20. Bernini terminó de construir la FUENTE DEL TRITÓN en 1637, tras haber recibido el encargo de Urbano VIII en 1632. El tritón era una sirena de la mitología prehelénica que solía representarse jugando con una caracola. Mediante una espléndida combinación de significados, Bernini usó esta vaga figura mitológica para realzar la plaza que se conocía como Piazza del Tritone y halagar a su mecenas, ya que el tritón se usaba como emblema de la inmortalidad que se adquiere gracias a las letras (Urbano VIII era un gran literato latino); los delfines simbolizaban el altruismo principesco (Urbano VIII era un gran mecenas de las artes); y las abejas encarnaban la providencia divina (y además formaban parte del escudo de armas de la familia Barberini). Con lo cual, todos estos símbolos eran una alusión personal al Papa. Otra fuente cercana, la FONTANA DELLE API, asimismo de Bernini, terminó de construirse poco antes del vigésimo primer aniversario de la elección de Urbano VIII.

21. La FUENTE DE LA BARCACCIA, que durante un tiempo se consideró la última obra de Pietro Bernini, se atribuye hoy a su hijo Gian Lorenzo Bernini. Su construcción concluyó en 1629, casi un siglo antes que la de la ESCALINATA que hoy le proporciona un fondo tan elegante. La fuente, que tuvo que limitarse a la débil presión de las aguas que le llegaban del acueducto de Aqua Virgo, muestra el ingenioso diseño de un barco agrietado con un cañón a cada lado y agua que rezuma por la proa y por la popa mientras naufraga en un estanque poco mayor que él. Según algunos, Bernini sacó la idea de una barca que encalló en la ladera del monte Pincio (donde hoy se encuentra la escalinata) durante la mayor inundación del Tíber de la historia: ocurrió en 1598 cuando, el día de Navidad, esta parte de Roma quedó sumergida a una profundidad de entre cinco y siete metros. Pero la idea del naufragio ya la había usado Carlo Maderno para otras fuentes, por lo que otros sugieren que Bernini se inspiró en el descubrimiento de unas barcazas de Calígula que se hallaron hundidas en el lago de Nemi, al sur de Roma, durante el papado de Eugenio IV (1431-1447).

22. Piazza di Spagna toma su nombre de la embajada de España, que se había establecido en la plaza en el siglo XVII y actualmente es la embajada de España ante la Santa Sede. El edificio, de Antonio del Grande de Roma, es del año 1647. Enfrente, màs allá de la fuente de la Barcaccia, subiendo la ladera del monte Pincio, se alza la espectacular escalinata de Piazza di Spagna, que lleva de la plaza a la iglesia de la Santissima Trinità dei Monti. Dicha escalinata es obra de Francesco de Sanctis, que la realizó entre 1723 y 1726 siguiendo el diseño de Alessandro Specchi. Está compuesta por ciento treinta y ocho peldaños de piedra de travertino divididos en tres tramos sucesivos de escalones. La idea de construir una escalinata ornamental que salvara el desnivel fue del Cardenal Mazarin, que sucedió a Richelieu como primer ministro de Luis XIV. Su propósito era dignificar el acceso a la iglesia de la Santissima Trinità dei Monti, que atendía a la comunidad francesa. Sin embargo, después de la muerte del Cardenal Mazarin aún habría que esperar unos sesenta años para que el Papa Inocencio XIII (1721-1724) diera su aprobación cuando el embajador francés, Etienne Gueffier, dejó veinticuatro mil escudos en su testamento a fin de que se construyera una capilla en la iglesia y una escalinata que llevara hasta ella. La iglesia de la Santissima Trinità dei Monti fue fundada por el Rey Carlos VIII de Francia. Su construcción comenzó en 1502 en estilo gótico francés, pero la fachada no se completó hasta 1570. Domenico Fontana diseñó la escalinata de la iglesia (escalinata de la Santissima Trinità dei Monti) para Sixto V. La puerta y las torres son de 1587. La escalinata de Piazza di Spagna se convirtió entonces en el lugar de encuentro favorito de los artistas y sus modelos, muchos de los cuales eran *ciociari*, es decir, los campesinos de la campiña del sur de Roma. El salón de té Babington, sita a los pies de la escalinata, es uno de los puntos de encuentro preferidos de la ciudad, tanto para los italianos como para los extranjeros. El salón de té fue fundado por la señorita Babington, descendiente de Anthony Babington, que había sido ahorcado, desangrado y descuartizado por haber encabezado una conspiración contra la Reina Isabel I. La señorita Babington llegó a Roma en 1893 con cien libras esterlinas y una amiga, la señorita Cargill, que era a su vez descendiente de un defensor tan acérrimo del protestantismo como lo había sido Anthony Babington del catolicismo, y que había sido ejecutado por alta traición durante el reinado de Carlos II por haber denunciado la tiranía del Rey. Las dos amigas, que ansiaban poder tomarse una buena taza de té tanto como lo deseaban la mayoría de los ingleses que visitaban Roma, decidieron abrir un salón en Via dei

Due Macelli. Al año siguiente, lo trasladaron al lugar que aún ocupa en la actualidad. La señorita Babington se jubiló en 1928, por lo que a partir de entonces se ocupó del negocio su compañera, para entonces Signora da Pozzo; luego pasó a la hija de la Signora da Pozzo, la Condesa Bedini, que huyó a Suiza cuando los alemanes ocuparon Roma. Pero sus empleados mantuvieron abierto el salón de té durante toda la ocupación. Y el negocio aún prospera.

23. En 1651, después de cuatro años de trabajo, concluyó la construcción de la FUENTE DE LOS CUATRO RÍOS, que recibe el agua de la FONTANA DE TREVI. Los cuatro ríos, cada uno representado por una escultura, son el Nilo, el Danubio, el Ganges y el Río de la Plata. Las figuras, diseñadas por Bernini, fueron realizas por sus asistentes. El hecho de que la figura del Nilo tenga la cara tapada es una alusión a su origen, en aquel momento desconocido; aunque entonces se decía que Bernini le cubrió la cara para que la estatua no pudiera ver la fachada de la iglesia de SANTA INÉS, que había sido diseñada por su rival Borromini. Para sufragar los gastos de la construcción de esta fuente se recurrió a un aumento de los impuestos que gravaban algunos bienes, entre ellos el pan, lo que evidentemente dio lugar a toda una oleada de protestas. El obelisco que se alza sobre las rocas es una copia romana del que se encontraba en el Circo de Majencio.

La FUENTE DEL MORO, sita en el extremo sur de PIAZZA NAVONA, fue construida por Giacomo della Porta en 1575. Posteriormente, Bernini la reconstruyó y realizó la figura central, el Moro.

24. La iglesia de SAN LORENZO IN LUCINA data del siglo IV o principios del siglo V y fue construida en la propiedad de una matrona romana llamada Lucina. Durante el papado de Sixto III (432-440) se reconstruyó la iglesia; y bajo el pontificado de Pascual II (1099-1118) se restauró y se añadió el pórtico. Hacia 1650, Cosimo Fanzago volvió a restaurarla. El Papa Pío IX ordenó la reparación del artesonado dorado. El altar mayor es de Carlo Rainaldi, mientras que la crucifixión que podemos contemplar en la parte superior es de Guido Reni. El busto del pintor, Nicolás Poussin, lo realizó Lemoyne por encargo de Chateaubriand; y el de Gabriele Fonseca de la Capilla Fonseca es de Bernini. El palacio aledaño, PALAZZO FIANO, que a mediados del siglo XV pertenecía al Cardenal portugués Giorgio da Costa (por lo que todos lo conocían como Palazzo di Portogallo), se consideraba en aquel momento uno de los

mejores palacios de Roma, después del palacio del Vaticano. Tras haber pertenecido a las familias Peretti, Savelli y Ludovisi, fue adquirido por los Ottoboni. Marco Ottoboni, sobrino de Alejandro VIII (1689-1691), contrajo nupcias con un miembro de la familia Boncompagni, obteniendo así el ducado de Fiano. A finales del siglo XIX, Francesco Settimi modificó la fachada del palacio y casi todo el interior por encargo de sus nuevos propietarios, la familia Almagià.

25. La encantadora iglesia oval de SAN ANDRÉS DEL QUIRINAL está exquisitamente decorada con mármol y estuco. Fue diseñada en 1658, y su construcción duró doce años. La estatua de San Andrés del altar mayor, que parece elevarse al cielo en una nube, es obra de Raggi, uno de los ayudantes de Bernini. Al tiempo que se edificaba esta iglesia, terminaron las obras de SAN ANDRÉS DEL VALLE, en el Corso Vittorio Emanuele II. Maderno, Rainaldi y Fontana contribuyeron al diseño de la fachada.

26. Parece que el Papa Alejandro VII (1655-1667) y Bernini ya habían estado pensando en la idea de hacer una COLUMNATA en la PLAZA DE SAN PEDRO mucho antes de la elección papal. De hecho, no pasó mucho tiempo antes de que el nuevo Papa lo llamara para estudiar el proyecto con los miembros de la *Fabbrica*. Pero había que tener en cuenta un gran número de factores: no se podía alterar la antigua entrada del PALACIO VATICANO, que estaba al norte del pórtico, como tampoco se podía tocar el espacio que quedaba justo enfrente de la fachada, que se conocía como Piazza Retta; por otra parte, la ventana del palacio Vaticano desde la que el papa imparte su bendición tenía que quedar a la vista del mayor número posible de personas, y lo mismo ocurría con el balcón situado sobre la entrada central de la basílica, que se usa para las bendiciones *Urbi et Orbi* en ciertas ocasiones especiales. Así pues, Bernini imaginó aquel espacio como un lugar en el que los fieles recibieran el abrazo del Todopoderoso, de modo que las columnatas simbolizaran los brazos que los estrechaban. El centro geométrico de todo el diseño sería el gran obelisco que se alzaba en mitad de la plaza. Con gran perspicacia, Bernini consiguió disminuir la impresión de infinita amplitud que transmitía la fachada de Maderno (que incorporaba la base de las torres incompletas de Bernini a ambos lados de la fachada delantera) trazando dos largos corredores de poca altura que reducían el espacio de Piazza Retta conforme se acercaban a la basílica. Además, comprimió la aparente anchura de la plaza que rodeaban las columnatas dándole una forma

ovalada de 240 metros de longitud. Las columnatas están formadas por cuatro series de columnas dóricas de travertino y pilastras que soportan las filas de ángeles de gran tamaño.

27. La Scala Regia lleva de la solemne entrada del palacio Vaticano a los apartamentos del Santo Padre. Antes de que Bernini terminara esta gran escalinata en 1666, los pontífices tenían que bajar a San Pedro por una escalera angosta y oscura que salía de la Capilla Paolina y pasaba por la Capilla Sixtina para llegar al pórtico de la basílica. Una vez superados los problemas que presentaban la escasez de espacio y de luz, Bernini consideró esta escalinata su mayor logro técnico.

28. Sobre el altar del ábside de San Pedro, Bernini creó un espectáculo bellísimo que, visto a través de las columnas salomónicas del baldaquino, sería la culminación de las vistas de la nave de la basílica. Se trata de la Cátedra, un relicario que contiene una silla de madera con ornamentación de marfil en la que, según la tradición, se sentaba el apóstol cuando vivió en la casa del senador Q. Cornelio Pudens al llegar a Roma; sin embargo, la construcción de la silla data probablemente del siglo viii o ix, y la primera referencia escrita que tenemos de ella es de 1217. El trono de bronce con relieves dorados que contiene la reliquia está rodeado de las estatuas de bronce de cuatro grandes doctores de la Iglesia: San Agustín, San Ambrosio, San Atanasio y San Juan Crisóstomo.

29. El dicasterio Propaganda Fides, o Congregación para la Evangelización de los Pueblos, fue fundado en 1622 por el Papa Gregorio XV (1621-1623) con la finalidad de difundir el cristianismo en tierras bárbaras y heréticas. Su sucesor, Urbano VIII, decidió crear un gran edificio como sede de esta importante organización misionera. La construcción de la fachada principal, localizada al sur de Piazza di Spagna, finalizó en 1644. Dos años más tarde, Borromini se unió a Bernini y se encargó de terminar la fachada que asoma a Via di Propaganda en 1662.

30. Cuando en 1644 Inocencio X mandó edificar una cárcel nueva en la Via Giulia, se aprovecharon las instalaciones de la cárcel de Tor di Nona para fundar el Teatro Tor di Nona, que posteriormente tomaría el nombre de Apolo. Valadier lo reconstruyó en 1830, después de que el teatro hubiera caído presa de las llamas, pero más tarde fue demolido para levantar los diques del Tiber.

31. El arquitecto del Emperador Adriano, Demetrianus, levantó el Pons Aelius, que hoy recibe el nombre de PONTE SANT'ANGELO. El puente fue reconstruido en 1668. Las estatuas de los ángeles llevan símbolos de la pasión de Cristo.

32. La iglesia de SAN FRANCESCO A RIPA fue construida en 1231 en el lugar que ocupaba la capilla del hospicio de San Blas, donde se había alojado San Francisco de Asís. Mattia de Rossi reconstruyó la iglesia entre 1682 y 1689. Se cree que la estatua de San Francisco de Asís fue un encargo de su discípula Jacoba da Settesoli, y pudo ser obra de Margaritone d'Arezzo. La estatua de Bernini de la *Muerte de la Beata Ludovica Albertoni* se encuentra en la Capilla Altieri. En cuanto al nombre de la capilla, cabe recordar que el Cardenal Paluzzi degli Albertoni, que encargó su construcción, había adoptado el apellido Altieri cuando su familia se emparentó con la de Clemente X (1670-1676). Ludovica Albertoni, que había ingresado en la Tercera Orden de San Francisco, murió en Roma en 1503 y legó todos sus bienes terrenales a los pobres.

33. El PALAZZO DI MONTECITORIO se construyó, entre 1651 y 1694, en el lugar que antes ocupaba un palacio de la familia Colonna. Durante el pontificado de Inocencio XII, Carlo Fontana adaptó el edificio para que pudiera usarse como tribunal. A principios del siglo XX, Ernesto Basile lo amplió cuando se convirtió en la sede de la Cámara de los Diputados. Al este del palacio, al norte de Piazza Colonna, se encuentra el PALAZZO ALDOBRANDINI CHIGI. Su diseño se debe probablemente a Carlo Maderno, aunque también se le ha atribuido a Giacomo della Porta. En 1659, el papa Chigi, Alejandro VII, se lo compró al Cardenal Pietro Aldobrandini, y contrató a Felice della Greca para que lo reestructurara y diseñara una nueva fachada en Piazza Colonna. Actualmente es la sede del Ministerio de la Presidencia.

34. El PALAZZO CHIGI ODESCALCHI de Piazza dei Santi Apostoli, después de pertenecer a las familias Colonna, Ludovisi y Chigi, fue reestructurado por Bernini en 1664 para los Odescalchi, la familia de Inocencio XI (1676-1689). El patio es de Carlo Maderno (circa 1623). Nicola Salvi y Luigi Vanvitelli añadieron las alas del palacio a mediados del siglo XVIII.

35. El pequeño OBELISCO EGIPCIO DE PIAZZA DELLA MINERVA data del siglo VI a. C. Se encontró en ruinas en el Templo de Isis. Una de las zonas del

templo formaban el jardín del convento de los dominicos, que colindaba con la iglesia de SANTA MARIA SOPRA MINERVA. El elefante que soporta el obelisco fue esculpido en mármol según el diseño de Bernini en 1667.

13. EL *SETTECENTO*

1. La hermandad que se encargaba del hospicio y de la iglesia de la SANTISSIMA TRINITÀ DEI PELLEGRINI fue fundada por San Felipe Neri en favor de los peregrinos del jubileo de 1550. La construcción del enorme edificio acabó en 1625, treinta y tres años después de la muerte del santo. En el siglo XIX, se transformó en un asilo para niños expósitos.

2. Construida entre 1580 y 1582 para atender las necesidades del colindante hospital para peregrinos polacos, la iglesia de San Estanislao, SANTO STANISLAO DEI POLACCHI —sita en la esquina que forman Via delle Botteghe Oscure y Via dei Polacchi—, está dedicada al Obispo de Cracovia que fue asesinado en 1072 por orden del Rey Boleslao II, al que había reprendido por llevar una vida desordenada.

3. La iglesia de SANTA MARÍA DE MONSERRAT, que se halla cerca de Piazza Farnese, fue construida por el papa Borgia Alejandro VI, cuyos restos, junto con los del otro papa español Calixto III (1455-1458), fueron trasladados de San Pedro a esta iglesia. Durante mucho tiempo se atribuyó a Antonio da Sangallo el Viejo, pero actualmente se cree que fue obra de su sobrino. Francesco da Volterra diseñó el portal de la fachada.

4. La iglesia de SAN ANTONIO, cuya elaborada fachada barroca se encuentra en Via dei Portoghesi, comenzó a edificarse a mediados del siglo XVII en el lugar que ocupaba una iglesia que se había construido para la colonia portuguesa de Roma durante el pontificado de Eugenio IV (1431-1447). Los arquitectos fueron Gaspare Guerra, Carlo Rainaldi y Cristoforo Shor, que fue miembro de la familia de artistas de Innsbruck que concluyeron las obras en 1695. La fachada es de Martino Longhi el Joven. El monumento a Alessandro da Souza es de Canova, y la Virgen con el Niño es obra de Antoniazzo Romano.

5. La iglesia de SAN LUIS DE LOS FRANCESES, cercana al PALAZZO MADAMA, fue fundada por el Papa León X, cuyo primo, el Cardenal Giulio de Médici,

futuro Clemente VII, puso la primera piedra. Probablemente, Giacomo della Porta diseñó la fachada de estilo renacentista tardío, aunque también se le ha atribuido a Domenico Fontana. Las obras se pospusieron de 1524 a 1580, cuando Domenico Fontana recibió el encargo de terminar su construcción durante la regencia de Catalina de Médici. La iglesia fue consagrada en 1589. Los frescos de la vida de Santa Cecilia son de Domenichino, y Caravaggio se encargó de las hermosas pinturas de la Capilla de San Mateo.

6. La orden religiosa Fatebenefratelli, fundada por el portugués San Juan de Dios en 1550, fundó a su vez el hospital romano de San Giovanni di Dio en la isla Tiberina, probablemente en el lugar que ocupaba un hospicio medieval. La tradición afirma que Rahere, el agustino de origen franco que moró en la corte inglesa de Guillermo II, fue a Roma para recuperarse de una fiebre palúdica, y que la visita a esta ciudad lo inspiró para fundar el hospital más antiguo de Londres, St Bartholomew's Hospital, de 1123. Cesare Bazzani reconstruyó el hospital de San Giovanni en 1930. La iglesia contigua, San Juan Calibita, que también pertenece a la Orden, fue reedificada en 1640. Su elaborado interior (1736-1741) corrió a cargo de Romano Carapecchia. La iglesia de San Bartolomé en la Isla Tiberina fue fundada en el siglo x por el Emperador Otón III. En 1583, Martino Longhi el Viejo comenzó su reconstrucción. La fachada (1624-1625) es, probablemente, de Orazio Torriani.

7. En 1725, Filippo Raguzzini terminó la construcción del hospital de San Gallicano in Trastevere, sito en Via Trastevere.

8. El hospital de Santa Maria della Pietà fue fundado en 1561 por un sacerdote, Ferrante Ruis, quien también construyó la iglesia de Santa Maria della Pietà. Esta iglesia, que se encuentra en Piazza Colonna, fue reconstruida por Gabriele Valvassori entre 1731 y 1735.

9. El enorme Ospizio di San Michele fue fundado en el siglo xvi a orillas del río, a la altura del Ponte Sublicio. Carlo Fontana construyó el edificio actual en el siglo xvii.

10. El hospital de Santa Maria della Consolazione se agregó a la iglesia del mismo nombre que se encuentra en Piazza della Consolazione. La iglesia fue consagrada en 1470, y reconstruida según el diseño de Martino Longhi el Viejo entre 1583 y 1606.

11. El hospital de San Rocco, que al principio no tenía más que cincuenta camas para hombres, se amplió gracias a la generosidad del Cardenal Salviati para atender a las mujeres encinta de los gabarreros. En 1770, el Papa Clemente XIV autorizó que se atendiera asimismo, en secreto, a las madres solteras. En 1499, la hermandad de posaderos y gabarreros abrió, como capilla, la iglesia colindante de San Rocco, situada en Via Ripetta. Giovanni Antonio de Rossi reconstruyó y amplió la capilla en 1657. Valadier añadió la fachada neoclásica en 1834.

12. En 1666, Colbert, ministro francés de las Finanzas, fundó la Academia Francesa por orden de Luis XIV. Al principio, los estudiantes se hospedaban en el Janículo, cerca de la iglesia de San Onofrio, que había sido fundada en 1415 como una ermita para los monjes de la Orden de San Jerónimo; pero más tarde el alojamiento se trasladó al Palazzo Salviati del Corso. En 1803, el palacio se intercambió por Villa Médici, que se encuentra sobre la escalinata de Piazza di Spagna en el monte Pincio. Villa Médici fue construida por Giovanni y Annibale Lippi de Florencia para el Cardenal Ricci de Montepulciano a partir de 1540. En 1580, el Cardenal Ferdinando de Médici compró la villa, que perteneció a su familia hasta que la adquirió la Academia Francesa. Galileo se alojó en la villa desde 1630 hasta 1633. La fuente del Viale Trinità dei Monti solía tener un lirio florentino en el centro. Se dice que la actual bola de piedra es la que golpeó la pared de la villa cuando desacertadamente invitaron a la impredecible Reina Cristina de Suecia a disparar un cañón al aire desde Castel Sant'Angelo. Entre los *pensionnaires* de la Academia se cuentan Fragonard, Ingres, Boucher, Berlioz y Debussy.

13. El Teatro delle Dame se hallaba cerca de Piazza del Popolo, al final de Vía Alibert, en la esquina entre Via Margutta y Via del Babuino. El Conde Antonio d'Alibert lo mandó construir según el diseño de Ferdinando Fuga. Fue inaugurado para el carnaval de 1717, y ofreció tanto representaciones teatrales como óperas. También se le conocía como Teatro Alibert.

14. El Teatro Argentina fue diseñado por el marqués Girolamo Teodoli para el Duque Sforza Cesarini. Fue reconstruido por Pietro Camporese en 1837 y restaurado a finales del siglo XX.

15. El TEATRO CAPRANICA se encontraba en el Palazzo Capranica, que había sido construido por el Cardenal Domenico Capranica en el siglo XVI. Durante unos años funcionó como sala cinematográfica.

16. En 1600, Clemente VIII fundó el SCOTS COLLEGE (Colegio Pontificio Escocés), probablemente con la esperanza de la conversión del rey protestante Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia. El Colegio, situado en Via delle Quattro Fontane, fue diseñado por Luigi Poletti, a quien también se le encomendó la restructuración de la basílica de SAN PABLO EXTRAMUROS. En la segunda mitad del siglo XX, el seminario se trasladó al municipio de Marino. Los alumnos visten sotana púrpura y cíngulo rojo. El VENERABLE ENGLISH COLLEGE, de Via di Monserrato, fue fundado en 1362, originalmente como hospicio para los peregrinos ingleses. Se convirtió en seminario en 1579. Sus instalaciones fueron restauradas entre 1669 y 1685, aproximadamente. En este seminario cenó John Evelyn, con otros cincuenta huéspedes, durante su visita a Roma en 1645; y después de la cena asistió a «una comedia italiana representada por los alumnos ante los cardenales».

17. El PALAZZO MUTI PAPAZZURRI se halla en Piazza dei Santi Apostoli. Su construcción concluyó en 1644, probablemente según el diseño de Mattia di Rossi.

18. El PALAZZO DEL DRAGO, anteriormente Palazzo Albani, se encuentra en Via delle Quattro Fontane. Domenico Fontana comenzó la construcción en el siglo XVII, que terminó con la torre y la cornisa de Alessandro Specchi. Desde la Segunda Guerra Mundial alberga el British Council.

19. VILLA TORLONIA, antigua Villa Albani, se encuentra en Via Salaria. Fue construida entre 1743 y 1763 por Carlo Marchionni para el Cardenal Alessandro Albani. Napoleón trasladó a París la inmensa colección de escultura clásica del Cardenal, de la que solo pudo recuperarse una parte en 1815. El Príncipe Alessandro Torlonia compró la villa en 1870. (Para VILLA TORLONIA de Via Nomentana, véase nota 3, capítulo 17).

20. La iglesia de los capuchinos SANTA MARÍA DE LA CONCEPCIÓN, sita en Via Vittorio Veneto, fue construida hacia 1626 por Antonio Barberini, hermano de Urbano VIII, cuya lápida, situada delante del altar mayor, luce la siguiente inscripción: «*Hic jacet pulvius cinis et nihil*» (aquí ya-

cen polvo, cenizas y nada). Según la tradición, la cara de Satán que aparece en *El arcángel San Miguel* de Guido Reni es un retrato de la *bestia negra* del artista, Inocencio X. Las cinco capillas de la cripta contigua constituyen una necrópolis cuya tierra fue transportada desde Tierra Santa. Cuando el cementerio se llenó, los huesos y cráneos de cuatro mil frailes fueron desenterrados para decorar las paredes y bóvedas, a fin de dejar espacio para que pudieran inhumarse más cuerpos en la tierra. Contiene asimismo los esqueletos de niños, hijos de familias nobles, ya que el ser sepultado allí se consideraba un gran honor, que solo podía ser concedido como un privilegio especial.

21. Para albergar una academia de pintura, el PALAZZETTO ZUCCARI, sito en Via Gregoriana, fue construido por el menor de los dos hermanos Zuccaro, Federico, quien pasó la mayor parte de su vida en el extranjero y pintó los retratos de las reinas Isabel I y María Estuardo de Escocia. Ambos hermanos fueron defensores de la escuela del manierismo romano en la pintura. En 1711 se añadió una galería, atribuida a Juvara, para la Reina de Polonia María Casimira, que fijó su residencia en el palacete. Más tarde se convirtió en la sede de la Biblioteca Hertziana, especializada en Historia del arte.

22. El CAFFÈ GRECO, fundado en 1760 por un levantino, no tardó en convertirse en uno de los lugares de reunión más famosos de Roma. En 1861, el escultor americano William Wetmore le presentó a Hans Andersen a Elizabeth Barrett Browning en este café. El edificio de enfrente era una casa de huéspedes que obtuvo un gran beneficio de los viajeros ingleses, como Thackeray y Tennyson. El pintor Joseph Severn, amigo de Keats, fue nombrado cónsul británico en 1860 y murió en esta pensión a la edad de ochenta y cinco años en 1879.

23. La casa se conoce hoy como KEATS-SHELLEY MEMORIAL. Una cierta Signora Petri siguió alquilándola a buen precio. La pequeña habitación en la que Keats falleció en febrero de 1821 asoma a la FUENTE DE LA BARCACCIA de PIAZZA DI SPAGNA. Actualmente, la casa contiene una gran colección de libros sobre Keats y Shelley. En la otra parte de la plaza, en el número 66, está la casa en la que se alojó Lord Byron cuando estuvo en Roma.

24. La antigua iglesia de SAN GIULIANO DEI FIAMMINGHI, o SAN GIULIANO OSPITALIERO, sita en Via de Sudario, fue reestructurada a finales del

siglo XVII; los gastos corrieron a cargo de un apotecario flamenco, Nicolaes van Haringhen, que murió en Roma en 1705 después de haber pasado casi toda su vida en la ciudad. El edificio colindante era un hospital. El techo, sin renombre, de William Kent fue completado en diciembre de 1717.

25. La plaza de CAMPO DEI FIORI, que actualmente alberga un mercado de fruta y verdura todos los días laborables por la mañana y los domingos durante todo el día, no se convirtió en un lugar de ejecución hasta la muerte de Giordano Bruno, en 1600. Durante los siglos XIV y XV había sido muy famosa por sus tabernas. Una de ellas, la *Locanda della Vacca,* situada en la esquina que forman la Via dei Cappellari y el Vicolo del Gallo, estaba regentada por la amante del Cardenal Rodrigo Borgia, Vannozza Cattanei, que invirtió su dinero en al menos cuatro tabernas romanas. Su escudo de armas, que fue despedazado junto con los de su tercer marido y los de su amante, aún se ven en el escudo de la pared del número 13 del Vicolo del Gallo. La estatua de Giordano Bruno, que se alza en el centro de la plaza, es de Ettore Ferrari y fue erigida en este lugar en 1887 a consecuencia de una disputa política. El alcalde de aquel momento era el Duque Leopoldo Torlonia. Uno de sus objetivos era dar un impulso al desarrollo urbanístico de Roma, para lo que quería mejorar la iluminación de VIA DEL CORSO y promover las excavaciones del FORO. Pero desde el punto de vista político, cometió el error de hacer una visita oficial al Cardenal vicario en la que le pidió que presentara los respectos del pueblo de Roma al Papa León XIII con ocasión de su Año Santo, lo que provocó la ira del primer ministro Crispí, que era profundamente anticlerical. Por lo tanto, Crispi lo destituyó inmediatamente. De modo que para atajar cualquier duda que pudiera surgir acerca de una posible relación entre las autoridades civiles romanas y el Vaticano, después de destituir al alcalde, Crispi ordenó que se erigiera un monumento en honor de Giordano Bruno y de otros famosos heréticos cuyos nombres y tendencias quedaron expuestas en la base del monumento. Entre los conmemorados se encuentran Erasmo, Vanini, Pallario, Servet, Wycliffe, Huss, Sarpi y Campanella. A todos los que se encuentren delante de la estatua los domingos, lo más probable es que se les acerquen varios niños con su balón para pedirles que se aparten de la portería.

14. INTERLUDIO NAPOLEÓNICO

1. El PALAZZO BRASCHI, sito en Piazza di San Pantaleo (Corso Vittorio Emanuele II), fue construido para el Duque Onesti Braschi, el desagradable sobrino de Pío VI que una vez, para reprimir una protesta que se había organizado contra el Papa enfrente del palacio, ordenó a sus soldados que arrojaran monedas de oro entre el gentío y que luego, con cadenas de perro en ambas manos, fustigaran duramente a todos los que se agachaban a recogerlas. El palacio fue diseñado por Cosimo Morelli en estilo renacentista y está dotado de una de las escalinatas más grandiosas de Roma. Su edificación terminó a finales del siglo XVIII. Previamente usado como Ministerio del Interior, el palacio se convirtió en el MUSEO DE ROMA en 1952. Entre sus obras de arte hay algunos fragmentos de frescos y mosaicos de la antigua basílica de SAN PEDRO, bustos y retratos de papas y cardenales, y acuarelas y pinturas de Roma de diversas épocas, entre las que destacan las encantadoras vistas de la ciudad del siglo XIX de Roesler Franz e Ippolito Caffi.

2. La SACRISTÍA DE SAN PEDRO fue inaugurada en 1784. Contiene los tesoros de San Pedro, que fueron sometidos a pillaje por los sarracenos en 846 y durante el Saqueo de Roma (1527). Más tarde, Napoleón redujo sus tesoros sustancialmente como resultado del tratado de Tolentino de 1797. No obstante, aún conserva piezas de gran valor histórico y artístico, como el Anillo del Pescador de Sixto IV (1471-1484); la cruz con incrustaciones de piedras preciosas que hacia el año 575 recibió el Emperador de Bizancio Justiniano II; y la que se conoce como Dalmática de Carlomagno, aunque lo más probable es que esta túnica no se realizara antes del siglo X ni después del siglo XV. Los dos enormes candelabros son de Antonio Pollaiuolo.

3. La entrada de los MUSEOS VATICANOS se halla en Viale del Vaticano, al norte del Belvedere. La bella e ingeniosa escalinata de doble rampa por la que se accede a ellos es obra de Giuseppe Momo (1932). El conjunto de los museos comprende:

1) La PINACOTECA VATICANA: Pío XI (1922-1939) le encomendó el plan arquitectónico a Luca Beltrami. Se inauguró en 1932.

2) El MUSEO PÍO CLEMENTINO: los papas de los siglos XVI y XVII expusieron esta colección de escultura clásica en el PATIO DEL BELVEDERE. Cle-

mente XIV y Pío VI la enriquecieron y la exhibieron en las habitaciones del PALAZZETTO DEL BELVEDERE, que fue construido por Inocencio VIII (1484-1492). El palacete, que resultaba demasiado pequeño, se amplió con los nuevos edificios de Michelangelo Simonetti, quien, tomando el PANTEÓN como modelo, creó la Sala Rotonda. Dicha sala contiene, como parte del suelo, un mosaico romano que se descubrió en Otricoli en 1780 y un enorme cuenco de pórfido de la DOMUS AUREA. Los salones de este museo albergan algunas de las mejores esculturas clásicas de Roma, como el busto de Júpiter de Otricoli, el Juno Barberini y la copia romana del Meleagro de Scopas, así como la Venus de Cnido y el Apolo sauróctonos, ambos copias romanas de obras de Praxiteles. Sin embargo, en el pórtico que Simonetti construyó en el interior del patio en 1773 se hallan las obras más valiosas del museo: el Laocoonte, el Apolo del Belvedere y Hermes (antiguamente conocido como Antínoo del Belvedere). A su lado se encuentra un Perseo de Canova que sustituyó al Apolo del Belvedere cuando las tropas de Napoleón se lo llevaron a París a final de siglo.

3) El MUSEO GREGORIANO EGIPCIO: Pío VII (1800-1823) creó la primera colección de antigüedades egipcias procedentes del VATICANO, el MUSEO CAPITOLINO y VILLA ADRIANA. Gregorio XVI dispuso la primera exposición en 1839. La colección ha sido enriquecida por donaciones de Egipto.

4) El MUSEO GREGORIANO ETRUSCO: fue fundado por Gregorio XVI en 1837.

5) El MUSEO CHIARAMONTI: fue fundado por Pío VII (1800-1823) como otra colección de antigüedades. Comprende: el Museo Chiaramonti propiamente dicho; su extensión, la Galería Lapidaria, que contiene unas cinco mil inscripciones paganas y cristianas; y el Braccio Nuovo (véase nota 5, capítulo 9), que alberga una estatua de Augusto que está considerada el mejor retrato del Emperador que ha llegado hasta nosotros.

6) La GALERÍA DE LOS CANDELABROS Y TAPICES: esta galería contiene esculturas clásicas de segundo orden. Decorada con frescos que representan acontecimientos de la vida de León XIII (1878-1903), recibe su nombre de un par de candelabros espléndidos que se hallan bajo los arcos y de los tapices flamencos que fueron diseñados por los alumnos de Rafael. Originalmente fue una galería abierta que Clemente XIII mandó

construir sobre el ala oeste del Patio de la Piña, y que posteriormente cerró Pío VI.

7) La Galería de los Mapas: sus paredes están decoradas con los mapas de todas las regiones de Italia que pintó, entre 1580 y 1583, Antonio Danti, hermano del cartógrafo Egnazio. La galería fue construida para Gregorio XIII (1572-1585), y se le ha atribuido tanto a Martino Longhi el Viejo como a Ottaviano Mascarino.

8) El Museo Profano de la Biblioteca: es una habitación que fue diseñada por Clemente XIII en 1767 para exhibir la colección papal de medallas.

9) La Biblioteca Vaticana (véase nota 7, capítulo 7).

10) El Museo Sacro de la Biblioteca: fue fundado por Benedicto XIV en 1756. En tiempos de Pío IX fue reorganizado para exponer objetos de arte cristiano. Contiene reliquias y piezas de decoración del Sancta Sanctórum. El salón colindante, Sala de las bodas Aldobrandini, toma su nombre de la antigua pintura que representa la boda de Alejandro Magno con Roxana. Esta pintura, que fue descubierta en el monte Esquilino en 1605, se encuentra en buen estado y se cree que es una copia de una pintura del artista griego Aetion, del siglo IV a. C.

11) El Museo Histórico Vaticano: alberga una colección de carruajes, armas y escudos que tiempo atrás usó la Guardia pontificia.

12) Las antiguas colecciones de Letrán, que comprenden:
a) el Museo Pío Cristiano: fundado por Pío IX en 1854, notable por su colección de sarcófagos de la primera era cristiana;
b) el Museo Gregoriano Profano: fue fundado por Gregorio XVI (1831-1846). Contiene inscripciones, mosaicos y esculturas, y cuenta además con una sala dedicada a las mujeres;
c) el Museo Misionero Etnológico: fue fundado en 1926 por Pío XI. Contiene una historia visual de las misiones de la Iglesia romana católica por el mundo.

Los museos vaticanos cuentan también con un excelente museo, extenso y sorprendentemente ecléctico de arte moderno, la mayoría de cuyas obras fueron donadas por los propios artistas.

4. La SALA DE LAS MÁSCARAS forma parte del MUSEO PÍO CLEMENTINO. Su nombre deriva del mosaico del suelo que fue descubierto en 1780 en Villa Adriana, que está decorado con máscaras.

5. El OBELISCO que se encuentra enfrente de la SANTISSIMA TRINITÀ DEI MONTI es una copia de la época romana imperial de un obelisco de los tiempos de Ramsés II. Se descubrió en los jardines del palacio de Salustio, y fue colocado en este lugar en 1789 por voluntad de Pío VI.

6. El OBELISCO DE PSAMETICO II, sito en PIAZZA DI MONTECITORIO, fue trasladado desde Heliópolis por Augusto, quien decidió erigirlo en el CAMPO DE MARTE. Se volcó tras un incendio, y Pío VI lo volvió a levantar en 1792. Con sus veintinueve metros de altura, es el cuarto obelisco de mayor tamaño de los cuarenta y ocho que aún se conservan de la Roma imperial.

7. El OBELISCO de PIAZZA DEL QUIRINALE fue llevado allí desde el AUGUSTEUM cuando Pío VI recolocó el grupo de los Dioscuros (las inmensas estatuas de Cástor y Pólux a caballo), que se habían hallado en las TERMAS DE CONSTANTINO durante el pontificado de Sixto V. El obelisco se colocó entre ambas estatuas, y todo el conjunto se completó cuando el arquitecto de Pío VII, Raffaello Stern, añadió la fuente, para la que usó un gran pilón de granito que había estado enfrente del TEMPLO DE CÁSTOR Y PÓLUX en el FORO.

8. Las ESTATUAS DE LOS DOMADORES DE CABALLOS que se encuentran en Piazza del Quirinale son copias romanas de originales griegos. Probablemente se erigieron en las TERMAS DE CONSTANTINO, que fueron construidas hacia el año 315 d. C., durante los primeros años del gobierno del Emperador.

9. Durante mucho tiempo se creyó que la impresionante ESTATUA DE SAN PEDRO que hoy se encuentra en la nave derecha de la basílica, cerca del BALDAQUINO, fue realizada en tiempos de San León I (440-461) a partir de una antigua estatua de Júpiter Capitolino. Sin embargo, muchos expertos aseguran que data del siglo XIII y se cree que pudo ser obra de Arnolfo di Cambio. Lo que sí es seguro es que el trono de mármol es de un artesano del Renacimiento, y que la peana de jaspe siciliano con sus paneles de pórfido verde fue tallada entre 1756 y 1757 por Carlo Mar-

chionni. La estatua representa una imagen del apóstol sentado, con la pierna derecha alargada hacia delante, mientras levanta la mano derecha para impartir su bendición y sostiene una llave en la izquierda. Durante siglos, los fieles han pasado por delante de la estatua para besar o apoyar la frente sobre los dedos del pie derecho. Durante la celebración de ciertas festividades, la estatua se adorna con finas vestiduras y joyas y una mitra.

10. El PALAZZO FALCONIERI, sito en Via Giulia, perteneció a la familia Odescalchi, que en 1606 se lo vendió a Pietro Farnese, Duque de Latera, a quien se lo compró en 1638 Orazio Falconieri. En 1646, tras adquirir el palacio contiguo, Falconieri le encomendó a Borromini el diseño de la fachada y de una gran escalinata. Hoy es sede de la Academia húngara de las artes.

En 1815, Madame Mère compró el PALAZZO ASTE BUONAPARTE (actualmente, MISCIATELLI), que se encuentra cerca del PALAZZO DORIA. Fue construido entre 1658 y 1665 por Giovanni Antonio de Rossi para la familia Aste. Desde un balcón cubierto, Madame Mère solía contemplar el paseo de Via del Corso, que se halla debajo. El exterior fue restaurado en 1979.

15. EL *RISORGIMENTO* Y LA CUESTIÓN ROMANA

1. Hacia mediados del siglo XVIII, Simone Salvi construyó VILLA CORSINI para la familia Corsini. El famoso salón de la villa, que tenía doce puertas y doce ventanas, se conocía como Casino dei Quattro Venti. En 1849 la adquirió el Príncipe Doria, quien amplió sus terrenos con los de Villa del Bel Respiro, también conocida como VILLA DORIA PAMPHILI. Villa Corsini quedó destruida a causa de la guerra y fue reemplazada por un arco triunfal.

2. La casa de recreo de VILLA DORIA PAMPHILI fue edificada hacia 1650 por Alessandro Algardi para el Príncipe Camillo Pamphili, sobrino del Papa Inocencio X. Después de la Segunda Guerra Mundial, se le cedió al Gobierno belga como residencia para su embajador en Roma, y los amplios jardines que la rodean se abrieron como parque público.

3. Conocida como «del Vascello» por su forma de barco, VILLA MÉDICI DEL VASCELLO fue diseñada por Basilio Bicci y construida durante la se-

gunda mitad del siglo XVII. Pertenecía a Elpidio Benedetti, representante de Luis XIV en Roma, y está adornada con medallas y retratos de la realeza francesa. Benedetti legó la villa al Duque de Nevers, y de él pasó al Conde Giraud, por cuyo nombre se conocía durante los acontecimientos de 1849. Tras ser adquirida por el Príncipe Doria, sus terrenos se incorporaron a los de VILLA DORIA PAMPHILI. Posteriormente la compró la familia Médici.

4. El CAFFÈ NUOVO estaba en Via del Corso, en la planta baja del PALAZZO RUSPOLI (construido por Ammanati para los Rucellai en 1586). Se cerró cuando los camareros se negaron a servir a dos oficiales franceses, y más tarde se volvió a abrir como Caffè Militare Francese para las tropas ocupantes. Tras la caída de Roma, se convirtió en el lugar favorito de los oficiales del ejèrcito del Rey Víctor Manuel II, por lo que tomó el nombre de Caffè Italia. Desapareció cuando la planta baja del Palazzo Ruspoli se arrendó al Banco Nazionale.

5. El MONUMENTO A LOS ESTUARDO en SAN PEDRO fue erigido por Canova en 1819. El Papa Pío VII encargó el monumento aconsejado por el Cardenal Consalvi, quien debía en gran parte su promoción al Cardenal de York, Enrique Benedicto Estuardo. El Príncipe regente de Inglaterra corrió con los gastos. El conjunto escultórico conmemora la memoria del Viejo Pretendiente, el *soi-disant* «Jacobo III»; del Joven Pretendiente, «Carlos III»; y del Cardenal de York, «Enrique IX», que murió en Roma en 1807.

6. Paulina Bonaparte, la hermosa y coqueta hermana de Napoleón, tomó al Príncipe Camillo Borghese como su segundo marido en 1803. La estatua de Canova la representa como Venus Victrix reclinada en un diván con una manzana en la mano. La pose y la desnudez de sus pechos fueron idea suya, y abochornaron al escultor, que no quería revelar tanto de su distinguida modelo. Cuando le preguntaron que cómo había podido posar casi desnuda, ella replicó que no había tenido ningún problema: había una estufa en el taller.

7. La casa de recreo conocida como CASINO DE VILLA GIUSTINIANI MASSIMO se encuentra al norte de Piazza di San Giovanni in Laterano, entre Via Tasso y Via Boiardo; la entrada es el número 16 de Via Boiardo. Los Nazarenos realizaron los frescos para el Príncipe Camillo Massimo en-

tre 1821 y 1829. Los relieves, bustos y medallones de la fachada siguen el estilo de Vasanzio, Pirro Ligorio y Borromini.

8. Los jardines de Villa Ludovisi abarcaban gran parte del terreno de los antiguos Jardines de Salustio, en el área que hoy ocupa Via Ludovisi, entre Via Vittorio Veneto y Via di Porta Pinciana. Era propiedad del Cardenal Lodovico Ludovisi, sobrino del Papa Gregorio XV (1621-1623). El edificio principal, de Domenichino de Bolonia y Maderno, fue demolido cuando el Príncipe Boncompagni Ludovisi vendió la mayor parte de su propiedad para el desarrollo urbanístico de la ciudad en 1886. El edificio de Gaetano Koch que ocupó su lugar terminó de construirse en 1890. Fue la residencia de la Reina Margarita, y después de la Segunda Guerra Mundial pasó a ser la embajada americana. En los terrenos de la propiedad actual, enormemente reducida, aún se conserva la casa de recreo, que contiene, en los techos del *gran salone*, la obra maestra de Guercino, la *Aurora*, de 1621.

La embajada británica, sita al lado de Porta Pia en Via XX Settembre, fue diseñada por Sir Basil Spence después de que unos terroristas israelíes hicieran saltar por los aires la embajada anterior en octubre de 1946. La residencia del embajador británico es Villa Wolkonsky. Los terrenos de esta villa, situada entre Via Statilia y Via G. B. Piatti, albergan una parte de los espléndidos vestigios del acueducto neroniano que llevaba las aguas del acueducto de Claudio desde Porta Maggiore hasta el palacio imperial del Palatino.

16. ROMA REAL

1. Villa Negroni se encontraba entre Villa Montalto y las Termas de Diocleciano, en la zona que hoy ocupa la estación de Termini.

2. El cementerio protestante, o Cimitero degli Inglesi, está cerca de Porta San Paolo, al lado de la Pirámide Cestia: Cayo Cestio fue un rico pretor que recibió sepultura bajo esta pirámide hacia el año 12 a. C. Hasta bien entrado el siglo xviii, los cuerpos de los no católicos, excepto los de los judíos, se enterraban fuera de la ciudad. Muchos de ellos se inhumaron en los terrenos baldíos que quedaban a los pies de las murallas aurelianas, a los que se había incorporado la pirámide. En 1821, año de la muerte de Keats, el Cardenal Consalvi, secretario de Estado

de Pío VII, se estaba encargando de unas negociaciones a fin de crear un cementerio acotado. Keats, y más tarde su amigo Joseph Severn, fueron sepultados en lo que llegó a conocerse como el Viejo Cementerio. El Nuevo Cementerio, aledaño al anterior y salpicado de cipreses, alberga, entre otras, las tumbas de Shelley y su amigo Trelawney; la del hijo ilegítimo de Goethe, Julio Augusto, que murió en 1830; la del escultor americano William Wetmore Story; la del historiador de Renacimiento italiano John Addington Symonds; y la del escritor de literatura infantil R. M. Ballantyne. También recibieron sepultura en este cementerio algunos italianos, entre los que cabe destacar a Antonio Gramsci, primer líder del Partido Comunista italiano.

Más allá de Via Zabaglia se encuentra el cementerio militar británico, que alberga las tumbas de unos cuatrocientos soldados británicos que murieron en Roma y alrededores durante la Segunda Guerra Mundial. Queda detrás del MONTE TESTACCIO, un montículo formado por fragmentos de ánforas que se rompieron cuando unas barcazas recibieron la orden del Emporium, el cercano puerto fluvial, de descargar sus mercancías de aceite, vino y grano.

3. El PALAZZO CAETANI, ubicado en Via delle Botteghe Oscure, fue construido hacia 1564 para Alessandro Mattei, Duque de Paganica, siguiendo el plan arquitectónico de Bartolommeo Ammanati. Luego lo compró la familia Negroni, y posteriormente fue adquirido por la familia Caetani. La iglesia cercana, SANTA CATERINA DEI FUNARI, fue fundada en el siglo XII y reconstruida en el XVI por Guido Guidetti. El área podría tomar su nombre de una familia o bien de los fabricantes de cuerdas, *i funari*, que desarrollaban su actividad en esta zona. El nombre de Via delle Botteghe Oscure deriva de los lúgubres talleres que antiguamente poblaban la calle y que los comerciantes medievales trasladaron a los vanos de los arcos del TEATRO DE CORNELIO BALBO, que data del año 13 a. C. Hasta no hace mucho se creía que estas tiendas y talleres se habían levantado en el CIRCO FLAMINIO, pero recientes investigaciones arqueológicas han identificado su creación en el circo que se encuentra más cerca del Tiber. Debido al considerable ensanchamiento de la calle, el nombre de Via delle Botteghe Oscure ya no resulta apropiado.

4. El CONVENTO DE SAN SILVESTRO IN CAPITE confinaba con la iglesia de SAN SILVESTRO IN CAPITE. En 761, bajo el pontificado de Pablo I, terminó la construcción de la iglesia sobre las ruinas del Templo de Sol Invictus

que había erigido el Emperador Aureliano. Era uno de los *diaconiae* de la Antigua Roma. El campanario data del siglo XIII. Posteriormente, Francesco da Volterra recibió el encargo de diseñar una nueva iglesia. Las obras comenzaron en 1593, poco antes de la muerte del arquitecto. Su sucesor, Carlo Maderno, añadió unas cuantas modificaciones al diseño de Volterra. La nueva iglesia se consagró en 1602. Se volvió a decorar a partir de 1680, bajo la dirección de Carlo Rainaldi, al que sucedieron Mattia de Rossi, Domenico de Rossi y Lodovico Gimignani. La iglesia contenía originalmente un oratorio del que se encargaban unos monjes griegos que afirmaban conservar la cabeza de San Juan Bautista; de ahí la añadidura *in Capite*. En 1885, la iglesia quedó en manos de los padres ingleses Pallottini y se convirtió en la iglesia de la comunidad católica inglesa. En el número 153 de Via del Babuino se encuentra la IGLESIA ANGLICANA DE TODOS LOS SANTOS. Esta iglesia, de estilo neogótico, es obra del arquitecto victoriano G. E. Street, quien también diseñó la IGLESIA AMERICANA DE SAN PABLO, sita en el número 58 de Via Napoli. San Pablo se construyó en estilo románico en 1879 y contiene mosaicos de Burne-Jones.

5. La familia Médici levantó el PALAZZO MADAMA en siglo XVI. En este palacio residieron los dos papas Médici, León X y Clemente VII, cuando aún eran cardenales; y en él vivió también Catalina de Médici, antes de llegar a ser Reina de Francia. Adquirió su nombre actual cuando se convirtió en el palacio romano de Madama Margarita de Austria (véase nota 14, capítulo 9). La suntuosa fachada barroca de tres pisos, cuya construcción concluyó con gran retraso en 1649, es obra de Lodovico Cardi y Paolo Maruscelli. El palacio es sede del Senado italiano desde 1871.

6. En los edificios que rodean el OSPIZIO DI SAN MICHELE había una casa de huéspedes, una escuela de arte y oficio, un asilo para niños huérfanos y un reformatorio para prostitutas.

7. Las obras de la primera estación ferroviaria TERMINI terminaron en 1876. El moderno e impresionante edificio que la reemplazó comenzó a edificarse antes de la Segunda Guerra Mundial, una vez que se hubo aprobado el proyecto de Angiolo Mazzoni del Grande, que se encargó de los edificios laterales. En 1950 se terminó la construcción de la llamativa fachada y del sorprendente vestíbulo interior, obra de Eugenio

Montuori, Annibale Vitelozzi, Massimo Castellazzi y Vasco Fadigati, en colaboración con los ingenieros Leo Calini y Achille Pintonello.

8. Debido en gran parte a los continuos problemas que presentaban las corrientes subterráneas, tuvieron que pasar veinte años antes de que el enorme y destartalado PALAZZO DI GIUSTIZIA, diseñado por Guglielmo Calderini, pudiera completarse en 1911 al enorme coste de cuarenta millones de liras. Aunque en respuesta a las críticas, el arquitecto declaró que no había ninguna razón por la que el Palazzaccio, como se le había dado en llamar, no debería encontrarse tan cerca de CASTEL SANT'ANGELO, en 1970 fue abandonado temporalmente por motivos de seguridad. Se trata de un edificio de tres pisos situado entre Piazza dei Tribunali y Piazza Cavour, construido con enormes bloques de travertino y coronado por una cuadriga del escultor Ettore Ximenes. Las gigantescas estatuas que decoran la fachada representan famosos juristas romanos.

9. El MINISTERIO DE LA GUERRA, actualmente MINISTERIO DE LA DEFENSA, fue construido entre 1876 y 1883. La edificación de los MINISTERIOS DE LAS FINANZAS Y DEL TESORO, diseñados por Raffaele Canevari, acabó en 1877. La parte que ocupa el Tesoro alberga un museo de la Casa de la Moneda italiana.

10. El conjunto de hospitales que se conoce como el POLICLINICO fue diseñado por Giulio Podesti y construido entre 1887 y 1890.

11. El famoso MONUMENTO NAZIONALE A VITTORIO EMANUELE II domina Piazza Venezia desde la pendiente norte del Capitolio. La estructura tiene ciento cincuenta y dos metros de longitud y sesenta y uno de altura. Su arquitecto, Giuseppe Sacconi, decidió construirlo con mármol *botticino*, cuyo color blanco brillante predomina sobre los espléndidos edificios de tonos marrones, anaranjados y rojizos de los alrededores. Descrito por Silvio Negro como «una montaña de azúcar», los soldados británicos de la Segunda Guerra Mundial se referían a él como «la tarta nupcial». El monumento alberga varias oficinas, tanques de agua para fuentes, una estación de policía y los archivos del Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano. En la terraza de la escalinata inferior está la tumba del Soldado Desconocido de la Primera Guerra Mundial, perpetuamente vigilado por una guardia de honor. Las vistas del centro de Roma que ofrece la terraza superior son de las mejores de la ciudad. A la

izquierda de la escalinata que lleva a las terrazas descansan los restos de un edil del siglo I a. C.: la TUMBA DE C. PUBLICIUS BIBULUS, que marcaba el principio de Via Flaminia.

12. Aunque la VILLA GIUSTINIANI MASSIMO, que se encontraba cerca de LETRÁN, haya desaparecido, aún se conserva su CASA DE RECREO (véase nota 7, capítulo 15). Hay otra VILLA MASSIMO en el extremo norte de Viale di Villa Massimo, cerca de Via Nomentana. Su palacete es la sede de la ACADEMIA ALEMANA.

13. VILLA MONTALTO, que perteneció al Papa Sixto V (1585-1590), ocupaba una amplia área entre Piazza dell'Esquilino y las vías ferroviarias de TERMINI.

14. Villa Altieri fue construida por G. A. De Rossi para el Cardenal Paluzzo Albertoni Altieri en 1674. Sus inmensos terrenos abarcaban desde SANTA MARÍA LA MAYOR hasta CASTRO PRETORIO. Sejano, ministro de Tiberio, ordenó construir los cuarteles de Castro Pretorio para la Guardia Pretoriana en el año 23 d. C.; luego se incorporaron a la MURALLA AURELIANA y posteriormente fueron desmantelados por Constantino. Las edificaciones que los reemplazaron fueron una fortaleza muy apreciada durante las luchas faccionarias de la Edad Media. Los jesuitas se hicieron con ellas en el siglo XVII y le dieron el nombre de la misión que habían concluido con más éxito en el Lejano Oriente, Macao. Más tarde se convirtieron en los cuarteles de las tropas papales y, después de 1870, en cuarteles del ejército italiano.

15. El TEATRO DELL'OPERA, sito en Via del Viminale, fue construido para el hotelero Domenico Costanzi, por lo que llevó su nombre durante varias décadas. Se inauguró en 1880, y fue adquirido por el municipio de Roma en 1926. Entre 1956 y 1960, Marcello Piacentini lo renovó por completo y hoy es uno de los teatros de la ópera más famosos del mundo.

17. ROMA FASCISTA

1. El gran PALAZZO DEL VIMINALE se encuentra en la pendiente suroeste del monte Viminal. Su arquitecto, Manfredo Manfredi, concluyó su edificación en 1920 como MINISTERIO DEL INTERIOR Y DE LA SALUD.

2. El PALAZZO CHIGI se ha atribuido tanto a Carlo Maderno como a Giacomo della Porta. Ubicado en el lateral norte de Piazza Colonna, fue construido en 1592 para la familia Aldobrandini del Papa Clemente VIII. Donna Olimpia Aldobrandini Pamphili se lo vendió en 1659 al papa Chigi, Alejandro VII, para sus sobrinos. Felice della Greca terminó la construcción de su gran patio barroco y de la fachada que da a Piazza Colonna para la familia Chigi. Bernini comenzó la otra fachada en 1664. El Príncipe Odescalchi compró el palacio en 1746 y lo amplió enormemente siguiendo el proyecto de Nicola Salvi, con lo que se deformó el efecto de la obra de Bernini. El Ministerio de Asuntos Exteriores compró el palacio en 1923, y más tarde pasó a ser la sede del Ministerio de la Presidencia.

3. El Príncipe Alessandro Torlonia le encargó la construcción de la neoclásica VILLA TORLONIA a Antonio Sarti en unos terrenos que en 1825 había comprado su padre, Marino Torlonia. Las obras comenzaron en 1841. En 1925, la villa se puso a disposición de Mussolini.

4. Si el proyecto que propone la creación de un enorme parque arqueológico en el centro de Roma llegara a realizarse, la VIA DEI FORI IMPERIALI desaparecería, ya que toda el área que se despliega entre Piazza Venezia y el COLISEO quedaría al descubierto.

5. La VIA DELLA CONCILIAZIONE se inauguró en 1937, tras la demolición de muchos edificios viejos del Borgo. Los arquitectos fueron Marcello Piacentini y Attilio Spaccarelli. Con la nueva calle se facilitó el flujo del tráfico que se dirige hacia la Ciudad del Vaticano, al tiempo que se realizaron los proyectos que habían presentado Bramante y Bernini sobre la posibilidad de una llegada procesional a la basílica. Pero «todo el efecto externo de San Pedro», que según Augustus Hare dependía «de la repentina entrada a una plaza soleada desde una calle lúgubre», se perdió.

6. A unos cinco kilómetros del sur de Roma se encuentra la zona que se conoce como EUR —acrónimo de *Esposizione Universale di Roma*—, a la que se llega por la Via Cristoforo Colombo desde Porta Ardeatina. El gobernador de Roma (cargo equivalente al de alcalde durante el Gobierno de Mussolini), Giuseppe Bottai, propuso la idea de una exposición universal en 1935; y Mussolini decidió que la exposición tendría lugar en 1942, en el vigésimo aniversario de la Marcha sobre

Roma. Desde el principio, la influencia más decisiva en el desarrollo y la ejecución de lo que dieron en llamarse los planes de la E42 llegó de manos de Virgilio Testa, el secretario del gabinete del gobernador, que mantuvo el cargo hasta la caída del fascismo y lo recuperó después de la guerra. El supervisor del plan arquitectónico fue uno de los principales arquitectos de la era Fascista, Marcello Piacentini, que ya tenía varios proyectos de edificios públicos a su cargo, como la sede de la Banca d'Italia en Piazza del Parlamento (1918), la reconstrucción del Teatro dell'Opera (1928) y la sede del Ministerio de las Corporaciones (1932). Según parece, el emplazamiento de Tre Fontane lo decidió el propio Mussolini durante un reconocimiento de la zona en diciembre de 1936; aunque más tarde llegaría a extenderse hasta abarcar un área de cuatro kilómetros cuadrados. La exposición habría de ser como unas «Olimpiadas de la Civilización». Las obras comenzaron en 1938, y antes de que estallara la guerra se consiguió terminar la construcción de algunos de los edificios principales, como la iglesia (de A. Foschini), el Palazzo della Civiltà, también llamado «el Coliseo cuadrado» (de G. Guerrini, E. La Paula y M. Romano), y el palacio de Congresos (de A. Libera). Pero después se suspendieron las obras. Durante la guerra toda la zona fue ocupada, primero por Alemania, luego por los Aliados y, por último, por los refugiados. Los refugiados incendiaron los edificios con todo el mobiliario, y algunas bandas organizadas de ladrones terminaron los trabajos de demolición, hasta que, como decía Guido Piovene, en 1950 toda la zona adquirió el aspecto de una nueva Pompeya. Al año siguiente, Virgilio Testa se ocupó de la reconstrucción de los edificios derruidos y la construcción de los que no se habían terminado, como el Palazzetto dello Sport (de Nervi), que se inauguró en 1958. El inmenso Museo della Civiltá Romana (de Aschieri, Bernardini, Pascoletti y Peressutti) fue presentado a la Ciudad de Roma por la compañía FIAT.

7. Villa Savoia, hoy conocida como Villa Ada, se encuentra al norte de Roma. Sus terrenos están limitados por Via Salaria al este y por Via Panama al sur. Una parte de ellos son actualmente un parque público. La villa es la sede de la embajada de Egipto.

8. El Palazzo Wedekind fue construido en un edificio que se había levantado por encargo del Papa Inocencio XII (1691-1700) en el lado oeste de Piazza Colonna. Su arquitecto fue Giuseppe Valadier, mientras que Pietro Camporese se encargó de su reconstrucción en 1838, al tiempo

que creó el pórtico con dieciséis columnas jónicas de la ciudad de Veyes. En la planta baja se encontraban los famosos restaurantes Colonna y Fagiano. El banquero Wedekind compró el palacio y le encargó una nueva reconstrucción a Gargiolli en 1879. Actualmente es la sede del periódico *Il Tempo*.

9. La cárcel principal de Roma, REGINA COELI, cuyo nombre deriva del monasterio que antiguamente ocupaba el lugar, se encuentra en la orilla oeste del río, frente al Ponte Mazzini, y es la sucesora de las antiguas Carceri Nuove que en la década de 1650 había mandado construir el Papa Inocencio X en Via Giulia. La cárcel de Regina Coeli sigue la línea arquitectónica del Panóptico de Bentham, con una estructura anular dividida en celdas y una torre de vigilancia en el centro.

EPÍLOGO: LA CIUDAD ETERNA

1. A unos diez kilómetros de Roma se encuentran los estudios de CINECITTÀ, a los que se puede llegar por Via Appia Nuova y Via Tuscolana. Gino Peressuti comenzó su construcción en 1937, como un intento del régimen fascista de desarrollar la industria cinematográfica italiana. El proyecto tuvo mucho éxito al principio, y el número de películas que se rodaron en aquella época pasó de doce en 1930 a ochenta y cinco entre 1938 y 1939. Después de la Segunda Guerra Mundial, Cinecittà siguió siendo muy rentable durante unos años, e incluso llegó un momento en que Italia se colocó en el segundo puesto, detrás de Estados Unidos, de la lista de países que estaban ganando más dinero con la exportación de largometrajes en todo el mundo. Desde entonces la industria ha sufrido un duro revés, e incluso llegó a presentarse un proyecto que pretende convertir Cinecittà en un barrio residencial.

BIBLIOGRAFÍA

Ackermann, J. S., *The Architecture of Michelangelo* (1961)
Addison, Joseph, *Remarks on Several Parts of Italy* (1705)
Andrieux, Maurice, *Daily Life in Papal Rome in the Eighteenth Century* (trad. Mary Fritton, 1968)
Angeli, Diego, *Storia romana di trent'anni, 1770-1800* (1931)
Armellini, Mariano, *Le Chiese di Roma dal secolo IX al XIX* (revisado por Carlo Cecchelli, 1942)
Gli antichi cimiteri cristiani di Roma e d'Italia (1893)
Ashby, Thomas, *The Aqueducts of Ancient Rome* (1930)
Baddeley, St Clair y Lina Duff-Gordon, *Rome and Its Story* (1904)
Bailey, Cyril (ed.), *The Legacy of Rome* (1923)
Baker, G. P., *Twelve Centuries of Rome* (1936)
Balsdon, J. P. V. D., *Julius Caesar and Rome* (1967)
Life and Leisure in Ancient Rome (1969)
(ed.) *The Romans* (1965)
Roman Women: Their History and Habits (1962)
Bandini, G., *Roma nel Settecento* (1930)
Barker, Ethel Rose, *Rome of the Pilgrims and Martyrs* (1913)
Barraconi, Giuseppe, *I rioni di Roma* (1974)
Barrow, R. H., *The Romans* (1949)
Belli, Giuseppe Gioachino, *Tutti i sonetti romaneschi* (1972)
Benigno, Jo di, *Occasioni mancate* (1945)
Bertolini, O., *Roma di fronte a Bisanzio e ai Longobardi* (1941)
Bianchi, Gianfranco, *Perché e come cadde il fascismo* (1972)
Blakiston, Noel, *The Roman Question* (1962)
Bloch, Raymond, *Les Origines de Rome* (3ª ed., 1958)
Blunt, Anthony, *Borromini* (1979)
Guide to Baroque Rome (1982)
Bolton, J. R. Glorney, *Roman Century, 1870-1970* (1970)
Bonomi, Ivanoe, *Diario di un anno: 2 giugno 1943 – 10 giugno 1944* (1947)

Borsi, Franco et al., *Arte a Roma dal Neoclassicismo al Romanticismo* (1979)
Boswell, James, *Boswell on the Grand Tour: Italy, Corsica and France* (ed. Frank Brady y Frederick A. Pottle, 1955)
Bottrall, Ronald, *Rome* (1968)
Bowen, Elizabeth, *A Time in Rome* (1960)
Boyer, Ferdinand, *Le Monde des arts en Italie et la France de la Révolution et de l'Empire* (1969)
Brandi, Karl, *The Emperor Charles V* (trad. C. V. Wedgwood, 1965)
Brezzi, Paolo, *Roma e l'impero medioevale, 774-1252* (1947)
Brosses, Charles de, *Lettres historiques et critiques sur l'Italie* (3 vols., 1799)
Bryce, James, *The Holy Roman Empire* (1928)
Bull, George, *Inside the Vatican* (1982)
Burckhardt, Jacob, *The Civilization of the Renaissance in Italy* (15ª ed., 1929)
Burke, Peter, *Culture and Society in Renaissance Italy, 1420-1540* (1972)
Bury, J. B., *The Invasion of Europe by the Barbarians* (1928)
History of the Later Roman Empire, 395-565 (1923)
Caesar, *The Civil War* (trad. Jane F. Gordon, 1967)
Càllari, Luigi, *I palazzi di Roma* (1932)
Le ville di Roma (1934)
Campos, Deoclecio Redig de, *I Palazzi Vaticani* (1967)
Capano, Renato Perrone, *La resistenza in Roma* (2 vols., 1963)
Caraman, Philip, *University of the Nations: The Story of the Gregorian University of Rome* (1981)
Carcopino, Jérôme, *Daily Life in Ancient Rome* (ed. Henry T. Rowell, trad. E. O. Lorimer, 1941)
Carrington, P., *The Early Christian Church* (2 vols., 1957)
Cary, Max, *A History of Rome down to the Reign of Constantine* (2ª ed., 1954)
Castagnoli, Ferdinando et al., *Topografia e urbanistica di Roma Antica* (1969)
Catullus, Quintus Lutatius, *The Poems* (trad. Peter Whigham, 1969)
Chadwick, Owen, *The Popes and the European Revolution* (1981)
Chamberlin, E. R., *The Sack of Rome* (1979)
Chastel, André, *The Sack of Rome, 1527* (trad. Beth Archer, 1983)
Cicero, *Letters to his Friends* (trad. D. Shackleton Bailey, 2 vols., 1978)
Letters to Atticus (trad. D. Shackleton Bailey, 1978)

Clark, Eleanor, *Rome and a Villa* (nueva edición, 1976)
Clementi, F., *Il carnevale romano* (1939)
Collier, Richard, *Duce: The Rise and Fall of Benito Mussolini* (1971)
Cowell, F. R., *Cicero and the Roman Republic* (1948)
Crawford, Michael, *The Roman Republic* (1978)
Creighton, Mandell, *A History of the Papacy* (6 vols., 1903)
Cretoni, Antonio, *Roma Giacobina* (1971)
Cronin, Vincent, *The Florentine Renaissance* (1967)
The Flowering of the Renaissance (1969)
D'Arrigo, Giuseppe, *Cento anni di Roma capitale, 1870-1970* (1970)
Davis, Melton S., *Who Defends Rome?* (1972)
De Felice, Renzo, *Storia degli Ebrei Italiani sotto il Fascismo* (1962)
Deiss, Joseph Jay, *The Roman Years of Margaret Fuller* (1969)
Delumeau, Jean, *Vie èconomique et sociale de Rome dans la seconde moitié du XVI siècle* (2 vols., 1959)
Delzell, Charles F., *Mussolini's Enemies* (1961)
De Rinaldis, Aldo, *L'arte in Roma dal Seicento al Novecento* (1948)
De Santillana, Giorgio, *The Crime of Galileo* (1956)
Dickens, Charles, *Pictures from Italy* (nueva edición, ed. David Paroissien, 1974)
Dill, Samuel, *Roman Society in the Last Century of the Western Empire* (1910)
D'Onofrio, Cesare, *Le fontane di Roma* (1957)
Gli obelischi di Roma (1965)
Roma nel Seicento (1968)
Dorey, T. A. y Dudley, D. R., *Rome against Carthage* (1971)
Douglas, J. H., *The Principal Noble Families of Rome* (1905)
Ducati, Pericle, *L'arte in Roma dalle origini al secolo VIII* (1938)
Dudley, Donald Reynolds, *Urbs Roma* (1967)
Dupaty, Jean Baptiste, *Lettres sur l'Italie* (1824)
Erlanger, Rachel, *Lucrezia Borgia* (1979)
Falda, G. B., *Le fontane di Roma* (1691)
Li giardini di Roma (c. 1680)
Fermi, Laura, *Mussolini* (1961)
Ferrero, Guglielmo, *The Greatness and Decline of Rome* (trad. A. E. Zimmern, 1907)
Fischel, O., *Raphael* (2 vols., 1948)
Frank, Tenney, *A History of Rome* (1924)
An Economic History of Rome (1927)

Aspects of Social Behaviour in Ancient Rome (1932)
Frutaz, Amato Pietro (ed.), *Le piante di Roma* (3 vols., 1962)
Fugier, André, *Napoléon et l'Italie* (1947)
Garzetti, A., *L'impero da Tiberio agli Antonini* (1960)
Geller, H. y A., *Jewish Rome* (1970)
Gelzer, M., *Caesar Politician and Statesman* (1968)
Gianelli, G., *Roma nell'età delle guerre puniche* (1938)
Gibbon, Edward, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (edición de 1854-1855)
Gill, Joseph, *Eugenius IV: Pope of Christian Union* (1961)
Giuntella, V. E., *Roma nel Settecento* (1971)
Goethe, Johann Wolfgang, *Italian Journey, 1786-1788* (trad. W. H. Auden y Elizabeth Mayer, 1962)
Golzio, Vincenzo, con Giuseppe Zander, *L'arte in Roma nel secolo XI* (1958)
Le Chiese di Roma dal XI al XVI secolo (1963)
Grandi, Dino, *25 luglio: quarant'anni dopo* (1984)
Grant, Michael, *Caesar* (1974)
The Climax of Rome (1968)
A History of Rome (1978)
Julius Caesar (1969)
The Roman Forum (1970)
Gregorovius, Ferdinand, *History of the City of Rome in the Middle Ages* (1894-1898, trad. Annie Hamilton, 9 vols.)
Lucrezia Borgia (trad. J. L. Garner, 1948)
Grimal, Pierre, *La Civilisation romaine* (1968)
Grisar, Hartmann, *History of Rome and the Popes in the Middle Ages* (3 vols., 1911)
Guicciardini, Luigi, *Il Sacco di Roma* (1564)
Hales, E. E. Y., *Mazzini and the Secret Societies* (1956)
Napoleon and the Pope (1962)
Pio Nono (1964)
Revolution and Papacy, 1769-1846 (1960)
Hare, Augustus, *Walks in Rome* (1878)
Harris, C. R. S., *The Allied Military Administration of Italy* (1957)
Haskell, Francis, *Patrons and Painters: Art and Society in Baroque Italy* (edición revisada, 1980)
Haynes, Renée, *Philosopher King: The Humanist Pope, Benedict XIV* (1970)

Hayward, Fernand, *Pie IX et son temps* (1948)
Henig, Martin (ed.), *A Handbook of Roman Art* (1983)
Hermanin, F., *L'arte a Roma dal secolo VIII al secolo XIV* (1945)
Hibbard, Howard, *Bernini* (1965)
Carlo Maderno (1972)
Michelangelo (1975)
Highet, Gilbert, *Juvenal the Satirist* (1954)
Poets in a Landscape (1957)
History of the Church (editor general, Hubert Jedin; editor de la traducción, John Dolen; 10 vols., 1980)
History of Rome and the Romans from Romulus to John XXIII (editor general, Robert Laffont; texto de J. Bondet et al.; trad. S. Rodway, 1962)
Hodgkin, Thomas, *Italy and Her Invaders* (8 vols., 1880-1899)
Hofmann, Paul, *Rome, The Sweet Tempestuous Life* (1983)
Hook, Judith, *The Sack of Rome, 1527* (1972)
Horace, *The Complete Odes and Epodes* (trad. W. G. Shepherd, 1983)
Hülsen, Christoph, *Le chiese di Roma nel Medio Evo* (1927)
Hutton, Edward, *Rome* (1950)
Insolera, Italo, *Roma moderna* (1976)
Isbell, Harold, *The Last Poets of Imperial Rome* (1971)
Jackson, W. G. F., *The Battle for Rome* (1969)
Johnson, Paul, *Pope John XXIII* (1975)
Johnstone, R. M., *The Napoleonic Empire in Southern Italy and the Rise of the Secret Societies* (1904)
Jones, A. H. M., *Augustus* (1970)
Katz, Robert, *Death in Rome* (1967)
Kirkpatrick, Ivone, *Mussolini* (1964)
Krautheimer, Richard, *Rome, Profile of a City 312-1308* (1980)
Kristeller, Paul Oskar, *Renaissance Thought: The Classic, Scholastic and Humanist Strains* (1961)
Labat, O. P., *Voyages en Espagne et en Italie* (8 vols., 1730)
Lanciani, Rodolfo, *Ancient Rome in the Light of Recent Discoveries* (1888)
Pagan and Christian Rome (1893)
The Golden Days of the Renaissance in Rome (1906)
Larner, John, *Culture and Society in Italy, 1290-1420* (1971)
Lees-Milne, James, *Roman Mornings* (1956)
St Peter's: The Story of St Peter's Basilica in Rome (1967)
Lenkeith, Nancy, *Dante and the Legend of Rome* (1952)

Leppmann, Wolfgang, *Winckelmann* (1970)
Letarouilly, P. M., *Édifices de Rome moderne* (1869-1874)
Lewis, Naphtali y Meyer Reinhold (eds.), *Roman Civilization: Source Book 1: The Republic* (1951); *Source Book 2: The Empire* (1955)
Livy, *The Early History of Rome* (trad. Aubrey de Sélincourt, 1960)
Llewellyn, Peter, *Rome in the Dark Ages* (1971)
Low, D. M., *Edward Gibbon, 1737-1794* (1937)
Luff, S. G. A., *The Christian's Guide to Rome* (1967)
Mack Smith, Denis, *Mussolini* (1982)
Victor Emmanuel, Cavour and the Risorgimento (1971)
Madelin, Louis, *La Rome de Napoléon* (1906)
Mâle, Émile y D. Buxton, *The Early Churches of Rome* (1960)
Mallett, Michael, *The Borgias: The Rise and Fall of a Renaissance Dynasty* (1969)
Mann, H. K., *Lives of the Popes in the Early Middle Ages, 590-1304* (18 vols., 1902-1932)
Martial, *The Epigrams* (trad. James Michie, 1978)
Martin, George, *The Red Shirt and the Cross of Savoy* (1970)
Masson, Georgina, *Companion Guide to Rome* (6ª ed., 1980)
Courtesans of the Italian Renaissance (1975)
Italian Gardens (1961)
Italian Villas and Palaces (1959)
Queen Christina (1968)
Menen, Aubrey, *Rome Revealed* (1960)
Mitchell, R. J., *The Laurels and the Tiara: Pope Pius II, 1458-1464* (1962)
Mommsen, Theodor, *The History of Rome* (trad. W. P. Dickson, 4 vols., 1920)
Monelli, Paolo, *Rome 1943* (1954)
Morton, H. V., *A Traveller in Rome* (1957)
The Waters of Rome (1966)
Nash, Ernest, *Pictorial History of Ancient Rome* (2 vols., 1961)
Negro, Silvio, *Seconda Roma 1850-1870* (1943)
Roma non basta una vita (1962)
Nibby, Antonio, *Guida di Roma e suoi dintorni* (1894)
Nielsen, Frederick, *History of the Papacy in the Nineteenth Century* (2 vols., 1906)
Nugent, Sir Thomas, *The Grand Tour containing an exact description of most of the Cities, Towns and remarkable Places of Europe* (4 vols., 1749)

Ogilvie, R. M., *Early Rome and the Etruscans* (1976)
Pais, Ettore, *Storia di Roma* (5 vols., 1926)
Pallottino, Massimo, *Art of the Etruscans* (1955)
Paoli, Ugo Enrico, *Vita Romana* (1940)
Rome: Its People, Life and Customs (1958)
Paribeni, Roberto, *Da Diocleziano alla caduta dell'Impero d'Occidente* (1941)
L'età di Cesare e di Augusto (1950)
La Repubblica fino alla conquista del primato in Italia (1954)
Parpagliolo, Luigi, *Italia: Volume V: Roma* (1937)
Partner, Peter, *The Lands of St Peter: The Papal States in the Early Middle Ages and the Renaissance* (1969)
Paschini, Pio, *Roma nel Rinascimento* (1940)
Pastor, Ludwig, *History of the Popes from the Close of the Middle Ages, 1305-1800* (40 vols., 1891-1953)
Payne, Robert, *The Horizon Book of Ancient Rome* (1966)
Pecchiai, Pio, *Acquedotti e fontane di Roma nel Cinquecento* (1944)
Roma nel Cinquecento (1948)
Perondi, Mario, *Vatican and Christian Rome* (1975)
Pesci, Ugo, *I primi anni di Roma Capitale 1870-1878* (1971)
Petrocchi, Massimo, *Roma nel Seicento* (1970)
Petronius, *The Satyricon* (trad. J. P. Sullivan, 1965)
Piscittelli, Enzo, *Storia della resistenza romana* (1965)
Platner, S. B. y Thomas Ashby, *A Topographical Dictionary of Ancient Rome* (1929)
Plumb J. H., (ed.), *The Horizon Book of the Renaissance* (1961)
Plutarch, *The Fall of the Roman Republic* (trad. Rex Warner, 1958)
Makers of Rome (trad. Ian Scott-Kilvert, 1965)
Ponelle, Louis y Louis Bardet, *St Philip Neri and the Roman Society of his Times* (trad. Ralph Kerr, 1932)
Pottle, Frederick A., *James Boswell: The Earlier Years* (1966)
Prescott, Orville, *Princes of the Renaissance* (1969)
Quennell, Peter, *The Colosseum* (1971)
Randall, Alec, *Discovering Rome* (1960)
Richards, Jeffrey, *Consul of God: Gregory the Great* (1980)
The Popes and the Papacy in the Middle Ages (1979)
Ridley, Jasper, *Garibaldi* (1974)
Rodd, Rennell, *Rome* (1932)
Rodocanache, E., *Le Pontificat de Jules II* (1928)

Le Pontificat de Leon X (1931)
Romano, Pietro, *Roma nelle sue strade e nelle sue piazze* (1936)
Rostovtzeff, M., *Social and Economic History of the Roman Empire* (2 vols., 1957)
Rowdon, Maurice, *A Roman Street* (1964)
Salvatorelli, Luigi y Giovanni Mira, *Storia d'Italia nel periodo fascista* (1972)
Schott, Rolf, *Michelangelo* (1963)
Scullard, H. H., *From the Gracchi to Nero* (1959)
Festivals and Ceremonies of the Roman Republic (1981)
Smollett, Tobias, *Travels through France and Italy* (1766)
Stendhal, *Promenades dans Rome* (2 vols., 1829)
Story, William Wetmore, *Roba di Roma* (8ª ed., 2 vols., 1887)
Suetonius, Gaius, *The Twelve Caesars* (trad. Robert Graves, 1957)
Syme, Ronald, *The Roman Revolution* (1939)
Tacitus, Cornelius, *The Annals of Imperial Rome* (trad. G. G. Ramsay, 1952)
Tedesco, Viva, *Il contributo di Roma e della provincia nella lotta di liberazione* (1965)
Torselli, G., *Palazzi di Roma* (1965)
Toynbee, Jocelyn y J. B. Ward-Perkins, *The Shrine of St Peter and the Vatican Excavations* (1956)
Trevelyan, G. M., *Garibaldi's Defence of the Roman Republic* (1907)
Trevelyan, Raleigh, *Rome '44* (1981)
Trevor, Meriol, *Apostle of Rome* (1966)
Turchi, M., *La religione di Roma antica* (1939)
Ullmann, Walter, *A Short History of the Papacy in the Middle Ages* (1972)
Van der Heyden, A. A. M. y Scullard, H. H., *Atlas of the Classical World* (1959)
Vasari, Giorgio, *Lives of the Artists* (trad. George Bull, 1965)
Vaughan, Herbert M., *The Medici Popes* (1908)
Vaussard, Maurice, *Daily Life in Eighteenth-century Italy* (trad. Michael Heron, 1962)
Vespasiano da Bisticci, *The Vespasian Memoires* (1926)
Vighi, Roberto, *Roma del Belli* (1963)
Waley, Daniel, *The Papal State in the Thirteenth Century* (1961)
Wall, Bernard, *A City and a World* (1962)
Walsh, John Evangelist, *The Bones of St Peter* (1983)

Week, William Nassau, *Urban VIII* (1905)
Wickhoff, Franz, *Roman Art* (trad. A. Strong, 1900)
Wilkinson, L. P., *Letters of Cicero: A Selection in Translation* (1949)
Wittkower, Rudolf, *Art and Architecture in Italy 1600-1750* (1973)
Gian Lorenzo Bernini (1955)
Young, Norwood, *Rome and Its Story* (revisado por P. Barrera, 1953)

